ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

NIETZSCHE



Así habló Zaratustra, el libro más célebre y controvertido de toda la obra de Friedrich Nietzsche, se sirve de la figura semilegendaria del filósofo persa del siglo VI a. C. para desarrollar, mediante una trama de elementos narrativos, conceptuales y líricos, los cuatro grandes temas que integran su legado: el superhombre, la muerte de Dios, la voluntad de poder y el eterno retorno de lo idéntico.



Friedrich Nietzsche

Así habló Zaratustra

Un libro para todos y para nadie

ePub r1.2
Titivillus 21.04.2018

Título original: *Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen*
Friedrich Nietzsche, 1883
Traducción: Andrés Sánchez Pascual
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Génesis de *Así habló Zaratustra*

La triple génesis —afectiva, conceptual y figurativa— de *Así habló Zaratustra* ha sido extensamente explicitada por su autor en una serie de cartas y apuntes particulares, pero de modo muy especial en el apartado de *Ecce homo* [F. Nietzsche, *Ecce homo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual (El libro de bolsillo, Biblioteca de autor-Nietzsche, Alianza Editorial). Todas las citas de páginas van referidas a esta edición], dedicado a esta obra. A tan apasionada y clarividente autoexplicación es preciso referirse si se quiere poner de relieve lo fundamental. Mas esa autobiografía de Nietzsche, tan rica en exposición de vivencias, es parca en alusiones a elementos exteriores que pudieran permitirnos obtener una visión desde fuera, una contemplación ocular de la figura por cuyo interior cruzaban tales pensamientos. Algunos de esos rasgos vienen dados a continuación.

A mediados de noviembre de 1880 Nietzsche se establece en Génova, donde ha de permanecer una larga temporada. Luchando con innumerables dificultades de todo tipo consigue ordenar el material que va a constituir su nuevo libro: *Aurora*. Es un invierno duro; «carezco de estufa», le dice a su amigo Peter Gast en una carta. ¿Cómo pasa los días y las noches Nietzsche? Recurramos a una página famosa y brillante de Stefan Zweig, que, si bien es aplicable también a otras temporadas de la vida de Nietzsche, parece estar escrita con los ojos puestos de manera especial en este invierno genovés de 1880 a 1881. «Imagen del hombre» la denomina su autor, y dice así:

«Un mezquino comedor de una pensión de seis francos al día, en un hotel de los Alpes o junto a la ribera de Liguria. Huéspedes indiferentes, la mayor parte de las veces algunas señoras viejas en *small talk*, es decir, en menuda conversación. La campana ha llamado ya a comer. Entra un hombre de espaldas cargadas, de silueta imprecisa; su paso es incierto, porque Nietzsche, que tiene “seis séptimas de ciego”, anda casi tanteando, como si saliese de una caverna. Su traje es oscuro y cuidadosamente aseado, oscuro es también su rostro, y su cabello castaño va revuelto, como agitado por el oleaje; oscuros son igualmente sus ojos, que se ven a través de unos cristales gruesos, extraordinariamente gruesos. Suavemente, casi con timidez, se aproxima; a su alrededor flota un silencio anormal. Parece un hombre que vive en las sombras, más allá de la sociedad, más allá de la conversación y que está siempre temeroso de todo lo que sea ruido o hasta sonido; saluda a los demás huéspedes con cortesía y distinción y, cortésmente, se le devuelve el saludo. Se aproxima a la mesa con paso incierto de miope, va probando los alimentos con precaución propia de un enfermo del estómago, no sea que algún guiso esté excesivamente sazonado o que el

té sea demasiado fuerte, pues cualquier cosa de ésas irritaría su vientre delicado, y si éste enferma, sus nervios se excitan tumultuosamente. Ni un vaso de vino, ni un vaso de cerveza, nada de alcohol, nada de café, ningún cigarro, ningún cigarrillo; nada estimulante; sólo una comida sobria y una conversación de cortesía en voz baja, con el vecino de mesa (como hablaría alguien que ha perdido el hábito de conversar y tiene miedo a que le pregunten demasiado).

»Después se retira a su habitación mezquina, pobre, fría. La mesa está colmada de papeles, notas, escritos, pruebas, pero ni una flor, ni un adorno; algún libro y apenas, y muy raras veces, alguna carta. Allá en un rincón, un pesado cofre de madera, toda su fortuna: dos camisas, un traje, libros y manuscritos. Sobre un estante, muchas botellitas, frascos y medicinas con que combatir sus dolores de cabeza que le tienen loco durante horas y más horas, para luchar con los calambres del estómago, los vómitos, para vencer su pereza intestinal y, sobre todo, para combatir con doral y veronal su terrible insomnio. Un horrible arsenal de venenos y de drogas, que es la única ayuda que puede encontrar en el vacío de un cuarto extranjero, donde no le es posible hallar otro reposo que el obtenido por un sueño corto, artificial, forzado. Envuelto en una capa y en una bufanda de lana (pues la chimenea hace humo, pero no da calor), con sus dedos ateridos, sus gruesos lentes tocando casi el papel, escribe rápidamente, durante horas enteras, palabras que sus mismos ojos no pueden luego descifrar. Durante horas está allá sentado escribiendo, hasta que sus ojos le arden y lagrimean; una de las pocas felicidades de su vida es que alguien, apiadado de él, se ofrezca para escribir un rato, para ayudarle. Si hace buen día, el eterno solitario sale a dar un paseo, siempre solo con sus pensamientos. Nadie le saluda jamás, nadie le para jamás. El tiempo malo, la nieve, la lluvia, todo eso que él odia tanto, le retiene prisionero en su cuarto, nunca abandona su habitación para buscar la compañía de otros, para buscar otras personas. Por la noche, un par de pastelillos, una tacita de té flojo y en seguida otra vez la soledad eterna con sus pensamientos. Horas enteras vela junto a la lámpara macilenta y humosa sin que sus nervios, siempre tensos, se aflojen de cansancio. Después echa mano del doral u otro hipnótico cualquiera, y así, a la fuerza, se duerme, se duerme como las demás personas, como las personas que no piensan ni son perseguidas por el demonio».

El 25 de enero de 1881 Nietzsche envía a Gast el borrador de *Aurora*, con el fin de que haga una copia en limpio. Y por fin hacia mediados de marzo consiguen entre ambos tener listo el manuscrito para la imprenta. Es el momento en que Nietzsche decide tomarse un descanso, y pregunta a su viejo amigo Gersdorff si estaría dispuesto a marchar con él a Túnez y pasar allí juntos uno o dos años. Poco después, sin embargo, el conflicto franco-tunecino impide la realización de ese proyecto, y Nietzsche, el 1 de mayo, va con su amigo Peter Gast a pasar unas semanas en la estación termal de Recoaro, cerca de Vicenza.

Recoaro es el lugar donde acontece el primer presentimiento de lo que será *Así habló Zaratustra*. Es un presentimiento nebuloso, ni conceptual ni figurativo, como

los dos a que luego nos referiremos. Es tan sólo «un signo precursor», que consiste en «un cambio súbito y, en lo más hondo, decisivo de mi gusto, sobre todo en la música». Las palabras de Nietzsche aluden a ese cambio enigmáticamente: «En una pequeña localidad termal de montaña, no lejos de Vicenza, en Recoaro, donde pasé la primavera del año 1881, descubrí juntamente con mi *maestro* y amigo Peter Gast, también él un “renacido”, que el fénix Música pasaba volando a nuestro lado con un plumaje más ligero y más luminoso del que nunca había exhibido» (*Ecce homo*, pp. 103-104). Nada más. En esta visión del fénix Música se sitúa lo que hemos llamado la génesis afectiva de *Así habló Zaratustra*.

«¿Cómo decir en una sola palabra hacia dónde tienden todas las energías que tengo dentro de mí? Y si yo supiese esa palabra, no la diría», le escribe Nietzsche a su hermana desde Recoaro poco antes de salir para Suiza, donde pasará el verano. Y donde tendrá lugar aquel conocido episodio que aquí calificamos de «génesis conceptual» de esta obra.

«Voy a contar ahora la historia del *Zaratustra*. La concepción fundamental de la obra, el *pensamiento del eterno retorno*, esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto, – es de agosto del año 1881: se encuentra anotado en una hoja a cuyo final está escrito: “A 6000 pies más allá del hombre y del tiempo”. Aquel día caminaba yo junto al lago de Silvaplana a través de los bosques; junto a una imponente roca que se eleva en forma de pirámide no lejos de Surlei, me detuve. Entonces me vino ese pensamiento» (*Ecce homo*, p. 103).

¿Qué decía aquella hoja? Por fortuna se ha conservado, y su texto completo es el siguiente:

El retorno de lo idéntico

Esbozo

1. La asimilación de los errores fundamentales.
2. La asimilación de las pasiones.
3. La asimilación del saber, incluso del saber que renuncia. (Pasión del conocimiento.)
4. El inocente. El individuo como experimento. El aligeramiento, el rebajamiento, la debilitación de la vida –transición.
5. El nuevo *centro de gravedad: el eterno retorno de lo idéntico*. Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro errar, de nuestros hábitos y modos de vivir, para todo lo venidero. ¿Qué hacemos con el resto de nuestra vida – nosotros los que hemos pasado su mayor parte en la más esencial ignorancia? *Nos dedicamos a enseñar esta doctrina* – es el medio más eficaz para asimilarla nosotros

mismos. Nuestra especie de felicidad como maestros de la más grande doctrina.

Primeros de agosto de 1881 en Sils-Maria, a 6000 pies sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas.

El pensamiento del eterno retorno, hasta ese momento conocido por Nietzsche sólo de manera exterior, como una vieja hipótesis de la humanidad que ya había tenido su expresión en incontables fuentes orientales y griegas, se encarna en él. «Entonces me vino ese pensamiento.» Pero es tan sólo un pensamiento, y hace falta una boca digna de exponerlo. Por el momento Nietzsche no la encuentra. Y han de pasar muchos meses, dieciocho exactamente («número que podría sugerir, al menos entre budistas, la idea de que, en el fondo, yo soy un elefante hembra»), desde la génesis afectiva en Recoaro, pasando por esta génesis conceptual en Sils-Maria, hasta que, en enero de 1883, tenga Nietzsche en Rapallo la visión del *tipo* de Zaratustra, esto es, lo que hemos llamado génesis figurativa de la obra. Entonces estarán listos los tres elementos, y la primera parte brotará eruptivamente «en diez días».

El tiempo que transcurre entre la revelación de Sils-Maria y la aparición de Rapallo está lleno de elementos convulsivos en la vida de Nietzsche. Acabada la temporada estival en Sils-Maria, Nietzsche vuelve a Génova, donde pasa todo el invierno; en abril de 1882 embarca para Mesina, y poco más tarde va a Roma, donde conoce a Lou von Salomé, la mujer cuya mano solicitará por dos veces inútilmente, pues ambas es rechazado. Con ella parte luego hacia el norte; Nietzsche pasa el mes de junio en Naumburgo, junto a su familia, y trabaja en *La gaya ciencia*. El mes de julio reside en Tautenburgo, esperando la llegada de Lou von Salomé, que le ha prometido vivir una temporada a su lado. *La gaya ciencia* está terminada y es enviada a la imprenta; en una de sus últimas páginas aparece ya la figura de Zaratustra, en un párrafo que luego pasará íntegramente a *Así habló Zaratustra*. A primeros de agosto Lou von Salomé llega a Tautenburgo. No es éste el momento de relatar aquella extraña aventura, que lleva a Nietzsche al borde de la tragicomedia.

Bastantes años más tarde Lou von Salomé publicará un libro titulado *F. Nietzsche en sus obras* (Viena, 1894). Hay en él una página que nos interesa transcribir, pues permite contemplar la figura exterior de Nietzsche, vista en aquel verano de 1882 por los ojos de tan extraordinaria mujer. Nietzsche está grávido de un pensamiento que casi le estrangula. Y aquel hombre, pocos meses antes de redactar la primera parte de su obra cumbre, ofrece este aspecto: «Al contemplador fugaz no se le ofrecía ningún detalle llamativo. Aquel varón de estatura media, vestido de manera muy sencilla, pero también muy cuidadosa, con sus rasgos sosegados y el castaño cabello peinado hacia atrás con sencillez, fácilmente podía pasar inadvertido. Las finas y extraordinariamente expresivas líneas de la boca quedaban recubiertas casi del todo

por un gran bigote caído hacia delante; tenía una risa suave, un modo quedo de hablar y una cautelosa y pensativa forma de caminar, inclinando un poco los hombros hacia delante; era difícil imaginarse a aquella figura en medio de una multitud –tenía el sello del apartamiento, de la soledad–. Incomparablemente bellas y noblemente formadas, de modo que atraían hacia sí la vista sin querer, eran en Nietzsche las manos, de las que él mismo creía que delataban su espíritu. – Similar importancia concedía a sus oídos, muy pequeños y modelados con finura, de los que decía que eran los verdaderos "oídos para cosas no oídas". – Un lenguaje auténticamente delator hablaban también sus ojos. Siendo medio ciegos, no tenían, sin embargo, nada de ese estar acechando, de ese parpadeo, de ésa no querida impertinencia que aparecen en muchos miopes; antes bien, parecían ser guardianes y conservadores de tesoros propios, de mudos secretos, que por ninguna mirada no invitada debían ser rozados. La deficiente visión daba a sus rasgos un tipo muy especial de encanto, debido a que, en lugar de reflejar impresiones cambiantes, externas, reproducían sólo aquello que cruzaba por su interior. Cuando se mostraba como era, en el hechizo de una conversación entre dos que le excitase, entonces podía aparecer y desaparecer en sus ojos una conmovedora luminosidad: –mas cuando su estado de ánimo era sombrío, entonces la soledad hablaba en ellos de manera tétrica, casi amenazadora, como si viniera de profundidades inquietantes…».

Acabado aquel «idilio», que tanto dolor va a causar en lo sucesivo a Nietzsche, éste parte para Leipzig y, pasando por Basilea, llega otra vez a Génova, a mediados de noviembre. El día 23 del mismo mes se traslada a Rapallo. «El invierno siguiente lo viví en aquella graciosa y tranquila bahía de Rapallo, no lejos de Génova, enclavada entre Chiavari y el promontorio de Portofino. Mi salud no era óptima; el invierno, frío y sobremanera lluvioso; un pequeño *albergo* [fonda], situado directamente junto al mar, de modo que por la noche el oleaje imposibilitaba el sueño, ofrecía, casi en todo, lo contrario de lo deseable. A pesar de ello, y casi para demostrar mi tesis de que todo lo decisivo surge "a pesar de", mi *Zaratustra* nació en este invierno y en estas desfavorables circunstancias. – Por la mañana yo subía en dirección sur, hasta la cumbre, por la magnífica carretera que va hacia Zoagli, pasando junto a los pinos y dominando ampliamente con la vista el mar; por la tarde, siempre que la salud me lo permitía, rodeaba la bahía entera de Santa Margherita, hasta llegar detrás de Portofino. Este lugar y este paisaje se han vuelto más próximos aún a mi corazón por el gran amor que el inolvidable emperador alemán Federico III sentía por ellos; yo me hallaba de nuevo, casualmente, en esta costa en el otoño de 1886, cuando él visitó por última vez este pequeño olvidado mundo de felicidad. – En estos dos caminos se me ocurrió todo el primer *Zaratustra*, sobre todo Zaratustra mismo en cuanto tipo: más exactamente, éste *me asaltó*…» (*Ecce homo*, pp. 104-105)
.

Aquí en Rapallo, posiblemente a finales de enero de 1883, tiene lugar la que hemos llamado la «génesis figurativa» de este libro. Como dice Nietzsche: «Sobre

todo Zaratustra mismo *en cuanto tipo*… me asaltó…». Aquella aparición de Zaratustra, la boca digna de expresar el pensamiento del eterno retorno de lo idéntico, la describe Nietzsche en una breve poesía cuyo título originario es

Portofino

Aquí estaba yo sentado, aguardando, aguardando – a nada,
Más allá del bien y del mal, disfrutando
Ya de la luz, ya de la sombra, siendo totalmente sólo juego,
Totalmente mar, totalmente mediodía, totalmente tiempo sin meta.
Entonces, de repente, ¡amiga!, el que era uno se convirtió en dos –
Y Zaratustra pasó a mi lado.

Ya está todo completo. Y en diez días, del 1 al 10 de febrero de 1883, Nietzsche redacta el primer libro de *Así habló Zaratustra*. La rapidez de esta redacción puede parecer extraña si se desconoce el modo de trabajar y de escribir libros de Nietzsche. Durante días y meses éste apuntaba en cuadernos de notas los esquemas conceptuales, los pensamientos, los esbozos narrativos y líricos que venían a su mente. Y «escribir» un libro tenía para él un significado literal: llegado el momento de darlo a luz, se trataba de extraer de aquel caos un conjunto organizado y «escribir» una copia en limpio. Inmediatamente después tenía que hacer una segunda copia manuscrita para enviarla a la imprenta. Acabada de escribir la obra el día 10 de febrero en Rapallo, Nietzsche va a Génova el día 14 para enviar el manuscrito al editor. Posiblemente durante la noche del 13 termina de transcribir los últimos párrafos de ese manuscrito, que iba a enviar al otro día a Leipzig. Al llegar a Génova, compra, «en contra de mi costumbre», el número vespertino del periódico *Caffaro* y lee en él la noticia de la muerte de Wagner. Éste había fallecido la noche anterior en Venecia. Más tarde escribirá Nietzsche: «La parte final, esa misma de la que he citado algunas frases en el prólogo, fue concluida exactamente en la hora sagrada en que Richard Wagner moría en Venecia» (*Ecce homo*, p. 104).

El estado de espíritu en que Nietzsche escribió su obra ha sido calificado por él mismo de *inspiración*. Oigamos sus palabras: «¿Tiene alguien, a finales del siglo XIX, un concepto claro de lo que los poetas de épocas poderosas denominaron *inspiración*? En caso contrario, voy a describirlo. – Si se conserva un mínimo residuo de superstición, resultaría difícil rechazar de hecho la idea de ser mera encarnación, mero instrumento sonoro, mero *medium* de fuerzas poderosísimas. El concepto de revelación, en el sentido de que de repente, con indecible seguridad y finura, se deja *ver*, se deja oír algo, algo que le conmueve y trastorna a uno en lo más hondo, describe sencillamente la realidad de los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se

pregunta quién es el que da; como un rayo refulge un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma – yo no he tenido jamás que elegir. Un éxtasis cuya enorme tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas, un éxtasis en el cual unas veces el paso se precipita involuntariamente y otras se torna lento; un completo estar-fuera-de-sí, con la clarísima conciencia de un sinnúmero de delicados temores y estremecimientos que llegan hasta los dedos de los pies; un abismo de felicidad, en que lo más doloroso y sombrío no actúa como antítesis, sino como algo condicionado, exigido, como un color *necesario* en medio de tal sobreabundancia de luz; un instinto de relaciones rítmicas, que abarca amplios espacios de formas – la longitud, la necesidad de un ritmo *amplio* son casi la medida de la violencia de la inspiración, una especie de contrapeso a su presión y a su tensión… Todo acontece de manera sumamente involuntaria, pero como en una tormenta de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad… La involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla. Parece en realidad, para recordar una frase de *Zaratustra*, como si las cosas mismas se acercasen y se ofreciesen para símbolo ("Aquí todas las cosas acuden acariciadoras a tu discurso y te halagan: pues quieren cabalgar sobre tu espalda. Sobre todos los símbolos cabalgas tú aquí hacia todas las verdades… Aquí se me abren de golpe todas las palabras y los armarios de palabras del ser; todo ser quiere hacerse aquí palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí") –. Ésta es *mi* experiencia de la inspiración; no tengo duda de que es preciso remontarse milenios atrás para encontrar a alguien que tenga derecho a decir "es también la mía"» (Eccehomo, pp. 107-108).

Aquella primera parte fue impresa en Leipzig y salió al público en el mes de junio. Pero dentro de Nietzsche el *Zaratustra* seguía adelante. Tras pasar los meses de mayo y junio en Roma, vuelve en el verano a Sils-Maria, y en otros diez días, del 26 de junio al 6 de julio de 1883, «escribe» la segunda parte, que se publica en septiembre. Por fin, en Niza, del 8 al 20 de enero de 1884, «escribe» el libro tercero. «Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Niza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables; aquel pasaje decisivo que lleva el título "De las tablas viejas y nuevas" fue compuesto durante la fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza» (*Ecce homo*, p. 109). Con aquella tercera parte Nietzsche da por concluido el *Zaratustra*. Hasta un año más tarde no escribe lo que hoy es la cuarta y última parte, pero que en realidad estaba destinada a ser la primera de una nueva obra, titulada *Mediodía y eternidad*, la cual debía haber tenido tres partes; las dos últimas no se escribieron nunca.

Las tres primeras partes de *Así habló Zaratustra*, publicadas por separado, no encontraron el más mínimo eco, ni entre amigos ni entre enemigos. La soledad de Nietzsche se volvió total. «Se paga caro el ser inmortal», dice. «Una segunda cosa es el espantoso silencio que se oye en torno a sí. La soledad tiene siete pieles; nada pasa

ya a través de ellas. Se ve a los hombres, se saluda a los amigos: nuevo desierto, ninguna mirada saluda ya. En el mejor de los casos, una especie de rebelión. Tal rebelión la advertí yo en grados muy diversos, pero en casi todo el mundo que se hallaba cerca de mí; parece que nada ofende más hondo que el hacer notar de repente una distancia, – las naturalezas *nobles* que no saben vivir sin venerar son escasas» (Ecce homo, p. 110).

Por eso Nietzsche, que había roto con su editor, no tiene quien publique la cuarta parte de la obra. Como se encuentra en dificultades económicas, pide un préstamo a su amigo Gersdorff, pero éste no se encuentra en condiciones de facilitárselo. A costa suya pues, hizo Nietzsche imprimir 40 ejemplares. Certeramente se ha dicho que «sus amigos no eran tan numerosos». «Buscando mucho, encontró siete destinatarios, de los cuales ninguno era realmente digno. ¿Quiénes fueron estos siete? Presumámoslo, si es posible: su hermana (de la que no cesaba de quejarse); la señorita de Meysenburg (que no entendía nada de sus libros); Overbeck (amigo exacto y lector inteligente, pero reservado); Burckhardt, el historiador de Basilea (éste contestaba siempre a los envíos de Nietzsche, pero era tan cortés, que apenas si podía adivinarse lo que pensaba); Peter Gast (el discípulo fiel, al que sin duda encontraba Nietzsche demasiado obediente y fiel); Lanzky (buen camarada de aquel invierno); Rohde (que apenas disimulaba el tedio que estas lecturas forzosas le causaban).

»Tales fueron, presumimos, los que recibieron —aunque no todos se tomaron el trabajo de leerla— esta cuarta y última parte, este “intermedio”, que termina, pero no acaba el *Así habló Zaratustra*» (D. Halévy).

En 1886 Nietzsche mandó encuadernar en un solo volumen los viejos ejemplares no vendidos de la primera edición de las tres partes sueltas, con el propósito de llamar de nuevo la atención del público sobre su obra. La cuarta parte permaneció inédita (excepto la citada edición privada de 40 ejemplares) durante la vida lúcida de Nietzsche. Esta cuarta parte salió al público en 1890. Y por fin, en 1892, se publicó la primera edición completa de *Así habló Zaratustra*, tal como hoy lo conocemos y como lo encontrará el lector en este volumen.

Estructura de la obra

La primera pregunta ante esta obra singular («*Zaratustra* ocupa un lugar aparte», dice su autor) es la que se refiere a su protagonista. ¿Quién es Zaratustra? ¿De dónde procede? ¿Qué hace?

Zaratustra es una figura semilegendaria de la antigua Persia, fundador de una religión que fue la propia de esa zona hasta su conquista por los árabes. Se cree que vivió en el siglo VI antes de nuestra era, y que los elementos más auténticos de su doctrina están contenidos en los himnos del *Avesta*. Nietzsche mismo ha fijado en una hoja suelta los rasgos elementales de esa figura: «Zaratustra, nacido junto al lago de

Urmi, en la provincia Aria, abandonó su patria a los treinta años, marchó a las montañas, y escribió durante los diez años de su soledad el *Zend Avesta*». En el mundo griego esta figura fue conocida sobre todo como filósofo y mago, y se le atribuían extraños milagros y visiones.

Lo decisivo de la aparición de esta figura en la obra de Nietzsche es, sin embargo, la razón por la cual éste la eligió. Nadie le hizo esta pregunta a Nietzsche, pero él se encargó de contestarla en una forma que aclara todas las dudas: «No se me ha preguntado, pero se debería haberme preguntado qué significa, cabalmente en mi boca, en boca del primer inmoralista, el nombre *Zaratustra*: pues lo que constituye la inmensa singularidad de este persa en la historia es justo lo contrario de esto. Zaratustra fue el primero en advertir que la auténtica rueda que hace moverse a las cosas es la lucha entre el bien y el mal, —la trasposición de la moral a lo metafísico, como fuerza, causa, fin en sí, es obra *suya*. Mas esa pregunta sería ya, en el fondo, la respuesta. Zaratustra *creó* ese error, el más fatal de todos, la moral; en consecuencia, también él tiene que ser el primero en *reconocerlo*. No es sólo que él tenga en esto una experiencia mayor y más extensa que ningún otro pensador —la historia entera constituye, en efecto, la refutación experimental del principio de la denominada “ordenación moral del mundo”—: mayor importancia tiene el que Zaratustra sea más veraz que ningún otro pensador. Su doctrina, y sólo ella, considera la veracidad como virtud suprema —esto significa lo contrario de la *cobardía* del “idealista”, que, frente a la realidad, huye; Zaratustra tiene en su cuerpo más valentía que todos los demás pensadores juntos. Decir la verdad y *disparar bien con flechas*, ésta es la virtud persa. —¿Se me entiende?… La autosuperación de la moral por veracidad, la autosuperación del moralista en su antítesis —en *mí*— es lo que significa en mi boca el nombre Zaratustra» (*Ecce homo*, pp. 137-138).

Zaratustra es, pues, la autosuperación de la moral por veracidad. Y los cuatro grandes pensamientos que dominan la obra forman entre sí un anillo, el anillo del eterno retorno. Estos cuatro pensamientos son los siguientes: 1) el superhombre; 2) la muerte de Dios; 3) la voluntad de poder, y 4) el eterno retorno de lo idéntico. Mas como ha señalado con acierto E. Fink, esos pensamientos no los ofrece Zaratustra de manera indiscriminada. Por el contrario, del superhombre habla Zaratustra a todos, al pueblo reunido en el mercado. La muerte de Dios y la voluntad de poder son ideas que anuncia tan sólo a unos pocos, a los que él llama sus discípulos, sus amigos. Y del eterno retorno Zaratustra habla exclusivamente a sí mismo. Este pensamiento le oprime de tal manera, que amenaza con estrangularlo. Rehuye el enfrentarse a él, no quiere mirarlo a la cara, y ello tiene influencia incluso en el estilo, que se va haciendo cada vez más lento y dubitante, sobre todo cuando el «pensamiento abismal» parece que va a ascender desde la profundidad.

En el conjunto de las cuatro partes de que consta esta obra, y sin olvidar que las imágenes poéticas e incluso las narraciones son siempre símbolo del pensamiento, es posible diferenciar al menos tres tipos de capítulos. Unos son preferentemente

narrativos y constituyen los puntos de apoyo a través de los cuales la historia de Zaratustra avanza. Otros poseen un carácter doctrinal y son auténticos remansos en que el alma de Zaratustra se demora y se contempla a sí misma, dialogando a solas. Otros, por fin, son de índole lírica, y en ellos es donde se alcanzan las más altas cumbres de la obra. Pensar y poetizar, sin embargo, no deben entenderse como reevocaciones poéticas o como vinculaciones lógicas de imágenes, sentimientos y conceptos ya existentes de antemano, ya constituidos. El carácter único de este libro reside en que su pensar y su poetizar están más allá del pensar y poetizar de lo ya existente; son *creaciones* de un lenguaje para algo aún inexpresado y acaso inexpresable. Es un andar fuera de todo camino y, por tanto, un osar aventurarse en lo prohibido. Es un salirse de la senda recorrida hasta ahora por el hombre occidental. Si el camino señalado por Zaratustra, es decir, si el concepto del superhombre es o no practicable, es una pregunta cuya respuesta la dará el futuro; mas como ha señalado Heidegger (véase su conferencia ¿*Quién es el Zaratustra de Nietzsche*?, pronunciada en Bremen el 8 de mayo de 1953), en una época en que el hombre se dispone a hacerse dueño del universo *entero*, no basta con el hombre. Por ello es éste «un libro para todos y para nadie». Para todos, en la medida en que es comprensible para todo ser humano que se haga cuestión de los límites de su actual humanidad. Para nadie, porque nadie ha traspasado aún esos límites.

La fábula de *Así habló Zaratustra* es sencilla y puede esbozarse con facilidad. A los treinta años Zaratustra se retira a la soledad de la montaña, donde le acompañan sus dos animales heráldicos: el águila, símbolo del orgullo, y la serpiente, símbolo de la inteligencia. Allí aprende su sabiduría, y un día decide bajar a predicársela a los hombres. En el descenso hacia ellos tropieza con un eremita «que no ha oído todavía nada de que Dios ha muerto». Al llegar a la ciudad encuentra al pueblo reunido en el mercado y «comete la gran tontería de todos los eremitas»: hablar al pueblo, es decir, hablar a todos y no hablar a nadie. Sus discursos son, pues, para todos y para nadie. El fracaso es total, y el pueblo se burla de él. Sin embargo, Zaratustra les ha enseñado la doctrina del *superhombre*, mostrándoles además la imagen del último hombre. Tras enterrar a un volatinero que había caído a tierra mientras divertía al pueblo («tú has hecho del peligro tu profesión, en ello no hay nada despreciable. Ahora pereces a causa de tu profesión: por ello voy a enterrarte con mis propias manos»), Zaratustra descubre una nueva verdad: no se debe hablar al pueblo. Desde ahora «cantaré, dice, mi canción para los eremitas solitarios o en pareja; y a quien todavía tenga oídos para oír cosas inauditas voy a abrumarle el corazón con mi felicidad». Zaratustra se retira otra vez a la montaña, y así acaba «el Prólogo de Zaratustra».

La primera parte comienza con un discurso sobre las tres transformaciones: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león y el león, por fin, en niño. El tema central de esta primera parte es *la muerte de Dios*. Ese peso debe dejar de abrumar al hombre, a fin de que éste pueda conquistar, no «el otro mundo», sino *este* mundo suyo. Siguen luego ataques contra las virtudes que actúan como adormideras

(«el sueño del justo»), contra los trasmundanos («esos ingratos que se imaginaron estar sustraídos a su cuerpo y a esta tierra»), contra los que desprecian el cuerpo y predican la muerte, etcétera. Entre estos discursos de tipo doctrinal, algunos —como el titulado «Del árbol de la montaña»— describen las peregrinaciones y diálogos de Zaratustra con aquellos pocos a quienes quiere convertir en discípulos suyos. Los capítulos dedicados a la amistad, al matrimonio, a las mujeres («¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!») ofrecen una serie de vivencias personales de Nietzsche, algunas reconocibles en su biografía, pero superadas y elevadas a un plano general. Al final Zaratustra predica «la muerte libre» para los superfluos, y acaba contraponiendo a las falsas virtudes combatidas la imagen de la virtud futura: la virtud que hace regalos. En las últimas líneas Zaratustra se despide de sus discípulos y vuelve a su soledad. «Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros. Y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros».

Al comienzo de la segunda parte Zaratustra se encuentra en la montaña aguardando a que la semilla plantada por él dé sus frutos. Se impacienta, a causa de la sobreabundancia de su sabiduría; y un amanecer tiene un sueño: la doctrina predicada por él está siendo desfigurada. Ha perdido a sus amigos, y tiene que ir a buscarlos de nuevo. «Sí, también os asustaréis vosotros, amigos míos, a causa de mi sabiduría salvaje; y tal vez huyáis de ella juntamente con mis enemigos». Ese *tal vez* sostiene su esperanza. No es seguro que sus discípulos vayan a abandonarle. El tema básico que resuena, abierta o escondidamente, en la segunda parte es la *voluntad de poder*. Por ello los primeros capítulos son ataques contra quienes con su enseñanza se oponen a esa voluntad. Los compasivos, los sacerdotes, los virtuosos, los sabios famosos, la chusma, las tarántulas: todos ellos sienten aversión contra la vida y su esencia. Están dominados por el espíritu de la venganza. De repente, surgen tres capítulos de tono lírico, «La canción de la noche», «La canción del baile» y «La canción de los sepulcros». Y tras ellos aparece el esbozo del hombre que se libera del espíritu de venganza contra la vida. «De los grandes acontecimientos» nos informa de los viajes y andanzas de Zaratustra, así como también lo hace el capítulo dedicado a la «redención», en que Zaratustra dialoga con los lisiados y mendigos. El capítulo final de esta parte hace emerger, como un monstruo, el pensamiento del eterno retorno. Zaratustra «grita de terror» ante él. No quiere decirlo; se muestra obstinado y calla a pesar de todos los requerimientos. «Y yo reflexioné durante largo tiempo y temblaba. Pero acabé por decir lo que había dicho al comienzo: “No quiero”». Por la noche se marcha solo y abandona a sus amigos.

La tercera parte constituye la culminación de la obra. No se olvide que, en el primitivo plan de Nietzsche, *Así habló Zaratustra* concluía con ella. Como puede suponerse, su tema central es lo que quedó inexpresado al final de la segunda: el pensamiento del *eterno retorno*, que Zaratustra «no quiso» decir. También ahora duda en proponerlo. «Esta idea es más bien aludida que realmente desarrollada. Nietzsche tiene casi miedo de expresarla. El centro de su pensamiento rehuye la palabra. Es un

saber secreto. Nietzsche titubea y levanta siempre nuevas vallas en torno a su secreto, pues en su intuición suprema es donde más atrás queda por debajo del concepto. El misterio de su idea fundamental queda envuelto, para él mismo, en las sombras de lo inquietante. Tal vez se salga así por vez primera de la senda de la metafísica y se encuentre sin camino alguno, perdido en una nueva dimensión» (E. Fink).

Zaratustra se embarca y durante la travesía narra a los marineros un sueño que acaba de tener: el apartado correspondiente se titula «De la visión y del enigma». Y sin duda no es posible resumir más concentradamente el núcleo de esta obra que diciendo: *Así habló Zaratustra* es «la visión de un enigma». Visión, por la inmediatez con que se presenta, por el espanto que produce. Enigma, porque permanece en lo inexpresado. Y de ese espanto, que es como una culebra atravesada en la garganta, el hombre sólo puede librarse mordiendo y arrancando la cabeza de la serpiente, y arrojándola lejos. Entonces ríe. «Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él rió». Los intermedios líricos son frecuentes en esta tercera parte, alcanzando cumbres altísimas, como en el titulado «Antes de la salida del sol». Pero el pensamiento del eterno retorno vuelve a aflorar una y otra vez, y llega a su más detallada expresión en los apartados «Del espíritu de la pesadez» y «El convaleciente». Concluye esta tercera parte con el comentario de la canción de amor al dolor, esencia del mundo, que volverá a aparecer al final de la última parte.

¡Oh hombre! ¡Presta atención!
¿Qué dice la profunda medianoche?
«Yo dormía, dormía, –
De un profundo soñar me he despertado: –
El mundo es profundo
Y más profundo de lo que el día ha pensado.
Profundo es su dolor – ,
El placer – es más profundo aún que el sufrimiento:
El dolor dice: ¡Pasa!
Mas todo placer quiere eternidad –,
–¡Quiere profunda, profunda eternidad!».

Muchos años y muchas lunas han pasado sobre el alma de Zaratustra cuando comienza la cuarta parte. De nuevo está retirado en su caverna, y sus cabellos se han vuelto blancos. Entonces decide hacer una extraña pesca: pescar hombres en las altas montañas. Atraídos por el canto de su felicidad, a él acuden los «hombres superiores». Zaratustra oye un grito de socorro, y su última tentación se acerca hasta él. Esta última tentación, la que podría inducirle a su último pecado, es la compasión por estos hombres superiores. Uno a uno van apareciendo en los dominios de Zaratustra el adivino, los reyes que han abandonado el trono, el concienzudo del espíritu, el mago, el papa jubilado, el más feo de los hombres, el mendigo voluntario,

el viajero y su propia sombra. Zaratustra les saluda y celebra con ellos «la Cena». Y, más tarde, «la fiesta del asno». Pero no es a aquellos hombres superiores a quienes Zaratustra aguarda en sus montañas. Él espera su signo, y éste llega: el león riente y la bandada de palomas. Los hombres superiores huyen asustados. Zaratustra ha superado su última tentación, y ahora parte con un destino desconocido. «Así habló Zaratustra, y abandonó su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas». De todos los símbolos que llenan la obra, es éste sin duda el más cargado de significación.

Algunos problemas formales

Dejando aparte todos sus demás valores, *Así habló Zaratustra* está considerada con razón como una de las obras maestras de la literatura escrita en alemán. Nietzsche mismo tenía consciencia de ello. «Entre mis escritos ocupa mi *Zaratustra* un lugar aparte. Con él he hecho a la humanidad el regalo más grande que hasta ahora ésta ha recibido. Este libro, dotado de una voz que atraviesa milenios, no es sólo el libro más elevado que existe, el auténtico libro del aire de alturas —todo el hecho "hombre" yace a enorme distancia por *debajo*—, de él es también el libro *más profundo*, nacido de la riqueza más íntima de la verdad, un pozo inagotable, al que ningún cubo desciende sin subir lleno de oro y de bondad. No habla en él un "profeta", uno de esos espantosos híbridos de enfermedad y de voluntad de poder denominados fundadores de religiones. Es preciso ante todo *oír* bien el sonido que sale de esa boca, ese sonido alciónico, para no ser lastimosamente injustos con el sentido de su sabiduría. "Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad, los pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo"» (*Ecce homo*, pp. 19-20).

Y en otro lugar dice: «El arte del *gran* ritmo, el *gran* estilo de los períodos para expresar un inmenso arriba y abajo de pasión sublime, de pasión sobrehumana, yo he sido el primero en descubrirlo; con un ditirambo como el último del *tercer Zaratustra*, titulado "Los siete sellos", he volado miles de millas más allá de todo lo que hasta ahora se llamaba poesía» (*Ecce homo*, p. 70).

Todo lector que comience a leer esta obra percibirá en seguida cuál es el otro gran libro del cual quiere éste ser antítesis: el libro de los libros, la Biblia. Y esto no sólo en el sentido ideológico y doctrinal, sino incluso en el literario. Hay una obra cuya sombra se proyecta de modo constante sobre las páginas de *Así habló Zaratustra*: es la traducción luterana de la Biblia, traducción que propiamente creó el idioma alemán. Conocidos por Nietzsche con detalle desde los primeros años de su vida el vocabulario y la construcción sintáctica de Lutero, éstos afloran ahora por todas partes en su lenguaje, llegando hasta la selección de términos y locuciones y al modo de combinar las frases. Excepto ese influjo poderoso, todo lo demás es *creación*

propia de Nietzsche. La versión de una obra de este tipo constituye tormento y gozo para el traductor. Infinidad de recursos retóricos exclusivos del idioma alemán se pierden necesariamente. Las antítesis y aliteraciones fundadas en peculiaridades estilísticas de aquella lengua no podrán aparecer más que brumosamente en nuestro idioma. Por otro lado, Nietzsche *crea* gran número de palabras de nuevo cuño, la mayoría de las cuales no se han incorporado al alemán ordinario, dada su fuerza expresiva, la cual impide su utilización excepto en situaciones de tensión pareja a la que aquí domina.

En cambio, otra técnica preferida de Nietzsche, la «cita» escondida, encuentra en las notas puestas por el traductor aclaración suficiente. Como se verá, los pasajes bíblicos citados son incontables. Podrían haberse identificado más. En cambio, nos parece que las «alusiones» directas a personas y acontecimientos de su vida, aunque estuvieran suficientemente documentadas por otras fuentes (cartas o declaraciones del propio Nietzsche), cosa que resulta difícil lograr, no merecen apenas atención. Estaba Nietzsche demasiado absorto en la «visión del enigma» como para que tales pequeñeces le mereciesen relieve. En todo caso, para emplear un término hegeliano, quedan *aufgehoben* (suprimidas, elevadas e integradas) en la totalidad que las engloba.

Andrés Sánchez Pascual
«Kiek ut», agosto de 1971

Nota a la nueva edición

Esta traducción de *Así habló Zaratustra* se realizó en 1972, hace ahora veinticinco años. Desde entonces se ha reimpreso veinte veces en España y algunas más en países americanos de lengua española. Ello habla por sí solo en favor de su aceptación.

En su momento esta traducción significó una novedad, y no sólo por el aparato de notas que la acompañaba, sino también por la traducción en sí misma, hecha directamente del original alemán, sobre un texto completo y crítico.

Durante estos veinticinco años el traductor ha recibido centenares de cartas de lectores de la obra, no sólo de España, sino también, en mayor número, de América. Aunque muchas de ellas hubieron de ser contestadas con un *Davus sum, non Oedipus*, todas esas cartas han hecho reflexionar al traductor sobre su trabajo. La traducción es, como se sabe, una tarea inacabable.

Por ello, aprovechando esta reedición en el nuevo formato de los libros de bolsillo de Alianza Editorial, se ha procedido por vez primera a una revisión de la traducción y se han introducido mejoras en ella. También se han ampliado las notas, pues no han pasado en vano veinticinco años de investigación nietzscheana en todo el mundo.

Al traductor le resulta imposible dar aquí las gracias a todos los lectores que con

su amable interés han contribuido a las mencionadas mejoras. Pero hay dos a los que quisiera mencionar por su nombre: José Jara, en Santiago de Chile, y Jordi Piguem, en Barcelona. Ellos han sido dos lectores atentísimos de esta traducción y quisiera agradecerles públicamente sus sugerencias.

Le deseo a esta nueva edición que tenga lectores de igual calidad y número que tuvo la primera. Para ellos he realizado este trabajo.

Andrés Sánchez Pascual
«Blau-Mar» (Llavaneras), 14 de julio de 1997

Prólogo de Zaratustra

1[1]

Cuando Zaratustra tenía treinta años[2] abandonó su patria y el lago de su patria y marchó a las montañas. Allí gozó de su espíritu y de su soledad y durante diez años no se cansó de hacerlo. Pero al fin su corazón se transformó, – y una mañana, levantándose con la aurora, se colocó delante del sol y le habló así:

«¡Tú gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas![3]

Durante diez años has venido subiendo hasta mi caverna: sin mí, mi águila y mi serpiente[4] te habrías hartado de tu luz y de este camino.

Pero nosotros te aguardábamos cada mañana, te liberábamos de tu sobreabundancia y te bendecíamos por ello.

¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan.

Me gustaría regalar y repartir hasta que los sabios entre los hombres hayan vuelto a regocijarse con su locura, y los pobres, con su riqueza.

Para ello tengo que bajar a la profundidad: como haces tú al atardecer, cuando traspones el mar llevando luz incluso al submundo, ¡astro inmensamente rico!

Yo, lo mismo que tú, tengo que *hundirme en mi ocaso*[5], como dicen los hombres a quienes quiero bajar.

¡Bendíceme, pues, ojo tranquilo, capaz de mirar sin envidia incluso una felicidad demasiado grande!

¡Bendice la copa que quiere desbordarse para que de ella fluya el agua de oro llevando a todas partes el resplandor de tus delicias!

¡Mira! Esta copa quiere vaciarse de nuevo, y Zaratustra quiere volver a hacerse hombre».

– Así comenzó el ocaso de Zaratustra[6].

2

Zaratustra bajó solo de las montañas sin encontrar a nadie. Pero cuando llegó a los bosques surgió de pronto ante él un anciano que había abandonado su santa choza para buscar raíces en el bosque[7]. Y el anciano habló así a Zaratustra:

No me es desconocido este caminante: hace algunos años pasó por aquí. Zaratustra se llamaba; pero se ha transformado.

Entonces llevabas tu ceniza a la montaña[8]: ¿quieres hoy llevar tu fuego a los valles? ¿No temes los castigos que se imponen al incendiario?

Sí, reconozco a Zaratustra. Puro es su ojo, y en su boca no se oculta náusea alguna[9]. ¿No viene hacia acá como un bailarín?

Zaratustra está transformado, Zaratustra se ha convertido en un niño, Zaratustra es un despierto[10]: ¿qué quieres hacer ahora entre los que duermen?

En la soledad vivías como en el mar, y el mar te llevaba. Ay, ¿quieres bajar a tierra? Ay, ¿quieres volver a arrastrar tú mismo tu cuerpo?

Zaratustra respondió: «Yo amo a los hombres».

¿Por qué, dijo el santo, me marché yo al bosque y a las soledades? ¿No fue acaso porque amaba demasiado a los hombres?

Ahora amo a Dios: a los hombres no los amo. El hombre es para mí una cosa demasiado imperfecta. El amor al hombre me mataría.

Zaratustra respondió: «¡Qué dije amor! Lo que yo llevo a los hombres es un regalo».

No les des nada, dijo el santo. Es mejor que les quites alguna cosa y que la lleves a cuestas junto con ellos – eso será lo que más bien les hará: ¡con tal de que te haga bien a ti!

¡Y si quieres darles algo, no les des más que una limosna, y deja que además la mendiguen!

«No, respondió Zaratustra, yo no doy limosnas. No soy bastante pobre para eso».

El santo se rió de Zaratustra y dijo: ¡Entonces cuida de que acepten tus tesoros! Ellos desconfían de los eremitas y no creen que vayamos para hacer regalos.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios por sus callejas. Y cuando por las noches, estando en sus camas, oyen caminar a un hombre mucho antes de que el sol salga, se preguntan: ¿adonde irá el ladrón?[11]

¡No vayas a los hombres y quédate en el bosque! ¡Es mejor que vayas incluso a los animales! ¿Por qué no quieres ser tú, como yo, – un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros?

«¿Y qué hace el santo en el bosque?», preguntó Zaratustra.

El santo respondió: Hago canciones y las canto, y, al hacerlas, río, lloro y gruño: así alabo a Dios.

Cantando, llorando, riendo y gruñendo alabo al Dios que es mi Dios. Mas ¿qué regalo es el que tú nos traes?

Cuando Zaratustra hubo oído estas palabras saludó al santo y dijo: «¡Qué podría yo daros a vosotros! ¡Pero déjame irme aprisa, para que no os quite nada!». –Y así se separaron, el anciano y el hombre, riendo como ríen dos muchachos.

Mas cuando Zaratustra estuvo solo, habló así a su corazón: «¡Será posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que *Dios ha muerto*!»[12]. –

3

Cuando Zaratustra llegó a la primera ciudad, situada al borde de los bosques,

encontró reunida en el mercado[13] una gran muchedumbre: pues estaba prometida la exhibición de un volatinero. Y Zaratustra habló así al pueblo:

Yo os enseño el superhombre[14]. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de sí mismos: ¿y queréis ser vosotros el reflujo de ese gran flujo y retroceder al animal más bien que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa[15].

Habéis recorrido el camino que lleva desde el gusano hasta el hombre, y muchas cosas en vosotros continúan siendo gusano. En otro tiempo fuisteis monos, y también ahora es el hombre más mono que cualquier mono.

Y el más sabio de vosotros es tan sólo un ser escindido, híbrido de planta y fantasma. Pero ¿os mando yo que os convirtáis en fantasmas o en plantas?

¡Mirad, yo os enseño el superhombre!

El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡*sea* el superhombre el sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, *permaneced fieles a la tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobre-terrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.

Son despreciadores de la vida, son moribundos y están, ellos también, envenenados, la tierra está cansada de ellos: ¡ojalá desaparezcan!

En otro tiempo el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con Él han muerto también esos delincuentes. ¡Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inescrutable más que el sentido de la tierra!

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio: y ese desprecio era entonces lo más alto: – el alma quería el cuerpo flaco, feo, famélico. Así pensaba escabullirse del cuerpo y de la tierra.

Oh, también esa alma era flaca, fea y famélica: ¡y la crueldad era la voluptuosidad de esa alma!

Mas vosotros también, hermanos míos, decidme: ¿qué anuncia vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma acaso pobreza y suciedad y un lamentable bienestar?

En verdad, una sucia corriente es el hombre. Es necesario ser un mar para poder recibir una sucia corriente sin volverse impuro.

Mirad, yo os enseño el superhombre: él es ese mar, en él puede sumergirse vuestro gran desprecio.

¿Cuál es la máxima vivencia que vosotros podéis tener? La hora del gran desprecio. La hora en que incluso vuestra felicidad se os convierta en náusea y eso mismo ocurra con vuestra razón y con vuestra virtud.

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar. ¡Sin embargo, mi felicidad debería justificar incluso la existencia!».

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi razón! ¿Ansía ella el saber lo mismo que el león su alimento? ¡Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!».

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi virtud! Todavía no me ha puesto furioso. ¡Qué cansado estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo esto es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!».

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi justicia! No veo que yo sea un carbón ardiente. ¡Mas el justo es un carbón ardiente!».

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi compasión! ¿No es la compasión acaso la cruz en la que es clavado quien ama a los hombres? Pero mi compasión no es una crucifixión».

¿Habéis hablado ya así? ¿Habéis gritado ya así? ¡Ah, ojalá os hubiese yo oído ya gritar así!

¡No vuestro pecado – vuestra moderación es lo que clama al cielo, vuestra mezquindad hasta en vuestro pecado es lo que clama al cielo![16]

¿Dónde está el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde la demencia que habría que inocularos?

Mirad, yo os enseño el superhombre: ¡él es ese rayo, él es esa demencia! –

Cuando Zaratustra hubo hablado así, uno del pueblo gritó: «Ya hemos oído hablar bastante del volatinero; ahora, ¡veámoslo también!». Y todo el pueblo se rió de Zaratustra. Mas el volatinero, que creyó que aquello iba dicho por él, se puso a trabajar.

4

Mas Zaratustra contempló al pueblo y se maravilló. Luego habló así:

El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, – una cuerda sobre un abismo.

Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse.

La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un *tránsito* y un *ocaso*[17].

Yo amo a quienes no saben vivir de otro modo que hundiéndose en su ocaso, pues ellos son los que pasan al otro lado.

Yo amo a los grandes despreciadores, pues ellos son los grandes veneradores, y flechas del anhelo hacia la otra orilla.

Yo amo a quienes, para hundirse en su ocaso y sacrificarse, no buscan una razón detrás de las estrellas: sino que se sacrifican a la tierra para que ésta llegue alguna vez

a ser del superhombre.

Yo amo a quien vive para conocer, y quiere conocer para que alguna vez viva el superhombre. Y quiere así su propio ocaso.

Yo amo a quien trabaja e inventa para construirle la casa al superhombre y prepara para él la tierra, el animal y la planta: pues quiere así su propio ocaso.

Yo amo a quien ama su virtud: pues la virtud es voluntad de ocaso y una flecha del anhelo.

Yo amo a quien no reserva para sí ni una gota de espíritu, sino que quiere ser íntegramente el espíritu de su virtud: avanza así en forma de espíritu sobre el puente.

Yo amo a quien de su virtud hace su inclinación y su fatalidad: quiere así, por amor a su virtud, seguir viviendo y no seguir viviendo.

Yo amo a quien no quiere tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, porque es un nudo más fuerte del que se cuelga la fatalidad.

Yo amo a aquél cuya alma se prodiga, y no quiere recibir agradecimiento ni devuelve nada: pues él regala siempre y no quiere conservarse a sí mismo[18].

Yo amo a quien se avergüenza cuando el dado, al caer, le da suerte, y entonces se pregunta: ¿acaso soy yo un jugador que hace trampas? – pues quiere perecer.

Yo amo a quien delante de sus acciones arroja palabras de oro y cumple siempre más de lo que promete: pues quiere su ocaso.

Yo amo a quien justifica a los hombres del futuro y redime a los del pasado: pues quiere perecer a causa de los hombres del presente.

Yo amo a quien castiga a su dios porque ama a su dios[19]: pues tiene que perecer por la cólera de su dios.

Yo amo a aquél cuya alma es profunda incluso cuando se la hiere, y que puede perecer a causa de una pequeña vivencia: pasa así de buen grado por el puente.

Yo amo a aquél cuya alma está tan llena que se olvida de sí mismo, y todas las cosas están dentro de él: todas las cosas se transforman así en su ocaso.

Yo amo a quien es de espíritu libre y de corazón libre: su cabeza no es así más que las entrañas de su corazón, pero su corazón lo empuja al ocaso.

Yo amo a todos aquellos que son como gotas pesadas que caen una a una de la oscura nube suspendida sobre el hombre: ellos anuncian que el rayo viene, y perecen como anunciadores.

Mirad, yo soy un anunciador del rayo y una pesada gota que cae de la nube: mas ese rayo se llama superhombre. –

5

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras contempló de nuevo el pueblo y calló: «Ahí están», dijo a su corazón, «y se ríen: no me entienden, no soy yo la boca para estos oídos[20].

¿Habrá que romperles antes los oídos, para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que atronar igual que timbales y que predicadores de penitencia? ¿O acaso creen tan sólo al que balbucea?

Tienen algo de lo que están orgullosos. ¿Cómo llaman a eso que los llena de orgullo? Cultura[21] lo llaman, es lo que los distingue de los cabreros.

Por esto no les gusta oír, referida a ellos, la palabra "desprecio". Voy a hablar, pues, a su orgullo.

Voy a hablarles de lo más despreciable: *el último hombre*»[22].

Y Zaratustra habló así al pueblo:

Es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza.

Todavía es bastante fértil su terreno para ello. Mas algún día ese terreno será pobre y manso, y de él no podrá ya brotar ningún árbol elevado.

¡Ay! ¡Llega el tiempo en que el hombre dejará de lanzar la flecha de su anhelo más allá del hombre, y en que la cuerda de su arco no sabrá ya vibrar!

Yo os digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Yo os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro de vosotros.

¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre no dará ya a luz ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable, el incapaz ya de despreciarse a sí mismo.

¡Mirad! Yo os muestro el *último hombre*.

«¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella?» – así pregunta el último hombre, y parpadea.

La tierra se ha vuelto pequeña entonces, y sobre ella da saltos el último hombre, que todo lo empequeñece. Su estirpe es indestructible, como el pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive.

«Nosotros hemos inventado la felicidad» – dicen los últimos hombres, y parpadean.

Han abandonado las comarcas donde era duro vivir: pues la gente necesita calor. La gente ama incluso al vecino y se restriega contra él: pues necesita calor.

Enfermar y desconfiar considéranlo pecaminoso: la gente camina con cuidado. ¡Un tonto es quien sigue tropezando con piedras o con hombres!

Un poco de veneno de vez en cuando: eso produce sueños agradables. Y mucho veneno al final, para tener un morir agradable.

La gente continúa trabajando, pues el trabajo es un entretenimiento. Mas procura que el entretenimiento no canse.

La gente ya no se hace ni pobre ni rica: ambas cosas son demasiado molestas. ¿Quién quiere aún gobernar? ¿Quién aún obedecer? Ambas cosas son demasiado molestas.

¡Ningún pastor y *un solo* rebaño![23] Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio.

«En otro tiempo todo el mundo desvariaba» – dicen los más sutiles, y parpadean.

Hoy la gente es inteligente y sabe todo lo que ha ocurrido: así no acaba nunca de burlarse. La gente continúa discutiendo, mas pronto se reconcilia – de lo contrario, ello estropea el estómago.

La gente tiene su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche: pero honra la salud.

«Nosotros hemos inventado la felicidad» – dicen los últimos hombres, y parpadean. –

Y aquí acabó el primer discurso de Zaratustra, llamado también «el prólogo»[24]: pues en este punto el griterío y el regocijo de la multitud lo interrumpieron. «¡Danos ese último hombre, oh Zaratustra, —gritaban— haz de nosotros esos últimos hombres! ¡El superhombre te lo regalamos!»[25] Y todo el pueblo daba gritos de júbilo y chasqueaba la lengua. Pero Zaratustra se entristeció y dijo a su corazón:

No me entienden: no soy yo la boca para estos oídos.

Sin duda he vivido demasiado tiempo en las montañas, he escuchado demasiado a los arroyos y a los árboles: ahora les hablo como a los cabreros.

Inmóvil es mi alma, y luminosa como las montañas por la mañana. Pero ellos piensan que yo soy frío, y un burlón que hace chistes horribles.

Y ahora me miran y se ríen: y mientras ríen, continúan odiándome. Hay hielo en su reír.

6

Pero entonces ocurrió algo que hizo callar todas las bocas y quedar fijos todos los ojos. Entretanto, en efecto, el volatinero había comenzado su tarea: había salido de una pequeña puerta y caminaba sobre la cuerda, la cual estaba tendida entre dos torres, colgando sobre el mercado y el pueblo. Mas cuando se encontraba justo en la mitad de su camino, la pequeña puerta volvió a abrirse y un compañero de oficio vestido de muchos colores, igual que un bufón, saltó fuera y marchó con rápidos pasos detrás del primero. «Sigue adelante, cojitranco, gritó su terrible voz, sigue adelante, ¡holgazán, impostor, cara de tísico! ¡Que no te haga yo cosquillas con mi talón! ¿Qué haces aquí entre torres? Dentro de la torre está tu sitio, en ella se te debería encerrar, ¡cierras el camino a uno mejor que tú!» – Y a cada palabra se le acercaba más y más: y cuando estaba ya a un solo paso detrás de él ocurrió aquella cosa horrible que hizo callar todas las bocas y quedar fijos todos los ojos: – lanzó un grito como si fuese un demonio y saltó por encima de quien le obstaculizaba el camino. Mas éste, cuando vio que su rival lo vencía, perdió la cabeza y el equilibrio; arrojó su balancín y, más rápido que éste, se precipitó hacia abajo como un remolino de brazos y de piernas. El mercado y el pueblo parecían el mar cuando la tempestad

avanza: todos huyeron apartándose y atropellándose, sobre todo allí donde el cuerpo tenía que estrellarse.

Zaratustra, en cambio, permaneció inmóvil, y justo a su lado cayó el cuerpo, maltrecho y quebrantado, pero no muerto todavía. Al poco tiempo el destrozado recobró la consciencia y vio a Zaratustra arrodillarse junto a él. «¿Qué haces aquí?, dijo por fin, desde hace mucho sabía yo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres tú impedírselo?».

«Por mi honor, amigo, respondió Zaratustra, todo eso de que hablas no existe: no hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aún más pronto que tu cuerpo[26]: así, pues, ¡no temas ya nada!».

El hombre alzó su mirada con desconfianza. «Si tú dices la verdad, añadió luego, nada pierdo perdiendo la vida. No soy mucho más que un animal al que, con golpes y escasa comida, se le ha enseñado a bailar».

«No hables así, dijo Zaratustra, tú has hecho del peligro tu profesión, en ello no hay nada despreciable. Ahora pereces a causa de tu profesión: por ello voy a enterrarte con mis propias manos».

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, el moribundo ya no respondió; pero movió la mano como si buscase la mano de Zaratustra para darle las gracias. –

7

Entretanto iba llegando el atardecer, y el mercado se ocultaba en la oscuridad: el pueblo se dispersó entonces, pues hasta la curiosidad y el horror acaban por cansarse. Mas Zaratustra estaba sentado en el suelo junto al muerto, hundido en sus pensamientos: así olvidó el tiempo. Por fin se hizo de noche, y un viento frío sopló sobre el solitario. Zaratustra se levantó entonces y dijo a su corazón:

¡En verdad, una hermosa pesca ha cobrado hoy Zaratustra! No ha pescado ni un solo hombre[27], pero sí, en cambio, un cadáver.

Siniestra es la existencia humana, y carente aún de sentido: un bufón puede convertirse para ella en la fatalidad.

Yo quiero enseñar a los hombres el sentido de su ser: ese sentido es el superhombre, el rayo que brota de la oscura nube que es el hombre.

Mas todavía estoy muy lejos de ellos, y mi sentido no habla a sus sentidos. Para los hombres yo soy todavía algo intermedio entre un necio y un cadáver.

Oscura es la noche, oscuros son los caminos de Zaratustra[28]. ¡Ven, compañero frío y rígido! Te llevaré adonde voy a enterrarte con mis manos.

8

Cuando Zaratustra hubo dicho esto a su corazón, cargó el cadáver sobre sus espaldas y se puso en camino. Y no había recorrido aún cien pasos cuando se le acercó furtivamente un hombre y comenzó a susurrarle al oído –y he aquí que quien hablaba era el bufón de la torre. «Vete fuera de esta ciudad, Zaratustra, dijo; aquí son demasiados los que te odian. Te odian los buenos y justos[29] y te llaman su enemigo y su despreciador; te odian los creyentes de la fe ortodoxa, y éstos te llaman el peligro de la muchedumbre. Tu suerte ha estado en que la gente se rió de ti: y, en verdad, hablabas igual que un bufón. Tu suerte ha estado en asociarte al perro muerto; al humillarte de ese modo te has salvado a ti mismo por hoy. Pero vete lejos de esta ciudad – o mañana saltaré por encima de ti, un vivo por encima de un muerto». Y cuando hubo dicho esto, el hombre desapareció; pero Zaratustra continuó caminando por las oscuras callejas.

A la puerta de la ciudad encontró a los sepultureros: éstos iluminaron el rostro de Zaratustra con la antorcha, lo reconocieron y comenzaron a burlarse de él. «Zaratustra se lleva al perro muerto: ¡bravo, Zaratustra se ha hecho sepulturero! Nuestras manos son demasiado limpias para ese asado. ¿Es que Zaratustra quiere acaso robarle al diablo su bocado? ¡Vaya! ¡Suerte, y que aproveche! ¡A no ser que el diablo sea mejor ladrón que Zaratustra! – ¡y robe a los dos, y a los dos se los trague!». Y se reían entre sí, cuchicheando.

Zaratustra no dijo ni una palabra y siguió su camino. Pero cuando llevaba andando ya dos horas, al borde de bosques y de ciénagas, había oído demasiado el hambriento aullido de los lobos, y el hambre se apoderó también de él. Por ello se detuvo junto a una casa solitaria dentro de la cual ardía una luz.

El hambre me asalta, dijo Zaratustra, como un ladrón. En medio de bosques y de ciénagas me asalta mi hambre, y en plena noche.

Extraños caprichos tiene mi hambre. A menudo no me viene sino después de la comida, y hoy no me vino en todo el día: ¿dónde se entretuvo, pues?

Y mientras decía esto, Zaratustra llamó a la puerta de la casa. Un hombre viejo apareció; traía la luz y preguntó: «¿Quién viene a mí y a mi mal dormir?».

«Un vivo y un muerto, dijo Zaratustra. Dame de comer y de beber, he olvidado hacerlo durante el día. Quien da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría.»[30]

El viejo se fue y al poco volvió y ofreció a Zaratustra pan y vino: «Mal sitio es éste para hambrientos, dijo. Por eso habito yo aquí. Animales y hombres acuden a mí, el eremita. Mas da de comer y de beber también a tu compañero, él está más cansado que tú». Zaratustra respondió: «Mi compañero está muerto, difícilmente le persuadiré a que coma y beba». «Eso a mí no me importa, dijo el viejo con hosquedad; quien llama a mi casa tiene que tomar también lo que le ofrezco. ¡Comed y que os vaya bien!». –

A continuación Zaratustra volvió a caminar durante dos horas, confiando en el camino y en la luz de las estrellas: pues estaba habituado a andar por la noche y le

gustaba mirar a la cara a todas las cosas que duermen[31]. Mas cuando la mañana comenzó a despuntar, Zaratustra se encontró en lo profundo del bosque, y ningún camino se abría ya ante él. Entonces colocó al muerto en un árbol hueco, a la altura de su cabeza —pues quería protegerlo de los lobos— y se acostó en el suelo de musgo. En seguida se durmió, cansado el cuerpo, pero inmóvil el alma.

9

Largo tiempo durmió Zaratustra, y no sólo la aurora pasó sobre su rostro, sino también la mañana entera. Mas por fin sus ojos se abrieron: asombrado miró Zaratustra el bosque y el silencio, asombrado miró dentro de sí. Entonces se levantó con rapidez, como un marinero que de pronto ve tierra, y lanzó gritos de júbilo: pues había visto una verdad nueva[32], y habló así a su corazón:

Una luz ha aparecido en mi horizonte: compañeros de viaje necesito, compañeros vivos, – no compañeros muertos ni cadáveres, a los cuales llevo conmigo adonde quiero.

Compañeros de viaje vivos es lo que yo necesito, que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos – e ir adonde yo quiero ir.

Una luz ha aparecido en mi horizonte: ¡no hable al pueblo Zaratustra, sino a compañeros de viaje! ¡Zaratustra no debe convertirse en pastor y perro de un rebaño!

Para incitar a muchos a apartarse del rebaño – para eso he venido. Pueblo y rebaño se irritarán contra mí: ladrón va a ser llamado por los pastores Zaratustra.

Digo pastores, pero ellos se llaman a sí mismos los buenos y justos. Digo pastores: pero ellos se llaman a sí mismos los creyentes de la fe ortodoxa.

¡Ved los buenos y justos! ¿A quién es al que más odian? Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador al infractor: – pero ése es el creador.

¡Ved los creyentes de todas las creencias! ¿A quién es al que más odian? Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor[33]: – pero ése es el creador.

Compañeros para su camino busca el creador, y no cadáveres, ni tampoco rebaños y creyentes. Compañeros en la creación busca el creador, que escriban nuevos valores en tablas nuevas.

Compañeros busca el creador, y colaboradores en la recolección: pues todo está en él maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces[34]: por ello arranca las espigas y está enojado.

Compañeros busca el creador, que sepan afilar sus hoces. Aniquiladores se los llamará, y despreciadores del bien y del mal. Pero son los cosechadores y los que celebran fiestas.

Compañeros en la creación busca Zaratustra, compañeros en la recolección y en las fiestas busca Zaratustra: ¡qué tiene él que ver con rebaños y pastores y cadáveres!

Y tú, primer compañero mío, ¡descansa en paz! Bien te he enterrado en tu árbol hueco, bien te he escondido de los lobos.

Pero me separo de ti, el tiempo ha pasado. Entre aurora y aurora ha venido a mí una verdad nueva.

No debo ser pastor ni sepulturero. Y ni siquiera voy a volver a hablar con el pueblo nunca; por última vez he hablado a un muerto.

A los creadores, a los cosechadores, a los que celebran fiestas quiero unirme: voy a mostrarles el arco iris y todas las escaleras del superhombre.

Cantaré mi canción para los eremitas solitarios o en pareja[35]; y a quien todavía tenga oídos para oír cosas inauditas, a ése voy a abrumarle el corazón con mi felicidad.

Hacia mi meta quiero ir, yo continúo mi marcha; saltaré por encima de los indecisos y de los rezagados. ¡Sea mi marcha el ocaso de ellos!

10

Esto es lo que Zaratustra dijo a su corazón cuando el sol estaba en pleno mediodía: entonces se puso a mirar inquisitivamente hacia la altura – pues había oído por encima de sí el agudo grito de un pájaro. Y he aquí que un águila cruzaba el aire trazando amplios círculos y de él colgaba una serpiente, no como si fuera una presa, sino una amiga: pues se mantenía enroscada a su cuello[36].

«¡Son mis animales!, dijo Zaratustra, y se alegró de corazón.

El animal más orgulloso debajo del sol, y el animal más inteligente debajo del sol – han salido para explorar el terreno.

Quieren averiguar si Zaratustra vive todavía. En verdad, ¿vivo yo todavía?

He encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales, peligrosos son los caminos que recorre Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!».

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, se acordó de las palabras del santo en el bosque, suspiró y habló así a su corazón:

¡Ojalá fuera yo más inteligente! ¡Ojalá fuera yo inteligente de verdad, como mi serpiente!

Pero pido cosas imposibles: ¡por ello pido a mi orgullo que camine siempre junto a mi inteligencia!

Y si alguna vez mi inteligencia me abandona –¡ay, le gusta escapar volando!– ¡que mi orgullo continúe volando junto con mi tontería!

– Así comenzó el ocaso de Zaratustra.

Los discursos de Zaratustra

De las tres transformaciones

Tres transformaciones del espíritu os menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño.

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, de carga, en el que habita la veneración: su fortaleza demanda cosas pesadas, e incluso las más pesadas de todas.

¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu de carga, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien.

¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu de carga, para que yo cargue con ello y mi fortaleza se regocije.

¿Acaso no es: humillarse para hacer daño a la propia soberbia? ¿Hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría?

¿O acaso es: apartarnos de nuestra causa cuando ella celebra su victoria? ¿Subir a altas montañas para tentar al tentador?[37]

¿O acaso es: alimentarse de las bellotas y de la hierba del conocimiento y sufrir hambre en el alma por amor a la verdad?

¿O acaso es: estar enfermo y enviar a paseo a los consoladores, y hacer amistad con sordos, que nunca oyen lo que tú quieres?

¿O acaso es: sumergirse en agua sucia cuando ella es el agua de la verdad, y no apartar de sí las frías ranas y los calientes sapos?

¿O acaso es: amar a quienes nos desprecian[38] y tender la mano al fantasma cuando quiere causarnos miedo?

Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu de carga: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto.

Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor en su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios, con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria.

¿Quién es el gran dragón, al que el espíritu no quiere seguir llamando señor ni dios? «Tú debes» se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice «yo quiero».

«Tú debes» le cierra el paso, brilla como el oro, es un animal escamoso, y en cada una de sus escamas brilla áureamente «¡Tú debes!».

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: «todos los valores de las cosas – brillan en mí».

«Todos los valores han sido ya creados, y yo soy – todos los valores creados. ¡En verdad, no debe seguir habiendo ningún “Yo quiero”!». Así habla el dragón.

Hermanos míos, ¿para qué se precisa que haya el león en el espíritu? ¿Por qué no basta la bestia de carga, que renuncia a todo y es respetuosa?

Crear valores nuevos – tampoco el león es aún capaz de hacerlo: mas crearse libertad para un nuevo crear – eso sí es capaz de hacerlo el poder del león.

Crearse libertad y un no santo incluso frente al deber: para ello, hermanos míos, es preciso el león.

Tomarse el derecho de nuevos valores – ése es el tomar más horrible para un espíritu de carga y respetuoso. En verdad, eso es para él robar, y cosa propia de un animal de rapiña.

En otro tiempo el espíritu amó el «Tú debes» como su cosa más santa: ahora tiene que encontrar ilusión y capricho incluso en lo más santo, de modo que robe el quedar libre de su amor: para ese robo se precisa el león.

Pero decidme, hermanos míos, ¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el retirado del mundo conquista ahora *su* mundo.

Tres transformaciones del espíritu os he mencionado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño. – –

Así habló Zaratustra. Y entonces residía en la ciudad que es llamada: La Vaca Multicolor[39].

De las cátedras de la virtud

Le habían alabado a Zaratustra un sabio que sabía hablar bien del dormir[40] y de la virtud: por ello, se decía, era muy honrado y recompensado, y todos los jóvenes se sentaban ante su cátedra. A él acudió Zaratustra, y junto con todos los jóvenes se sentó ante su cátedra. Y así habló el sabio:

¡Sentid respeto y pudor ante el dormir! ¡Eso es lo primero! ¡Y evitad a todos los que duermen mal y están desvelados por la noche!

Incluso el ladrón siente pudor ante el dormir: siempre roba a hurtadillas y en silencio por la noche. En cambio el vigilante nocturno carece de pudor, sin pudor alguno vagabundea con su trompeta.

Dormir no es arte pequeño: se necesita, para ello, estar desvelado el día entero.

Diez veces tienes que superarte a ti mismo durante el día: esto produce una fatiga buena y es adormidera del alma.

Diez veces tienes que volver a reconciliarte a ti contigo mismo; pues la superación es amargura, y mal duerme el que no se ha reconciliado.

Diez verdades tienes que encontrar durante el día: de otro modo, sigues buscando la verdad durante la noche, y tu alma ha quedado hambrienta.

Diez veces tienes que reír durante el día, y regocijarte: de lo contrario, el estómago, ese padre de la tribulación, te molesta en la noche.

Pocos saben esto: pero es necesario tener todas las virtudes para dormir bien. ¿Diré yo falso testimonio? ¿Cometeré yo adulterio?

¿Me dejaré llevar a desear la sierva de mi prójimo?[41] Todo esto se avendría mal con el buen dormir.

Y aunque se tengan todas las virtudes, es necesario entender aún de *una cosa*: de mandar a dormir a tiempo a las virtudes mismas.

¡Para que no disputen entre sí esas lindas mujercitas! ¡Y sobre ti, desventurado!

Paz con Dios[42] y con el vecino: así lo quiere el buen dormir. ¡Y paz incluso con el demonio del vecino! De lo contrario, rondará en tu casa por la noche.

¡Honor y obediencia a la autoridad, incluso a la autoridad torcida![43] ¡Así lo quiere el buen dormir! ¿Qué puedo yo hacer si al poder le gusta caminar sobre piernas torcidas?

Para mí el mejor pastor será siempre aquél que lleva sus ovejas al prado más verde[44]: esto se aviene con el buen dormir.

No quiero muchos honores, ni grandes tesoros: eso inflama el bazo. Pero se duerme mal sin un buen nombre y un pequeño tesoro.

Una compañía escasa me agrada más que una malvada: sin embargo, tiene que venir e irse en el momento oportuno. Esto se aviene con el buen dormir.

Mucho me agradan también los pobres de espíritu: fomentan el sueño. Son bienaventurados, especialmente si se les da siempre la razón[45].

Así transcurre el día para el virtuoso. ¡Mas cuando la noche llega me guardo bien de llamar al dormir! ¡El dormir, que es el señor de las virtudes, no quiere que lo llamen!

Sino que pienso en lo que yo he hecho y he pensado durante el día. Rumiando me interrogo a mí mismo, paciente igual que una vaca: ¿cuáles han sido, pues, tus diez superaciones?

¿Y cuáles han sido las diez reconciliaciones, y las diez verdades, y las diez carcajadas con que mi corazón se hizo bien a sí mismo?

Reflexionando sobre estas cosas, y mecido por cuarenta pensamientos, de repente me asalta el dormir, el no llamado, el señor de las virtudes.

El dormir llama a la puerta de mis ojos: éstos se vuelven entonces pesados. El dormir toca mi boca: ésta queda entonces abierta.

En verdad, con suave calzado viene a mí él, el más encantador de los ladrones, y me roba mis pensamientos: entonces yo me quedo en pie como un tonto, igual que esta cátedra.

Pero no estoy así durante mucho tiempo: en seguida me acuesto. –

Mientras Zaratustra oía hablar así a aquel sabio se reía en su corazón: pues una luz había aparecido entretanto en su horizonte. Y habló así a su corazón:

Un necio es para mí este sabio con sus cuarenta pensamientos: pero yo creo que entiende bien de dormir.

¡Feliz quien habite en la cercanía de este sabio! Semejante dormir se contagia, aun a través de un espeso muro se contagia.

Un hechizo mora también en su cátedra. Y no en vano se han sentado los jóvenes ante el predicador de la virtud.

Su sabiduría dice: velar para dormir bien. Y en verdad, si la vida careciese de sentido y yo tuviera que elegir un sinsentido, éste sería para mí el sinsentido más digno de que se lo eligiese.

Ahora comprendo claramente lo que en otro tiempo se buscaba ante todo cuando se buscaban maestros de virtud. ¡Buen dormir es lo que se buscaba, y, para ello, virtudes que fueran como adormideras!

Para todos estos alabados sabios de las cátedras era sabiduría el dormir sin soñar[46]: no conocían mejor sentido de la vida.

Y todavía hoy hay algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honestos: pero su tiempo ha pasado. Y no hace mucho que están en pie: y ya se tienden.

Bienaventurados son estos somnolientos: pues no tardarán en quedar dormidos. –

Así habló Zaratustra.

De los trasmundanos[47]

En otro tiempo también Zaratustra proyectó su ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. Obra de un dios sufriente y atormentado me parecía entonces el mundo.

Sueño me parecía entonces el mundo, e invención poética de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divinamente insatisfecho.

Bien y mal, y placer y dolor, y yo y tú – humo coloreado me parecía todo eso ante ojos creadores. El creador quiso apartar la vista de sí mismo, – entonces creó el mundo.

Ebrio placer es, para quien sufre, apartar la vista de su sufrimiento y perderse a sí mismo. Ebrio placer y un perderse-a-sí-mismo me pareció en otro tiempo el mundo.

Este mundo, eternamente imperfecto, imagen, e imagen imperfecta, de una contradicción eterna – un ebrio placer para su imperfecto creador: – así me pareció en otro tiempo el mundo[48].

Y así también yo proyecté en otro tiempo mi ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. ¿Más allá del hombre, en verdad?

¡Ay, hermanos, ese dios que yo creé era obra humana y demencia humana, como todos los dioses!

Hombre era, y nada más que un pobre fragmento de hombre y de yo: de mi propia ceniza y de mi propia brasa surgió ese fantasma, y, ¡en verdad!, ¡no vino a mí desde el más allá!

¿Qué ocurrió, hermanos míos? Yo me superé a mí mismo, al ser que sufría, yo llevé mi ceniza a la montaña[49], inventé para mí una llama más luminosa. ¡Y he aquí que el fantasma se me *desvaneció*!

Sufrimiento sería ahora para mí, y tormento para el curado, creer en tales fantasmas: sufrimiento sería ahora para mí, y humillación. Así hablo yo a los trasmundanos.

Sufrimiento fue, e impotencia, – lo que creó todos los trasmundos; y aquella breve demencia de la felicidad que sólo experimenta el que más sufre de todos.

Fatiga, que de *un* solo salto quiere llegar al final, de un salto mortal, una pobre fatiga ignorante, que ya no quiere ni querer: ella fue la que creó todos los dioses y todos los trasmundos.

¡Creedme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó del cuerpo, – con los dedos del espíritu trastornado palpaba las últimas paredes.

¡Creedme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó de la tierra, – oyó que el vientre del ser le hablaba.

Y entonces quiso meter la cabeza a través de las últimas paredes, y no sólo la cabeza[50], – quiso pasar a «aquel mundo».

Pero «aquel mundo» está bien oculto a los ojos del hombre, aquel inhumano

mundo deshumanizado, que es una nada celeste; y el vientre del ser no habla en modo alguno al hombre, a no ser en forma de hombre.

En verdad, todo «ser» es difícil de demostrar, y difícil resulta hacerlo hablar. Decidme, hermanos míos, ¿no es acaso la más extravagante de todas las cosas la mejor demostrada?

Sí, este yo y la contradicción y confusión del yo continúan hablando acerca de su ser del modo más honesto, este yo que crea, que quiere, que valora, y que es la medida y el valor de las cosas.

Y este ser honestísimo, el yo – habla del cuerpo, y continúa queriendo el cuerpo, aun cuando poetice y fantasee y revolotee de un lado para otro con rotas alas.

El yo aprende a hablar con mayor honestidad cada vez: y cuanto más aprende, tantas más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.

Mi yo me ha enseñado un nuevo orgullo, y yo se lo enseño a los hombres: ¡a dejar de esconder la cabeza en la arena de las cosas celestes, y a llevarla libremente, una cabeza terrena, la cual es la que crea el sentido de la tierra!

Una nueva voluntad enseño yo a los hombres: ¡querer ese camino que el hombre ha recorrido a ciegas, y llamarlo bueno y no volver a salirse a hurtadillas de él, como hacen los enfermos y moribundos!

Enfermos y moribundos eran los que despreciaron el cuerpo y la tierra y los que inventaron las cosas celestes y las gotas de sangre redentora[51]: ¡pero incluso estos dulces y sombríos venenos los tomaron del cuerpo y de la tierra!

De su miseria querían escapar, y las estrellas les parecían demasiado lejanas. Entonces suspiraron: «¡Oh, si hubiese caminos celestes para deslizarse furtivamente en otro ser y en otra felicidad!» – ¡entonces se inventaron sus caminos furtivos y sus pequeños brebajes de sangre![52]

Entonces estos ingratos se imaginaron estar sustraídos a su cuerpo y a esta tierra. Sin embargo, ¿a quién debían las convulsiones y delicias de su éxtasis? A su cuerpo y a esta tierra.

Indulgente es Zaratustra con los enfermos. En verdad, no se enoja con sus especies de consuelo y de ingratitud. ¡Que se transformen en convalecientes y en superadores, y que se creen un cuerpo superior!

Tampoco se enoja Zaratustra con el convaleciente si éste mira con delicadeza hacia su ilusión y a medianoche se desliza furtivamente en torno a la tumba de su dios: mas enfermedad y cuerpo enfermo continúan siendo para mí también sus lágrimas.

Mucho pueblo enfermo ha habido siempre entre quienes poetizan y tienen la manía de los dioses; odian con furia al hombre del conocimiento y a aquella virtud, la más joven de todas, que se llama: honestidad.

Vuelven siempre la vista hacia tiempos oscuros: entonces, ciertamente, ilusión y fe eran cosas distintas; el delirio de la razón era semejanza con Dios, y la duda era pecado.

Demasiado bien conozco a estos hombres semejantes a Dios: quieren que se crea en ellos, y que la duda sea pecado. Demasiado bien sé igualmente qué es aquello en lo que más creen ellos mismos.

En verdad, no en trasmundos ni en gotas de sangre redentora: sino que es en el cuerpo en lo que más creen, y su propio cuerpo es para ellos su cosa en sí[53].

Pero cosa enfermiza es para ellos el cuerpo: y con gusto escaparían de él. Por eso escuchan a los predicadores de la muerte, y ellos mismos predican trasmundos.

Es mejor que oigáis, hermanos míos, la voz del cuerpo sano: es ésta una voz más honesta y más pura.

Con más honestidad y con más pureza habla el cuerpo sano, el cuerpo perfecto y cuadrado[54]: y habla del sentido de la tierra.

Así habló Zaratustra.

De los despreciadores del cuerpo

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles mi palabra. No deben aprender ni enseñar otras doctrinas, sino tan sólo decir adiós a su propio cuerpo – y así enmudecer.

«Cuerpo soy yo y alma» – así habla el niño. ¿Y por qué no hablar como los niños?

Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de *un único* sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor[55].

Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas «espíritu», un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón.

Dices «yo» y estás orgulloso de esa palabra. Pero esa cosa aún más grande, en la que tú no quieres creer, – tu cuerpo y su gran razón: ésa no dice yo, pero hace yo.

Lo que el sentido siente, lo que el espíritu conoce, eso nunca tiene dentro de sí su final. Pero sentido y espíritu querrían persuadirte de que ellos son el final de todas las cosas: tan vanidosos son.

Instrumentos y juguetes son el sentido y el espíritu: tras ellos se encuentra todavía el sí-mismo[56]. El sí-mismo busca también con los ojos de los sentidos, escucha también con los oídos del espíritu.

El sí-mismo escucha siempre y busca siempre: compara, subyuga, conquista, destruye. El sí-mismo domina y es el dominador también del yo.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido – llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo.

Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría?

Tu sí-mismo se ríe de tu yo y de sus orgullosos saltos. «¿Qué son para mí esos saltos y esos vuelos del pensamiento?, se dice. Un rodeo hacia mi meta. Yo soy las andaderas del yo y el apuntador de sus conceptos».

El sí-mismo dice al yo: «¡siente dolor aquí!». Y el yo sufre y reflexiona sobre cómo dejar de sufrir – y justo para ello *debe* pensar.

El sí-mismo dice al yo: «¡siente placer aquí!». Y el yo se alegra y reflexiona sobre cómo seguir gozando a menudo – y justo para ello *debe* pensar.

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles una palabra. Su despreciar constituye su apreciar[57]. ¿Qué es lo que creó el apreciar y el despreciar y el valor y la voluntad?

El sí-mismo creador se creó para sí el apreciar y el despreciar, se creó para sí el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó para sí el espíritu como una mano de su

voluntad.

Incluso en vuestra tontería y en vuestro desprecio, despreciadores del cuerpo, servís a vuestro sí-mismo. Yo os digo: también vuestro sí-mismo quiere morir y se aparta de la vida.

Ya no es capaz de hacer lo que más quiere: – crear por encima de sí. Eso es lo que más quiere, ése es todo su ardiente deseo.

Para hacer esto, sin embargo, es ya demasiado tarde para él: – por ello vuestro sí-mismo quiere hundirse en su ocaso, despreciadores del cuerpo.

¡Hundirse en su ocaso quiere vuestro sí-mismo, y por ello os convertisteis vosotros en despreciadores del cuerpo! Pues ya no sois capaces de crear por encima de vosotros.

Y por eso os enojáis ahora contra la vida y contra la tierra. Una inconsciente envidia hay en la oblicua mirada de vuestro desprecio.

¡Yo no voy por vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡Vosotros no sois para mí puentes hacia el superhombre! –

Así habló Zaratustra.

De las alegrías y de las pasiones[58]

Hermano mío, si tienes una virtud, y esa virtud es la tuya, entonces no la tienes en común con nadie.

Ciertamente, tú quieres llamarla por su nombre y acariciarla; quieres tirarle de la oreja y divertirte con ella.

¡Y he aquí que tienes su nombre en común con el pueblo y que, con tu virtud, te has convertido en pueblo y en rebaño!

Harías mejor en decir: «inexpresable y sin nombre es aquello que constituye el tormento y la dulzura de mi alma, y que es incluso el hambre de mis entrañas».

Sea tu virtud demasiado alta para la familiaridad de los nombres: y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de balbucear al hacerlo.

Habla y balbucea así: «Éste es *mi* bien, esto es lo que yo amo, así me agrada del todo, únicamente así quiero yo el bien.

No lo quiero como ley de un Dios, no lo quiero como precepto y forzosidad de los hombres: no sea para mí una guía hacia super-tierras y hacia paraísos.

Una virtud terrena es la que yo amo: en ella hay poca inteligencia, y lo que menos hay es la razón de todos.

Pero ese pájaro ha construido en mí su nido: por ello lo amo y lo aprieto contra mi pecho, – ahora incuba en mí sus áureos huevos».

Así debes balbucir y alabar tu virtud.

En otro tiempo tenías pasiones y las llamabas malvadas. Pero ahora no tienes más que tus virtudes: han surgido de tus pasiones.

Pusiste tu meta suprema en el corazón de aquellas pasiones: entonces se convirtieron en tus virtudes y alegrías.

Y aunque fueses de la estirpe de los coléricos o de la de los lujuriosos, o de los fanáticos de su fe o de los vengativos:

Al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles.

En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras.

De tus venenos has extraído tu bálsamo, has ordeñado a tu vaca Tribulación, – ahora bebes la dulce leche de sus ubres.

Y ninguna cosa malvada surgirá ya de ti en el futuro, a no ser el mal que surja de la lucha de tus virtudes.

Hermano mío, si eres afortunado tienes *una sola* virtud, y nada más que una: así atraviesas con mayor ligereza el puente.

Es una distinción tener muchas virtudes, pero es una pesada suerte; y más de uno se fue al desierto y se mató porque estaba cansado de ser batalla y campo de batalla de virtudes.

Hermano mío, ¿son males la guerra y la batalla? Pero ese mal es necesario,

necesarios son la envidia y la desconfianza y la calumnia entre tus virtudes.

Mira cómo cada una de tus virtudes codicia lo más alto de todo: quiere tu espíritu íntegro, para que éste sea *su* heraldo, quiere toda tu fuerza en la cólera, en el odio y en el amor.

Celosa está cada virtud de la otra, y cosa horrible son los celos. También las virtudes pueden perecer de celos.

Aquel a quien la llama de los celos lo circunda acaba volviendo contra sí mismo el aguijón envenenado, igual que el escorpión.

Ay, hermano mío, ¿no has visto nunca todavía a una virtud calumniarse y acuchillarse a sí misma?

El hombre es algo que tiene que ser superado: y por ello tienes que amar tus virtudes, – pues perecerás a causa de ellas. –

Así habló Zaratustra.

Del pálido delincuente

¿Vosotros, jueces y sacrificadores, no queréis matar hasta que el animal haya inclinado la cabeza? Mirad, el pálido delincuente ha inclinado la cabeza: en sus ojos habla el gran desprecio.

«Mi yo es algo que debe ser superado: mi yo es para mí el gran desprecio del hombre»: así dicen esos ojos.

El haberse juzgado a sí mismo constituyó su instante supremo: ¡no dejéis que el excelso recaiga en su bajeza!

No hay redención alguna para quien sufre tanto de sí mismo, excepto la muerte rápida.

Vuestro matar, jueces, debe ser compasión y no venganza. ¡Y mientras matáis, cuidad de que vosotros mismos justifiquéis la vida!

No basta con que os reconciliéis con aquel a quien matáis. Vuestra tristeza sea amor al superhombre: ¡así justificáis vuestro seguir viviendo!

«Enemigo» debéis decir, pero no «bellaco»; «enfermo» debéis decir, pero no «bribón»; «tonto» debéis decir, pero no «pecador».

Y tú, rojo juez, si alguna vez dijeses en voz alta todo lo que has hecho con el pensamiento: todo el mundo gritaría: «¡Fuera esa inmundicia y ese gusano venenoso!».

Pero una cosa es el pensamiento, otra la acción, y otra la imagen de la acción. La rueda del motivo no gira entre ellas.

Una imagen puso pálido a ese pálido hombre. Cuando realizó su acción él estaba a la altura de ella: mas no soportó la imagen de su acción, una vez cometida ésta.

Desde aquel momento, pues, se vio siempre como autor de *una sola* acción. Demencia llamo yo a eso: la excepción se invirtió, convirtiéndose para él en la esencia.

La raya trazada sobre el suelo hechiza a la gallina; el golpe dado por el delincuente hechizó su pobre razón – demencia *después* de la acción llamo yo a eso.

¡Oíd, jueces! Existe todavía otra demencia: la de antes de la acción. ¡Ay, no me habéis penetrado bastante profundamente en esa alma!

Así habla el rojo juez: «¿por qué este delincuente asesinó? Quería robar». Mas yo os digo: su alma quería sangre, no robo: ¡él estaba sediento de la felicidad del cuchillo!

Pero su pobre razón no comprendía esa demencia y le persuadió. «¡Qué importa la sangre!, dijo; ¿no quieres al menos cometer también un robo? ¿Tomarte una venganza?».

Y él escuchó a su pobre razón: como plomo pesaba el discurso de ella sobre él, – entonces robó, al asesinar. No quería avergonzarse de su demencia.

Y ahora el plomo de su culpa vuelve a pesar sobre él, y de nuevo su pobre razón está igual de rígida, igual de paralizada, igual de pesada.

Con sólo que pudiera sacudir su cabeza, su peso rodaría al suelo: mas ¿quién sacude esa cabeza?

¿Qué es ese hombre? Un montón de enfermedades, que a través del espíritu se extienden por el mundo: allí quieren hacer su botín.

¿Qué es ese hombre? Una maraña de serpientes salvajes, que rara vez tienen paz entre sí, – y entonces cada una se va por su lado, buscando botín en el mundo.

¡Mirad ese pobre cuerpo! Lo que él sufría y codiciaba, esa pobre alma lo interpretaba para sí, – lo interpretaba como placer asesino y como ansia de la felicidad del cuchillo.

A quien ahora se pone enfermo asáltalo el mal, lo que ahora es mal: el enfermo quiere causar daño con aquello que a él le causa daño. Pero ha habido otros tiempos, y otros males y bienes.

En otro tiempo eran un mal la duda y la voluntad de sí-mismo. Entonces el enfermo se convertía en hereje y en bruja: como hereje y como bruja sufría y quería hacer sufrir.

Pero esto no quiere entrar en vuestros oídos: perjudica a vuestros buenos, me decís. ¡Mas qué me importan a mí vuestros buenos!

Muchas cosas de vuestros buenos me producen náuseas, y, en verdad, no su mal. ¡Pues yo quisiera que tuvieran una demencia a causa de la cual pereciesen, como ese pálido delincuente!

En verdad, yo quisiera que su demencia se llamase verdad o fidelidad o justicia: pero ellos tienen su virtud para vivir largo tiempo y en un lamentable bienestar.

Yo soy un pretil junto a la corriente[59]: ¡agárreme el que pueda agarrarme! Pero yo no soy vuestra muleta. –

Así habló Zaratustra.

Del leer y el escribir

De todo lo escrito yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre: y te darás cuenta de que la sangre es espíritu.

No es cosa fácil el comprender la sangre ajena: yo odio a los ociosos que leen.

Quien conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo de lectores todavía – y hasta el espíritu olerá mal.

El que a todo el mundo le sea lícito aprender a leer corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar.

En otro tiempo el espíritu era Dios[60], luego se convirtió en hombre, y ahora se convierte incluso en plebe.

Quien escribe con sangre y en forma de sentencias, ése no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.

En las montañas el camino más corto es el que va de cumbre a cumbre: mas para ello tienes que tener piernas largas. Cumbres deben ser las sentencias: y aquellos a quienes se habla, hombres altos y robustos.

El aire ligero y puro, el peligro cercano y el espíritu lleno de una alegre maldad: estas cosas se avienen bien.

Quiero tener duendes a mi alrededor, pues soy valeroso. El valor que ahuyenta los fantasmas se crea sus propios duendes, – el valor quiere reír.

Yo ya no tengo sentimientos en común con vosotros: esa nube que veo por debajo de mí, esa negrura y pesadez de que me río, – cabalmente ésa es vuestra nube tempestuosa.

Vosotros miráis hacia arriba cuando deseáis elevación. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado.

¿Quién de vosotros puede a la vez reír y estar elevado?

Quien asciende a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias, de las del teatro y de las de la vida[61].

Valerosos, despreocupados, irónicos, violentos – así nos quiere la sabiduría: es una mujer y ama siempre únicamente a un guerrero[62].

Vosotros me decís: «la vida es difícil de llevar». Mas ¿para qué tendríais vuestro orgullo por las mañanas y vuestra resignación por las tardes?

La vida es difícil de llevar: ¡no me os pongáis tan delicados! Todos nosotros somos guapos, borricos y pollinas de carga[63].

¿Qué tenemos nosotros en común con el capullo de la rosa, que tiembla porque tiene encima de su cuerpo una gota de rocío?

Es verdad: nosotros amamos la vida no porque estemos habituados a vivir, sino porque estamos habituados a amar[64].

Siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la demencia[65].

Y también a mí, que soy bueno con la vida, paréceme que quienes más saben de felicidad son las mariposas y las burbujas de jabón, y todo lo que entre los hombres es de su misma especie.

Ver revolotear esas almitas ligeras, locas, encantadoras, volubles – eso hace llorar y cantar a Zaratustra.

Yo no creería más que en un dios que supiese bailar.

Y cuando vi a mi demonio lo encontré serio, grave, profundo, solemne: era el espíritu de la pesadez[66], – él hace caer a todas las cosas.

No con la cólera, sino con la risa se mata[67]. ¡Adelante, matemos el espíritu de la pesadez!

He aprendido a andar: desde entonces me dedico a correr. He aprendido a volar: desde entonces no quiero ser empujado para moverme de un sitio.

Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo a mí mismo por debajo de mí, ahora un dios baila por medio de mí.

Así habló Zaratustra.

Del árbol de la montaña[68]

El ojo de Zaratustra había visto que un joven lo evitaba. Y cuando una tarde caminaba solo por los montes que rodean la ciudad llamada «La Vaca Multicolor»: he aquí que encontró en su camino a aquel joven, sentado junto a un árbol en el que se apoyaba y mirando al valle con mirada cansada. Zaratustra agarró el árbol junto al cual estaba sentado el joven y dijo:

Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría.

Pero el viento, que nosotros no vemos, lo maltrata y lo dobla hacia donde quiere. Manos invisibles son las que peor nos doblan y maltratan[69].

Entonces el joven se levantó consternado y dijo: «Oigo a Zaratustra, y en él estaba precisamente pensando». Zaratustra replicó:

«¿Y por eso te has asustado? – Al hombre le ocurre lo mismo que al árbol.

Cuanto más quiere elevarse hacia la altura y hacia la luz, tanto más fuertemente tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro, lo profundo, – hacia el mal».

«¡Sí, hacia el mal!, exclamó el joven. ¿Cómo es posible que tú hayas descubierto mi alma?».

Zaratustra sonrió y dijo: «A ciertas almas no se las descubrirá nunca a no ser que antes se las invente».

«¡Sí, hacia el mal!, volvió a exclamar el joven.

Tú has dicho la verdad, Zaratustra. Desde que quiero elevarme hacia la altura ya no tengo confianza en mí mismo, y ya nadie tiene confianza en mí, – ¿cómo ocurrió esto?

Me transformo demasiado rápidamente: mi hoy refuta a mi ayer. A menudo salto los escalones cuando subo, – esto no me lo perdona ningún escalón.

Cuando estoy arriba, siempre me encuentro solo. Nadie habla conmigo, el frío de la soledad me hace estremecer. ¿Qué es lo que quiero yo en la altura?

Mi desprecio y mi anhelo crecen juntos; cuanto más alto subo, tanto más desprecio al que sube. ¿Qué es lo que quiere éste en la altura?

¡Cómo me avergüenzo de mi subir y tropezar! ¡Cómo me burlo de mi violento jadear! ¡Cómo odio al que vuela! ¡Qué cansado estoy en la altura!».

Aquí el joven calló. Y Zaratustra miró detenidamente el árbol junto al que se hallaban y dijo:

«Este árbol se encuentra solitario aquí en la montaña; ha crecido muy por encima del hombre y del animal.

Y si quisiera hablar, no tendría a nadie que lo comprendiese: tan alto ha crecido.

Ahora él aguarda y aguarda, – ¿a qué aguarda, pues? Habita demasiado cerca del asiento de las nubes: ¿acaso aguarda el primer rayo?»[70].

Cuando Zaratustra hubo dicho esto el joven exclamó con ademanes violentos:

«Sí, Zaratustra, tú dices verdad. Cuando yo quería ascender a la altura, anhelaba mi caída, ¡y tú eres el rayo que yo aguardaba! Mira, ¿qué soy yo desde que tú nos has aparecido? ¡La *envidia* de ti es lo que me ha destruido!». – Así dijo el joven, y lloró amargamente[71]. Mas Zaratustra lo rodeó con su brazo y se lo llevó consigo.

Y cuando habían caminado un rato juntos, Zaratustra comenzó a hablar así:

Mi corazón está desgarrado. Aún mejor que tus palabras es tu ojo el que me dice todo el peligro que corres.

Todavía no eres libre, todavía *buscas* la libertad. Tu búsqueda te ha vuelto insomne y te ha desvelado demasiado.

Quieres subir a la altura libre, tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.

Tus perros salvajes quieren libertad; ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu se propone abrir todas las prisiones[72].

Para mí eres todavía un prisionero que se imagina la libertad: ay, el alma de tales prisioneros se torna inteligente, pero también astuta y mala.

El liberado del espíritu tiene que purificarse todavía. Muchos restos de cárcel y de moho quedan aún en él: su ojo tiene que volverse todavía puro.

Sí, yo conozco tu peligro. Mas por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no arrojes de ti tu amor y tu esperanza!

Todavía te sientes noble, y noble te sienten todavía también los otros, que te detestan y te lanzan miradas malvadas. Sabe que un noble les es a todos un obstáculo en su camino.

También a los buenos un noble les es un obstáculo en su camino: y aunque lo llamen bueno, con ello lo que quieren es apartarlo a un lado.

El noble quiere crear cosas nuevas y una nueva virtud. El bueno quiere las cosas viejas, y que se conserven.

Pero el peligro del noble no es volverse bueno, sino insolente, burlón, destructor.

Ay, yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza. Y desde entonces calumniaron todas las esperanzas elevadas.

Desde entonces han vivido insolentemente en medio de breves placeres, y apenas se trazaron metas de más de un día.

«El espíritu es también voluptuosidad» – así dijeron. Y entonces se le quebraron las alas a su espíritu: éste se arrastra ahora de un sitio para otro y mancha todo lo que roe.

En otro tiempo pensaron convertirse en héroes: ahora son libertinos. Pesadumbre y horror es para ellos el héroe.

Mas por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no arrojes al héroe que hay en tu alma! ¡Conserva santa tu más alta esperanza! –

Así habló Zaratustra.

De los predicadores de la muerte[73]

Hay predicadores de la muerte: y la tierra está llena de seres a quien hay que predicar que se alejen de la vida.

Llena está la tierra de superfluos, corrompida está la vida por los demasiados. ¡Ojalá los saque alguien de esta vida con el atractivo de la «vida eterna»!

«Amarillos»: así se llama a los predicadores de la muerte, o «negros». Pero yo quiero mostrároslos todavía con otros colores.

Ahí están los seres terribles, que llevan dentro de sí el animal de presa y no pueden elegir más que o placeres o autolaceración. E incluso sus placeres continúan siendo autolaceración.

Aún no han llegado ni siquiera a ser hombres, esos seres terribles: ¡ojalá prediquen el abandono de la vida y ellos mismos se vayan a la otra![74]

Ahí están los tuberculosos del alma: apenas han nacido y ya han comenzado a morir, y anhelan doctrinas de fatiga y de renuncia.

¡Querrían estar muertos, y nosotros deberíamos aprobar su voluntad! ¡Guardémonos de resucitar a esos muertos y de lastimar a esos ataúdes vivientes!

Si encuentran un enfermo, o un anciano, o un cadáver, en seguida dicen: «¡la vida está refutada!».

Pero sólo están refutados ellos, y sus ojos, que no ven más que *un* solo rostro en la existencia.

Envueltos en espesa melancolía, y ávidos de los pequeños incidentes que ocasionan la muerte: así es como aguardan, con los dientes apretados.

O: extienden la mano hacia las confituras y, al hacerlo, se burlan de su niñería: penden de esa caña de paja que es su vida y se burlan de seguir todavía pendientes de una caña de paja[75].

Su sabiduría dice: «¡tonto es el que continúa viviendo, mas también nosotros somos así de tontos! ¡Y ésta es la cosa más tonta en la vida!». –

«La vida no es más que sufrimiento» – esto dicen otros, y no mienten: ¡así, pues, procurad acabar *vosotros*! ¡Así, pues, procurad que acabe esa vida que no es más que sufrimiento!

Y diga así la enseñanza de vuestra virtud: «¡tú debes matarte a ti mismo! ¡Tú debes quitarte de en medio a ti mismo!»[76]. –

«La voluptuosidad es pecado, –así dicen los unos, que predican la muerte– ¡apartémonos y no engendremos hijos!».

«Dar a luz es cosa ardua, –dicen los otros– ¿para qué dar a luz? ¡No se da a luz más que seres desgraciados!». Y también éstos son predicadores de la muerte.

«Compasión es lo que hace falta – así dicen los terceros. ¡Tomad lo que yo tengo! ¡Tomad lo que yo soy! ¡Tanto menos me atará así la vida!».

Si fueran compasivos de verdad, quitarían a sus prójimos el gusto de la vida. Ser

malvados – ésa sería su verdadera bondad.

Pero ellos quieren librarse de la vida: ¡qué les importa el que, con sus cadenas y sus regalos, aten a otros más fuertemente todavía! –

Y también vosotros, para quienes la vida es trabajo salvaje e inquietud: ¿no estáis muy cansados de la vida? ¿No estáis muy maduros para la predicación de la muerte?

Todos vosotros que amáis el trabajo salvaje y lo rápido, nuevo, extraño, – os soportáis mal a vosotros mismos, vuestra diligencia es huida y voluntad de olvidarse a sí mismo.

Si creyeseis más en la vida, os lanzaríais menos al instante. ¡Pero no tenéis en vosotros bastante contenido para la espera – y ni siquiera para la pereza!

Por todas partes resuena la voz de quienes predican la muerte: y la tierra está llena de seres a quienes hay que predicar la muerte.

O «la vida eterna»: para mí es lo mismo, – ¡con tal de que se marchen pronto a ella!

Así habló Zaratustra.

De la guerra y el pueblo guerrero

No queremos que con nosotros sean indulgentes nuestros mejores enemigos, ni tampoco aquellos a quienes amamos a fondo. ¡Por ello dejadme que os diga la verdad!

¡Hermanos míos en la guerra! Yo os amo a fondo, yo soy y he sido vuestro igual. Y yo soy también vuestro mejor enemigo. ¡Por ello dejadme que os diga la verdad!

Yo sé del odio y de la envidia de vuestro corazón. No sois bastante grandes para no conocer odio y envidia. ¡Sed, pues, bastante grandes para no avergonzaros de ellos!

Y si no podéis ser santos del conocimiento, sed al menos guerreros de él. Éstos son los acompañantes y los precursores de tal santidad.

Veo muchos soldados: ¡muchos guerreros es lo que quisiera yo ver! «Uni-forme» se llama lo que llevan puesto: ¡ojalá no sea uni-formidad lo que con ello encubren!

Debéis ser de aquellos cuyos ojos buscan siempre un enemigo – *vuestro* enemigo. Y en algunos de vosotros hay un odio a primera vista.

¡Debéis buscar vuestro enemigo, debéis hacer vuestra guerra, y hacerla por vuestros pensamientos! ¡Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra honestidad debe cantar victoria a causa de ello!

Debéis amar la paz como medio para nuevas guerras. Y la paz corta más que la larga[77].

A vosotros no os aconsejo el trabajo, sino la lucha. A vosotros no os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Sea vuestro trabajo una lucha, sea vuestra paz una victoria!

Sólo se puede estar callado y tranquilo cuando se tiene una flecha y un arco: de lo contrario, se charla y se disputa. ¡Sea vuestra paz una victoria!

¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: la buena guerra es la que santifica toda causa.

La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No vuestra compasión, sino vuestra valentía es la que ha salvado hasta ahora a quienes se hallaban en peligro.

«¿Qué es bueno?», preguntáis. Ser valiente es bueno[78]. Dejad que las niñas pequeñas digan: «ser bueno es ser bonito y a la vez conmovedor».

Se dice que no tenéis corazón: pero vuestro corazón es auténtico, y yo amo el pudor de vuestra cordialidad. Vosotros os avergonzáis de vuestra pleamar, y otros se avergüenzan de su bajamar.

¿Sois feos? ¡Bien, hermanos míos! ¡Envolveos en lo sublime, que es el manto de lo feo!

Y si vuestra alma se hace grande, también se vuelve altanera, y en vuestra sublimidad hay maldad. Yo os conozco.

En la maldad el altanero se encuentra con el debilucho. Pero se malentienden

recíprocamente. Yo os conozco.

Sólo os es lícito tener enemigos que haya que odiar, pero no enemigos para despreciar. Es necesario que estéis orgullosos de vuestro enemigo: entonces los éxitos de él son también vuestros éxitos[79].

Rebelión – ésa es la nobleza en el esclavo. ¡Sea vuestra nobleza obediencia! ¡Vuestro propio mandar sea un obedecer!

«Tú debes» le suena a un buen guerrero más agradable que «yo quiero»[80], y a todo lo que os es amado debéis dejarle que primero os mande.

¡Sea vuestro amor a la vida amor a vuestra esperanza más alta: y sea vuestra esperanza más alta el pensamiento más alto de la vida!

Pero debéis permitir que yo os ordene vuestro pensamiento más alto – y dice así: el hombre es algo que debe ser superado.

¡Vivid, pues, vuestra vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa vivir mucho tiempo! ¡Qué guerrero quiere ser tratado con indulgencia!

¡Yo no os trato con indulgencia, yo os amo a fondo, hermanos míos en la guerra! –

Así habló Zaratustra.

Del nuevo ídolo

En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abridme ahora los oídos, pues voy a deciros mi palabra sobre la muerte de los pueblos.

Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos[81]. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo».

¡Es mentira! Creadores fueron quienes crearon los pueblos y suspendieron encima de ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

Aniquiladores son quienes ponen trampas para muchos y las llaman Estado: éstos suspenden encima de ellos una espada y cien concupiscencias.

Donde todavía hay pueblo, éste no comprende al Estado y lo odia, considerándolo mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos.

Esta señal os doy[82]: cada pueblo habla su lengua propia del bien y del mal: el vecino no la entiende. Cada pueblo se ha inventado su lenguaje propio en costumbres y derechos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente – y posea lo que posea, lo ha robado.

Falso es todo en él; con dientes robados muerde, ese mordedor. Falsas son incluso sus entrañas.

Confusión de lenguas del bien y del mal: esta señal os doy como señal del Estado. ¡En verdad, voluntad de muerte es lo que esa señal indica! ¡En verdad, hace señas a los predicadores de la muerte!

Nacen demasiados: ¡para los superfluos fue inventado el Estado!

¡Mirad cómo atrae a los demasiados! ¡Cómo los devora y los masca y los rumia!

«En la tierra no hay ninguna cosa más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios» – así ruge el monstruo. ¡Y no sólo quienes tienen orejas largas y vista corta se postran de rodillas!

¡Ay, también en vosotros, los de alma grande, susurra él sus sombrías mentiras! ¡Ay, él adivina cuáles son los corazones ricos, que con gusto se prodigan!

¡Sí, también os adivina a vosotros, los vencedores del viejo Dios! ¡Os habéis fatigado en la lucha, y ahora vuestra fatiga continúa prestando culto al nuevo ídolo!

¡Héroes y hombres de honor quisiera colocar en torno a sí el nuevo ídolo! ¡Ese frío monstruo – gusta de calentarse al sol de buenas conciencias!

Todo quiere dároslo a *vosotros* el nuevo ídolo, si *vosotros* lo adoráis[83]: se compra así el brillo de vuestra virtud y la mirada de vuestros ojos orgullosos.

¡Quiere que vosotros le sirváis de cebo para pescar a los demasiados! ¡Sí, un artificio infernal ha sido inventado aquí, un caballo de la muerte, que tintinea con el

atavío de honores divinos!

Sí, aquí ha sido inventada una muerte para muchos, la cual se precia a sí misma de ser vida: ¡en verdad, un servicio íntimo para todos los predicadores de la muerte!

Estado llamo yo al lugar donde todos, buenos y malos, son bebedores de venenos: Estado, al lugar en que todos, buenos y malos, se pierden a sí mismos: Estado, al lugar donde el lento suicidio de todos – se llama «la vida».

¡Ved, pues, a esos superfluos! Roban para sí las obras de los inventores y los tesoros de los sabios: cultura llaman a su latrocinio – ¡y todo se convierte para ellos en enfermedad y molestia!

¡Ved, pues, a esos superfluos! Enfermos están siempre, vomitan su bilis y lo llaman periódico[84]. Se devoran unos a otros y ni siquiera pueden digerirse.

¡Ved, pues, a esos superfluos! Adquieren riquezas y con ello se vuelven más pobres. Quieren poder y, en primer lugar, la palanqueta del poder, mucho dinero, – ¡esos insolventes!

¡Vedlos trepar, esos ágiles monos! Trepan unos por encima de otros, y así se arrastran al fango y a la profundidad.

Todos quieren llegar al trono: su demencia consiste en creer – ¡que la felicidad se sienta en el trono! Con frecuencia es el fango el que se sienta en el trono – y también a menudo el trono se sienta en el fango.

Dementes son para mí todos ellos, y monos trepadores y fanáticos. Su ídolo, el frío monstruo, me huele mal: mal me huelen todos ellos juntos, esos idólatras.

Hermanos míos, ¿es que queréis asfixiaros con el aliento de sus hocicos y de sus concupiscencias? ¡Es mejor que rompáis las ventanas y saltéis al aire libre!

¡Apartaos del mal olor! ¡Alejaos de la idolatría de los superfluos!

¡Apartaos del mal olor! ¡Alejaos del humo de esos sacrificios humanos!

Aún está la tierra a disposición de las almas grandes. Vacíos se encuentran aún muchos lugares para eremitas solitarios o en pareja, en torno a los cuales sopla el perfume de mares silenciosos.

Aún hay una vida libre a disposición de las almas grandes. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído: ¡alabada sea la pequeña pobreza![85]

Allí donde el Estado acaba comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción del necesario, la melodía única e insustituible.

Allí donde el Estado *acaba*, – ¡miradme allí, hermanos míos! ¿No veis el arco iris y los puentes del superhombre? –

Así habló Zaratustra.

De las moscas del mercado

¡Huye, amigo mío, a tu soledad! Ensordecido te veo por el ruido de los grandes hombres, y acribillado por los aguijones de los pequeños.

El bosque y la roca saben callar dignamente contigo. Vuelve a ser igual que el árbol al que amas, el árbol de amplias ramas: silencioso y atento pende sobre el mar.

Donde acaba la soledad, allí comienza el mercado; y donde comienza el mercado, allí comienzan también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas.

En el mundo las mejores cosas no valen nada sin alguien que las represente: grandes hombres llama el pueblo a esos actores.

El pueblo comprende poco lo grande, esto es: lo creador. Pero tiene sentidos para todos los actores y comediantes de grandes cosas.

En torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo: – gira de modo invisible. Sin embargo, en torno a los comediantes giran el pueblo y la fama: así marcha el mundo.

Espíritu tiene el comediante, pero poca conciencia de espíritu. Cree siempre en aquello que mejor le permite llevar a los otros a creer – ¡a creer en *él*!

Mañana tendrá una nueva fe, y pasado mañana, otra más nueva. Sentidos rápidos tiene el comediante, igual que el pueblo, y presentimientos cambiantes.

Derribar – eso significa para él: demostrar. Volver loco a uno – eso significa para él: convencer. Y la sangre es para él el mejor de los argumentos[86].

A una verdad que sólo en oídos delicados se desliza llámala mentira y nada. ¡En verdad, sólo cree en dioses que hagan gran ruido en el mundo!

Lleno de bufones solemnes está el mercado – ¡y el pueblo se gloría de sus grandes hombres! Éstos son para él los señores del momento.

Pero el momento los apremia: así ellos te apremian a ti. Y también de ti quieren ellos un sí o un no. ¡Ay!, ¿quieres colocar tu silla entre un pro y un contra?

¡No tengas celos de esos incondicionales y apremiantes, amante de la verdad! Jamás se ha colgado la verdad del brazo de un incondicional.

A causa de esas gentes súbitas, vuelve a tu seguridad: sólo en el mercado le asaltan a uno con un ¿sí o no?

Todos los pozos profundos viven con lentitud sus experiencias: tienen que aguardar largo tiempo hasta saber *qué* fue lo que cayó en su profundidad.

Todo lo grande se aparta del mercado y de la fama: apartados de ellos han vivido desde siempre los inventores de nuevos valores.

Huye, amigo mío, a tu soledad: te veo acribillado por moscas venenosas. ¡Huye allí donde sopla un viento áspero, fuerte!

¡Huye a tu soledad! Has vivido demasiado cerca de los pequeños y mezquinos. ¡Huye de su venganza invisible! Contra ti no son otra cosa que venganza.

¡Deja de levantar tu brazo contra ellos! Son innumerables, y no es tu destino el ser espantamoscas.

Innumerables son esos pequeños y mezquinos; y a más de un edificio orgulloso han conseguido derribarlo ya las gotas de lluvia y los yerbajos.

Tú no eres una piedra, pero has sido ya excavado por muchas gotas. Acabarás por resquebrájarteme y por rompérteme en pedazos bajo tantas gotas.

Fatigado te veo por moscas venenosas, lleno de sangrientos rasguños te veo en cien sitios; y tu orgullo no quiere ni siquiera encolerizarse.

Sangre quisieran ellas de ti con toda inocencia, sangre es lo que sus almas exangües codician – y por ello pican con toda inocencia.

Mas tú, profundo, tú sufres demasiado profundamente incluso por pequeñas heridas; y antes de que te curases, ya se arrastraba el mismo gusano venenoso por tu mano.

Demasiado orgulloso me pareces para matar a esos golosos. ¡Pero procura que no se convierta en tu fatalidad el soportar toda su venenosa injusticia!

Ellos zumban a tu alrededor también con su alabanza: impertinencia es su alabanza[87]. Quieren la cercanía de tu piel y de tu sangre.

Te adulan como a un dios o a un demonio; lloriquean delante de ti como delante de un dios o de un demonio. ¡Qué importa! Son aduladores y llorones, y nada más.

También suelen hacerse los amables contigo. Pero ésa fue siempre la astucia de los cobardes. ¡Sí, los cobardes son astutos!

Ellos reflexionan mucho sobre ti con su alma estrecha, – ¡para ellos eres siempre preocupante! Todo aquello sobre lo que se reflexiona mucho se vuelve preocupante.

Ellos te castigan por todas tus virtudes. Sólo te perdonan de verdad – tus fallos.

Como tú eres suave y de sentir justo, dices: «No tienen ellos la culpa de su mezquina existencia». Mas su estrecha alma piensa: «Culpable es toda gran existencia».

Aunque eres suave con ellos, se sienten, sin embargo, despreciados por ti; y te pagan tus bondades con daños encubiertos.

Tu orgullo sin palabras repugna siempre a su gusto; se regocijan mucho cuando alguna vez eres bastante modesto para ser vanidoso.

Lo que nosotros reconocemos en un hombre, eso lo hacemos arder también en él. Por ello ¡guárdate de los pequeños!

Ante ti ellos se sienten pequeños, y su bajeza arde y se pone al rojo contra ti en invisible venganza.

¿No has notado cómo solían enmudecer cuando tú te acercabas a ellos, y cómo su fuerza los abandonaba, cual humo de fuego que se extingue?

Sí, amigo mío, para tus prójimos eres tú la conciencia malvada: pues ellos son indignos de ti. Por eso te odian y quisieran chuparte la sangre.

Tus prójimos serán siempre moscas venenosas; lo que en ti es grande – eso cabalmente tiene que hacerlos más venenosos y siempre más moscas.

Huye, amigo mío, a tu soledad y allí donde sopla un viento áspero, fuerte. No es tu destino el ser espantamoscas. –

Así habló Zaratustra.

De la castidad

Yo amo el bosque. En las ciudades se vive mal; hay en ellas demasiados lascivos.

¿No es mejor caer en las manos de un asesino que en los sueños de una mujer lasciva?

Y contempladme esos hombres: sus ojos lo dicen – no conocen nada mejor en la tierra que yacer con una mujer.

Fango hay en el fondo de su alma; ¡y ay si su fango tiene además espíritu!

¡Si al menos fueran perfectos en cuanto animales! Mas del animal forma parte la inocencia.

¿Os aconsejo yo matar vuestros sentidos? Yo os aconsejo la inocencia de los sentidos.

¿Os aconsejo yo la castidad? La castidad es en algunos una virtud, pero en muchos es casi un vicio.

Éstos son sin duda continentes: mas la perra Sensualidad mira con envidia desde todo lo que hacen.

Incluso hasta las alturas de su virtud y hasta la frialdad del espíritu los sigue ese bicho con su insatisfacción.

¡Y con qué buenos modales sabe mendigar la perra Sensualidad un pedazo de espíritu cuando se le deniega un pedazo de carne!

¿Vosotros amáis las tragedias y todo lo que destroza el corazón? Mas yo desconfío de vuestra perra.

Para mí tenéis ojos demasiado crueles, y miráis lascivamente a los que sufren. ¿Es que vuestra voluptuosidad no ha hecho más que enmascararse, y se llama compasión?

Y también os propongo esta parábola: no pocos que quisieron expulsar a su demonio fueron a parar ellos mismos dentro de los cerdos[88].

A quien la castidad le resulte difícil se le debe desaconsejar: para que no se convierta ella en el camino hacia el infierno – es decir, hacia el fango y la lascivia del alma[89].

¿Hablo yo de cosas sucias? Para mí no es esto lo peor.

Al hombre del conocimiento le disgusta bajar al agua de la verdad no cuando está sucia, sino cuando no es profunda.

En verdad, hay personas castas de raíz: son dulces de corazón, ríen con más gusto y más frecuencia que vosotros.

Se ríen incluso de la castidad y preguntan: «¡Qué es castidad!

¿No es castidad una tontería? Pero esa tontería ha venido a nosotros, y no nosotros a ella.

Hemos ofrecido albergue y corazón a ese huésped: ahora habita en nosotros, – ¡que se quede todo el tiempo que quiera!».

Así habló Zaratustra.

Del amigo

«Uno siempre a mi alrededor es demasiado» – así piensa el eremita. «Siempre uno por uno – ¡da a la larga dos!».

Yo y mí están siempre dialogando con demasiada vehemencia: ¿cómo soportarlo si no hubiese un amigo?

Para el eremita el amigo es siempre el tercero: el tercero es el corcho que impide que el diálogo de los dos se hunda en la profundidad.

Ay, existen demasiadas profundidades para todos los eremitas. Por ello desean ardientemente un amigo y su altura.

Nuestra fe en otros delata lo que nosotros quisiéramos creer de nosotros mismos. Nuestro anhelo de un amigo es nuestro delator.

Y a menudo no se quiere, con el amor, más que saltar por encima de la envidia. Y a menudo atacamos y nos creamos un enemigo para ocultar que somos vulnerables.

«¡Sé al menos mi enemigo!» – así habla el verdadero respeto, que no se atreve a solicitar amistad.

Si se quiere tener un amigo hay que querer también hacer la guerra por él: y para hacer la guerra hay que *poder* ser enemigo.

En el propio amigo debemos honrar incluso al enemigo. ¿Puedes tú acercarte mucho a tu amigo sin pasarte a su bando?

En nuestro amigo debemos tener nuestro mejor enemigo. Con tu corazón debes estarle máximamente cercano cuando le opones resistencia.

¿No quieres llevar vestido alguno delante de tu amigo? ¿Debe ser un honor para tu amigo el que te ofrezcas a él tal como eres? ¡Pero él te mandará al diablo por esto!

El que no se recata provoca indignación: ¡tanta razón tenéis para temer la desnudez! ¡Sí, si fueseis dioses, entonces os sería lícito avergonzaros de vuestros vestidos![90]

Nunca te adornarás bastante bien para tu amigo: pues debes ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre.

¿Has visto ya dormir a tu amigo – para conocer cuál es su aspecto?[91] ¿Pues qué es, por lo demás, el rostro de tu amigo? Es tu propio rostro, en un espejo grosero e imperfecto.

¿Has visto ya dormir a tu amigo? ¿No te horrorizaste de que tu amigo tuviese tal aspecto? Oh, amigo mío, el hombre es algo que tiene que ser superado.

En el adivinar y en el permanecer callado debe ser maestro el amigo: tú no tienes que querer ver todo. Tu sueño debe descubrirte lo que tu amigo hace en la vigilia.

Un adivinar sea tu compasión: para que sepas primero si tu amigo quiere compasión. Tal vez él ame en ti los ojos firmes y la mirada de la eternidad.

Ocúltese bajo una dura cáscara la compasión por el amigo, debes dejarte un diente en ésta. Así tendrá la delicadeza y la dulzura que le corresponden.

¿Eres tú aire puro, y soledad, y pan, y medicina para tu amigo? Más de uno no puede librarse a sí mismo de sus propias cadenas y es, sin embargo, un redentor para el amigo.

¿Eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Eres un tirano? Entonces no puedes tener amigos[92].

Durante demasiado tiempo se ha ocultado en la mujer un esclavo y un tirano. Por ello la mujer no es todavía capaz de amistad: sólo conoce el amor.

En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera frente a todo lo que ella no ama. Y hasta en el amor sapiente de la mujer continúa habiendo agresión inesperada y rayo y noche al lado de la luz.

La mujer no es todavía capaz de amistad: gatas continúan siendo siempre las mujeres, y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas.

La mujer no es todavía capaz de amistad. Pero decidme, varones, ¿quién de vosotros es capaz de amistad?

¡Cuánta pobreza, varones, y cuánta avaricia hay en vuestra alma! Lo que vosotros dais al amigo, eso quiero darlo yo hasta a mi enemigo, y no por eso me habré vuelto más pobre.

Existe la camaradería: ¡ojalá exista la amistad!

Así habló Zaratustra.

De las mil metas y de la «única» meta[93]

Muchos países ha visto Zaratustra, y muchos pueblos: así ha descubierto el bien y el mal de muchos pueblos. Ningún poder mayor ha encontrado Zaratustra en la tierra que las palabras bueno y malvado.

Ningún pueblo podría vivir sin antes realizar valoraciones; mas si quiere conservarse, no le es lícito valorar como valora el vecino.

Muchas cosas que este pueblo llamó buenas son para aquel otro afrenta y vergüenza: esto es lo que yo he encontrado. Muchas cosas que eran llamadas aquí malvadas las encontré allí adornadas con honores de púrpura.

Jamás un vecino ha entendido al otro: siempre su alma se asombraba de la demencia y de la maldad del vecino.

Una tabla de valores está suspendida sobre cada pueblo. Mira, es la tabla de sus superaciones; mira, es la voz de su voluntad de poder[94].

Laudable es aquello que le parece difícil; a lo que es indispensable y a la vez difícil llámalo bueno; y a lo que libera incluso de la suprema necesidad, a lo más raro, a lo dificilísimo, – a eso lo ensalza como santo.

Lo que hace que él domine y venza y brille, para horror y envidia de su vecino: eso es para él lo elevado, lo primero, la medida, el sentido de todas las cosas.

En verdad, hermano mío, si has conocido primero la necesidad y la tierra y el cielo y el vecino de un pueblo: adivinarás sin duda la ley de sus superaciones y la razón de que suba por esa escalera hacia su esperanza.

«Siempre debes ser tú el primero y aventajar a los otros[95]: a nadie, excepto al amigo, debe amar tu alma celosa» – esto provocaba estremecimientos en el alma de un griego: y con ello siguió la senda de su grandeza.

«Decir la verdad y saber manejar bien el arco y la flecha» – esto le parecía precioso y a la vez difícil a aquel pueblo[96] del que proviene mi nombre – el nombre que es para mí a la vez precioso y difícil.

«Honrar padre y madre y ser dóciles para con ellos hasta la raíz del alma»: ésta fue la tabla de la superación que otro pueblo suspendió por encima de sí, y con ello se hizo poderoso y eterno[97].

«Guardar fidelidad y dar por ella el honor y la sangre aun por causas malvadas y peligrosas»: con esta enseñanza se domeñó a sí mismo otro pueblo[98] y domeñándose de ese modo quedó pesadamente grávido de grandes esperanzas.

En verdad, los hombres se han dado a sí mismos todo su bien y todo su mal. En verdad, no los tomaron de otra parte, no los encontraron, éstos no cayeron sobre ellos como una voz del cielo.

Para conservarse, el hombre empezó implantando valores en las cosas, – ¡él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano! Por ello se llama «hombre», es decir: el que realiza valoraciones[99].

Valorar es crear: ¡oídlo, creadores! El valorar mismo es el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas.

Sólo por el valorar existe el valor: y sin el valorar estaría vacía la nuez de la existencia. ¡Oídlo, creadores!

Cambio de los valores – es cambio de los creadores. Siempre aniquila el que tiene que ser un creador.

Creadores lo fueron primero los pueblos, y sólo después los individuos; en verdad, el individuo mismo es la creación más reciente.

Los pueblos suspendieron en otro tiempo por encima de sí una tabla del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer crearon juntos para sí tales tablas.

El placer de ser rebaño es más antiguo que el placer de ser un yo: y mientras la buena conciencia se llame rebaño, sólo la mala conciencia dice: yo.

En verdad, el yo astuto, carente de amor, el que quiere su propia utilidad en la utilidad de muchos: ése no es el origen del rebaño, sino su ocaso.

Amantes fueron siempre, y creadores, los que crearon el bien y el mal. Fuego de amor arde en los nombres de todas las virtudes, y fuego de cólera.

Muchos países ha visto Zaratustra, y muchos pueblos: ningún poder mayor ha encontrado Zaratustra en la tierra que las obras de los amantes: «bueno» y «malvado» es el nombre de tales obras.

En verdad, un monstruo es el poder de ese alabar y censurar. Decidme, hermanos míos, ¿quién me domeña ese monstruo? Decidme, ¿quién pone en cadenas las mil cervices de ese animal?

Mil metas ha habido hasta ahora, pues mil pueblos ha habido. Sólo falta la cadena que ate las mil cervices, falta la *única* meta. Todavía no tiene la humanidad meta alguna.

Mas decidme, hermanos: si a la humanidad le falta todavía la meta, ¿no falta todavía también – ella misma? –

Así habló Zaratustra.

Del amor al prójimo

Vosotros os apretujáis alrededor del prójimo y tenéis hermosas palabras para expresar ese vuestro apretujaros. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos.

Cuando huís hacia el prójimo huís de vosotros mismos, y quisierais hacer de eso una virtud: pero yo penetro vuestro «desinterés».

El tú es más antiguo que el yo; el tú ha sido santificado, pero el yo, todavía no: por eso corre el hombre hacia el prójimo.

¿Os aconsejo yo el amor al prójimo? ¡Prefiero aconsejaros la huida del prójimo y el amor al lejano![100]

Más elevado que el amor al prójimo es el amor al lejano y al venidero; más elevado que el amor a los hombres es el amor a las cosas y a los fantasmas.

Ese fantasma que corre delante de ti, hermano mío, es más bello que tú; ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero tú tienes miedo y corres hacia tu prójimo.

No conseguís soportaros a vosotros mismos y no os amáis bastante: por eso queréis seducir al prójimo a que ame, y doraros a vosotros con su error.

Yo quisiera que no soportaseis a ninguna clase de prójimo ni a sus vecinos; así tendríais que crear, sacándolo de vosotros mismos, vuestro amigo y su corazón exuberante.

Invitáis a un testigo cuando queréis hablar bien de vosotros mismos; y una vez que lo habéis seducido a pensar bien de vosotros, también vosotros mismos pensáis bien de vosotros.

No miente tan sólo aquél que habla en contra de lo que sabe, sino ante todo aquél que habla en contra de lo que no sabe. Y así es como vosotros habláis de vosotros en sociedad, y, al mentiros a vosotros, mentís al vecino.

Así habla el necio: «el trato con hombres estropea el carácter, especialmente si no se tiene ninguno».

El uno va al prójimo porque se busca a sí mismo, y el otro, porque quisiera perderse. Vuestro mal amor a vosotros mismos es lo que os trueca la soledad en prisión.

Los más lejanos[101] son los que pagan vuestro amor al prójimo; y en cuanto os juntáis cinco, siempre tiene que morir un sexto.

Yo no amo tampoco vuestras fiestas[102]: demasiados comediantes he encontrado siempre en ellas, y también los espectadores se comportaban a menudo como comediantes.

Yo no os enseño el prójimo, sino el amigo. Sea el amigo para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre.

Yo os enseño el amigo y su corazón rebosante. Pero hay que saber ser una esponja si se quiere ser amado por corazones rebosantes.

Yo os enseño el amigo en el que el mundo se encuentra ya acabado, como una copa del bien, – el amigo creador, que siempre tiene un mundo acabado que regalar.

Y así como el mundo se desplegó para él, así volverá a plegársele en anillos, como el devenir del bien por el mal, como el devenir de las finalidades surgiendo del azar.

El futuro y lo lejano sean para ti la causa de tu hoy: en tu amigo debes amar al superhombre como causa de ti.

Hermanos míos, yo no os aconsejo el amor al prójimo: yo os aconsejo el amor al lejano.

Así habló Zaratustra.

Del camino del creador

¿Quieres marchar, hermano mío, a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que lleva a ti mismo? Detente un poco y escúchame.

«El que busca, fácilmente se pierde a sí mismo. Todo irse a la soledad es culpa»: así habla el rebaño. Y tú has formado parte del rebaño durante mucho tiempo.

La voz del rebaño continuará resonando dentro de ti. Y cuando digas «yo ya no tengo la *misma* conciencia que vosotros», eso será un lamento y un dolor.

Mira, aquella conciencia *única* dio a luz también ese dolor: y el último resplandor de aquella conciencia continúa brillando sobre tu tribulación.

Pero ¿tú quieres recorrer el camino de tu tribulación, que es el camino hacia ti mismo? ¡Muéstrame entonces tu derecho y tu fuerza para hacerlo!

¿Eres tú una nueva fuerza y un nuevo derecho? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que se mueve por sí misma?[103] ¿Puedes forzar incluso a las estrellas a que giren a tu alrededor?

¡Ay, existe tanta ansia de elevarse! ¡Existen tantas convulsiones de los ambiciosos! ¡Muéstrame que tú no eres un ansioso ni un ambicioso!

Ay, existen tantos grandes pensamientos que no hacen más que lo que el fuelle: inflan y producen un vacío aún mayor.

¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo.

¿Eres tú alguien al que le *sea lícito* escapar de un yugo? Más de uno hay que arrojó de sí su último valor al arrojar su servidumbre.

¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciarme con claridad: ¿libre para qué?

¿Puedes prescribirte a ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser juez para ti mismo y vengador de tu ley?

Terrible cosa es hallarse solo con el juez y vengador de la propia ley. Así es arrojada una estrella al espacio vacío y al soplo helado de hallarse solo.

Hoy sufres todavía a causa de los muchos, tú que eres uno solo: hoy conservas aún todo tu valor y todas tus esperanzas.

Mas alguna vez la soledad te fatigará, alguna vez tu orgullo se curvará y tu valor rechinará los dientes. Alguna vez gritarás «¡estoy solo!».

Alguna vez dejarás de ver tu altura y contemplarás demasiado cerca tu bajeza; tu sublimidad misma te aterrorizará como un fantasma. Alguna vez gritarás: «¡Todo es falso!»[104].

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; ¡si no lo consiguen, ellos mismos tienen que morir entonces! Mas ¿eres tú capaz de ser asesino?

¿Conoces ya, hermano mío, la palabra «desprecio»? ¿Y el tormento de tu justicia, de ser justo con quienes te desprecian?

Tú fuerzas a muchos a cambiar de doctrina acerca de ti; esto te lo hacen pagar caro. Te aproximaste a ellos y pasaste de largo: esto no te lo perdonan nunca.

Tú caminas por encima de ellos[105]: pero cuanto más alto subes, tanto más pequeño te ven los ojos de la envidia. El más odiado de todos es, sin embargo, el que vuela.

«¡Cómo vais a ser justos conmigo! —tienes que decir— yo elijo para mí vuestra injusticia como la parte que me ha sido asignada».

Injusticia y suciedad arrojan ellos al solitario: pero, hermano mío, si quieres ser una estrella, ¡no tienes que iluminarlos menos por eso!

¡Y guárdate de los buenos y justos! Con gusto crucifican a quienes se inventan una virtud para sí mismos, – odian al solitario.

¡Guárdate también de la santa simplicidad![106] Para ella no es santo lo que no es simple; también le gusta jugar con el fuego – con el fuego de las hogueras para quemar seres humanos.

¡Y guárdate también de los asaltos de tu amor! Con demasiada prisa tiende el solitario la mano a aquel con quien se encuentra.

A ciertos hombres no te es lícito darles la mano, sino sólo la pata: y yo quiero que tu pata tenga también garras.

Pero el peor enemigo con que puedes encontrarte serás siempre tú mismo; a ti mismo te acechas tú en las cavernas y en los bosques.

¡Solitario, tú recorres el camino que lleva a ti mismo! ¡Y tu camino pasa al lado de ti mismo y de tus siete demonios!

Un hereje serás para ti mismo, y una bruja y un hechicero y un necio y un escéptico y un impío y un malvado.

Tienes que querer quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡cómo te renovarías si antes no te hubieses convertido en ceniza!

Solitario, tú recorres el camino del creador: ¡con tus siete demonios quieres crearte para ti un Dios!

Solitario, tú recorres el camino del amante: te amas a ti mismo y por ello te desprecias como sólo los amantes saben despreciar.

¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba!

Vete a tu soledad con tu amor y con tu crear, hermano mío; sólo más tarde te seguirá la justicia cojeando.

Vete con tus lágrimas a tu soledad, hermano mío. Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo y por ello perece. –

Así habló Zaratustra.

De viejecillas y de jovencillas

«¿Por qué te deslizas a escondidas y de manera esquiva en el crepúsculo, Zaratustra? ¿Qué es lo que escondes con tanto cuidado bajo tu manto?

¿Es un tesoro que te han regalado? ¿O un niño que has dado a luz? ¿O es que tú mismo sigues ahora los caminos de los ladrones, tú amigo de los malvados?». –

¡En verdad, hermano mío!, dijo Zaratustra, es un tesoro que me han regalado: es una pequeña verdad lo que llevo conmigo.

Pero es revoltosa como un niño pequeño; y si no le tapo la boca, grita a voz en cuello.

Cuando hoy recorría solo mi camino, a la hora en que el sol se pone, me encontré con una viejecilla, la cual habló así a mi alma:

«Muchas cosas nos ha dicho Zaratustra también a nosotras las mujeres, pero nunca nos ha hablado sobre la mujer».

Y yo le repliqué: «Sobre la mujer se debe hablar tan sólo a varones».

«Háblame también a mí acerca de la mujer, dijo ella; soy bastante vieja para volver a olvidarlo en seguida».

Y yo accedí al ruego de la viejecilla y le hablé así[107]:

Todo en la mujer es un enigma, y todo en la mujer tiene una *única* solución: se llama embarazo.

El varón es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo. ¿Pero qué es la mujer para el varón?

Dos cosas quiere el varón auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes.

El varón debe ser educado para la guerra, y la mujer, para la recreación del guerrero: todo lo demás es tontería.

Los frutos demasiado dulces – al guerrero no le gustan. Por ello le gusta la mujer: amarga es incluso la más dulce de las mujeres.

La mujer entiende a los niños mejor que el varón, pero éste es más niño que aquélla.

En el varón auténtico se esconde un niño: éste quiere jugar. ¡Adelante, mujeres, descubrid el niño en el varón!

Sea un juguete la mujer, puro y delicado, semejante a la piedra preciosa, iluminado por las virtudes de un mundo que todavía no existe.

¡Resplandezca en vuestro amor el rayo de una estrella! Diga vuestra voluntad: «¡Ojalá diese yo a luz el superhombre!».

¡Haya valentía en vuestro amor! ¡Con vuestro amor debéis lanzaros contra aquél que os infunde miedo!

¡Que vuestro honor esté en vuestro amor! Por lo demás, poco entiende de honor la mujer. Pero sea vuestro honor amar siempre más de lo que sois amadas y no ser

nunca las segundas.

Tema el varón a la mujer cuando ésta ama: entonces realiza ella todos los sacrificios, y todo lo demás lo considera carente de valor.

Tema el varón a la mujer cuando ésta odia: pues en el fondo del alma el varón es tan sólo malvado, pero la mujer es allí mala.

¿A quién odia más la mujer? – Así le dijo el hierro al imán: «A ti es a lo que más odio, porque atraes, pero no eres bastante fuerte para retener».

La felicidad del varón se llama: yo quiero. La felicidad de la mujer se llama: él quiere.

«¡Mira, justo ahora se ha vuelto perfecto el mundo!» – así piensa toda mujer cuando obedece desde la plenitud del amor.

Y la mujer tiene que obedecer y tiene que encontrar una profundidad para su superficie. Superficie es el ánimo de la mujer, una móvil piel tempestuosa sobre aguas poco profundas.

Pero el ánimo del varón es profundo, su corriente ruge en cavernas subterráneas: la mujer presiente su fuerza, mas no la comprende. –

Entonces me replicó la viejecilla: «Muchas gentilezas acaba de decir Zaratustra, y sobre todo para quienes son bastante jóvenes para ellas.

¡Es extraño, Zaratustra conoce poco a las mujeres, y, sin embargo, tiene razón sobre ellas! ¿Ocurre esto acaso porque para la mujer nada es imposible?[108]

¡Y ahora toma, en agradecimiento, una pequeña verdad! ¡Yo soy bastante vieja para ella!

Envuélvela bien y tápale la boca: de lo contrario grita a voz en cuello esta pequeña verdad».

«¡Dame, mujer, tu pequeña verdad!», dije yo. Y así habló la viejecilla:

«¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!»[109]. –

Así habló Zaratustra.

De la picadura de la víbora

Un día habíase quedado Zaratustra dormido debajo de una higuera, pues hacía calor, y había colocado sus brazos sobre el rostro. Entonces vino una víbora y le picó en el cuello, de modo que Zaratustra se despertó gritando de dolor[110]. Al retirar el brazo del rostro vio a la serpiente: ésta reconoció entonces los ojos de Zaratustra, dio la vuelta torpemente y quiso marcharse. «¡No, dijo Zaratustra; todavía no has recibido mi agradecimiento! Me has despertado a tiempo, mi camino es todavía largo». «Tu camino es ya corto, dijo la víbora con tristeza; mi veneno mata». Zaratustra sonrió. «¿En alguna ocasión ha muerto un dragón por el veneno de una serpiente? – dijo. ¡Pero toma de nuevo tu veneno! No eres bastante rica para regalármelo». Entonces la víbora se lanzó otra vez alrededor de su cuello y le lamió la herida.

En una ocasión en que Zaratustra contó esto a sus discípulos, éstos preguntaron: «¿Y cuál es, Zaratustra, la moraleja de tu historia?». Zaratustra respondió así:

Los buenos y justos me llaman el aniquilador de la moral[111]: mi historia es inmoral.

Si vosotros tenéis un enemigo, no le devolváis bien por mal: pues eso lo avergonzaría. Sino demostrad que os ha hecho un bien.

¡Y es preferible que os encolericéis a que avergoncéis a otro! Y si os maldicen, no me agrada que queráis bendecir[112]. ¡Es mejor que también vosotros maldigáis un poco!

¡Y si se ha cometido una gran injusticia con vosotros, cometed vosotros en seguida cinco pequeñas! Es horrible ver a alguien a quien la injusticia lo oprime sólo a él.

¿Sabíais ya esto? Injusticia dividida es justicia a medias. ¡Y sólo debe cargar con la injusticia aquel que sea capaz de llevarla!

Una pequeña venganza es más humana que ninguna. Y si el castigo no es también un derecho y un honor para el prevaricador, entonces tampoco me gusta vuestro castigo.

Es más noble quitarse a sí mismo la razón que mantenerla, sobre todo si se la tiene. Sólo que hay que ser bastante rico para hacerlo.

No me gusta vuestra fría justicia; y desde los ojos de vuestros jueces me miran siempre el verdugo y su fría cuchilla[113].

Decidme, ¿dónde se encuentra la justicia que sea amor con ojos clarividentes?

¡Inventad, pues, el amor que soporta no sólo todos los castigos, sino también todas las culpas!

¡Inventad, pues, la justicia que absuelve a todos, excepto a los que juzgan!

¿Queréis oír todavía otra cosa? En quien quiere ser radicalmente justo, en ése incluso la mentira se convierte en afabilidad con los hombres.

¡Mas cómo voy yo a querer ser radicalmente justo! ¡Cómo puedo dar a cada uno

lo suyo! Básteme esto: yo doy a cada uno lo mío.

¡En fin, hermanos, cuidad de no ser injustos con ningún eremita! ¡Cómo podría olvidar un eremita! ¡Cómo podría él resarcirse!

Cual un pozo profundo es un eremita. Es fácil arrojar dentro una piedra; mas una vez que ha llegado al fondo, decidme, ¿quién quiere sacarla de nuevo?

¡Guardaos de ofender al eremita! Pero si lo habéis hecho, ¡entonces matadlo además!

Así habló Zaratustra.

Del hijo y del matrimonio

Tengo una pregunta para ti solo, hermano mío: como una sonda lanzo esta pregunta a tu alma, para saber lo profunda que es.

Tú eres joven y deseas para ti hijos y matrimonio. Pero yo te pregunto: ¿eres un hombre al que le sea *lícito* desear para sí un hijo?

¿Eres tú el victorioso, el domeñador de ti mismo, el soberano de los sentidos, el señor de tus virtudes? Así te pregunto.

¿O hablan en tu deseo el animal y la necesidad? ¿O la soledad? ¿O la insatisfacción contigo mismo?

Yo quiero que tu victoria y tu libertad anhelen un hijo. Monumentos vivientes debes erigir a tu victoria y a tu liberación.

Por encima de ti debes construir. Pero antes tienes que estar construido tú mismo, cuadrado[114] de cuerpo y de alma.

¡No debes propagarte sólo al mismo nivel, sino hacia arriba! ¡Ayúdete para ello el jardín del matrimonio![115]

Un cuerpo más elevado debes crear, un primer movimiento, una rueda que gire por sí misma, – un creador debes tú crear.

Matrimonio: así llamo yo la voluntad de dos de crear *uno* que sea más que quienes lo crearon. Respeto recíproco llamo yo al matrimonio, entre quienes desean eso.

Sea ése el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que llaman matrimonio los demasiados, esos superfluos, – ay, ¿cómo lo llamo yo?

¡Ay, esa pobreza de alma entre dos! ¡Ay, esa suciedad de alma entre dos! ¡Ay, ese lamentable bienestar entre dos![116]

Matrimonio llaman ellos a todo eso; y dicen que sus matrimonios han sido contraídos en el cielo.

¡No, a mí no me gusta ese cielo de los superfluos! ¡No, a mí no me gustan esos animales trabados en la red celestial!

¡Permanezca lejos de mí también el dios que se acerca cojeando a bendecir lo que él no ha unido![117]

¡No me os riáis de tales matrimonios! ¿Qué hijo no tendría motivo para llorar sobre sus padres?

Digno me parecía a mí ese varón, y maduro para el sentido de la tierra: mas cuando vi a su mujer, la tierra me pareció una casa de insensatos.

Sí, yo quisiera que la tierra temblase en convulsiones cuando un santo y una gansa se aparean.

Éste marchó como un héroe a buscar verdades, y acabó trayendo como botín una pequeña mentira engalanada[118]. Su matrimonio lo llama.

Aquél era esquivo en sus relaciones con otros, y seleccionaba al elegir. Pero de

una sola vez se estropeó su compañía para siempre: su matrimonio lo llama.

Aquél otro buscaba una criada que tuviese las virtudes de un ángel. Pero de *una sola* vez se convirtió él en criada de una mujer, y ahora sería necesario que, además, se transformase en ángel[119].

He encontrado que ahora todos los compradores andan con cuidado y que todos tienen ojos astutos. Pero incluso el más astuto se compra su mujer a ciegas.

Muchas breves tonterías – eso se llama entre vosotros amor. Y vuestro matrimonio pone fin a muchas breves tonterías en la forma de *una sola* y prolongada estupidez.

Vuestro amor a la mujer, y el amor de la mujer al varón: ¡ay, ojalá fuera compasión por dioses sufrientes y encubiertos! Pero casi siempre dos animales se adivinan recíprocamente.

E incluso vuestro mejor amor no es más que un símbolo extático y un dolorido ardor. Es una antorcha que debe iluminaros hacia caminos más elevados.

¡Por encima de vosotros mismos debéis amar alguna vez! ¡Por ello, *aprended* primero a amar! Y para ello tenéis que beber el amargo cáliz de vuestro amor[120].

Amargura hay en el cáliz incluso del mejor amor: ¡por eso produce anhelo del superhombre, por eso te da sed a ti, creador!

Sed para el creador, flecha y anhelo hacia el superhombre: di, hermano mío, ¿es ésta tu voluntad de matrimonio?

Santos son entonces para mí tal voluntad y tal matrimonio. –

Así habló Zaratustra.

De la muerte libre

Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: «¡Muere a tiempo!».

Morir a tiempo: eso es lo que Zaratustra enseña.

En verdad, quien no vive nunca a tiempo, ¿cómo va a morir a tiempo? ¡Ojalá no hubiera nacido jamás! – Esto es lo que aconsejo a los superfluos.

Pero también los superfluos se dan importancia con su muerte, y también la nuez más vacía de todas quiere ser cascada.

Todos dan importancia al morir: pero la muerte no es todavía una fiesta. Los hombres no han aprendido aún cómo se celebran las fiestas más bellas.

Yo os muestro la muerte consumadora, que es para los vivos un aguijón[121] y una promesa.

El consumador muere su muerte victoriosamente, rodeado de personas que esperan y prometen.

Así se debería aprender a morir; ¡y no debería haber fiesta alguna en que uno de esos moribundos no santificase los juramentos de los vivos!

Morir así es lo mejor; pero lo segundo es: morir en la lucha y prodigar un alma grande.

Tanto al combatiente como al victorioso les resulta odiosa esa vuestra gesticuladora muerte que se acerca furtiva como un ladrón – y que, sin embargo, viene como señor[122].

Yo os elogio mi muerte, la muerte libre, que viene a mí porque *yo* quiero.

¿Y cuándo querré? – Quien tiene una meta y un heredero quiere la muerte en el momento justo para la meta y para el heredero.

Y por respeto a la meta y al heredero ya no colgará coronas marchitas en el santuario de la vida.

En verdad, yo no quiero parecerme a los cordeleros: estiran sus cuerdas y, al hacerlo, van siempre hacia atrás.

Más de uno se vuelve demasiado viejo incluso para sus verdades y sus victorias; una boca desdentada no tiene ya derecho a todas las verdades.

Y todo el que quiera tener fama tiene que despedirse a tiempo del honor y ejercer el difícil arte de – irse a tiempo.

Hay que poner fin al dejarse comer en el momento en que mejor sabemos: esto lo conocen quienes desean ser amados durante mucho tiempo.

Hay, ciertamente, manzanas agrias, cuyo destino quiere aguardar hasta el último día del otoño: a un mismo tiempo se ponen maduras, amarillas y arrugadas.

En unos envejece primero el corazón, y en otros, el espíritu. Y algunos son ancianos en su juventud: pero una juventud tardía mantiene joven durante mucho tiempo.

A algunos el vivir se les malogra: un gusano venenoso les roe el corazón. Por ello, cuiden tanto más de que no se les malogre el morir.

Algunos no llegan nunca a estar dulces, se pudren ya en el verano. La cobardía es lo que los retiene en su rama.

Demasiados son los que viven, y durante demasiado tiempo penden de sus ramas. ¡Ojalá viniera una tempestad que hiciese caer del árbol a todos esos podridos y comidos de gusanos!

¡Ojalá viniesen predicadores de la muerte *rápida*! ¡Éstos serían para mí las oportunas tempestades que sacudirían los árboles de la vida! Pero yo oigo predicar tan sólo la muerte lenta y paciencia con todo lo «terreno».

Ay, ¿vosotros predicáis paciencia con las cosas terrenas? ¡Esas cosas terrenas son las que tienen demasiada paciencia con vosotros, hocicos blasfemos!

En verdad, demasiado pronto murió aquel hebreo a quien honran los predicadores de la muerte lenta: y para muchos se ha vuelto desde entonces una fatalidad el que él muriese demasiado pronto.

No conocía aún más que lágrimas y la melancolía propia del hebreo, junto con el odio de los buenos y justos, – el hebreo Jesús[123]: y entonces lo acometió el anhelo de la muerte.

¡Ojalá hubiera permanecido en el desierto, y lejos de los buenos y justos! ¡Tal vez habría aprendido a vivir y a amar la tierra – y, además, a reír![124]

¡Creedme, hermanos míos! Murió demasiado pronto; ¡él mismo se habría retractado de su doctrina si hubiera alcanzado mi edad! ¡Era bastante noble para retractarse!

Pero todavía estaba inmaduro. De manera inmadura ama el joven, y de manera inmadura odia también al hombre y a la tierra. Tiene aún atados y torpes el ánimo y las alas del espíritu.

Pero en el adulto hay más niño que en el joven, y menos melancolía: entiende mejor de muerte y de vida.

Libre para la muerte y libre en la muerte, un santo que dice no cuando ya no es tiempo de decir sí: así es como él entiende de vida y de muerte.

Que vuestro morir no sea una blasfemia contra el hombre y contra la tierra, amigos míos: esto es lo que yo le pido a la miel de vuestra alma.

En vuestro morir deben seguir brillando vuestro espíritu y vuestra virtud, cual luz vespertina en torno a la tierra: de lo contrario, se os habrá malogrado el morir.

Así quiero morir yo también, para que vosotros, amigos, améis más la tierra, por amor a mí; y quiero volver a ser tierra, para reposar en aquélla que me dio a luz.

En verdad, una meta tenía Zaratustra, lanzó su pelota: ahora, amigos, sois vosotros herederos de mi meta, a vosotros os lanzo la pelota de oro[125].

¡Más que nada prefiero, amigos míos, veros lanzar la pelota de oro! Y por ello me demoro aún un poco en la tierra: ¡perdonádmelo!

Así habló Zaratustra.

De la virtud que hace regalos

1

Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad que su corazón amaba y cuyo nombre es: «La Vaca Multicolor» – le siguieron muchos que se llamaban sus discípulos y le hacían compañía[126]. Llegaron así a una encrucijada: allí Zaratustra les dijo que desde aquel momento quería marchar solo, pues era amigo de caminar en soledad. Y sus discípulos le entregaron como despedida un bastón en cuyo puño de oro se enroscaba en torno al sol una serpiente[127]. Zaratustra se alegró del bastón y se apoyó en él; luego habló así a sus discípulos.

Decidme: ¿cómo llegó el oro a ser el valor supremo? Porque es raro, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo; siempre hace don de sí mismo.

Sólo en cuanto efigie de la virtud más alta llegó el oro a ser el valor supremo. Semejante al oro resplandece la mirada del que hace regalos. Brillo de oro sella paz entre luna y sol.

Rara es la virtud más alta, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo: una virtud que hace regalos es la virtud más alta.

En verdad, yo os adivino, discípulos míos: vosotros aspiráis, como yo, a la virtud que hace regalos. ¿Qué tendríais vosotros en común con gatos y lobos?

Ésta es vuestra sed, el llegar vosotros mismos a ser ofrendas y regalos: y por ello tenéis sed de acumular todas las riquezas en vuestra alma.

Insaciable anhela vuestra alma tesoros y joyas, porque vuestra virtud es insaciable en su voluntad de hacer regalos.

Forzáis a todas las cosas a acudir a vosotros y a entrar en vosotros, para que vuelvan a fluir de vuestro manantial como los dones de vuestro amor.

En verdad, semejante amor que hace regalos tiene que convertirse en ladrón de todos los valores; pero yo llamo sano y sagrado a ese egoísmo[128].

Existe otro egoísmo, demasiado pobre, un egoísmo hambriento que siempre quiere hurtar, el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo.

Con ojos de ladrón mira ese egoísmo todo lo que brilla; con la avidez del hambre mira hacia quien tiene de comer en abundancia; y siempre se desliza a hurtadillas en torno a la mesa de quienes hacen regalos.

Enfermedad habla en tal codicia, y degeneración invisible; desde el cuerpo enfermo habla la ladrona codicia de ese egoísmo.

Decidme, hermanos míos: ¿qué es para nosotros lo malo y lo peor? ¿No es la *degeneración*? – Y siempre adivinamos degeneración allí donde falta el alma que hace regalos.

Hacia arriba va nuestro camino, desde la especie asciende a la super-especie. Pero

un horror es para nosotros el sentido degenerante que dice: «Todo para mí».

Hacia arriba vuela nuestro sentido: de este modo es un símbolo de nuestro cuerpo, símbolo de una elevación. Símbolos de tales elevaciones son los nombres de las virtudes.

Así atraviesa el cuerpo la historia, como algo que deviene y lucha. Y el espíritu – ¿qué es el espíritu para el cuerpo? Heraldo de sus luchas y victorias, compañero y eco.

Símbolos son todos los nombres del bien y del mal: no declaran, sólo hacen señas. ¡Tonto es quien de ellos quiere sacar saber!

Prestad atención, hermanos míos, a todas las horas en que vuestro espíritu quiere hablar por símbolos: allí está el origen de vuestra virtud.

Elevado está entonces vuestro cuerpo, y resucitado; con sus delicias cautiva al espíritu, para que éste se convierta en creador y en apreciador y en amante y en benefactor de todas las cosas.

Cuando vuestro corazón hierve, ancho y lleno, igual que el río, siendo una bendición y un peligro para quienes habitan a su orilla: allí está el origen de vuestra virtud.

Cuando estáis por encima de la alabanza y de la censura, y vuestra voluntad quiere dar órdenes a todas las cosas, como voluntad que es de un amante: allí está el origen de vuestra virtud.

Cuando despreciáis lo agradable y la cama blanda, y no podéis acostaros a suficiente distancia de los comodones: allí está el origen de vuestra virtud.

Cuando no tenéis más que *una sola* voluntad, y ese viraje de toda necesidad se llama para vosotros necesidad[129]: allí está el origen de vuestra virtud.

¡En verdad, ella es un nuevo bien y un nuevo mal! ¡En verdad, es un nuevo y profundo murmullo, y la voz de un nuevo manantial!

Poder es esa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, un alma inteligente: un sol de oro y, en torno a él, la serpiente del conocimiento.

2

Aquí Zaratustra calló un rato y contempló con amor a sus discípulos. Después continuó hablando así: – y su voz se había cambiado.

¡Permanecedme fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de vuestra virtud! ¡Vuestro amor que hace regalos y vuestro conocimiento sirvan al sentido de la tierra! Esto os ruego y a ello os conjuro.

¡No dejéis que vuestra virtud huya de las cosas terrenas y bata las alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando!

Conducid de nuevo a la tierra, como hago yo, a la virtud que se ha perdido volando – sí, conducidla de nuevo al cuerpo y a la vida: ¡para que dé a la tierra su

sentido, un sentido humano!

De cien maneras se han perdido volando y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Ay, en nuestro cuerpo habita ahora todo ese delirio y error: en cuerpo y voluntad se han convertido.

De cien maneras han hecho ensayos y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Sí, un ensayo ha sido el hombre. ¡Ay, mucha ignorancia y mucho error se han vuelto cuerpo en nosotros!

No sólo la razón de milenios – también su demencia hace erupción en nosotros. Peligroso es ser heredero.

Todavía combatimos paso a paso con el gigante Azar, y sobre la humanidad entera ha dominado hasta ahora el absurdo, el sinsentido.

Vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos: ¡y el valor de todas las cosas sea establecido de nuevo por vosotros! ¡Por eso debéis ser luchadores! ¡Por eso debéis ser creadores!

Por el saber se purifica el cuerpo; haciendo ensayos con el saber se eleva; al hombre del conocimiento todos los instintos se le santifican; al hombre elevado su alma se le vuelve alegre.

Médico, ayúdate a ti mismo[130]: así ayudas también a tu enfermo. Sea tu mejor ayuda que él vea con sus ojos a quien se sana a sí mismo.

Mil senderos existen que aún no han sido nunca recorridos; mil formas de salud y mil ocultas islas de la vida. Inagotados y no descubiertos continúan siendo siempre para mí el hombre y la tierra del hombre.

¡Vigilad y escuchad, solitarios! Del futuro llegan vientos con secretos aleteos; y a oídos delicados se dirige la buena nueva.

Vosotros los solitarios de hoy, vosotros los apartados, un día debéis ser un pueblo: de vosotros, que os habéis elegido a vosotros mismos, debe surgir un día un pueblo elegido[131]: – y de él, el superhombre.

¡En verdad, en un lugar de curación debe transformarse todavía la tierra! ¡Y ya la envuelve un nuevo aroma, que trae salud, – y una nueva esperanza!

3

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras calló como quien no ha dicho aún su última palabra; largo tiempo sopesó, dudando, el bastón en su mano. Por fin habló así: – y su voz se había cambiado.

¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora solos! Así lo quiero yo.

En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aun mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado.

El hombre del conocimiento no sólo tiene que poder amar a sus enemigos, tiene

también que poder odiar a sus amigos[132].

Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona?

Vosotros me veneráis: pero ¿qué ocurrirá si un día vuestra veneración se derrumba? ¡Cuidad de que no os aplaste una estatua![133]

¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes, ¡mas qué importan todos los creyentes!

No os habíais buscado aún a vosotros: entonces me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe.

Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí[134] volveré entre vosotros[135].

En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré yo entonces a mis perdidos; con un amor distinto os amaré entonces[136].

Y todavía una vez debéis llegar a ser para mí amigos e hijos de *una sola* esperanza: entonces quiero estar con vosotros por tercera vez, para celebrar con vosotros el gran mediodía[137].

Y el gran mediodía es la hora en que el hombre se encuentra a mitad de su camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer como su más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana.

Entonces el que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno que pasa al otro lado; y el sol de su conocimiento estará para él en el mediodía.

«*Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre*.»[138] – ¡sea ésta alguna vez, en el gran mediodía, nuestra última voluntad! –

Así habló Zaratustra.

Segunda parte de Así habló Zaratustra

- y sólo cuando todos hayáis renegado de mí volveré entre vosotros.
En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré yo entonces a mis perdidos; con un amor distinto os amaré entonces.

Zaratustra, De la virtud que hace regalos (*Los discursos de Zaratustra*).

El niño del espejo[139]

Zaratustra volvió a continuación a las montañas y a la soledad de su caverna y se apartó de los hombres: aguardando como un sembrador que ha lanzado su semilla[140]. Mas su alma se llenó de impaciencia y de deseos de aquellos a quienes amaba: pues aún tenía muchas cosas que darles. Esto es, en efecto, lo más difícil, el cerrar por amor la mano abierta y el conservar el pudor al hacer regalos[141].

Así transcurrieron para el solitario meses y años; mas su sabiduría crecía y le causaba dolores por su abundancia.

Una mañana se despertó antes de la aurora, estuvo meditando largo tiempo en su lecho y dijo por fin a su corazón:

«¿De qué me he asustado tanto en mis sueños, que me he despertado? ¿No se acercó a mí un niño que llevaba un espejo?

"Oh Zaratustra –me dijo el niño–, ¡mírate en el espejo!".

Y al mirar yo al espejo lancé un grito, y mi corazón quedó aterrado: pues no era a mí a quien veía en él, sino la mueca y la risa burlona de un demonio.

En verdad, demasiado bien comprendo el signo y la advertencia del sueño: ¡mi *doctrina* está en peligro, la cizaña quiere llamarse trigo![142]

Mis enemigos se han vuelto poderosos y han deformado la imagen de mi doctrina, de modo que los más queridos por mí tuvieron que avergonzarse de los dones que yo les había entregado.

¡He perdido a mis amigos; me ha llegado la hora de buscar a los que he perdido!»[143]. –

Al decir estas palabras Zaratustra se levantó de un salto, pero no como un angustiado que busca aire, sino más bien como un vidente y cantor de quien se apodera el espíritu. Extrañados miraron hacia él su águila y su serpiente: pues, semejante a la aurora, sobre su rostro yacía una felicidad cercana.

¿Qué me ha sucedido, pues, animales míos? – dijo Zaratustra. ¿No estoy transformado? ¿No vino a mí la bienaventuranza como un viento tempestuoso?

Loca es mi felicidad, y cosas locas dirá: es demasiado joven todavía – ¡tened, pues, paciencia con ella!

Herido estoy por mi felicidad[144]: ¡todos los que sufren deben ser médicos para mí!

¡De nuevo me es lícito bajar a mis amigos y también a mis enemigos! ¡De nuevo le es lícito a Zaratustra hablar y hacer regalos y dar lo mejor a los amados!

Mi impaciente amor se desborda en ríos que bajan hacia levante y hacia poniente[145]. ¡Desde silenciosas montañas y tempestades de dolor desciende mi alma con estruendo a los valles!

Demasiado tiempo he estado anhelando y mirando a lo lejos. Demasiado tiempo he pertenecido a la soledad: así he olvidado el callar.

Me he convertido todo yo en una boca, y en estruendo de arroyo que cae de elevados peñascos: quiero despeñar mis palabras a los valles.

¡Y lo haré aunque el río de mi amor se precipite en lo infranqueable! ¡Cómo no va a acabar encontrando tal río el camino hacia el mar!

Sin duda hay en mí un lago, un lago eremítico, que se basta a sí mismo; mas el río de mi amor lo arrastra hacia abajo consigo – ¡al mar!

Nuevos caminos recorro, un nuevo modo de hablar llega a mí; me he cansado, como todos los creadores, de las viejas lenguas. Mi espíritu no quiere ya caminar sobre sandalias usadas.

Con demasiada lentitud corre para mí todo hablar: –¡a tu carro salto, tempestad! ¡E incluso a ti quiero arrearte con el látigo de mi maldad!

Como un grito y una exclamación jubilosa quiero correr sobre anchos mares, hasta encontrar las islas afortunadas[146] donde moran mis amigos: –

¡Y mis enemigos entre ellos! ¡Cómo amo ahora a todo aquel a quien me sea lícito hablarle! También mis enemigos forman parte de mi bienaventuranza.

Y si quiero montar en mi caballo salvaje, lo que mejor me ayuda siempre a subir es mi lanza: ella es el servidor constantemente dispuesto de mi pie: –

¡La lanza que arrojo contra mis enemigos! ¡Cómo les agradezco a mis enemigos el que por fin se me permita arrojarla!

Demasiado grande era la tensión de mi nube: entre carcajadas de rayos quiero lanzar granizadas a la profundidad.

Poderoso se hinchará entonces mi pecho, poderoso exhalará su tempestad por encima de los montes: así quedará aliviado.

¡En verdad, semejantes a una tempestad llegan mi felicidad y mi libertad! Pero mis enemigos deben creer que es *el Maligno*[147] el que se enfurece sobre sus cabezas.

Sí, también os asustaréis vosotros, amigos míos, a causa de mi sabiduría salvaje[148]; y tal vez huyáis de ella juntamente con mis enemigos.

¡Ay, si yo supiese atraeros con flautas pastoriles a volver atrás! ¡Ay, si mi leona Sabiduría aprendiese a rugir con dulzura! ¡Y muchas cosas hemos ya aprendido juntos!

Mi sabiduría salvaje quedó preñada en montañas solitarias; sobre ásperos peñascos parió su nueva, última cría.

Ahora corre enloquecida por el duro desierto y busca y busca blando césped – ¡mi vieja sabiduría salvaje!

¡Sobre el blando césped de vuestros corazones, amigos míos! – ¡sobre vuestro amor le gustaría acostar lo más querido para ella!

Así habló Zaratustra.

En las islas afortunadas[149]

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y, conforme caen, su roja piel se abre. Un viento del norte soy yo para higos maduros.

Así, cual higos, caen estas enseñanzas hasta vosotros, amigos míos: ¡bebed su jugo y su dulce carne! Nos rodea el otoño, y el cielo puro, y la tarde[150].

¡Ved qué plenitud hay en torno a nosotros! Y es bello mirar, desde la sobreabundancia, hacia mares lejanos.

En otro tiempo decíase Dios cuando se miraba hacia mares lejanos; pero ahora yo os he enseñado a decir: superhombre.

Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestro suponer no vaya más lejos que vuestra voluntad creadora.

¿Podríais vosotros *crear* un Dios? – ¡Pues entonces no me habléis de dioses! Mas el superhombre sí podríais crearlo.

¡Acaso no vosotros mismos, hermanos míos! Pero podríais transformaros en padres y antepasados del superhombre: ¡y sea éste vuestro mejor crear! –

Dios es una suposición: mas yo quiero que vuestro suponer se mantenga dentro de los límites de lo pensable.

¿Podríais vosotros *pensar* un Dios? – Mas la voluntad de verdad signifique para vosotros esto, ¡que todo sea transformado en algo pensable para el hombre, visible para el hombre, sensible para el hombre! ¡Vuestros propios sentidos debéis pensarlos hasta el final!

Y eso a lo que habéis dado el nombre de mundo, eso debe ser creado primero por vosotros: ¡vuestra razón, vuestra imagen, vuestra voluntad, vuestro amor deben devenir ese mundo! ¡Y, en verdad, para vuestra bienaventuranza, hombres del conocimiento!

¿Y cómo ibais a soportar la vida sin esta esperanza, vosotros los que conocéis? No os ha sido lícito estableceros por nacimiento en lo incomprensible, ni tampoco en lo irracional.

Mas para revelaros totalmente mi corazón a vosotros, amigos: *si* hubiera dioses, ¡cómo soportaría yo el no ser Dios! *Por lo tanto*, no hay dioses.

Es cierto que yo he sacado esa conclusión; pero ahora ella me saca a mí[151]. –

Dios es una suposición: mas ¿quién bebería todo el tormento de esa suposición sin morir? ¿Su fe le debe ser quitada al creador, y al águila su cernerse en lejanías aquilinas?

Dios es un pensamiento que vuelve torcido todo lo derecho y que hace voltearse a todo lo que está de pie. ¿Cómo? ¿Estaría abolido el tiempo, y todo lo perecedero sería únicamente mentira?

Pensar esto es remolino y vértigo para osamentas humanas, y hasta un vómito para el estómago: en verdad, la enfermedad mareante llamo yo a suponer tal cosa.

¡Malvadas llamo, y enemigas del hombre, a todas esas doctrinas de lo Uno y lo Lleno y lo Inmóvil y lo Saciado y lo Imperecedero!

¡Todo lo imperecedero – no es más que un símbolo![152] Y los poetas mienten demasiado[153]. –

De tiempo y de devenir es de lo que deben hablar los mejores símbolos; ¡una alabanza deben ser y una justificación de todo lo perecedero!

Crear – ésa es la gran redención del sufrimiento, así es como se vuelve ligera la vida. Mas para que el creador exista son necesarios sufrimiento y muchas transformaciones.

¡Sí, muchos amargos morires tiene que haber en nuestra vida, creadores! De ese modo sois defensores y justificadores de todo lo perecedero.

Para ser el hijo que vuelve a nacer, para ser eso el creador mismo tiene que querer ser también la parturienta y los dolores de la parturienta.

En verdad, a través de cien almas he recorrido mi camino, y a través de cien cunas y dolores de parto. Muchas son las veces que me he despedido, conozco las horas finales que desgarran el corazón.

Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O, para decíroslo con mayor honestidad: justo tal destino – es el que mi voluntad quiere.

Todo lo sensible en mí sufre y se encuentra en prisiones: pero mi querer viene siempre a mí como mi liberador y portador de alegría.

El querer hace libres[154]: ésta es la verdadera doctrina acerca de la voluntad y la libertad – así os lo enseña Zaratustra.

¡No-querer-ya y no-estimar-ya y no-crear-ya! ¡Ay, que ese gran cansancio permanezca siempre alejado de mí!

También en el conocer yo siento únicamente el placer de mi voluntad de engendrar y devenir; y si hay inocencia en mi conocimiento, esto ocurre porque en él hay voluntad de engendrar.

Lejos de Dios y de los dioses me ha atraído esa voluntad; ¡qué habría que crear si los dioses – existiesen!

Pero hacia el hombre vuelve siempre a empujarme mi ardiente voluntad de crear; así se siente impulsado el martillo hacia la piedra.

¡Ay, hombres, en la piedra dormita para mí una imagen, la imagen de mis imágenes! ¡Ay, que ella tenga que dormir en la piedra más dura, más fea!

Ahora mi martillo se enfurece cruelmente contra su prisión. De la piedra saltan pedazos: ¿qué me importa?

Quiero acabarlo: pues una sombra[155] ha llegado hasta mí – ¡la más silenciosa y más ligera de todas las cosas vino una vez a mí!

La belleza del superhombre llegó hasta mí como una sombra. ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya – los dioses! –

Así habló Zaratustra.

De los compasivos

Amigos míos, han llegado unas palabras de mofa hasta vuestro amigo: «¡Ved a Zaratustra! ¿No camina entre nosotros como si fuésemos animales?».

Pero está mejor dicho así: «¡El que conoce camina entre los hombres como entre animales que *son*!».

Mas, para el que conoce, el hombre mismo se llama: el animal que tiene mejillas rojas.

¿Cómo le ha ocurrido eso? ¿No es porque ha tenido que avergonzarse con demasiada frecuencia?

¡Oh, amigos míos! Así habla el que conoce: Vergüenza, vergüenza, vergüenza – ¡ésa es la historia del hombre!

Y por ello el noble se ordena a sí mismo no causar vergüenza: se exige a sí mismo tener pudor ante todo lo que sufre.

En verdad, yo no soporto a ésos, a los misericordiosos que son bienaventurados en su compasión[156]: les falta demasiado el pudor.

Si tengo que ser compasivo, no quiero, sin embargo, ser llamado así; y si lo soy, entonces prefiero serlo desde lejos.

Con gusto escondo también la cabeza y me marcho de allí antes de ser reconocido: ¡y así os mando obrar a vosotros, amigos míos!

¡Quiera mi destino poner siempre en mi senda a gentes sin sufrimiento, como vosotros, y a gentes con quienes me sea *lícito* tener en común la esperanza y la comida y la miel!

En verdad, yo he hecho sin duda esto y aquello en favor de los que sufren: pero siempre me parecía que yo obraba mejor cuando aprendía a alegrarme mejor.

Desde que hay hombres el hombre se ha alegrado demasiado poco: ¡tan sólo esto, hermanos míos, es nuestro pecado original!

Y aprendiendo a alegrarnos mejor es como mejor nos olvidamos de hacer daño a otros y de imaginar daños.

Por eso yo me lavo la mano que ha ayudado al que sufre, por eso me limpio incluso el alma.

Pues me he avergonzado de haber visto sufrir al que sufre, a causa de la vergüenza de él[157]; y cuando le ayudé, ofendí duramente su orgullo.

Los grandes favores no vuelven agradecidos a los hombres, sino vengativos; y si el pequeño beneficio no es olvidado acaba convirtiéndose en un gusano roedor.

«¡Sed reacios en el aceptar! ¡Honrad por el hecho de aceptar!» – esto aconsejo a quienes nada tienen que regalar.

Pero yo soy uno que regala: me gusta regalar, como amigo a los amigos. Los extraños, en cambio, y los pobres, que ellos mismos cojan el fruto de mi árbol: eso avergüenza menos.

¡Mas a los mendigos se los debería suprimir totalmente![158] En verdad, molesta el darles y molesta el no darles.

¡E igualmente a los pecadores, y a las conciencias malvadas! Creedme, amigos míos: los remordimientos de conciencia enseñan a morder.

Lo peor, sin embargo, son los pensamientos mezquinos. ¡En verdad, es mejor haber obrado con maldad que haber pensado con mezquindad!

Es cierto que vosotros decís: «El placer obtenido en maldades pequeñas nos ahorra más de una acción malvada grande». Pero aquí no se debería querer ahorrar.

Como una llaga es la acción malvada: escuece e irrita y revienta, – habla sinceramente.

«Mira, yo soy enfermedad» – así habla la acción malvada; ésa es su sinceridad.

Mas el pensamiento mezquino es igual que el hongo: se arrastra y se agacha y no quiere estar en ninguna parte – hasta que el cuerpo entero queda podrido y mustio por los pequeños hongos.

A quien, sin embargo, está poseído por el diablo yo le digo al oído esta frase: «¡Es mejor que cebes a tu diablo! ¡También para ti sigue habiendo un camino de grandeza!». –

¡Ay, hermanos míos! ¡Se sabe de cada uno algo de más! Y muchos se nos vuelven transparentes, mas aun así estamos muy lejos todavía de poder penetrar a través de ellos.

Es difícil vivir con hombres, porque callar es muy difícil[159].

Y con quien más inicuos somos no es con aquel que nos repugna, sino con quien nada en absoluto nos importa.

Si tú tienes, sin embargo, un amigo que sufre, sé para su sufrimiento un lugar de descanso, mas, por así decirlo, un lecho duro, un lecho de campaña: así es como más útil le serás.

Y si un amigo te hace mal, di: «Te perdono lo que me has hecho a mí; pero el que te hayas hecho eso *a ti* – ¡cómo podría yo perdonarlo!».

Así habla todo amor grande: él supera incluso el perdón y la compasión.

Debemos sujetar nuestro corazón; pues si lo dejamos ir, ¡qué pronto se nos va entonces la cabeza!

Ay, ¿en qué lugar del mundo se han cometido tonterías mayores que entre los compasivos? ¿Y qué cosa en el mundo ha provocado más sufrimiento que las tonterías de los compasivos?

¡Ay de todos aquéllos que aman y que no tienen todavía una altura que esté por encima de su compasión!

Así me dijo el demonio una vez: «También Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres».

Y hace poco le oí decir esta frase: «Dios ha muerto; a causa de su compasión por los hombres ha muerto Dios»[160]. –

Por ello, estad prevenidos contra la compasión: ¡*de ella* continúa viniendo a los

hombres una nube! ¡En verdad, yo entiendo de señales del tiempo!

Mas recordad también esta frase: todo gran amor está por encima incluso de toda su compasión: pues él quiere además – ¡crear lo amado!

«De mí mismo hago ofrecimiento a mi amor, *y de mi prójimo igual que de mí*» – éste es el lenguaje de todos los creadores.

Mas todos los creadores son duros. –

Así habló Zaratustra.

De los sacerdotes

Y una vez Zaratustra hizo una señal a sus discípulos y les dijo estas palabras:

«Ahí hay sacerdotes: y aunque son mis enemigos, ¡pasad a su lado en silencio y con la espada dormida![161]

También entre ellos hay héroes; muchos de ellos han sufrido demasiado – : por esto quieren hacer sufrir a otros.

Son enemigos malvados: nada es más vengativo que su humildad. Y fácilmente se ensucia quien los ataca.

Pero mi sangre está emparentada con la suya; y yo quiero que mi sangre sea honrada incluso en la de ellos». –

Y cuando hubieron pasado a su lado le acometió a Zaratustra el dolor; y no había luchado mucho tiempo con el dolor cuando empezó a hablar así:

Me da pena de estos sacerdotes. También repugnan a mi gusto; mas esto es para mí lo de menos desde que estoy entre hombres.

Pero yo sufro y he sufrido con ellos: prisioneros son para mí, y marcados. Aquel a quien ellos llaman redentor los arrojó en cadenas: –

¡En cadenas de falsos valores y de palabras ilusas! ¡Ay, si alguien los redimiese de su redentor![162]

En una isla creyeron desembarcar en otro tiempo, cuando el mar los arrastró lejos; pero mira, ¡era un monstruo dormido![163]

Falsos valores y palabras ilusas: ésos son los peores monstruos para los mortales, – largo tiempo duerme y aguarda en ellos la fatalidad.

Mas al fin ésta llega y vigila y devora y se traga aquello que construyó tiendas para sí encima de ella.

¡Oh, contemplad esas tiendas que esos sacerdotes se han construido! Iglesias llaman ellos a sus cavernas de dulzona fragancia.

¡Oh, esa luz falsa, ese aire que huele a moho! ¡Aquí donde al alma no le es lícito – elevarse volando hacia su altura!

Su fe, por el contrario, ordena esto: «¡De rodillas subid la escalera, pecadores!»[164].

¡En verdad, prefiero ver incluso al hombre carente de pudor que los torcidos ojos de su pudor y devoción!

¿Quién creó para sí tales cavernas y escaleras de penitencia? ¿No fueron aquellos que querían esconderse y se avergonzaban del cielo puro?

Y sólo cuando el cielo puro vuelva a mirar a través de techos derruidos y llegue hasta la hierba y la roja amapola crecidas junto a muros derruidos[165], – sólo entonces quiero yo volver a dirigir mi corazón hacia los lugares de ese Dios.

Ellos llamaron Dios a lo que les contradecía y causaba dolor: y en verdad, ¡mucho heroísmo había en su adoración!

¡Y no supieron amar a su Dios de otro modo que clavando al hombre en la cruz!

Como cadáveres pensaron vivir, de negro vistieron su cadáver; también en sus discursos huelo yo todavía el desagradable aroma de cámaras mortuorias.

Y quien vive cerca de ellos, cerca de negros estanques vive, desde los cuales canta el sapo su canción con dulce melancolía.

Mejores canciones tendrían que cantarme para que yo aprendiese a creer en su redentor: ¡más redimidos tendrían que parecerme los discípulos de ese redentor!

Desnudos quisiera verlos: pues únicamente la belleza debiera predicar penitencia. ¡Mas a quién persuade esa tribulación embozada![166]

¡En verdad, sus mismos redentores no vinieron de la libertad y del séptimo cielo de la libertad! ¡En verdad, ellos mismos no caminaron nunca sobre las alfombras del conocimiento!

De huecos se componía el espíritu de esos redentores; mas en cada hueco habían colocado su ilusión, su tapahuecos, al que ellos llamaban Dios.

En su compasión se había ahogado su espíritu, y cuando se hinchaban y desbordaban de compasión, siempre nadaba en la superficie una gran tontería.

Celosamente y a gritos conducían su rebaño por su vereda: ¡como si hacia el futuro no hubiera más que *una sola* vereda! ¡En verdad, también estos pastores continuaban formando parte de las ovejas![167]

Espíritus pequeños y almas voluminosas tenían estos pastores: pero, hermanos míos, ¡qué comarcas tan pequeñas han sido hasta ahora incluso las almas más voluminosas!

Signos de sangre escribieron en el camino que ellos recorrieron, y su tontería enseñaba que con sangre se demuestra la verdad[168].

Mas la sangre es el peor testigo de la verdad; la sangre envenena incluso la doctrina más pura, convirtiéndola en ilusión y odio de los corazones.

Y si alguien atraviesa una hoguera por defender su doctrina, – ¡qué demuestra eso! ¡Mayor cosa es, en verdad, que del propio incendio salga la propia doctrina!

Corazón tórrido y cabeza fría: cuando estas cosas coinciden surge el viento impetuoso, el «redentor».

¡Ha habido, en verdad, hombres más grandes y de nacimiento más elevado que aquellos a quienes el pueblo llama redentores, esos arrebatadores vientos impetuosos!

¡Y vosotros, hermanos míos, tenéis que ser redimidos por hombres aún más grandes que todos los redentores, si queréis encontrar el camino que lleva a la libertad!

Nunca ha habido todavía un superhombre. Desnudos he visto yo a ambos, al hombre más grande y al más pequeño: –

Demasiado semejantes son todavía entre sí. En verdad, también al más grande lo he encontrado – ¡demasiado humano! –

Así habló Zaratustra.

De los virtuosos

Con truenos y con celestes fuegos artificiales hay que hablar a los sentidos flojos y dormidos.

Pero la voz de la belleza habla quedo: sólo se desliza en las almas más despiertas.

Suavemente vibró y rió hoy mi escudo; éste es el sagrado reír y vibrar de la belleza.

De vosotros, virtuosos, se rió hoy mi belleza. Y así llegó la voz de ésta hasta mí: «¡Ellos quieren además – ser pagados!».

¡Vosotros queréis ser pagados además, virtuosos! ¿Queréis tener una recompensa a cambio de la virtud, y el cielo a cambio de la tierra, y la eternidad a cambio de vuestro hoy?

¿Y os irritáis conmigo porque enseño que no existe ni remunerador ni pagador? Y en verdad, ni siquiera enseño que la virtud sea su propia recompensa.

Ay, esto es lo que me aflige: mentirosamente se ha situado en el fondo de las cosas recompensa y castigo – ¡y ahora también en el fondo de vuestras almas, virtuosos!

Mas, semejante al hocico del jabalí, mi palabra debe desgarrar el fondo de vuestras almas; reja de arado[169] quiero ser para vosotros.

Todos los secretos de vuestro fondo deben salir a luz; y cuando vosotros yazgáis al sol hozados y destrozados, entonces también vuestra mentira estará separada de vuestra verdad.

Pues ésta es vuestra verdad: sois *demasiado limpios* para la suciedad de estas palabras: venganza, castigo, recompensa, retribución.

Vosotros amáis vuestra virtud como la madre a su hijo; pero ¿cuándo se ha oído decir que una madre quisiera ser pagada por su amor?

Vuestro sí-mismo más querido es vuestra virtud. Sed de anillo hay en vosotros: para volver a alcanzarse a sí mismo lucha y gira todo anillo.

Y semejante a la estrella que se extingue es toda obra de vuestra virtud: su luz continúa estando siempre en camino y en marcha – ¿y cuándo dejará de estar en camino?

Así la luz de vuestra virtud continúa estando en camino aunque ya la obra esté hecha. Ésta puede estar olvidada y muerta: su rayo de luz vive todavía y camina.

Que vuestra virtud sea vuestro sí-mismo, y no algo extraño, una piel, un manto: ¡ésa es la verdad que brota del fondo de vuestra alma, virtuosos! –

Mas recientemente hay algunos para quienes la virtud significa convulsiones bajo un látigo: ¡y, para mí, vosotros habéis escuchado demasiado los gritos de ellos!

Y hay otros que llaman virtud al hecho de que sus vicios se vuelvan perezosos; y cuando su odio y sus celos estiran alguna vez los miembros, entonces su «justicia» se despabila y se restriega los adormilados ojos.

Y hay otros que son arrastrados hacia abajo: sus demonios los arrastran. Pero cuanto más se hunden, tanto más ardientes relucen sus ojos y el ansia de su Dios.

Ay, también los gritos de éstos llegaron hasta vuestros oídos, virtuosos: «lo que yo *no* soy, ¡eso, eso son para mí Dios y virtud!».

Y hay otros que llevan mucho peso y por ello rechinan, igual que carros que conducen piedras cuesta abajo: hablan mucho de dignidad y de virtud – ¡a su freno llámanlo virtud!

Y hay otros que son semejantes a relojes a los que se les ha dado cuerda; producen su tictac, y quieren que al tictac – se lo llame virtud.

En verdad, con éstos me divierto: cuando yo encuentre tales relojes les daré cuerda con mi mofa; ¡y ellos deberán encima ronronear![170].

Y otros están orgullosos de su puñado de justicia y a causa de ella cometen crímenes contra todas las cosas: de tal manera que el mundo se ahoga en su injusticia.

¡Ay, qué desagradablemente les sale de la boca la palabra «virtud»! Y cuando dicen: «Yo soy justo», esto suena siempre igual que: «¡yo estoy vengado![171]».

Con su virtud quieren sacar los ojos a sus enemigos; y se elevan tan sólo para humillar a otros[172].

Y también hay quienes se sientan en su charca y hablan así desde el cañaveral: «Virtud – es sentarse en silencio en la charca.

Nosotros no mordemos a nadie y nos apartamos del camino de quien quiere morder; y en todo tenemos la opinión que se nos da».

Y también hay quienes aman los gestos y piensan: la virtud es una especie de gesto.

Sus rodillas adoran siempre, y sus manos son alabanzas de la virtud, pero su corazón nada sabe de ello.

Y también hay quienes consideran virtud el decir: «La virtud es necesaria»; pero en el fondo creen únicamente que la policía es necesaria.

Y muchos que son incapaces de ver lo elevado en los hombres llaman virtud a ver ellos muy de cerca su bajeza: así llaman virtud a su malvada mirada[173].

Y algunos quieren ser edificados y elevados, y llaman a eso virtud; y otros quieren ser derribados – y también lo llaman virtud.

Y de este modo casi todos creen participar de la virtud; y al menos quiere cada uno ser experto en «bien» y «mal»[174].

Mas Zaratustra no ha venido para decir a todos estos mentirosos y necios: «¡Qué sabéis *vosotros* de virtud! ¡Qué *podríais* vosotros saber de virtud!».

Sino para que vosotros, amigos míos, os canséis de las viejas palabras que habéis aprendido de los necios y mentirosos:

Os canséis de las palabras «recompensa», «retribución», «castigo», «venganza en la justicia». –

Os canséis de decir: «Una acción es buena si es desinteresada».

¡Ay, amigos míos! Que *vuestro* sí-mismo esté en la acción como la madre está en

el hijo: ¡sea ésa *vuestra* palabra acerca de la virtud!

En verdad, os he quitado sin duda cien palabras y los juguetes más queridos a vuestra virtud; y ahora os enfadáis conmigo como se enfadan los niños.

Estaban ellos jugando a orillas del mar, – entonces vino la ola y arrastró su juguete al fondo: ahora lloran.

¡Pero la misma ola debe traerles nuevos juguetes y arrojar ante ellos nuevas conchas multicolores!

Así serán consolados; e igual que ellos, también vosotros, amigos míos, tendréis vuestros consuelos – ¡y nuevas conchas multicolores! –

Así habló Zaratustra.

De la chusma

La vida es un manantial de placer; pero donde la chusma va a beber con los demás, allí todos los pozos quedan envenenados.

Por todo lo limpio siento inclinación; pero no soporto ver los hocicos de mofa y la sed de los impuros.

Han lanzado sus ojos al fondo del pozo: ahora me sube del pozo el reflejo de su repugnante sonrisa.

El agua santa la han envenenado con su lascivia; y como llamaron placer a sus sucios sueños, han envenenado incluso las palabras.

Se enfada la llama cuando ellos ponen al fuego sus húmedos corazones; también el espíritu borbotea y humea cuando la chusma se acerca al fuego.

Dulzona y excesivamente blanda se pone en su mano la fruta: al árbol frutal su mirada lo vuelve fácil de desgajar por el viento y le seca el ramaje.

Y más de uno que se apartó de la vida se apartó tan sólo de la chusma: no quería compartir pozo y llama y fruta con la chusma.

Y más de uno que se marchó al desierto y padeció sed con los animales rapaces únicamente quería no sentarse con camelleros sucios en torno a la cisterna.

Y más de uno que vino como aniquilador y como granizada para todos los campos de frutos sólo quería meter su pie en la boca de la chusma y así tapar su gaznate.

Y el bocado que más se me ha atragantado no es saber que la vida misma necesita enemistad y muerte y cruces de tortura: –

Sino que una vez pregunté, y casi me asfixié con mi pregunta: ¿Cómo? ¿La vida tiene *necesidad* también de la chusma?

¿Se necesitan pozos envenenados, y fuegos malolientes, y sueños ensuciados, y gusanos en el pan de la vida?

¡No mi odio, sino mi náusea es la que se ha cebado insaciablemente en mi vida! ¡Ay, a menudo me cansé del espíritu cuando encontré que también la chusma es rica de espíritu!

Y a los que dominan les di la espalda cuando vi lo que ellos llaman ahora dominar: chalanear y regatear por el poder – ¡con la chusma!

Entre pueblos de lengua extraña he habitado con los oídos cerrados: para que la lengua de su chalaneo permaneciese extraña a mí, y su regatear por el poder.

Y tapándome la nariz he pasado con disgusto a través de todo ayer y todo hoy: ¡en verdad, todo ayer y todo hoy hiede a chusma que escribe!

Igual que un lisiado que se hubiera quedado sordo y ciego y mudo: así viví yo largo tiempo, para no vivir con la chusma del poder, de la pluma y de los placeres.

Fatigosamente subía escaleras mi espíritu, y con cautela; limosnas de placer fueron su alivio; apoyada en el bastón se arrastraba la vida para el ciego.

¿Qué me ocurrió, sin embargo? ¿Cómo me redimí de la náusea? ¿Quién

rejuveneció mis ojos? ¿Cómo volé hasta la altura en la que ninguna chusma se sienta ya junto al pozo?

¿Mi propia náusea me proporcionó alas y me dio fuerzas que presienten las fuentes? ¡En verdad, hasta lo más alto tuve que volar para reencontrar el manantial del placer!

¡Oh, lo encontré, hermanos míos! ¡Aquí en lo más alto brota para mí el manantial del placer! ¡Y hay una vida de la cual no bebe la chusma con los demás!

¡Casi demasiado violenta resulta tu corriente para mí, fuente del placer! ¡Y a menudo has vaciado de nuevo la copa queriendo llenarla!

Y todavía tengo que aprender a acercarme a ti con mayor modestia: con demasiada violencia corre aún mi corazón a tu encuentro: –

Mi corazón, sobre el que arde mi verano, el breve, ardiente, melancólico, sobrebienaventurado: ¡cómo apetece mi corazón estival tu frescura!

¡Disipada se halla la titubeante tribulación de mi primavera! ¡Pasada está la maldad de mis copos de nieve de junio! ¡En verano me he transformado enteramente y en mediodía de verano!

Un verano en lo más alto, con fuentes frías y silencio bienaventurado: ¡oh, venid, amigos míos, para que el silencio resulte aún más bienaventurado!

Pues ésta es *nuestra* altura y nuestra patria: en un lugar demasiado alto y abrupto habitamos nosotros aquí para todos los impuros y para su sed.

¡Lanzad vuestros ojos puros en el manantial de mi placer, amigos míos! ¡Cómo habría él de enturbiarse por ello! ¡En respuesta os reirá con *su* pureza!

En el árbol Futuro construimos nosotros nuestro nido; ¡águilas deben traernos en sus picos alimento a nosotros los solitarios![175]

¡En verdad, no un alimento del que también a los impuros les esté permitido comer! ¡Fuego creerían devorar y se abrasarían los hocicos!

¡En verdad, aquí no tenemos preparadas moradas para impuros! ¡Una caverna de hielo significaría para sus cuerpos nuestra felicidad, y para sus espíritus!

Y cual vientos fuertes queremos vivir por encima de ellos, vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así es como viven los vientos fuertes.

E igual que un viento quiero yo soplar todavía alguna vez entre ellos, y con mi espíritu cortar la respiración a su espíritu: así lo quiere mi futuro.

En verdad, un viento fuerte es Zaratustra para todas las hondonadas; y este consejo da a sus enemigos y a todo lo que esputa y escupe: «¡Guardaos de escupir *contra* el viento!»[176].

Así habló Zaratustra.

De las tarántulas[177]

¡Mira, ésa es la caverna de la tarántula! ¿Quieres verla a ella misma? Aquí cuelga su tela; tócala, para que tiemble.

Ahí viene dócilmente: ¡bien venida, tarántula! Negro se asienta sobre tu espalda tu triángulo y emblema; y yo conozco también lo que se asienta en tu alma.

Venganza se asienta en tu alma: allí donde tú muerdes, se forma una costra negra; ¡con la venganza produce tu veneno vértigos al alma!

Así os hablo en parábola a vosotros los que causáis vértigos a las almas, ¡vosotros los predicadores de la *igualdad*! ¡Tarántulas sois vosotros para mí, y vengativos escondidos!

Pero yo voy a sacar a luz vuestros escondrijos: por eso me río en vuestra cara con mi carcajada de la altura.

Por eso desgarro vuestra tela, para que vuestra rabia os induzca a salir de vuestras cavernas de mentiras, y vuestra venganza destaque detrás de vuestra palabra «justicia».

Pues *que el hombre sea redimido de la venganza*: ése es para mí el puente hacia la suprema esperanza y un arco iris después de prolongadas tempestades.

Mas cosa distinta es, sin duda, lo que las tarántulas quieren. «Llámese para nosotras justicia precisamente esto, que el mundo se llene de las tempestades de nuestra venganza» – así hablan ellas entre sí.

«Venganza queremos ejercer, y burla de todos los que no son iguales a nosotros» – esto se juran a sí mismos los corazones de tarántulas.

«Y “voluntad de igualdad” – éste debe llegar a ser en adelante el nombre de la virtud; ¡y contra todo lo que tiene poder queremos nosotros elevar nuestros gritos!».

Vosotros predicadores de la igualdad, la demencia tiránica de la impotencia es lo que en vosotros reclama a gritos «igualdad»: ¡vuestras más secretas ansias tiránicas se disfrazan, pues, con palabras de virtud!

Presunción amargada, envidia reprimida, tal vez presunción y envidia de vuestros padres: de vosotros brota eso en forma de llama y de demencia de la venganza.

Lo que el padre calló, eso habla en el hijo; y a menudo he encontrado que el hijo era el desvelado secreto del padre.

A los entusiastas se asemejan: pero no es el corazón lo que los entusiasma, – sino la venganza. Y cuando se vuelven sutiles y fríos, no es el espíritu, sino lo envidia lo que los hace sutiles y fríos.

Sus celos los conducen también a los senderos de los pensadores; y éste es el signo característico de sus celos – van siempre demasiado lejos: hasta el punto de que su cansancio tiene finalmente que echarse a dormir incluso sobre nieve.

En cada una de sus quejas resuena la venganza, en cada uno de sus elogios hay un agravio; y ser jueces les parece la bienaventuranza.

Mas yo os aconsejo así a vosotros, amigos míos: ¡desconfiad de todos aquellos en

quienes es poderosa la tendencia a imponer castigos!

Ése es pueblo de índole y origen malos; desde sus rostros miran el verdugo y el sabueso.

¡Desconfiad de todos aquéllos que hablan mucho de su justicia! En verdad, a sus almas no es miel únicamente lo que les falta.

Y si se llaman a sí mismos «los buenos y justos», no olvidéis que a ellos, para ser fariseos, no les falta nada más que – ¡poder!

Amigos míos, no quiero que se me mezcle y confunda con otros.

Hay quienes predican mi doctrina acerca de la vida: y a la vez son predicadores de la igualdad, y tarántulas.

Su hablar en favor de la vida, aunque ellos están sentados en su caverna, esos arañas venenosas, y apartados de la vida: débese a que ellos quieren así hacer daño.

Quieren así hacer daño a quienes ahora tienen el poder: pues entre éstos es donde mejor acogida sigue encontrando la predicación acerca de la muerte.

Si fuera de otro modo, los tarántulas enseñarían algo distinto: y justamente ellos fueron en otro tiempo los que mejor calumniaron el mundo y quemaron herejes.

Con estos predicadores de la igualdad no quiero ser yo mezclado ni confundido. Pues *a mí* la justicia me dice así: «los hombres no son iguales»[178].

¡Y tampoco deben llegar a serlo! ¿Qué sería mi amor al superhombre si yo hablase de otro modo?

Por mil puentes y veredas deben los hombres darse prisa a ir hacia el futuro, y débese implantar entre ellos cada vez más guerra y desigualdad: ¡así me hace hablar mi gran amor!

¡Inventores de imágenes y de fantasmas deben llegar a ser en sus hostilidades, y con sus imágenes y fantasmas deben combatir aún unos contra otros la batalla suprema!

Bueno y malo, y rico y pobre, y elevado y minúsculo, y todos los nombres de los valores: ¡armas deben ser, y signos ruidosos de que la vida tiene que superarse continuamente a sí misma!

Hacia la altura quiere edificarse, con pilares y escalones, la vida misma: hacia vastas lejanías quiere mirar, y hacia bienaventurada belleza, – ¡*por eso* necesita altura!

¡Y como necesita altura, por eso necesita escalones, y contradicción entre los escalones y los que suben! Subir quiere la vida, y subiendo, superarse a sí misma.

¡Y ved, amigos míos! Aquí, donde está la caverna de la tarántula, levántanse hacia arriba las ruinas de un viejo templo – ¡contempladlo con ojos iluminados!

¡En verdad, quien en otro tiempo elevó aquí en piedra sus pensamientos como una torre, ése sabía del misterio de toda vida tanto como el más sabio!

Que existen lucha y desigualdad incluso en la belleza, y guerra por el poder y por el sobrepoder: esto es lo que él nos enseña aquí con símbolo clarísimo[179].

Igual que aquí bóvedas y arcos divinamente se derrumban, en lucha a brazo

partido: igual que con luz y sombra ellos, los llenos de divinas aspiraciones, se oponen recíprocamente –

¡Así, con igual seguridad y belleza, seamos también nosotros enemigos, amigos míos! ¡Divinamente queremos *oponernos* unos a otros en nuestras aspiraciones! –

¡Ay! ¡A mí mismo me ha picado la tarántula, mi vieja enemiga! ¡Divinamente segura y bella me ha picado en el dedo!

«Castigo tiene que haber, y justicia – así piensa ella: ¡no debe cantar él aquí de balde cánticos en honor de la enemistad!».

¡Sí, se ha vengado! Y ¡ay!, ¡ahora, con la venganza, producirá vértigo también a mi alma!

Mas para que yo *no* sufra vértigo, amigos míos, ¡atadme fuertemente aquí a esta columna![180] ¡Prefiero ser un santo estilita que remolino de la venganza!

En verdad, no es Zaratustra un viento que dé vueltas, ni un remolino; y si es un bailarín, ¡nunca será un bailarín picado por la tarántula![181] –

Así habló Zaratustra.

De los sabios famosos

Al pueblo habéis servido, y a la superstición del pueblo, todos vosotros, sabios famosos – ¡y *no* a la verdad! Y precisamente por esto se os tributaba veneración.

Y también por esto se soportaba vuestra incredulidad, ya que ésta era un ardid y un camino indirecto para llegar al pueblo. Así deja el señor plena libertad a sus esclavos y se divierte además con la petulancia de éstos.

Mas quien al pueblo le resulta odioso, como se lo resulta un lobo a los perros: ése es el espíritu libre, el enemigo de las cadenas, el que no adora, el que habita en los bosques.

Arrojarlo de su cobijo – eso es lo que ha significado siempre para el pueblo el «sentido de lo justo»: contra él continúa azuzando a sus perros de más afilados dientes.

«Pues la verdad está aquí: ¡ya que aquí está el pueblo! ¡Ay, ay de los que buscan!» – así se viene diciendo desde siempre.

A vuestro pueblo queríais darle razón en su veneración: ¡a eso lo llamasteis «voluntad de verdad» vosotros, sabios famosos!

Y vuestro corazón se decía siempre a sí mismo: «del pueblo he venido: de allí me ha venido también la voz de Dios»[182].

Duros de cerviz y prudentes, como el asno, habéis sido siempre vosotros en cuanto abogados del pueblo.

Y más de un poderoso que quería marchar bien con el pueblo enganchó delante de sus corceles – un asnillo, un sabio famoso.

¡Y ahora yo quisiera, sabios famosos, que por fin arrojaseis totalmente de vosotros la piel de león!

¡La piel del animal de presa, de manchas multicolores, y las melenas del que investiga, busca, conquista!

¡Ay, para que yo aprendiera a creer en vuestra «veracidad» tendríais primero que hacer pedazos vuestra voluntad veneradora!

Veraz – así llamo yo a quien se marcha a desiertos sin dioses y ha hecho pedazos su corazón venerador.

En medio de la arena amarilla, y quemado por el sol, ciertamente mira a hurtadillas, sediento, hacia los oasis abundantes en fuentes, en donde seres vivos reposan bajo oscuros árboles.

Pero su sed no le persuade a hacerse igual a aquellos comodones: pues donde hay oasis, allí hay también imágenes de ídolos.

Hambrienta, violenta, solitaria, sin dios: así es como se quiere a sí misma la voluntad leonina.

Emancipada de la felicidad de los siervos, redimida de dioses y adoraciones, impávida y pavorosa, grande y solitaria: así es la voluntad del veraz.

En el desierto han habitado desde siempre los veraces, los espíritus libres, como señores del desierto; pero en las ciudades habitan los bien alimentados y famosos sabios, – los animales de tiro.

Siempre, en efecto, tiran ellos, como asnos, – ¡del carro del *pueblo*!

No es que yo me enfade por esto con ellos: mas para mí siguen siendo servidores, y uncidos, aunque brillen con arreos de oro.

Y a menudo han sido servidores buenos y dignos de alabanza. Pues así habla la virtud: «¡Si tienes que ser servidor, busca a aquel a quien más aprovechen tus servicios!

El espíritu y la virtud de tu señor deben crecer por el hecho de ser tú su servidor: ¡así creces tú mismo junto con el espíritu y con la virtud de aquél!».

Y en verdad, ¡vosotros sabios famosos, vosotros servidores del pueblo! Vosotros mismos habéis crecido junto con el espíritu y con la virtud del pueblo – ¡y el pueblo mediante vosotros! ¡En vuestro honor digo yo esto!

Mas pueblo seguís siendo vosotros para mí, incluso en vuestras virtudes, pueblo de ojos miopes, – ¡pueblo que no sabe qué es *espíritu*!

Espíritu es la vida que se saja a sí misma en vivo[183]: con el propio tormento aumenta su propio saber – ¿sabíais ya esto?

Y la felicidad del espíritu es ésta: ser ungido y ser consagrado con lágrimas para víctima del sacrificio – ¿sabíais ya esto?

Y la ceguera del ciego y su buscar y tantear deben seguir dando testimonio del poder del sol al que miró – ¿sabíais ya esto?

¡Y el hombre que conoce debe aprender a *edificar* con montañas! Es poco que el espíritu traslade montañas[184] – ¿sabíais ya esto?

Vosotros conocéis sólo chispas del espíritu: ¡pero no veis el yunque que él es, ni la crueldad de su martillo!

¡En verdad, no conocéis el orgullo del espíritu! ¡Pero aún menos soportaríais la modestia del espíritu, si alguna vez ella quisiera hablar!

Y nunca todavía os ha sido lícito arrojar vuestro espíritu a una fosa de nieve; ¡no sois bastante ardientes para ello! Por esto tampoco conocéis los éxtasis de su frialdad.

Para mí vosotros os tomáis en todo demasiadas confianzas con el espíritu; y de la sabiduría hacéis con frecuencia un asilo y un hospital para malos poetas.

No sois águilas: por ello no habéis experimentado tampoco la felicidad que hay en el terror del espíritu. Y quien no es pájaro no debe hacer su nido sobre abismos.

Me resultáis tibios[185]: pero fría es la corriente de todo conocimiento profundo. Gélidos son los pozos más íntimos del espíritu: un alivio para manos y trabajadores ardientes.

Respetables estáis ahí para mí, y tiesos, y con la espalda derecha, ¡vosotros, sabios famosos! – a vosotros no os empujan un viento y una voluntad poderosos.

¿No habéis visto jamás una vela caminar sobre el mar, redondeada e hinchada y temblorosa por el ímpetu del viento?

Igual que la vela, temblorosa por el ímpetu del espíritu, camina mi sabiduría sobre el mar – ¡mi sabiduría salvaje!

Pero vosotros servidores del pueblo, vosotros sabios famosos, – ¡cómo *podríais* vosotros marchar junto a mí! –

Así habló Zaratustra.

La canción de la noche[186]

Es de noche: ahora hablan más fuerte todos los surtidores. Y también mi alma es un surtidor[187].

Es de noche: sólo ahora se despiertan todas las canciones de los amantes. Y también mi alma es la canción de un amante.

En mí hay algo insaciado, insaciable, que quiere hablar. En mí hay un ansia de amor, que habla asimismo el lenguaje del amor.

Luz soy yo: ¡ay, si fuera noche! Pero ésta es mi soledad, el estar circundado de luz.

¡Ay, si yo fuese oscuro y nocturno! ¡Cómo iba a sorber los pechos de la luz!

¡Y aun a vosotras iba a bendeciros, vosotras pequeñas estrellas centelleantes y gusanos relucientes allá arriba! – y a ser dichoso por vuestros regalos de luz.

Pero yo vivo dentro de mi propia luz, yo reabsorbo en mí todas las llamas que de mí salen.

No conozco la felicidad del que toma; y a menudo he soñado que robar tiene que ser aún más dichoso que tomar[188].

Ésta es mi pobreza, el que mi mano no descansa nunca de dar; ésta es mi envidia, el ver ojos expectantes y las despejadas noches del anhelo.

¡Oh desventura de todos los que regalan! ¡Oh eclipse de mi sol! ¡Oh ansia de ansiar! ¡Oh hambre ardiente en la saciedad!

Ellos toman de mí: ¿pero toco yo siquiera su alma? Un abismo hay entre tomar y dar; el abismo más pequeño es el más difícil de salvar[189].

Un hambre brota de mi belleza: daño quisiera causar a quienes ilumino, saquear quisiera a quienes colmo de regalos: – tanta es mi hambre de maldad.

Retirar la mano cuando ya otra mano se extiende hacia ella; semejante a la cascada, que sigue vacilando en su caída: – tanta es mi hambre de maldad.

Tal venganza se imagina mi plenitud; tal perfidia mana de mi soledad.

¡Mi felicidad en regalar ha muerto a fuerza de regalar, mi virtud se ha cansado de sí misma por su sobreabundancia!

Quien siempre regala corre peligro de perder el pudor; a quien siempre distribuye fórmansele, a fuerza de distribuir, callos en las manos y en el corazón.

Mis ojos no se llenan ya de lágrimas ante la vergüenza de los que piden; mi mano se ha vuelto demasiado dura para el temblar de manos llenas.

¿Adonde se fueron la lágrima de mi ojo y el plumón de mi corazón? ¡Oh soledad de todos los que regalan! ¡Oh taciturnidad de todos los que brillan!

Muchos soles giran en el espacio desierto: a todo lo que es oscuro háblanle con su luz, – para mí callan.

Oh, ésta es la enemistad de la luz contra lo que brilla, el recorrer despiadada sus órbitas.

Injusto en lo más hondo de su corazón contra lo que brilla: frío para con los soles, – así camina cada sol.

Semejantes a una tempestad recorren los soles sus órbitas, ése es su caminar. Siguen su voluntad inexorable, ésa es su frialdad.

¡Oh, sólo vosotros los oscuros, los nocturnos, sacáis calor de lo que brilla! ¡Oh, sólo vosotros bebéis leche y consuelo de las ubres de la luz!

¡Ay, hielo hay a mi alrededor, mi mano se abrasa al tocar lo helado![190] ¡Ay, en mí hay sed, que desfallece por vuestra sed!

Es de noche: ¡ay, que yo tenga que ser luz! ¡Y sed de lo nocturno! ¡Y soledad!

Es de noche: ahora, cual una fuente, brota de mí mi deseo, – hablar es lo que deseo.

Es de noche: ahora hablan más fuerte todos los surtidores. Y también mi alma es un surtidor.

Es de noche: ahora se despiertan todas las canciones de los amantes. Y también mi alma es la canción de un amante. –

Así cantó Zaratustra.

La canción del baile

Un atardecer caminaba Zaratustra con sus discípulos por el bosque; y estando buscando una fuente he aquí que llegó a un verde prado a quien árboles y malezas silenciosamente rodeaban: en él bailaban, unas con otras, unas muchachas. Tan pronto como las muchachas reconocieron a Zaratustra dejaron de bailar; mas Zaratustra se acercó a ellas con gesto amistoso y dijo estas palabras:

«¡No dejéis de bailar, encantadoras muchachas! No ha llegado a vosotras, con mirada malvada, ningún aguafiestas, ningún enemigo de muchachas.

Abogado de Dios soy yo ante el diablo: mas éste es el espíritu de la pesadez. ¿Cómo habría yo de ser, oh ligeras, hostil a bailes divinos? ¿O a pies de muchacha de hermosos tobillos?

Sin duda soy yo un bosque y una noche de árboles oscuros: sin embargo, quien no tenga miedo de mi oscuridad encontrará también taludes de rosas debajo de mis cipreses.

Y asimismo encontrará ciertamente al pequeño dios que más querido les es a las muchachas: junto al pozo está tendido, quieto, con los ojos cerrados.

¡En verdad, se me quedó dormido en pleno día, el haragán! ¿Es que acaso corrió demasiado tras las mariposas?

¡No os enfadéis conmigo, bellas bailarinas, si castigo un poco al pequeño dios! Gritará ciertamente y llorará, – ¡mas a risa mueve él incluso cuando llora!

Y con lágrimas en los ojos debe pediros un baile; y yo mismo quiero cantar una canción para su baile:

Una canción de baile y de mofa contra el espíritu de la pesadez, mi supremo y más poderoso diablo, del que ellos dicen que es “el señor de este mundo”»[191]. –

Y ésta es la canción que Zaratustra cantó mientras Cupido y las muchachas bailaban juntos:

En tus ojos he mirado hace un momento, ¡oh vida![192] Y en lo insondable me pareció hundirme.

Pero tú me sacaste fuera con un anzuelo de oro; burlonamente te reiste cuando te llamé insondable.

«Ése es el lenguaje de todos los peces, dijiste; lo que *ellos* no pueden sondar, es insondable.

Pero yo soy tan sólo mudable, y salvaje, y una mujer en todo, y no virtuosa:

Aunque para vosotros los varones me llame “la profunda”, o “la fiel”, “la eterna”, “la llena de misterio”.

Vosotros los varones, sin embargo, me otorgáis siempre como regalo vuestras propias virtudes – ¡ay, vosotros virtuosos!».

Así reía la increíble; mas yo nunca la creo, ni a ella ni a su risa, cuando habla mal de sí misma.

Y cuando hablé a solas con mi sabiduría salvaje, me dijo encolerizada: «Tú quieres, tú deseas, tú amas, ¡sólo por eso *alabas* tú la vida!».

A punto estuve de contestarle mal y de decirle la verdad a la encolerizada; y no se puede contestar peor que «diciendo la verdad» a nuestra propia sabiduría.

Así están, en efecto, las cosas entre nosotros tres. A fondo yo no amo más que a la vida – ¡y, en verdad, sobre todo cuando la odio!

Y el que yo sea bueno con la sabiduría, y a menudo demasiado bueno: ¡esto se debe a que ella me recuerda totalmente a la vida!

Tiene los ojos de ella, su risa, e incluso su áurea caña de pescar: ¿qué puedo yo hacer si las dos se asemejan tanto?

Y una vez, cuando la vida me preguntó: ¿Quién es, pues, ésa, la sabiduría? – yo me apresuré a responder: «¡Ah sí!, ¡la sabiduría!

Tenemos sed de ella y no nos saciamos, la miramos a través de velos, la intentamos apresar con redes.

¿Es hermosa? ¡Qué sé yo! Pero hasta las carpas más viejas continúan picando en su cebo. Mudable y terca es; a menudo la he visto morderse los labios y peinarse a contrapelo.

Acaso es malvada y falsa, y una mujer en todo; pero cabalmente cuando habla mal de sí es cuando más seduce».

Cuando dije esto a la vida ella rió malignamente y cerró los ojos. «¿De quién estás hablando?, dijo, ¿sin duda de mí?

Y aunque tuvieras razón, – ¡decirme *eso* así a la cara! Pero ahora habla también de tu sabiduría».

¡Ay, y entonces volviste a abrir tus ojos, oh vida amada! Y en lo insondable me pareció hundirme allí de nuevo. –

Así cantó Zaratustra. Mas cuando el baile acabó y las muchachas se hubieron ido de allí sintiose triste.

«Hace ya mucho que se puso el sol, dijo por fin; el prado está húmedo, de los bosques llega frío.

Algo desconocido está a mi alrededor y mira pensativo. ¡Cómo! ¿Tú vives todavía, Zaratustra?

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué? ¿Hacia dónde? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es tontería vivir todavía? –

Ay, amigos míos, el atardecer es quien así pregunta desde mí. ¡Perdonadme mi tristeza!

El atardecer ha llegado: ¡perdonadme que el atardecer haya llegado!».

Así habló Zaratustra.

La canción de los sepulcros[193]

«Allí está la isla de los sepulcros, la silenciosa; allí están también los sepulcros de mi juventud. A ella quiero llevar una corona siempre verde de vida».

Con este propósito en el corazón atravesé el mar. –

¡Oh vosotras, visiones y apariciones de mi juventud! ¡Oh vosotras, miradas todas del amor, vosotros instantes divinos! ¡Qué aprisa habéis muerto para mí! Me acuerdo de vosotros hoy como de mis muertos.

De vosotros, muertos queridísimos, llega hasta mí un dulce aroma que desata el corazón y las lágrimas. En verdad, ese aroma conmueve y alivia el corazón al navegante solitario.

Aún continúo siendo el más rico y el más digno de envidia – ¡yo el más solitario! Pues yo os *tuve* a vosotros, y vosotros me tuvisteis a mí: decid, ¿a quién le cayeron del árbol, como a mí, tales manzanas de rosa?[194]

Aún continúo siendo heredero de vuestro amor, y tierra que en recuerdo vuestro florece con multicolores virtudes silvestres, ¡oh vosotros amadísimos!

Ay, estábamos hechos para permanecer próximos unos a otros, oh propicios y extraños prodigios; y vinisteis a mí y a mi deseo no como tímidos pájaros – ¡no, sino como confiados al confiado!

Sí, hechos para la fidelidad, como yo, y para delicadas eternidades: y ahora tengo que denominaros por vuestra infidelidad, oh miradas e instantes divinos: ningún otro nombre he aprendido todavía.

En verdad, demasiado aprisa habéis muerto para mí, vosotros fugitivos. Pero no huisteis de mí, tampoco yo huí de vosotros: inocentes somos unos para otros en nuestra infidelidad.

¡Para matarme a *mí* os estrangularon a vosotros, pájaros cantores de mis esperanzas! Sí, contra vosotros, queridísimos, disparó la maldad siempre sus flechas – ¡para dar en mi corazón!

¡Y acertó! Porque vosotros erais lo más querido a mi corazón, mi posesión y mi ser-poseído: ¡*por eso* tuvisteis que morir jóvenes y demasiado pronto!

Contra lo más vulnerable que yo poseía dispararon ellos la flecha: ¡lo erais vosotros, cuya piel es semejante a una suave pelusa, y, más todavía, a la sonrisa que fenece a causa de una mirada!

Pero estas palabras quiero decir a mis enemigos: ¡qué son todos los homicidios al lado de lo que me habéis hecho!

Algo peor me habéis hecho que todos los homicidios; algo irrecuperable me habéis quitado: – ¡así os hablo a vosotros, enemigos míos!

¡Pues habéis asesinado las visiones y los amadísimos prodigios de mi juventud! ¡Me habéis quitado mis compañeros de juego, los espíritus bienaventurados! En recuerdo suyo deposito esta corona y esta maldición.

¡Esta maldición contra vosotros, enemigos míos! ¡Pues acortasteis mi eternidad, así como un sonido se quiebra en noche fría! Casi tan sólo como un relampagueo de ojos divinos llegó hasta mí, – ¡como un instante!

Así dijo una vez en hora favorable mi pureza: «Divinos deben ser para mí todos los seres».

Entonces caísteis sobre mí con sucios fantasmas, ¡ay, adonde huyó aquella hora favorable!

«Todos los días deben ser santos para mí» – así habló en otro tiempo la sabiduría de mi juventud[195]: ¡en verdad, palabras de una sabiduría gaya!

Pero entonces vosotros los enemigos me robasteis mis noches y las vendisteis a un tormento insomne: ay, ¿adonde huyó aquella sabiduría gaya?

En otro tiempo yo estaba ansioso de auspicios felices: entonces hicisteis que se me cruzase en el camino un búho monstruoso, repugnante. Ay, ¿adonde huyó entonces mi tierna ansia?

A toda náusea prometí yo en otro tiempo renunciar: entonces transformasteis a mis allegados y prójimos en llagas purulentas. Ay, ¿adonde huyó entonces mi más noble promesa?

Como un ciego recorrí en otro tiempo caminos bienaventurados: entonces arrojasteis inmundicias al camino del ciego: y él sintió náuseas del viejo sendero de ciegos.

Y cuando realicé mi empresa más difícil y celebraba la victoria de mis superaciones: entonces hicisteis gritar a quienes me amaban que yo era quien más daño les hacía.

En verdad, ése fue siempre vuestro obrar: transformasteis en hiel mi mejor miel y la laboriosidad de mis mejores abejas.

A mi benevolencia enviasteis siempre los mendigos más insolentes; en torno a mi compasión amontonasteis siempre a aquéllos cuya desvergüenza no tenía curación. Así heristeis a mi virtud en su fe.

Y si yo llevaba al sacrificio lo más santo de mí: al instante vuestra «piedad» añadía sus dones más grasientos: de tal manera que en el vaho de vuestra grasa quedaba sofocado hasta lo más santo de mí.

Y en otro tiempo quise bailar como jamás había bailado yo hasta entonces: más allá de todos los cielos quise bailar. Entonces persuadisteis a mi cantor más amado.

Y éste entonó una horrenda y pesada melodía; ¡ay, la tocó a mis oídos como un tétrico cuerno!

¡Cantor asesino, instrumento de la maldad, inocentísimo! Ya estaba yo dispuesto para el mejor baile: ¡entonces asesinaste con tus sones mi éxtasis!

Sólo en el baile sé yo decir el símbolo de las cosas supremas: – ¡y ahora mi símbolo supremo se me ha quedado inexpreso en mis miembros!

¡Inexpresa y no liberada quedó en mí la suprema esperanza! ¡Y se me murieron todas las visiones y consuelos de mi juventud!

¿Cómo soporté aquello? ¿Cómo vencí y superé tales heridas?[196] ¿Cómo volvió mi alma a resurgir de esos sepulcros?

Sí, algo invulnerable, insepultable hay en mí, algo que hace saltar las rocas: se llama *mi voluntad*. Silenciosa e incambiada avanza a través de los años.

Su camino quiere recorrerlo con mis pies mi vieja voluntad; duro de corazón e invulnerable es para ella el sentido.

Invulnerable soy únicamente en mi talón[197]. ¡Todavía sigues viviendo ahí y eres idéntica a ti misma, pacientísima! ¡Siempre conseguiste atravesar todos los sepulcros!

En ti vive todavía lo irredento de mi juventud; y como vida y juventud estás tú ahí sentada, llena de esperanzas, sobre amarillas ruinas de sepulcros.

Sí, todavía eres tú para mí la que reduce a escombros todos los sepulcros: ¡salud a ti, voluntad mía! Y sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones. –

Así cantó Zaratustra.

De la superación de sí mismo[198]

¿«Voluntad de verdad» llamáis vosotros, sapientísimos, a lo que os impulsa y os pone ardorosos?

Voluntad de volver pensable todo lo que existe: ¡así llamo yo a vuestra voluntad!

Ante todo queréis *hacer* pensable todo lo que existe: pues dudáis, con justificada desconfianza, de que sea pensable.

¡Pero debe amoldarse y plegarse a vosotros! Así lo quiere vuestra voluntad. Debe volverse liso y someterse al espíritu, como su espejo y su imagen reflejada.

Ésa es toda vuestra voluntad, sapientísimos, una voluntad de poder; y ello aunque habléis del bien y del mal y de las valoraciones.

Queréis crear el mundo ante el que podáis arrodillaros: ésa es vuestra última esperanza y vuestra última ebriedad.

Los no sabios, ciertamente, el pueblo, – son como el río sobre el que avanza flotando una barca[199]: y en la barca se asientan solemnes y embozadas las valoraciones.

Vuestra voluntad y vuestros valores los habéis colocado sobre el río del devenir; lo que es creído por el pueblo como bueno y como malvado me revela a mí una vieja voluntad de poder.

Habéis sido vosotros, sapientísimos, quienes habéis colocado en esa barca a tales pasajeros y quienes les habéis dado pompa y orgullosos nombres, – ¡vosotros y vuestra voluntad dominadora!

Ahora el río lleva vuestra barca: *tiene que* llevarla. ¡Poco importa que la ola rota eche espuma y que colérica se oponga a la quilla!

No es el río vuestro peligro y el final de vuestro bien y vuestro mal, sapientísimos: sino aquella voluntad misma, la voluntad de poder, – la inexhausta y fecunda voluntad de vida.

Mas para que vosotros entendáis mi palabra acerca del bien y del mal[200]: voy a deciros todavía mi palabra acerca de la vida y acerca de la índole de todo lo viviente.

Yo he seguido las huellas de lo vivo, he recorrido los caminos más grandes y los más pequeños, para conocer su índole.

Con centuplicado espejo he captado su mirada cuando tenía cerrada la boca: para que fuesen sus ojos los que me hablasen. Y sus ojos me han hablado.

Pero en todo lugar en que encontré seres vivientes oí hablar también de obediencia. Todo ser viviente es un ser obediente.

Y esto es lo segundo: Se le dan órdenes al que no sabe obedecerse a sí mismo. Así es la índole de los vivientes.

Pero esto es lo tercero que oí: que mandar es más difícil que obedecer. Y no sólo porque el que manda lleva el peso de todos los que obedecen, y ese peso fácilmente lo aplasta: –

Un ensayo y un riesgo advertí en todo mandar; y siempre que el ser vivo manda se arriesga a sí mismo al hacerlo.

Aún más, también cuando se manda a sí mismo tiene que expiar su mandar. Tiene que ser juez y vengador y víctima de su propia ley.

¡Cómo ocurre esto!, me preguntaba. ¿Qué es lo que persuade a lo viviente a obedecer y a mandar y a ejercer obediencia incluso cuando manda?

¡Escuchad, pues, mi palabra, sapientísimos! ¡Examinad seriamente si yo me he deslizado hasta el corazón de la vida y hasta las raíces de su corazón!

En todos los lugares donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder; e incluso en la voluntad del que sirve encontré voluntad de ser señor.

A servir al más fuerte, a eso persuádele al más débil su voluntad, la cual quiere ser dueña de lo que es más débil todavía: a ése solo placer no le gusta renunciar.

Y así como lo más pequeño se entrega a lo más grande, para disfrutar de placer y poder sobre lo mínimo: así también lo máximo se entrega y por amor al poder – expone la vida.

Ésta es la entrega de lo máximo, el ser riesgo y peligro y un juego de dados con la muerte.

Y donde hay inmolación y servicios y miradas de amor: allí hay también voluntad de ser señor. Por caminos tortuosos se desliza lo más débil hasta el castillo y hasta el corazón del más poderoso – y le roba poder.

Y este misterio me ha confiado la vida misma. «Mira, dijo, yo soy *lo que tiene que superarse siempre a sí mismo*.

En verdad, vosotros llamáis a esto voluntad de engendrar o instinto de finalidad, de algo más alto, más lejano, más vario: pero todo eso es una *única* cosa y un *único* misterio.

Prefiero hundirme en mi ocaso antes que renunciar a esa *única* cosa; y, en verdad, donde hay ocaso y caer de hojas, mira, allí la vida se inmola a sí misma – ¡por el poder!

Pues yo tengo que ser lucha y devenir y finalidad y contradicción de las finalidades: ¡ay, quien adivina mi voluntad, ése adivina sin duda también por qué caminos *torcidos tiene él que* caminar!

Sea cual sea lo que yo crea, y el modo como lo ame, – pronto tengo que ser adversario de ello y de mi amor: así lo quiere mi voluntad.

Y también tú, hombre del conocimiento, eras tan sólo un sendero y una huella de mi voluntad: ¡en verdad, mi voluntad de poder camina también con los pies de tu voluntad de verdad!

No ha dado ciertamente en el blanco de la verdad quien disparó hacia ella la frase de la "voluntad de existir"[201]: ¡esa voluntad – no existe!

Pues: lo que no es, eso no puede querer; mas lo que está en la existencia, ¡cómo podría seguir queriendo la existencia!

Sólo donde hay vida hay también voluntad: pero no voluntad de vida, sino –así te

lo enseño yo– ¡voluntad de poder!

Muchas cosas tiene el viviente en más alto aprecio que la vida misma; pero en el apreciar mismo habla – ¡la voluntad de poder!». –

Esto fue lo que en otro tiempo me enseñó la vida: y con ello os resuelvo yo, sapientísimos, incluso el enigma de vuestro corazón.

En verdad, yo os digo: ¡Un bien y un mal que sean imperecederos – no existen! Por sí mismos deben una y otra vez superarse a sí mismos.

Con vuestros valores y vuestras palabras del bien y del mal ejercéis violencia, valoradores: y ése es vuestro oculto amor, y el brillo, el temblor y el desbordamiento de vuestra propia alma.

Pero una violencia más fuerte surge de vuestros valores, y una nueva superación: al chocar con ella se rompen el huevo y la cáscara.

Y quien tiene que ser un creador en el bien y en el mal[202]: en verdad, ése tiene que ser antes un aniquilador y quebrantar valores.

Por eso el mal sumo forma parte de la bondad suma: mas ésta es la bondad creadora. –

Hablemos de esto, sapientísimos, aunque sea desagradable. Callar es peor; todas las verdades silenciadas se vuelven venenosas.

¡Y que caiga hecho pedazos todo lo que en nuestras verdades – pueda caer hecho pedazos! ¡Hay muchas casas que construir todavía!

Así habló Zaratustra.

De los sublimes

Silencioso es el fondo de mi mar: ¡quién adivinaría que esconde monstruos juguetones!

Imperturbable es mi profundidad: mas resplandece de enigmas y risas flotantes.

Hoy he visto un sublime, un solemne, un penitente del espíritu[203]: ¡oh, cómo se rió mi alma de su fealdad!

Con el pecho levantado, y semejante a quienes están aspirando aire: así estaba él, el sublime, y callaba:

Guarnecido de feas verdades, su botín de caza, y con muchos vestidos desgarrados; también pendían de él muchas espinas – pero no vi ninguna rosa.

Aún no había aprendido la risa ni la belleza. Sombrío volvía este cazador del bosque del conocimiento.

De luchar con animales salvajes volvía a casa: mas desde su seriedad continúa mirando un animal salvaje – ¡un animal no vencido aún!

Ahí continúa estando, como un tigre que quiere saltar; pero a mí no me agradan esas almas tensas, a mi gusto le repugnan todos esos contraídos.

¿Y vosotros me decís, amigos, que no se ha de disputar sobre el gusto y el sabor? ¡Pero toda vida es una disputa por el gusto y por el sabor![204]

Gusto: es el peso y, a la vez, la balanza y el que pesa; ¡y ay de todo ser vivo que quisiera vivir sin disputar por el peso y por la balanza y por los que pesan!

Si este sublime se fatigase de su sublimidad: entonces comenzaría su belleza, – sólo entonces quiero yo gustarlo y encontrarlo sabroso.

Y sólo cuando se aparte de sí mismo saltará por encima de su propia sombra – y, ¡en verdad!, penetrará en *su* sol.

Demasiado tiempo ha estado sentado en la sombra, pálidas se le han puesto las mejillas al penitente del espíritu; casi murió de hambre a causa de sus esperas.

Desprecio hay todavía en sus ojos; y náusea se esconde en su boca[205]. Ahora reposa, ciertamente, pero su reposo no se ha tendido todavía al sol.

Debería hacer como el toro; y su felicidad debería oler a tierra y no a desprecio de la tierra.

Como un toro blanco quisiera yo verlo, resoplando y mugiendo mientras marcha delante del arado: ¡y su mugido debería alabar además todo lo terreno!

Oscuro es todavía su rostro; la sombra de la mano juega sobre él. Ensombrecido está todavía el sentido de sus ojos.

Su acción misma es todavía la sombra sobre él: la mano oscurece al que actúa. Aún no ha superado su acción.

Es verdad que yo amo en él la nuca de toro: mas ahora quiero ver también incluso los ojos de ángel.

También su voluntad de héroe tiene todavía que olvidarla: un elevado debe ser él

para mí, y no sólo un sublime: – ¡el éter mismo debería elevarlo a él, el falto de voluntad!

Él ha domeñado monstruos, ha resuelto enigmas: pero aún debería redimir a sus propios monstruos y enigmas, en hijos celestes debería aún transformarlos.

Su conocimiento no ha aprendido todavía a sonreír y a no tener celos; aún no se ha vuelto tranquila en la belleza su caudalosa pasión.

En verdad, no en la saciedad debería callar y sumergirse su ansia, ¡sino en la belleza! El encanto forma parte de la magnanimidad de los magnánimos.

Con el brazo apoyado sobre la cabeza: así debería reposar el héroe, así debería superar incluso su reposo.

Pero cabalmente al héroe lo *bello* le resulta la más difícil de todas las cosas. Inconquistable es lo bello para toda voluntad violenta.

Un poco más, un poco menos: justo eso es aquí mucho, es aquí lo más.

Estar en pie con los músculos relajados y con la voluntad desuncida: ¡eso es lo más difícil para todos vosotros, los sublimes!

Cuando el poder se vuelve clemente y desciende hasta lo visible: belleza llamo yo a tal descender.

Y de nadie quiero yo belleza tanto como precisamente de ti, violento: sea tu bondad tu última superación de ti mismo.

De todo mal te creo capaz: por ello quiero yo de ti el bien.

¡En verdad, a menudo me he reído de los debiluchos que se creen buenos porque tienen zarpas tullidas!

A la virtud de la columna debes aspirar: más bella y más delicada se va tornando, pero en lo interior más dura y más robusta, cuanto más asciende.

Sí, sublime, alguna vez también tú debes ser bello y presentar el espejo a tu propia belleza.

Entonces tu alma se estremecerá de ardientes deseos divinos; ¡y habrá adoración incluso en tu vanidad!

Éste es, en efecto, el misterio del alma: sólo cuando el héroe la ha abandonado acércase a ella, en sueños, – el super-héroe.

Así habló Zaratustra.

Del país de la cultura[206]

Demasiado me había adentrado yo volando en el futuro: un estremecimiento de horror se apoderó de mí.

Y cuando miré a mi alrededor, he aquí que el tiempo era mi único contemporáneo.

Entonces huí hacia atrás, hacia el hogar – y cada vez más aprisa: así llegué a vosotros, hombres del presente, y al país de la cultura.

Por vez primera llevaba yo conmigo unos ojos para veros, y buenos deseos: en verdad, con anhelo en el corazón llegué.

Mas ¿qué me ocurrió? A pesar de mi angustia – ¡tuve que echarme a reír! ¡Nunca habían visto mis ojos algo tan abigarrado!

Yo reía y reía mientras el pie aún me temblaba, así como el corazón: «¡Ésta es sin duda la patria de todos los tarros de colores!» – dije.

Con cincuenta chafarrinones teníais pintados el rostro y los miembros: ¡así estabais sentados, para mi asombro, hombres del presente!

¡Y con cincuenta espejos a vuestro alrededor, que halagaban el juego de vuestros colores y lo reproducían!

¡En verdad, no podríais llevar mejor máscara, hombres del presente, que vuestro propio rostro! ¡Quién podría – *reconoceros*!

Emborronados con los signos del pasado, los cuales estaban a su vez embadurnados con otros signos: ¡así os habéis escondido bien de todos los intérpretes de signos!

Y aun cuando se sea un escrutador de riñones[207]: ¡quién creerá que vosotros tenéis riñones! De colores parecéis estar amasados, y de papeles encolados.

Todas las épocas y todos los pueblos miran abigarradamente desde vuestros velos; todas las costumbres y todas las creencias hablan abigarradamente desde vuestros gestos[208].

Quien os quitase velos y aderezos y colores y gestos: todavía tendría bastante para espantar a los pájaros con el resto.

En verdad, yo mismo soy el pájaro espantado que una vez os vio desnudos y sin colores; y me escapé volando de allí cuando el esqueleto me hizo señas amorosas.

¡Preferiría ser jornalero en el submundo y entre las sombras del pasado![209] – ¡más gruesos y rellenos que vosotros son ciertamente los habitantes del submundo!

¡Esto, sí, esto es amargura para mis intestinos, el no soportaros ni desnudos ni vestidos a vosotros, los hombres del presente!

Todas las cosas siniestras del futuro, y todas las que alguna vez espantaron a pájaros extraviados, más confortables son, en verdad, y más familiares que vuestra «realidad».

Pues habláis así: «Nosotros somos enteramente reales, y ajenos a la fe y a la superstición»: así hincháis el pecho – ¡ay, aunque ni siquiera tenéis pechos!

Sí, ¡cómo ibais a *poder* creer vosotros, gentes salpicadas de múltiples colores! – ¡si sois estampas de todo lo que alguna vez fue creído!

Refutaciones ambulantes sois de la fe misma, y una dislocación de todos los pensamientos. *Indignos de fe*: ¡así os llamo *yo* a vosotros, reales!

Todas las épocas han parloteado unas contra otras en vuestros espíritus; ¡y los sueños y parloteos de todas las épocas eran más reales incluso que vuestra vigilia!

Estériles sois: *por eso* os falta a vosotros la fe. Pero el que tuvo que crear, ése tuvo siempre también sus sueños proféticos y sus signos estelares – ¡y creía en la fe! –

Puertas entreabiertas sois vosotros, junto a las cuales aguardan sepultureros. Y ésta es *vuestra* realidad: «Todo es digno de perecer»[210].

¡Ay, cómo aparecéis ante mí, estériles, con qué costillas tan flacas! Y algunos de vosotros se han dado sin duda cuenta de ello.

Y dijeron: «¿Es que un dios nos ha sustraído secretamente algo mientras dormíamos? ¡En verdad, bastante para formarse con ello una mujercilla![211]

¡Asombrosa es la pobreza de nuestras costillas!», así han hablado ya algunos de los hombres del presente.

¡Sí, risa me causáis, hombres del presente! ¡Y especialmente cuando os asombráis de vosotros mismos!

¡Y ay de mí si no pudiera yo reírme de vuestro asombro y tuviera que tragarme todas las repugnantes cosas de vuestras escudillas!

Pero quiero tomaros a la ligera, pues yo tengo que llevar *cosas pesadas*; ¡y qué me importa el que escarabajos y gusanos voladores se posen sobre mi carga!

¡En verdad, no por ello me ha de pesar más! Y no de vosotros, hombres del presente, debe llegarme a mí la gran fatiga. –

¡Ay, adonde debo ascender yo todavía con mi anhelo! Desde todas las altas montañas busco con la vista el país de mis padres y de mis madres[212].

Pero no he encontrado hogar en ningún sitio: un nómada soy yo en todas las ciudades, y una despedida junto a todas las puertas.

Ajenos me son, y una burla, los hombres del presente, hacia quienes no hace mucho me empujaba el corazón; y desterrado estoy del país de mis padres y de mis madres.

Por ello amo yo ya tan sólo el *país de mis hijos*[213], el no descubierto, en el mar remoto: que lo busquen incesantemente ordeno yo a mis velas.

En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres: ¡y en todo futuro – *este* presente!

Así habló Zaratustra.

Del inmaculado conocimiento[214]

Cuando ayer salía la luna me pareció que iba a dar a luz un sol: tan abultada y grávida yacía en el horizonte.

Pero me mintió con su preñez; y antes creería yo en el hombre de la luna que en la mujer[215].

Ciertamente, poco hombre es también ese tímido noctámbulo. En verdad, con mala conciencia deambula sobre los tejados.

Pues es lascivo y celoso el monje que hay en la luna, lascivo de la tierra y de todas las alegrías de los amantes.

¡No, no me gusta ese gato sobre los tejados! ¡Me repugnan todos los que rondan furtivamente las ventanas entornadas!

Piadosa y silente camina sobre alfombras de estrellas: – mas no me gustan, en el varón, esos pies sigilosos, en los que ni siquiera una espuela mete ruido.

El paso de todo hombre honesto habla; pero el gato se escurre furtivo por el suelo. Mira, gatuna y deshonesta avanza la luna. –

¡Esta parábola os ofrezco a vosotros los sensibles hipócritas, a vosotros los hombres del «puro conocimiento»! ¡A vosotros *yo* os llamo – lascivos!

También vosotros amáis la tierra y las cosas terrenas: ¡os he adivinado bien! – pero vergüenza hay en vuestro amor, y mala conciencia, – ¡os parecéis a la luna!

A que despreciéis a la tierra ha persuadido alguien a vuestro espíritu, pero no a vuestras entrañas: ¡mas *éstas* son lo más fuerte en vosotros!

Y ahora vuestro espíritu se avergüenza de estar a merced de vuestras entrañas, y a causa de su propia vergüenza recorre caminos tortuosos y embusteros.

«Para mí sería lo más elevado —así se dice a sí mismo vuestro mendaz espíritu— mirar a la tierra sin codicia y sin tener la lengua colgando, como el perro:

¡Ser feliz en el contemplar, con una voluntad ya muerta, ajeno a la rapacidad y a la avaricia del egoísmo – frío y gris en todo el cuerpo, mas con ebrios ojos de luna!».

«Lo más querido sería para mí —así se seduce a sí mismo el seducido— amar la tierra tal como la ama la luna, y sólo con los ojos palpar su belleza.

Y el conocimiento *inmaculado* de todas las cosas sea para mí el no querer nada de las cosas: excepto el que me sea lícito yacer ante ellas como un espejo de cien ojos.»[216] –

¡Oh, sensibles hipócritas, lascivos! A vosotros os falta la inocencia en el deseo: ¡y por eso ahora calumniáis el desear!

¡En verdad, no como creadores, engendradores, gozosos de devenir amáis vosotros la tierra!

¿Dónde hay inocencia? Allí donde hay voluntad de engendrar. Y el que quiere crear por encima de sí mismo, ése tiene para mí la voluntad más pura.

¿Dónde hay belleza? Allí donde yo *tengo que querer* con toda mi voluntad; allí

donde yo quiero amar y hundirme en mi ocaso, para que la imagen no se quede sólo en imagen.

Amar y hundirse en su ocaso: estas cosas van juntas desde la eternidad. Voluntad de amor: esto es aceptar de buen grado incluso la muerte. ¡Esto es lo que yo os digo, cobardes!

¡Pero ahora vuestro castrado bizquear quiere llamarse «contemplación»! ¡Y lo que se deja palpar con ojos cobardes debe ser bautizado con el nombre de «bello»! ¡Oh, mancilladores de nombres nobles!

Mas ésta debe ser vuestra maldición, inmaculados, hombres del puro conocimiento, el que jamás daréis a luz: ¡y ello aunque yazcáis abultados y grávidos en el horizonte!

En verdad, vosotros os llenáis la boca con palabras nobles: ¿y nosotros debemos creer que el corazón os rebosa, embusteros?[217]

Pero *mis* palabras son palabras pequeñas, despreciadas, torcidas: me gusta recoger lo que en vuestros banquetes cae debajo de la mesa[218].

¡Con ellas puedo siempre todavía – decir la verdad a los hipócritas! ¡Sí, mis espinas de pescado, mis conchas y mis cardos deben – cosquillear las narices a los hipócritas!

Aire viciado hay siempre en torno a vosotros y a vuestros banquetes: ¡vuestros lascivos pensamientos, vuestras mentiras y disimulos están, en efecto, en el aire!

¡Osad primero creeros a vosotros mismos – a vosotros y a vuestras entrañas! El que no se cree a sí mismo miente siempre.

Una máscara de un dios habéis colgado delante de vosotros mismos, «puros»: en una máscara de un dios se ha introducido, arrastrándose, vuestra asquerosa lombriz.

¡En verdad, vosotros engañáis, «contemplativos»! También Zaratustra fue en otro tiempo el chiflado de vuestras pieles divinas; no adivinó las enroscadas serpientes de que estaban llenas esas pieles.

¡En otro tiempo me imaginé ver jugar el alma de un dios en vuestros juegos, hombres del puro conocimiento! ¡En otro tiempo me imaginé que no había mejor arte que vuestras artes!

La distancia me ocultaba la inmundicia de serpientes y su mal olor: y que aquí rondaba, lasciva, la astucia de un lagarto.

Pero me *aproximé* a vosotros: entonces llegó a mí el día – y ahora él viene a vosotros, – ¡se acabaron los amores con la luna!

¡Mirad! ¡Atrapada y pálida se encuentra ahí la luna – ante la aurora!

¡Pues ya llega ella, la incandescente, – llega su amor a la tierra! ¡Inocencia y deseo propio de creador es todo amor solar!

¡Mirad cómo se eleva impaciente sobre el mar! ¿No sentís la sed y la ardiente respiración de su amor?

Del mar quiere sorber, y beber su profundidad llevándosela a lo alto: entonces el deseo del mar se eleva con mil pechos.

Besado y sorbido *quiere* ser éste por la sed del sol; ¡en luz *quiere* convertirse, y en altura y en huella de luz, y en luz misma!

En verdad, igual que el sol amo yo la vida y todos los mares profundos.

Y esto significa *para mí* conocimiento: todo lo profundo debe ser elevado – ¡hasta mi altura!

Así habló Zaratustra.

De los doctos

Mientras yo yacía dormido en el suelo vino una oveja a pacer de la corona de hiedra de mi cabeza, – pació y dijo: «Zaratustra ha dejado de ser un docto».

Así dijo, y se marchó hinchada y orgullosa[219]. Me lo ha contado un niño.

Me gusta estar echado aquí donde los niños juegan, junto al muro agrietado, entre cardos y rojas amapolas.

Todavía soy un docto para los niños, y también para los cardos y las rojas amapolas. Son inocentes, incluso en su maldad.

Mas para las ovejas he dejado de serlo: así lo quiere mi destino – ¡bendito sea!

Pues ésta es la verdad: he salido de la casa de los doctos: y además he dado un portazo a mis espaldas.

Durante demasiado tiempo mi alma estuvo sentada hambrienta a su mesa; yo no estoy adiestrado al conocer como ellos, que lo consideran un cascar nueces.

Amo la libertad, y el aire sobre la tierra fresca; prefiero dormir sobre pieles de buey que sobre sus dignidades y respetabilidades.

Yo soy demasiado ardiente y estoy demasiado quemado por pensamientos propios: a menudo me quedo sin aliento. Entonces tengo que salir al aire libre y alejarme de los cuartos llenos de polvo.

Pero ellos están sentados, fríos, en la fría sombra: en todo quieren ser únicamente espectadores, y se guardan de sentarse allí donde el sol abrasa los escalones.

Semejantes a quienes se paran en la calle y miran boquiabiertos a la gente que pasa: así aguardan también ellos y miran boquiabiertos a los pensamientos que otros han pensado.

Si se los toca con las manos, levantan, sin quererlo, polvo a su alrededor, como si fueran sacos de harina; ¿pero quién adivinaría que su polvo procede del grano y de la amarilla delicia de los campos de estío?

Cuando se las dan de sabios, sus pequeñas sentencias y verdades me hacen tiritar de frío: en su sabiduría hay a menudo un olor como si procediese de la ciénaga: y en verdad, ¡yo he oído croar en ella a la rana!

Son hábiles, tienen dedos expertos: ¡qué quiere *mi* sencillez en medio de su complicación! De hilar y de anudar y de tejer entienden sus dedos: ¡así hacen los calcetines del espíritu!

Son buenos relojes: ¡con tal de que se tenga cuidado de darles cuerda a tiempo! Entonces señalan la hora sin fallo y, al hacerlo, producen un discreto ruido[220].

Trabajan igual que molinos y morteros: ¡basta con echarles nuestros cereales! – ellos saben moler bien el grano y convertirlo en polvo blanco.

Se miran unos a otros los dedos y no se fían del mejor. Son hábiles en inventar astucias pequeñas, aguardan a aquéllos cuya ciencia anda con pies tullidos, – aguardan igual que arañas.

Siempre les he visto preparar veneno con cautela; y siempre, al hacerlo, se cubrían los dedos con guantes de cristal.

También saben jugar con dados falsos; y los he encontrado jugando con tanto ardor que al hacerlo sudaban.

Somos recíprocamente extraños, y sus virtudes repugnan a mi gusto aún más que sus falsedades y sus dados engañosos.

Y cuando yo habitaba entre ellos habitaba por encima de ellos. Por esto se enojaron conmigo.

No quieren siquiera oír decir que alguien camina por encima de sus cabezas; y por ello colocaron maderas y tierra e inmundicias entre mí y sus cabezas.

Así amortiguaron el sonido de mis pasos: y, hasta hoy, quienes peor me han oído han sido los más doctos de todos[221].

Entre ellos y yo han colocado las faltas y debilidades de todos los hombres: –«techo falso» llaman a esto en sus casas.

Mas, a pesar de todo, con mis pensamientos camino *por encima* de sus cabezas; y aun cuando yo quisiera caminar sobre mis propios errores, continuaría estando por encima de ellos y de sus cabezas.

Pues los hombres *no* son iguales: así habla la justicia[222], ¡y lo que yo quiero, eso a *ellos* no les ha sido lícito quererlo!

Así habló Zaratustra.

De los poetas

«Desde que conozco mejor el cuerpo, —dijo Zaratustra a uno de sus discípulos— el espíritu no es ya para mí más que un modo de expresarse; y todo lo “imperecedero” – es también sólo un símbolo.»[223]

«Esto ya te lo he oído decir otra vez, respondió el discípulo; y entonces añadiste: “mas los poetas mienten demasiado”[224]. ¿Por qué dijiste que los poetas mienten demasiado?».

«¿Por qué?, dijo Zaratustra. ¿Preguntas por qué? No soy yo de esos a quienes sea lícito preguntarles por su porqué.

¿Es que mi experiencia vital es de ayer? Hace ya mucho tiempo que viví las razones de mis opiniones.

¿No tendría yo que ser un tonel de memoria si quisiera tener conmigo también mis razones?

Ya me resulta demasiado incluso el retener mis opiniones; y más de un pájaro se escapa volando.

A veces encuentro también en mi palomar un animal que ha venido volando y que me es extraño, y que tiembla cuando pongo mi mano sobre él.

Sin embargo, ¿qué te dijo en otro tiempo Zaratustra? ¿Que los poetas mienten demasiado? – Mas también Zaratustra es un poeta.

¿Crees, pues, que dijo entonces la verdad? ¿Por qué lo crees?»[225]

El discípulo respondió: «Yo creo en Zaratustra». Mas Zaratustra movió la cabeza y sonrió.

La fe no me hace bienaventurado[226], dijo, y mucho menos, la fe en mí.

Pero en el supuesto de que alguien dijera con toda seriedad que los poetas mienten demasiado: tiene razón, – *nosotros* mentimos demasiado.

Nosotros sabemos también demasiado poco y aprendemos mal: por ello tenemos que mentir.

¿Y quién de entre nosotros los poetas no ha adulterado su propio vino? Más de una venenosa mixtura ha sido fabricada en nuestras bodegas, y más de una cosa indescriptible se ha hecho en ellas[227].

Y como nosotros sabemos poco, nos gustan mucho los pobres de espíritu, ¡especialmente si son mujercillas jóvenes!

Hasta codiciamos las cosas que las viejecillas se cuentan por las noches. A eso lo llamamos lo eterno-femenino[228] que hay en nosotros.

Y como si hubiese un especial acceso secreto al saber, que queda *obstruido* para quienes aprenden algo: así nosotros creemos en el pueblo y en su «sabiduría».

Y todos los poetas creen esto: que quien, tendido en la hierba o en repechos solitarios, aguza los oídos, ése llega a saber algo de las cosas que se encuentran entre el cielo y la tierra.

Y si a ellos llegan delicados movimientos, los poetas opinan siempre que la naturaleza misma se ha enamorado de ellos:

Y que se desliza en sus oídos para decirles cosas secretas y enamoradas lisonjas: ¡de ello se glorían y se envanecen ante todos los mortales!

¡Ay, existen demasiadas cosas entre el cielo y la tierra con las cuales sólo los poetas se han permitido soñar![229]

Y, sobre todo, por encima del cielo: ¡pues todos los dioses son un símbolo de poetas, un amaño de poetas![230]

En verdad, siempre somos arrastrados hacia lo alto[231] – es decir, hacia el reino de las nubes: sobre éstas plantamos nuestros multicolores peleles y los llamamos dioses y superhombres: –

¡Pues son justamente bastante ligeros para tales sillas! – todos esos dioses y superhombres.

¡Ay, qué cansado estoy de todo lo insuficiente, que debe ser de todos modos acontecimiento![232] ¡Ay, qué cansado estoy de los poetas!

Cuando Zaratustra dijo esto, su discípulo se enojó con él, pero calló. También Zaratustra calló; y sus ojos se habían vuelto hacia dentro, como si mirasen hacia remotas lejanías. Finalmente suspiró y tomó aliento.

Yo soy de hoy y de antes[233], dijo luego; pero hay algo dentro de mí que es de mañana y de pasado mañana y del futuro.

Me he cansado de los poetas, de los viejos y de los nuevos: superficiales me parecen todos, y mares poco profundos.

No han pensado con suficiente profundidad: por ello su sentimiento no se sumergió hasta llegar a las razones profundas.

Un poco de voluptuosidad y un poco de aburrimiento: eso ha sido la mejor incluso de sus reflexiones.

Un soplo y un deslizarse de fantasmas me parecen a mí todos sus arpegios; ¡qué han sabido ellos hasta ahora del ardor de los sonidos! –

No son tampoco para mí bastante limpios: todos ellos ensucian sus aguas para hacerlas parecer profundas.

Con gusto representan el papel de conciliadores: ¡mas para mí no pasan de ser mediadores y enredadores, y mitad de esto y mitad de aquello, y gente sucia! –

Ay, yo lancé ciertamente mi red en sus mares y quise pescar buenos peces; pero siempre saqué la cabeza de un viejo dios.

El mar proporcionó así una piedra al hambriento[234]. Y ellos mismos proceden sin duda del mar.

Es cierto que en ellos se encuentran perlas: pero tanto más se parecen ellos mismos a crustáceos duros. Y en vez de alma he encontrado a menudo en ellos légamo salado.

También del mar han aprendido su vanidad: ¿no es el mar el pavo real de los pavos reales?[235]

Incluso ante el más feo de todos los búfalos despliega él su cola, y jamás se cansa de su abanico de encaje hecho de plata y seda.

Ceñudo contempla esto el búfalo, pues su alma prefiere la arena, y más todavía la maleza, y más que ninguna otra cosa, la ciénaga.

¡Qué le importan a él la belleza y el mar y los adornos del pavo real! Ésta es la parábola que yo dedico a los poetas.

¡En verdad, su espíritu es el pavo real de los pavos reales y un mar de vanidad!

Espectadores quiere el espíritu del poeta: ¡aunque sean búfalos! –

Mas yo me he cansado de ese espíritu: y veo venir el día en que también él se cansará de sí mismo.

Transformados he visto ya a los poetas, y con la mirada dirigida contra ellos mismos.

Penitentes del espíritu[236] he visto venir: han surgido de los poetas.

Así habló Zaratustra.

De grandes acontecimientos[237]

Hay una isla en el mar —no lejos de las islas afortunadas de Zaratustra— en la cual humea constantemente una montaña de fuego; de aquella isla dice el pueblo, y especialmente las viejecillas del pueblo, que está colocada como un peñasco delante de la puerta del submundo: y que a través de la montaña misma de fuego desciende el estrecho sendero que conduce hasta esa puerta del submundo[238].

Por el tiempo en que Zaratustra habitaba en las islas afortunadas ocurrió que un barco echó el ancla junto a la isla en que se encuentra la montaña humeante; y su tripulación bajó a tierra para cazar conejos. Hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente estuvieron reunidos de nuevo, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre, y que una voz decía con claridad: «¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!». Y cuando más cerca de ellos estuvo la figura —pasó volando a su lado igual que una sombra, en dirección a la montaña de fuego— reconocieron, con gran consternación, que era Zaratustra; pues todos ellos lo habían visto ya, excepto el capitán, y lo amaban a la manera como el pueblo ama, es decir: con un sentimiento en que amor y temor están mezclados a partes iguales.

«¡Mirad!, dijo el viejo timonel, ¡ahí va Zaratustra al infierno!»[239] –

Por los mismos días en que estos marineros habían desembarcado en la isla de fuego se difundió el rumor de que Zaratustra había desaparecido; y cuando se preguntaba a sus amigos, éstos contaban que se había embarcado de noche sin decir adonde iba[240].

Se produjo así cierta intranquilidad; al cabo de tres días se añadió a ella el relato de los marineros – y entonces todo el pueblo se puso a decir que el diablo se había llevado a Zaratustra. Sus discípulos se reían ciertamente de tales habladurías; y uno de ellos llegó a decir: «Yo creo más bien que es Zaratustra el que se ha llevado al diablo». Pero en el fondo de su alma todos ellos estaban llenos de preocupación y de anhelo: por ello grande fue su alegría cuando al quinto día Zaratustra apareció entre ellos.[241]

Y éste es el relato de la conversación de Zaratustra con el perro de fuego[242].

La tierra, dijo él, tiene una piel; y esa piel tiene enfermedades. Una de ellas se llama, por ejemplo: «hombre».

Y otra de esas enfermedades se llama «perro de fuego»: acerca de *éste* los hombres han dicho y han dejado que les digan muchas mentiras.

Para sondear ese misterio atravesé el mar: y he visto desnuda la verdad, ¡creedme!, desnuda de pies a cabeza.

En cuanto al perro de fuego, ahora sé de qué se trata; y asimismo sé qué son todos esos demonios de las erupciones y conmociones, de los que no sólo las viejecillas sienten miedo.

¡Sal de ahí, perro de fuego, sal de tu profundidad!, exclamé, ¡y confiesa lo

profunda que es tu profundidad! ¿De dónde sacas lo que expulsas por la nariz?

¡Tú bebes en abundancia del mar: eso es lo que tu salada elocuencia delata! ¡Verdaderamente, para ser un perro de la profundidad, tomas tu alimento en demasía de la superficie!

A lo sumo te considero el ventrílocuo de la tierra: y siempre que he oído hablar a los demonios de las erupciones y las conmociones los encontré idénticos a ti: salados, embusteros y poco profundos[243].

¡Vosotros entendéis de aullar y de oscurecer todo con ceniza! Sois los mejores bocazas que existen y habéis aprendido hasta la saciedad el arte de hacer hervir el fango.

Donde vosotros estáis, allí tiene que haber siempre fango en las cercanías, y muchas cosas porosas, cavernosas, comprimidas: quieren salir a la libertad.

«Libertad» es lo que más os gusta aullar: pero yo he dejado de creer en «grandes acontecimientos» tan pronto como se presentan rodeados de muchos aullidos y mucho humo.

¡Y créeme, amigo ruido infernal! Los acontecimientos más grandes – no son nuestras horas más estruendosas, sino las más silenciosas.

No en torno a los inventores de un ruido nuevo: en torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo; de modo *inaudible* gira[244].

¡Y confiésalo! Pocas eran las cosas que habían ocurrido cuando tu ruido y tu humo se retiraban. ¡Qué importa que una ciudad se convierta en una momia y que una estatua yazca en el fango![245]

Y ésta es la palabra que digo todavía a los derribadores de estatuas. Sin duda la tontería más grande es arrojar sal al mar y estatuas al fango.

En el fango de vuestro desprecio yacía la estatua: ¡pero su ley es precisamente que el desprecio haga renacer en ella vida y viviente belleza!

Con rasgos divinos se yergue ahora, y con la seducción propia de los que sufren; y ¡en verdad!, ¡incluso os dará las gracias por haberla derribado, derribadores!

Éste es el consejo que doy a los reyes y a las Iglesias y a todo lo que es débil por edad y por virtud – ¡dejaos derribar! ¡Para que vosotros volváis a la vida, y para que vuelva a vosotros – la virtud! –

Así hablé yo ante el perro de fuego: entonces él me interrumpió gruñendo y preguntó: «¿Iglesia? ¿Qué es eso?».

¿Iglesia?, respondí yo, eso es una especie de Estado, y, ciertamente, la especie más embustera de todas. ¡Mas cállate, perro hipócrita! ¡Tú conoces perfectamente sin duda tu especie!

Lo mismo que tú, es el Estado un perro hipócrita; lo mismo que a ti, gústale a él hablar con humo y aullidos, – para hacer creer, como tú, que habla desde el vientre de las cosas.

Pues él, el Estado, quiere ser a toda costa el animal más importante en la tierra; y también esto se lo cree a él la gente. –

Cuando hube dicho esto, el perro de fuego hizo gestos como si se hubiera vuelto loco de envidia. «¿Cómo?, gritó, ¿el animal más importante en la tierra? ¿Y también esto se lo cree a él la gente?». Y tanto fue el vapor y tantas las horribles voces que de su garganta salieron que yo pensé que iba a asfixiarse de rabia y de envidia.

Por fin se calmó, y su jadeo fue disminuyendo; pero tan pronto como estuvo callado, dije yo riendo:

«Te enojas, perro de fuego: ¡así, pues, tengo razón en lo que he dicho sobre ti!

Y para seguir teniéndola, oye algo de otro perro de fuego: éste habla verdaderamente desde el corazón de la tierra.

Oro sale de su boca al respirar, y lluvia de oro: así lo quiere su corazón. ¡Qué le importan a él la ceniza y el humo y el légamo caliente!

La risa sale revoloteando de él como una nube multicolor; ¡desdeña el gargareo y los escupitajos y el retortijón de tus entrañas!

Pero el oro y la risa – los toma del corazón de la tierra: pues, para que lo sepas, – *el corazón de la tierra es de oro*».

Cuando el perro de fuego oyó esto, no soportó el seguir escuchándome. Avergonzado escondió el rabo entre las piernas, dijo ¡*guau*!, ¡*guau*! con voz abatida y se sumergió, arrastrándose, en su caverna. –

Esto es lo que Zaratustra contó. Mas sus discípulos apenas le escuchaban: tan grande era su deseo de contarle la historia de los marineros, los conejos y el hombre volador.

«¡Qué debo pensar de todo esto!, dijo Zaratustra. ¿Soy yo acaso un fantasma?

Habrá sido mi sombra. ¿Habéis oído ya algo del caminante y su sombra?[246]

Una cosa es segura: tengo que atarla corta, – pues de lo contrario perjudicará mi reputación».

Y de nuevo movió Zaratustra la cabeza y se maravilló: «¡Qué debo pensar de todo esto!», volvió a decir.

«Por qué gritó el fantasma: ¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!

¿De *qué* – ha llegado la hora?». –

Así habló Zaratustra.

El adivino

«Y vi venir[247] una gran tristeza sobre los hombres. Los mejores se cansaron de sus obras.

Una doctrina se difundió, y junto a ella corría una fe: "¡Todo está vacío, todo es idéntico, todo fue!"[248].

Y desde todos los cerros el eco repetía: "¡Todo está vacío, todo es idéntico, todo fue!".

Sin duda nosotros hemos cosechado: mas ¿por qué se nos han podrido todos los frutos y se nos han ennegrecido? ¿Qué cayó de la malvada luna la última noche?

Inútil ha sido todo el trabajo, en veneno se ha transformado nuestro vino, el mal de ojo ha quemado nuestros campos y nuestros corazones, poniéndolos amarillos.

Todos nosotros nos hemos vuelto áridos; y si cae fuego sobre nosotros, nos reduciremos a polvo, como la ceniza: – aún más, nosotros hemos cansado hasta al mismo fuego.

Todos los pozos se nos han secado, también el mar se ha retirado. ¡Todos los suelos quieren abrirse, mas la profundidad no quiere tragarnos!

"Ay, dónde queda todavía un mar en que poder ahogarse": así resuena nuestro lamento – alejándose sobre ciénagas planas.

En verdad, estamos demasiado cansados incluso para morir; ahora continuamos estando en vela y sobrevivimos – ¡en cámaras sepulcrales!». –

Así oyó Zaratustra hablar a un adivino[249]; y su vaticinio le llegó al corazón y se lo transformó. Triste y cansado iba de un sitio para otro; y acabó pareciéndose a aquellos de quienes el adivino había hablado.

En verdad, dijo a sus discípulos, de aquí a poco[250] llegará ese largo crepúsculo. ¡Ay, cómo salvaré mi luz llevándola al otro lado!

¡Que no se me apague en medio de esta tristeza! ¡Debe ser luz para mundos remotos e incluso para noches remotísimas!

Contristado de este modo en su corazón iba Zaratustra de un lado para otro; y durante tres días no tomó bebida ni comida, estuvo intranquilo y perdió el habla. Por fin ocurrió que cayó en un profundo sueño. Mas sus discípulos estaban sentados a su alrededor, en largas velas nocturnas, y aguardaban preocupados a ver si se despertaba y recobraba el habla y se curaba de su tribulación.

Y éste es el discurso que Zaratustra pronunció al despertar; su voz llegaba a sus discípulos como desde una remota lejanía.

¡Oídme el sueño que he soñado, amigos, y ayudadme a adivinar su sentido!

Un enigma continúa siendo para mí este sueño; su sentido está oculto dentro de él, aprisionado allí, y aún no vuela por encima de él con alas libres.

Yo había renunciado a toda vida, así soñaba. En un vigilante nocturno y en un guardián de tumbas me había convertido yo allá arriba en el solitario castillo montañoso de la muerte.

Allá arriba guardaba yo sus ataúdes: llenas estaban las lóbregas bóvedas de tales trofeos de victoria. Desde ataúdes de cristal me miraba la vida vencida.

Yo respiraba el olor de eternidades reducidas a polvo: sofocada y llena de polvo yacía mi alma por el suelo. ¡Y quién habría podido airear allí su alma!

Una claridad de medianoche me rodeaba constantemente, la soledad se había acurrucado junto a ella; y, como tercera cosa, un mortal silencio lleno de resuellos, el peor de mis amigos.

Yo llevaba llaves, las más herrumbrosas de las llaves; y entendía de abrir con ellas la más chirriante de todas las puertas.

Semejante a irritado graznido de cornejas corría el sonido por los largos corredores cuando las hojas de la puerta se abrían: hostilmente chillaba aquel pájaro, no le gustaba ser despertado.

Pero más espantoso era todavía y más oprimía el corazón cuando de nuevo se hacía el silencio y alrededor enmudecía todo y yo estaba sentado solo en medio de aquel pérfido callar.

Así se me iba y se me escapaba el tiempo, si es que tiempo había todavía: ¡qué sé yo de ello! Pero finalmente ocurrió algo que me despertó.

Por tres veces resonaron en la puerta golpes como truenos, y por tres veces las bóvedas repitieron el eco aullando: yo marché entonces hacia la puerta.

¡Alpa!, exclamé, ¿quién trae su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién trae su ceniza a la montaña?

Y metí la llave y empujé la puerta y forcejeé. Pero no se abrió ni lo ancho de un dedo:

Entonces un viento rugiente abrió con violencia sus hojas: y entre agudos silbidos y chirridos arrojó hacia mí un negro ataúd:

Y en medio del rugir, silbar y chirriar, el ataúd se hizo pedazos y escupió miles de carcajadas diferentes.

Y desde mil grotescas figuras de niños, ángeles, lechuzas, necios y mariposas grandes como niños algo se rió y se burló de mí y rugió contra mí.

Un espanto horroroso se apoderó de mí: me arrojó al suelo. Y yo grité de horror como jamás había gritado.

Pero mi propio grito me despertó: – y volví en mí. –

Así contó Zaratustra su sueño[251], y luego calló: pues aún no sabía la interpretación de su sueño. Pero el discípulo al que él más amaba[252] se levantó con presteza, tomó la mano de Zaratustra y dijo:

«¡Tu vida misma nos da la interpretación de ese sueño, Zaratustra!

¿No eres tú mismo el viento de chirriantes silbidos que arranca las puertas de los castillos de la muerte?

¿No eres tú mismo el ataúd lleno de maldades multicolores y de grotescas figuras angelicales de la vida?

En verdad, semejante a mil infantiles carcajadas diferentes penetra Zaratustra en todas las cámaras mortuorias, riéndose de esos guardianes nocturnos y vigilantes de tumbas, y de todos los que hacen ruido con sombrías llaves.

Tú los espantarás y derribarás con tus carcajadas; su desmayarse y su volver en sí demostrarán tu poder sobre ellos.

Y aunque vengan el largo crepúsculo y la fatiga mortal, en nuestro cielo tú no te hundirás en el ocaso, ¡tú, abogado de la vida!

Nuevas estrellas nos has hecho ver, y nuevas magnificencias nocturnas; en verdad, la risa misma la has extendido como una tienda multicolor sobre nosotros.

Desde ahora brotarán siempre risas infantiles de los ataúdes; desde ahora un viento fuerte vencerá siempre a toda fatiga mortal: ¡de esto eres tú mismo para nosotros garante y adivino!

En verdad, *con ellos mismos has soñado*, con tus enemigos: ¡éste fue tu sueño más difícil!

Mas así como te despertaste de entre ellos y volviste en ti, así también ellos deben despertar de sí mismos – ¡y volver a ti!»[253]. –

Así dijo aquel discípulo; y todos los demás se arrimaron entonces a Zaratustra y le tomaron de las manos y querían persuadirle a que abandonase el lecho y la tristeza y retornase a ellos. Mas Zaratustra permaneció sentado en su lecho, rígido y con una mirada extraña. Como alguien que retorna a casa desde un remoto país extranjero, así miraba él a sus discípulos y examinaba sus rostros; y aún no los reconocía. Mas cuando ellos lo levantaron y lo pusieron en pie, he aquí que *de repente* sus ojos cambiaron; comprendió todo lo que había ocurrido, se acarició la barba y dijo con fuerte voz:

«¡Bien! Eso llegará en su momento; ahora procurad, discípulos míos, que comamos una buena comida, ¡y pronto! ¡Así pienso hacer penitencia por mis malos sueños!

Mas el adivino debe comer y beber a mi lado[254]: ¡y en verdad, quiero mostrarle todavía un mar en que puede ahogarse!».

Así habló Zaratustra. Luego estuvo mirando largo tiempo al rostro del discípulo que había hecho de intérprete del sueño, y mientras miraba movía la cabeza. –

De la redención

Un día en que Zaratustra estaba atravesando el gran puente lo rodearon los lisiados y los mendigos[255], y un jorobado le habló así:

«¡Mira, Zaratustra! También el pueblo aprende de ti y comienza a creer en tu doctrina: mas para que acabe de creerte del todo se necesita aún *una* cosa – ¡tienes que convencernos primero a nosotros los lisiados! ¡Aquí tienes ahora una hermosa colección, y, en verdad, una ocasión que se puede agarrar por más de *un* pelo! Puedes curar a ciegos y hacer correr a paralíticos; y a quien lleva demasiado sobre su espalda podrías sin duda también quitarle un poco: – ¡éste, pienso yo, sería el modo idóneo de hacer creer a los lisiados en Zaratustra!».

Mas Zaratustra replicó así al que había hablado: «Si al jorobado se le quita su joroba, se le quita su espíritu – así enseña el pueblo. Y si al ciego se le dan sus ojos, verá demasiadas cosas malas en la tierra: de modo que maldecirá a quien lo curó. Y el que haga correr al paralítico le causa el mayor de todos los perjuicios: pues apenas pueda correr, sus vicios, desbocados, lo arrastran consigo – así enseña el pueblo a propósito de los lisiados. ¿Y por qué no iba Zaratustra a aprender también del pueblo, si el pueblo aprende de Zaratustra?

Mas, desde que estoy entre hombres, para mí lo de menos es ver: "A éste le falta un ojo, y a aquél una oreja, y a aquel tercero la pierna, y otros hay que han perdido la lengua o la nariz o la cabeza".

Yo veo y he visto cosas peores, y hay algunas tan horribles que no quisiera hablar de todas, y de otras ni aun callar quisiera, a saber: seres humanos a quienes les falta todo, excepto *una* cosa de la que tienen demasiado – seres humanos que no son más que un gran ojo, o un gran hocico, o un gran estómago, o alguna otra cosa grande, – lisiados al revés los llamo yo.

Y cuando yo venía de mi soledad y por vez primera atravesaba este puente: no quería dar crédito a mis ojos, miraba y miraba una y otra vez y acabé por decir: "¡Esto es una oreja!, ¡una sola oreja, tan grande como un hombre!". Miré mejor: y, realmente, debajo de la oreja se movía aún algo que era pequeño y mísero y débil hasta el punto de dar lástima. Y verdaderamente la monstruosa oreja se asentaba sobre una pequeña varilla delgada – ¡y la varilla era un hombre! Quien mirase con una lente podría haber reconocido aún un pequeño rostro envidioso; y también que en la varilla se balanceaba una hinchada almita. Y el pueblo me decía que la gran oreja era no sólo un hombre, sino un gran hombre, un genio. Mas yo jamás he creído al pueblo cuando ha hablado de grandes hombres – y mantuve mi creencia de que era un lisiado al revés, que tenía muy poco de todo, y demasiado de *una* cosa».

Cuando Zaratustra hubo dicho esto al jorobado y a aquellos de quienes éste era portavoz y abogado volviose con profundo mal humor hacia sus discípulos y dijo:

«¡En verdad, amigos míos, yo camino entre los hombres como entre fragmentos y

miembros de hombres!

Para mis ojos lo más terrible es encontrar al hombre destrozado y esparcido como sobre un campo de batalla y de matanza.

Y si mis ojos huyen desde el ahora hacia el pasado: siempre encuentran lo mismo: fragmentos y miembros y espantosos azares – ¡pero no hombres!

El ahora y el pasado en la tierra – ¡ay!, amigos míos – son para *mí* lo más insoportable; y no sabría vivir si no fuera yo además un vidente de lo que tiene que venir.

Un vidente, un volente, un creador, un futuro también, y un puente hacia el futuro – y, ay, incluso, por así decirlo, un lisiado junto a ese puente: todo eso es Zaratustra.

Y también vosotros os habéis preguntado con frecuencia: “¿Quién es para nosotros Zaratustra? ¿Cómo lo llamaremos?”. Y lo mismo que yo, vosotros os habéis dado preguntas por respuesta.

¿Es uno que hace promesas? ¿O uno que las cumple? ¿Un conquistador? ¿O un heredero? ¿Un otoño? ¿O la reja de un arado? ¿Un médico? ¿O un convaleciente?

¿Es un poeta? ¿O un hombre veraz? ¿Un libertador? ¿O un domeñador? ¿Un bueno? ¿O un malvado?[256]

Yo camino entre los hombres como entre los fragmentos del futuro: de aquel futuro que yo contemplo.

Y todos mis pensamientos y deseos[257] tienden a pensar y reunir en *unidad* lo que es fragmento y enigma y espantoso azar.

¡Y cómo soportaría yo ser hombre si el hombre no fuese también poeta y adivinador de enigmas y el redentor del azar!

Redimir a los que han pasado, y transformar todo “Fue” en un “Así lo quise” – ¡sólo eso sería para mí redención![258]

Voluntad – así se llama el libertador y el portador de alegría: ¡esto es lo que yo os he enseñado, amigos míos! Y ahora aprended también esto: la voluntad misma es todavía un prisionero.

El querer hace libres: pero ¿cómo se llama aquello que mantiene todavía encadenado al libertador?

“Fue”: así se llama el rechinar de dientes y la más solitaria tribulación de la voluntad. Impotente contra lo que está hecho – es la voluntad un malvado espectador para todo lo pasado.

La voluntad no puede querer hacia atrás; el que no pueda quebrantar el tiempo ni la voracidad del tiempo – ésa es la más solitaria tribulación de la voluntad.

El querer hace libres: ¿qué imagina el querer mismo para liberarse de su tribulación y burlarse de su prisión?

¡Ay, todo prisionero se convierte en un necio! Neciamente se redime también a sí misma la voluntad prisionera.

Que el tiempo no camine hacia atrás es su secreta rabia. “Lo que fue, fue” – así se llama la piedra que ella no puede remover.

Y así ella remueve piedras, por rabia y por mal humor, y se venga en aquello que no siente, igual que ella, rabia y mal humor.

Así la voluntad, el libertador, se ha convertido en un causante de dolor: y en todo lo que puede sufrir véngase de no poder ella querer hacia atrás.

Esto, sí, esto solo es la *venganza* misma: la aversión de la voluntad contra el tiempo y su “Fue”.

En verdad, una gran necedad habita en nuestra voluntad; ¡y el que esa necedad aprendiese a tener espíritu se ha convertido en maldición para todo lo humano!

El espíritu de la venganza: amigos míos, sobre esto es sobre lo que mejor han reflexionado los hombres hasta ahora; y donde había sufrimiento, allí debía haber siempre castigo.

“Castigo” se llama a sí misma, en efecto, la venganza: con una palabra embustera se finge hipócritamente una buena conciencia.

Y como en el volente hay el sufrimiento de no poder querer hacia atrás, – por ello el querer mismo y toda vida debían – ¡ser castigo!

Y ahora se ha acumulado nube tras nube sobre el espíritu: hasta que por fin la demencia predicó: “¡Todo perece, por ello todo es digno de perecer!”[259].

“Y la justicia misma consiste en aquella ley del tiempo según la cual tiene éste que devorar a sus propios hijos[260]”: así predicó la demencia.

“Las cosas están reguladas éticamente sobre la base del derecho y el castigo. Oh, ¿dónde está la redención del río de las cosas y del castigo llamado ‘Existencia’?”. Así predicó la demencia.

“¿Puede haber redención si existe un derecho eterno? ¡Ay, irremovible es la piedra ‘Fue’: eternos tienen que ser también todos los castigos!”. Así predicó la demencia.

“Ninguna acción puede ser aniquilada: ¡cómo podría ser anulada por el castigo! Lo eterno en el castigo llamado ‘Existencia’ consiste en esto, ¡en que también la existencia tiene que volver a ser eternamente acción y culpa!

A no ser que la voluntad se redima al fin a sí misma y el querer se convierta en no-querer–”: ¡pero vosotros conocéis, hermanos míos, esta canción de fábula de la demencia!

Yo os aparté de todas esas canciones de fábula cuando os enseñé: “La voluntad es un creador”[261].

Todo “Fue” es un fragmento, un enigma, un espantoso azar – hasta que la voluntad creadora añada: “¡pero yo lo quise así!”.

–Hasta que la voluntad creadora añada: “¡Pero yo lo quiero así! ¡Yo lo querré así!”.

¿Ha hablado ya ella de ese modo? ¿Y cuándo lo hará? ¿Se ha desuncido ya la voluntad del yugo de su propia tontería?

¿Se ha convertido ya la voluntad para sí misma en un libertador y en un portador de alegría? ¿Ha olvidado el espíritu de venganza y todo rechinar de dientes?

¿Y quién le ha enseñado a ella la reconciliación con el tiempo, y algo que es superior a toda reconciliación?

Algo superior a toda reconciliación tiene que querer la voluntad que es voluntad de poder – : sin embargo ¿cómo le ocurre esto? ¿Quién le ha enseñado incluso el querer hacia atrás?».

– En este momento de su discurso ocurrió que Zaratustra se detuvo de repente, y semejaba del todo alguien que estuviese aterrorizado al máximo. Con ojos horrorizados miró a sus discípulos; sus ojos perforaban como con flechas los pensamientos de éstos e incluso los trasfondos de tales pensamientos. Mas pasado un poco de tiempo volvió ya a reír y dijo con voz bondadosa:

«Es difícil vivir con hombres, porque callar es muy difícil. Sobre todo para un charlatán»[262]. –

Así habló Zaratustra. El jorobado había escuchado la conversación y había cubierto su rostro al hacerlo; mas cuando oyó reír a Zaratustra, alzó los ojos con curiosidad y dijo lentamente:

«¿Por qué Zaratustra nos habla a nosotros de modo distinto que a sus discípulos?».

Zaratustra respondió: «¡Qué tiene de extraño! ¡Con jorobados es lícito hablar de manera jorobada!».

«Bien, dijo el jorobado; y con discípulos es lícito charlar de manera discipular[263].

Mas ¿por qué Zaratustra habla a sus discípulos de manera distinta – que a sí mismo?». –

De la cordura respecto a los hombres

¡No la altura: la pendiente es lo horrible!

La pendiente, donde la mirada se precipita *hacia abajo* y la mano se agarra *hacia arriba*. Aquí se apodera del corazón el vértigo de su doble voluntad.

Ay, amigos, ¿adivináis también la doble voluntad de mi corazón?

Esto, esto es *mi* pendiente y mi peligro, el que mi mirada se precipite hacia la altura y mi mano quiera sostenerse y apoyarse – ¡en la profundidad!

Al hombre se aferra mi voluntad, con cadenas me ato a mí mismo al hombre, pues me siento arrastrado hacia arriba, hacia el superhombre: hacia allí tiende mi otra voluntad[264].

Y *para esto* vivo ciego entre los hombres; como si no los conociese: para que mi mano no pierda del todo su fe en algo estable.

Yo no os conozco a vosotros, hombres: ésta es la tiniebla y éste es el consuelo que me han rodeado a menudo.

Estoy sentado junto a la puerta de la ciudad, expuesto a todos los bribones, y pregunto: ¿quién quiere engañarme?

Ésta es mi primera cordura respecto a los hombres, el dejarme engañar, a fin de no tener que mantenerme en guardia frente a los engañadores[265].

Ay, si yo me mantuviera alerta frente al hombre: ¡cómo podría ser éste un ancla para mi globo! ¡Demasiado fácilmente me vería arrastrado a lo alto y a lo lejos!

Ésta es la providencia que domina mi destino, el que yo no tenga que tener cautela.

Y quien no quiera morir de sed entre los hombres tiene que aprender a beber de todos los vasos; y quien quiera permanecer puro entre los hombres tiene que entender de lavarse incluso con agua sucia.

Y así me hablé yo a menudo para consolarme: «¡Bien! ¡Adelante! ¡Viejo corazón! Una infelicidad se te ha malogrado: ¡disfruta eso como tu – felicidad!».

Y ésta es mi segunda cordura respecto a los hombres: yo trato con más indulgencia a los *vanidosos* que a los orgullosos.

¿No es la vanidad ofendida la madre de todas las tragedias? Pero cuando el orgullo es ofendido, allí brota ciertamente algo aún mejor que el orgullo.

Para que la vida sea buena de contemplar, su espectáculo tiene que ser bien representado: y para ello se necesitan buenos comediantes.

Buenos comediantes me han parecido todos los vanidosos: representan la comedia y quieren que la gente guste de verlos, – todo su espíritu está en esa voluntad.

Ellos se ponen en escena, se inventan a sí mismos; en su proximidad amo yo contemplar la vida, – se me cura así la melancolía.

Por ello trato con indulgencia a los vanidosos, pues son para mí médicos de mi

melancolía y me atan al hombre como a un espectáculo.

Y además: ¡quién mide en el vanidoso toda la profundidad de su modestia! Yo soy bueno y compasivo con él a causa de su modestia.

De vosotros quiere él aprender a creer en sí mismo; se alimenta de vuestras miradas, devora la alabanza que llega de vuestras manos.

Cree incluso vuestras mentiras, si mentís bien acerca de él: pues en lo más hondo su corazón suspira: «¡qué soy *yo*!».

Y si la verdadera virtud es la que se ignora a sí misma: ¡el vanidoso ignora su modestia!

Y ésta es mi tercera cordura respecto a los hombres, el no permitir a vuestro temor que me quite el gusto de contemplar a los *malvados*.

Y soy feliz de ver las maravillas que un sol ardiente encoba: tigres y palmeras y serpientes de cascabel.

También entre los hombres hay hermosas crías de un sol ardiente, y muchas cosas hay dignas de ser admiradas en los malvados.

Es cierto que así como vuestros sapientísimos no me parecen tan sabios, así también encontré que la maldad de los hombres está por debajo de su fama[266].

Y a menudo me he preguntado, moviendo la cabeza: ¿por qué seguir cascabeleando, serpientes de cascabel?

¡En verdad, también para el mal hay todavía un futuro! Y el sur más ardiente no ha sido aún descubierto para el hombre.

¡Cuántas cosas llámanse ya ahora la peor de las maldades, que, sin embargo, sólo tienen doce pies de ancho y tres meses de duración! Alguna vez vendrán al mundo, sin embargo, dragones mayores.

Pues para que no le falte al superhombre su dragón, el superdragón, que sea digno de él: ¡para ello muchos soles ardientes tienen aún que abrasar la húmeda selva virgen!

Vuestros gatos salvajes tienen primero que convertirse en tigres, y vuestros sapos venenosos, en cocodrilos: ¡pues el buen cazador debe tener una buena caza!

¡Y en verdad, oh buenos y justos! Muchas cosas hay en vosotros que causan risa, ¡y ante todo vuestro miedo de lo que hasta ahora se ha llamado «demonio»!

¡Tan extraños sois a lo grande en vuestra alma que el superhombre os resultará *temible* en su bondad!

¡Y vosotros, sabios y sapientes, huiríais de la quemadura de sol que produce la sabiduría, quemadura en la que el superhombre baña con placer su desnudez!

¡Vosotros, los hombres supremos con que mis ojos tropezaron! Ésta es mi duda respecto a vosotros y mi secreto reír: ¡apuesto a que a mi superhombre lo llamaríais –demonio![267].

Ay, me he cansado de estos hombres, los más elevados y los mejores de todos: desde su «altura» sentía yo deseos de marchar hacia arriba, lejos, fuera, ¡hacia el superhombre!

Un espanto se apoderó de mí cuando vi desnudos a estos hombres, los mejores de todos[268]: entonces me brotaron las alas para alejarme volando hacia futuros remotos.

Hacia futuros más remotos, hacia sures más meridionales que los que artista alguno haya soñado jamás: ¡hacia allí donde los dioses se avergüenzan de todos los vestidos!

Mas a *vosotros*, prójimos y semejantes, yo os quiero ver disfrazados y bien adornados, y vanidosos, y dignos, como «los buenos y justos». –

Y disfrazado quiero yo mismo sentarme entre vosotros, – para *conoceros mal* a vosotros y a mí: ésta es, en efecto, mi última cordura respecto a los hombres.

Así habló Zaratustra.

La más silenciosa de todas las horas

¿Qué me ha ocurrido, amigos míos? Me veis trastornado, acuciado, dócil a pesar mío, dispuesto a marchar – ¡ay, a alejarme de *vosotros*!

Sí, *una* vez más tiene Zaratustra que volver a su soledad: ¡pero esta vez el oso vuelve de mala gana a su caverna!

¿Qué me ha ocurrido? ¿Quién me lo ordena? – Ay, mi irritada señora lo quiere así, me ha hablado: ¿os he dicho ya alguna vez su nombre?

Ayer al atardecer me habló *mi hora más silenciosa*: ése es el nombre de mi terrible señora.

Y esto es lo que ocurrió, – ¡pues tengo que deciros todo, para que vuestro corazón no se endurezca[269] contra el que se va de repente!

¿Conocéis el terror del que se adormece? –

Hasta las puntas de los pies tiembla, debido a que el suelo le falla y los sueños comienzan.

Ésta es la parábola que os digo. Ayer, en la hora más silenciosa, el suelo me falló: comenzaron los sueños.

La aguja avanzaba, el reloj de mi vida tomaba aliento jamás había oído yo tal silencio a mi alrededor: de modo que mi corazón sintió terror.

Entonces algo me habló sin voz[270]: «¿*Lo sabes, Zaratustra*?».

Y yo grité de terror ante ese susurro, y la sangre abandonó mi rostro: pero callé.

Entonces algo volvió a hablarme sin voz: «¡Lo sabes, Zaratustra, pero no lo dices!». –

Y yo respondí por fin, como un testarudo: «¡Sí, lo sé, pero no quiero decirlo!».

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «¿*No quieres*, Zaratustra? ¿Es eso verdad? ¡No te escondas en tu terquedad!». –

Y yo lloré y temblé como un niño, y dije: «¡Ay, lo querría, mas cómo poder! ¡Dispénsame de eso! ¡Está por encima de mis fuerzas!».

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «¡Qué importas tú, Zaratustra! ¡Di tu palabra y hazte pedazos!». –

Y *yo* respondí: «Ay, ¿es *mi* palabra? ¿Quién soy yo? Yo estoy aguardando a uno más digno; no soy siquiera digno de hacerme pedazos contra él»[271].

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «¿Qué importas tú? Para mí no eres aún bastante humilde. La humildad tiene la piel más dura de todas». –

Y yo respondí: «¡Qué cosas no ha soportado ya la piel de mi humildad! Yo habito al pie de mi altura: ¿cuál es la altura de mis cimas? Nadie me lo ha dicho todavía. Pero conozco bien mis valles».

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «Oh Zaratustra, quien ha de trasladar montañas[272] traslada también valles y hondonadas». –

Y yo respondí: «Mi voz no ha transladado aún montañas, y lo que he dicho no ha

llegado a los hombres. Yo he ido sin duda a los hombres, pero todavía no he llegado hasta ellos»[273].

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «¡Qué sabes tú *de eso*! El rocío cae sobre la hierba cuando la noche está más callada que nunca». –

Y yo respondí: «Ellos se burlaron de mí cuando encontré mi propio camino y marché por él; y, en verdad, mis pies temblaban entonces.

Y así me dijeron: ¡has olvidado el camino, y ahora olvidas también hasta el andar!».

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «¡Qué importa su burla! Tú eres uno que ha olvidado el obedecer: ¡ahora debes mandar!

¿No sabes *quién* es el más necesario de todos? El que manda grandes cosas.

Realizar grandes cosas es difícil: pero más difícil es mandarlas.

Esto es lo más imperdonable en ti: tienes poder, y no quieres dominar». –

Y yo respondí: «Me falta la voz del león para mandar».

Entonces algo me habló de nuevo como un susurro: «Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo[274].

Oh Zaratustra, debes caminar como una sombra de lo que tiene que venir: así mandarás y, mandando, precederás a otros». –

Y yo respondí: «Me avergüenzo».

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: «Tienes que hacerte todavía niño y no tener vergüenza.

El orgullo de la juventud está todavía sobre ti, tarde te has hecho joven: pero el que quiere convertirse en niño tiene que superar incluso su juventud». –

Y yo reflexioné durante largo tiempo, y temblaba. Pero acabé por decir lo que había dicho al comienzo: «No quiero».

Entonces oí risas a mi alrededor. ¡Ay, cómo esas risas me desgarraron las entrañas y me hendieron el corazón!

Y por última vez algo me habló: «¡Oh Zaratustra, tus frutos están maduros, pero tú no estás maduro para tus frutos!

Por ello tienes que volver de nuevo a la soledad: pues debes ponerte tierno aún». –

Y de nuevo oí risas que huían: entonces lo que me rodeaba quedó silencioso, como con un doble silencio. Yo yacía por el suelo, y el sudor me corría por los miembros.

–Ahora habéis oído todo, y por qué tengo yo que regresar a mi soledad. No os he callado nada, amigos míos.

Pero también me habéis oído decir *quién* sigue siendo el más silencioso de todos los hombres – ¡y quiere serlo!

¡Ay, amigos míos! ¡Yo tendría aún algunas cosas que deciros, yo tendría aún algunas que daros![275] ¿Por qué no las doy? ¿Acaso soy avaro? –

Y cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras lo asaltó la violencia del dolor y la proximidad de la separación de sus amigos, de modo que lloró sonoramente; y nadie sabía consolarlo. Y durante la noche se marchó solo y abandonó a sus amigos[276].

Tercera parte de Así habló Zaratustra

Vosotros miráis hacia arriba cuando deseáis elevación. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado.

¿Quién de vosotros puede a la vez reír y estar elevado?

Quien asciende a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias, de las del teatro y de las de la vida.

Zaratustra, Del leer y el escribir (*Los discursos de Zaratustra*).

El caminante

Fue alrededor de la medianoche cuando Zaratustra emprendió su camino sobre la cresta de la isla para llegar de madrugada a la otra orilla: pues en aquel lugar quería embarcarse. Había allí, en efecto, una buena rada, en la cual gustaban echar el ancla incluso barcos extranjeros; éstos recogían a algunos que querían dejar las islas afortunadas y atravesar el mar. Mientras Zaratustra iba subiendo la montaña pensaba en las muchas caminatas solitarias que había realizado desde su juventud y en las muchas montañas y crestas y cimas a que había ascendido.

Yo soy un caminante y un escalador de montañas, decía a su corazón no me gustan las llanuras, y parece que no puedo estarme sentado tranquilo largo tiempo.

Y sea cual sea mi destino, sean cuales sean las vivencias que aún haya yo de experimentar, – siempre habrá en ello un caminar y un escalar montañas: en última instancia uno no tiene vivencias más que de sí mismo[277].

Pasó ya el tiempo en que era lícito que a mí me sobrevinieran acontecimientos casuales; ¡y qué *podría* ocurrirme todavía que no fuera ya algo mío!

Lo único que hace es retornar, por fin vuelve a casa – mi propio sí-mismo y cuanto de él estuvo largo tiempo en tierra extraña y disperso entre todas las cosas y acontecimientos casuales.

Y *una* cosa más sé: me encuentro ahora ante mi última cumbre y ante aquello que durante más largo tiempo me ha sido ahorrado. ¡Ay, mi más duro camino es el que tengo que subir! ¡Ay, he comenzado mi caminata más solitaria!

Pero quien es de mi especie no se libra de semejante hora: de la hora que le dice: «¡Sólo en este instante recorres tu camino de grandeza! ¡Cumbre y abismo – ahora eso está fundido en *una sola cosa*!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora se ha convertido en tu último refugio lo que hasta el momento se llamó tu último peligro!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora es necesario que tu mejor valor consista en que no quede ya ningún camino a tus espaldas!

Recorres el camino de tu grandeza: ¡nadie debe seguirte aquí a escondidas! Tu mismo pie ha borrado detrás de ti el camino, y sobre él está escrito: Imposibilidad.

Y si en adelante te faltan todas las escaleras, tienes que saber subir incluso por encima de tu propia cabeza: ¿cómo querrías, de otro modo, caminar hacia arriba?

¡Por encima de tu propia cabeza y más allá de tu propio corazón! Ahora lo más suave de ti tiene aún que convertirse en lo más duro.

Quien siempre se ha tratado a sí mismo con mucha indulgencia acaba por enfermar a causa de ello. ¡Alabado sea lo que endurece! ¡Yo no alabo el país donde corren – manteca y miel![278]

Es necesario aprender a *apartar la mirada* de sí para ver *muchas cosas*: – esa dureza necesítala todo aquél que escala montañas.

Mas quien tiene ojos importunos como hombre del conocimiento, ¡cómo iba a ver ése en todas las cosas algo más que los motivos superficiales de ellas!

Tú, sin embargo, oh Zaratustra, has querido ver el fondo y el trasfondo de todas las cosas: por ello tienes que subir por encima de ti mismo, – ¡arriba, cada vez más alto, hasta que incluso tus estrellas las veas *por debajo* de ti!

¡Sí! Bajar la vista hacia mí mismo e incluso hacia mis estrellas: ¡sólo esto significaría mi *cumbre*, esto es lo que me ha quedado aún como mi *última* cumbre!». –

Así iba diciéndose Zaratustra a sí mismo al ascender, consolando su corazón con duras sentenzuelas: pues tenía el corazón herido como nunca antes. Y cuando llegó a la cima de la cresta de la montaña, he aquí que el otro mar yacía allí extendido ante su vista: entonces se detuvo y calló largo rato. La noche era fría en aquella cumbre, y clara y estrellada.

Conozco mi suerte, se dijo por fin con pesadumbre. ¡Bien! Estoy dispuesto. Acaba de empezar mi última soledad.

¡Ay, ese mar triste y negro a mis pies! ¡Ay, esa grávida desazón nocturna! ¡Ay, destino y mar! ¡Hacia vosotros tengo ahora que *descender*!

Me encuentro ante mi montaña más alta y ante mi más larga caminata: por eso tengo primero que descender más bajo de lo que nunca descendí:

– ¡Descender al dolor más de lo que nunca descendí, hasta su más negro oleaje! Así lo quiere mi destino: ¡Bien! Estoy dispuesto.

¿De dónde vienen las montañas más altas?, pregunté en otro tiempo. Entonces aprendí que vienen del mar.

Este testimonio está escrito en sus rocas y en las paredes de sus cumbres. Lo más alto tiene que llegar a su altura desde lo más profundo. –

Así dijo Zaratustra en la cima del monte, donde hacía frío; mas cuando se acercó al mar y se encontró por fin únicamente entre los escollos, el camino lo había cansado y vuelto aún más anheloso que antes.

Todo continúa aún dormido, dijo; también el mar duerme. Ebrios de sueño y extraños miran sus ojos hacia mí.

Pero su aliento es cálido, lo siento. Y siento también que sueña. Y soñando se retuerce sobre duras almohadas.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Cómo gime el mar a causa de recuerdos malvados! ¿O tal vez a causa de expectativas malvadas?

Ay, triste estoy contigo, oscuro monstruo, y enojado conmigo mismo por tu causa.

¡Ay, por qué no tendrá mi mano bastante fortaleza! ¡En verdad, me gustaría redimirte de sueños malvados! –

Y mientras Zaratustra hablaba así, se reía de sí mismo con melancolía y amargura. «¡Cómo! ¡Zaratustra!, dijo, ¿quieres consolar todavía al mar cantando?

¡Ay, Zaratustra, necio rico en amor, sobrebienaventurado de confianza! Pero así has sido siempre: siempre te has acercado confiado a todo lo horrible.

Has querido incluso acariciar a todos los monstruos. Un vaho de cálida respiración, un poco de suave vello en las garras –: y en seguida estabas dispuesto a amar y a atraer.

El *amor* es el peligro del más solitario, el amor a todas las cosas, ¡*con tal de que vivan*! ¡De risa son, en verdad, mi necedad y mi modestia en el amor!». –

Así habló Zaratustra, y rió por segunda vez: entonces pensó en sus amigos abandonados –, y como si los hubiera ofendido con sus pensamientos, enojose consigo mismo a causa de éstos. Y pronto ocurrió que el que reía se puso a llorar: – de cólera y de anhelo lloró Zaratustra amargamente[279].

De la visión y enigma[280]

1

Cuando se corrió entre los marineros la voz de que Zaratustra se encontraba en el barco, – pues al mismo tiempo que él había subido a bordo un hombre que venía de las islas afortunadas – produjose una gran curiosidad y expectación. Mas Zaratustra estuvo callado durante dos días, frío y sordo de tristeza, de modo que no respondía ni a las miradas ni a las preguntas. Al atardecer del segundo día, sin embargo, aunque todavía guardaba silencio, volvió a abrir sus oídos: pues había muchas cosas extrañas y peligrosas que oír en aquel barco, que venía de lejos y que quería ir aún más lejos. Zaratustra era amigo, en efecto, de todos aquéllos que realizan largos viajes y no les gusta vivir sin peligro. Y he aquí que, por fin, a fuerza de escuchar, su propia lengua se soltó y el hielo de su corazón se rompió: – entonces comenzó a hablar así: A vosotros los audaces buscadores e indagadores, y a quienquiera que alguna vez se haya lanzado con astutas velas a mares terribles, –

a vosotros los ebrios de enigmas, que gozáis con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos:

– pues no queréis, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo; y allí donde podéis *adivinar*, odiáis el *deducir* –

a vosotros solos os cuento el enigma que he visto, – la visión del más solitario –

Sombrío[281] caminaba yo hace poco a través del crepúsculo de color de cadáver, – sombrío y duro, con los labios apretados. Pues *más de un* sol se había hundido en su ocaso para mí.

Un sendero que ascendía obstinado a través de pedregales, un sendero maligno, solitario, al que ya no alentaban ni hierbas ni matorrales: un sendero de montaña crujía bajo la obstinación de mi pie.

Avanzando mudo sobre el burlón crujido de los guijarros, aplastando la piedra que lo hacía resbalar: así se abría paso mi pie hacia arriba.

Hacia arriba: – a pesar del espíritu que de él tiraba hacia abajo, hacia el abismo, el espíritu de la pesadez, mi demonio y enemigo capital.

Hacia arriba: – aunque sobre mí iba sentado ese espíritu, mitad enano, mitad topo; paralítico; paralizante; dejando caer plomo en mi oído[282], pensamientos-gotas de plomo en mi cerebro.

«Oh Zaratustra, me susurraba burlonamente, silabeando las palabras, ¡tú piedra de la sabiduría! Te has arrojado a ti mismo hacia arriba, mas toda piedra arrojada – ¡tiene que caer!

¡Oh Zaratustra, tú piedra de la sabiduría, tú piedra de honda, tú destructor de estrellas! A ti mismo te has arrojado muy alto, – mas toda piedra arrojada – ¡tiene que

caer!

Condenado a ti mismo, y a tu propia lapidación: oh Zaratustra, sí, lejos has lanzado la piedra, – ¡mas sobre *ti* caerá de nuevo!».

Calló aquí el enano; y esto duró largo tiempo. Mas su silencio me oprimía; ¡y cuando se está así entre dos, se está, en verdad, más solitario que cuando se está solo!

Yo subía, subía, soñaba, pensaba, – mas todo me oprimía. Me asemejaba a un enfermo al que su terrible tormento lo deja rendido, y a quien un sueño más terrible todavía vuelve a despertarlo cuando acaba de dormirse. –

Pero hay algo en mí que yo llamo valor: hasta ahora éste ha matado en mí todo desaliento. Ese valor me hizo al fin detenerme y decir: «¡Enano! ¡Tú! ¡O yo!». –

El valor es, en efecto, el mejor matador, – el valor que *ataca*: pues todo ataque se hace a tambor batiente.

Pero el hombre es el animal más valeroso: por ello ha vencido a todos los animales. A tambor batiente ha vencido incluso todos los dolores; pero el dolor por el hombre es el dolor más profundo.

El valor mata incluso el vértigo junto a los abismos: ¡y en qué lugar no estaría el hombre junto a abismos! ¿El simple mirar no es – mirar abismos?

El valor es el mejor matador: el valor mata incluso la compasión. Pero la compasión es el abismo más profundo: cuanto el hombre hunde su mirada en la vida, otro tanto la hunde en el sufrimiento.

Pero el valor es el mejor matador, el valor que ataca: éste mata la muerte misma, pues dice: «¿Era *esto* la vida? ¡Bien! ¡*Otra* vez!»[283].

En estas palabras, sin embargo, hay mucho sonido de tambor batiente. Quien tenga oídos, oiga. –

2

«¡Alto! ¡Enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos –: ¡tú no conoces mi pensamiento abismal! ¡*Ése* – no podrías soportarlo!». –

Entonces ocurrió algo que me dejó más ligero: ¡pues el enano saltó de mi hombro, el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra delante de mí. Cabalmente allí donde nos habíamos detenido había un portón.

«¡Mira ese portón! ¡Enano!, seguí diciendo: tiene dos caras. Dos caminos convergen aquí: nadie los ha recorrido aún hasta su final.

Esa larga calle hacia atrás: dura una eternidad. Y esa larga calle hacia adelante – es otra eternidad.

Se contraponen esos caminos; chocan derechamente de cabeza: –y aquí, en este portón, es donde convergen. El nombre del portón está escrito arriba: “Instante”.

Pero si alguien recorriese uno de ellos – cada vez y cada vez más lejos: ¿crees tú, enano, que esos caminos se contradicen eternamente?». –

«Todas las cosas derechas mienten, murmuró con desprecio el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo».

«Tú, espíritu de la pesadez, dije encolerizándome, ¡no tomes las cosas tan a la ligera! O te dejo en cuclillas ahí donde te encuentras, cojitranco, – ¡y yo te he *subido* hasta aquí!

¡Mira, continué diciendo, este instante! Desde este portón llamado Instante corre *hacia atrás* una calle larga, eterna: a nuestras espaldas yace una eternidad.

Cada una de las cosas que *pueden* correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?

Y si todo ha existido ya: ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿No tendrá también este portón que – haber existido ya?

¿Y no están todas las cosas anudadas con fuerza, de modo que este instante arrastra tras sí *todas* las cosas venideras? ¿*Por lo tanto* – – incluso a sí mismo?

Pues cada una de las cosas que *pueden* correr: ¡también por esa larga calle *hacia adelante* – *tiene que* volver a correr una vez más! –

Y esa araña que se arrastra con lentitud a la luz de la luna, y esa misma luz de la luna, y yo y tú, cuchicheando ambos junto a este portón, cuchicheando de cosas eternas – ¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya?

– y venir de nuevo y correr por aquella otra calle, hacia adelante, delante de nosotros, por esa larga, horrenda calle – ¿no tenemos que retornar eternamente?». –

Así dije, con voz cada vez más queda: pues tenía miedo de mis propios pensamientos y de sus trasfondos. Entonces, de repente, oí aullar a un perro cerca.

¿Había oído yo alguna vez aullar así a un perro? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en remota infancia[284]:

– entonces oí aullar así a un perro. Y también lo vi con el pelo erizado, la cabeza levantada, temblando, en la más silenciosa medianoche, cuando incluso los perros creen en fantasmas:

– de tal modo que me dio lástima. Pues justo en aquel momento la luna llena, con un silencio de muerte, apareció por encima de la casa, justo en aquel momento se había detenido, un disco incandescente, – detenido sobre el techo plano, como sobre propiedad ajena: –

esto exasperó entonces al perro: pues los perros creen en ladrones y fantasmas. Y cuando de nuevo volví a oírle aullar, de nuevo volvió a darme lástima.

¿Adonde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? *De repente* me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.

¡*Pero allí yacía por tierra un hombre*! ¡Y allí! El perro saltando, con el pelo erizado, gimiendo, – ahora él me veía venir – y entonces aulló de nuevo, *gritó*: – ¿había yo oído alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro?

Y, en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un joven pastor

retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra[285].

¿Había visto yo alguna vez tanto asco y tanto lívido espanto en *un solo* rostro? Sin duda se había dormido. Y entonces la serpiente se deslizó en su garganta y se aferraba a ella mordiendo.

Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: – ¡en vano! No conseguí arrancarla de allí. Entonces se me escapó un grito: «¡Muerde! ¡Muerde!

¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!» – éste fue el grito que de mí se escapó, mi horror, mi odio, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con *un solo* grito. –

¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, indagadores, y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros, que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme, pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario![286]

Pues fue una visión y una previsión: – *¿qué* vi yo entonces en símbolo? ¿Y *quién* es el que algún día tiene que venir aún?[287]

¿*Quién* es el pastor a quien la serpiente se le introdujo en la garganta? ¿*Quién* es el hombre a quien todas las cosas más pesadas, más negras, se le introducirán así en la garganta?

– Pero el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito; ¡dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente y se puso en pie de un salto[288]. –

Ya no pastor, ya no hombre, – ¡un transfigurado, iluminado, que *reía*! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como *él* rió!

Oh hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre, – – y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca se aplaca.

Mi anhelo de esa risa me devora: ¡oh, cómo soporto el vivir aún! ¡Y cómo soportaría el morir ahora! –

Así habló Zaratustra.

De la bienaventuranza no querida[289]

Con tales enigmas y amarguras en el corazón cruzó Zaratustra el mar. Mas cuando estuvo a cuatro días de viaje de las islas afortunadas y de sus amigos, había superado todo su dolor –: victorioso y con pies firmes se hallaba erguido de nuevo sobre su destino. Y entonces Zaratustra habló así a su conciencia jubilosa:

Solo estoy de nuevo, y quiero estarlo, solo con el cielo puro y el mar libre; y de nuevo me rodea la tarde.

En una tarde encontré por vez primera en otro tiempo a mis amigos, en una tarde también la vez segunda[290]: – en la hora en que toda luz se vuelve más silenciosa.

Pues lo que de felicidad se encuentra aún en camino entre el cielo y la tierra, eso búscase como asilo un alma luminosa: *a causa de la felicidad* se ha vuelto toda luz más silenciosa ahora.

¡Oh tarde de mi vida! En otro tiempo también *mi* felicidad descendió al valle para buscarse un asilo: allí encontró esas almas abiertas y hospitalarias.

¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no he entregado yo a cambio de tener *una sola cosa*: este viviente plantel de mis pensamientos y esta luz matinal de mi más alta esperanza!

Compañeros de viaje buscó en otro tiempo el creador, e hijos de *su* esperanza: y ocurrió que no pudo encontrarlos, a no ser que él mismo los crease.

Así estoy en medio de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de ellos: por amor a sus hijos tiene Zaratustra que consumarse a sí mismo.

Pues radicalmente se ama tan sólo al propio hijo[291] y a la propia obra; y donde existe gran amor a sí mismo, allí hay señal de embarazo: esto es lo que he encontrado.

Todavía verdean mis hijos en su primera primavera, unos junto a otros y agitados por vientos comunes, árboles de mi jardín y de mi mejor tierra.

¡Y en verdad!, ¡donde se apiñan tales árboles, allí *existen* islas afortunadas!

Pero alguna vez quiero trasplantarlos y ponerlos separados unos de otros: para que cada uno aprenda soledad, y tenacidad, y cautela.

Nudoso y retorcido y con flexible dureza deberá estar entonces para mí junto al mar, faro viviente de vida invencible.

Allí donde las tempestades se precipitan en el mar y la trompa de las montañas bebe agua, allí debe realizar cada uno alguna vez sus guardias de día y de noche, para *su* examen y conocimiento.

Conocido y examinado debe ser, para que se sepa si es de mi especie y de mi procedencia, – si es señor de una voluntad larga, callado aun cuando habla, y de tal modo dispuesto a dar, que al dar *tome*: –

– para que algún día llegue a ser mi compañero de viaje y concree y concelebre las fiestas junto con Zaratustra[292] alguien que me escriba mi voluntad en mis tablas: para más plena consumación de todas las cosas.

Y por amor a él y a su igual tengo yo mismo que consumarme *a mí*: por ello me aparto ahora de mi felicidad y me ofrezco a toda infelicidad – para *mi* último examen y *mi* último conocimiento.

Y en verdad era llegado el tiempo de irme; y la sombra del caminante y el instante más largo y la hora más silenciosa – todos me decían: «¡Ya ha llegado la hora!»[293].

El viento me soplaba por el agujero de la cerradura y decía: «¡Ven!». La puerta se me abría arteramente y decía: «¡Ve!».

Mas yo yacía encadenado al amor de mis hijos: el ansia me tendía esos lazos, el ansia de amor, de llegar a ser presa de mis hijos y perderme en ellos.

Ansiar – esto significa ya para mí: haberme perdido. ¡*Yo os tengo, hijos míos*! En este tener, todo tiene que ser seguridad y nada tiene que ser ansiar.

Pero encobándome yacía sobre mí el sol de mi amor, en su propio jugo cocíase Zaratustra, – entonces sombras y dudas se alejaron volando por encima de mí.

De frío e invierno sentía yo ya deseos: «¡Oh, que el frío y el invierno vuelvan a hacerme crujir y chirriar!», suspiraba yo: – entonces se levantaron de mí nieblas glaciales.

Mi pasado rompió sus sepulcros, más de un dolor enterrado vivo se despertó tan sólo se había adormecido, oculto en sudarios.

Así me gritaron todas las cosas por signos: «¡Ya es tiempo!». Mas yo – no oía: hasta que por fin mi abismo se movió y mi pensamiento me mordió.

¡Ay, pensamiento abismal, que eres *mi* pensamiento! ¿Cuándo encontraré la fuerza para oírte cavar, y no temblar yo ya?

¡Hasta el cuello me suben los latidos del corazón cuando te oigo cavar! ¡Tu silencio quiere estrangularme, tú abismalmente silencioso!

Todavía no me he atrevido nunca a llamarte *arriba*: ¡ya es bastante que conmigo – te haya yo llevado! Aún no era yo bastante fuerte para la última arrogancia y petulancia del león.

Bastante terrible ha sido ya siempre para mí tu pesadez: ¡mas alguna vez debo encontrar la fuerza y la voz del león, que te llame arriba!

Cuando yo haya superado esto, entonces quiero superar algo todavía mayor; ¡y una *victoria* será el sello de mi consumación! –

Entretanto vago todavía por mares inciertos; el azar me adula, el azar de lengua lisa; hacia adelante y hacia atrás miro –, aún no veo final alguno.

Todavía no me ha llegado la hora de mi última lucha –, ¿o acaso me llega en este momento? ¡En verdad, con pérfida belleza me contemplan el mar y la vida que me rodean!

¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad antes del anochecer! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!

¡En verdad, desconfío de vuestra pérfida belleza! Me parezco al amante, que desconfía de la sonrisa demasiado aterciopelada.

Así como el celoso rechaza lejos de sí a la más amada, siendo tierno incluso en su dureza –, así rechazo yo lejos de mí esta hora bienaventurada.

¡Aléjate, hora bienaventurada! ¡Contigo me llegó una bienaventuranza no querida! Dispuesto a mi dolor más profundo me encuentro aquí: – ¡a destiempo has venido!

¡Aléjate, hora bienaventurada! Es mejor que busques asilo allí –¡entre mis hijos! ¡Apresúrate!, ¡y bendícelos con *mi* felicidad antes del anochecer!

Ya se aproxima el anochecer: el sol se pone. ¡Vete – felicidad mía! –

Así habló Zaratustra, y aguardó a su infelicidad durante toda la noche: mas aguardó en vano. La noche permaneció clara y silenciosa, y la felicidad misma se le fue acercando cada vez más. Hacia la mañana Zaratustra rió a su corazón y dijo burlonamente: «La felicidad corre detrás de mí. Esto se debe a que yo no corro detrás de las mujeres. Pero la felicidad es una mujer».

Antes de la salida del sol[294]

¡Oh cielo por encima de mí, tú puro! ¡Profundo! ¡Abismo de luz! Contemplándote me estremezco de ansias divinas.

Arrojarme a tu altura – ¡ésa es *mi* profundidad! Cobijarme en tu pureza – ¡ésa es *mi* inocencia!

Al dios su belleza lo encubre: así me ocultas tú tus estrellas. No hablas: *así* me anuncias tu sabiduría.

Mudo sobre el mar rugiente has salido hoy para mí, tu amor y tu pudor dicen revelación a mi rugiente alma.

El que hayas venido bello a mí, encubierto en tu belleza, el que mudo me hables, manifiesto en tu sabiduría:

¡Oh, cómo no iba yo a adivinar todos los pudores de tu alma! ¡*Antes* del sol has venido a mí tú, el más solitario de todos!

Somos amigos desde el comienzo: comunes nos son la tristura y la pavura y la hondura[295]; hasta el sol nos es común.

No hablamos entre nosotros, pues sabemos demasiadas cosas callamos juntos, sonreímos juntos a nuestro saber.

¿No eres tú acaso la luz para mi fuego? ¿No tienes tú el alma gemela de mi conocimiento?

Juntos aprendimos todo; juntos aprendimos a ascender por encima de nosotros hacia nosotros mismos, y a sonreír sin nubes: –

– a sonreír sin nubes hacia abajo, desde ojos luminosos y desde una remota lejanía, mientras debajo de nosotros la coacción y la finalidad y la culpa exhalan vapores como si fuesen lluvia.

Y cuando yo caminaba solo: ¿*de quién* tenía hambre mi alma por las noches y en los senderos errados? Y cuando yo subía montañas, ¿*a quién* buscaba siempre en las montañas sino a ti?

Y todo mi caminar y subir montañas: una necesidad era tan sólo, y un recurso del desvalido: – ¡*volar* es lo único que mi entera voluntad quiere, volar dentro de *ti*!

¿Y a quién odiaba yo más que a las nubes pasajeras y a todas las cosas que te manchan? ¡Y hasta a mi propio odio odiaba yo, porque te manchaba!

Estoy enojado con las nubes pasajeras, con esos gatos de presa que furtivamente se deslizan: nos quitan a ti y a mí lo que nos es común, – el inmenso e ilimitado decir sí y amén.

Estamos enojados con esas mediadoras y entrometidas, las nubes pasajeras: mitad de esto mitad de aquello, que no han aprendido a bendecir ni a maldecir a fondo.

¡Prefiero estar sentado en el tonel bajo un cielo cubierto, prefiero estar sentado sin cielo en el abismo, que verte a ti, cielo de luz, manchado con nubes pasajeras!

Y a menudo he sentido deseos de sujetarlas con los dentados alambres áureos del

rayo, y golpear los timbales, como el trueno, sobre su panza de caldera: –

– ser un encolerizado timbalero, porque me roban tu ¡sí! y ¡amén!, ¡cielo por encima de mí, tú puro! ¡Luminoso! ¡Abismo de luz! – porque te roban *mi* ¡sí! y ¡amén!

Pues prefiero el ruido y el trueno y las maldiciones del mal tiempo a esta circunspecta y dubitante quietud gatuna; y también entre los hombres, a los que más odio es a todos los que andan sin ruido, y a todos los medias tintas, y a los que son como dubitantes e indecisas nubes pasajeras.

¡Y «el que no pueda bendecir debe *aprender* a maldecir»![296] – esta luminosa enseñanza me cayó de un cielo luminoso, esta estrella brilla en mi cielo hasta en las noches negras.

Mas yo soy uno que bendice y que dice sí, con tal de que tú estés a mi alrededor, ¡tú puro!, ¡luminoso!, ¡tú abismo de luz! – a todos los abismos llevo yo entonces, como una bendición, mi decir sí.

Me he convertido en uno que bendice y que dice sí, y he luchado durante largo tiempo, y fui un luchador, a fin de tener un día las manos libres para bendecir.

Pero ésta es mi bendición: estar yo sobre cada cosa como su cielo propio, como su techo redondo, su campana azur y su eterna seguridad: ¡bienaventurado quien así bendice!

Pues todas las cosas están bautizadas en el manantial de la eternidad y más allá del bien y del mal; el bien y el mal mismos no son más que sombras intermedias y húmedas tribulaciones y nubes pasajeras.

En verdad, una bendición es, y no una blasfemia, el que yo enseñe: «Sobre todas las cosas está el cielo Azar, el cielo Inocencia, el cielo Casualidad y el cielo Arrogancia».

«De casualidad» – ésta es la más vieja aristocracia del mundo[297], yo se la he restituido a todas las cosas, yo la he redimido de la servidumbre a la finalidad.

Esta libertad y esta celestial serenidad yo las he puesto como campana azur sobre todas las cosas al enseñar que por encima de ellas y a través de ellas no hay ninguna «voluntad eterna» que – quiera.

Esta arrogancia y esta necedad púselas yo en lugar de aquella voluntad cuando enseñé: «En todas las cosas sólo *una* es imposible – ¡racionalidad!».

Un *poco* de razón, ciertamente, una semilla de sabiduría, esparcida entre estrella y estrella, – esa levadura está mezclada en todas las cosas[298]: ¡por amor a la necedad hay mezclada sabiduría en todas las cosas!

Un poco de sabiduría sí es posible; mas ésta fue la bienaventurada seguridad que encontré en todas las cosas: que prefieren – *bailar* sobre los pies del azar.

Oh cielo por encima de mí, ¡tú puro!, ¡elevado! Ésta es para mí tu pureza, ¡que no existe ninguna eterna araña y ninguna eterna telaraña de la razón: –

– que tú eres para mí una pista de baile para azares divinos, que tú eres para mí una mesa de dioses para dados y jugadores divinos![299] –

Pero ¿te sonrojas? ¿He dicho tal vez cosas que no pueden decirse? ¿He blasfemado queriendo bendecirte?

¿O acaso es el pudor compartido el que te ha hecho enrojecer? – ¿Acaso me ordenas irme y callar porque ahora – viene el *día*?

El mundo es profundo y más profundo de lo que nunca ha pensado el día[300]. No a todas las cosas les es lícito tener palabras antes del día. Pero el día viene: ¡por eso ahora nos separamos!

Oh cielo por encima de mí, ¡tú pudoroso!, ¡ardiente! ¡Oh tú felicidad mía antes de la salida del sol! El día viene: ¡por eso ahora nos separamos! –

Así habló Zaratustra.

De la virtud empequeñecedora[301]

1

Cuando Zaratustra estuvo de nuevo en tierra firme no marchó derechamente a su montaña y a su caverna, sino que hizo muchos caminos y preguntas y se informó de esto y de lo otro, de modo que, bromeando, decía de sí mismo: «¡He aquí un río que con numerosas curvas refluye hacia la fuente!». Pues quería enterarse de lo que entretanto había ocurrido *con el hombre*: si se había vuelto más grande o más pequeño. Y en una ocasión vio una fila de casas nuevas; entonces se maravilló y dijo:

¿Qué significan esas casas? ¡En verdad, ningún alma grande las ha colocado ahí como símbolo de sí misma!

¿Las sacó acaso un niño idiota de su caja de juguetes? ¡Ojalá otro niño vuelva a meterlas en su caja!

Y esas habitaciones y cuartos: ¿pueden salir y entrar ahí *varones*? Parécenme hechas para muñecas de seda; o para gatos golosos, que también permiten sin duda que se los golosinee a ellos.

Y Zaratustra se detuvo y reflexionó. Finalmente dijo turbado: «¡*Todo* se ha vuelto más pequeño!

Por todas partes veo puertas más bajas: quien es de mi especie puede pasar todavía por ellas sin duda – ¡pero tiene que agacharse!

Oh, cuándo regresaré a mi patria, donde ya no tengo que agacharme – ¡donde ya no tengo que agacharme *ante los pequeños*!». – Y Zaratustra suspiró y miró a la lejanía. –

Y aquel mismo día pronunció su discurso sobre la virtud empequeñecedora.

2

Yo camino a través de este pueblo y mantengo abiertos mis ojos: no me perdonan que no esté envidioso de sus virtudes.

Tratan de morderme porque les digo: para gentes pequeñas son necesarias virtudes pequeñas – ¡y porque me resulta duro que sean *necesarias* gentes pequeñas!

Todavía me parezco aquí al gallo caído en corral ajeno, al que picotean incluso las gallinas; sin embargo, no por ello me enfado yo con estas gallinas.

Soy cortés con ellas, como con toda molestia pequeña; ser espinoso con lo pequeño paréceme una sabiduría de erizos.

Todos ellos hablan de mí cuando por las noches están sentados en torno al fuego – hablan de mí, mas nadie piensa – ¡en mí!

Éste es el nuevo silencio que he aprendido: su ruido a mi alrededor extiende un manto sobre mis pensamientos.

Meten ruido entre ellos: «¿Qué quiere de nosotros esa nube sombría? ¡Cuidemos de que no nos traiga una peste!».

Y hace poco una mujer atrajo a sí violentamente a su hijo, que quería venir a mí: «¡Llevaos los niños!», gritó; «esos ojos chamuscan las almas infantiles»[302].

Tosen cuando yo hablo: creen que toser es un argumento contra vientos poderosos – ¡no adivinan nada del rugir de mi felicidad!

«Todavía no tenemos tiempo para Zaratustra» – esto es lo que objetan; pero ¿qué importa un tiempo que «no tiene tiempo» para Zaratustra?

Y hasta cuando me alaban: ¿cómo podría yo adormecerme sobre *su* alabanza? Un cinturón de espinas es para mí su alabanza: me araña todavía después de haberlo apartado de mí.

Y también he aprendido esto entre ellos: el que alaba se imagina que restituye algo, ¡pero en verdad quiere recibir más regalos!

¡Preguntad a mi pie si le agrada la forma de alabar y de atraer de ellos! En verdad, a ese ritmo y a ese tictac no le gusta a mi pie ni bailar ni estar quieto.

Hacia la virtud pequeña quisieran atraerme y elogiármela; hacia el tictac de la felicidad pequeña quisieran persuadir a mi pie.

Camino a través de este pueblo y mantengo abiertos los ojos: se han vuelto *más pequeños* y se vuelven cada vez más pequeños: – *y esto se debe a su doctrina acerca de la felicidad y la virtud*.

En efecto, también en la virtud son modestos – pues quieren comodidad. Pero con la comodidad no se aviene más que la virtud modesta.

Sin duda ellos aprenden también, a su manera, a caminar y a marchar hacia adelante: a esto lo llamo yo su *renquear* –. Con ello se convierten en obstáculos para todo el que tiene prisa.

Y algunos de ellos marchan hacia adelante y, al hacerlo, miran hacia atrás, con la nuca rígida[303]: a éstos me gusta atropellarlos.

Pies y ojos no deben mentirse ni desmentirse mutuamente. Pero hay demasiada mentira entre las gentes pequeñas.

Algunos de ellos quieren, pero la mayor parte únicamente son queridos[304]. Algunos de ellos son auténticos, pero la mayoría son malos comediantes.

Hay entre ellos comediantes sin saberlo y comediantes sin quererlo –, los auténticos son siempre raros, y en especial los comediantes auténticos.

Hay aquí pocos varones: por ello se masculinizan sus mujeres. Pues sólo quien es bastante varón – *redimirá* en la mujer – a *la mujer*.

Y la hipocresía que peor me pareció entre ellos fue ésta: que también los que mandan fingen hipócritamente tener las virtudes de quienes sirven.

«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos» – así reza aquí también la hipocresía de los que dominan, – ¡y ay cuando el primer señor es *tan sólo* el primer servidor![305]

Ay, también en sus hipocresías se extravió volando la curiosidad de mis ojos; y bien adiviné yo toda su felicidad de moscas y su zumbar en torno a soleados cristales de ventanas.

Cuanta bondad veo, esa misma debilidad veo. Cuanta justicia y compasión veo, esa misma debilidad veo.

Redondos, justos y bondadosos son unos con otros, así como son redondos, justos y bondadosos los granitos de arena con los granitos de arena.

Abrazar modestamente una pequeña felicidad – ¡a esto lo llaman ellos «resignación»! Y, al hacerlo, ya bizquean con modestia hacia una pequeña felicidad nueva.

En el fondo lo que más quieren es simplemente *una* cosa: que nadie les haga daño. Así son deferentes con todo el mundo y le hacen bien.

Pero esto es *cobardía*: aunque se llame «virtud». –

Y cuando alguna vez estas pequeñas gentes hablan con aspereza: *yo* escucho allí tan sólo su ronquera, – cualquier corriente de aire, en efecto, los pone roncos.

Son listos, sus virtudes tienen dedos listos. Pero les faltan los puños, sus dedos no saben esconderse detrás de puños.

Virtud es para ellos lo que vuelve modesto y manso: con ello han convertido al lobo en perro, y al hombre mismo en el mejor animal doméstico del hombre.

«Nosotros ponemos nuestra silla en el *medio* – esto me dice su sonrisa complacida – y a igual distancia de los gladiadores moribundos que de las cerdas satisfechas».

Pero esto es – *mediocridad*: aunque se llame moderación. –

3

Yo camino a través de este pueblo y dejo caer algunas palabras: mas ellos no saben ni tomar ni conservar.

Se extrañan de que yo no haya venido a[306] censurar placeres ni vicios; ¡y en verdad, tampoco he venido a poner en guardia contra los carteristas!

Se extrañan de que no esté dispuesto a hacer aún más avisada y aguda su listeza: ¡como si ellos no tuvieran ya suficiente número de listos, cuya voz rechina a mis oídos igual que los pizarrines!

Y cuando yo clamo: «Maldecid a todos los demonios cobardes que hay en vosotros, a los que les gustaría gimotear y juntar las manos y adorar»[307]: entonces ellos claman: «Zaratustra es ateo»[308].

Y en especial claman así sus maestros de resignación –; mas precisamente a éstos me gusta gritarles al oído: ¡Sí! ¡Yo *soy* Zaratustra el ateo!

¡Estos maestros de resignación! En todas partes en donde hay algo pequeño y enfermo y tiñoso se deslizan ellos, igual que piojos; y sólo mi asco me impide

aplastarlos.

¡Bien! Éste es mi sermón para sus oídos: yo soy Zaratustra el ateo, el que dice «¿quién es más ateo que yo, para disfrutar de su enseñanza?»[309].

Yo soy Zaratustra el ateo: ¿dónde encuentro a mis iguales? Y mis iguales son todos aquellos que se dan a sí mismos su propia voluntad y apartan de sí toda resignación[310].

Yo soy Zaratustra el ateo: yo me cuezo en *mi* puchero cualquier azar. Y sólo cuando está allí completamente cocido, le doy la bienvenida, como alimento *mío*.

Y en verdad, más de un azar llegó hasta mí con aire señorial: pero más señorialmente aún le habló mi *voluntad*, – y entonces se puso de rodillas implorando –

– implorando para encontrar en mí un asilo y un corazón, y diciendo halagadoramente: «¡Mira, oh Zaratustra, cómo sólo el amigo viene al amigo!». –

Sin embargo, ¡para qué hablar si nadie tiene *mis* oídos! Y por eso quiero clamar a todos los vientos:

¡Vosotros os volvéis cada vez más pequeños, gentes pequeñas! ¡Vosotros os hacéis migajas, oh cómodos! ¡Vosotros vais a la ruina –

– a causa de vuestras muchas pequeñas virtudes, a causa de vuestras muchas pequeñas omisiones, a causa de vuestras muchas pequeñas resignaciones!

Demasiado indulgente, demasiado condescendiente: ¡así es vuestro terreno! ¡Mas para volverse *grande*, un árbol ha de echar duras raíces en torno a rocas duras!

También lo que vosotros omitís teje en el tejido de todo el futuro humano; también vuestra nada es una telaraña y una araña que vive de sangre del futuro.

Y cuando vosotros tomáis algo, eso es como un hurto, vosotros pequeños virtuosos; mas incluso entre bribones dice el *honor*: «Se debe hurtar tan sólo cuando no se puede robar».

«Se da» – ésta es también una doctrina de la resignación. Pero yo os digo a vosotros los cómodos: ¡*se toma*, y se tomará cada vez más de vosotros!

¡Ay, ojalá alejaseis de vosotros todo querer *a medias* y os volvieseis decididos tanto para la pereza como para la acción!

Ay, ojalá entendieseis mi palabra: «¡Haced siempre lo que queráis, – pero sed primero de aquéllos que *pueden querer*!».

«¡Amad siempre a vuestros prójimos igual que a vosotros, – pero sed primero de aquéllos que *a sí mismos se aman*[311]–

– que aman con el gran amor, que aman con el gran desprecio!». Así habla Zaratustra el ateo. –

¡Mas para qué hablar si nadie tiene *mis* oídos! Aquí es todavía una hora demasiado temprana para mí.

Mi propio precursor soy yo en medio de este pueblo, mi propio canto del gallo a través de oscuras callejuelas.

¡Pero la hora de *ellos* llega! ¡Y llega también la mía! De hora en hora se vuelven

más pequeños, más pobres, más estériles, – ¡pobre vegetación!, ¡pobre terreno!

Y pronto estarán ante mí como hierba seca y como rastrojo, y, en verdad, cansados de sí mismos – ¡y, aún más que de agua, sedientos de *fuego*!

¡Oh hora bendita del rayo! ¡Oh misterio antes del mediodía! – En fuegos que se propagan voy a convertirlos todavía alguna vez, y en mensajeros con lenguas de fuego[312]: –

– ellos deben anunciar alguna vez con lenguas de fuego: ¡Llega, está próximo *el gran mediodía*![313].

Así habló Zaratustra.

En el monte de los olivos[314]

El invierno, mal huésped, se ha asentado en mi casa; azuladas se han puesto mis manos del apretón de manos de su amistad.

Yo honro a este mal huésped, pero me gusta dejarlo solo. Me gusta alejarme de él; ¡y si uno corre *bien*, consigue escaparse de él!

Con pies calientes y pensamientos calientes corro yo hacia donde el viento está tranquilo, – hacia el rincón soleado de mi monte de los olivos.

Allí me río de mi severo huésped, y hasta le estoy agradecido porque me expulsa de casa las moscas y hace callar muchos pequeños ruidos.

Él no soporta, en efecto, que se ponga a cantar un solo mosquito, y mucho menos dos; incluso a la calleja la deja tan solitaria que la luna tiene miedo de penetrar en ella por la noche.

Es un huésped duro, – pero yo lo honro, y no rezo, como los delicados, al panzudo ídolo del fuego.

¡Es preferible dar un poco diente con diente que adorar ídolos! – así lo quiere mi modo de ser. Y soy especialmente hostil a todos los ardorosos, humeantes y enmohecidos ídolos del fuego.

A quien yo amo, lo amo mejor en el invierno que en el verano; y ahora me burlo de mis enemigos, y lo hago más cordialmente desde que el invierno se ha asentado en mi casa.

Cordialmente en verdad, incluso cuando *me arrastro* a la cama allí continúa riendo y gallardeando mi encogida felicidad; incluso mis sueños embusteros se ríen.

¿Yo uno – que se arrastra? Jamás me he arrastrado en mi vida ante los poderosos; y si alguna vez mentí, mentí por amor. Por ello estoy contento incluso en la cama de invierno.

Una cama sencilla me calienta más que una cama rica, pues estoy celoso de mi pobreza. Y en invierno es cuando ella más fiel me es.

Con una maldad comienzo cada día, con un baño frío me burlo del invierno: eso hace gruñir a mi severo amigo de casa.

También me gusta hacerle cosquillas con una velita de cera: para que permita por fin que el cielo salga de un crepúsculo ceniciento.

Especialmente maligno soy, ciertamente, por la mañana: a una hora temprana, cuando el cubo rechina en el pozo y los caballos relinchan por las grises callejas: –

aguardo impaciente a que acabe de levantarse el cielo luminoso, el cielo invernal de barbas de nieve, el anciano de blanca cabeza, –

– ¡el cielo invernal, callado, que a menudo guarda en secreto incluso su sol!

¿Acaso de él he aprendido yo el prolongado y luminoso callar? ¿O lo ha aprendido él de mí? ¿O acaso cada uno de nosotros lo ha inventado por sí solo?

El origen de todas las cosas buenas es de mil formas diferentes, – todas las cosas buenas y petulantes saltan de placer a la existencia: ¡cómo iban a hacerlo tan sólo –

una sola vez!

Una cosa buena y petulante es también el largo silencio y el mirar, lo mismo que el cielo invernal, desde un rostro luminoso de ojos redondos: –

– como él, guardar en secreto el propio sol y la propia indómita voluntad solar: ¡en verdad, ese arte y esa invernal petulancia los he aprendido *bien*!

Mi maldad y mi arte más queridos están en que mi silencio haya aprendido a no delatarse por el callar.

Haciendo ruido con palabras y con dados consigo yo engañar a mis solemnes guardianes: a todos esos severos espías deben escabullírseles mi voluntad y mi finalidad.

Para que nadie hunda su mirada en mi fondo y en mi voluntad última, – para ello me he inventado el prolongado y luminoso callar.

Así he encontrado a más de una persona inteligente: se cubría el rostro con velos y enturbiaba su agua para que nadie pudiera verla a través de aquéllos y hacia abajo de ésta.

Pero cabalmente a él acudían hombres desconfiados y cascanueces aún más inteligentes: ¡cabalmente a él le pescaban su pez más escondido!

Pero los luminosos, los bravos, los transparentes – ésos son para mí los más inteligentes de todos los que callan: su fondo es tan *profundo* que ni siquiera el agua más clara – lo traiciona. –

¡Tú silencioso cielo invernal de barbas de nieve, tú cabeza blanca de redondos ojos por encima de mí! ¡Oh tú símbolo celeste de mi alma y de su petulancia!

¿Y no *tengo que* esconderme, como alguien que ha tragado oro, – para que no me abran con un cuchillo el alma?

¿No *tengo que* llevar zancos, para que *no vean* mis largas piernas, – todos esos envidiosos y apenados que me rodean?

Esas almas sahumadas, caldeadas, consumidas, verdinosas, amargadas – ¡cómo *podría* su envidia soportar mi felicidad!

Por ello les enseño tan sólo el hielo y el invierno sobre mis cumbres – ¡y *no* que mi montaña se ciñe también en torno a sí todos los cinturones del sol!

Ellos oyen silbar tan sólo mis tempestades invernales: y *no* que yo navego también por mares cálidos, como lo hacen los anhelosos, graves, ardientes vientos del sur.

Ellos continúan sintiendo lástima de mis reveses y de mis azares: – pero *mi* palabra dice: «¡Dejad venir a mí el azar: es inocente, como un niño pequeño!»[315].

¡Cómo *podrían* ellos soportar mi felicidad si yo no colocara en torno a ella reveses, y miserias invernales, y gorras de oso blanco, y velos de cielo nevoso!

– ¡si yo no tuviera lástima aun de su *compasión*: de la compasión de esos envidiosos y apenados!

– ¡si yo mismo no suspirase y temblase de frío ante ellos, y no me *dejase* envolver pacientemente en su misericordia!

Ésta es la sabia petulancia y la sabia benevolencia de mi alma, el *no ocultar* su invierno ni sus tempestades de frío; tampoco oculta sus sabañones.

La soledad de uno es la huida propia del enfermo; la soledad de otro, la huida *de* los enfermos.

¡Que me *oigan* crujir y sollozar, a causa del frío del invierno, todos esos pobres y bizcos bribones que me rodean! Con tales suspiros y crujidos huyo incluso de sus cuartos caldeados.

Que me compadezcan y sollocen conmigo a causa de mis sabañones: «¡En el hielo del conocimiento él nos *helará* incluso a nosotros!» – así se lamentan.

Entretanto yo corro con pies calientes de un lado para otro en mi monte de los olivos: en el rincón soleado de mi monte de los olivos yo canto y me burlo de toda compasión. –

Así cantó Zaratustra.

Del pasar de largo

Así, atravesando lentamente muchos pueblos y muchas ciudades volvía Zaratustra, dando rodeos, hacia sus montañas y su caverna. Y he aquí que también llegó, sin darse cuenta, a la puerta de la *gran ciudad*: pero allí un necio cubierto de espumarajos saltó hacia él con las manos extendidas y le cerró el paso. Y éste era el mismo necio que el pueblo llamaba «el mono de Zaratustra»: pues había copiado algo de la construcción y del tono de sus discursos y le gustaba también tomar en préstamo ciertas cosas del tesoro de su sabiduría. Y el necio dijo así a Zaratustra:

«Oh, Zaratustra, aquí está la gran ciudad: aquí tú no tienes nada que buscar y todo que perder.

¿Por qué querrías vadear este fango? ¡Ten compasión de tu piel! Es preferible que escupas a la puerta de la ciudad – ¡y te des la vuelta![316]

Aquí está el infierno para los pensamientos de eremitas: aquí a los grandes pensamientos se los cuece vivos y se los reduce a papilla.

Aquí se pudren todos los grandes sentimientos: ¡aquí sólo a los pequeños sentimientos muy flacos les es lícito crujir!

¿No percibes ya el olor de los mataderos y de los figones del espíritu? ¿No exhala esta ciudad el vaho del espíritu muerto en el matadero?

¿No ves pender las almas como pingajos desmadejados y sucios? – ¡Y hacen hasta periódicos de esos pingajos![317]

¿No oyes cómo aquí el espíritu se ha transformado en un juego de palabras? ¡Una repugnante enjuagadura de palabras vomita el espíritu! – ¡Y hacen hasta periódicos con esa enjuagadura de palabras!

Se provocan unos a otros, y no saben a qué. Se acaloran unos con otros, y no saben para qué. Cencerrean con su hojalata, tintinean con su oro.

Son fríos y buscan calor en los aguardientes; están acalorados y buscan frescura en espíritus congelados; todos ellos están enfermizos y calenturientos de opiniones públicas.

Todos los placeres y todos los vicios tienen aquí su casa; pero también hay virtuosos aquí, hay mucha virtud obsequiosa y asalariada: –

Mucha virtud obsequiosa, con dedos de escribano y con un trasero duro a fuerza de aguardar, bendecida con pequeñas estrellas para el pecho y con hijitas rellenadas de paja y carentes de culo.

También hay aquí mucha piedad, y mucho crédulo servilismo, y mucho adulador pasteleo ante el dios de los ejércitos[318].

“De arriba” es de donde gotean, en efecto, la estrella y el esputo benigno; hacia arriba se levanta anheloso todo pecho sin estrellas[319].

La luna tiene su corte, y la corte tiene sus imbéciles: mas a todo lo que viene de la corte le imploran el pueblo de mendigos y toda obsequiosa virtud de pordioseros.

“Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos”[320] – así eleva sus plegarias al príncipe toda virtud obsequiosa: ¡para que la merecida estrella se prenda por fin al estrecho tórax!

Mas la luna continúa girando en torno a todo lo terreno: así continúa girando también el príncipe en torno a lo más terreno de todo –: y eso es el oro de los tenderos.

El dios de los ejércitos no es el dios de las barras de oro; el príncipe propone ¡pero el tendero – dispone!

¡Por todo lo que en ti es luminoso, y fuerte, y bueno, oh Zaratustra! ¡Escupe a esta ciudad de tenderos y date la vuelta!

Aquí toda sangre corre perezosa y floja y espumosa por todas las venas: ¡escupe a la gran ciudad, que es el gran vertedero donde espumea junta toda la escoria!

Escupe a la ciudad de las almas aplastadas y de los pechos estrechos, de los ojos afilados, de los dedos viscosos –

– a la ciudad de los importunos, de los desvergonzados, de los escritorzuelos y vocingleros, de los ambiciosos sobrerrecalentados: –

– en donde todo lo podrido, desacreditado, lascivo, sombrío, superputrefacto, ulcerado, conjurado supura todo junto: –

– ¡escupe a la gran ciudad y date la vuelta!». – –

Pero aquí Zaratustra interrumpió al necio cubierto de espumarajos y le tapó la boca.

«¡Acaba de una vez!, gritó Zaratustra, ¡hace ya tiempo que tus palabras y tus modales me producen náuseas!

¿Por qué has habitado durante tanto tiempo en la ciénaga, hasta el punto de que tú mismo tuviste que convertirte en rana y en sapo?

¿No corre incluso por tus venas una perezosa y espumosa sangre de ciénaga, de modo que también tú has aprendido a croar y a blasfemar así?

¿Por qué no te has marchado tú al bosque? ¿O has arado la tierra? ¿No está acaso el mar lleno de verdes islas?

Yo desprecio tu despreciar; y puesto que me has advertido a mí, – ¿por qué no te advertiste a ti?

Sólo del amor deben salir volando mi despreciar y mi pájaro amonestador: ¡pero no de la ciénaga! –

Te llaman mi mono, necio cubierto de espumarajos: mas yo te llamo mi cerdo gruñón, – con tu gruñido me estropeas incluso mi elogio de la necedad.

¿Qué fue, pues, lo que te llevó a gruñir? El que nadie te haya *adulado* bastante: – por eso te pusiste junto a esta inmundicia, para tener motivo de gruñir mucho, –

– ¡para tener motivo de *vengarte* mucho! ¡Venganza, en efecto, necio vanidoso, es todo tu echar espumarajos, yo te he adivinado bien!

¡Pero tu palabra de necio *me* perjudica incluso allí donde tienes razón! Y si la palabra de Zaratustra *tuviese* incluso cien veces razón: ¡con mi palabra *tú* siempre

harías – la sinrazón!».

Así habló Zaratustra; y contempló la gran ciudad; suspiró y calló durante largo tiempo[321]. Finalmente, dijo así: Me produce náuseas también esta gran ciudad, y no sólo este necio. Ni en una ni en otro hay nada que mejorar, nada que empeorar.

¡Ay de esta gran ciudad![322] – ¡Yo quisiera ver ya la columna de fuego que ha de consumirla!

Pues tales columnas de fuego deben preceder al gran mediodía[323]. Mas éste tiene su tiempo y su propio destino.

Esta enseñanza te doy a ti, necio, como despedida: donde no se puede continuar amando se debe – ¡*pasar de largo*! –

Así habló Zaratustra y pasó de largo junto al necio y la gran ciudad.

De los apóstatas

1

Ay, ¿ya está marchito y gris todo lo que hace un momento estaba aún verde y multicolor en este prado? ¡Y cuánta miel de esperanza he extraído yo de ahí para llevarla a mis colmenas!

Todos estos corazones jóvenes se han vuelto ya viejos, – ¡y ni siquiera viejos!, sólo cansados, vulgares, cómodos: – dicen «hemos vuelto a hacernos piadosos»[324].

Hace todavía un momento los veía yo salir afuera a hora temprana para correr con pies valientes: pero sus pies del conocimiento se han cansado, ¡y ahora calumnian incluso su valentía matinal!

En verdad, algunos de ellos levantaron en otro tiempo las piernas como un bailarín, a ellos hízoles señas la risa que hay en mi sabiduría: – entonces se pusieron a reflexionar. Y acabo de verlos curvados – arrastrándose hacia la cruz[325].

En torno a la luz y a la libertad revoloteaban en otro tiempo como mosquitos y jóvenes poetas. Un poco más viejos, un poco más fríos: y ya son hombres oscuros, y refunfuñadores y trashogueros.

¿Se acobardó acaso su corazón porque la soledad, como una ballena, me tragó?[326] ¿Tal vez sus oídos, anhelosos, estuvieran esperándome *en vano* largo tiempo a mí y a mis toques de trompeta y a mis gritos de heraldo?

– ¡Ay! Pocos son siempre aquéllos cuyo corazón tiene un largo valor y una larga arrogancia; y en éstos tampoco el espíritu deja de ser paciente. Pero el resto es *cobarde*.

El resto: son siempre los más, los triviales, los sobrantes, los demasiados – ¡todos ellos son cobardes!

A quien es de mi especie le saldrán también al encuentro las vivencias de mi especie: de modo que sus primeros compañeros tienen que ser cadáveres y bufones[327].

Pero sus segundos compañeros – se llamarán sus *creyentes*: un enjambre animado, mucho amor, mucha tontería, mucha veneración imberbe.

¡A estos creyentes no debe ligar su corazón el que entre los hombres sea de mi especie; en estas primaveras y en estos multicolores prados no debe creer quien conoce la huidiza y cobarde especie humana!

Si *pudiesen* de otro modo, entonces *querrían* también de otro modo. Las gentes de medias tintas corrompen todo el conjunto. El que las hojas se marchiten, – ¡qué hay que lamentar en ello!

¡Déjalas ir y caer, oh Zaratustra, y no te lamentes! Es preferible que soples entre ellas con vientos veloces, –

– que soples entre las hojas, oh Zaratustra: ¡para que todo lo marchito se aleje de ti aún más rápidamente! –

2

«Hemos vuelto a hacernos piadosos» – así confiesan estos apóstatas; y algunos de ellos son incluso demasiado cobardes para confesarlo.

A éstos los miro a los ojos, – a éstos les digo a la cara y al rubor de sus mejillas: ¡vosotros sois los que vuelven a *rezar*!

¡Pero rezar es una vergüenza! No para todos, pero sí para ti y para mí y para quien tiene su conciencia también en la cabeza. ¡Para *ti* es una vergüenza rezar!

Lo sabes bien: el demonio cobarde que hay dentro de ti, a quien le gustaría juntar las manos y cruzarse de brazos y sentirse más cómodo: – ese demonio cobarde te dice: «¡*Existe* Dios!».

Pero *con ello* formas parte de la oscurantista especie de aquellos a quienes la luz no les deja nunca reposo; ¡ahora tienes que esconder cada día más hondo tu cabeza en la noche y en la bruma!

Y en verdad, has escogido bien la hora: pues en este momento salen a volar de nuevo las aves nocturnas. Ha llegado la hora de todo pueblo enemigo de la luz, ha llegado la hora vespertina y de fiesta en que no – «se hace fiesta».

Lo oigo y lo huelo: ha llegado la hora de su caza y de su procesión: no, ciertamente, la hora de una caza salvaje, sino de una caza mansa, tullida, husmeante y propia de gentes que andan sin ruido y rezan sin ruido, –

– de una caza para cazar gentes mojigatas y de mucha alma: ¡todas las ratoneras de corazones están ahora apostadas de nuevo! Y si levanto una cortina, allí se precipita fuera una mariposita nocturna.

¿Es que acaso estaba acurrucada allí con otra mariposita nocturna? Pues por todas partes siento el olor de pequeñas comunidades agazapadas; y donde existen conventículos, allí dentro hay nuevos rezadores y vaho de rezadores.

Durante largas noches se sientan unos junto a otros y dicen: «¡Hagámonos de nuevo como niños pequeños[328] y digamos “Dios mío”!» – con la cabeza y el estómago estropeados por los piadosos confiteros.

O contemplan durante largas noches una astuta y acechante araña crucera[329], que predica también astucia a las arañas y enseña así: «¡Bajo las cruces es bueno tejer la tela!».

O se sientan durante el día, con cañas de pescar, junto a ciénagas, y con ello se creen *profundos*; ¡mas a quien pesca allí donde no hay peces, yo ni siquiera lo llamo superficial!

O aprenden a tocar el arpa, con piadosa alegría, de un coplero que de muy buena gana se insinuaría con el arpa en el corazón de las jovencillas: – pues se ha cansado

de las viejecillas y de sus alabanzas.

O aprenden a estremecerse de horror con un semiloco docto que aguarda en oscuras habitaciones a que los espíritus se le aparezcan – ¡y el espíritu escapa de allí completamente![330]

O escuchan con atención a un ronroneante y gruñidor músico viejo y vagabundo que aprendió de los vientos sombríos el tono sombrío de sus sonidos; ahora silba a la manera del viento y predica tribulación con tonos atribulados.

Y algunos de ellos se han convertido incluso en vigilantes nocturnos: éstos entienden ahora de soplar en cuernos y de rondar por la noche y de desvelar cosas viejas, que hace ya mucho tiempo que se adormecieron.

Cinco frases sobre cosas viejas oí yo ayer por la noche junto al muro del jardín: venían de tales viejos, atribulados y secos vigilantes nocturnos.

«Para ser un padre, no se preocupa bastante de sus hijos: ¡los padres-hombres lo hacen mejor!». –

«¡Es demasiado viejo! Ya no se preocupa en absoluto de sus hijos» – respondió el otro vigilante nocturno.

«Pero ¿*tiene* hijos? ¡Nadie puede demostrarlo si él mismo no lo demuestra! Hace ya mucho tiempo que yo quisiera que lo demostrase alguna vez de verdad».

«¿Demostrar? ¡Como si él hubiera demostrado alguna vez algo! El demostrar le resulta difícil; da mucha importancia a que se le *crea*».

«¡Sí! ¡Sí! La fe le hace bienaventurado[331], la fe en él. ¡Tal es el modo de ser de los viejos! ¡Así nos va también a nosotros!». –

– De este modo hablaron entre sí los dos viejos vigilantes nocturnos y los dos temerosos de la luz, y después se pusieron, atribulados, a soplar en sus cuernos: esto ocurrió ayer por la noche junto al muro del jardín.

Pero a mí el corazón se me retorcía de risa, y quería explotar, y no sabía hacia dónde, y se hundió en el diafragma.

En verdad, ésta llegará a ser mi muerte, asfixiarme de risa al ver asnos ebrios y al oír a vigilantes nocturnos dudar de Dios.

¿No *hace ya mucho* que pasó el tiempo de tales dudas? ¡A quién le es lícito seguir desvelando tales cosas viejas y adormecidas, que temen la luz!

Los viejos dioses hace ya mucho tiempo, en efecto, que se acabaron: – ¡y en verdad, tuvieron un buen y alegre final de dioses!

No encontraron la muerte en un «crepúsculo»[332], – ¡ésa es la mentira que se dice! Antes bien, encontraron su propia muerte – ¡*riéndose*!

Esto ocurrió cuando la palabra más atea de todas fue pronunciada por un dios mismo, – la palabra: «¡Existe un *único* dios! ¡No tendrás otros dioses junto a mí!»[333] –

– un viejo dios huraño, un dios celoso se sobrepasó de ese modo: –

Y todos los dioses rieron entonces, se bambolearon en sus asientos y gritaron: «¿No consiste la divinidad precisamente en que existan dioses, pero no dios?»[334].

El que tenga oídos, oiga. –

Así dijo Zaratustra en la ciudad que él amaba y que se denomina «La Vaca Multicolor». Desde allí, en efecto, le faltaban tan sólo dos días de camino para retornar a su caverna y a sus animales; y su alma se regocijaba continuamente por la proximidad de su retorno a casa. –

El retorno a casa[335]

¡Oh soledad! ¡Tú *patria* mía, soledad! ¡Ha sido demasiado el tiempo que he vivido de modo salvaje en salvajes países extraños como para que no retorne a ti con lágrimas en los ojos!

Pero ahora amenázame tan sólo con el dedo, como amenazan las madres, ahora sonríeme como sonríen las madres, ahora di únicamente: «¿Y quién fue el que, en otro tiempo, como un viento tempestuoso se alejó de mí? –

– que al despedirse exclamó: ¡demasiado tiempo he estado sentado junto a la soledad, allí he desaprendido a callar! ¿*Esto* – lo has aprendido ahora acaso?

Oh Zaratustra, yo lo sé todo: ¡y que tú has estado más *abandonado* entre los muchos, tú *uno solo*, que jamás lo estuviste a mi lado!

Una cosa es abandono, y otra cosa distinta, soledad: ¡*Esto* – lo has aprendido ahora! Y que entre los hombres serás tú siempre salvaje y extraño:

– salvaje y extraño aun cuando te amen: ¡pues lo que ellos quieren ante todo es que se los *trate con indulgencia*!

Mas aquí, en tu casa, aquí te hallas en tu patria y en tu hogar; aquí puedes decirlo todo y manifestar con franqueza todas tus razones, nada se avergüenza aquí de sentimientos escondidos, empedernidos.

Aquí todas las cosas acuden acariciadoras a tu discurso y te halagan: pues quieren cabalgar sobre tu espalda. Sobre todos los símbolos cabalgas tú aquí hacia todas las verdades[336].

Con franqueza y sinceridad te es lícito hablar aquí a todas las cosas: y, en verdad, como un elogio suena a sus oídos el que alguien hable con todas las cosas – ¡derechamente!

Pero otra cosa distinta es el estar abandonado. Pues ¿lo sabes aún, Zaratustra? Cuando en otro tiempo tu pájaro lanzó un grito por encima de ti, hallándote tú en el bosque, sin saber adonde ir, inexperto, cerca de un cadáver: –

– y tú dijiste: ¡que mis animales me guíen! He encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales[337] – ¡*aquello* era abandono!

¿Y lo sabes aún, oh Zaratustra? Cuando estabas sentado en tu isla, siendo una fuente de vino entre cántaros vacíos, dando y repartiendo, regalando y escanciando entre sedientos:

– hasta que por fin fuiste tú el único que allí se hallaba sediento entre borrachos, y por las noches te lamentabas "¿tomar no es una cosa más dichosa que dar? ¿Y robar, una cosa más dichosa que tomar?"[338] – ¡*aquello* era abandono!

¿Y lo sabes todavía, oh Zaratustra? Cuando llegó tu hora más silenciosa y te arrastró lejos de ti mismo, cuando ella dijo con un susurro malvado: "¡habla y hazte pedazos!"[339] –

– cuando ella te hizo penoso todo tu aguardar y todo tu callar, y desalentó tu

humilde valor: ¡*aquello* era abandono!». –

¡Oh soledad! ¡Tú patria mía, soledad! ¡De qué modo tan bienaventurado y delicado me habla tu voz!

No nos hacemos mutuas preguntas, no nos recriminamos el uno al otro, nosotros atravesamos, abiertos uno para el otro, puertas abiertas.

Porque en ti todo es abierto y claro; y también las horas corren aquí con pies más ligeros. En la oscuridad, en efecto, se hace más pesado el tiempo que en la luz.

Aquí se me abren de golpe las palabras y los armarios de palabras de todo ser: todo ser quiere hacerse aquí palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí.

Pero allá abajo – ¡allá es vano todo hablar! Allá, olvidar y pasar de largo es la mejor sabiduría: ¡*esto* – lo he aprendido ahora!

Quien quisiera comprender todo entre los hombres tendría que atacar todo[340]. Mas yo tengo manos demasiado limpias para eso.

No me gusta respirar su aliento; ¡ay, que yo haya vivido tanto tiempo en medio de su ruido y de su mal aliento!

¡Oh bienaventurado silencio a mi alrededor! ¡Oh puros aromas en torno a mí![341] ¡Oh cómo estos silencios aspiran un aire puro desde un pecho profundo! ¡Oh cómo escucha este bienaventurado silencio!

Pero allá abajo – allá todo habla, nada es escuchado. Aunque alguien anuncie su sabiduría con tañidos de campanas: ¡los tenderos del mercado ahogarán su sonido con peniques!

Todo habla entre ellos, nadie sabe ya entender. Todo cae al agua, nada cae ya en pozos profundos.

Todo habla entre ellos, nada se logra ya ni llega a su final. Todo cacarea, mas ¿quién quiere aún sentarse callado en el nido y encobar huevos?

Todo habla entre ellos, todo queda triturado a fuerza de palabras. Y lo que todavía ayer resultaba demasiado duro para el tiempo mismo y para su diente: hoy cuelga, raído y roído, de los hocicos de los hombres de hoy.

Todo habla entre ellos, todo es divulgado. Y lo que en otro tiempo se llamó misterio y secreto de almas profundas, hoy pertenece a los pregoneros de las callejas y a otras mariposas.

¡Oh ser del hombre, extraño ser! ¡Tú ruido en callejas oscuras! Ahora vuelves a yacer por debajo de mí: – ¡mi máximo peligro yace a mis espaldas!

En ser indulgente y compasivo estuvo siempre mi máximo peligro[342]; y todo ser humano quiere que se sea indulgente con él y se le sufra.

Reteniendo las verdades, garabateando cosas con mano de necio, con un corazón chiflado, y echando numerosas mentirillas de compasión[343]: – así he vivido yo siempre entre los hombres.

Disfrazado me sentaba entre ellos, dispuesto a conocerme mal a *mí* para soportarlos a *ellos*, y diciéndome gustoso: «¡tú, necio, tú no conoces a los hombres!».

Se desaprende a conocer a los hombres cuando se vive entre ellos: demasiado primer plano hay en todos los hombres, – ¡qué tienen que hacer allí los ojos que ven lejos, que buscan lejanías!

Y cuando ellos me conocían mal: yo, necio, los trataba por esto con más indulgencia que a mí mismo: habituado a la dureza conmigo y a menudo vengando en mí mismo aquella indulgencia.

Acribillado por moscas venenosas y excavado, cual la piedra, por la maldad de muchas gotas, así me hallaba yo sentado entre ellos y me decía además a mí mismo: «¡inocente de su pequeñez es todo lo pequeño!».

Especialmente aquellos que se llaman «los buenos», encontré que ellos eran las moscas más venenosas de todas: clavan el aguijón con toda inocencia, mienten con toda inocencia; ¡cómo *serían capaces* – de ser justos conmigo!

A quien vive entre los buenos la compasión le enseña a mentir. La compasión vicia el aire a todas las almas libres. La estupidez de los buenos es, en efecto, insondable[344].

A ocultarme a mí mismo y a ocultar mi riqueza – *esto* aprendí allá abajo: pues a todos los encontré todavía pobres de espíritu. Ésta fue la mentira de mi compasión, ¡el saber acerca de todos,

– el ver y el oler en todos qué cantidad de espíritu les *bastaba* y qué cantidad de espíritu les resultaba *demasiada*!

A sus envarados sabios: yo los llamaba sabios, no envarados, – así aprendí a tragar palabras. A sus sepultureros: yo los llamaba investigadores y escrutadores, – así aprendí a sustituir unas palabras por otras.

Los sepultureros contraen enfermedades a fuerza de cavar. Bajo viejos escombros descansan vapores malsanos. No se debe remover el lodo. Se debe vivir sobre las montañas.

¡Con bienaventuradas narices vuelvo a respirar libertad de montaña! ¡Redimida se halla por fin mi nariz del olor de todo ser humano!

Cosquilleada por agudos vientos, como por vinos espumeantes, mi alma *estornuda*, – estornuda y grita jubilosa: ¡He sanado!

Así habló Zaratustra.

De los tres males

1

En el sueño, en el último sueño matinal, yo me encontraba hoy sobre un promontorio, – más allá del mundo, sostenía una balanza y *pesaba* el mundo.

¡Oh, qué pronto me llegó la aurora: me despertó con su ardor, la celosa! Celosa está ella siempre de los ardores de mi sueño matinal.

Mensurable para quien tiene tiempo, sopesable para un buen pesador, sobrevolable para alas fuertes, adivinable para divinos cascanueces: así encontró mi sueño el mundo: –

Mi sueño, un navegante audaz, a medias barco, a medias borrasca, callado como las mariposas, impaciente cual los halcones de cetrería: ¡cómo tenía hoy, sin embargo, paciencia y tiempo para pesar el mundo!

¿Acaso le alentaba secretamente a ello mi sabiduría, mi riente y despierta sabiduría del día, que se burla de todos los «mundos infinitos»? Pues ella dice: «donde hay fuerza, allí también el *número* se convierte en dueño: pues tiene más fuerza».

Qué seguro contemplaba mi sueño este mundo finito, lo contemplaba no curioso, no indiscreto, no temeroso, no suplicante: –

– como si una gran manzana se ofreciese a mi mano, una madura manzana de oro, de piel aterciopelada, fresca y suave: – así se me ofrecía el mundo: –

– como si un árbol me hiciera señas, un árbol de amplio ramaje, de voluntad fuerte, torcido como para ofrecer respaldo e incluso escabel al cansado del camino: así se erguía el mundo sobre mi promontorio: –

– como si manos gráciles me tendiesen un cofre, – un cofre abierto, para éxtasis de ojos pudorosos y reverentes: así se me tendía hoy el mundo: –

– no bastante enigma para espantar de él el amor de los hombres, no bastante solución para adormecer la sabiduría de los hombres: – ¡una cosa humanamente buena era hoy para mí el mundo, al que tantas cosas malas se le atribuyen!

¡Cuánto agradecí a mi sueño matinal el que yo pesase así hoy, al amanecer, el mundo! ¡Como una cosa humanamente buena vino a mí ese sueño y consolador del corazón!

Y para proceder durante el día como él, y para seguirlo e imitarlo en lo mejor de él: quiero yo ahora poner en la balanza las tres cosas más malvadas que existen y sopesarlas de un modo humanamente bueno. –

Quien aprendió aquí a bendecir aprendió también a maldecir: ¿cuáles son en el mundo las tres cosas más maldecidas? Ésas son las que voy a poner en la balanza.

Voluptuosidad, ambición de dominio, egoísmo: estas tres cosas han sido hasta

ahora las más maldecidas y de ellas se han dicho las peores calumnias y mentiras, – a estas tres voy a sopesarlas de un modo humanamente bueno.

¡Adelante! Aquí está mi promontorio y ahí, el mar: *éste* se me acerca arrollándose velludo, adulador, viejo y fiel monstruo canino de cien cabezas que yo amo.

¡Adelante! Aquí quiero yo sostener la balanza sobre el arrollado mar: y también elijo un testigo para que mire, – ¡a ti, árbol solitario, de fuerte aroma, de ancha bóveda, que yo amo! –

¿Por qué puente pasa el ahora hacia el futuro? ¿Cuál es la coacción que compele a lo alto a descender a lo bajo? ¿Y qué es lo que manda también a lo más alto – que siga ascendiendo?[345] –

Ahora la balanza está equilibrada y quieta: tres difíciles preguntas he echado en ella, tres difíciles respuestas lleva el otro platillo de la balanza.

2

Voluptuosidad: para todos los despreciadores del cuerpo vestidos con cilicios es ella su aguijón y estaca, y, entre todos los trasmundanos, algo maldecido como «mundo»[346]: pues ella se burla y se mofa de todos los maestros de la confusión y del error.

Voluptuosidad: para la chusma, el fuego lento en que se abrasa; para toda la madera carcomida, para todos los pingajos hediondos, el preparado horno ardiente y llameante.

Voluptuosidad: para los corazones libres, algo inocente y libre, la felicidad del jardín terrenal, el desborde de gratitud de todo futuro al ahora.

Voluptuosidad: sólo para el marchito es un veneno dulzón, para los de voluntad leonina, en cambio, es el gran estimulante cordial, y el vino de los vinos respetuosamente tratado.

Voluptuosidad: la gran felicidad que sirve de símbolo a toda felicidad más alta y a la suprema esperanza. A muchas cosas, en efecto, les está prometido el matrimonio y más que el matrimonio, –

– a muchas cosas que son entre sí más extrañas que hombre y mujer: – ¡y quién ha comprendido del todo *cuán extraños* son entre sí hombre y mujer!

Voluptuosidad: – mas basta, quiero tener vallas alrededor de mis pensamientos, también de mis palabras: ¡para que no entren en mis jardines los cerdos y los exaltados! –

Ambición de dominio: el látigo de fuego para los más duros entre los duros de corazón; el espantoso martirio reservado al más cruel; la sombría llama de piras encendidas.

Ambición de dominio: la maligna traba impuesta a los pueblos más vanidosos; algo que se burla de toda virtud incierta; algo que cabalga sobre todos los corceles y

sobre todos los orgullos.

Ambición de dominio: el terremoto que rompe y destruye todo lo putrefacto y carcomido; algo que, avanzando como una avalancha retumbante y castigadora, hace pedazos los sepulcros blanqueados[347]; la interrogación fulminante puesta junto a respuestas prematuras.

Ambición de dominio: ante su mirada el hombre se arrastra y se agacha y se vuelve servil y cae aún más bajo que la serpiente y el cerdo: – hasta que finalmente el gran desprecio grita desde su boca –,

Ambición de dominio: la terrible maestra del gran desprecio, que predica a la cara de ciudades y de imperios «¡fuera tú!» – hasta que de ellos mismos sale este grito «¡fuera *yo*!».

Ambición de dominio: que, sin embargo, también asciende, con sus atractivos, hasta los puros y solitarios y hasta las alturas que se bastan a sí mismas, ardiente como un amor que pinta seductoramente purpúreas bienaventuranzas en el cielo de la tierra.

Ambición de dominio: ¡mas quién llamaría *ambición*[348] a que lo alto se rebaje a desear el poder! ¡En verdad, nada malsano ni codicioso hay en tales deseos y descensos!

El que la solitaria altura no quiera permanecer eternamente solitaria y eternamente autosuficiente; el que la montaña descienda al valle y los vientos de la altura a las hondonadas: –

¡oh quién pudiera encontrar el nombre apropiado de una virtud para bautizar este anhelo! «Virtud que hace regalos»[349] – este nombre dio Zaratustra en otro tiempo a lo innombrable.

Y entonces ocurrió también, —¡y, en verdad, ocurrió por vez primera!— que su palabra llamó bienaventurado al *egoísmo*[350], al egoísmo saludable, sano, que brota de un alma poderosa: –

– de un alma poderosa, a la que corresponde el cuerpo elevado, el cuerpo bello, victorioso, reconfortante, en torno al cual toda cosa se transforma en espejo:

– el cuerpo flexible, persuasivo, el bailarín, del cual es símbolo y compendio el alma gozosa de sí misma. El goce de tales cuerpos y de tales almas en sí mismos se da a sí este nombre: «virtud».

Con sus palabras bueno y malo se resguarda tal egoísmo como con bosques sagrados; con los nombres de su felicidad destierra de sí todo lo despreciable.

Lejos de sí destierra el egoísmo todo lo cobarde; dice: lo malo – ¡*es* cobarde! Despreciable le parece a él el hombre siempre preocupado, gimiente, quejumbroso, y quien recoge del suelo incluso las más mínimas ventajas.

Él desprecia también toda sabiduría llorosa: pues, en verdad, existe también una sabiduría que florece en lo oscuro, una sabiduría de las sombras nocturnas: la cual suspira siempre: «¡Todo es vanidad!»[351].

A la medrosa desconfianza la desdeña, así como a todo el que quiere juramentos

en lugar de miradas y de manos: y también desdeña toda sabiduría demasiado desconfiada, – pues ésta es propia de almas cobardes.

Pero aún más desdeña al que se apresura a complacer a otros, al perruno, que en seguida se echa panza arriba, al humilde; y hay también una sabiduría que es humilde y perruna y piadosa y que se apresura a complacer.

Odioso es para el egoísmo, y nauseabundo, quien no quiere defenderse, quien se traga salivazos venenosos y miradas malvadas, el demasiado paciente, el que todo lo tolera y con todo se contenta: ésta es, en efecto, la especie servil.

Sobre quien es servil frente a los dioses y los puntapiés divinos, o frente a los hombres y las estúpidas opiniones humanas: ¡sobre *toda* esa especie de siervos escupe él, ese bienaventurado egoísmo!

Malo: así llama él a todo lo que dobla las rodillas y es servil y tacaño, a los ojos que parpadean sin libertad, a los corazones oprimidos, y a aquella falsa especie indulgente que besa con anchos labios cobardes.

Y pseudosabiduría: así llama él a todos los alardes de ingenio de los siervos y de los ancianos y de los cansados; ¡y en especial, a toda la perversa, desatinada, demasiado ingeniosa necedad de los sacerdotes!

Mas tanto la pseudosabiduría, como todos los sacerdotes, y los cansados del mundo, y aquéllos cuya alma es de la especie de las mujeres y de los siervos, – ¡oh, cómo su juego ha jugado desde siempre malas partidas al egoísmo!

¡Y cabalmente debía ser virtud y llamarse virtud esto, *el que* se jugasen malas partidas al egoísmo! ¡Y «no egoístas» – así deseaban ser ellos mismos, con buenas razones, todos estos cobardes y arañas cruceras cansados del mundo!

Mas para todos ellos llega ahora el día, la transformación, la espada del juicio, *el gran mediodía*: ¡entonces se pondrán de manifiesto muchas cosas![352]

Y quien llama sano y santo al yo, y bienaventurado al egoísmo, en verdad ése dice también lo que sabe, es un profeta: «¡*He aquí que viene, que está cerca el gran mediodía*!».

Así habló Zaratustra.

Del espíritu de la pesadez

1

Mi boca – es del pueblo: yo hablo de un modo demasiado grosero y franco para los conejos de seda. Y aún más extraña les suena mi palabra a todos los calamares y plumíferos[353].

Mi mano – es la mano de un necio: ¡ay de todas las mesas y paredes y de todo lo demás que ofrezca espacio para las engalanaduras de un necio, para las emborronaduras de un necio!

Mi pie – es un pie de caballo; con él pataleo y troto a campo traviesa de acá para allá, y todo correr rápido me produce un placer del diablo.

Mi estómago – ¿es acaso el estómago de un águila? Pues lo que más le gusta es la carne de cordero[354]. Con toda seguridad es el estómago de un pájaro.

Un ser que se alimenta con cosas inocentes, y con poco, dispuesto a volar e impaciente de hacerlo, de alejarse volando – ése es mi modo de ser: ¡cómo no iba a haber en él algo del modo de ser de los pájaros!

Y, sobre todo, el que yo sea enemigo del espíritu de la pesadez, eso es algo propio de la especie de los pájaros: ¡y, en verdad, enemigo mortal, archienemigo, protoenemigo! ¡Oh, adonde no voló ya y se extravió ya volando mi enemistad!

Sobre ello podría yo cantar una canción – – y *quiero* cantarla: aunque esté yo solo en la casa vacía y tenga que cantar para mis propios oídos.

Otros cantores hay, ciertamente, a los cuales sólo la casa llena vuélveles suave su garganta, elocuente su mano, expresivos sus ojos, despierto su corazón: – yo no me asemejo a ellos. –

2

Quien algún día enseñe a los hombres a volar, ése habrá cambiado de sitio todos los mojones[355]; para él los propios mojones volarán por el aire y él bautizará de nuevo a la tierra, llamándola – «La Ligera».

El avestruz corre más rápido que el más rápido caballo, pero también esconde pesadamente la cabeza en la pesada tierra: así hace también el hombre que aún no puede volar.

Pesadas son para él la tierra y la vida; ¡y así lo *quiere* el espíritu de la pesadez! Mas quien quiera hacerse ligero y transformarse en un pájaro tiene que amarse a sí mismo: – así enseño *yo*.

No, ciertamente, con el amor de los enfermos y calenturientos: ¡pues en ellos

hasta el amor propio exhala mal olor!

Hay que aprender a amarse a sí mismo – así enseño yo – con un amor saludable y sano: a soportar estar consigo mismo y a no andar vagabundeando de un sitio para otro.

Semejante vagabundeo se bautiza a sí mismo con el nombre de «amor al prójimo»: con esta expresión se han dicho hasta ahora las mayores mentiras y se han cometido las mayores hipocresías, y en especial lo han hecho quienes caían pesados a todo el mundo.

Y en verdad, no es un mandamiento para hoy y para mañana el de *aprender* a amarse a sí mismo. Antes bien, de todas las artes es ésta la más delicada, la más sagaz, la última y la más paciente:

A quien tiene algo, en efecto, todo lo que él tiene suele estarle bien oculto; y de todos los tesoros es el propio el último que se desentierra, – así lo procura el espíritu de la pesadez.

Ya casi en la cuna se nos dota de palabras y de valores pesados: «bueno» y «malvado» – así se llama esa dote. Y en razón de ella se nos perdona que vivamos.

Y dejamos que los niños pequeños vengan a nosotros[356] para impedirles a tiempo que se amen a sí mismos: así lo procura el espíritu de la pesadez.

Y nosotros – ¡nosotros llevamos fielmente cargada la dote que nos dan, sobre duros hombros y por ásperas montañas! Y si sudamos, se nos dice: «¡Sí, la vida es una carga pesada!».

¡Pero sólo el hombre es para sí mismo una carga pesada! Y esto porque lleva cargadas sobre sus hombros demasiadas cosas ajenas. Semejante al camello, se arrodilla y se deja cargar bien[357].

Sobre todo el hombre fuerte, de carga, en el que habita la veneración: demasiadas pesadas palabras *ajenas* y demasiados pesados valores *ajenos* carga sobre sí, – ¡entonces la vida le parece un desierto!

¡Y en verdad! ¡También algunas cosas *propias* son una carga pesada! ¡Y muchas de las cosas que residen en el interior del hombre son semejantes a la ostra, es decir, nauseabundas y viscosas y difíciles de agarrar –,

– de tal modo que tiene que intervenir en su favor una concha noble, con nobles adornos! Y también hay que aprender este arte: ¡el de *tener* una concha, y una hermosa apariencia, y una inteligente ceguera!

Una y otra vez nos engañamos acerca de algunas cosas humanas por el hecho de que más de una concha es mezquina y triste y demasiado concha. Mucha bondad y mucha fuerza ocultas no las adivinaremos jamás; ¡los más exquisitos bocados no encuentran quien los sepa saborear!

Las mujeres saben esto, las más exquisitas: un poco más gruesas, un poco más delgadas – ¡oh, cuánto destino depende de tan poca cosa!

El hombre es difícil de descubrir, y descubrirse uno a sí mismo es lo más difícil de todo; a menudo el espíritu miente a propósito del alma. Así lo procura el espíritu

de la pesadez.

Mas a sí mismo se ha descubierto quien dice: éste es *mi* bien y éste es *mi* mal: con ello ha hecho callar al topo y enano que dice: «bueno para todos, malvado para todos».

En verdad, tampoco me agradan aquellos para quienes cualquier cosa es buena e incluso este mundo es el mejor[358]. A éstos los llamo los omnicontentos.

Omnicontentamiento que sabe sacarle gusto a todo: ¡no es éste el mejor gusto! Yo honro las lenguas y los estómagos rebeldes y selectivos, que aprendieron a decir «yo» y «sí» y «no».

Pero masticar y digerir todo – ¡ésa es realmente cosa propia de cerdos! Decir siempre sí – ¡esto lo ha aprendido únicamente el asno[359] y quien tiene su mismo espíritu! –

El amarillo intenso y el rojo ardiente: eso es lo que *mi* gusto quiere, – él mezcla sangre con todos los colores. Mas quien blanquea su casa me delata un alma blanqueada[360].

De momias se enamoran unos, otros, de fantasmas; y ambos son igualmente enemigos de toda carne y de toda sangre – ¡oh, cómo repugnan ambos a mi gusto! Pues yo amo la sangre.

Y no quiero habitar ni residir allí donde todo el mundo esputa y escupe: éste es *mi* gusto, – preferiría vivir entre ladrones y perjuros. Nadie lleva oro en la boca.

Pero aún más repugnantes me resultan todos los que lamen servilmente los salivazos; y el más repugnante bicho humano que he encontrado lo bauticé con el nombre de parásito[361]: éste no ha querido amar, pero sí vivir del amor.

Desventurados llamo yo a todos los que sólo tienen *una* elección: la de convertirse en animales malvados o en malvados domadores de animales: junto a ellos no levantaría yo mis tiendas[362].

Desventurados llamo yo a todos aquéllos que siempre tienen que aguardar, – repugnan a mi gusto: todos los aduaneros y tenderos y reyes y otros guardianes de países y de comercios.

En verdad, también yo aprendí a aguardar, y a fondo, – pero sólo a aguardarme *a mí*. Y aprendí a tenerme en pie y a caminar y a correr y a saltar y a trepar y a bailar por encima de todas las cosas.

Y ésta es mi doctrina: quien quiera aprender alguna vez a volar tiene que aprender primero a tenerse en pie y a caminar y a correr y a trepar y a bailar: – ¡el volar no se coge al vuelo!

Con escalas de cuerda he aprendido yo a escalar más de una ventana, con ágiles piernas he trepado a elevados mástiles: estar sentado sobre elevados mástiles del conocimiento no me parecía bienaventuranza pequeña, –

– flamear como llamas pequeñas sobre elevados mástiles: siendo, ciertamente, una luz pequeña, ¡pero un gran consuelo, sin embargo, para navegantes y náufragos extraviados! –

Por muchos caminos diferentes y de múltiples modos llegué yo a mi verdad; no por una *única* escala ascendí hasta la altura desde donde mis ojos recorren el mundo.

Y nunca me ha gustado preguntar por caminos, – ¡esto repugna siempre a mi gusto! Prefería preguntar y someter a prueba a los caminos mismos.

Un ensayar y un preguntar fue todo mi caminar: – ¡y en verdad, también hay que *aprender* a responder a tal preguntar! Éste – es mi gusto:

– no un buen gusto, no un mal gusto, pero sí *mi* gusto, del cual ya no me avergüenzo ni lo oculto.

«Éste – es *mi* camino, – ¿dónde está el vuestro?», así respondía yo a quienes me preguntaban «por el camino». ¡*El* camino, en efecto, – no existe!

Así habló Zaratustra.

De tablas viejas y nuevas[363]

1

Aquí estoy sentado y aguardo, teniendo a mi alrededor viejas tablas rotas y también tablas nuevas a medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora?

– la hora de mi descenso, de mi ocaso: *una vez* más todavía quiero ir a los hombres.

Esto es lo que ahora aguardo: antes tienen que llegarme, en efecto, los signos de que es *mi* hora, – a saber, el león riente con la bandada de palomas[364].

Entretanto, como uno que tiene tiempo, me hablo a mí mismo. Nadie me cuenta cosas nuevas: por eso yo me cuento a mí mismo[365]. –

2

Cuando fui a los hombres los encontré sentados sobre una vieja presunción: todos presumían saber desde hacía ya mucho tiempo qué es lo bueno y lo malvado para el hombre.

Una cosa vieja y cansada les parecía a ellos todo hablar acerca de la virtud; y quien quería dormir bien hablaba todavía, antes de irse a dormir, acerca del «bien» y del «mal»[366].

Esta somnolencia la sobresalté yo cuando enseñé: lo que es bueno y lo que es malvado, *eso no lo sabe todavía nadie*: – ¡excepto el creador!

– Mas éste es el que crea la meta del hombre y el que da a la tierra su sentido y su futuro: sólo éste *crea* el *hecho* de que algo sea bueno y malvado.

Y les mandé derribar sus viejas cátedras y todos los lugares en que aquella vieja presunción se había asentado; les mandé reírse de sus grandes maestros de virtud y de sus santos y poetas y redentores del mundo.

De sus sombríos sabios les mandé reírse, y de todo el que alguna vez se hubiera posado, para hacer advertencias, sobre el árbol de la vida como un negro espantajo.

Me coloqué al lado de su gran calle de los sepulcros e incluso junto a la carroña y los buitres[367] – y me reí de todo su pasado y del mustio y arruinado esplendor de ese pasado.

En verdad, semejante a los predicadores penitenciales y a los necios grité yo pidiendo cólera y justicia sobre todas sus cosas grandes y pequeñas, – ¡es tan pequeño incluso lo mejor de ellos!, ¡es tan pequeño incluso lo peor de ellos! – así me reía.

Así gritaba y se reía en mí mi sabio anhelo, el cual ha nacido en las montañas y es, ¡en verdad!, una sabiduría salvaje – mi gran anhelo de ruidoso vuelo.

Y a menudo en medio de la risa ese anhelo me arrastraba lejos y hacia arriba y hacia fuera: yo volaba, estremeciéndome ciertamente de espanto, como una flecha, a través de un éxtasis embriagado de sol:

– hacia futuros remotos, que ningún sueño había visto aún, hacia sures más ardientes que los que los artistas soñaron jamás: hacia allí donde los dioses, al bailar, se avergüenzan de todos sus vestidos[368]: –

– yo hablo, en efecto, en parábolas, e, igual que los poetas, cojeo y balbuceo; ¡y en verdad, me avergüenzo de tener que ser todavía poeta! –

Hacia allí donde todo devenir me pareció un baile de dioses y una petulancia de dioses, y el mundo, algo suelto y travieso y que huye a cobijarse en sí mismo: –

– como un eterno huir-de-sí-mismos y volver-a-buscarse-a-sí-mismos de muchos dioses, como el bienaventurado contradecirse, oírse de nuevo, relacionarse de nuevo de muchos dioses: –

hacia allí donde todo tiempo me pareció una bienaventurada burla de los instantes, donde la necesidad era la libertad misma, que jugaba bienaventuradamente con el aguijón de la libertad[369]: –

donde también yo volví a encontrar a mi antiguo demonio y archienemigo, el espíritu de la pesadez y todo lo que él ha creado: coacción, ley, necesidad y consecuencia y finalidad y voluntad y bien y mal: –

¿pues no tiene que haber cosas *sobre* las cuales y más allá de las cuales se pueda bailar? ¿No tiene que haber, para que existan los ligeros, los más ligeros de todos – topos y pesados enanos? – –

3

Allí fue también donde yo recogí del camino la palabra «superhombre»[370], y que el hombre es algo que tiene que ser superado,

– que el hombre es un puente y no una meta: llamándose bienaventurado a sí mismo a causa de su mediodía y de su atardecer, como camino hacia nuevas auroras:

– la palabra de Zaratustra acerca del gran mediodía, y todo lo demás que yo he suspendido sobre los hombres, como segundas auroras purpúreas.

En verdad, también les he hecho ver nuevas estrellas junto con nuevas noches; y por encima de las nubes y el día y la noche extendí yo además la risa como una tienda multicolor.

Les he enseñado todos *mis* pensamientos y deseos: pensar y reunir *en unidad* lo que en el hombre es fragmento y enigma y horrendo azar, –

– como poeta, adivinador de enigmas y redentor del azar les he enseñado a trabajar creadoramente en el porvenir y a redimir creadoramente – todo lo que *fue*.

A redimir lo pasado en el hombre y a transformar mediante su creación todo «Fue», hasta que la voluntad diga: «¡Mas así lo quise yo! Así lo querré». –

– esto es lo que yo llamé redención para ellos, únicamente a esto les enseñé a llamar redención. – –

Ahora aguardo *mi* redención, – el ir a ellos por última vez.

Pues todavía *una vez* quiero ir a los hombres: ¡*entre* ellos quiero hundirme en mi ocaso, al morir quiero darles el más rico de mis dones!

Del sol he aprendido esto, cuando se hunde él, el inmensamente rico: entonces es cuando derrama oro sobre el mar, sacándolo de riquezas inagotables, –

– ¡de tal manera que hasta el más pobre de los pescadores rema con remos *de oro*! Esto fue, en efecto, lo que yo vi en otro tiempo, y no me sacié de llorar contemplándolo. –

Igual que el sol quiere también Zaratustra hundirse en su ocaso: mas ahora está sentado aquí y aguarda, teniendo a su alrededor viejas tablas rotas, y también tablas nuevas, – a medio escribir.

4

Mira, aquí hay una tabla nueva: pero ¿dónde están mis hermanos, que la lleven conmigo al valle y la graben en corazones de carne?[371]

Esto es lo que mi gran amor exige a los lejanos: ¡*no seas indulgente con tu prójimo*! El hombre es algo que tiene que ser superado.

Existen muchos caminos y muchos modos distintos de superación: ¡mira *tú* ahí! Mas sólo un bufón piensa: «el hombre es algo sobre lo que también se puede *saltar*».

Supérate a ti mismo incluso en tu prójimo: ¡y un derecho que puedas robar no debes permitir que te lo den!

Lo que tú haces, eso nadie puede hacértelo de nuevo a ti. Mira, no existe retribución.

El que no puede mandarse a sí mismo debe obedecer. ¡Y más de uno *puede* mandarse a sí mismo, pero falta todavía mucho para que también se obedezca a sí mismo!

5

Así lo quiere la especie de las almas nobles: no quieren tener nada de balde, y menos que nada, la vida[372].

Quien es de la plebe quiere vivir de balde; pero nosotros, distintos de ellos, a quienes la vida se nos entregó a sí misma, – ¡nosotros reflexionamos siempre sobre *qué* es lo mejor que daremos *a cambio*!

Y en verdad, es un lenguaje aristocrático el que dice: «lo que la vida nos promete

a *nosotros*, eso queremos *nosotros* – ¡cumplírselo a la vida!».

No debemos querer gozar allí donde no damos a gozar. Y – ¡no debemos *querer* gozar!

Goce e inocencia son, en efecto, las cosas más púdicas que existen: ninguna de las dos quiere ser buscada. Debemos *tenerlas* –, ¡pero debemos *buscar* más bien culpa y dolores! –

6

Oh hermanos míos, quien es una primicia es siempre sacrificado. Ahora bien, nosotros somos primicias[373].

Todos nosotros derramamos nuestra sangre en altares secretos, todos nosotros nos quemamos y nos asamos en honor de viejas imágenes de ídolos.

Lo mejor de nosotros es todavía joven: esto excita los viejos paladares. Nuestra carne es tierna, nuestra piel es piel de cordero: – ¡cómo no íbamos nosotros a excitar a viejos sacerdotes de ídolos!

Dentro de nosotros mismos habita todavía él, el viejo sacerdote de ídolos, que asa, para prepararse un banquete, lo mejor de nosotros. ¡Ay, hermanos míos, cómo no iban las primicias a ser víctimas!

Pero así lo quiere nuestra especie; y yo amo a los que no quieren preservarse a sí mismos. A quienes se hunden en su ocaso los amo con todo mi amor: pues pasan al otro lado. –

7

Ser verdaderos – ¡pocos son *capaces* de esto! Y quien es capaz ¡no quiere todavía! Y los menos capaces de todos son los buenos.

¡Oh esos buenos! – *Los hombres buenos no dicen nunca la verdad*; para el espíritu el ser bueno de ese modo es una enfermedad.

Ceden, estos buenos, se resignan, su corazón repite lo dicho por otros, el fondo de ellos obedece: ¡mas quien obedece *no se oye a sí mismo*![374]

Todo lo que los buenos llaman malvado tiene que reunirse para que nazca *una* verdad: oh hermanos míos, ¿sois también vosotros bastante malvados para *esa* verdad?

La osadía temeraria, la larga desconfianza, el cruel no, el fastidio, el sajar en vivo – ¡qué raras veces se reúne esto! Pero de tal semilla es de la que – ¡se engendra verdad!

¡*Junto* a la conciencia malvada ha crecido hasta ahora todo *saber*! ¡Romped,

rompedme, hombres del conocimiento, las viejas tablas!

8

Cuando el agua tiene maderos para atravesarla, cuando puentecillos y pretiles saltan sobre la corriente: en verdad, allí no se cree a nadie que diga: «Todo fluye»[375].

Hasta los mismos imbéciles le contradicen. «¿Cómo?, dicen los imbéciles, ¿que todo fluye? ¡Pero si hay puentecillos y pretiles *sobre* la corriente!

Sobre la corriente todo es sólido, todos los valores de las cosas, los puentes, conceptos, todo el "bien" y el "mal": ¡todo eso es *sólido*!». –

Mas cuando llega el duro invierno, el domeñador de ríos: entonces incluso los más chistosos aprenden desconfianza; y, en verdad, no sólo los imbéciles dicen entonces: «¿No será que todo permanece – *inmóvil*?».

«En el fondo todo permanece inmóvil» –, ésta es una auténtica doctrina de invierno, una buena cosa para una época estéril, un buen consuelo para los que se aletargan durante el invierno y para los trashogueros.

«En el fondo todo permanece inmóvil»: – ¡mas *contra esto* predica el viento del deshielo!

El viento del deshielo, un toro que no es un toro de arar, – ¡un toro furioso, un destructor, que con astas coléricas rompe el hielo! Y el hielo – – ¡*rompe los puentecillos*!

Oh hermanos míos, ¿no *fluye* todo *ahora*? ¿No han caído al agua todos los pretiles y puentecillos? ¿Quién se *aferraría* aún al «bien» y al «mal»?

«¡Ay de nosotros! ¡Afortunados de nosotros! ¡El viento del deshielo sopla!» – ¡Predicadme esto, hermanos míos, por todas las callejas![376]

9

Existe una vieja ilusión que se llama bien y mal. En torno a adivinos y astrólogos ha girado hasta ahora la rueda de esa ilusión.

En otro tiempo la gente *creía* en adivinos y astrólogos: y *por eso* creía «Todo es destino: ¡debes puesto que te ves forzado!».

Pero luego la gente desconfió de todos los adivinos y astrólogos: y *por eso* creyó «Todo es libertad: ¡puedes puesto que quieres!».

Oh hermanos míos, acerca de lo que son las estrellas y el futuro ha habido hasta ahora tan sólo ilusiones, pero no saber: y *por eso* acerca de lo que son el bien y el mal ha habido hasta ahora tan sólo ilusiones, ¡pero no saber!

10

«¡No robarás! ¡No matarás!» – estas palabras fueron llamadas santas en todo tiempo; ante ellas la gente doblaba la rodilla y las cabezas y se descalzaba[377].

Pero yo os pregunto: ¿dónde ha habido nunca en el mundo peores ladrones y peores asesinos que esas santas palabras?

¿No hay en toda vida misma – robo y asesinato? Y por el hecho de llamar santas a tales palabras, ¿no se asesinó – a la *verdad* misma?

¿O fue una predicación de la muerte la que llamó santo a lo que hablaba en contra de toda vida y la desaconsejaba? – ¡Oh hermanos míos, romped, rompedme las viejas tablas!

11

Ésta es mi compasión por todo lo pasado, el ver: que ha sido abandonado, –

– ¡abandonado a la gracia, al espíritu, a la demencia de cada generación que llega y reinterpreta como puente hacia ella todo lo que fue!

Un gran déspota podría venir, un diablo listo que con su benevolencia y su malevolencia forzase y violentase todo lo pasado: hasta que esto se convirtiese en puente para él y en presagio y heraldo y canto del gallo.

Y éste es el otro peligro y mi otra compasión: – la memoria de quien es de la plebe no se remonta más que hasta el abuelo, – y con el abuelo acaba el tiempo.

Así está abandonado todo lo pasado: pues alguna vez podría ocurrir que la plebe se convirtiese en el señor y ahogase todo tiempo en aguas sin profundidad.

Por eso, oh hermanos míos, necesítase una *nueva nobleza* que sea el antagonista de toda plebe y de todo despotismo y escriba de nuevo en tablas nuevas la palabra «noble».

¡Pues se necesitan, en efecto, muchos nobles y muchas clases de nobles *para que exista la nobleza*! O como dije yo en otro tiempo, en parábola: «¡Ésta es precisamente la divinidad, que existan dioses, pero no Dios!»[378].

12

Oh hermanos míos, yo os consagro a una nueva nobleza y os la señalo: vosotros debéis ser para mí engendradores y criadores y sembradores del futuro, –

– en verdad, no una nobleza que vosotros pudierais comprar como la compran los tenderos, y con oro de tenderos: pues poco valor tiene todo lo que tiene un precio.

¡Constituya de ahora en adelante vuestro honor no el lugar de donde venís, sino el

lugar adonde vais! Vuestra voluntad y vuestro pie, que quieren ir más allá de vosotros mismos, – ¡eso constituya vuestro nuevo honor!

En verdad, no el que hayáis servido a un príncipe – ¡qué importan ya los príncipes![379] – o el que os hayáis convertido en baluarte de lo que existe ¡para que esté aún más sólido!

No el que vuestra estirpe se haya hecho cortesana en las cortes, y vosotros hayáis aprendido a estar de pie, vestidos con ropajes multicolores, como un flamenco[380], durante largas horas, dentro de estanques poco profundos.

– Pues *poder* estar de pie es un mérito entre los cortesanos: y todos los cortesanos creen que de la bienaventuranza después de la muerte forma parte – ¡el que se *permita* estar sentado! –

Ni tampoco el que un espíritu, que ellos llaman santo, condujese a vuestros antepasados a tierras prometidas[381], que yo no alabo: pues nada hay que alabar en la tierra donde creció el más funesto de todos los árboles, – ¡la cruz! –

– y en verdad, a todos los sitios a que ese «espíritu santo» condujo sus caballeros, siempre esas expediciones iban *precedidas* – ¡de cabras y gansos y de cruzados mentecatos![382] –

¡Oh hermanos míos, no hacia atrás debe dirigir la mirada vuestra nobleza, sino hacia *adelante*! ¡Expulsados debéis estar vosotros de todos los países de los padres y de los antepasados!

El *país de vuestros hijos* es el que debéis amar: sea ese amor vuestra nueva nobleza, – ¡el país no descubierto, situado en el mar más remoto! ¡A vuestras velas ordeno que partan una y otra vez en su busca!

En vuestros hijos debéis *reparar* el ser vosotros hijos de vuestros padres: ¡*así* debéis redimir todo lo pasado![383] ¡Esta nueva tabla coloco yo sobre vosotros!

13

«¿Para qué vivir? ¡Todo es vanidad![384] Vivir es trillar paja[385]; vivir – es quemarse a sí mismo y, sin embargo, no calentarse». –

Tales anticuados parloteos continúan siendo considerados como «sabiduría»; y por ser viejos y oler a rancio, *por eso* se los respeta más. También el moho otorga nobleza. –

Así les era lícito hablar a los niños: ¡ellos *rehúyen* el fuego porque éste los ha quemado! Hay mucho infantilismo en los viejos libros sapienciales.

Y a todo el que siempre «trilla paja», ¡cómo iba a serle lícito blasfemar del trillar! ¡A tales necios habría que ponerles el bozal![386]

Éstos se sientan a la mesa y no traen nada consigo, ni siquiera el buen hambre: – y ahora blasfeman diciendo «¡todo es vanidad!».

¡Pero comer y beber bien, oh hermanos míos, no es en verdad un arte vano! ¡Romped, rompedme las tablas de los eternos descontentos!

14

«Para el puro todo es puro»[387] – así habla el pueblo. Pero yo os digo: ¡para los cerdos todo se convierte en cerdo!

Por ello los fanáticos y los beatos de cabeza colgante, que también llevan colgando hacia abajo el corazón, predican: «el mundo mismo es un monstruo merdoso».

Pues todos ellos son de espíritu sucio; y en especial aquellos que no tienen descanso ni reposo si no ven el mundo *por detrás*, – ¡los trasmundanos!

A *éstos* les digo a la cara, aunque ello no suene de modo agradable: el mundo se asemeja al hombre en que tiene un trasero, – ¡*eso* es verdad!

Hay en el mundo mucha mierda: ¡*eso* es verdad! ¡Mas no por ello es ya el mundo un monstruo merdoso!

Hay sabiduría en el hecho de que muchas cosas en el mundo huelan mal: ¡la náusea misma hace brotar alas y fuerzas que presienten manantiales!

Incluso en el mejor hay algo que produce náusea; ¡y el mejor es todavía algo que tiene que ser superado! –

¡Oh hermanos míos, hay mucha sabiduría en el hecho de que exista mucha mierda en el mundo! –

15

A los piadosos trasmundanos les he oído decir a su propia conciencia estas sentencias y, en verdad, sin malicia ni falsía, – aunque nada hay en el mundo más falso ni más maligno.

«¡Deja que el mundo sea el mundo! ¡No muevas ni *un* dedo en contra de eso!».

«Deja que el que quiera estrangule y apuñale y saje y degüelle a la gente: ¡no muevas ni *un* dedo en contra de eso! Así aprenden ellos incluso a renunciar al mundo».

«Y tu propia razón – a ésa tú mismo debes agarrarla del cuello y estrangularla; pues es una razón de este mundo, – así aprendes tú mismo a renunciar al mundo». –

– ¡Romped, rompedme, oh hermanos míos, estas viejas tablas de los piadosos! ¡Destruid con vuestra sentencia las sentencias de los calumniadores del mundo!

16

«Quien aprende muchas cosas desaprende todos los deseos violentos» – esto es algo que hoy las gentes se susurran unas a otras en todas las callejas oscuras.

«¡La sabiduría cansa, no vale la pena – nada; no debes tener deseos!» – esta nueva tabla la he encontrado colgada incluso en mercados públicos.

¡Rompedme, oh hermanos míos, rompedme también esta *nueva* tabla! Los cansados del mundo la han colgado de la pared, y los predicadores de la muerte, y también los carceleros: ¡pues mirad, también ella es una predicación en favor de la esclavitud! –

Ellos han aprendido mal, y no las mejores cosas, y todo de un modo demasiado prematuro, y todo de un modo demasiado rápido: y han *comido* mal, y por ello se les ha indigestado el estómago, –

– un estómago indigestado es, en efecto, su espíritu: ¡*él* es el que aconseja la muerte! ¡Pues, en verdad, hermanos míos, el espíritu es un estómago!

La vida es un manantial de placer[388]: mas para aquél en el cual habla un estómago indigestado, padre de la tribulación, para ése todas las fuentes están envenenadas.

Conocer: ¡esto es *placer* para el hombre de voluntad leonina! Pero quien se ha cansado, ése sólo es «querido»[389], con él juegan todas las olas.

Y esto es lo que les ocurre siempre a los hombres débiles: se pierden a sí mismos en sus caminos. Y al final, todavía su cansancio pregunta: «¡para qué hemos recorrido caminos! ¡Todo es igual!».

A los oídos de *éstos* les suena de manera agradable el que se predique: «¡Nada merece la pena! ¡No debéis querer!». Mas ésta es una predicación en favor de la esclavitud.

Oh hermanos míos, cual un viento fresco y rugiente viene Zaratustra para todos los cansados del mundo; ¡a muchas narices hará aún estornudar!

También a través de los muros sopla mi aliento libre, ¡y penetra hasta las cárceles y los espíritus encarcelados!

El querer hace libres: pues querer es crear: así enseño yo. ¡Y *sólo* para crear debéis aprender!

¡Y también el aprender debéis *aprenderlo* de mí, el aprender bien! – ¡Quien tenga oídos, oiga!

17

Ahí está la barca, – quizá navegando hacia la otra orilla se vaya a la gran nada. – ¿Quién quiere embarcarse en ese «quizá»?

¡Ninguno de vosotros quiere embarcarse en la barca de la muerte![390] ¡Cómo pretendéis ser entonces hombres *cansados del mundo*!

¡Cansados del mundo! ¡Y ni siquiera habéis llegado a estar desprendidos de la tierra! ¡Siempre os he encontrado ávidos todavía de tierra, enamorados todavía del propio estar cansados de la tierra!

No en vano tenéis el labio colgante – ¡un pequeño deseo de tierra continúa asentado en él! Y en el ojo – ¿no flota en él una nubecilla de inolvidado placer terrestre?

Hay en la tierra muchas buenas invenciones, las unas útiles, las otras agradables: por causa de ellas resulta amable la tierra.

Y muchas y distintas cosas están tan bien inventadas que, como el pecho de la mujer: son útiles y agradables a la vez.

¡Mas vosotros los cansados del mundo! ¡Vosotros los perezosos de la tierra! ¡A vosotros se os debe azotar! Al azotaros se os debe espabilar de nuevo las piernas.

Pues: si no sois enfermos y pillos decrépitos, de los que la tierra está cansada, sois astutos perezosos, o golosos y agazapados gatos de placer. Y si no queréis volver a *correr* alegremente, entonces debéis – ¡iros al otro mundo!

No se debe querer ser médico de incurables: así lo enseña Zaratustra: – ¡por eso debéis iros al otro mundo!

Pero se necesita más *valor* para poner fin que para escribir un nuevo verso: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas. –

18

Oh hermanos míos, hay tablas que las creó la fatiga, y tablas que las creó la pereza, tablas perezosas: aunque hablan del mismo modo, quieren que se las oiga de modo distinto. –

¡Mirad ahí ese hombre que desfallece! Se halla tan sólo a un palmo de su meta, mas a causa de la fatiga se ha tendido ahí, obstinado, en el polvo: ¡ese valiente!

A causa de la fatiga bosteza del camino y de la tierra y de la meta y de sí mismo: no quiere dar un solo paso más, – ¡ese valiente!

Ahora el sol arde sobre él, y los perros lamen su sudor[391]: pero él yace ahí en su obstinación y prefiere desfallecer: –

– ¡desfallecer a un palmo de su meta! En verdad, tendréis que llevarlo agarrado por los cabellos incluso a su cielo[392], – ¡a ese héroe!

Es mejor que lo dejéis tirado ahí donde él se ha echado, para que le llegue el sueño, el consolador, con un chaparrón refrescante:

Dejadle yacer hasta que se despierte por sí mismo, – ¡hasta que se retracte por sí mismo de toda fatiga y de lo que en él enseñaba fatiga!

Sólo, hermanos míos, ahuyentad de él a los perros, a los hipócritas perezosos y a

todo el enjambre de sabandijas: –

– a todo el enjambre de sabandijas de los «cultos», que con el sudor de todo héroe – ¡se regala! –

19

Yo trazo en torno a mí círculos y fronteras sagradas; cada vez es menor el número de quienes conmigo suben hacia montañas cada vez más altas, – yo construyo una cordillera con montañas más santas cada vez. –

Pero adondequiera que conmigo subáis, oh hermanos míos: ¡cuidad de que no suba con vosotros un *parásito*![393]

Parásito: es un gusano, un gusano que se arrastra, que se doblega, que quiere engordar a costa de vuestros rincones enfermos y heridos.

Y su arte consiste en *esto*, en adivinar cuál es en las almas ascendentes el lugar en que están cansadas: en vuestro disgusto y en vuestro mal humor, en vuestro delicado pudor construye el parásito su nauseabundo nido.

En el lugar en que el fuerte es débil, y el noble, demasiado benigno, – allí dentro construyó él su nauseabundo nido: el parásito habita allí donde el grande tiene pequeños rincones heridos.

¿Cuál es la especie más alta de todo ser, y cuál la más baja? El parásito es la especie más baja; pero quien forma parte de la especie más alta, ése alimenta a la mayor parte de los parásitos.

El alma, en efecto, que posee la escala más larga y que más profundo puede descender: ¿cómo no iban a asentarse en ella la mayor parte de los parásitos? –

– el alma más vasta, la que más lejos puede correr y errar y vagar dentro de sí; la más necesaria, que por placer se precipita en el azar: –

– el alma que es, y se sumerge en el devenir; la que posee, y *quiere* sumergirse en el querer y desear: –

– la que huye de sí misma, que a sí misma se da alcance en los círculos más amplios; el alma más sabia, a quien más dulcemente habla la necedad: –

– la que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su corriente y su contracorriente, su flujo y su reflujo[394]: – oh, ¿cómo no iba *el alma más elevada* a tener los peores parásitos?

20

Oh hermanos míos, ¿acaso soy cruel? Pero yo digo: ¡a lo que está cayendo se le debe incluso dar un empujón!

Todas estas cosas de hoy – están cayendo, decayendo: ¡quién querría sostenerlas! Pero yo – ¡yo *quiero* darles además un empujón!

¿Conocéis vosotros la voluptuosidad que hace rodar las piedras en profundidades cortadas a pico? – Estos hombres de hoy: ¡mirad cómo ruedan a mis profundidades!

¡Un preludio de jugadores mejores soy yo, oh hermanos míos! ¡Un ejemplo! ¡*Obrad* según mi ejemplo![395]

Y a quien no le enseñéis a volar, enseñadle – ¡*a caer más deprisa*! –

21

Yo amo a los valientes: mas no basta ser un mandoble, – ¡hay que saber también *a quién* se le dan los mandobles!

Y a menudo hay más valentía en contenerse y pasar de largo: ¡*a fin* de reservarse para un enemigo más digno!

Debéis tener sólo enemigos que haya que odiar, pero no enemigos que haya que despreciar: es necesario que estéis orgullosos de vuestro enemigo: así lo he enseñado ya una vez[396].

Para un enemigo más digno, oh amigos míos, debéis reservaros: por ello tenéis que pasar de largo junto a muchas cosas, –

– especialmente junto a mucha chusma, que os mete en los oídos ruido de pueblo y de pueblos.

¡Mantened puros vuestros ojos de su pro y de su contra! En ellos hay mucha justicia, mucha injusticia: quien se detiene a mirar se pone colérico.

Ver, golpear[397] – esto es aquí *una sola cosa*: ¡por ello, marchad a los bosques y dejad dormir vuestra espada!

¡Seguid *vuestros* caminos! ¡Y dejad que el pueblo y los pueblos sigan los suyos! – ¡caminos oscuros, en verdad, en los cuales no relampaguea ya ni *una* esperanza!

¡Que domine el tendero allí donde todo lo que brilla – es oro de tenderos! Ya no es tiempo de reyes[398]: lo que hoy se llama a sí mismo pueblo no merece reyes.

Ved cómo estos pueblos actúan ahora, también ellos, igual que los tenderos: ¡rebuscan las más mínimas ventajas incluso en todos los desperdicios!

Se acechan mutuamente, se espían unos a otros, – a esto lo llaman «buena vecindad». Oh bienaventurado tiempo remoto en que un pueblo se decía a sí mismo: «¡yo quiero ser – *señor* de otros pueblos!».

Pues, hermanos míos: ¡lo mejor debe dominar, lo mejor *quiere* también dominar! Y donde se enseña otra cosa, allí – *falta* lo mejor.

22

Si *ésos* – tuviesen de balde el pan, ¡ay! ¿Tras de qué andarían *ésos* gritando? Su sustento – es su verdadero entretenimiento; ¡y las cosas deben resultarles difíciles!

Animales de presa son: ¡en su «trabajar» – hay también robo, en su «merecer» – hay también engaño! ¡Por eso las cosas deben resultarles difíciles!

Deben hacerse mejores animales de presa, más sutiles, más inteligentes, *más semejantes al hombre*: el hombre es, en efecto, el mejor animal de presa.

A todos los animales les ha robado ya el hombre sus virtudes: por eso, de todos los animales es el hombre el que ha tenido más difíciles las cosas.

Ya sólo los pájaros están por encima de él. Y cuando el hombre aprenda a volar, ¡ay!, ¡hasta qué altura – volará su rapacidad!

23

Así quiero yo que sean el hombre y la mujer: el uno, apto para la guerra, la otra, apta para el parto, mas ambos aptos para bailar con la cabeza y con las piernas.

¡Y demos por perdido el día en que no hayamos bailado al menos *una vez*! ¡Y sea falsa para nosotros toda verdad en la que no haya habido *una* carcajada!

24

Vuestro enlace matrimonial: ¡Tened cuidado de que no sea una mala *conclusión*! Habéis soldado con demasiada rapidez: ¡por eso de ahí *se sigue* – el quebrantamiento del matrimonio!

¡Y es mejor quebrantar el matrimonio que torcer el matrimonio, que mentir el matrimonio! – Así me dijo una mujer: «Es verdad que yo he quebrantado el matrimonio, ¡pero antes el matrimonio me había quebrantado a mí!»[399].

Siempre he encontrado que los mal apareados eran los peores vengativos: hacen pagar a todo el mundo el que ellos no puedan ya correr por separado.

Por ello quiero yo que los honestos se digan uno a otro: «Nosotros nos amamos: ¡*veamos* si podemos continuar amándonos! ¿O debe ser una equivocación nuestra promesa?»[400].

– «¡Dadnos un plazo y un pequeño matrimonio, para que veamos si somos capaces del gran matrimonio! ¡Es una gran cosa estar dos siempre juntos!».

Así aconsejo yo a todos los honestos; ¡y qué sería mi amor al superhombre y a todo lo que debe venir si yo aconsejase y hablase de otro modo!

No sólo a propagaros al mismo nivel, sino a propagaros *hacia arriba* – ¡a eso, oh hermanos míos, ayúdeos el jardín del matrimonio!

25

El que ha llegado a conocer los viejos orígenes acabará por buscar manantiales del futuro y nuevos orígenes. –

Oh hermanos míos, de aquí a poco[401], *nuevos pueblos* surgirán y nuevos manantiales se precipitarán ruidosamente en nuevas profundidades.

El terremoto, en efecto, – ciega muchos pozos y provoca mucho desfallecimiento: y también saca a luz energías y secretos ocultos.

El terremoto pone de manifiesto nuevos manantiales. En el terremoto de viejos pueblos emergen manantiales nuevos.

Y en torno a quien entonces grita: «He ahí un pozo para muchos sedientos, *un* corazón para muchos anhelosos, *una* voluntad para muchos instrumentos»: – en torno a ése se reúne un *pueblo*, es decir: muchos experimentadores.

Quién puede mandar, quién tiene que obedecer – ¡*eso es lo que aquí se experimenta*! ¡Ay, con qué búsquedas y adivinaciones y fallos y aprendizajes y reexperimentos tan prolongados!

La sociedad de los hombres: es un experimento, así lo enseño yo, una prolongada búsqueda: ¡y busca al hombre de mando! –

– un experimento, ¡oh hermanos míos! ¡Y *no* un «contrato»![402] ¡Romped, rompedme tales palabras de los corazones débiles y de los amigos de componendas!

26

¡Oh hermanos míos! ¿En quiénes reside el mayor peligro para todo futuro de los hombres? ¿No es en los buenos y justos? –

– que dicen y sienten en su corazón: «nosotros sabemos ya lo que es bueno y justo, y hasta lo tenemos; ¡ay de aquéllos que continúan buscando aquí!».

Y sean cuales sean los daños que los malvados ocasionen: ¡el daño de los buenos es el daño más dañino de todos!

Y sean cuales sean los daños que los calumniadores del mundo ocasionen: el daño de los buenos es el daño más dañino de todos.

Oh hermanos míos, en cierta ocasión uno miró dentro del corazón de los buenos y justos, y dijo: «Son fariseos». Pero no le entendieron[403].

A los buenos y justos mismos no les fue lícito entenderle: su espíritu está prisionero de su buena conciencia. La estupidez de los buenos es insondablemente inteligente.

Pero ésta es la verdad: los buenos *tienen* que ser fariseos, – ¡no tienen opción![404]

¡Los buenos *tienen que* crucificar a aquel que se inventa su propia virtud! ¡Ésta *es* la verdad!

Mas el segundo[405] que descubrió su país, el país, el corazón y la tierra de los buenos y justos: ése fue el que preguntó: «¿A quién es al que más odian éstos?».

Al creador es al que más odian: a quien rompe tablas y viejos valores, al quebrantador – llámanlo delincuente[406].

Los buenos, en efecto, – no *pueden* crear: son siempre el comienzo del final: –

– crucifican a quien escribe nuevos valores sobre nuevas tablas, sacrifican el futuro *a sí mismos*, – ¡crucifican todo el futuro de los hombres!

Los buenos – han sido siempre el comienzo del final. –

27

Oh hermanos míos, ¿habéis entendido también esta palabra? ¿Y lo que en otro tiempo dije acerca del «último hombre»?[407] – –

¿En quiénes reside el máximo peligro para todo el futuro de los hombres? ¿No es en los buenos y justos?

¡*Romped, destrozadme a los buenos y justos*! – Oh hermanos míos, ¿habéis entendido también esta palabra?

28

¿Huís de mí? ¿Estáis espantados? ¿Tembláis ante esta palabra?

Oh hermanos míos, cuando os he mandado destrozar a los buenos y las tablas de los buenos: sólo entonces es cuando yo he embarcado al hombre en su alta mar.

Y ahora es cuando llegan a él el gran espanto, el gran mirar a su alrededor, la gran enfermedad, la gran náusea, el gran mareo.

Falsas costas y falsas seguridades os han enseñado los buenos; en mentiras de los buenos habéis nacido y habéis estado cobijados[408]. Todo está falseado y deformado hasta el fondo por los buenos.

Pero quien ha descubierto el país «Hombre» ha descubierto también el país «Futuro de los Hombres». ¡Ahora vosotros debéis ser mis marineros, marineros bravos, pacientes!

¡Caminad erguidos a tiempo, oh hermanos míos, aprended a caminar erguidos! El mar está tempestuoso: muchos quieren servirse de vosotros para volver a erguirse.

El mar está tempestuoso: todo está en el mar. ¡Bien! ¡Adelante! ¡Viejos corazones de marineros!

¡Qué importa el país de los padres! ¡Nuestro timón quiere *dirigirse* hacia donde

está el *país de nuestros hijos*! ¡Hacia allá lánzase tempestuoso, más tempestuoso que el propio mar, nuestro gran anhelo! –

29[409]

«¡Por qué tan duro! – dijo en otro tiempo el carbón de cocina al diamante; ¿no somos parientes cercanos?». –

¿Por qué tan blandos? Oh hermanos míos, así os pregunto *yo* a vosotros: ¿no sois vosotros – mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, tan poco resistentes y tan dispuestos a ceder? ¿Por qué hay tanta negación, tanta renegación en vuestro corazón? ¿Y tan poco destino en vuestra mirada?

Y si no queréis ser destinos ni inexorables: ¿cómo podríais – vencer conmigo?

Y si vuestra dureza no quiere levantar chispas y cortar y sajar: ¿cómo podríais algún día – crear conmigo?

Los creadores son duros, en efecto. Y bienaventuranza tiene que pareceros el imprimir vuestra mano sobre milenios como si fuesen cera, –

– bienaventuranza, escribir sobre la voluntad de milenios como sobre bronce, – más duros que el bronce, más nobles que el bronce. Sólo lo totalmente duro es lo más noble de todo.

Esta nueva tabla, oh hermanos míos, coloco yo sobre vosotros: ¡*endureceos*! _[410]

30

¡Oh tú voluntad mía! ¡Tú viraje de toda necesidad, tú necesidad *mía*![411] ¡Presérvame de todas las victorias pequeñas!

¡Tú providencia de mi alma, que yo llamo destino! ¡Tú que estás dentro de mí! ¡Tú que estás encima de mí! ¡Presérvame y resérvame para *un* gran destino![412]

Y tu última grandeza, voluntad mía, resérvatela para tu último instante, – ¡para ser inexorable *en* tu victoria! ¡Ay, quién no ha sucumbido a su victoria!

¡Ay, a quién no se le oscurecieron los ojos en ese crepúsculo ebrio! ¡Ay, a quién no le vaciló el pie y desaprendió, en la victoria, – a estar de pie! –

– Que yo esté preparado y maduro alguna vez en el gran mediodía: preparado y maduro como bronce ardiente, como nube grávida de rayos y como ubre hinchada de leche: –

– preparado para mí mismo y para mi voluntad más oculta: un arco ansioso de su flecha, una flecha ansiosa de su estrella: –

– una estrella preparada y madura en su mediodía, ardiente, perforada, bienaventurada gracias a las aniquiladoras flechas solares: –

– un sol y una inexorable voluntad solar, ¡dispuesto a aniquilar en la victoria!

¡Oh voluntad, viraje de toda necesidad, tú necesidad *mía*! ¡Resérvame para *una* gran victoria! – –

Así habló Zaratustra.

El convaleciente[413]

1

Una mañana, no mucho tiempo después de su regreso a la caverna, Zaratustra saltó de su lecho como un loco, gritó con voz terrible e hizo gestos como si en el lecho yaciese todavía alguien que no quisiera levantarse de allí; y tanto resonó la voz de Zaratustra que sus animales acudieron asustados, y de todas las cavernas y escondrijos que estaban próximos a la caverna de Zaratustra escaparon todos los animales, – volando, revoloteando, arrastrándose, saltando, según que les hubiesen tocado en suerte patas o alas. Y Zaratustra dijo estas palabras:

¡Sube, pensamiento abismal, de mi profundidad! Yo soy tu gallo y tu crepúsculo matutino, gusano adormilado: ¡arriba!, ¡arriba! ¡Mi voz debe desvelarte ya con su canto de gallo!

¡Desátate las ataduras de tus oídos: escucha! ¡Pues yo quiero oírte! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Aquí hay truenos bastantes para que también los sepulcros aprendan a escuchar!

¡Y borra de tus ojos el sueño y toda imbecilidad, toda ceguera! Óyeme también con tus ojos: mi voz es una medicina incluso para ciegos de nacimiento.

Y una vez que te hayas despertado deberás permanecer eternamente despierto. No es *mi* hábito despertar del sueño a tatarabuelas para decirles – ¡que sigan durmiendo! [414]

¿Te mueves, te desperezas, ronroneas? ¡Arriba! ¡Arriba! ¡No roncar – hablarme es lo que debes! ¡Te llama Zaratustra el ateo!

¡Yo Zaratustra, el abogado de la vida, el abogado del sufrimiento, el abogado del círculo[415] – te llamo a ti, al más abismal de mis pensamientos!

¡Dichoso de mí! Vienes – ¡te oigo! ¡Mi abismo *habla*, he hecho girar a mi última profundidad para que mire hacia la luz!

¡Dichoso de mí! ¡Ven! Dame la mano – – ¡ay!, ¡deja!, ¡ay, ay! – – náusea, náusea, náusea – – – ¡ay de mí!

2

Y apenas había dicho Zaratustra estas palabras cayó al suelo como un muerto y permaneció largo tiempo como un muerto. Mas cuando volvió en sí estaba pálido y temblaba y permaneció tendido y durante largo tiempo no quiso comer ni beber. Esto duró en él siete días; mas sus animales no lo abandonaron ni de día ni de noche,

excepto que el águila volaba fuera a recoger comida. Y lo que recogía y robaba colocábalo en el lecho de Zaratustra: de modo que éste acabó por yacer entre amarillas y rojas bayas, racimos de uvas, manzanas de rosa[416], hierbas aromáticas y piñas. Y a sus pies estaban extendidos dos corderos[417] que el águila había arrebatado con gran esfuerzo a sus pastores.

Por fin, al cabo de siete días, Zaratustra se irguió en su lecho, tomó en la mano una manzana de rosa, la olió y encontró agradable su olor. Entonces creyeron sus animales que había llegado el tiempo de hablar con él.

«Oh Zaratustra, dijeron, hace ya siete días que estás así tendido, con pesadez en los ojos: ¿no quieres por fin ponerte otra vez de pie?

Sal de tu caverna: el mundo te aguarda como un jardín. El viento juega con densos aromas que quieren venir hasta ti; y todos los arroyos quisieran correr detrás de ti.

Todas las cosas sienten anhelo de ti, porque has permanecido solo siete días, – ¡sal fuera de tu caverna! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!

¿Es que ha venido a ti un nuevo conocimiento, un conocimiento ácido, pesado? Como masa acedada yacías tú ahí, tu alma se hinchaba y rebosaba por todos sus bordes». –

– ¡Oh animales míos, respondió Zaratustra, seguid parloteando así y dejad que os escuche! Me reconforta que parloteéis: donde se parlotea, allí el mundo se extiende ante mí como un jardín.

Qué agradable es que existan palabras y sonidos: ¿palabras y sonidos no son acaso arcos iris y puentes ilusorios tendidos entre lo eternamente separado?

A cada alma le pertenece un mundo distinto; para cada alma es toda otra alma un trasmundo.

Entre las cosas más semejantes es precisamente donde la ilusión miente del modo más hermoso; pues el abismo más pequeño es el más difícil de salvar[418].

Para mí – ¿cómo podría haber un fuera-de-mí? ¡No existe ningún fuera! Mas esto lo olvidamos tan pronto como vibran los sonidos; ¡qué agradable es olvidar esto!

¿No se les han regalado acaso a las cosas nombres y sonidos para que el hombre se reconforte en las cosas? Una hermosa necedad es el hablar: al hablar, el hombre baila sobre todas las cosas.

¡Qué agradables son todo hablar y todas las mentiras de los sonidos! Con sonidos baila nuestro amor sobre multicolores arcos iris. –

– «Oh Zaratustra, dijeron a esto los animales, todas las cosas mismas bailan para quienes piensan como nosotros: vienen y se tienden la mano, y ríen, y huyen – y vuelven.

Todo va, todo vuelve; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente corre el año del ser.

Todo se rompe, todo se recompone; eternamente se construye a sí misma la misma casa del ser. Todo se despide, todo vuelve a saludarse; eternamente permanece

fiel a sí el anillo del ser.

En cada instante comienza el ser; en torno a todo “Aquí” gira la esfera “Allá”. El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad». –

– ¡Oh truhanes y organillos de manubrio!, respondió Zaratustra y de nuevo sonrió, qué bien sabéis lo que tuvo que cumplirse durante siete días: –[419]

– ¡Y cómo aquel monstruo se deslizó en mi garganta y me estranguló! Pero yo le mordí la cabeza y la escupí lejos de mí.

Y vosotros, – ¿vosotros habéis hecho ya de ello una canción de organillo? Mas ahora yo estoy aquí tendido, fatigado aún de ese morder y escupir lejos, enfermo todavía de la propia redención.

¿*Y vosotros habéis sido espectadores de todo esto*? Oh animales míos, ¿también vosotros sois crueles? ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor, como hacen los hombres? El hombre es, en efecto, el más cruel de todos los animales.

Como más a gusto se ha sentido hasta ahora el hombre en la tierra ha sido asistiendo a tragedias, corridas de toros y crucifixiones; y cuando inventó el infierno, he aquí que éste fue su cielo en la tierra.

Cuando el gran hombre grita –: apresúrase el pequeño a acudir; y de avidez le cuelga la lengua fuera del cuello. Mas él a esto lo llama su «compasión».

El hombre pequeño, sobre todo el poeta, – ¡con qué vehemencia acusa él a la vida con palabras! ¡Escuchadle, pero no dejéis de oír el placer que hay en todo acusar!

A esos acusadores de la vida: la vida los supera con un simple parpadeo. «¿Me amas?, dice la descarada; espera un poco, aún no tengo tiempo para ti».

El hombre es consigo el más cruel de los animales; y en todo lo que a sí mismo se llama «pecador» y dice que «lleva la cruz» y que es un «penitente», ¡no dejéis de oír la voluptuosidad que hay en ese lamentarse y acusar!

Yo mismo – ¿quiero ser con esto el acusador del hombre? Ay, animales míos, esto es lo único que he aprendido hasta ahora, que el hombre necesita, para sus mejores cosas, de lo peor que hay en él, –

– que todo lo peor es su mejor *fuerza* y la piedra más dura para el supremo creador; y que el hombre tiene que hacerse más bueno *y* más malvado: –

El leño de martirio a que yo estaba sujeto no era *el que* yo supiese: el hombre es malvado, – sino el que yo gritase como nadie ha gritado aún:

«¡Ay, qué pequeñas son incluso sus peores cosas! ¡Ay, qué pequeñas son incluso sus mejores cosas!».

El gran hastío del hombre – *él* era el que me estrangulaba y el que se me había deslizado en la garganta: y lo que el adivino había profetizado: «Todo es igual, nada merece la pena, el saber estrangula»[420].

Un gran crepúsculo iba cojeando delante de mí, una tristeza mortalmente cansada, ebria de muerte, que hablaba con una boca bostezante.

«Eternamente retorna él, el hombre del que tú estás cansado, el hombre pequeño» – así bostezaba mi tristeza y arrastraba el pie y no podía adormecerse.

En una oquedad se transformó para mí la tierra de los hombres, su pecho se hundió, todo lo vivo convirtiose para mí en putrefacción humana y en huesos y en caduco pasado.

Mi suspirar estaba sentado sobre todos los sepulcros de los hombres y no podía ponerse de pie; mi suspirar y mi preguntar lanzaban presagios siniestros y estrangulaban y roían y se lamentaban día y noche:

– «¡Ay, el hombre retorna eternamente! ¡El hombre pequeño retorna eternamente!». –

Desnudos había visto yo en otro tiempo[421] a ambos, al hombre más grande y al hombre más pequeño: demasiado semejantes entre sí, – ¡demasiado humano incluso el más grande!

¡Demasiado pequeño el más grande! – ¡Éste era mi hastío del hombre! ¡Y el eterno retorno también del más pequeño! – ¡Éste era mi hastío de toda existencia!

Ay, ¡náusea!, ¡náusea!, ¡náusea! – – Así habló Zaratustra, y suspiró y tembló; pues se acordaba de su enfermedad. Mas entonces sus animales no le dejaron seguir hablando.

«¡No sigas hablando, convaleciente! – así le respondieron sus animales, sino sal afuera, adonde el mundo te aguarda como un jardín.

¡Sal afuera, a las rosas y a las abejas y a las bandadas de palomas! Y, sobre todo, a los pájaros cantores: ¡para que de ellos aprendas a *cantar*!

Cantar es, en efecto, cosa propia de convalecientes; al sano le gusta hablar. Y aun cuando también el sano quiere canciones, quiere, sin embargo, distintas canciones que el convaleciente».

– «¡Oh truhanes y organillos de manubrio, callad! – respondió Zaratustra y se sonrió de sus animales. ¡Qué bien sabéis el consuelo que inventé para mí durante siete días!

El tener que cantar de nuevo – *ése* fue el consuelo que me inventé, y *ésa* mi curación: ¿queréis acaso vosotros hacer en seguida de ello una canción de organillo?».

– «No sigas hablando, volvieron a responderle sus animales; es preferible que tú, convaleciente, te prepares primero una lira, ¡una lira nueva!

Pues mira, ¡oh Zaratustra! Para estas nuevas canciones se necesitan liras nuevas.

Canta y cubre los ruidos con tus bramidos, oh Zaratustra, cura tu alma con nuevas canciones: ¡para que puedas llevar tu gran destino, que no ha sido aún el destino de ningún hombre!

Pues tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres tú y quién tienes que llegar a ser: *tú eres el maestro del eterno retorno*[422] –, ¡ése es *tu* destino!

El que tengas que ser el primero en enseñar esta doctrina, – ¡cómo no iba a ser ese gran destino también tu máximo peligro y tu máxima enfermedad!

Mira, nosotros sabemos lo que tú enseñas: que todas las cosas retornan eternamente, y nosotros mismos con ellas, y que nosotros hemos existido ya infinitas veces, y todas las cosas con nosotros.

Tú enseñas que hay un gran año del devenir, un monstruo de gran año: una y otra vez tiene éste que darse la vuelta, lo mismo que un reloj de arena, para volver a transcurrir y a vaciarse: –

– de modo que todos estos años son idénticos a sí mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño, – de modo que nosotros mismos somos idénticos a nosotros mismos en cada gran año, en lo más grande y también en lo más pequeño.

Y si tú quisieras morir ahora, oh Zaratustra: mira, también sabemos cómo te hablarías entonces a ti mismo: – ¡mas tus animales te ruegan que no mueras todavía!

Hablarías sin temblar, antes bien dando un aliviador suspiro de bienaventuranza: ¡pues una gran pesadez y un gran sofoco se te quitarían de encima a ti, el más paciente de todos los hombres! –

"Ahora muero y desaparezco, dirías, y dentro de un instante seré nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos[423].

Pero el nudo de las causas, en el cual yo estoy entrelazado, retorna, – ¡él me creará de nuevo! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno.

Vendré otra vez, con este sol, con esta tierra, con esta águila, con esta serpiente – *no* a una vida nueva o a una vida mejor o a una vida semejante:

– vendré eternamente de nuevo a esta misma e idéntica vida, en lo más grande y también en lo más pequeño, para enseñar de nuevo el eterno retorno de todas las cosas, –

– para decir de nuevo la palabra del gran mediodía de la tierra y de los hombres, para volver a anunciar el superhombre a los hombres.

He dicho mi palabra, quedo hecho pedazos a causa de ella: así lo quiere mi suerte eterna – , ¡perezco como anunciador!

Ha llegado la hora de que el que se hunde en su ocaso se bendiga a sí mismo. Así – *acaba* el ocaso de Zaratustra".» –[424]

Cuando los animales hubieron dicho estas palabras callaron y aguardaron a que Zaratustra les dijese algo: mas Zaratustra no oyó que ellos callaban. Antes bien, yacía en silencio, con los ojos cerrados, semejante a un durmiente, aunque ya no dormía: pues se hallaba en conversación con su alma. Pero la serpiente y el águila, al encontrarlo tan silencioso, honraron el gran silencio que lo rodeaba y se alejaron con cuidado.

Del gran anhelo[425]

Oh alma mía[426], yo te he enseñado a decir «Hoy» como se dice «Alguna vez» y «En otro tiempo» y a bailar tu ronda por encima de todo Aquí y Ahí y Allá.

Oh alma mía, yo te he redimido de todos los rincones, yo he apartado de ti el polvo, las arañas y la penumbra.

Oh alma mía, yo te he lavado del pequeño pudor y de la virtud de los rincones y te persuadí a estar desnuda ante los ojos del sol.

Con la tempestad llamada «Espíritu» soplé sobre tu mar agitado; todas las nubes las expulsé de él soplando, estrangulé incluso al estrangulador llamado «Pecado».

Oh alma mía, te he dado el derecho de decir no como la tempestad y de decir sí como dice sí el cielo abierto: silenciosa como la luz te encuentras ahora, y caminas a través de tempestades de negación.

Oh alma mía, te he devuelto la libertad sobre lo creado y lo increado: ¿y quién conoce la voluptuosidad de lo futuro como tú la conoces?

Oh alma mía, te he enseñado el despreciar que no viene como una carcoma, el grande, amoroso despreciar, que ama máximamente allí donde máximamente desprecia.

Oh alma mía, te he enseñado a persuadir de tal modo que persuades a venir a ti a los argumentos mismos: semejante al sol, que persuade al mar a subir hasta su altura.

Oh alma mía, he apartado de ti todo obedecer, todo doblar la rodilla y todo llamar «señor» a otro, te he dado a ti misma el nombre «Viraje de la necesidad»[427] y «Destino».

Oh alma mía, te he dado nuevos nombres y juguetes multicolores, te he llamado «Destino» y «Contorno de los contornos» y «Ombligo del tiempo» y «Campana azur».

Oh alma mía, a tu terruño le he dado a beber toda sabiduría, todos los vinos nuevos y también todos los vinos fuertes, inmemorialmente viejos, de la sabiduría.

Oh alma mía, todo sol lo he derramado sobre ti, y toda noche y todo callar y todo anhelo: – así has crecido para mí cual una viña.

Oh alma mía, inmensamente rica y pesada te encuentras ahora, como una viña, con hinchadas ubres y densos y dorados racimos de oro: –

– apretada y oprimida por tu felicidad, aguardando a causa de tu sobreabundancia, y avergonzada incluso de tu aguardar.

¡Oh alma mía, en ninguna parte hay ahora un alma que sea más amorosa y más comprehensiva y más amplia que tú! El futuro y el pasado ¿dónde estarían más próximos y juntos que en ti?

Oh alma mía, te he dado todo, y todas mis manos se han vaciado por ti: – ¡y ahora! Ahora me dices, sonriente y llena de melancolía: «¿Quién de nosotros tiene que dar las gracias? –

– ¿el que da no tiene que agradecer que el que toma tome? ¿Hacer regalos no es una necesidad? ¿Tomar no es – un apiadarse?». –

Oh alma mía, comprendo la sonrisa de tu melancolía: ¡También tu inmensa riqueza extiende ahora manos anhelantes!

¡Tu plenitud mira por encima de mares rugientes y busca y aguarda; el anhelo de la sobreplenitud mira desde el cielo de tus ojos sonrientes!

¡Y, en verdad, oh alma mía! ¿Quién vería tu sonrisa y no se desharía en lágrimas? Los ángeles mismos se deshacen en lágrimas a causa de la sobrebondad de tu sonrisa.

Tu bondad y tu sobrebondad son las que no quieren lamentarse y llorar: y, sin embargo, oh alma mía, tu sonrisa anhela las lágrimas, y tu boca trémula, los sollozos.

«¿No es todo llorar un lamentarse? ¿Y no es todo lamentarse un acusar?». Así te hablas a ti misma, y por ello, oh alma mía, prefieres sonreír a desahogar tu sufrimiento,

– ¡a desahogar en torrentes de lágrimas todo el sufrimiento que te causan tu plenitud y todos los apremios de la viña para que vengan viñadores y podadores!

Pero tú no quieres llorar, no quieres desahogar en lágrimas tu purpúrea melancolía, ¡por eso tienes que *cantar*, oh alma mía! – Mira, yo mismo sonrío, yo te predije estas cosas:

– cantar, con un canto rugiente, hasta que todos los mares se callen para escuchar tu anhelo, –

– hasta que sobre silenciosos y anhelantes mares se balancee la barca, el áureo prodigio, en torno a cuyo oro dan brincos todas las cosas malas y prodigiosas: –

– también muchos animales grandes y pequeños, y todo lo que tiene prodigiosos pies ligeros para poder correr sobre senderos de color violeta, –

– hacia el áureo prodigio, hacia la barca voluntaria y su dueño: pero éste es el vendimiador, que aguarda con una podadera de diamante[428], –

– tu gran liberador, oh alma mía, el sin-nombre – ¡al que sólo cantos futuros encontrarán un nombre! Y, en verdad, tu aliento tiene ya el perfume de cantos futuros, –

– ¡ya tú ardes y sueñas, ya bebes tú, sedienta, de todos los consoladores pozos de sonoras profundidades, ya descansa tu melancolía en la bienaventuranza de cantos futuros! – –

Oh alma mía, ahora te he dado todo, e incluso lo último que tenía, y todas mis manos se han vaciado por ti: – ¡*el mandarte cantar*, mira, esto era mi última cosa!

El mandarte cantar, y ahora habla, di: ¿*quién* de nosotros tiene ahora – que dar las gracias? – O mejor: ¡canta para mí, canta, oh alma mía! ¡Y déjame que sea yo el que dé las gracias! –

Así habló Zaratustra.

La otra canción del baile

1

«En tus ojos he mirado hace un momento, oh vida[429]: oro he visto centellear en tus nocturnos ojos, – mi corazón se quedó paralizado ante esa voluptuosidad:

– ¡una barca de oro he visto centellear sobre aguas nocturnas, una balanceante barca de oro que se hundía, bebía agua, tornaba a hacer señas!

A mi pie, furioso de bailar, lanzaste una mirada, una balanceante mirada que reía, preguntaba, derretía:

Sólo dos veces agitaste tus castañuelas con pequeñas manos – entonces se balanceó ya mi pie con furia de bailar.

Mis talones se irguieron, los dedos de mis pies escuchaban para comprenderte: lleva, en efecto, quien baila sus oídos – ¡en los dedos de sus pies!

Hacia ti di un salto: tú retrocediste huyendo de él; ¡y hacia mí lanzó llamas la lengua de tus flotantes cabellos fugitivos!

Di un salto apartándome de ti y de tus serpientes: entonces tú te detuviste, medio vuelta, los ojos llenos de deseo.

Con miradas sinuosas – me enseñas senderos sinuosos; en ellos mi pie aprende – ¡astucias!

Te temo cercana, te amo lejana; tu huida me atrae, tu buscar me hace detenerme: – yo sufro, ¡mas qué no he sufrido con gusto por ti!

Cuya frialdad inflama, cuyo odio seduce, cuya huida ata, cuya burla – conmueve:

– ¡quién no te odiaría a ti, gran atadora, envolvedora, tentadora, buscadora, encontradora! ¡Quién no te amaría a ti, pecadora inocente, impaciente, rápida como el viento, de ojos infantiles!

¿Hacia dónde me arrastras ahora, criatura prodigiosa y niña traviesa? ¡Y ahora vuelves a huir de mí, dulce presa y niña ingrata!

Te sigo bailando, te sigo incluso sobre una pequeña huella. ¿Dónde estás? ¡Dame la mano! ¡O un dedo tan sólo!

Aquí hay cavernas y espesas malezas: ¡nos extraviaremos! – ¡Alto! ¡Párate! ¿No ves revolotear búhos y murciélagos?

¡Tú búho! ¡Tú murciélago! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? De los perros has aprendido este aullar y ladrar.

¡Tú me gruñes cariñosamente con blancos dientecillos, tus malvados ojos saltan hacia mí desde ensortijadas melenitas!

Éste es un baile a campo traviesa: yo soy el cazador – ¿tú quieres ser mi perro, o mi gamuza?

¡Ahora, a mi lado! ¡Y rápido, maligna saltadora!

¡Ahora, arriba! ¡Y al otro lado! – ¡Ay! – ¡Me he caído yo mismo al saltar!

¡Oh, mírame yacer en el suelo, tú arrogancia, e implorar gracia! ¡Me gustaría recorrer contigo – senderos más agradables!

– ¡senderos del amor, a través de silenciosos bosquecillos multicolores! O allí a lo largo del lago: ¡allí nadan y bailan peces dorados!

¿Ahora estás cansada? Allá arriba hay ovejas y atardeceres: ¿no es hermoso dormir cuando los pastores tocan la flauta?

¿Tan cansada estás? ¡Yo te llevo, deja tan sólo caer los brazos! Y si tienes sed, – yo tendría sin duda algo, ¡mas tu boca no quiere beberlo! –

– ¡Oh esta maldita, ágil, flexible serpiente y bruja escurridiza! ¿Adonde has ido? ¡Mas en la cara siento, de tu mano, dos huellas y manchas rojas!

¡Estoy en verdad cansado de ser siempre tu estúpido pastor! Tú bruja, hasta ahora he cantado yo para ti, ahora *tú* debes – ¡gritar para mí!

¡Al compás de mi látigo debes bailar y gritar para mí! «¿Acaso he olvidado el látigo? – ¡No![430]».

2

Entonces la vida me respondió así, y al hacerlo se tapaba los graciosos oídos:

«¡Oh Zaratustra! ¡No chasquees tan horriblemente el látigo! Tú lo sabes bien: el ruido asesina los pensamientos – y ahora precisamente me vienen pensamientos tan gráciles.

Nosotros somos, ambos, dos haraganes que no hacemos ni bien ni mal. Más allá del bien y del mal hemos encontrado nuestro islote y nuestro verde prado – ¡nosotros dos solos! ¡Ya por ello tenemos que ser buenos el uno para el otro!

Y aunque no nos amemos a fondo –, ¿es necesario guardarse rencor si no se ama a fondo?

Y que yo soy buena contigo, y a menudo demasiado buena, eso lo sabes tú: y la razón es que estoy celosa de tu sabiduría. ¡Ay, esa loca y vieja necia de la sabiduría!

Si alguna vez se apartase de ti tu sabiduría, ¡ay!, entonces se apartaría de ti rápidamente también mi amor». –

En este punto la vida miró pensativa detrás de sí y en torno a sí y dijo en voz baja: «¡Oh Zaratustra, tú no me eres bastante fiel!

No me amas ni mucho menos tanto como dices, yo lo sé, tú piensas que pronto vas a abandonarme.

Hay una vieja, pesada, pesada campana retumbante[431]: ella retumba por la noche y su sonido asciende hasta tu caverna: –

– cuando a medianoche oyes dar la hora a esa campana, tú piensas en esto entre la

una y las doce –

– tú piensas en esto, oh Zaratustra, yo lo sé, ¡en que pronto vas a abandonarme!».

«Sí, contesté yo titubeante, pero tú sabes también esto.» – Y le dije algo al oído, por entre los alborotados, amarillos, insensatos mechones de su cabello.

«¿Tú *sabes* eso, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie.» – –

Y nos miramos uno a otro y contemplamos el verde prado, sobre el cual empezaba a correr el fresco atardecer, y lloramos juntos. – Entonces, sin embargo, me fue la vida más querida que lo que nunca me lo ha sido toda mi sabiduría. –

Así habló Zaratustra.

3[432]

¡Una!

¡Oh hombre! ¡Presta atención!

¡Dos!

¿Qué dice la profunda medianoche?

¡Tres!

«Yo dormía, dormía –,

¡Cuatro!

De un profundo soñar me he despertado: –

¡Cinco!

El mundo es profundo,

¡Seis!

Y más profundo de lo que el día ha pensado.

¡Siete!

Profundo es su dolor

¡Ocho!

El placer – es aún más profundo que el sufrimiento:

¡Nueve!

El dolor dice: ¡Pasa!

¡Diez!

Mas todo placer quiere eternidad –,

¡Once!

– ¡quiere profunda, profunda eternidad!».

¡Doce!

Los siete sellos (O: La canción «Sí y Amén»)[433]

1

Si yo soy un adivino y estoy lleno de aquel espíritu vaticinador que camina sobre una elevada cresta entre dos mares, –

que camina como una pesada nube entre lo pasado y lo futuro[434], – hostil a las hondonadas sofocantes y a todo lo que está cansado y no es capaz ni de vivir ni de morir:

dispuesta en su oscuro seno a lanzar el rayo y el redentor resplandor, grávida de rayos que dicen ¡sí!, ríen ¡sí!, dispuesta a lanzar vaticinadores resplandores fulgurantes: –

– ¡bienaventurado el que está grávido de tales cosas! ¡Y, en verdad, mucho tiempo tiene que estar suspendido de la montaña, cual una mala borrasca, quien alguna vez debe encender la luz del futuro! –

Oh, cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – ¡el anillo del retorno!

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

2

Si alguna vez mi cólera destrozó sepulcros, desplazó mojones e hizo rodar viejas tablas, ya rotas, a profundidades cortadas a pico:

Si alguna vez mi escarnio aventó palabras enmohecidas y yo vine como una escoba para arañas cruceras y como viento que limpia viejas y sofocantes criptas funerarias:

Si alguna vez me senté jubiloso allí donde yacen enterrados viejos dioses, bendiciendo al mundo, amando al mundo, junto a los monumentos de los viejos calumniadores del mundo: –

– pues yo amo incluso las iglesias y los sepulcros de dioses, a condición de que el cielo mire con su ojo puro a través de sus derruidos techos; me gusta sentarme, como hierba y roja amapola, sobre derruidas iglesias –[435]

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

3

Si alguna vez llegó hasta mí un soplo del soplo creador y de aquella celeste necesidad que incluso a los azares obliga a bailar ronda de estrellas:

Si alguna vez reí con la risa del rayo creador, al que gruñendo, pero obediente, sigue el prolongado trueno de la acción:

Si alguna vez jugué a los dados con los dioses sobre la divina mesa de la tierra, de tal manera que la tierra tembló y se resquebrajó y arrojó resoplando ríos de fuego: –

pues una mesa de dioses es la tierra, que tiembla con nuevas palabras creadoras y con divinas tiradas de dados: –

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

4

Si alguna vez bebí a grandes tragos de aquella espumeante y especiada jarra de mezclar en la que se hallan bien mezcladas todas las cosas:

Si alguna vez mi mano derramó las cosas más remotas sobre las más próximas, y fuego sobre el espíritu, y placer sobre el sufrimiento, y lo más inicuo sobre lo más bondadoso:

Si yo mismo soy un grano de aquella sal redentora que hace que todas las cosas se mezclen bien en aquel jarro: –

– pues hay una sal que liga lo bueno con lo malvado; y hasta lo más malvado es digno de servir de condimento y de última efusión: –

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

5

Si yo soy amigo del mar y de todo cuanto es de especie marina, y cuando más amigo suyo soy es cuando, colérico, él me contradice:

Si en mí hay aquel placer indagador que empuja las velas hacia lo no descubierto, si en mi placer hay un placer de navegante:

Si alguna vez mi júbilo gritó: «La costa ha desaparecido, – ahora ha caído mi última cadena –

– lo ilimitado ruge en torno a mí, allá lejos brillan para mí el espacio y el tiempo, ¡bien!, ¡adelante!, ¡viejo corazón!».–

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

6

Si mi virtud es la virtud de un bailarín, y a menudo he saltado con ambos pies hacia un éxtasis de oro y esmeralda:

Si mi maldad es una maldad riente, que habita entre colinas de rosas y setos de lirios:

– dentro de la risa, en efecto, se congrega todo lo malvado, pero santificado y absuelto por su propia bienaventuranza: –

Y si mi alfa y mi omega[436] es que todo lo pesado se vuelva ligero, todo cuerpo, bailarín, todo espíritu, pájaro: ¡y en verdad esto es mi alfa y mi omega! –

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

7

Si alguna vez extendí silenciosos cielos encima de mí, y con alas propias volé hacia cielos propios:

Si yo nadé jugando en profundas lejanías de luz, y mi libertad alcanzó una sabiduría de pájaro: –

– y así es como habla la sabiduría de pájaro: «¡Mira, no hay ni arriba ni abajo! ¡Lánzate de acá para allá, hacia adelante, hacia atrás, tú ligero! ¡Canta!, ¡no sigas

hablando!

– ¿Acaso todas las palabras no están hechas para los pesados? ¿No mienten, para quien es ligero, todas las palabras? Canta, ¡no sigas hablando!».

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, – el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

Cuarta y última parte de Así habló Zaratustra

Ay, ¿en qué lugar del mundo se han cometido tonterías mayores que entre los compasivos? ¿Y qué cosa en el mundo ha provocado más sufrimiento que las tonterías de los compasivos?

¡Ay de todos aquéllos que aman y no tienen todavía una altura que esté por encima de su compasión!

Así me dijo el demonio una vez: «También Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres».

Y hace poco le oí decir esta frase: «Dios ha muerto; a causa de su compasión por los hombres ha muerto Dios».

Así habló Zaratustra, De los compasivos (*Segunda parte*).

La ofrenda de la miel

Y de nuevo pasaron lunas y años sobre el alma de Zaratustra, y él no prestaba atención a eso; mas su cabello se volvió blanco. Un día, cuando se hallaba sentado sobre una piedra[437] delante de su caverna y miraba en silencio hacia afuera, – desde allí se ve el mar a lo lejos, al otro lado de abismos tortuosos – sus animales estuvieron dando vueltas, pensativos, a su alrededor y por fin se colocaron delante de él.

«Oh Zaratustra, dijeron, ¿es que buscas con la mirada tu felicidad?»[438] – «¡Qué importa la felicidad!, respondió él, hace ya mucho tiempo que yo no aspiro a la felicidad, aspiro a mi obra.» – «Oh Zaratustra, hablaron de nuevo los animales, dices eso como quien está sobrado de bien. ¿No yaces tú acaso en un lago de felicidad azul como el cielo?» – «Picaros, respondió Zaratustra, y sonrió, ¡qué bien habéis elegido la imagen! Pero también sabéis que mi felicidad es pesada, y no como una fluida ola de agua: me oprime y no quiere despegarse de mí y se parece a pez derretida». –

Entonces los animales se pusieron a dar vueltas de nuevo, pensativos, a su alrededor, y otra vez se colocaron delante de él. «Oh Zaratustra, dijeron, ¿a *eso* se debe, pues, el que tú mismo te estés poniendo cada vez más amarillo y oscuro, aunque tu cabello aparente ser blanco y como de lino? ¡Mira, estás sentado en tu pez!» – «¡Qué decís, animales míos!, dijo Zaratustra y se rió, en verdad blasfemé cuando hablé de la pez[439]. Lo que a mí me ocurre les ocurre a todos los frutos que maduran. La *miel* que hay en mis venas es lo que vuelve más espesa mi sangre y, también, más silenciosa mi alma.» – «Así será, oh Zaratustra, respondieron los animales, y se arrimaron a él; mas ¿no quieres subir hoy a una alta montaña? El aire es puro, y hoy se ve una parte del mundo mayor que nunca.» – «Sí, animales míos, respondió él, acertado es vuestro consejo y conforme a mi corazón: ¡hoy quiero subir a una alta montaña! Pero cuidad de que allí tenga a mano miel, miel de colmena, amarilla, blanca, buena, fresca como el hielo. Pues sabed que allá arriba quiero hacer la ofrenda de la miel». –

Sin embargo, cuando Zaratustra estuvo en la cumbre mandó a casa a sus animales, que lo habían acompañado, y vio que entonces estaba solo: – entonces se rió de todo corazón, miró a su alrededor y habló así:

¡El haber hablado de ofrendas, y de ofrendas de miel, fue sólo una argucia oratoria y, en verdad, una tontería útil! Aquí arriba me es lícito hablar con mayor libertad que delante de cavernas de eremitas y de animales domésticos de eremitas.

¡Por qué hacer una ofrenda! Yo derrocho lo que se me regala, yo derrochador de las mil manos: ¡cómo me sería lícito llamar a esto todavía – hacer una ofrenda!

Y cuando yo pedía miel, lo que pedía era tan sólo un cebo y un dulce y viscoso almíbar, al que son aficionados incluso los osos gruñones y los pájaros extraños,

refunfuñadores, malvados:

– el mejor cebo, cual lo precisan cazadores y pescadores. Pues si el mundo es cual un oscuro bosque lleno de animales, y jardín de delicias de todos los cazadores furtivos, a mí me parece más bien, y aun mejor, un mar rico y lleno de abismos,

– un mar lleno de peces y cangrejos de todos los colores, que hasta los dioses sentirían deseos de hacerse pescadores en su orilla y echadores de redes: ¡tan abundante es el mundo en rarezas grandes y pequeñas!

Especialmente el mundo de los hombres, el mar de los hombres: – a *él* lanzo yo ahora mi caña de oro y digo: ¡ábrete, abismo del hombre!

¡Ábrete y arrójame tus peces y tus centelleantes cangrejos! ¡Con mi mejor cebo pesco yo hoy para mí los más raros peces humanos!

– mi propia felicidad arrójola lejos, a todas las latitudes y lejanías, entre el amanecer, el mediodía y el atardecer, a ver si muchos peces humanos aprenden a tirar y morder de mi felicidad.

Hasta que, mordiendo mis afilados anzuelos escondidos, tengan que subir a *mi* altura los más multicolores gobios de los abismos, subir hacia el más maligno de todos los pescadores de hombres[440].

Pues *eso* soy yo a fondo y desde el comienzo, tirando, atrayendo, levantando, elevando, alguien que tira, que cría y corrige, que no en vano se dijo a sí mismo en otro tiempo: «¡Llega a ser el que eres!»[441].

Así, pues, que los hombres *suban* ahora hasta mí: pues todavía aguardo los signos[442] de que ha llegado el tiempo de mi descenso, todavía no me hundo yo mismo en mi ocaso como tengo que hacerlo, entre los hombres.

A esto aguardo aquí, astuto y burlón, en las altas montañas, ni impaciente ni paciente, sino más bien como quien ha olvidado hasta la paciencia, – porque ya no «padece».

Mi destino me deja tiempo, en efecto: ¿acaso me ha olvidado? ¿O está sentado a la sombra detrás de una gran piedra y se dedica a cazar moscas?

Y, en verdad, le estoy reconocido, a mi eterno destino, de que no me urja ni me apremie y me deje tiempo para bromas y maldades: de modo que hoy he subido a esta alta montaña a pescar peces.

¿Ha pescado un hombre alguna vez peces sobre altas montañas? Y aunque sea una tontería lo que yo quiero y hago aquí arriba: mejor es esto que no volverme solemne allá abajo, a fuerza de aguardar, y verde y amarillo –

– uno que resopla afectadamente de cólera a fuerza de aguardar, una santa tempestad rugiente que baja de las montañas, un impaciente que grita a los valles: «¡Oíd, u os azoto con el látigo de Dios!».

No es que yo me enoje por esto con tales coléricos: ¡me hacen reír bastante! ¡Impacientes tienen que estar esos grandes tambores ruidosos, que o hablan hoy o no hablan nunca!

Mas yo y mi destino – no hablamos al Hoy, tampoco hablamos al Nunca: para

hablar tenemos paciencia, y tiempo, y más que tiempo. Pues un día tiene él que venir[443], y no le será lícito pasar de largo.

¿Quién tiene que venir un día, y no le será lícito pasar de largo? Nuestro gran Hazar, es decir, nuestro grande y remoto reino del hombre, el reino de Zaratustra de los mil años[444] – –

¿A qué distancia se encuentra ese algo «lejano»? ¡Qué me importa eso! Mas no por ello es para mí menos firme –, con ambos pies estoy yo seguro sobre ese fundamento,

– sobre un fundamento eterno, sobre una dura roca primitiva[445], sobre estas montañas primitivas, las más elevadas y duras de todas, a las que acuden todos los vientos como a una divisoria meteorológica, preguntando por el ¿dónde? y por el ¿de dónde? y por el ¿hacia dónde?

¡Ríe aquí, ríe, luminosa y saludable maldad mía! ¡Desde las altas montañas arroja hacia abajo tu centelleante risotada burlona! ¡Pesca para mí con tu centelleo los más hermosos peces humanos!

Y lo que en todos los mares a *mí* me pertenece, mi en-mí y para-mí[446] en todas las cosas, – péscame *eso* y sácalo fuera, sube *eso* hasta mí: eso es lo que aguardo yo, el más maligno de todos los pescadores.

¡Lejos, lejos, anzuelo mío! ¡Dentro, hacia abajo, cebo de mi felicidad! ¡Deja caer gota a gota tu más dulce rocío, miel de mi corazón! ¡Muerde, anzuelo mío, en el vientre de toda negra tribulación!

¡Lejos, lejos, ojos míos! ¡Oh, cuántos mares a mi alrededor, cuántos futuros humanos que alborean! Y por encima de mí – ¡qué calma rosada! ¡Qué silencio despejado de nubes!

El grito de socorro[447]

Al día siguiente estaba sentado Zaratustra de nuevo en su piedra delante de la caverna mientras los animales andaban fuera errantes por el mundo para traer nuevo alimento, – también nueva miel: pues Zaratustra había consumido y derrochado la vieja miel hasta la última gota. Y mientras se hallaba así sentado, con un bastón en la mano, y dibujaba sobre la tierra la sombra de su figura, reflexionando, y, ¡en verdad!, no sobre sí mismo ni sobre su sombra, – de *pronto* se asustó y se sobresaltó: pues junto a su sombra veía otra sombra distinta. Y al mirar rápidamente a su alrededor y levantarse, he aquí que junto a él estaba el adivino, el mismo a quien en otro tiempo había dado de comer y de beber en su mesa[448], el anunciador de la gran fatiga, que enseñaba: «Todo es idéntico, nada vale la pena, el mundo carece de sentido, el saber estrangula»[449]. Pero su rostro había cambiado entretanto; y cuando Zaratustra le miró a los ojos, su corazón volvió a asustarse: tantos eran los malos presagios y los rayos cenicientos que cruzaban por aquella cara.

El adivino, que se había dado cuenta de lo que ocurría en el alma de Zaratustra, se pasó la mano por el rostro como si quisiera borrarlo; lo mismo hizo también Zaratustra. Y cuando ambos de ese modo se hubieron serenado y reanimado en silencio, diéronse las manos en señal de que querían reconocerse.

«Bienvenido seas, dijo Zaratustra, tú adivino de la gran fatiga, no debe ser en vano el que en otro tiempo fueras mi comensal y mi huésped. ¡Come y bebe también hoy en mi casa, y perdona el que un viejo alegre se siente contigo a la mesa!» – «¿Un viejo alegre?, respondió el adivino moviendo la cabeza: quien quiera que seas o quieras ser, oh Zaratustra, lo has sido ya mucho tiempo aquí arriba, – ¡dentro de poco no estará ya tu barca en seco!» – «¿Es que yo estoy en seco?»[450], preguntó Zaratustra riendo. – «Las olas en torno a tu montaña, respondió el adivino, suben cada vez más, las olas de la gran necesidad y tribulación pronto levantarán también tu barca y te llevarán lejos de aquí.» – Zaratustra calló al oír esto y se maravilló. – «¿No oyes todavía nada?, continuó diciendo el adivino: ¿no suben de la profundidad un fragor y un rugido?» – Zaratustra siguió callado y escuchó: entonces oyó un grito largo, largo, que los abismos se lanzaban unos a otros y se devolvían, pues ninguno quería retenerlo: tan funestamente resonaba.

«Tú, perverso adivino, dijo finalmente Zaratustra, eso es un grito de socorro y un grito de hombre, y sin duda viene de un negro mar. ¡Mas qué me importan las necesidades de los hombres! Mi último pecado[451], que me ha sido reservado para el final, – ¿sabes tú acaso cómo se llama?».

– «¡*Compasión*!, respondió el adivino con el corazón rebosante, y alzó las dos manos – ¡oh Zaratustra, yo vengo para seducirte a cometer tu último pecado!». –

Y apenas habían sido dichas estas palabras retumbó de nuevo el grito, más largo y angustioso que antes, también mucho más cercano ya. «¿Oyes? ¿Oyes, Zaratustra?,

exclamó el adivino, ese grito es para ti, a ti es a quien llama: ¡ven, ven, ven, es tiempo, ya ha llegado la hora!» –[452]

Zaratustra callaba, desconcertado y trastornado; finalmente preguntó, como quien vacila en su interior: «¿Y quién es el que allí me llama?».

«Tú lo sabes bien, respondió con violencia el adivino ¿por qué te escondes? ¡El *hombre superior* es quien grita llamándote!».

«¿El hombre superior?, gritó Zaratustra horrorizado: ¿qué quiere *ése*? ¿Qué quiere *ése*? ¡El hombre superior! ¿Qué quiere aquí ése?» – y su piel se cubrió de sudor.

Pero el adivino no respondió a la angustia de Zaratustra, sino que siguió escuchando hacia la profundidad. Y cuando se hizo allí un largo silencio, volvió su vista atrás y vio a Zaratustra de pie y temblando.

«Oh Zaratustra, empezó a decir con triste voz, no estás ahí como alguien a quien su felicidad le hace dar vueltas: ¡tendrás que bailar si no quieres caerte al suelo!

Pero aunque quisieras bailar y ejecutar todas tus piruetas delante de mí: a nadie le sería lícito decirme: “Mira, ¡ahí baila el último hombre alegre!”[453].

En vano vendría hasta esta altura uno que buscase aquí a *ese* hombre: encontraría sin duda cavernas, y otras cavernas detrás de las primeras, y escondrijos para gente escondida, mas no pozos de felicidad ni tesoros ni filones vírgenes del oro de la felicidad.

Felicidad – ¡cómo encontrar felicidad entre tales sepultados y tales eremitas! ¿Tengo que buscar todavía la última felicidad en islas afortunadas y a lo lejos entre mares olvidados?

¡Pero todo es idéntico, nada merece la pena, de nada sirve buscar, ya no hay tampoco islas afortunadas!» – –

Así dijo el adivino suspirando; mas al oír su último suspiro Zaratustra recobró su lucidez y su seguridad, como uno que sale desde un profundo abismo a la luz. «¡No! ¡No! ¡Tres veces no![454], exclamó con fuerte voz y se acarició la barba – ¡De *eso* sé yo más que tú! ¡Todavía existen islas afortunadas! ¡Calla tú de *eso*, suspirante saco de aflicciones!

¡Deja de chapotear acerca de *eso*, tú nube de lluvia en la mañana! ¿No estoy ya mojado por tu tribulación, y empapado como un perro?

Ahora voy a sacudirme y a alejarme de ti, para quedar seco de nuevo: ¡de esto no tienes derecho a asombrarte! ¿Te parezco descortés? Pero aquí está *mi* corte.

Y en lo que se refiere a tu hombre superior: ¡bien!, voy aprisa a buscarlo en aquellos bosques: *de allí* venía su grito. Tal vez lo acosa allí un malvado animal.

Está en *mis* dominios[455]: ¡en ellos no debe sufrir ningún daño! Y, en verdad, hay muchos animales malvados en mi casa». –

Dichas estas palabras Zaratustra se dio la vuelta para irse. Entonces dijo el

adivino: «Oh Zaratustra, ¡eres un bribón!

Lo sé bien: ¡quieres librarte de mí! ¡Prefieres correr a los bosques y acechar animales malvados!

Mas ¿de qué te sirve eso? Al atardecer me tendrás de nuevo, en tu propia caverna permaneceré sentado, paciente y pesado como un leño – ¡y te aguardaré!».

«¡Así sea!, replicó Zaratustra yéndose: ¡y lo que en mi caverna es mío, también te pertenece a ti, huésped mío!

Y si todavía encontrases miel ahí dentro, ¡bien!, ¡lámetela toda, oso gruñón, y endulza tu alma! Pues al atardecer queremos estar los dos de buen humor.

– ¡de buen humor y contentos de que este día haya acabado! Y tú mismo debes bailar al son de mis canciones, como mi oso bailador.

¿No lo crees? ¿Mueves la cabeza? ¡Bien! ¡Adelante! ¡Viejo oso! También yo – soy un adivino».

Así habló Zaratustra.

Coloquio con los reyes

1

No había pasado aún una hora desde que Zaratustra andaba caminando por sus montañas y bosques cuando vio *de pronto* un extraño cortejo. Justo por el camino por el que él iba bajando venían dos reyes a pie, adornados con coronas y con cinturones de púrpura, tan multicolores como dos flamencos[456]: conducían delante de ellos un asno cargado. «¿Qué quieren esos reyes en mi reino?», dijo asombrado Zaratustra a su corazón, y se escondió rápidamente detrás de unas matas. Y cuando los reyes se acercaban adonde él estaba, dijo a media voz, como quien se habla a sí solo: «¡Qué extraño! ¡Qué extraño! ¿Cómo se compagina esto? Veo dos reyes – ¡y un solo asno!».

Entonces los dos reyes se detuvieron, sonrieron, miraron hacia el lugar de donde la voz venía, y luego se miraron ellos mismos cara a cara. «Esas cosas se las piensa también ciertamente entre nosotros, dijo el rey de la derecha, pero no se las dice».

El rey de la izquierda se encogió de hombros y respondió: «Sin duda será un cabrero. O un eremita que ha vivido durante demasiado tiempo entre rocas y árboles. La falta total de sociedad, en efecto, acaba por echar a perder también las buenas costumbres».

«¿Las buenas costumbres?, replicó malhumorado y con amargura el otro rey: ¿de qué vamos nosotros escapando? ¿No es de las "buenas costumbres"? ¿De nuestra "buena sociedad"?

Mejor es, en verdad, vivir entre eremitas y cabreros que con nuestra dorada, falsa y acicalada plebe – aunque se llame a sí misma "buena sociedad",

– aunque se llame a sí misma "nobleza". Allí todo es falso y podrido, en primer lugar la sangre, gracias a viejas y malas enfermedades y a curanderos aun peores.

El mejor y el preferido continúa siendo para mí hoy un sano campesino, tosco, astuto, testarudo, tenaz: ésa es hoy la especie más noble.

El campesino es hoy el mejor; ¡y la especie de los campesinos debería dominar! Pero éste es el reino de la plebe, – ya no me dejo engañar. Y plebe quiere decir: mezcolanza.

Mezcolanza plebeya: en ella todo está revuelto con todo, santo y bandido e hidalgo y judío y todos los animales del arca de Noé.

¡Buenas costumbres! Todo es entre nosotros falso y podrido. Nadie sabe ya venerar: justo de *eso* es de lo que nosotros vamos huyendo. Son perros empalagosos y pegajosos, pintan con purpurina hojas de palma.

¡La náusea que me estrangula es que incluso nosotros los reyes nos hemos vuelto falsos, andamos recubiertos y disfrazados con la vieja y amarillenta pompa de nuestros abuelos, siendo medallones para los más estúpidos y para los más astutos y

para todo el que hoy trafica con el poder!

Nosotros no *somos* los primeros – y, sin embargo, tenemos que *pasar por tales*: de ésa supercheria estamos ya hartos por fin, y nos produce náuseas.

De la chusma hemos escapado, de todos esos vocingleros y moscardones que escriben, del hedor de los tenderos, de la agitación de los ambiciosos, del aliento pestilente puf, vivir en medio de la chusma,

– puf, ¡pasar por los primeros en medio de la chusma! Ay, ¡náusea!, ¡náusea!, ¡náusea! ¡Qué importamos ya nosotros los reyes!». –

«Tu vieja enfermedad te acomete, dijo entonces el rey de la izquierda, la náusea te acomete, pobre hermano mío. Pero ya sabes que hay alguien que nos está escuchando».

Inmediatamente se levantó de su escondite Zaratustra, que había abierto del todo sus oídos y sus ojos a estos discursos, acercose a los reyes y comenzó a decir:

«Quien os escucha, quien con gusto os escucha, reyes, se llama Zaratustra.

Yo soy Zaratustra, que en otro tiempo[457] dijo: "¡Qué importan ya los reyes!", Perdonadme que me haya alegrado cuando os decíais uno a otro: "¡Qué importamos nosotros los reyes!".

Éste es *mi* reino y mi dominio: ¿*qué* andáis buscando vosotros en mi reino? Pero acaso habéis *encontrado* en el camino lo que *yo* busco, a saber: el hombre superior».

Cuando los reyes oyeron esto se dieron golpes de pecho[458] y dijeron con *una sola* boca: «¡Hemos sido reconocidos!

Con la espada de esa palabra has desgarrado la más densa tiniebla de nuestro corazón. Has descubierto nuestra necesidad, pues ¡mira! Estamos en camino para encontrar al hombre superior, –

– al hombre que sea superior a nosotros: aunque nosotros seamos reyes. Para él traemos este asno. Pues el hombre supremo, el superior a todos, debe ser en la tierra también el señor supremo[459].

No existe desgracia más dura en todo destino de hombre que cuando los poderosos de la tierra no son también los primeros hombres. Entonces todo se vuelve falso y torcido y monstruoso.

Y cuando incluso son los últimos, y más animales que hombres: entonces la plebe sube y sube de precio, y al final la virtud de la plebe llega a decir: "¡mirad, virtud soy yo únicamente!"». –

¿Qué acabo de oír?, respondió Zaratustra: ¡Qué sabiduría en unos reyes! Estoy encantado y, en verdad, me vienen ganas de hacer unos versos sobre esto: –

– aunque sean unos versos no aptos para los oídos de todos. Hace ya mucho tiempo que he olvidado el tener consideraciones con orejas largas. ¡Bien! ¡Adelante!

(Pero entonces ocurrió que también el asno tomó la palabra: y dijo clara y malévolamente I-A.[460]).

En otro tiempo – creo que en el año primero de la salvación –

Dijo la Sibila, embriagada sin vino:
«¡Ay, las cosas marchan mal!
¡Ruina! ¡Ruina! ¡Nunca cayó tan bajo el mundo!
Roma bajó a ser puta y burdel,
El César de Roma bajó a ser un animal, Dios mismo – ¡se hizo judío!»[461].

2

Los reyes se deleitaron con estos versos de Zaratustra; y el rey de la derecha dijo: «¡Oh Zaratustra, qué bien hemos hecho en habernos puesto en camino para verte!

Pues tus enemigos nos mostraban tu imagen en su espejo: en él tú mirabas con la mueca de un demonio y con una risa burlona[462]: de modo que teníamos miedo de ti.

¡Mas de qué servía esto! Una y otra vez nos punzabas el oído y el corazón con tus sentencias. Entonces dijimos finalmente: ¡qué importa el aspecto que tenga!

Tenemos que *oírle* a él, a él que enseña "¡debéis amar la paz como medio para nuevas guerras, y la paz corta más que la larga!".

Nadie ha dicho hasta ahora palabras tan belicosas como: "¿Qué es bueno? Ser valiente es bueno. La buena guerra es la que santifica toda causa"[463].

Oh Zaratustra, la sangre de nuestros padres se agitaba en nuestro cuerpo al oír tales palabras: era como el discurso de la primavera a viejos toneles de vino.

Cuando las espadas se cruzaban como serpientes de manchas rojas, entonces nuestros padres encontraban buena la vida; el sol de toda paz les parecía flojo y tibio, y la larga paz daba vergüenza.

¡Cómo suspiraban nuestros padres cuando veían en la pared espadas relucientes y secas! Lo mismo que éstas, también ellos tenían sed de guerra. Pues una espada quiere beber sangre y centellea de deseo». – –

– Mientras los reyes hablaban y parloteaban así, con tanto ardor, de la felicidad de sus padres, Zaratustra fue acometido por unas ganas no pequeñas de burlarse de su ardor: pues eran visiblemente reyes muy pacíficos los que él veía delante de sí, reyes con rostros antiguos y delicados. Mas se dominó. «¡Bien!, dijo, hacia allá sigue el camino, allá se encuentra la caverna de Zaratustra; ¡y este día debe tener una larga noche! Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a alejarme de vosotros a toda prisa[464].

Es un honor para mi caverna el que unos reyes quieran sentarse en ella y aguardar: ¡pero, ciertamente, tendréis que aguardar mucho tiempo!

¡Bien! ¡Qué importa! ¿Dónde se aprende hoy a aguardar mejor que en las cortes? Y la entera virtud de los reyes, la que les ha quedado, – ¿no se llama hoy: *poder-*

aguardar?».

Así habló Zaratustra.

La sanguijuela[465]

Y Zaratustra siguió pensativo su camino, bajando cada vez más, atravesando bosques y bordeando terrenos pantanosos; y como le ocurre a todo aquél que reflexiona sobre cosas difíciles pisó, sin darse cuenta, a un hombre. Y he aquí que *de pronto* le salpicaron la cara un grito de dolor y dos maldiciones y veinte injurias perversas: de modo que, con el susto, alzó el bastón y golpeó además a aquel al que había pisado. Pero inmediatamente recobró el juicio; y su corazón rió de la tontería que acababa de cometer.

«Perdona, dijo al pisado, el cual se había erguido furioso y se había sentado, perdona y escucha antes de nada una parábola.

Así como un viajero que sueña con cosas lejanas tropieza, sin darse cuenta, en una calle solitaria con un perro dormido, con un perro tendido al sol:

– y ambos se encolerizan, se increpan, como enemigos mortales, los dos mortalmente asustados: así nos ha ocurrido a nosotros.

¡Y sin embargo! Y sin embargo – ¡qué poco ha faltado para que ambos se acariciasen, ese perro y ese solitario! ¡Pues ambos son – solitarios!».

– «Quienquiera que seas, dijo, todavía furioso, el pisado, ¡también con tu parábola me pisoteas, y no sólo con tu pie!

Mira, ¿es que yo soy un perro?» – y en ese momento el sentado se levantó y sacó su brazo desnudo del pantano. Antes, en efecto, había estado tendido en el suelo, oculto e irreconocible, como quienes acechan la caza de los pantanos.

«¡Pero qué estás haciendo!, exclamó Zaratustra asustado, pues veía que por el desnudo brazo corría mucha sangre, – ¿qué te ha ocurrido? ¿Te ha mordido, desgraciado, un perverso animal?».

El que sangraba rió, aunque todavía estaba encolerizado. «¡Qué te importa!, dijo, y quiso marcharse. Aquí estoy en mi casa y en mis dominios. Pregúnteme quien quiera: a un majadero difícilmente le responderé».

«Te engañas, dijo Zaratustra compadecido, y lo retuvo, te engañas: aquí no estás en tu casa, sino en mi reino[466], y en él a nadie debe ocurrirle daño alguno.

Llámame como quieras, – yo soy el que tengo que ser. El nombre que me doy a mí mismo es Zaratustra.

¡Bien! Por ahí sube el camino que lleva hasta la caverna de Zaratustra: no está lejos, – ¿no quieres cuidar tus heridas en mi casa?

Mal te ha ido, desgraciado, en esta vida: primero te mordió el animal, y luego – ¡te pisó el hombre!». –

Pero cuando el pisado oyó el nombre de Zaratustra, se transformó. «¡Qué me pasa!, exclamó, ¿*quién* me interesa aún en esta vida si no *ese solo* hombre, a saber, Zaratustra, y *ese único* animal que vive de la sangre, la sanguijuela?

A causa de la sanguijuela estaba yo aquí tendido junto a este pantano como un

pescador, y ya mi brazo extendido había sido picado diez veces cuando aún me pica, buscando mi sangre, un erizo más hermoso, ¡Zaratustra mismo!

¡Oh felicidad! ¡Oh prodigio! ¡Bendito sea este día que me indujo a venir a este pantano! ¡Bendita sea la mejor y más viva de las ventosas que hoy viven, bendito sea Zaratustra, gran sanguijuela de conciencias!». –

Así habló el pisado; y Zaratustra se alegró de sus palabras y de sus delicados y respetuosos modales: «¿Quién eres?, preguntó y le tendió la mano, entre nosotros queda mucho que aclarar y que despejar: pero ya, me parece, se está haciendo de día, un día puro y luminoso».

«Yo soy *el concienzudo del espíritu*, respondió el interrogado, y en las cosas del espíritu difícilmente hay alguien que las tome con mayor rigor, severidad y dureza que yo, excepto aquel de quien yo he aprendido eso, Zaratustra mismo.

¡Es preferible no saber nada que saber mucho a medias! ¡Es preferible ser un necio por propia cuenta que un sabio con arreglo a pareceres ajenos! Yo – voy al fondo:

– ¿qué importa que éste sea grande o pequeño? ¿Que se llame pantano o cielo? Un palmo de fondo me basta: ¡con tal que sea verdaderamente fondo y suelo!

– un palmo de fondo: sobre él puede uno estar de pie. En la verdadera ciencia concienzuda no hay nada grande ni nada pequeño».

«¿Entonces tú eres acaso el conocedor de la sanguijuela?, preguntó Zaratustra; ¿y estudias la sanguijuela hasta sus últimos fondos, tú concienzudo?».

«Oh Zaratustra, respondió el pisado, eso sería una enormidad, ¡cómo iba a serme lícito atreverme a tal cosa!

En lo que yo soy un maestro y un conocedor es en el *cerebro* de la sanguijuela: – ¡ése es *mi* mundo!

¡También ése es un mundo! Mas perdona el que aquí tome la palabra mi orgullo, pues en esto no tengo igual. Por ello dije “aquí estoy en mi casa”.

¡Cuánto tiempo hace ya que estudio esa *única* cosa, el cerebro de la sanguijuela, para que la escurridiza verdad no se me escurra ya aquí! ¡Aquí está *mi* reino!

– por esto eché por la borda todo lo demás, por esto se me volvió indiferente todo lo demás; y justo al lado de mi saber acampa mi negra ignorancia.

Mi conciencia del espíritu quiere de mí que yo sepa una *única* cosa y que no sepa nada de lo demás: ¡siento náuseas de todas las medianías del espíritu, de todos los vaporosos, fluctuantes, soñadores!

Donde mi honestidad acaba, allí yo soy ciego y quiero también serlo. Pero donde quiero saber, allí quiero también ser honesto, es decir, duro, riguroso, severo, cruel, implacable.

El que en otro tiempo[467] *tú* dijeras, oh Zaratustra: “Espíritu es la vida que se saja a sí misma en vivo”, eso fue lo que me llevó a tu doctrina y me indujo a seguirla. Y, en verdad, ¡con mi propia sangre he aumentado mi propio saber!».

«Como la evidencia enseña»[468], se le ocurrió a Zaratustra; pues aún seguía

corriendo la sangre por el brazo desnudo del concienzudo. Diez sanguijuelas, en efecto, se habían agarrado a él.

«¡Oh tú, extraño compañero, cuántas cosas me enseña esta evidencia, es decir, tú mismo! ¡Y tal vez no me sea lícito vaciarlas todas ellas en tus severos oídos!

¡Bien! ¡Separémonos aquí! Pero me gustaría volver a encontrarte. Por ahí sube el camino que lleva hasta mi caverna: ¡hoy por la noche debes ser mi huésped querido!

También me gustaría reparar en tu cuerpo el que Zaratustra te haya pisado: sobre eso reflexiono. Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a alejarme de ti a toda prisa».

Así habló Zaratustra.

El mago[469]

Y cuando Zaratustra dio la vuelta a una roca vio no lejos debajo de sí, en el mismo camino, a un hombre que agitaba los miembros como un loco furioso y que, finalmente, cayó de bruces en tierra. «¡Alto!, dijo entonces Zaratustra a su corazón, ése de ahí tiene que ser sin duda el hombre superior, de él venía aquel perverso grito de socorro, – voy a ver si se le puede ayudar». Mas cuando llegó corriendo al lugar donde el hombre yacía en el suelo encontró a un viejo tembloroso, con los ojos fijos, y aunque Zaratustra se esforzó mucho por levantarlo y ponerlo de nuevo en pie, fue inútil. El desgraciado no parecía ni siquiera advertir que alguien estuviese junto a él; antes bien, no hacía otra cosa que mirar a su alrededor, con gestos conmovedores, como quien ha sido abandonado por todo el mundo y dejado solo. Pero al fin, tras muchos temblores, convulsiones y contorsiones, comenzó a lamentarse de este modo[470]:

«¿Quién me calienta, quién me ama todavía?
¡Dadme manos ardientes!
¡Dadme braseros para el corazón!
¡Postrado en tierra, temblando de horror,
Semejante a un mediomuerto, a quien la gente le calienta los pies! –

Agitado, ¡ay!, por fiebres desconocidas,
Temblando ante las agudas, gélidas flechas del escalofrío,
Acosado por ti, ¡pensamiento!
¡Innombrable! ¡Encubierto! ¡Espantoso!
¡Tú, cazador oculto detrás de nubes!
Fulminado a tierra por ti,
Ojo burlón que me miras desde lo oscuro:
– Así yazgo,
Me encorvo, me retuerzo, atormentado
Por todas las eternas torturas,
Herido
Por ti, el más cruel de los cazadores,
¡Tú desconocido – Dios![471]

¡Hiere más hondo,
Hiere otra vez*!*
¡Taladra, rompe este corazón!
¿Por qué esta tortura
Con flechas embotadas?
¿Por qué vuelves a mirar,

No cansado del tormento del hombre,
Con ojos crueles, como rayos divinos?
¿No quieres matar,
Sólo torturar, torturar?
¿Para qué – torturarme a mí,
Tú cruel, desconocido Dios? –

¡Ay, ay! ¿Te acercas a escondidas?
¿En esta medianoche
Qué quieres? ¡Habla!
Me acosas, me oprimes –
¡Ay! ¡Ya demasiado cerca!
¡Fuera! ¡Fuera!
Me oyes respirar,
Escuchas mi corazón.
Auscultas mi corazón,
Tú celoso –
Pero ¿celoso de qué?
¡Fuera! ¡Fuera! ¿Para qué esa escala?
¿Quieres entrar dentro,
en el corazón,
Penetrar en mis más ocultos
Pensamientos?
¡Desvergonzado! ¡Desconocido – ladrón!
¿Qué quieres robar?
¿Qué quieres escuchar?
¿Qué quieres arrancar con tormentos?
¡Tú atormentador!
¡Tú – Dios-verdugo!
¿O es que debo, como el perro,
Arrastrarme delante de ti?
¿Sumiso, fuera de mí de entusiasmo,
Menear la cola declarándote – mi amor?
¡En vano! ¡Sigue pinchando,
Cruelísimo aguijón! No,
No un perro – tu caza soy tan sólo,
¡Cruelísimo cazador!
Tu más orgulloso prisionero,
¡Salteador oculto detrás de nubes!
Habla por fin,
¿Qué quieres tú, salteador de caminos, de mí?

¡Tú oculto por el rayo! ¡Desconocido! Habla,
¿Qué quieres *tú, desconocido Dios? – –*

¿Cómo? ¿Dinero de rescate?
¿Cuánto dinero de rescate quieres?
Pide mucho – ¡te lo aconseja mi segundo orgullo!

¡Ay, ay!
¿A mí *– es a quien quieres? ¿A mí?*
¿A mí – entero?

¡Ay, ay!
¿Y me torturas, necio,
Atormentas mi orgullo?
Dame amor *– ¿quién me calienta todavía?*
¿Quién me ama todavía? – dame manos ardientes,
Dame braseros para el corazón,
Dame a mí, al más solitario de todos,
Al que el hielo, ay, un séptuplo hielo
Enseña a desear
Incluso enemigos,
Enemigos,
Dame, sí, entrégame,
Cruelísimo enemigo,
Dame – ¡a ti *mismo! – –*

¡Se fue!
¡Huyó también él,
Mi último y único compañero,
Mi gran enemigo,
Mi desconocido,
Mi Dios-verdugo! –
– ¡No! ¡Vuelve
Con todas tus torturas!
¡Oh, vuelve
Al último de todos los solitarios!
¡Todos los arroyos de mis lágrimas
Corren hacia ti!
¡Y la última llama de mi corazón –
Para ti *se alza ardiente!*
¡Oh, vuelve,
Mi desconocido Dios! ¡Mi dolor! ¡Mi última – felicidad!

– Mas aquí Zaratustra no pudo contenerse por más tiempo, tomó su bastón y golpeó con todas sus fuerzas al que se lamentaba. «¡Detente!, le gritaba con risa llena de rabia, ¡deténte, comediante! ¡Falsario! ¡Mentiroso de raíz! ¡Yo te conozco bien!

¡Yo voy a calentarte las piernas, mago perverso, entiendo mucho de – calentar a gentes como tú!».

– «¡Basta, dijo el viejo levantándose de un salto del suelo, no me golpees más, oh Zaratustra! ¡Esto yo lo hacía tan sólo por juego!

Tales cosas forman parte de mi arte; ¡al darte esta prueba he querido ponerte a prueba a ti mismo! Y, en verdad, ¡has adivinado bien mis intenciones!

Pero también tú – me has dado una prueba no pequeña de ti: ¡eres *duro*, sabio Zaratustra! ¡Golpeas duramente con tus “verdades”, tu garrota me fuerza a decir – *esta* verdad!».

– «No me adules, respondió Zaratustra, todavía irritado, con mirada sombría, ¡comediante de raíz! Tú eres falso: ¡qué hablas tú – de verdad!

Tú pavo real de los pavos reales, tú mar de vanidad, *¿qué papel* has representado delante de mí, mago perverso, en quién debía yo creer cuando te lamentabas de aquella manera?».

«*El penitente del espíritu*, dijo el viejo, *ese personaje* es el que yo representaba: ¡tú mismo inventaste en otro tiempo[472] esa expresión –

– el poeta y mago que acaba por volver su espíritu contra sí mismo, el transformado que se congela a causa de su malvada ciencia y de su malvada conciencia!

Y confiésalo: ¡mucho tiempo pasó, oh Zaratustra, hasta que descubriste mi arte y mi mentira! Tú *creías* en mi necesidad cuando me sostenías la cabeza con ambas manos, –

– yo te oía lamentarte “¡lo han amado demasiado poco, demasiado poco!”. De haberte yo engañado hasta tal punto, de eso se regocijaba íntimamente mi maldad».

«Es posible que hayas engañado a otros más sutiles que yo, dijo Zaratustra con dureza. Yo no estoy en guardia contra los engañadores, yo *tengo que* estar sin cautela: así lo quiere mi suerte[473].

Pero tú – *tienes que* engañar: ¡hasta ese punto te conozco! ¡Tú tienes que tener siempre dos, tres, cuatro y cinco sentidos! ¡Tampoco eso que ahora has confesado ha sido ni bastante verdadero ni bastante falso para mí!

Tú perverso falsario, ¡cómo podrías actuar de otro modo! Acicalarías incluso tu enfermedad si te mostrases desnudo a tu médico.

Y así acabas de acicalar ante mí tu mentira al decir: “¡esto yo lo hacía *tan sólo* por juego!”. También había *seriedad* en ello, ¡tú *eres* en cierta medida un penitente del espíritu!

Yo te comprendo bien: te has convertido en el encantador de todos, mas para ti no

te queda ya ni una mentira ni una astucia, – ¡tú mismo estás para ti desencantado!

Has cosechado la náusea como tu *única* verdad. Ninguna palabra es ya en ti auténtica, pero sí lo es tu boca, es decir: la náusea que está pegada a tu boca.» – –

«¡Quién crees que eres!, gritó en este momento el mago con voz altanera, ¿a quién le es lícito hablarme así a *mí*, que soy el más grande de los que hoy viven?» – y un rayo verde salió disparado de sus ojos contra Zaratustra. Pero inmediatamente después cambió de expresión y dijo con tristeza:

«Oh Zaratustra, estoy cansado, siento náuseas de mis artes, yo no soy *grande* ¡por qué fingir! Pero tú sabes bien que – ¡yo he buscado la grandeza!

Yo he querido representar el papel de un gran hombre, y persuadí a muchos de que lo era: mas esa mentira era superior a mis fuerzas. Contra ella me destrozo:

Oh Zaratustra, todo es mentira en mí; mas que yo estoy destrozado – ¡ese estar yo destrozado es *auténtico*!». –

«Te honra, dijo Zaratustra sombrío, bajando y desviando la mirada, te honra, pero también te traiciona, el haber buscado la grandeza. Tú no eres grande.

Viejo mago perverso, lo mejor y más honesto que tú tienes, lo que yo honro en ti, es *esto*, el que te hayas cansado de ti mismo y hayas dicho: “yo no soy grande”.

En esto yo te honro como a un penitente del espíritu: y si bien sólo fue por un momento, en ese *único* instante has sido – auténtico.

Mas dime, ¿qué buscas tú aquí en *mis* bosques y entre mis rocas? Y cuando te colocaste en mi camino, ¿qué prueba querías de mí? –

– ¿en qué querías tentarme a *mí*?». –

Así habló Zaratustra, y sus ojos centelleaban. El viejo mago calló un momento, luego dijo: «¿Te he tentado yo a ti? Yo – busco únicamente[474].

Oh Zaratustra, yo busco a uno que sea auténtico, justo, simple, sin equívocos, un hombre de toda honestidad, un vaso de sabiduría, un santo del conocimiento, ¡un gran hombre!

¿No lo sabes acaso, oh Zaratustra? *Yo busco a Zaratustra*».

– Y en este instante se hizo un prolongado silencio entre ambos; Zaratustra se abismó profundamente dentro de sí mismo, tanto que cerró los ojos. Mas luego, retornando a su interlocutor, tomó la mano del mago y dijo, lleno de gentileza y de malicia:

«¡Bien! Por ahí sube el camino, allí está la caverna de Zaratustra. En ella te es lícito buscar a aquél que tú desearías encontrar.

Y pide consejo a mis animales, a mi águila y a mi serpiente: ellos te ayudarán a buscar. Pero mi caverna es grande.

Yo mismo, ciertamente, – no he visto aún ningún gran hombre. Para lo que es grande el ojo de los más delicados es hoy grosero. Éste es el reino de la plebe.

A más de uno he encontrado ya que se estiraba y se hinchaba, y el pueblo gritaba: “¡Mirad, un gran hombre!”. ¡Mas de qué sirven todos los fuelles del mundo! Al final lo que sale es viento.

Al final revienta la rana[475] que se había hinchado durante demasiado tiempo: y lo que sale es viento. Pinchar el vientre de un hinchado es lo que yo llamo un buen entretenimiento. ¡Escuchad esto, muchachos!

El día de hoy es de la plebe: ¡quién *sabe* ya qué es grande y qué es pequeño! ¡Quién buscaría con fortuna la grandeza! Un necio únicamente: los necios son afortunados.

¿Tú buscas grandes hombres, tú extraño necio? ¿Quién te ha *enseñado* eso? ¿Es hoy tiempo de eso? Oh tú, perverso buscador, ¿por qué – me tientas?». – –

Así habló Zaratustra, con el corazón consolado, y siguió a pie su camino riendo.

Jubilado

No mucho después de haberse librado Zaratustra del mago vio de nuevo a alguien sentado junto al camino que él seguía, a saber, un hombre alto y negro, de pálido y descarnado rostro: *éste* le causó una violenta contrariedad. «Ay, dijo a su corazón, allí está sentada la tribulación embozada[476], aquello me parece pertenecer a la especie de los sacerdotes: ¿qué quieren *ésos* en mi reino?

¡Cómo! Acabo de escapar de aquel mago: y tiene que atravesárseme de nuevo en mi camino otro nigromante, –

– un brujo cualquiera que practica la imposición de manos, un oscuro taumaturgo por gracia divina, un ungido calumniador del mundo, ¡a quien el diablo se lleve!

Pero el diablo no está nunca donde debería estar: siempre llega demasiado tarde, ¡ese maldito enano y cojitranco!». –

Así maldecía Zaratustra, impaciente en su corazón, y pensaba en cómo pasaría rápidamente de largo junto al hombre negro mirando a otra parte: mas he aquí que las cosas ocurrieron de otro modo. Pues en aquel mismo instante el hombre sentado le había visto ya, y semejante a uno a quien le sale al encuentro una suerte imprevista se levantó de un salto y corrió hacia Zaratustra.

«¡Quienquiera que seas, caminante, dijo, ayuda a un extraviado, a uno que busca, a un anciano al que con facilidad puede ocurrirle aquí algún daño!

Este mundo de aquí me es extraño y lejano, también he oído aullar a animales salvajes; y el que habría podido ofrecerme ayuda, ése no existe ya.

Yo buscaba al último hombre piadoso, un santo y un eremita, que, solo en su bosque, no había oído aún nada de lo que todo el mundo sabe hoy».[477]

«¿*Qué* sabe hoy todo el mundo?, preguntó Zaratustra. ¿Acaso que no vive ya el viejo Dios en quien todo el mundo creyó en otro tiempo?».

«Tú lo has dicho[478], respondió el anciano contristado. Y yo he servido a ese viejo Dios hasta su última hora.

Mas ahora estoy jubilado, no tengo dueño y, sin embargo, no estoy libre, tampoco estoy alegre ni una sola hora, a no ser cuando me entrego a los recuerdos.

Por ello he subido a estas montañas, para celebrar por fin de nuevo una fiesta para mí, cual conviene a un antiguo papa y padre de la Iglesia: pues sábelo, ¡yo soy el último papa! – una fiesta de piadosos recuerdos y cultos divinos.

Pero ahora también él ha muerto, el más piadoso de los hombres, aquel santo del bosque que alababa constantemente a su Dios cantando y gruñendo.

A él no lo encontré ya cuando encontré su choza, – pero sí a dos lobos dentro, que aullaban por su muerte – pues todos los animales lo amaban. Entonces me fui de allí corriendo.

¿Inútilmente había venido yo, por tanto, a estos bosques y montañas? Mi corazón decidió entonces que yo buscase a otro distinto, al más piadoso de todos aquellos que

no creen en Dios –, ¡que yo buscase a Zaratustra!».

Así habló el anciano y miró con ojos penetrantes a aquel que se hallaba delante de él; mas Zaratustra cogió la mano del viejo papa y la contempló largo tiempo con admiración.

«Mira, venerable, dijo luego, ¡qué mano tan bella y tan larga! Ésta es la mano de uno que ha impartido siempre bendiciones. Pero ahora esa mano agarra firmemente a aquel a quien tú buscas, a mí, Zaratustra.

Yo soy Zaratustra el ateo, que dice: ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?[479]». –

Así habló Zaratustra, y con sus miradas perforaba los pensamientos y las más recónditas intenciones del viejo papa. Por fin éste comenzó a decir:

«Quien lo amó y lo poseyó más que ningún otro, ése lo ha perdido también más que ningún otro –:

– mira, ¿no soy yo ahora, de nosotros dos, el más ateo? ¡Mas quién podría alegrarse de eso!». –

– «Tú le has servido hasta el final, preguntó Zaratustra pensativo, después de un profundo silencio, ¿sabes *cómo* murió? ¿Es verdad, como se dice, que fue la compasión la que lo estranguló,

– que vio cómo *el hombre* pendía de la cruz, y no soportó que el amor al hombre se convirtiese en su infierno y finalmente en su muerte?» – –

Mas el viejo papa no respondió, sino que tímidamente, y con una expresión dolorosa y sombría, desvió la mirada.

«Déjalo que se vaya, dijo Zaratustra tras prolongada reflexión, mirando siempre al anciano derechamente a los ojos.

Déjalo que se vaya, ya ha desaparecido. Y aunque te honra el que no digas más que cosas buenas de ese muerto, tú sabes tan bien como yo *quién* era; y que seguía caminos extraños».

«Hablando entre tres ojos, dijo, recobrado, el viejo papa (pues era tuerto), en asuntos de Dios yo soy más ilustrado[480] que el propio Zaratustra – y me es lícito serlo.

Mi amor le ha servido durante largos años, mi voluntad siguió en todo a su voluntad. Pero un buen servidor sabe todo, incluso muchas cosas que su señor se oculta a sí mismo.

Él era un Dios escondido[481], lleno de secretos. En verdad, no supo procurarse un hijo más que por caminos tortuosos. En la puerta de su fe se encuentra el adulterio[482].

Quien le ensalza como a Dios del amor no tiene una idea suficientemente alta del amor mismo. ¿No quería este Dios ser también juez? Pero el amante ama más allá de la recompensa o la retribución.

Cuando era joven, este Dios del Oriente, era duro y vengativo y construyó un infierno para diversión de sus favoritos[483].

Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre, y parecido sobre todo a una vieja abuela vacilante.

Se sentaba allí, mustio, en el rincón de su estufa, se afligía a causa de la debilidad de sus piernas, cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión». –

«Tú viejo papa, le interrumpió aquí Zaratustra, ¿tú has visto *eso* con tus ojos? Pues es posible que haya ocurrido así: así, *y* también de otra manera. Cuando los dioses mueren, mueren siempre de muchas especies de muerte.

Mas ¡bien! Así o así, así y así – ¡se ha ido! Él contrariaba el gusto de mis oídos y de mis ojos, no quisiera decir nada peor sobre él.

Yo amo todo lo que mira limpiamente y habla con honestidad. Pero él – tú lo sabes bien, viejo sacerdote, en él había algo de tus maneras, de maneras de sacerdote – él era ambiguo.

Era también oscuro. ¡Cómo se irritaba con nosotros, resoplando cólera, porque le entendíamos mal! Mas ¿por qué no hablaba con mayor nitidez?

Y si dependía de nuestros oídos, ¿por qué nos dio unos oídos que le oían mal? Si en nuestros oídos había barro, ¡bien!, ¿quién lo había introducido allí?

¡Demasiadas cosas se le malograron a ese alfarero que no había aprendido del todo su oficio! Pero el hecho de que se vengase de sus pucheros y criaturas[484] porque le hubiesen salido mal a él – eso era un pecado contra el *buen gusto*.

También en la piedad existe un buen gusto: *éste* acabó por decir “¡Fuera *tal* Dios! ¡Mejor ningún Dios, mejor construirse cada uno su destino a su manera, mejor ser un necio, mejor ser Dios mismo!”».

– «¡Qué oigo!, dijo entonces el papa aguzando los oídos; ¡oh Zaratustra, con tal incredulidad eres tú más piadoso de lo que crees! Algún Dios presente en ti te ha convertido a tu ateísmo.

¿No es tu piedad misma la que no te permite seguir creyendo en Dios? ¡Y tu excesiva honestidad te arrastrará más allá incluso del bien y del mal!

Mira, pues, ¿qué se te ha reservado para el final? Tienes ojos y mano y boca predestinados desde la eternidad a bendecir. No se bendice sólo con la mano.

En tu proximidad, aunque tú quieras ser el más ateo de todos, venteo yo un secreto aroma de incienso y un perfume de prolongadas bendiciones: ello me hace bien y me causa dolor al mismo tiempo.

¡Permíteme ser tu huésped, oh Zaratustra, por una sola noche! ¡En ningún lugar de la tierra me siento ahora mejor que junto a ti!». –

«¡Amén! ¡Así sea!, dijo Zaratustra con gran admiración, por ahí arriba sube el camino, allí está la caverna de Zaratustra.

Con gusto, en verdad, te acompañaría yo mismo hasta allí, venerable, pues amo a todos los hombres piadosos. Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a separarme de ti a toda prisa.

En mis dominios nadie debe sufrir daño alguno; mi caverna es un buen puerto. Y lo que más me gustaría sería colocar de nuevo en tierra firme y sobre piernas firmes a todos los tristes.

Mas ¿quién te quitaría a ti de los hombros el peso de *tu* melancolía? Para eso soy yo demasiado débil. Largo tiempo, en verdad, vamos a aguardar hasta que alguien te resucite a tu Dios.

Pues ese viejo Dios no vive ya: está muerto de verdad». –

Así habló Zaratustra.

El más feo de los hombres

Y de nuevo corrieron los pies de Zaratustra por montañas y bosques, y sus ojos buscaron y buscaron, mas en ningún lugar pudieron ver a aquel a quien querían ver, al gran necesitado que gritaba pidiendo socorro. Durante todo el camino, sin embargo, se regocijaba en su corazón y estaba agradecido. «¡Qué buenas cosas, decía, me ha regalado este día para compensarme de haber comenzado mal![485] ¡Qué extraños interlocutores he encontrado!

Quiero rumiar durante largo tiempo sus palabras, como si fueran buenos granos; ¡mis dientes deberán desmenuzarlas y molerlas hasta que fluyan a mi alma como leche!». –

Mas cuando el camino volvió a girar en torno a una roca, el paisaje se transformó *de repente* y Zaratustra penetró en un reino de muerte. En él peñascos negros y rojos miraban rígidos hacia arriba: ni una brizna de hierba, ni un árbol, ni el canto de un pájaro. Era, en efecto, un valle que todos los animales evitaban, incluso los animales de rapiña; sólo una especie de serpientes feas, gordas, verdes, cuando se volvían viejas, iban allí a morir. Por esto los pastores llamaban a este valle: Muerte de la Serpiente[486].

Zaratustra se sumergió en un negro recuerdo, pues le parecía que él había estado ya una vez en aquel valle. Y muchas cosas pesadas oprimieron su ánimo: de modo que comenzó a caminar cada vez más lentamente, hasta que por fin se detuvo. Entonces, al abrir los ojos, vio algo que se hallaba sentado junto al camino, algo que tenía una figura como de hombre, pero que apenas lo parecía, algo inexpresable. Y *de golpe* se apoderó de Zaratustra una gran vergüenza por haber visto con sus ojos algo así: enrojeciendo hasta la raíz de sus blancos cabellos apartó la vista y levantó el pie para abandonar aquel triste lugar. En ese instante aquel muerto desierto produjo un ruido: del suelo, en efecto, salía un gorgoteo y un resuello[487] como los que hace el agua por la noche en tuberías atrancadas; y por fin surgió de allí una voz humana y unas palabras de hombre: – que decían así:

«¡Zaratustra! ¡Zaratustra! ¡Resuelve mi enigma! ¡Habla, habla! ¿Cuál es *la venganza que se toma del testigo*?

Yo te invito a que te vuelvas atrás, ¡aquí hay hielo resbaladizo! ¡Cuida, cuida de que tu orgullo no se rompa aquí las piernas!

¡Tú te crees sabio, orgulloso Zaratustra! Resuelve, pues, el enigma, tú duro cascanueces, – ¡el enigma que yo soy! ¡Di, pues: quién soy *yo*!».

– Mas cuando Zaratustra hubo oído estas palabras, – ¿qué creéis que ocurrió en su alma? *La compasión lo acometió*; y se desplomó de golpe, como una encina que ha resistido durante largo tiempo a muchos leñadores, – de manera pesada, súbita, causando espanto incluso a quienes querían abatirla. Pero enseguida volvió a levantarse del suelo, y su rostro se endureció.

«Te conozco bien, dijo con voz de bronce: ¡*tú eres el asesino de Dios*! Déjame irme.

No *soportabas* a Aquél que *te* veía, – que te veía siempre y de parte a parte, ¡tú el más feo de los hombres! ¡Te vengaste de ese testigo!».

Así habló Zaratustra y quiso irse de allí; mas el inexpresable agarró una punta de su vestido y comenzó de nuevo a gorgotear y a buscar palabras. «¡Quédate!, dijo por fin –

– ¡quédate! ¡No pases de largo! He adivinado qué hacha fue la que te derribó: ¡Enhorabuena, Zaratustra, por estar de nuevo en pie!

Has adivinado, lo sé bien, qué sentimientos experimenta el que lo mató a Él, – el asesino de Dios. ¡Quédate! Toma asiento aquí cerca de mí, no será inútil.

¿A quién quería yo ir sino a ti? ¡Quédate, siéntate! ¡Pero no me mires! ¡Honra así – mi fealdad!

Ellos me persiguen: ahora eres *tú* mi último refugio. *No* con su odio, *no* con sus esbirros: – ¡oh, de tal persecución yo me burlaría y estaría orgulloso y contento!

¿No estuvo hasta ahora siempre el éxito de parte de los bien perseguidos? Y quien persigue bien, aprende con facilidad a *seguir*[488]: – ¡pues marcha – detrás! Pero es de su *compasión* –

– es de su compasión de lo que yo he huido, buscando refugio en ti. Oh Zaratustra, protégeme, tú mi último refugio, tú el único que me ha adivinado:

– tú has adivinado qué sentimientos experimenta el que lo mató a Él. ¡Quédate! Y si quieres irte, impaciente: no vayas por el camino que yo he seguido. *Ese* camino es malo.

¿Estás irritado conmigo porque hace ya mucho tiempo que hablo y chapurreo? ¿De que yo te dé consejos? Pero tú sabes que yo, el más feo de los hombres,

– yo soy también el que tiene asimismo los pies más grandes y más pesados. Por donde *yo* he pasado, allí el camino es malo. Todos los caminos pisados por mí quedan muertos y estropeados.

Mas en el hecho de que tú pasases a mi lado en silencio; de que te ruborizases, bien lo vi: en eso he reconocido que tú eres Zaratustra.

Cualquier otro me habría arrojado su limosna, su compasión, con miradas y palabras. Mas para esto – no soy yo bastante mendigo, eso tú lo has adivinado –

– para esto soy yo demasiado *rico*, ¡rico en cosas grandes, terribles, en las cosas más feas, más inexpresables! ¡Tu vergüenza, oh Zaratustra, me ha *honrado*!

A duras penas logré escapar de la muchedumbre de los compasivos, – para encontrar al único que hoy enseña "la compasión es importuna"[489] – ¡a ti, oh Zaratustra!

– ya sea compasión de un Dios, ya sea compasión de los hombres: la compasión va contra el pudor. Y no querer-ayudar puede ser más noble que aquella virtud que se apresura solícita.

Mas entre todas las gentes pequeñas se da hoy el nombre de virtud a *eso*, a la

compasión: – ellas no tienen respeto por la gran desgracia, por la gran fealdad, por el gran fracaso.

Yo miro por encima de todos éstos al modo como el perro mira por encima de los lomos de los pululantes rebaños de ovejas. Son pequeñas gentes grises, lanosas, benévolas.

Como una garza mira despectivamente por encima de los estanques poco profundos, con la cabeza echada hacia atrás: así miro yo por encima del hormigueo de grises y pequeñas olas y voluntades y almas.

Durante demasiado tiempo se les ha dado la razón a esas gentes pequeñas: *con ello* se les ha acabado por dar, finalmente, también el poder – ahora enseñan: “Bueno es tan sólo aquello que las gentes pequeñas llaman bueno”.

Y “verdad” se llama hoy lo que dijo el predicador que procedía de ellos, aquel extraño santo y abogado de las gentes pequeñas, que atestiguó de sí mismo “yo – soy la verdad”.

Desde hace ya mucho tiempo ese presuntuoso hace hinchar la cresta a las gentes pequeñas, – él, que enseñó un error nada pequeño cuando enseñó “yo – soy la verdad”[490].

¿Se ha dado nunca una respuesta más cortés a un presuntuoso? – Pero tú, oh Zaratustra, lo dejaste de lado al pasar y dijiste: “¡No! ¡No! ¡Tres veces no!”.

Tú pusiste en guardia contra la compasión – no a todos, no a nadie[491], sino a ti y a los de tu especie.

Tú te avergüenzas de la vergüenza del que sufre mucho; y en verdad, cuando dices “de la compasión procede una gran nube, ¡atención, hombres!”.

– cuando enseñas “todos los creadores son duros, todo gran amor está por encima de su propia compasión”[492]: ¡oh Zaratustra, qué bien me pareces entender de signos meteorológicos!

Pero tú mismo – ¡ponte en guardia también a ti mismo contra *tu* compasión! Pues muchos se encuentran en camino hacia ti, muchos que sufren, que dudan, que desesperan, que se ahogan, que se hielan –

También contra mí te pongo en guardia. Tú has adivinado mi mejor, mi peor enigma, a mí mismo y lo que yo había hecho. Yo conozco el hacha que te derriba.

Pero Él – *tenía que* morir: miraba con unos ojos que lo veían *todo*, – veía las profundidades y las honduras del hombre, toda la encubierta ignominia y fealdad de éste.

Su compasión carecía de pudor: penetraba arrastrándose hasta mis rincones más sucios[493]. Ese máximo curioso, super-indiscreto, super-compasivo, tenía que morir.

Me veía siempre: de tal testigo quise vengarme – o dejar de vivir.

El Dios que veía todo, *también al hombre*: ¡ese Dios tenía que morir! El hombre no *soporta* que tal testigo viva».

Así habló el más feo de los hombres. Y Zaratustra se levantó y se dispuso a irse: pues

estaba aterido hasta las entrañas.

«Tú, inexpresable, dijo, me has puesto en guardia contra tu camino. Para agradecértelo voy a alabarte los míos. Mira, allá arriba está la caverna de Zaratustra.

Mi caverna es grande y profunda y tiene muchos rincones; allí encuentra su escondrijo el más escondido de los hombres. Y junto a ella hay cien agujeros y hendiduras para los animales que se arrastran, que revolotean y que saltan.

Tú, expulsado que te has expulsado a ti mismo, ¿no quieres vivir en medio de los hombres y de la compasión humana? ¡Bien, obra como yo! Así aprenderás también de mí; sólo obrando se aprende.

¡Y ante todo y sobre todo, habla con mis animales! El animal más orgulloso y el animal más inteligente – ¡ellos son sin duda los adecuados consejeros para nosotros dos!» – –

Así habló Zaratustra y siguió sus caminos, aún más pensativo y lento que antes: pues se hacía muchas preguntas a sí mismo y no le era fácil darse respuesta.

«¡Qué pobre es el hombre!, pensaba en su corazón, ¡qué feo, qué resollante, qué lleno de secreta vergüenza!

Me dicen que el hombre se ama a sí mismo: ¡ay, qué grande tiene que ser ese amor a sí mismo! ¡Cuánto desprecio tiene en su contra!

También ése de ahí se amaba a sí mismo tanto como se despreciaba, – para mí es alguien que ama mucho y que desprecia mucho.

A nadie encontré todavía que se despreciase más profundamente: también *esto* es altura. Ay, ¿acaso era *ése* el hombre superior, cuyo grito oí?

Yo amo a los grandes despreciadores. Pero el hombre es algo que tiene que ser superado.» – –

El mendigo voluntario

Cuando Zaratustra hubo dejado al más feo de los hombres tuvo frío y se sintió solo: por su ánimo cruzaban, en efecto, muchos pensamientos fríos y solitarios, de modo que por este motivo también sus miembros se enfriaron más. Pero mientras continuaba su camino, subiendo, bajando, pasando unas veces al lado de verdes prados, pero también por barrancos salvajes y pedregosos, donde en otro tiempo, sin duda, un impaciente arroyo había tendido su lecho: *de pronto* sus pensamientos comenzaron a volverse más cálidos y cordiales.

«¿Qué me ha sucedido?, se preguntó, algo caliente y vivo me reconforta, y tiene que hallarse cerca de mí.

Ya estoy menos solo; desconocidos hermanos y compañeros de viaje andan vagando a mi alrededor, su cálido aliento llega hasta mi alma».

Mas cuando atisbó a su alrededor buscando a los consoladores de su soledad: ocurrió que eran unas vacas que se hallaban reunidas en una altura; su cercanía y su olor habían caldeado su corazón[494]. Aquellas vacas parecían escuchar con interés a alguien que les hablaba y no prestaban atención al que se acercaba. Y cuando Zaratustra estuvo junto a ellas oyó claramente que una voz de hombre salía de en medio de las vacas; y era manifiesto que todas ellas habían vuelto sus cabezas hacia quien hablaba.

Entonces Zaratustra se lanzó presurosamente en medio de los animales y los apartó, pues temía que le hubiese ocurrido una desgracia a alguien, al cual difícilmente podía servirle de ayuda la compasión de unas vacas. Pero en esto se había engañado; pues he aquí que había allí un hombre sentado en tierra y parecía exhortar a las vacas a que no tuviesen miedo de él, hombre pacífico y predicador de la montaña[495], en cuyos ojos predicaba la bondad misma. «¿Qué buscas tú aquí?», exclamó Zaratustra con asombro.

«¿Que qué busco yo aquí?, respondió aquél: lo mismo que tú, ¡aguafiestas!, a saber, la felicidad en la tierra.

Mas para lograrlo quisiera aprender de estas vacas. Pues, sin duda lo sabes, hace ya media mañana que les estoy hablando, y justo ahora iban ellas a darme una respuesta. ¿Por qué las perturbas?

Mientras no nos convirtamos y nos hagamos como vacas no entraremos en el reino de los cielos[496]. De ellas deberíamos aprender, en efecto, *una cosa*: el rumiar.

Y, en verdad, si el hombre conquistase el mundo entero y no aprendiese esa *única*[497] cosa, el rumiar: ¡de qué le serviría! No escaparía a su tribulación,

– a su gran tribulación: la cual tiene hoy el nombre de *náusea*. ¿Quién no tiene hoy llenos de náusea el corazón, la boca y los ojos? ¡También tú! ¡También tú! ¡Contempla, en cambio, a estas vacas!». –

Así habló el predicador de la montaña, y luego volvió su mirada hacia Zaratustra,

– pues hasta ese momento estuvo amorosamente pendiente de las vacas mas entonces se transformó. «¿Con quién estoy hablando?, exclamó espantado, y se levantó de un salto del suelo.

Éste es el hombre sin náusea, éste es Zaratustra en persona, el vencedor de la gran náusea, éstos son los ojos, ésta es la boca, éste es el corazón de Zaratustra en persona».

Y mientras esto decía besábale las manos a aquel a quien hablaba, con ojos bañados en lágrimas, y se comportaba exactamente como uno a quien de improviso le cae del cielo un precioso regalo y un tesoro. Mas las vacas contemplaban todo esto y se maravillaban.

«No hables de mí, ¡hombre extraño!, ¡hombre encantador!, dijo Zaratustra defendiéndose de su ternura, ¡háblame primero de ti! ¿No eres tú el mendigo voluntario, que en otro tiempo arrojó lejos de sí una gran riqueza, –

– que se avergonzó de su riqueza y de los ricos, y huyó a los pobres para regalarles la abundancia y su corazón? Pero ellos a él no lo aceptaron».

«Pero ellos a mí no me aceptaron, dijo el mendigo voluntario, lo sabes bien. Por esto acabé marchándome a los animales y a estas vacas».

«Entonces aprendiste, interrumpió Zaratustra al que hablaba, que es más difícil dar bien que tomar bien, y que regalar bien es un *arte* y la última y más refinada maestría de la bondad»[498].

«Especialmente hoy en día, respondió el mendigo voluntario: hoy en que todo lo bajo se ha vuelto levantisco e intratable, y orgulloso a su manera, a saber: a la manera de la plebe.

Pues ha llegado la hora, tú lo sabes bien, de la grande, perversa, larga, lenta rebelión de la plebe y de los esclavos: ¡Rebelión que crece cada vez más!

Ahora toda beneficencia y todo pequeño regalo indignan a los de abajo; ¡y los demasiado ricos, que estén en guardia!

Quien hoy, semejante a una botella ventruda, gotea por cuellos demasiado estrechos: – a esas botellas la gente gusta hoy de romperles el cuello.

Codicia lasciva, envidia biliosa, rencor malhumorado, orgullo plebeyo: todo eso me ha saltado a la cara. Ya no es verdad que los pobres sean bienaventurados[499]. El reino de los cielos está entre las vacas».

¿Y por qué no está entre los ricos?, preguntó Zaratustra para tentarlo, mientras rechazaba a las vacas, que acariciaban familiarmente con su aliento a aquel apacible hombre.

«¿Por qué me tientas?, respondió éste. Tú mismo lo sabes mejor que yo. ¿Pues qué fue lo que me empujó a irme con los más pobres, oh Zaratustra? ¿No fue la náusea que me causaban los más ricos de entre nosotros?

– ¿los forzados de la riqueza, que recogen su ganancia de todas las barreduras, con ojos fríos, con pensamientos codiciosos, esa chusma cuyo hedor llega al cielo,

– esa plebe dorada, falsificada, cuyos padres fueron rateros, o pájaros de carroña,

o traperos, esa plebe complaciente con las mujeres, lasciva, olvidadiza?: – todos ellos no se diferencian apenas, en efecto, de una puta –

¡plebe arriba, plebe abajo! ¡Qué significan ya hoy “los pobres” y “los ricos”! Esa diferencia la he olvidado, – por ello me escapé lejos, cada vez más lejos, hasta llegar a estas vacas».

Así habló el pacífico, y resoplaba y sudaba con sus palabras: de modo que las vacas se maravillaron de nuevo. Mas Zaratustra le estuvo mirando todo el tiempo a la cara, sonriendo, mientras aquél hablaba tan duramente, y movió la cabeza en silencio.

«Te haces violencia a ti mismo, predicador de la montaña, al emplear palabras tan duras. Para tal dureza no están hechos ni tu boca ni tus ojos.

Tampoco, según me parece, tu estómago: *a él* le repugna todo ese encolerizarse y odiar y enfurecerse. Tu estómago reclama cosas más suaves: tú no eres un carnicero.

Me pareces, antes bien, alguien que se alimenta de plantas y de raíces. Tal vez mueles grano. Y, con toda certeza, eres contrario a las alegrías de la carne y amas la miel».

«Me has adivinado bien, respondió el mendigo voluntario, con el corazón aliviado. Yo amo la miel, también muelo grano, pues he buscado lo que agrada al paladar y hace puro el aliento:

– también lo que necesita largo tiempo, un trabajo que ocupe día y hocico de afables ociosos y haraganes.

Estas vacas, ciertamente, han llegado más lejos que nadie: se han inventado el rumiar y el estar echadas al sol. También se abstienen de todos los pensamientos pesados, que hinchan el corazón».

– «¡Bien!, dijo Zaratustra: tú deberías ver también mis animales, mi águila y mi serpiente, – hoy no tienen igual en la tierra.

Mira, por ahí va el camino que conduce a mi caverna: sé huésped de ella esta noche. Y habla con mis animales acerca de la felicidad de los animales, –

– hasta que yo también vuelva a casa. Pues ahora me llama un grito de socorro que me obliga a alejarme de ti a toda prisa[500]. Asimismo encontrarás miel nueva en mi casa, miel dorada de panales, fresca como el hielo: ¡cómela!

Mas ahora despídete en seguida de tus vacas, ¡hombre extraño!, ¡hombre encantador!, aunque te resulte difícil. ¡Pues son tus amigos y maestros más cálidos!». –

«– Excepto uno, al cual yo amo todavía más, respondió el mendigo voluntario. ¡Tú mismo eres bueno, y mejor incluso que una vaca, oh Zaratustra!».

«¡Vete, vete!, ¡vil adulador!, gritó Zaratustra con malignidad, ¿por qué me corrompes con esa alabanza y con miel de adulaciones?».

«¡Vete, vete!», volvió a gritar, y blandió el bastón hacia el tierno mendigo: pero éste escapó a toda prisa.

La sombra[501]

Mas apenas acababa de irse el mendigo voluntario y volvía Zaratustra a estar solo consigo mismo cuando oyó a su espalda una nueva voz: ésta gritaba «¡Alto! ¡Zaratustra! ¡Aguarda! ¡Soy yo, oh Zaratustra, yo, tu sombra!». Pero Zaratustra no aguardó, pues un fastidio repentino se apoderó de él a causa de la gran muchedumbre y gentío que en sus montañas había. «¿Dónde se ha ido mi soledad?, dijo.

Me estoy hartando, en verdad; estas montañas pululan de gente, mi reino no es ya de *este* mundo[502], necesito nuevas montañas.

¿Mi sombra me llama? ¡Qué importa mi sombra! ¡Que corra detrás de mí!, yo – escapo de ella».

Así habló Zaratustra a su corazón y escapó de allí. Mas aquel que se encontraba detrás de él lo seguía: de modo que muy pronto hubo tres que corrían uno detrás de otro, a saber, delante el mendigo voluntario, luego Zaratustra y en tercero y último lugar su sombra. Pero no hacía mucho que corrían de ese modo cuando Zaratustra cayó en la cuenta de su tontería y con *una* sacudida arrojó de sí su fastidio y su disgusto.

«¡Cómo!, dijo, ¿no han ocurrido desde siempre las cosas más ridículas entre nosotros los viejos eremitas y santos?

¡En verdad, mi tontería ha crecido mucho en las montañas! ¡Y ahora oigo tabletear, una detrás de otra, seis viejas piernas de necios!

¿Le es lícito a Zaratustra tener miedo de una sombra? También me parece, a fin de cuentas, que ella tiene piernas más largas que yo».

Así habló Zaratustra, riendo con los ojos y con las entrañas, se detuvo y volviose con rapidez – y he aquí que al hacerlo casi arrojó al suelo a su seguidor y sombra: tan pegada iba ésta a sus talones, y tan débil era. Mas cuando la examinó con los ojos se espantó como si se le apareciese de repente un fantasma: tan flaco, negruzco, hueco y anticuado era el aspecto de su seguidor.

«¿Quién eres?, preguntó Zaratustra con vehemencia, ¿qué haces aquí? ¿Y por qué te llamas a ti mismo mi sombra? No me gustas».

«Perdóname, respondió la sombra, que sea yo; y si no te gusto, bien, ¡oh Zaratustra!, en eso te alabo a ti y a tu buen gusto.

Un caminante soy que ha andado ya mucho detrás de tus talones: siempre en camino, pero sin una meta, también sin un hogar: de modo que, en verdad, poco me falta para ser el judío eterno, excepto que no soy eterno ni tampoco judío.

¿Cómo? ¿Tengo que continuar caminando siempre? ¿Agitado, errante, arrastrado lejos por todos los vientos? ¡Oh tierra, para mí te has vuelto demasiado redonda!

En todas las superficies he estado ya sentado, en espejos y cristales de ventanas me he dormido, semejante a polvo cansado: todas las cosas toman algo de mí, ninguna me da nada, yo adelgazo, – casi me parezco a una sombra.

Pero a ti, oh Zaratustra, es a quien más tiempo he seguido volando y corriendo, y aunque de ti me ocultase he sido, sin embargo, tu mejor sombra: en todos los lugares en que has estado sentado tú, allí estaba también sentado yo.

Contigo he andado errante por los mundos más lejanos, más fríos, semejante a un fantasma que corre voluntariamente sobre tejados invernales y sobre nieve.

Contigo he aspirado a todo lo prohibido[503], a lo peor, a lo más remoto: y si hay en mí algo que sea virtud, eso es el no haber tenido miedo de ninguna prohibición.

Contigo he quebrantado aquello que en otro tiempo mi corazón veneró, he derribado todos los mojones y todas las imágenes, he perseguido los deseos más peligrosos, – en verdad, por encima de todos los crímenes he pasado corriendo alguna vez.

Contigo perdí la fe en palabras y valores y en grandes nombres. Cuando el diablo cambia de piel, ¿no se despoja también de su nombre? El nombre es, en efecto, también piel. El diablo mismo es tal vez – piel.

“Nada es verdadero, todo está permitido”[504]: así me decía yo para animarme. En las aguas más frías me arrojé de cabeza y de corazón. ¡Ay, cuántas veces me he encontrado, por esta causa, desnudo como un rojo cangrejo!

¡Ay, dónde se me han ido todo el bien y toda la vergüenza y toda la fe en los buenos! ¡Ay, dónde se ha ido aquella mentida inocencia que en otro tiempo yo poseía, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras![505]

Con demasiada frecuencia, en verdad, he seguido de cerca a la verdad, pegado a sus pies: entonces ella me pisaba la cabeza. A veces yo creía mentir, y, ¡mira!, sólo entonces acertaba – con la verdad.

Demasiadas cosas se me han aclarado: y ahora nada me importa ya. Nada vive ya que yo ame, – ¿cómo iba a continuar amándome a mí mismo?

“Vivir como me plazca, o no vivir en absoluto”: eso es lo que quiero yo, eso es lo que quiere también el más santo. Mas ¡ay!, ¿tengo *yo* ya – placer en algo?

¿Tengo *yo* – todavía una meta? ¿Un puerto hacia el que naveguen *mis* velas?

¿Un buen viento? Ay, sólo quien sabe *hacia dónde* navega sabe también qué viento es bueno y cuál es el favorable para su navegación.

¿Qué me ha quedado ya? Un corazón cansado y desvergonzado; una voluntad inestable; alas para revolotear; un espinazo roto.

Esta búsqueda de *mi* hogar: oh Zaratustra, lo sabes bien, esta búsqueda ha sido *mi* aflicción[506], que me devora.

“¿Dónde está – *mi* hogar?”. Por él pregunto y busco y he buscado, y no lo he encontrado. ¡Oh eterno estar en todas partes, oh eterno estar en ningún sitio, oh eterno – en vano!».

Así habló la sombra, y el rostro de Zaratustra se fue alargando al escuchar sus palabras. «¡Tú eres mi sombra!, dijo por fin con tristeza.

Tu peligro no es pequeño, ¡tú espíritu libre y viajero! Has tenido un mal día: ¡procura que no te toque un atardecer aún peor!

A los errantes como tú, incluso una cárcel acaba pareciéndoles la bienaventuranza. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales encarcelados? Duermen tranquilamente, disfrutan su nueva seguridad.

¡Ten cuidado de no caer, al final, prisionero de una fe más estrecha todavía, de una ilusión dura, rigurosa! A ti, en efecto, ahora te tienta y te seduce todo lo que es riguroso y sólido.

Has perdido la meta: ay, ¿cómo podrás librarte de esa pérdida y consolarte de ella? Al perder la meta – ¡has perdido también el camino!

¡Tú pobre vagabundo, soñador, tú mariposa cansada!, ¿quieres tener este atardecer un respiro y una morada? ¡Sube entonces a mi caverna!

Por ahí va el camino que lleva a mi caverna. Y ahora quiero volver a escapar rápidamente de ti. Ya pesa sobre mí algo parecido a una sombra.

Quiero correr solo, para que de nuevo vuelva a haber claridad a mi alrededor. Para ello tengo que estar todavía mucho tiempo alegremente sobre las piernas. Mas este atardecer en mi casa – ¡habrá baile!» – –

Así habló Zaratustra.

A mediodía

Y Zaratustra corrió y corrió y ya no volvió a encontrar a nadie y estuvo solo y se encontró continuamente a sí mismo y disfrutó y saboreó su soledad y pensó en cosas buenas, – durante horas. Mas hacia la hora del mediodía, cuando el sol se hallaba exactamente encima de su cabeza, Zaratustra pasó al lado de un viejo árbol, torcido y nudoso, el cual estaba abrazado y envuelto por el gran amor de una viña, quedando oculto a sí mismo: de él pendían, ofreciéndose al viajero, racimos amarillos en gran número. Entonces se le antojó calmar una pequeña sed y cortar un racimo; pero cuando ya extendía el brazo para hacerlo se le antojó todavía otra cosa, a saber: echarse junto al árbol, a la hora del pleno mediodía, y dormir.

Esto hizo Zaratustra; y tan pronto como estuvo tendido en el suelo, en medio del silencio y de los secretos de la hierba multicolor, olvidó su pequeña sed y se durmió. Pues, como dice el proverbio de Zaratustra: una cosa es más necesaria que la otra[507]. Ahora bien, sus ojos permanecían abiertos: – no se cansaban, en efecto, de ver y de alabar el árbol y el amor de la viña. Y mientras se dormía, Zaratustra habló así a su corazón.

¡Silencio! ¡Silencio! ¿No se ha vuelto perfecto el mundo en este instante?[508] ¿Qué es lo que me ocurre?

Así como un viento delicioso, no visto, danza sobre artesonado mar, baila ligero, ligero cual una pluma: así – baila el sueño sobre mí.

No me cierra los ojos, me deja despierta el alma. Ligero es, ¡en verdad!, ligero cual una pluma.

Me persuade no sé cómo, toca ligeramente mi interior con mano zalamera, me fuerza. Sí, me fuerza a que mi alma se estire: –

– ¡cómo se me vuelve larga y cansada mi extraña alma! ¿Le ha llegado el atardecer de un séptimo día justamente al mediodía?[509] ¿Ha caminado ya durante demasiado tiempo, bienaventurada, entre cosas buenas y maduras?

Mi alma se estira alargándose, alargándose – ¡cada vez más!, yace callada, mi extraña alma. Demasiadas cosas buenas ha saboreado ya, esa áurea tristeza la oprime, ella tuerce la boca.

– Como un barco que ha entrado en su bahía más tranquila: – y entonces se adosa a la tierra, cansado de los largos viajes y de los inseguros mares. ¿No es más fiel la tierra?

Como un barco de ésos se adosa, se estrecha a la tierra: – basta entonces que una araña teja sus hilos desde la tierra hasta él. No se necesita aquí cable más fuerte.

Como uno de esos barcos cansados, en la más tranquila de todas las bahías: así descanso yo también ahora, cerca de la tierra, fiel, confiado, aguardando, atado a ella con los hilos más tenues.

¡Oh felicidad! ¡Oh felicidad! ¿Quieres acaso cantar[510], alma mía? Yaces en la hierba. Pero ésta es la hora secreta, solemne, en que ningún pastor toca su flauta.

¡Ten cuidado! Un ardiente mediodía duerme sobre los campos. ¡No cantes! ¡Silencio! El mundo es perfecto.

¡No cantes, ave de los prados, oh alma mía! ¡No susurres siquiera! Mira – ¡silencio!, el viejo mediodía duerme, mueve la boca: ¿no bebe en este momento una gota de felicidad –

– una vieja, dorada gota de áurea felicidad, de áureo vino? Algo se desliza sobre él, su felicidad ríe. Así – ríe un Dios. ¡Silencio! –

– «Para ser feliz, ¡con qué poco basta para ser feliz!». Así dije yo en otro tiempo, y me creí sabio. Pero era una blasfemia: *esto* lo he aprendido ahora. Los necios inteligentes hablan mejor.

Justamente la menor cosa, la más tenue, la más ligera, el crujido de un lagarto, un soplo, un roce, un pestañeo – *lo poco* constituye la especie de la *mejor* felicidad. ¡Silencio!

– Qué me ha sucedido: ¡escucha! ¿Es que el tiempo ha huido volando? ¿No estoy cayendo? ¿No he caído – ¡escucha! – en el pozo de la eternidad?

– ¿Qué me sucede? ¡Silencio! ¿Me han punzado – ay – en el corazón? ¡El corazón! ¡Oh, hazte pedazos, hazte pedazos, corazón, después de tal felicidad, después de tal punzada!

– ¿Cómo? ¿No se había vuelto perfecto el mundo hace un instante? ¿Redondo y maduro? Oh áureo y redondo aro – ¿adonde se escapa volando? ¡Sígale yo a la carrera! ¡Sus!

Silencio – – (y aquí Zaratustra se estiró y sintió que dormía).

¡Arriba!, se dijo a sí mismo, ¡tú dormilón!, ¡tú dormilón en pleno mediodía! ¡Vamos, arriba, viejas piernas! Es tiempo y más que tiempo, aún os queda una buena parte del camino –

Ahora habéis dormido bastante, ¿cuánto tiempo? ¡Media eternidad! ¡Vamos, arriba ahora, viejo corazón mío! ¿Cuánto tiempo necesitarás después de tal sueño – para despertarte?

(Pero entonces se adormeció de nuevo, y su alma habló contra él y se defendió y se acostó de nuevo.) – «¡Déjame! ¡Silencio! ¿No se había vuelto perfecto el mundo en este instante? ¡Oh áurea y redonda bola!». –

«¡Levántate, dijo Zaratustra, pequeña ladrona, perezosa! ¿Cómo? ¿Seguir extendida, bostezando, suspirando, cayendo dentro de pozos profundos?

¡Quién eres tú! ¡Oh alma mía!» (y entonces Zaratustra se asustó, pues un rayo de sol cayó del cielo sobre su rostro).

«Oh cielo por encima de mí, dijo suspirando y se sentó derecho, ¿tú me contemplas? ¿Tú escuchas a mi extraña alma?

¿Cuándo vas a beber esta gota de rocío que cayó sobre todas las cosas de la tierra, – cuándo vas a beber esta extraña alma –

– cuándo, ¡pozo de la eternidad!, ¡sereno y horrible abismo del mediodía!, cuándo vas a beber, reincorporándola así a ti, mi alma?».

Así habló Zaratustra, y se levantó de su lecho junto al árbol como si saliese de una extraña borrachera: y he aquí que el sol aún continuaba estando encima exactamente de su cabeza. De esto podría alguien deducir con razón que Zaratustra, entonces, no estuvo dormido mucho tiempo.

El saludo

Hasta el final de la tarde no volvió Zaratustra a su caverna, después de haber buscado y errado largo tiempo en vano. Mas cuando estuvo frente a ella, a no más de veinte pasos de distancia, ocurrió lo que él menos aguardaba entonces: de nuevo oyó el gran *grito de socorro*. Y, ¡cosa sorprendente!, esta vez aquel grito procedía de su propia caverna. Era un grito prolongado, múltiple, extraño, y Zaratustra distinguía con claridad que se hallaba compuesto de muchas voces: aunque, oído de lejos, sonase igual que un grito salido de una sola boca.

Entonces Zaratustra se lanzó de un salto hacia su caverna, y, ¡mira!, ¡qué espectáculo aguardaba a sus ojos después del que se había ofrecido ya a sus oídos! Allí estaban sentados juntos todos aquellos con quienes él se había encontrado por el camino durante el día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el viejo mago, el papa, el mendigo voluntario, la sombra, el concienzudo del espíritu, el triste adivino y el asno; y el más feo de los hombres se había colocado una corona en la cabeza y se había ceñido dos cinturones de púrpura, – pues le gustaba, como a todos los feos, disfrazarse y embellecerse. En medio de esta atribulada reunión se hallaba el águila de Zaratustra, con las plumas erizadas e inquieta, pues debía responder a demasiadas cosas para las que su orgullo no tenía ninguna respuesta; y la astuta serpiente colgaba enrollada a su cuello.

Todo esto lo contempló Zaratustra con gran admiración; luego fue examinando a cada uno de sus huéspedes con afable curiosidad, leyó en sus almas y de nuevo quedó admirado. Entretanto los reunidos se habían levantado de sus asientos y aguardaban con respeto a que Zaratustra hablase. Y Zaratustra habló así:

«¡Vosotros hombres desesperados! ¡Vosotros hombres extraños! ¿Es, pues, *vuestro* grito de socorro el que he oído? Y ahora sé también dónde hay que buscar a aquel a quien en vano he buscado hoy: *el hombre superior* – :

– ¡en mi propia caverna se halla sentado el hombre superior! ¡Mas de qué me admiro! ¿No lo he atraído yo mismo hacia mí con ofrendas de miel y con astutos reclamos de mi felicidad?

Sin embargo, ¿me engaño si pienso que sois poco aptos para estar en compañía, que os malhumoráis el corazón unos a otros, vosotros los que dais gritos de socorro, al estar sentados juntos aquí? Tiene que venir antes uno,

– uno que os vuelva a hacer reír, un buen payaso alegre, un bailarín y viento y fierabrás, algún viejo necio: – ¿qué os parece?

¡Perdonadme, hombres desesperados, que yo hable ante vosotros con estas sencillas palabras, indignas, en verdad, de tales huéspedes! Pero vosotros no adivináis *qué* es lo que vuelve petulante mi corazón: –

– ¡vosotros mismos y vuestra visión, perdonádmelo! En efecto, todo aquél que contempla a un desesperado cobra ánimos. Para consolar a un desesperado – siéntese bastante fuerte cualquiera.

A mí mismo me habéis dado vosotros esa fuerza, – ¡un buen don, mis nobles huéspedes! ¡Un adecuado regalo de huéspedes! Bien, no os irritéis, pues, porque también yo os ofrezca de lo mío.

Éste es mi reino y mi dominio: pero lo que es mío por esta tarde y esta noche debe ser vuestro. Mis animales deben serviros a vosotros: ¡sea mi caverna vuestro lugar de reposo!

En mi casa, aquí en mi hogar, nadie debe desesperar, en mi coto de caza yo defiendo a todos contra sus animales salvajes. Y esto es lo primero que yo os ofrezco: ¡seguridad!

Y lo segundo es: mi dedo meñique. Y una vez que tengáis *ese dedo*, ¡tomaos la mano entera!, ¡y además, el corazón! ¡Bienvenidos aquí, bienvenidos, huéspedes míos!».

Así habló Zaratustra, y rió de amor y de maldad. Tras este saludo sus huéspedes volvieron a hacer una inclinación y callaron respetuosamente; mas el rey de la derecha le contestó en nombre de ellos.

«Por el modo, oh Zaratustra, como nos has ofrecido mano y saludo reconocemos que eres Zaratustra. Te has rebajado ante nosotros; casi has hecho daño a nuestro respeto – :

– ¿mas quién sería capaz de rebajarse, como tú, con tal orgullo? *Esto* nos levanta a nosotros, es un consuelo para nuestros ojos y nuestros corazones.

Sólo por contemplar esto subiríamos con gusto a montañas más altas que ésta. Ávidos de espectáculos hemos venido, en efecto, queríamos ver qué es lo que aclara ojos turbios.

Y he aquí que ya ha pasado todo nuestro gritar pidiendo socorro. Ya nuestra mente y nuestro corazón se encuentran abiertos y están extasiados. Poco falta: y nuestro valor se hará petulante.

Nada más alentador, oh Zaratustra, crece en la tierra que una voluntad elevada y fuerte: ésa es la planta más hermosa de la tierra. Todo un paisaje entero se reconforta con *uno solo* de tales árboles.

Al pino comparo yo al que crece como tú, oh Zaratustra: largo, silencioso, duro, solo, hecho de la mejor y más flexible leña, soberano, –

– y, en fin, extendiendo sus fuertes y verdes ramas hacia *su* dominio, dirigiendo fuertes preguntas a vientos y temporales y a cuanto tiene siempre su domicilio en las alturas,

– dando respuestas aún más fuertes, uno que imparte órdenes, un victorioso: oh, ¿quién no subiría, por contemplar tales plantas, a elevadas montañas?

Con tu árbol de aquí, oh Zaratustra, se reconforta incluso el hombre sombrío, el fracasado, con tu visión se vuelve seguro incluso el inestable, y cura su corazón.

Y, en verdad, hacia esta montaña y este árbol se dirigen hoy muchos ojos; un gran anhelo se ha puesto en marcha, y muchos han aprendido a preguntar: ¿quién es Zaratustra?

Y, aquél en cuyo oído has derramado tú alguna vez las gotas de tu canción y de tu miel: todos los escondidos, los eremitas solitarios, los eremitas en pareja, han dicho *de pronto* a su corazón:

"¿Vive aún Zaratustra? Ya no merece la pena vivir, todo es idéntico, todo es en vano[511]: o – ¡tenemos que vivir con Zaratustra!".

"¿Por qué no viene él, que se anunció hace ya tanto tiempo?, así preguntan muchos; ¿se lo ha tragado la soledad? ¿O acaso somos nosotros los que debemos ir a él?".

Ahora ocurre que la propia soledad se ablanda y rompe como una tumba que se resquebraja y no puede seguir conteniendo a sus muertos. Por todas partes se ven resucitados[512].

Ahora suben y suben las olas alrededor de tu montaña, oh Zaratustra. Y aunque tu altura es muy elevada, muchos tienen que subir hasta ti; tu barca no debe permanecer ya mucho tiempo en seco.

Y el hecho de que nosotros, hombres desesperados, hayamos venido ahora a tu caverna y ya no desesperemos: una premonición y un presagio es tan sólo de que otros mejores están en camino hacia ti, –

– pues también él está en camino hacia ti, el último resto de Dios entre los hombres, es decir: todos los hombres del gran anhelo, de la gran náusea, del gran hastío,

– todos los que no quieren vivir a no ser que aprendan de nuevo a *tener esperanzas* – ¡a no ser que aprendan de ti, oh Zaratustra, la *gran* esperanza!».

Así habló el rey de la derecha, y agarró la mano de Zaratustra para besarla; mas Zaratustra rechazó su homenaje y se echó hacia atrás espantado, silencioso y como huyendo de repente a remotas lejanías. Tras un breve intervalo, sin embargo, volvió a estar junto a sus huéspedes, los miró con ojos claros y escrutadores, y dijo:

«Huéspedes míos, vosotros hombres superiores, quiero hablar con vosotros en alemán y con claridad[513]. No era a *vosotros* a quien yo aguardaba aquí en estas montañas».

(«¿En alemán y con claridad? ¡Que Dios tenga piedad!, dijo entonces aparte el rey de la izquierda; ¡se nota que este sabio de Oriente no conoce a los queridos alemanes!

Pero querrá decir, "en alemán y con rudeza" – ¡bien! ¡No es éste hoy el peor de los gustos!»).

«Es posible, en verdad, que todos vosotros seáis hombres superiores, continuó Zaratustra: mas para mí – no sois bastante altos ni bastante fuertes.

Para mí, es decir: para lo inexorable que dentro de mí calla, pero que no siempre callará. Y si pertenecéis a mí, no es como mi brazo derecho.

Pues quien tiene piernas enfermas y delicadas, como vosotros, ése quiere, lo sepa o se lo oculte, que se sea *indulgente* con él.

Mas con mis brazos y mis piernas yo no soy indulgente, *yo no soy indulgente con*

mis guerreros: ¿cómo podríais vosotros servir para *mi* guerra?

Con vosotros yo me echaría a perder incluso las victorias. Y muchos de vosotros se desplomarían ya con sólo oír el sonoro retumbar de mis tambores.

Tampoco sois vosotros para mí ni bastante bellos ni bastante bien nacidos. Yo necesito espejos puros y lisos para mis doctrinas; sobre vuestra superficie se deforma incluso mi propia efigie.

Vuestros hombros están oprimidos por muchas cargas, por muchos recuerdos; más de un enano perverso está acurrucado en vuestros rincones. También dentro de vosotros hay plebe oculta.

Y aunque seáis altos y de especie superior: mucho en vosotros es torcido y deforme. No hay herrero en el mundo que pueda arreglaros y enderezaros como yo quiero.

Vosotros sois únicamente puentes: ¡que hombres más altos puedan pasar sobre vosotros a la otra orilla! Vosotros representáis escalones: ¡no os irritéis, pues, contra el que sube por encima de vosotros hacia su propia altura!

Es posible que de vuestra simiente me brote alguna vez un hijo auténtico y un heredero perfecto: pero eso está lejos. Vosotros mismos no sois aquellos a quienes pertenecen mi herencia y mi nombre.

No es a vosotros a quienes aguardo yo aquí en estas montañas, no es con vosotros con quienes me es lícito descender por última vez. Habéis venido aquí tan sólo como presagio de que hombres más altos se encuentran ya en camino hacia mí, –

– *no* los hombres del gran anhelo, de la gran náusea, del gran hastío, y lo que habéis llamado el último residuo de Dios.

– ¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Es a *otros* a quienes aguardo yo aquí en estas montañas, y mi pie no se moverá de aquí sin ellos,

– a otros más altos, más fuertes, más victoriosos, más alegres, cuadrados[514] de cuerpo y de alma: ¡*leones rientes* tienen que venir![515]

Oh, huéspedes míos, vosotros hombres extraños, ¿no habéis oído nada aún de mis hijos?[516] ¿Y de que se encuentran en camino hacia mí?

Habladme, pues, de mis jardines, de mis islas afortunadas, de mi nueva y bella especie, – ¿por qué no me habláis de esto?

Éste es el regalo de huéspedes que yo reclamo de vuestro amor, el que me habléis de mis hijos. Yo soy rico para esto, yo me he vuelto pobre para esto: qué no he dado,

– qué no daría por tener *una sola* cosa: ¡*esos* hijos, *ese* viviente vivero, *esos* árboles de la vida de mi voluntad y de mi suprema esperanza!».

Así habló Zaratustra, y de repente se interrumpió en su discurso: pues lo acometió su anhelo, y cerró los ojos y la boca a causa del movimiento de su corazón[517]. Y también todos sus huéspedes callaron y permanecieron silenciosos y consternados: excepto el viejo adivino, que comenzó a hacer signos con manos y gestos.

La Cena[518]

En este punto, en efecto, el adivino interrumpió el saludo entre Zaratustra y sus huéspedes: se adelantó como alguien que no tiene tiempo que perder, cogió la mano de Zaratustra y exclamó: «¡Pero Zaratustra!

Una cosa es más necesaria que la otra, así dices tú mismo[519]: bien, una cosa es ahora *para mí* más necesaria que todas las otras.

Una palabra a tiempo: ¿no me has invitado a *comer*? Y aquí hay muchos que han recorrido largos caminos. ¿No querrás alimentarnos con discursos?

También os habéis referido todos vosotros, demasiado a mi parecer, al congelarse, ahogarse, asfixiarse y otras calamidades del cuerpo: pero nadie se ha acordado de *mi* calamidad, a saber: la de estar hambriento – ».

(Así habló el adivino; y cuando los animales de Zaratustra oyeron tales palabras se fueron de allí corriendo, asustados. Pues veían que ni siquiera lo que ellos habían traído durante el día sería suficiente para llenar el estómago de aquel *solo* adivino).

«Incluyendo también el estar sediento, prosiguió el adivino. Y aunque oigo ya al agua chapotear aquí, semejante a discursos de la sabiduría, es decir, abundante e incansable: yo – ¡quiero *vino*!

No todos son, como Zaratustra, bebedores natos de agua. Además, el agua no les conviene a los cansados y mustios: a *nosotros* nos corresponde el vino, – ¡sólo *él* proporciona curación instantánea y salud repentina!».

En este punto, cuando el adivino pedía vino, ocurrió que también el rey de la izquierda, el taciturno, tomó a su vez la palabra. «Del vino, dijo, nos hemos preocupado *nosotros*, yo y mi hermano el rey de la derecha: tenemos vino suficiente, – todo un asno cargado. Así, pues, no falta más que pan.»[520]

«¿Pan?, replicó Zaratustra y se rió. Justamente pan es lo que no tienen los eremitas. Pero el hombre no vive sólo de pan, sino también de la carne de buenos corderos[521], y yo tengo dos[522]:

– a *éstos* debemos descuartizarlos[523] en seguida y prepararlos con especias, con salvia: así es como a mí me gustan. Y tampoco faltan raíces y frutos, suficientemente buenos incluso para golosos y degustadores; ni nueces y otros enigmas para cascar.

Vamos, pues, a preparar rápidamente un buen festín. Quien quiera comer tiene que intervenir asimismo en la preparación, incluso los reyes. En casa de Zaratustra, en efecto, le es lícito ser cocinero incluso a un rey».

Esta propuesta encontró la aprobación de todos: sólo el mendigo voluntario se oponía a la carne y al vino y a las especias.

«¡Pero oíd a este comilón de Zaratustra!, decía bromeando: ¿acude la gente a las cavernas y a las altas montañas para hacer tales comidas?

Ahora entiendo, ciertamente, lo que él nos enseñó en otro tiempo: ¡Alabada sea la pequeña pobreza![524] Y por qué quiere suprimir a los mendigos»[525].

«Procura estar de buen humor, le respondió Zaratustra, como lo estoy yo. Permanece fiel a tu costumbre, hombre excelente, muele tu grano, bebe tu agua, alaba tu cocina: ¡si ésta es la que te pone alegre!

Yo soy una ley únicamente para los míos, no soy una ley para todos. Mas quien me pertenece tiene que tener huesos fuertes y también pies ligeros, –

– deben gustarle las guerras y las fiestas, no ser un hombre sombrío, ni un soñador, debe estar dispuesto a lo más difícil como a una fiesta suya, hallarse sano y salvo.

Lo mejor pertenece a los míos y a mí; y si no nos lo dan, lo tomamos: – ¡el mejor alimento, el cielo más puro, los pensamientos más fuertes, las mujeres más hermosas!». –

Así habló Zaratustra; mas el rey de la derecha replicó: «¡Qué raro! ¿Se han escuchado alguna vez tales cosas inteligentes de boca de un sabio?

Y, en verdad, lo más raro en un sabio es que, además, hable con inteligencia y no sea un asno».

Así habló el rey de la derecha, y se extrañó; pero el asno, con malvada voluntad, dijo I-A a su discurso. Éste fue el comienzo de aquel largo festín que en los libros de historia se llama «la Cena». Durante ella no se habló de otra cosa que *del hombre superior*.

Del hombre superior

1

Cuando por primera vez fui a los hombres cometí la tontería propia de los eremitas, la gran tontería: me instalé en el mercado.

Y cuando hablaba a todos no hablaba a nadie[526]. Y por la noche tuve como compañeros a volatineros y cadáveres; y yo mismo era casi un cadáver.

Mas a la mañana siguiente llegó a mí una nueva verdad: entonces aprendí a decir «¡Qué me importan el mercado y la plebe y el ruido de la plebe y las largas orejas de la plebe!».

Vosotros hombres superiores, aprended esto de mí: en el mercado nadie cree en hombres superiores. Y si queréis hablar allí, ¡bien! Pero la plebe dirá parpadeando «todos somos iguales».

«Vosotros hombres superiores, —así dice la plebe parpadeando— no existen hombres superiores, todos somos iguales, el hombre no es más que hombre, ¡ante Dios – todos somos iguales!».

¡Ante Dios! – Mas ahora ese Dios ha muerto. Y ante la plebe nosotros no queremos ser iguales. ¡Vosotros hombres superiores, marchaos del mercado!

2

¡Ante Dios! – ¡Mas ahora ese Dios ha muerto! Vosotros hombres superiores, ese Dios era vuestro máximo peligro.

Sólo desde que él yace en la tumba habéis vuelto vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía[527], sólo ahora se convierte el hombre superior – ¡en señor!

¿Habéis entendido esta palabra, oh hermanos míos? Estáis asustados: ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis abrirse aquí para vosotros el abismo? ¿Os ladra aquí el perro infernal?

¡Bien! ¡Adelante! ¡Vosotros hombres superiores! Ahora es cuando gira la montaña del futuro humano. Dios ha muerto: ahora *nosotros* queremos – que viva el superhombre.

3

Los más preocupados preguntan hoy: «¿Cómo se conserva el hombre?». Pero Zaratustra pregunta, siendo el único y el primero en hacerlo: «¿Cómo se *supera* al

hombre?».

El superhombre es lo que yo amo, *él* es para mí lo primero y lo único, – y *no* el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor –

Oh hermanos míos, lo que yo puedo amar en el hombre es que es un tránsito y un ocaso[528]. Y también en vosotros hay muchas cosas que me hacen amar y tener esperanzas.

Vosotros habéis despreciado, hombres superiores, esto me hace tener esperanzas. Pues los grandes despreciadores son los grandes veneradores.

En el hecho de que hayáis desesperado hay mucho que honrar. Porque no habéis aprendido cómo resignaros, no habéis aprendido las pequeñas corduras.

Hoy, en efecto, las gentes pequeñas se han convertido en los señores: todas ellas predican resignación y modestia y cordura y laboriosidad y miramientos y el largo etcétera de las pequeñas virtudes.

Lo que es de especie femenina, lo que procede de especie servil y, en especial, la mezcolanza plebeya: *eso* quiere ahora enseñorearse de todo destino del hombre – ¡oh náusea!, ¡náusea!, ¡náusea!

Eso pregunta y pregunta y no se cansa: «¿Cómo se conserva el hombre, del modo mejor, más prolongado, más agradable?». Con esto – ellos son los señores de hoy.

Superadme a estos señores de hoy, oh hermanos míos, – a estas gentes pequeñas: ¡*ellas* son el máximo peligro del superhombre!

¡Superadme, hombres superiores, las pequeñas virtudes, las pequeñas corduras, los miramientos minúsculos, el bullicio de hormigas, el mísero bienestar, la «felicidad de los más»–!

Y antes desesperar que resignarse. Y, en verdad, yo os amo porque no sabéis vivir hoy, ¡vosotros hombres superiores! Ya que así es como *vosotros* vivís – ¡del modo mejor!

4

¿Tenéis valor, oh hermanos míos? ¿Sois gente de corazón? ¿*No* valor ante testigos, sino el valor del eremita y del águila, del cual no es ya espectador ningún Dios?

A las almas frías, a las acémilas, a los ciegos, a los borrachos, a ésos yo no los llamo gente de corazón. Corazón tiene el que conoce el miedo, pero *domeña* el miedo, el que ve el abismo, pero con *orgullo*.

El que ve el abismo, pero con ojos de águila, el que *aferra* el abismo con garras de águila: ése tiene valor. – –

5

«El hombre es malvado» – así me dijeron, para consolarme, los más sabios. ¡Ay, si eso fuera hoy verdad! Pues el mal es la mejor fuerza del hombre[529].

«El hombre tiene que mejorar y que empeorar» – esto es lo que *yo* enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre.

Para aquel predicador de las pequeñas gentes acaso fuera bueno que él sufriese y padeciese por el pecado del hombre[530]. Pero yo me alegro del gran pecado como de mi gran *consuelo*. –

Esto no está dicho, sin embargo, para orejas largas. No toda palabra conviene tampoco a todo hocico. Éstas son cosas delicadas y remotas: ¡hacia ellas no deben alargarse pezuñas de ovejas!

6

Vosotros hombres superiores, ¿creéis acaso que yo estoy aquí para arreglar lo que vosotros habéis estropeado?

¿O que quiero prepararos para lo sucesivo un lecho más cómodo a vosotros los que sufrís? ¿O mostraros senderos nuevos y más fáciles a vosotros los errantes, extraviados, perdidos en vuestras escaladas?

¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Deben perecer cada vez más, cada vez mejores de vuestra especie, – pues vosotros debéis tener una vida siempre peor y más dura. Sólo así –

– sólo así crece el hombre hasta *aquella* altura en que el rayo cae sobre él y lo hace pedazos: ¡suficientemente alto para el rayo!

Hacia lo poco, hacia lo prolongado, hacia lo lejano tienden mi mente y mi anhelo: ¡qué podría importarme vuestra mucha, corta, pequeña miseria!

¡Para mí no sufrís aún bastante! Pues sufrís por vosotros, no habéis sufrido aún *por el hombre*. ¡Mentiríais si dijeseis otra cosa! Ninguno de vosotros sufre por aquello por lo que *yo* he sufrido. – –

7

No me basta con que el rayo ya no cause daño. Yo no quiero desviarlo: debe aprender – a trabajar para *mí*. –

Hace ya mucho tiempo que mi sabiduría se acumula como una nube, se vuelve más silenciosa y oscura. Así hace toda sabiduría que *alguna vez* debe parir rayos.

Para estos hombres de hoy no quiero yo ser *luz* ni llamarme luz. A *éstos* – quiero cegarlos: ¡rayo de mi sabiduría! ¡Sácales los ojos!

8

No queráis nada por encima de vuestra capacidad: hay una falsedad perversa en quienes quieren por encima de su capacidad.

¡Especialmente cuando quieren cosas grandes! Pues despiertan desconfianza contra las cosas grandes, esos refinados falsarios y comediantes: –

– hasta que finalmente son falsos ante sí mismos, gente de ojos bizcos, madera carcomida y blanqueada, cubiertos con un manto de palabras fuertes, de virtudes aparatosas, de obras falsas y relumbrantes.

¡Tened en esto mucha cautela, vosotros hombres superiores! Pues nada me parece hoy más precioso y raro que la honestidad.

Este hoy, ¿no es de la plebe? Mas la plebe no sabe lo que es grande, lo que es pequeño, lo que es recto y honesto: ella es inocentemente torcida, ella miente siempre.

9

Tened hoy una sana desconfianza, ¡vosotros hombres superiores, hombres valientes! ¡Hombres de corazón abierto! ¡Y mantened secretas vuestras razones! Pues este hoy es de la plebe.

Lo que la plebe aprendió en otro tiempo a creer sin razones, ¿quién podría – destruírselo mediante razones?

Y en el mercado se convence con gestos. Las razones, en cambio, vuelven desconfiada a la plebe.

Y si alguna vez la verdad venció allí, preguntaos con sana desconfianza: «¿Qué fuerte error ha luchado por ella?».

¡Guardaos también de los doctos! Os odian: ¡pues ellos son estériles! Tienen ojos fríos y secos, ante ellos todo pájaro yace desplumado.

Ellos se jactan de no mentir, mas incapacidad para la mentira no es ya, ni de lejos, amor a la verdad. ¡Estad en guardia!

¡Falta de fiebre no es ya, ni de lejos, conocimiento! A los espíritus resfriados yo no les creo. Quien no puede mentir no sabe qué es la verdad.

10

Si queréis subir a lo alto, ¡emplead vuestras propias piernas! ¡No dejéis que os *lleven* hasta arriba, no os sentéis sobre espaldas y cabezas de otros!

¿Tú has montado a caballo? ¿Y ahora cabalgas velozmente hacia tu meta? ¡Bien,

amigo mío! ¡Pero también tu pie tullido va montado sobre el caballo!

Cuando estés en la meta, cuando saltes de tu caballo: precisamente en tu *altura*, hombre superior – ¡darás un traspié!

11

¡Vosotros creadores, vosotros hombres superiores! No se está grávido más que del propio hijo.

¡No os dejéis persuadir, adoctrinar! ¿Quién es *vuestro* prójimo? Y aunque obréis «por el prójimo», – ¡no creéis, sin embargo, por él!

Olvidadme ese «por», creadores: precisamente vuestra virtud quiere que no hagáis ninguna cosa «por» y «a causa de» y «porque». A estas pequeñas palabras falsas debéis cerrar vuestros oídos.

El «por el prójimo» es la virtud tan sólo de las gentes pequeñas: entre ellas se dice «tal para cual» y «una mano lava la otra»: – ¡no tienen ni derecho ni fuerza de exigir *vuestro* egoísmo!

¡En vuestro egoísmo, creadores, hay la cautela y la previsión de la embarazada! Lo que nadie ha visto aún con sus ojos, el fruto: eso es lo que vuestro amor entero protege y cuida y alimenta.

¡Allí donde está todo vuestro amor, en vuestro hijo, allí está también toda vuestra virtud! Vuestra obra, vuestra voluntad es *vuestro* «prójimo»: ¡no os dejéis inducir a admitir falsos valores!

12

¡Vosotros creadores, vosotros hombres superiores! Quien tiene que dar a luz está enfermo; y quien ha dado a luz está impuro.

Preguntad a las mujeres: no se da a luz porque ello divierta. El dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas.

Vosotros creadores, en vosotros hay muchas cosas impuras. Esto se debe a que tuvisteis que ser madres.

Un nuevo hijo: ¡oh, cuánta nueva suciedad ha venido también con él al mundo! ¡Apartaos! ¡Y quien ha dado a luz debe lavarse el alma hasta limpiarla!

13

¡No seáis virtuosos por encima de vuestras fuerzas! ¡Y no queráis de vosotros nada

que vaya contra la verosimilitud!

¡Caminad por las sendas por las que ya caminó la virtud de vuestros padres! ¿Cómo querríais subir alto si no sube con vosotros la voluntad de vuestros padres?

¡Mas quien quiera ser el primero vea de no convertirse también en el último![531] ¡Y allí donde están los vicios de vuestros padres no debéis querer pasar vosotros por santos!

Si los padres de alguien fueron aficionados a las mujeres y a los vinos fuertes y a la carne de jabalí: ¿qué ocurriría si ese alguien pretendiese de sí la castidad?

¡Una necedad sería eso! Mucho, en verdad, me parece para ése el que se contente con ser marido de *una* o de dos o de tres mujeres.

Y si fundase conventos y escribiese encima de la puerta: «el camino hacia la santidad», – yo diría: ¡para qué!, ¡eso es una nueva necedad!

Ha fundado para sí mismo un correccional y un asilo: ¡buen provecho! Pero yo no creo en eso.

En la soledad crece lo que uno ha llevado a ella, también el animal interior[532]. Por ello resulta desaconsejable para muchos la soledad.

¿Ha habido hasta ahora en la tierra algo más sucio que los santos del desierto? En torno a ellos no andaba suelto tan sólo el demonio, – sino también el cerdo[533].

14

Tímidos, avergonzados, torpes, como un tigre al que le ha salido mal el salto: así, hombres superiores, os he visto a menudo apartaros furtivamente a un lado. Os había salido mal una *tirada de dados*.

Pero vosotros, jugadores de dados, ¡qué importa eso! ¡No habíais aprendido a jugar y a hacer burlas como se debe! ¿No estamos siempre sentados a una gran mesa de burlas y de juegos?

Y aunque se os hayan malogrado grandes cosas, ¿es que por ello vosotros mismos – os habéis malogrado? Y aunque vosotros mismos os hayáis malogrado, ¿se malogró por ello – el hombre? Y si el hombre se malogró: ¡bien!, ¡adelante!

15

Cuanto más elevada es la especie de una cosa, tanto más raramente se logra ésta. Vosotros hombres superiores, ¿no sois todos vosotros – malogrados?

¡Tened valor, qué importa! ¡Cuántas cosas son aún posibles! ¡Aprended a reíros de vosotros mismos como hay que reír!

¡Por qué extrañarse, por lo demás, de que os hayáis malogrado y os hayáis

logrado a medias, vosotros semidespedazados! ¿Es que no se agolpa y empuja en vosotros – el *futuro* del hombre?

Lo más remoto, profundo, estelarmente alto del hombre, su fuerza inmensa: ¿no hierve todo eso, chocando lo uno con lo otro, en vuestro puchero?

¡Por qué extrañarse de que más de un puchero se rompa! ¡Aprended a reíros de vosotros mismos como hay que reír! Vosotros hombres superiores, ¡oh, cuántas cosas son aún posibles!

Y, en verdad, ¡cuántas cosas se han logrado ya! ¡Qué abundante es esta tierra en pequeñas cosas buenas y perfectas, en cosas bien logradas!

¡Colocad pequeñas cosas buenas y perfectas a vuestro alrededor, hombres superiores! Su áurea madurez sana el corazón. Lo perfecto enseña a tener esperanzas.

16

¿Cuál ha sido hasta ahora en la tierra el pecado más grande? ¿No lo ha sido la palabra de quien dijo: «¡Ay de aquéllos que ríen aquí!»[534]?

¿Es que él no encontró en la tierra motivos para reír? Lo que ocurrió es que buscó mal. Incluso un niño encuentra aquí motivos.

Él – no amaba bastante: ¡de lo contrario nos habría amado también a nosotros los que reímos! Pero nos odió y nos insultó, nos prometió llanto y rechinar de dientes[535].

¿Es que hay que maldecir cuando no se ama? Esto – me parece un mal gusto. Pero así es como actuó aquel incondicional. Procedía de la plebe.

Y él mismo no amó bastante: de lo contrario se habría enojado menos porque no se lo amase. Todo gran amor no *quiere* amor: – quiere más.

¡Evitad a todos los incondicionales de esa especie! Es una pobre especie enferma, una especie plebeya: contemplan malignamente esta vida, tienen mal de ojo para esta tierra.

¡Evitad a todos los incondicionales de esa especie! Tienen pies y corazones pesados: – no saben bailar. ¡Cómo iba a ser ligera la tierra para ellos![536]

17

Por caminos torcidos se aproximan todas las cosas buenas a su meta. Semejantes a los gatos, ellas arquean el lomo, ronronean interiormente ante su felicidad cercana, – todas las cosas buenas ríen.

El modo de andar revela si alguien camina ya por *su* propia senda: ¡por ello, vedme andar a mí! Mas quien se aproxima a su meta, ése baila.

Y, en verdad, yo no me he convertido en una estatua, ni estoy ahí plantado, rígido, insensible, pétreo, cual una columna: me gusta correr velozmente.

Y aunque en la tierra hay también cieno y densa tribulación: quien tiene pies ligeros corre incluso por encima del fango y baila sobre él como sobre hielo pulido.

Levantad vuestros corazones[537], hermanos míos, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco las piernas! Levantad también vuestras piernas, vosotros buenos bailarines y aún mejor: ¡sosteneos incluso sobre la cabeza!

18

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas[538]: yo mismo me he puesto sobre mi cabeza esta corona, yo mismo he santificado mis risas. A ningún otro he encontrado suficientemente fuerte hoy para hacer esto.

Zaratustra el bailarín, Zaratustra el ligero, el que hace señas con las alas, uno dispuesto a volar, haciendo señas a todos los pájaros, preparado y listo, bienaventurado en su ligereza: –

Zaratustra el que dice verdad, Zaratustra el que ríe verdad[539], no un impaciente, no un incondicional, sí uno que ama los saltos y las piruetas; ¡yo mismo me he puesto esa corona sobre mi cabeza!

19

Levantad vuestros corazones, hermanos míos, ¡arriba!, ¡más arriba!, ¡y no me olvidéis tampoco las piernas! Levantad también vuestras piernas, vosotros buenos bailarines, y aún mejor: ¡sosteneos incluso sobre la cabeza!

También en la felicidad hay animales pesados, hay cojitrancos de nacimiento. Extrañamente se afanan, como un elefante que se esforzase en sostenerse sobre la cabeza.

Pero es mejor estar loco de felicidad que estarlo de infelicidad, es mejor bailar torpemente que caminar cojeando. Aprended, pues, de mí mi sabiduría: incluso la peor de las cosas tiene dos reversos buenos, –

– incluso la peor de las cosas tiene buenas piernas para bailar: ¡aprended, pues, de mí, hombres superiores, a teneros sobre vuestras piernas derechas!

¡Olvidad, pues, el poner cara de atribulados y toda tristeza plebeya! ¡Oh, qué tristes me parecen hoy incluso los payasos de la plebe! Pero este hoy es de la plebe.

20

Haced como el viento cuando se precipita desde sus cavernas de la montaña: quiere bailar al son de su propio silbar, los mares tiemblan y dan saltos bajo sus pasos.

El que proporciona alas a los asnos, el que ordeña a las leonas, ¡bendito sea ese buen espíritu indómito, que viene cual viento tempestuoso para todo hoy y toda plebe, –

– que es enemigo de las cabezas espinosas y cavilosas, y de todas las mustias hojas y yerbajos: alabado sea ese salvaje, bueno, libre espíritu de tempestad, que baila sobre las ciénagas y las tribulaciones como si fueran prados!

El que odia los tísicos perros plebeyos y toda cría sombría y malograda: ¡bendito sea ese espíritu de todos los espíritus libres, la tormenta que ríe, que sopla polvo a los ojos de todos los pesimistas, purulentos!

Vosotros hombres superiores, esto es lo peor de vosotros: ninguno habéis aprendido a bailar como hay que bailar – ¡a bailar por encima de vosotros mismos! ¡Qué importa que os hayáis malogrado!

¡Cuántas cosas son posibles aún! ¡*Aprended*, pues, a reíros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír!

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas: ¡a vosotros, hermanos míos, os arrojo esta corona! Yo he santificado el reír; vosotros hombres superiores, *aprendedme* – ¡a reír!

La canción de la melancolía

1

Mientras Zaratustra pronunciaba estos discursos se encontraba cerca de la entrada de su caverna; y al decir las ultimas palabras se escabulló de sus huéspedes y huyó por breve espacio de tiempo al aire libre.

«¡Oh puros aromas en torno a mí, exclamó, oh bienaventurado silencio en torno a mí! Mas ¿dónde están mis animales? ¡Acercaos, acercaos, águila mía y serpiente mía!

Decidme, animales míos: esos hombres superiores, todos ellos – ¿es que acaso no *huelen* bien? ¡Oh puros aromas en torno a mí! Sólo ahora sé y siento cuánto os amo, animales míos».

– Y Zaratustra repitió: «¡Yo os amo, animales míos!». El águila y la serpiente se arrimaron a él cuando dijo estas palabras, y levantaron hacia él su mirada. De este modo estuvieron juntos los tres en silencio, y olfatearon y saborearon juntos el aire puro. Pues el aire era allí fuera mejor que junto a los hombres superiores.

2

Mas apenas había abandonado Zaratustra su caverna cuando el viejo mago se levantó, miró sagazmente a su alrededor y dijo: «¡Ha salido!

Y ya, hombres superiores – permitidme cosquillearos con este nombre de alabanza y de lisonja, como él mismo – ya me acomete mi perverso espíritu de engaño y de magia, mi demonio melancólico,

– el cual es un adversario[540] a fondo de este Zaratustra: ¡perdonadle! Ahora *quiere* mostrar su magia ante vosotros, justo en este instante tiene su hora; en vano lucho con este espíritu malvado.

A todos vosotros, cualesquiera sean los honores que os atribuyáis con palabras, ya os llaméis “los espíritus libres” o “los veraces”, o “los penitentes del espíritu”, o “los liberados de las cadenas”, o “los hombres del gran anhelo”, –

– a todos vosotros que sufrís de *la gran náusea* como yo, a quienes el viejo Dios se les ha muerto sin que todavía ningún nuevo Dios yazga en la cuna entre pañales[541], – a todos vosotros os es propicio mi espíritu y mi demonio-mago.

Yo os conozco a vosotros, hombres superiores, yo lo conozco a él, – yo conozco también a ese espíritu maligno, al cual amo a mi pesar, a ese Zaratustra: él mismo me parece, con mucha frecuencia, semejante a la bella máscara de un santo,

– semejante a una nueva y extraña máscara, en la que se complace mi espíritu malvado, el demonio melancólico: – yo amo a Zaratustra, así me parece a menudo, a

causa de mi espíritu malvado. –

Pero ya me acomete y me subyuga *este* espíritu de la melancolía, *este* demonio del crepúsculo vespertino: y, en verdad, hombres superiores, se le antoja –

– ¡abrid los ojos! – se le antoja venir *desnudo,* si como hombre o como mujer, aún no lo sé: pero llega, me subyuga, ¡ay!, ¡abrid vuestros sentidos!

El día se extingue, para todas las cosas llega ahora el atardecer, incluso para las cosas mejores; ¡oíd y ved, hombres superiores, qué demonio es, ya hombre, ya mujer, este espíritu de la melancolía vespertina!».

Así habló el viejo mago, miró sagazmente a su alrededor y luego cogió su arpa.

3[542]

Cuando el aire va perdiendo luminosidad,
Cuando ya el consuelo del rocío
Cae gota a gota sobre la tierra,
No visible, tampoco oído: –
Pues delicado calzado lleva
El consolador rocío, como todos los suaves consoladores – :
Entonces tú te acuerdas, te acuerdas, ardiente corazón,
De cómo en otro tiempo tenías sed,
De cómo, achicharrado y cansado, tenías sed
De lágrimas celestes y gotas de rocío,
Mientras en los amarillos senderos de hierba
Miradas del sol vespertino malignamente
Corrían a tu alrededor a través de negros árboles,
Ardientes y cegadoras miradas del sol, contentas de causar daño.

«¿El pretendiente de la verdad*? ¿Tú? – así se burlaban ellas –*
¡No! ¡Sólo un poeta!
Un animal, un animal astuto, rapaz, furtivo,
Que tiene que mentir,
Que, sabiéndolo, queriéndolo, tiene que mentir:
Ávido de presa,
Enmascarado bajo muchos colores,
Para sí mismo máscara,
Para sí mismo presa –
¿Eso – *el pretendiente de la verdad?*
¡No! ¡Sólo necio! ¡Sólo poeta!
Sólo alguien que pronuncia discursos abigarrados,

Que abigarradamente grita desde máscaras de necio,
Que anda dando vueltas por engañosos puentes de palabras.
Por multicolores arcos iris,
Entre falsos cielos
Y falsas tierras,
Vagando, flotando, –
¡Sólo necio! ¡Sólo poeta!

¿Eso *– el pretendiente de la verdad?*
No silencioso, rígido, liso, frío,
Convertido en imagen,
En columna de Dios,
No colocado delante de templos,
Como guardián de un Dios:
¡No! Hostil a tales estatuas de la verdad,
Más familiarizado con las selvas que con los templos,
Lleno de petulancia gatuna,
Saltando por toda ventana,
¡Sus!, a todo azar,
Olfateando todo bosque virgen,
Olfateando anhelante y deseoso
De correr pecadoramente sano, y policromo, y bello,
En selvas vírgenes,
Entre animales rapaces de abigarrado pelaje,
De correr robando, deslizándose, mintiendo,
Con belfos lascivos,
Bienaventuradamente burlón, bienaventuradamente infernal,
Bienaventuradamente sediento de sangre: –

O, semejante al águila que largo tiempo,
Largo tiempo mira fijamente los abismos,
Sus abismos: – –
¡Oh, cómo éstos se enroscan hacia abajo,
Hacia abajo, hacia dentro,
Hacia profundidades cada vez más hondas! –
¡Luego,
De repente, derechamente,
Con extasiado vuelo,
Lanzarse sobre corderos,
Caer de golpe, voraz,
Ávido de corderos,

Enojado contra todas las almas de cordero,
Furiosamente enojado contra todo lo que tiene
Miradas de cordero, ojos de cordero, lana rizada,
Aspecto gris, corderil benevolencia de borrego!

Así,
De águila, de pantera
Son los anhelos del poeta,
Son tus *anhelos bajo miles de máscaras,*
¡Tú necio! ¡Tú poeta!

Tú que en el hombre has visto
Tanto un Dios como un cordero – :
Despedazar *al Dios que hay en el hombre*
Y despedazar al cordero que hay en el hombre,
Y reír al despedazar –

¡Ésa, ésa *es tu bienaventuranza!*
¡Bienaventuranza de una pantera y de un águila!
¡Bienaventuranza de un poeta y de un necio!» – –

Cuando el aire va perdiendo luminosidad,
Cuando ya la hoz de la luna
Se desliza envidiosa y verde
Entre rojos purpúreos:
– Hostil al día,
A cada paso secretamente
Segando inclinadas praderas de rosas,
Hasta que éstas caen,
Se hunden pálidas hacia la noche: –

Así caí yo mismo en otro tiempo
Desde la demencia de mis verdades,
Desde mis anhelos del día,
Cansado del día, enfermo de luz,
– Me hundí hacia abajo, hacia la noche, hacia la sombra:
Por una sola *verdad*
Abrasado y sediento:
– ¿Te acuerdas aún, te acuerdas, ardiente corazón,
De cómo entonces sentías sed? –
Sea yo desterrado
De toda *verdad,*

¡Sólo necio!
¡Sólo poeta!

De la ciencia

Así cantó el mago; y todos los que se hallaban reunidos cayeron como pájaros, sin darse cuenta, en la red de su astuta y melancólica voluptuosidad. Sólo el concienzudo del espíritu no había quedado preso en ella: él le arrebató aprisa el arpa al mago y exclamó: «¡Aire! ¡Dejad entrar aire puro! ¡Haced entrar a Zaratustra! ¡Tú vuelves sofocante y venenosa esta caverna, tú, perverso mago viejo!

Con tu seducción llevas, falso, refinado, a deseos y selvas desconocidos. ¡Y ay cuando gentes como tú hablan de la *verdad* y la encarecen!

¡Ay de todos los espíritus libres que no se hallan en guardia contra *tales* magos! Perdida está su libertad: tú enseñas e induces a volver a prisiones, –

– tú viejo demonio melancólico, en tu lamento resuena un atractivo reclamo, ¡te pareces a aquéllos que con su alabanza de la castidad invitan secretamente a entregarse a voluptuosidades!».

Así habló el concienzudo; y el viejo mago miró a su alrededor, disfrutó de su victoria y se tragó, en razón de ella, el disgusto que el concienzudo le causaba. «¡Cállate!, dijo con voz modesta, las buenas canciones quieren tener buenos ecos; después de canciones buenas se debe callar durante largo tiempo.

Así hacen todos éstos, los hombres superiores. Mas sin duda tú has entendido poco de mi canción. Hay en ti poco de espíritu de magia».

«Me alabas, replicó el escrupuloso, al segregarme de ti, ¡bien! Pero vosotros, ¿qué veo? Todos vosotros seguís ahí sentados con ojos lascivos – :

Vosotros, almas libres, ¡dónde ha ido a parar vuestra libertad! Casi os asemejáis, me parece, a aquéllos que han contemplado durante largo tiempo a muchachas perversas bailar desnudas: ¡también vuestras almas bailan!

En vosotros, hombres superiores, tiene que haber más que en mí de eso que el mago llama su malvado espíritu de magia y de engaño: – sin duda tenemos que ser distintos.

Y, en verdad, juntos hemos hablado y pensado bastante, antes de que Zaratustra volviese a su caverna, como para que yo no supiese: nosotros *somos* distintos.

Buscamos también cosas distintas aquí arriba, vosotros y yo. Yo busco, en efecto, *más seguridad*, por ello he venido a Zaratustra. Él es aún, en efecto, la torre y la voluntad más firme –

– hoy, cuando todo vacila, cuando la tierra entera tiembla. Pero vosotros, cuando miro los ojos que ponéis, casi me parece que lo que buscáis es *más inseguridad*,

– más horrores, más peligro, más terremotos. Vosotros apetecéis, casi me lo parece, perdonad mi presunción, vosotros hombres superiores –

– vosotros apetecéis la peor y más peligrosa de las vidas, la cual es la que más temo *yo*, la vida de animales salvajes, vosotros apetecéis bosques, cavernas, montañas abruptas y abismos laberínticos.

Y no los guías que *sacan* del peligro son los que más os agradan, sino los que

sacan fuera de todos los caminos, los seductores. Pero si tales apetencias son *reales* en vosotros, también me parecen, a pesar de ello, *imposibles*.

El miedo, en efecto, – ése es el sentimiento básico y hereditario del hombre; por el miedo se explican todas las cosas, el pecado original y la virtud original. Del miedo brotó también *mi* virtud, la cual se llama: ciencia.

El miedo, en efecto, a los animales salvajes – fue lo que durante más largo tiempo se inculcó al hombre, y asimismo al animal que el hombre oculta y teme dentro de sí mismo: – Zaratustra llama a éste “el animal interior”[543],

ese prolongado y viejo miedo, finalmente refinado, espiritualizado, intelectualizado: – hoy, me parece, llámase: *ciencia*». –

Así habló el concienzudo; mas Zaratustra, que justo en ese momento volvía a su caverna y había oído y adivinado las últimas palabras, arrojó al concienzudo un puñado de rosas y se rió de sus «verdades». «¡Cómo!, exclamó, ¿qué acabo de oír? En verdad, me parece que tú eres un necio o que lo soy yo mismo: y tu verdad voy a ponerla inmediatamente cabeza abajo.

El miedo, en efecto, – es nuestra excepción. Pero el valor y la aventura y el gusto por lo incierto, por lo no osado, – *el valor* me parece ser la entera prehistoria del hombre.

A los animales más salvajes y valerosos el hombre les ha envidiado y arrebatado todas sus virtudes: sólo así se convirtió – en hombre.

Ese valor, finalmente refinado, espiritualizado, intelectualizado, ese valor humano con alas de águila y astucia de serpiente: *ése*, me parece, llámase hoy – ».

«¡*Zaratustra*!», gritaron como con una *sola* boca todos los que se hallaban sentados juntos, y lanzaron una gran carcajada; y de ellos se levantó como una pesada nube. También el mago rió y dijo con tono astuto: «¡Bien! ¡Se ha ido, mi espíritu malvado!

¿Y no os puse yo mismo en guardia contra él al decir que es un embustero, un espíritu de mentira y de engaño?

Especialmente, en efecto, cuando se muestra desnudo. ¡Mas qué puedo *yo* contra sus perfidias! ¿He creado *yo* a él y al mundo?

¡Bien! ¡Seamos otra vez buenos y tengamos buen humor! Y aunque Zaratustra mire con malos ojos – ¡vedlo!, está enojado conmigo – :

– antes de que la noche llegue aprenderá de nuevo a amarme y a alabarme, pues no puede vivir mucho tiempo sin cometer tales tonterías.

Él – ama a sus enemigos[544]: de ese arte entiende mejor que ninguno de los que yo he visto. Pero de ello se venga – ¡en sus amigos!».

Así habló el viejo mago, y los hombres superiores le aplaudieron: de modo que Zaratustra dio una vuelta y fue estrechando, con maldad y amor, la mano a sus amigos, – como uno que tiene que reparar algo y excusarse con todos. Y cuando, haciendo esto, llegó a la puerta de su caverna, he aquí que tuvo deseos de salir de nuevo al aire puro de fuera y a sus animales, – y se escabulló fuera.

Entre hijas del desierto

1

«¡No te vayas!, dijo entonces el caminante que se llamaba a sí mismo la sombra de Zaratustra, quédate con nosotros[545], de lo contrario podría volver a acometernos la vieja y sorda tribulación.

Ya el viejo mago nos ha prodigado sus peores cosas, y mira, el buen papa piadoso tiene lágrimas en los ojos y ha vuelto a embarcarse totalmente en el mar de la melancolía.

Estos reyes, sin duda, siguen poniendo ante nosotros buena cara: ¡esto es lo que *ellos*, en efecto, mejor han aprendido hoy de todos nosotros! Mas si no tuvieran testigos, apuesto a que también en ellos recomenzaría el juego malvado –

– ¡el juego malvado de las nubes errantes, de la húmeda melancolía, de los cielos cubiertos, de los soles robados, de los rugientes vientos de otoño!

– el juego malvado de nuestro rugir y gritar pidiendo socorro: ¡quédate con nosotros, oh Zaratustra! ¡Aquí hay mucha miseria oculta que quiere hablar, mucho atardecer, mucha nube, mucho aire enrarecido!

Tú nos has alimentado con fuertes alimentos para hombres[546] y con sentencias vigorosas: ¡no permitas que, para postre, nos acometan de nuevo los espíritus blandos y femeninos!

¡Tú eres el único que vuelves fuerte y claro el aire a tu alrededor! ¿He encontrado yo nunca en la tierra un aire tan puro como junto a ti, en tu caverna?

Muchos países he visto, mi nariz ha aprendido a examinar y enjuiciar aires de muchas clases: ¡mas en tu casa es donde mis narices saborean su máximo placer!

A no ser que, – a no ser que –, ¡oh, perdóname un viejo recuerdo! Perdóname una vieja canción de sobremesa que compuse una vez hallándome entre hijas del desierto: –

– junto a las cuales, en efecto, había un aire igualmente puro, luminoso, oriental; ¡allí fue donde más alejado estuve yo de la nubosa, húmeda, melancólica Europa vieja!

Entonces amaba yo a tales muchachas de Oriente y otros azules reinos celestiales, sobre los que no penden nubes ni pensamientos.

No podréis creer de qué modo tan gracioso se estaban sentadas, cuando no bailaban, profundas, pero sin pensamientos, como pequeños misterios, como enigmas engalanados con cintas, como nueces de sobremesa –

multicolores y extrañas, ¡en verdad!, pero sin nubes: enigmas que se dejan adivinar: por amor a tales muchachas compuse yo entonces un salmo de sobremesa».

Así habló el viajero y sombra; y antes de que alguien le respondiese había tomado

ya el arpa del viejo mago – y cruzado las piernas; entonces miró, tranquilo y sabio, a su alrededor: – y con las narices aspiró lenta e inquisitivamente el aire, como alguien que en países nuevos gusta un aire nuevo y extraño. Luego comenzó a cantar con una especie de rugido[547].

2

El desierto crece: ¡ay de aquél que dentro de sí cobija desiertos!

– ¡Ah! ¡Qué solemne!
¡Qué efectivamente solemne!
¡Qué digno comienzo!
¡Qué áfricamente solemne!
Digno de un león
O de un moral mono aullador –
– Pero nada para vosotras,
Encantadoras amigas,
A cuyos pies por vez primera
A mí, a un europeo,
Entre palmeras
Se le concede sentarse. Sela[548].

¡Maravilloso, en verdad!
Ahora estoy aquí sentado,
Cerca del desierto y ya
Tan lejos otra vez de él,
Y tampoco en absoluto convertido en desierto todavía:
Sino engullido
Por este pequeñísimo oasis –:
– Hace un instante abrió con un bostezo
Su amable hocico,
El más perfumado de todos los hociquitos:
¡Y yo caí dentro de él,
Hacia abajo, a través – entre vosotras,
Encantadoras amigas! Sela.

¡Gloria, gloria a aquella ballena si a su huésped
Tan bien trató! – ¿entendéis
Mi docta alusión?[549]
Gloria a su vientre

Si fue así
Un vientre-oasis tan agradable
Como éste: cosa que, sin embargo, dudo,
– Pues yo vengo de Europa,
La cual es más incrédula que todas
Las esposas algo viejas.
¡Quiera Dios mejorarla!
¡Amén!

Ahora estoy aquí sentado,
En este pequeñísimo oasis,
Semejante a un dátil,
Moreno, lleno de dulzura, chorreando oro, ávido
De una redonda boca de muchacha,
Y, aún más, de helados
Niveos cortantes incisivos dientes
De muchacha: por los que languidece
El corazón de todos los ardientes dátiles. Sela.

Semejante, demasiado semejante
A dichos frutos meridionales,
Estoy aquí tendido, mientras pequeños
Insectos alados
Me rodean danzando y jugando,
Y asimismo deseos y ocurrencias
Aún más pequeños,
Más locos, más malignos,
– Rodeado por vosotras,
Mudas, llenas de presentimientos
Muchachas-gatos,
Dudú y Suleica[550]*,*
– Circumesfingeado[551]*, para en* una *palabra*
Amontonar muchos sentimientos:
(¡Dios me perdone
Este pecado de lengua!).
– Aquí estoy yo sentado, olfateando el mejor aire de todos,
Aire de paraíso en verdad,
Ligero aire luminoso, estriado de oro,

Todo el aire puro que alguna vez
Cayó de la luna –

¿Se debió esto al azar
U ocurrió por petulancia?
Como cuentan los viejos poetas.
Pero yo, escéptico, en duda
Lo pongo, pues vengo
De Europa,
La cual es más incrédula que todas
Las esposas algo viejas.
¡Quiera Dios mejorarla!
¡Amén!

Sorbiendo este aire bellísimo,
Hinchadas las narices como cálices,
Sin futuro, sin recuerdos,
Así estoy aquí sentado,
Encantadoras amigas,
Y contemplo cómo la palmera,
Igual que una bailarina,
Se arquea y pliega y las caderas mece,
– ¡Uno la imita si la contempla largo tiempo!
¿Igual que una bailarina, que, a mi parecer,
Durante largo tiempo ya, durante peligrosamente largo tiempo,
Siempre, siempre se sostuvo únicamente sobre una sola pierna?
– ¿Y que por ello olvidó, a mi parecer,
La otra pierna?
En vano, al menos, he buscado la alhaja gemela
Echada de menos
– Es decir, la otra pierna –
En la santa cercanía
De su encantadora, graciosa
Faldita de encajes, ondulante como un abanico.
Sí, hermosas amigas,
Si del todo queréis creerme:
¡La ha perdido!
¡Ha desaparecido!

¡Desaparecido para siempre!
¡La otra pierna!
¡Oh, lástima de esa otra amable pierna!
¿Dónde – estará y se lamentará abandonada?
¿La pierna solitaria?

¿Llena de miedo acaso a un
Feroz monstruo-león amarillo
De rubios rizos? O incluso ya
Roída, devorada –
Lamentable, ¡ay!, ¡ay! ¡Devorada! Sela.

¡Oh, no lloréis
Tiernos corazones!
¡No lloréis,
Corazones de dátil! ¡Senos de leche!
¡Corazones-saquitos
De regaliz!
¡No llores más,
Pálida Dudú!
¡Sé hombre[552]*, Suleica! ¡Ánimo! ¡Ánimo!*
–¿O acaso vendría bien
Un tónico,
Un tónico para el corazón?
¿Una sentencia ungida?
¿Una exhortación solemne? –

¡Ah! ¡Levántate, dignidad!
¡Dignidad de la virtud! ¡Dignidad del europeo!
¡Sopla, vuelve a soplar,
Fuelle de la virtud!
¡Ah!
¡Rugir una vez más aún,
Rugir moralmente!
¡Como león moral
Rugir ante las hijas del desierto!
– ¡Pues el aullido de la virtud,
Encantadoras muchachas,
Es, más que ninguna otra cosa,
El ardiente deseo, el hambre voraz del europeo!
De nuevo estoy en pie,
Como europeo,
¡No puedo hacer otra cosa, Dios me ayude![553]
¡Amén!

El desierto crece: ¡ay de aquél que dentro de sí cobija desiertos!

El despertar

1

Tras la canción del viajero y sombra la caverna se llenó *de repente* de ruidos y risas; y como los huéspedes reunidos hablaban todos a la vez, y tampoco el asno, animado por ello, continuó callado, se apoderó de Zaratustra una pequeña aversión y una pequeña burla contra sus visitantes; aunque al mismo tiempo se alegrase de su regocijo. Pues le parecía un signo de curación. Así, se escabulló afuera, al aire libre, y habló a sus animales.

«¿Dónde ha ido ahora su aflicción?, dijo, y ya se había recobrado de su pequeño hastío, – ¡junto a mí han olvidado, según me parece, el gritar pidiendo socorro!

– si bien, por desgracia, todavía no el gritar». Y Zaratustra se tapó los oídos, pues en aquel momento el I-A del asno se mezclaba extrañamente con los ruidos jubilosos de aquellos hombres superiores.

«Están alegres, comenzó de nuevo a hablar, y, ¿quién sabe?, tal vez lo estén a costa de quien los hospeda; y si han aprendido de mí a reír, no es, sin embargo, *mi* risa la que han aprendido[554].

¡Mas qué importa ello! Son gente vieja: se curan a su manera, ríen a su manera; mis oídos han soportado ya cosas peores y no se enojaron.

Este día es una victoria: ¡ya cede, ya huye *el espíritu de la pesadez*, mi viejo archienemigo! ¡Qué bien quiere acabar este día que de modo tan malo y difícil comenzó!

Y *quiere* acabar. Ya llega el atardecer: ¡sobre el mar cabalga él, el buen jinete! ¡Cómo se mece, el bienaventurado, el que torna a casa, sobre la purpúrea silla de su caballo!

El cielo mira luminoso, el mundo yace profundo: ¡oh, todos vosotros, gente extraña que habéis venido a mí, merece la pena ciertamente vivir a mi lado!».

Así habló Zaratustra. Y de nuevo llegaron desde la caverna los gritos y risas[555] de los hombres superiores: entonces él comenzó de nuevo.

«Pican, mi cebo actúa, también de ellos se aleja su enemigo, el espíritu de la pesadez. Ya aprenden a reírse de sí mismos: ¿oigo bien?

Mi alimento para hombres[556] causa efecto, mi sentencia sabrosa y fuerte: y, en verdad, ¡no los he alimentado con legumbres flatulentas! Sino con alimento para guerreros, con alimento para conquistadores: nuevos apetitos he despertado.

Nuevas esperanzas hay en sus brazos y en sus piernas, su corazón se estira. Encuentran nuevas palabras, pronto su espíritu respirará petulancia.

Tal alimento no es desde luego para niños, ni tampoco para viejecillas y

jovenallas anhelantes. A éstas se les convencen las entrañas de otra manera; no soy yo su médico y maestro.

La *náusea* se retira de esos hombres superiores: ¡bien!, ésta es mi victoria. En mi reino se vuelven seguros, toda estúpida vergüenza huye, ellos se desahogan.

Desahogan su corazón, retornan a ellos las horas buenas, de nuevo se huelgan y rumian, – se vuelven *agradecidos*.

Esto lo considero como el mejor de los signos: el que se vuelvan agradecidos. Dentro de poco inventarán fiestas y levantarán monumentos en recuerdo de sus viejas alegrías.

¡Son *convalecientes*!». Así habló Zaratustra alegremente a su corazón, y miraba a lo lejos; mas sus animales se arrimaron a él y honraron su felicidad y su silencio[557].

2

Mas de repente el oído de Zaratustra se asustó[558]: en efecto, la caverna, que hasta entonces estuvo llena de ruidos y de risas, quedó *súbitamente* envuelta en un silencio de muerte; – y su nariz olió un humo perfumado y un efluvio de incienso, como de piñas al arder.

«¿Qué ocurre? ¿Qué hacen?», se preguntó, y deslizose a escondidas hasta la entrada para poder observar, sin ser visto, a sus huéspedes. Pero ¡maravilla sobre maravilla!, ¡qué cosas tuvo que ver entonces con sus propios ojos!

«¡Todos ellos se han vuelto otra vez *piadosos*, *rezan*, están locos!» – dijo, en el colmo del asombro. Y, ¡en verdad!, todos aquellos hombres superiores, los dos reyes, el papa jubilado, el mago perverso, el mendigo voluntario, el caminante y sombra, el viejo adivino, el concienzudo del espíritu y el más feo de los hombres: todos ellos estaban arrodillados, como niños y como viejecillas crédulas, y adoraban al asno. Y justo en aquel momento el más feo de los hombres comenzaba a gorgotear y a resoplar, como si de él quisiera salir algo inexpresable; y cuando realmente consiguió hablar, he aquí que se trataba de una piadosa y extraña letanía en loor del asno adorado e incensado. Y ésta letanía sonaba así:

¡Amén! ¡Y alabanza y honor y sabiduría y gratitud y gloria y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos![559]

– Y el asno rebuznó I-A[560].

Él lleva nuestra carga, él tomó figura de siervo, él es paciente de corazón y no dice nunca no; y quien ama a su Dios, lo castiga[561].

– Y el asno rebuznó I-A.

Él no habla: excepto para decir siempre sí al mundo que él creó: así alaba a su mundo[562]. Su astucia es la que no habla: de este modo rara vez se equivoca.

– Y el asno rebuznó I-A.

Camina por el mundo sin ser notado. Gris es el color de su cuerpo[563], en ese color oculta su virtud. Si tiene espíritu, lo esconde; pero todos creen en sus largas orejas.

– Y el asno rebuznó I-A.

¡Qué oculta sabiduría es ésta, tener orejas largas y decir únicamente sí y nunca no! ¿No ha creado el mundo a su imagen[564], es decir, lo más estúpido posible?

– Y el asno rebuznó I-A.

Tú recorres caminos derechos y torcidos; te preocupas poco de lo que nos parece derecho o torcido a nosotros los hombres. Más allá del bien y del mal está tu reino. Tu inocencia está en no saber lo que es inocencia.

– Y el asno rebuznó I-A.

Mira cómo tú no rechazas a nadie de tu lado, ni a los mendigos ni a los reyes. Los niños pequeños los dejas venir a ti[565], y cuando los muchachos malvados te seducen[566], dices tú con toda sencillez I-A.

– Y el asno rebuznó I-A.

Tú amas las asnas y los higos frescos, no eres un remilgado. Un cardo te cosquillea el corazón cuando sientes hambre. En esto está la sabiduría de un Dios.

– Y el asno rebuznó I-A.

La fiesta del asno[567]

1

En este punto de la letanía no pudo Zaratustra seguir dominándose, gritó también él I-A, más fuerte que el propio asno, y se lanzó de un salto en medio de sus enloquecidos huéspedes. «¿Qué es lo que estáis haciendo, hijos de hombres?, exclamó mientras arrancaba del suelo a los que rezaban. Ay, si os contemplase alguien distinto de Zaratustra:

¡Todo el mundo juzgaría que vosotros, con vuestra nueva fe[568], sois los peores blasfemos o las más tontas de todas las viejecillas!

Y tú mismo, tú viejo papa, ¿cómo cuadra contigo el que adores de tal modo aquí a un asno como si fuese Dios?». –

«Oh Zaratustra, respondió el papa, perdóname, pero en asuntos de Dios yo soy más ilustrado que tú[569]. Y ello es justo.

¡Es preferible adorar a Dios bajo esta forma que bajo ninguna! Medita sobre esta sentencia, noble amigo: en seguida adivinarás que en tal sentencia se esconde sabiduría.

Aquél que dijo "Dios es espíritu"[570] – fue el que dio hasta ahora en la tierra el paso y el salto más grandes hacia la incredulidad: ¡no es fácil reparar el mal que esa frase ha hecho en la tierra!

Mi viejo corazón salta y retoza al ver que en la tierra hay todavía algo que adorar. ¡Perdónale esto, oh Zaratustra, a un viejo y piadoso corazón de papa!». –

– «Y tú, dijo Zaratustra al caminante y sombra. ¿Tú te denominas y te crees un espíritu libre? ¿Y te entregas aquí a tales actos de idolatría y comedias de curas?

¡Peor, en verdad, te comportas tú aquí que con tus perversas muchachas morenas, tú perverso creyente nuevo![571]».

«Bastante mal, respondió el caminante y sombra, tienes razón: ¡mas qué puedo hacer! El viejo Dios vive de nuevo, oh Zaratustra, digas lo que digas.

El más feo de los hombres es culpable de todo: él es quien ha vuelto a resucitarlo. Y aunque dice que en otro tiempo lo mató: la *muerte* no es nunca, entre los dioses, más que un prejuicio».

«Y tú, dijo Zaratustra, tú perverso mago viejo, ¡qué has hecho! ¿Quién va a creer en ti en lo sucesivo, en esta época libre, si *tú* crees en tales asnadas divinas?

Ha sido una estupidez lo que has hecho: ¡cómo has podido cometer, tú inteligente, tal estupidez!».

«Oh, Zaratustra, respondió el mago inteligente, tienes razón, ha sido una estupidez, – y me ha costado bastante cara».

– «Y tú sobre todo, dijo Zaratustra al concienzudo del espíritu; ¡reflexiona un

poco y ponte el dedo en la nariz![572] ¿No hay aquí nada que repugne a tu conciencia? ¿No es tu espíritu demasiado puro para estas oraciones y para el tufo de estos hermanos de oración?».

«Algo hay en ello, respondió el concienzudo del espíritu y se puso el dedo en la nariz, algo hay en este espectáculo que incluso hace bien a mi conciencia.

Tal vez a mí no me sea lícito creer en Dios: pero lo cierto es que en esta figura es en la que Dios me parece máximamente creíble.

Dios debe ser eterno, según el testimonio de los más piadosos[573]: quien tanto tiempo tiene se toma tiempo. Del modo más lento y estúpido posible: *de ese modo* alguien así puede llegar muy lejos.

Y quien tiene demasiado espíritu querría sin duda estar loco por la estupidez y la necedad mismas. ¡Reflexiona sobre ti mismo, oh Zaratustra!

Tú mismo – ¡en verdad!, también tú podrías sin duda convertirte en asno a fuerza de riqueza y sabiduría.

¿No le gusta a un sabio perfecto caminar por los caminos más torcidos? La evidencia lo enseña, oh Zaratustra, – ¡*tu* evidencia[574]!».

– «Y también tú, por fin, dijo Zaratustra y se volvió hacia el más feo de los hombres, el cual continuaba tendido en el suelo, elevando el brazo hacia el asno (le daba, en efecto, vino de beber). Di, inexpresable, ¡qué has hecho!

Me pareces transformado, tus ojos arden, el manto de lo sublime rodea tu fealdad: ¿*qué* has hecho?

¿Es verdad lo que éstos dicen, que tú has vuelto a resucitarlo? ¿Y para qué? ¿No estaba muerto y liquidado con razón?

Tú mismo me pareces resucitado: ¿qué has hecho?, ¿por qué *tú* te has dado la vuelta? ¿Por qué *tú* te has convertido? ¡Habla tú, el inexpresable!».

«Oh Zaratustra, respondió el más feo de los hombres, ¡eres un bribón!

Si *él* vive aún, o si vive de nuevo, o si está muerto del todo, – ¿quién de nosotros dos lo sabe mejor? Te lo pregunto.

Pero yo sé una cosa, – de ti mismo la aprendí en otro tiempo, oh Zaratustra: quien más a fondo quiere matar, *ríe*.

“No con la cólera, sino con la risa se mata” – así dijiste tú en otro tiempo[575], oh Zaratustra, tú el oculto, tú el aniquilador sin cólera, tú santo peligroso, – ¡eres un bribón!».

2

Y entonces sucedió que Zaratustra, asombrado de tales respuestas de bribones, dio un salto atrás hacia la puerta de su caverna, y, vuelto hacia todos sus huéspedes, gritó con fuerte voz:

«¡Oh vosotros todos, vosotros picaros, payasos! ¡Por qué os desfiguráis y os escondéis delante de mí!

¡Cómo se os agitaba, sin embargo, el corazón a cada uno de vosotros de placer y de maldad por haberos vuelto por fin otra vez como niños pequeños, es decir, piadosos, –

– por obrar por fin otra vez como niños, es decir, por rezar, juntar las manos y decir "Dios mío"!

Mas ahora abandonad *este* cuarto de niños, mi propia caverna, en la que hoy están como en su casa todas las niñerías. ¡Refrescad ahí fuera vuestra ardiente petulancia de niños y el ruido de vuestros corazones!

Ciertamente: mientras no os hagáis como niños pequeños no entraréis en *aquel* reino de los cielos[576]. (Y Zaratustra señaló con las manos hacia arriba).

Mas nosotros no queremos entrar en modo alguno en el reino de los cielos: nos hemos hecho hombres, – *y por eso queremos el reino de la tierra*».

3

Y de nuevo comenzó Zaratustra a hablar. «¡Oh, mis nuevos amigos, dijo, – vosotros gente extraña, hombres superiores, cómo me gustáis ahora, –

– desde que os habéis vuelto alegres otra vez! Todos vosotros, en verdad, habéis florecido: paréceme que flores tales como vosotros tienen necesidad de *nuevas fiestas*[577]

– de un pequeño y valiente disparate, de algún culto divino y alguna fiesta del asno, de algún viejo y alegre necio-Zaratustra, de un vendaval que os despeje las almas con su soplo.

¡No olvidéis esta noche y esta fiesta del asno, hombres superiores! *Esto* lo habéis inventado vosotros en mi casa, y yo lo tomo como un buen presagio, – ¡tales cosas sólo las inventan los convalecientes!

Y cuando volváis a celebrarla, esta fiesta del asno, ¡hacedlo por amor a vosotros, hacedlo también por amor a mí! ¡Y en memoria *mía*![578]».

Así habló Zaratustra.

La canción del noctámbulo[579]

1

Entretanto todos, uno detrás de otro, habían ido saliendo fuera, al aire libre y a la fresca y pensativa noche; Zaratustra mismo llevó de la mano al más feo de los hombres para mostrarle su mundo nocturno y la gran luna redonda y las plateadas cascadas que había junto a su caverna. Al fin se detuvieron unos junto a otros, todos ellos gente vieja, mas con un corazón valiente y consolado, y admirados en su interior de sentirse tan bien en la tierra; y la quietud de la noche se adentraba cada vez más en su corazón. Y de nuevo pensó Zaratustra dentro de sí: «¡Oh, cómo me agradan ahora estos hombres superiores!» – pero no lo expresó, pues honraba su felicidad y su silencio.–

Mas entonces ocurrió la cosa más asombrosa de aquel asombroso y largo día: el más feo de los hombres comenzó de nuevo, y por última vez, a gorgotear y a resoplar[580], y cuando consiguió hablar, una pregunta saltó, redonda y pura, de su boca, una pregunta buena, profunda, clara, que hizo agitarse dentro del cuerpo el corazón de todos los que le escuchaban.

«Amigos míos todos, dijo el más feo de los hombres, ¿qué os parece? Gracias a este día – *yo* estoy por primera vez contento de haber vivido mi vida entera.

Y no me basta con atestiguar esto. Merece la pena vivir en la tierra: *un* solo día, *una sola* fiesta con Zaratustra me ha enseñado a amar la tierra.

“¿*Esto* era – la vida?”, quiero decirle yo a la muerte. “¡Bien! ¡*Otra vez*![581]”.

Amigos míos, ¿qué os parece? ¿No queréis vosotros decirle a la muerte, como yo: ¿*Esto* era – la vida? Gracias a Zaratustra, ¡bien! ¡*Otra vez*!» – –

Así habló el más feo de los hombres; y no faltaba mucho para la medianoche. ¿Y qué creéis que ocurrió entonces? Tan pronto como los hombres superiores oyeron su pregunta cobraron *súbitamente* consciencia de su transformación y curación, y de quién se la había proporcionado: entonces se precipitaron hacia Zaratustra, dándole gracias, rindiéndole veneración, acariciándolo, besándole las manos, cada cual a su manera propia: de modo que unos reían, otros lloraban. El viejo adivino bailaba de placer; y aunque, según piensan algunos narradores, entonces se hallaba lleno de dulce vino[582], ciertamente se hallaba aún más lleno de dulce vida y había alejado de sí toda fatiga. Hay incluso quienes cuentan que el asno bailó en aquella ocasión: pues no en vano el más feo de los hombres le había dado antes a beber vino. Esto puede ser así, o también de otra manera; y si en verdad el asno no bailó aquella noche, ocurrieron entonces, sin embargo, prodigios mayores y más extraños que el baile de un asno. En resumen, como dice el proverbio de Zaratustra: «¡qué importa ello!».

2

Mas Zaratustra, mientras esto ocurría con el más feo de los hombres, estaba allí como un borracho: su mirada se apagaba, su lengua balbucía, sus pies vacilaban. ¿Y quién adivinaría los pensamientos que entonces cruzaban por el alma de Zaratustra? Mas fue evidente que su espíritu se apartó de él y huyó hacia adelante y estuvo en remotas lejanías, por así decirlo «sobre una elevada cresta, como está escrito, entre dos mares,

– entre lo pasado y lo futuro, caminando como una pesada nube»[583]. Poco a poco, sin embargo, mientras los hombres superiores lo sostenían con sus brazos, volvió un poco en sí y apartó con las manos la aglomeración de los veneradores y preocupados; mas no habló. *De repente* volvió con rapidez la cabeza, pues parecía oír algo: entonces se llevó el dedo a la boca y dijo: «¡*Venid*!».

Y al punto se hizo el silencio y la calma en derredor; de la profundidad, en cambio, subía lentamente el sonido de una campana. Zaratustra se puso a escuchar, lo mismo que los hombres superiores; luego volvió a llevarse el dedo a la boca y volvió a decir: «¡*Venid*! ¡*Venid*! ¡*Se acerca la medianoche*!» – y su voz estaba cambiada. Pero continuaba sin moverse del sitio: entonces se hizo un silencio más grande y una mayor calma, y todos escucharon, también el asno, y los dos animales heráldicos de Zaratustra, el águila y la serpiente, y asimismo la caverna de Zaratustra y la luna redonda y fría y hasta la propia noche. Zaratustra se llevó por tercera vez el dedo a la boca y dijo:

¡Venid! ¡Venid! ¡Caminemos ya! Es la hora: ¡caminemos en la noche!

3

Vosotros hombres superiores, la medianoche se aproxima: ahora quiero deciros algo al oído, como me lo dice a mí al oído esa vieja campana, –

– de modo tan íntimo, tan terrible, tan cordial como me habla a mí esa campana de medianoche, que ha tenido mayor número de vivencias que *un solo* hombre:

– que ya contó los latidos de dolor del corazón de vuestros padres – ¡ay!, ¡ay!, ¡cómo suspira!, ¡cómo ríe en sueños!, ¡la vieja, profunda, profunda medianoche!

¡Silencio! ¡Silencio! Ahora se oyen muchas cosas a las que por el día no les es lícito hablar alto; pero ahora, en el aire fresco, cuando también el ruido de vuestros corazones ha callado, –

– ahora hablan, ahora se dejan oír, ahora se deslizan en las almas nocturnas y desveladas: ¡ay!, ¡ay!, ¡cómo suspira!, ¡cómo ríe en sueños!

–¿no oyes cómo de manera íntima, terrible, cordial te habla *a ti* la vieja, profunda, profunda medianoche?

¡Oh hombre, presta atención![584]

4

¡Ay de mí! ¿Dónde se ha ido el tiempo? ¿No se ha hundido en pozos profundos? El mundo duerme –

¡Ay! ¡Ay! El perro aúlla[585], la luna brilla. Prefiero morir, morir, a deciros lo que en este momento piensa mi corazón de medianoche.

Ya he muerto. Todo ha terminado. Araña, ¿por qué tejes tu tela a mi alrededor? ¿Quieres sangre? ¡Ay! ¡Ay!, el rocío cae, la hora llega –

– la hora en que tirito y me hielo, la hora que pregunta y pregunta y pregunta: «¿Quién tiene corazón suficiente para esto?

– ¿quién debe ser señor de la tierra? El que quiera decir: ¡*así* debéis correr vosotras, corrientes grandes y pequeñas!».

– la hora se acerca: oh hombre, tú hombre superior, ¡presta atención!, este discurso es para oídos delicados, para tus oídos – *¿qué dice la profunda medianoche*?

5

Algo me arrastra, mi alma baila. ¡Obra del día! ¡Obra del día! ¿Quién debe ser señor de la tierra?

La luna es fría, el viento calla. ¡Ay! ¡Ay! ¿Habéis volado ya bastante alto? Habéis bailado: pero una pierna no es un ala.

Vosotros bailarines buenos, todo placer ha acabado ahora, el vino se ha convertido en heces, todas las copas se han vuelto blandas, los sepulcros balbucean.

No habéis volado bastante alto: ahora los sepulcros balbucean: «¡redimid a los muertos! ¿Por qué dura tanto la noche? ¿No nos vuelve ebrios la luna?».

Vosotros hombres superiores, ¡redimid los sepulcros, despertad a los cadáveres! Ay, ¿por qué el gusano continúa royendo? Se acerca, se acerca la hora, –

– retumba la campana, continúa chirriando el corazón, sigue royendo el gusano de la madera, el gusano del corazón ¡Ay! ¡Ay! ¡*El mundo es profundo*!

6

¡Dulce lira! ¡Dulce lira! ¡Yo alabo tu sonido, tu ebrio sonido de sapo! – ¡desde cuánto tiempo, desde qué lejos viene hasta mí tu sonido, desde lejos, desde los estanques del amor!

¡Vieja campana, dulce lira! Todo dolor te ha desgarrado el corazón, el dolor del padre, el dolor de los padres, el dolor de los abuelos, tu discurso está ya maduro, –

– maduro como áureo otoño y áurea tarde, como mi corazón de eremita – ahora

hablas: también el mundo se ha vuelto maduro, el racimo negrea,

– ahora quiere morir, morir de felicidad. Vosotros hombres superiores, ¿no oléis algo? Misteriosamente gotea hacia arriba un aroma,

– un perfume y aroma de eternidad, un rosáceo, oscuro aroma, como de vino áureo, de vieja felicidad,

– de ebria felicidad de morir a medianoche, que canta: ¡el mundo es profundo, *y más profundo de lo que el día ha pensado*!

7

¡Déjame! ¡Déjame! Yo soy demasiado puro para ti. ¡No me toques![586] ¿No se ha vuelto perfecto en este instante mi mundo?

Mi piel es demasiado pura para tus manos. ¡Déjame, tú día estúpido, grosero, torpe! ¿No es más luminosa la medianoche?

Los más puros deben ser señores de la tierra, los más desconocidos, los más fuertes, las almas de medianoche, que son más luminosas y profundas que todo día.

Oh día, ¿andas a tientas detrás de mí? ¿Extiendes a tientas tu mano hacia mi felicidad? ¿Soy yo para ti rico, solitario, un tesoro escondido, un depósito de oro?

Oh mundo, ¿me quieres *a mí*? ¿Soy para ti mundano? ¿Soy para ti espiritual? ¿Soy para ti divino? Pero, día y mundo, vosotros sois demasiado torpes, –

– tened manos más inteligentes, tendedlas hacia una felicidad más profunda, hacia una infelicidad más profunda, tendedlas hacia algún dios, no hacia mí:

– mi infelicidad, mi felicidad son profundas, oh día extraño, pero yo no soy un Dios, un infierno divino: *profundo es su dolor*.

8

¡El dolor de Dios es más profundo, oh mundo extraño! ¡Tiende tus manos hacia el dolor de Dios, no hacia mí! ¡Qué soy yo! ¡Una dulce lira ebria, –

una lira de medianoche, una campana-sapo que nadie entiende, pero que *tiene que* hablar delante de sordos, oh hombres superiores! ¡Pues vosotros no me comprendéis!

¡Todo acabó! ¡Todo acabó! ¡Oh juventud! ¡Oh mediodía! ¡Oh tarde! Ahora han venido el atardecer y la noche y la medianoche, – el perro aúlla, el viento:

– ¿no es el viento un perro? Gimotea, gañe, aúlla. ¡Ay!, ¡ay!, ¡cómo suspira!, ¡cómo ríe, cómo resuella y jadea la medianoche!

¡Cómo habla sobria en este momento, esa ebria poetisa!, ¿acaso ha ahogado en más vino su embriaguez?, ¿se ha vuelto superdespierta?, ¿rumia?

– su dolor es lo que ella rumia, en sueños, la vieja y profunda medianoche, y, aún

más, su placer. El placer, en efecto, aunque el dolor sea profundo: *el placer es aún más profundo que el sufrimiento.*

9

¡Tú vid! ¿Por qué me alabas? ¡Yo te corté, sin embargo! Yo soy cruel, tú sangras: – ¿qué quiere esa alabanza tuya de mi crueldad ebria?

«Lo que llegó a ser perfecto, todo lo maduro – ¡quiere morir!», así hablas tú. ¡Bendita, bendita sea la podadera del viñador![587] Mas todo lo inmaduro quiere vivir: ¡ay!

El dolor dice: «¡Pasa! ¡Fuera tú, dolor!». Mas todo lo que sufre quiere vivir, para volverse maduro y alegre y anhelante,

– anhelante de cosas más lejanas, más elevadas, más luminosas. «Yo quiero herederos, así dice todo lo que sufre, yo quiero hijos, no me quiero a *mí*», –

mas el placer no quiere herederos, ni hijos, – el placer se quiere a sí mismo, quiere eternidad, quiere retorno, quiere todo-idéntico-a-sí-mismo-eternamente.

El dolor dice: «¡Rómpete, sangra, corazón! ¡Camina, pierna! ¡Ala, vuela! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Dolor!». ¡Bien! ¡Adelante! Oh viejo corazón mío: *el dolor dice*: «¡*pasa*!».

10

Vosotros hombres superiores, ¿qué os parece? ¿Soy yo un adivino? ¿Un soñador? ¿Un borracho? ¿Un intérprete de sueños? ¿Una campana de medianoche?

¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y perfume de la eternidad? ¿No lo oís? ¿No lo oléis? En este instante se ha vuelto perfecto mi mundo, la medianoche es también mediodía, –

el dolor es también placer, la maldición es también bendición, la noche es también sol, – idos o aprenderéis: un sabio es también un necio.

¿Habéis dicho sí alguna vez a *un solo* placer? Oh amigos míos, entonces dijisteis sí también a *todo* dolor. Todas las cosas están encadenadas, trabadas, enamoradas, –

–¿habéis querido en alguna ocasión dos veces *una sola* vez, habéis dicho en alguna ocasión «¡tú me agradas, felicidad! ¡Sus! ¡Instante!»?[588] ¡Entonces quisisteis que *todo* vuelva!

– todo de nuevo, todo eterno, todo encadenado, trabado, enamorado, oh, entonces *amasteis* el mundo, –

– vosotros eternos, amadlo eternamente y para siempre: y también al dolor decidle: ¡pasa, pero vuelve! *Pues todo placer quiere* – ¡*eternidad*!

11

Todo placer quiere la eternidad de todas las cosas, quiere miel, quiere heces, quiere medianoche ebria, quiere sepulcros, quiere consuelo de lágrimas sobre los sepulcros, quiere dorada luz de atardecer –

– ¡*qué* no quiere el placer!, es más sediento, más cordial, más hambriento, más terrible, más misterioso que todo sufrimiento, se quiere a *sí mismo*, muerde el cebo *de sí mismo*, la voluntad de anillo lucha en él, –

– quiere amor, quiere odio, es sumamente rico, regala, disipa, mendiga que uno lo tome, da gracias al que lo toma, quisiera incluso ser odiado, –

– es tan rico el placer, que tiene sed de dolor, de infierno, de odio, de oprobio, de lo lisiado, de *mundo*, – pues este mundo, ¡oh, vosotros lo conocéis bien!

Vosotros hombres superiores, de vosotros siente anhelo el placer, el indómito, bienaventurado, – ¡de vuestro dolor, oh fracasados! De lo fracasado siente anhelo todo placer eterno.

Pues todo placer se quiere a sí mismo, ¡por eso quiere también sufrimiento! ¡Oh felicidad, oh dolor! ¡Oh, rómpete, corazón! Vosotros hombres superiores, aprendedlo, el placer quiere eternidad,

– el placer quiere eternidad de todas las cosas, ¡*quiere profunda, profunda eternidad*!

12

¿Habéis aprendido mi canción? ¿Habéis adivinado lo que quiere decir? ¡Bien! ¡Adelante! Vosotros hombres superiores, ¡cantadme ahora, pues, mi canto de ronda!

¡Cantadme ahora vosotros la canción cuyo título es *Otra vez*, cuyo sentido es «¡Por toda la eternidad!», cantadme vosotros, hombres superiores, el canto de ronda de Zaratustra!

¡Oh hombre! ¡Presta atención!
¿Qué dice la profunda medianoche?
«Yo dormía, dormía, –
De un profundo soñar me he despertado: –
El mundo es profundo,
Y más profundo de lo que el día ha pensado.
Profundo es su dolor. –
El placer – es aún más profundo que el sufrimiento:
El dolor dice: ¡Pasa!
Mas todo placer quiere eternidad –,
– ¡Quiere profunda, profunda eternidad!».

El signo

A la mañana después de aquella noche Zaratustra se levantó de su lecho, se ciñó los riñones[589] y salió de su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas.

«Tú gran astro, dijo, como había dicho en otro tiempo[590], profundo ojo de felicidad, ¡qué sería de toda tu felicidad si no tuvieras a *aquellos* a quienes iluminas!

Y si ellos permaneciesen en sus aposentos mientras tú estás ya despierto y vienes y regalas y repartes: ¡cómo se irritaría contra esto tu orgulloso pudor!

¡Bien!, ellos duermen todavía[591], esos hombres superiores, mientras que *yo* estoy despierto: ¡*ésos* no son mis adecuados compañeros de viaje! No es a ellos a quienes yo aguardo aquí en mis montañas.

A mi obra quiero ir, a mi día: mas ellos no comprenden cuáles son los signos de mi mañana, mis pasos – no son para ellos un toque de diana.

Ellos duermen todavía en mi caverna, sus sueños siguen rumiando mis mediasnoches. El oído que me escuche a *mí*, – el oído *obediente*[592] falta en sus miembros».

– Esto había dicho Zaratustra a su corazón mientras el sol se elevaba: entonces se puso a mirar inquisitivamente hacia la altura, pues había oído por encima de sí el agudo grito de su águila. «¡Bien!, exclamó mirando hacia arriba, así me gusta y me conviene. Mis animales están despiertos, pues yo estoy despierto.

Mi águila está despierta y honra, igual que yo, al sol. Con garras de águila aferra la nueva luz. Vosotros sois mis animales adecuados; yo os amo.

¡Pero todavía me faltan mis hombres adecuados!». –

Así habló Zaratustra; y entonces ocurrió que de repente se sintió como rodeado por bandadas y revoloteos de innumerables pájaros, – el rumor de tantas alas y el tropel en torno a su cabeza eran tan grandes que cerró los ojos. Y, en verdad, sobre él había caído algo semejante a una nube, semejante a una nube de flechas que descargase sobre un nuevo enemigo. Pero he aquí que se trataba de una nube de amor, y caía sobre un nuevo amigo.

«¿Qué me ocurre?», pensó Zaratustra en su asombrado corazón, y lentamente dejose caer sobre la gran piedra que se hallaba junto a la salida de su caverna. Mientras movía las manos a su alrededor y encima y debajo de sí, y se defendía de los cariñosos pájaros, he aquí que le ocurrió algo aún más raro: su mano se posó, en efecto, de manera imprevista sobre una espesa y cálida melena y al mismo tiempo resonó delante de él un rugido, – un suave y prolongado rugido de león.

«*El signo llega*»[593], dijo Zaratustra, y su corazón se transformó. Y, en verdad, cuando se hizo claridad delante de él vio que a sus pies yacía un amarillo y poderoso animal, el cual estrechaba su cabeza entre sus rodillas y no quería apartarse de él a

causa de su amor, y actuaba igual que un perro que vuelve a encontrar a su viejo dueño. Mas las palomas no eran menos vehementes en su amor que el león; y cada vez que una paloma se deslizaba sobre la nariz del león éste sacudía la cabeza y se maravillaba y reía de ello.

A todos ellos Zaratustra les dijo tan sólo *una única* frase: «*mis hijos están cerca, mis hijos*»[594], – entonces enmudeció del todo. Mas su corazón estaba aliviado y de sus ojos goteaban lágrimas y caían en sus manos. Y no prestaba ya atención a ninguna cosa, y estaba allí sentado, inmóvil y sin defenderse ya de los animales. Entonces las palomas se pusieron a volar de un lado para otro y se le posaban sobre los hombros y acariciaban su blanco cabello y no se cansaban de manifestar su cariño y su júbilo. El fuerte león, en cambio, lamía siempre las lágrimas que caían sobre las manos de Zaratustra y rugía y gruñía tímidamente. Así se comportaban aquellos animales. –

Todo esto duró mucho tiempo, o poco tiempo: pues, hablando propiamente, para tales cosas *no* existe en la tierra tiempo alguno. – Mas entretanto los hombres superiores que estaban dentro de la caverna de Zaratustra se habían despertado y estaban disponiéndose para salir en procesión a su encuentro y ofrecerle el saludo matinal: habían encontrado, en efecto, cuando se despertaron, que él no se hallaba ya entre ellos. Mas cuando llegaron a la puerta de la caverna, y el ruido de sus pasos los precedía, el león enderezó las orejas con violencia, se apartó *súbitamente* de Zaratustra y lanzose, rugiendo salvajemente, hacia la caverna; los hombres superiores, cuando le oyeron rugir, gritaron todos como con *una sola* boca y retrocedieron huyendo y en un instante desaparecieron.

Mas Zaratustra, aturdido y distraído, se levantó de su asiento, miró a su alrededor, permaneció de pie sorprendido, interrogó a su corazón, volvió en sí, y estuvo solo. «¿Qué es lo que he oído?, dijo por fin lentamente, ¿qué es lo que me acaba de ocurrir?».

Y ya el recuerdo volvía a él, y comprendió con una sola mirada todo lo que había acontecido entre ayer y hoy. «Aquí está, en efecto, la piedra[595], dijo y se acarició la barba, en ella me encontraba sentado ayer por la mañana; y aquí se me acercó el adivino, y aquí oí por vez primera el grito que acabo de oír, el gran grito de socorro.

Oh vosotros hombres superiores, *vuestra* necesidad fue la que aquel viejo adivino me vaticinó ayer por la mañana, –

– a acudir a vuestra necesidad quería seducirme y tentarme: oh Zaratustra, me dijo, yo vengo para seducirte a tu último pecado[596].

¿A mi último pecado?, exclamó Zaratustra, y furioso se rió de sus últimas palabras: ¿*qué* se me había reservado como mi último pecado?».

– Y una vez más Zaratustra se abismó dentro de sí y volvió a sentarse sobre la gran piedra y reflexionó. De repente se levantó de un salto, –

«¡*Compasión*! ¡*La compasión por el hombre superior*!, gritó, y su rostro se endureció como el bronce. ¡Bien! ¡*Eso* – tuvo su tiempo!

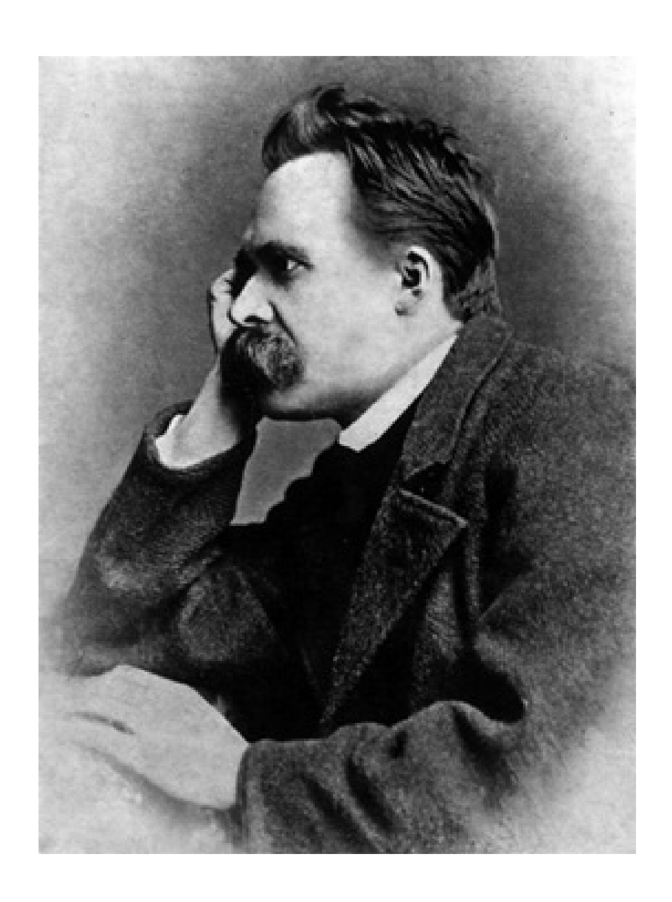
Mi sufrimiento y mi compasión – ¡qué importan! ¿Aspiro yo acaso a la felicidad? ¡Yo aspiro a mi obra![597]

¡Bien! El león ha llegado, mis hijos están cerca, Zaratustra está ya maduro, mi hora ha llegado: –

Ésta es *mi* mañana, *mi* día comienza: ¡*asciende, pues, asciende tú, gran mediodía*!» – –

Así habló Zaratustra, y abandonó su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas.

Fin de ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA.



FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «Dios ha muerto», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión

de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

El 3 de enero de 1889 Nietzsche sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido tras, al parecer, haber provocado algún tipo de desorden público, por las calles de Turín. Lo que pasó exactamente es desconocido. La versión más extendida sobre lo sucedido dice que Nietzsche caminaba por la Piazza Carlo Alberto, un repentino alboroto que causó un cochero al castigar a su caballo llamó su atención, Nietzsche corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del caballo para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En los días siguientes, escribió breves cartas para algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía. Por deseo de Elisabeth, su hermana, fue inhumado como su padre en la iglesia de Röcken.

Notas del traductor

[1]

* Las citas de Nietzsche que aparecen en las notas siguientes remiten, si no se indica lo contrario, a las obras publicadas en Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Biblioteca de autor - Nietzsche, todas ellas prologadas, traducidas y anotadas por Andrés Sánchez Pascual: *La genealogía de la moral* (BA 0610), *Más allá del bien y del mal* (BA 0611), *El Anticristo* (BA 0613), *Ecce homo* (BA 0614), *Crepúsculo de los ídolos* (BA 0615) y *El nacimiento de la tragedia* (BA 0616).

Como ya se ha indicado antes en la *Introducción*, este § 1 de *Así habló Zaratustra* reproduce literalmente el aforismo 342 de *La gaya ciencia*; sólo «el lago Urmi», que allí aparece, es aquí sustituido por «el lago de su patria». El mencionado aforismo lleva el título *Incipit tragœdia* (Comienza la tragedia) y es el último del libro cuarto de *La gaya ciencia*, titulado *Sanctus Januarius* (San Enero). <<

[2] Es la edad en que Jesús comienza su predicación. Véase el *Evangelio de Lucas*, 3,23: «Éste era Jesús, que al empezar tenía treinta años». En el buscado antagonismo entre Zaratustra y Jesús es ésta la primera de las confrontaciones. Como podrá verse por toda la obra, Zaratustra es en parte una antifigura de Jesús. Y así, la edad en que Jesús comienza a predicar es aquella en que Zaratustra se retira a las montañas con el fin de prepararse para su tarea. Inmediatamente después aparecerá una segunda contraposición entre ambos: Jesús pasó sólo cuarenta días en el desierto; Zaratustra pasará diez años en las montañas. <<

[3] Zaratustra volverá a pronunciar esta misma invocación al sol al final de la obra. Véase, en la cuarta parte, *El signo* [«*Tú gran astro, dijo, como había dicho en otro tiempo, profundo ojo de felicidad, ¡qué sería de toda tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!*» (N. del E. D.)]. <<

[4] Los dos animales heráldicos de Zaratustra representan, respectivamente, su voluntad y su inteligencia. Le harán compañía en numerosas ocasiones y actuarán incluso como interlocutores suyos, sobre todo en el importantísimo capítulo de la tercera parte titulado *El convaleciente*. <<

[5] *Untergehen*. Es una de las palabras-clave en la descripción de la figura de Zaratustra. Este verbo alemán contiene varios matices que con dificultad podrán conservarse simultáneamente en la traducción castellana. *Untergehen* es en primer término, literalmente, «caminar (*gehen*) hacia abajo (*unter*)». Zaratustra, en efecto, baja de las montañas. En segundo lugar es término usual para designar la «puesta del sol», el «ocaso». Y Zaratustra dice bien claro que quiere actuar como el sol al atardecer, esto es, «ponerse». En tercer término, *Untergehen* y el sustantivo *Untergang* se usan con el significado de hundimiento, destrucción, decadencia. Así, el título de la obra famosa de Spengler es *Der Untergang des Abendlandes* (traducido por *La decadencia de Occidente*). También Zaratustra se hunde en su tarea y fracasa. Su tarea, dice varias veces, lo destruye. Aquí se ha adoptado como *terminus technicus* castellano para traducir *Untergehen* el de «hundirse en su ocaso», que parece conservar los tres sentidos. De todas maneras, Nietzsche juega en innumerables ocasiones con esta palabra alemana compuesta y la contrapone a otras palabras asimismo compuestas. Por ejemplo, contrapone y une *Untergang* y *Übergang*. *Übergang* es «pasar al otro lado» por encima de algo, pero también significa «transición». El hombre, dirá Zaratustra, es «un tránsito y un ocaso». Esto es, al hundirse en su ocaso, como el sol, pasa al otro lado (de la tierra, se entiende, según la vieja creencia). Y «pasar al otro lado» es superarse a sí mismo y llegar al superhombre. <<

[6] Esta misma frase se repite luego al final del prólogo. El «ocaso» de Zaratustra termina hacia el final de la tercera parte, en el capítulo titulado *El convaleciente*, donde se dice: «Así – *acaba* el ocaso de Zaratustra». <<

[7] Hacia el final de la obra el papa jubilado vendrá en busca de este anciano eremita y encontrará que ha muerto; véase, en la cuarta parte, *Jubilado* [«*Este mundo de aquí me es extraño y lejano, también he oído aullar a animales salvajes; y el que habría podido ofrecerme ayuda, ése no existe ya. Yo buscaba al último hombre piadoso, un santo y un eremita, que, solo en su bosque, no había oído aún nada de lo que todo el mundo sabe hoy*» (N. del E. D.)]. <<

[8] Véase, en esta primera parte, *De los trasmundanos* [«*Yo me superé a mí mismo, al ser que sufría, yo llevé mi ceniza a la montaña*» (N. del E. D.)], y *Del camino del creador* [«*Tienes que querer quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡cómo te renovarías si antes no te hubieses convertido en ceniza!*» (N. del E. D.)], y en la segunda parte, *El adivino*, donde vuelve a aparecer la referencia a las cenizas [«*¡Alpa!, exclamé, ¿quién trae su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién trae su ceniza a la montaña?*» (N. del E. D.)]. La ceniza es símbolo de la cremación y el rechazo de los falsos ideales juveniles. <<

[9] La pureza de los ojos y la ausencia de asco en la boca son atributos de Zaratustra a los que se hace referencia en numerosas ocasiones; véase, por ejemplo, en la segunda parte, *De los sublimes* [«*Desprecio hay todavía en sus ojos; y náusea se esconde en su boca*» (N. del E. D.)], y en la cuarta, *El mendigo voluntario*. <<

[10] «El despierto» es un calificativo usual de Buda, que aquí se aplica a Zaratustra. <<



[11] Alusión a *1 Tesalonicenses*, 5, 2: «Pues sabéis perfectamente que el día del Señor llegará como un ladrón de noche». <<

[12] La idea de la muerte de Dios, que recorre la obra entera, y su ignorancia por parte del santo eremita serán tema de conversación entre Zaratustra y el papa jubilado cuando ambos hablen del eremita ya fallecido. Véase, en la cuarta parte, *Jubilado*. <<

[13] *Markt* es la palabra empleada por Nietzsche, que aquí se traduce literalmente por mercado. No se refiere sólo al lugar de compra y venta de mercancías, sino, en general, a lugar amplio donde se reúne la gente, a plaza pública. Todavía hoy la plaza central de muchas ciudades alemanas se denomina *Marktplatz*. <<

[14] Sobre el «superhombre», expresión que ha dado lugar a tantos malentendidos, dice el propio Nietzsche en *Ecce homo*: «La palabra "*superhombre*", que designa un tipo de óptima constitución, en contraste con los hombres "modernos", con los hombres "buenos", con los cristianos y demás nihilistas, una palabra que, en boca de Zaratustra, el *aniquilador* de la moral, se convierte en una palabra muy digna de reflexión, ha sido entendida, casi en todas partes, con total inocencia, en el sentido de aquellos valores cuya antítesis se ha manifestado en la figura de Zaratustra, es decir, ha sido entendida como tipo "idealista" de una especie superior de hombre, mitad "santo", mitad "genio"». <<

[15] Eco de los fragmentos 82 y 83 de Heráclito (Diels-Kranz): «El más bello de los monos es feo al compararlo con la raza de los humanos». «El más sabio de entre los hombres parece, respecto de Dios, mono en sabiduría, en belleza y en todo lo demás». <<

[16] «Clamar al cielo» es expresión bíblica. Véase *Génesis*, 4, 10: «La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra» (palabras de Yahvé a Caín). Como hace casi siempre con estas «citas» bíblicas, Zaratustra confiere a ésta un sentido antitético del que tiene en el original. <<

[17] Véase lo dicho en la nota 5 [«Untergehen. *Es una de las palabras-clave en la descripción de la figura de Zaratustra. Este verbo alemán contiene varios matices que con dificultad podrán conservarse simultáneamente en la traducción castellana.* Untergehen *es en primer término, literalmente, «caminar (*gehen*) hacia abajo (*unter*)». Zaratustra, en efecto, baja de las montañas. En segundo lugar es término usual para designar la «puesta del sol», el «ocaso». Y Zaratustra dice bien claro que quiere actuar como el sol al atardecer, esto es, «ponerse». En tercer término,* Untergehen *y el sustantivo* Untergang *se usan con el significado de hundimiento, destrucción, decadencia. Así, el título de la obra famosa de Spengler es* Der Untergang des Abendlandes *(traducido por* La decadencia de Occidente*). También Zaratustra se hunde en su tarea y fracasa. Su tarea, dice varias veces, lo destruye. Aquí se ha adoptado como* terminus technicus *castellano para traducir* Untergehen *el de «hundirse en su ocaso», que parece conservar los tres sentidos. De todas maneras, Nietzsche juega en innumerables ocasiones con esta palabra alemana compuesta y la contrapone a otras palabras asimismo compuestas. Por ejemplo, contrapone y une* Untergang *y* Übergang. Übergang *es «pasar al otro lado» por encima de algo, pero también significa «transición». El hombre, dirá Zaratustra, es «un tránsito y un ocaso». Esto es, al hundirse en su ocaso, como el sol, pasa al otro lado (de la tierra, se entiende, según la vieja creencia). Y «pasar al otro lado» es superarse a sí mismo y llegar al superhombre*» (N. del E. D.)]. <<



[18] Paráfrasis del *Evangelio de Lucas*, 17, 33: «Quien busca conservar su alma la perderá; y quien la perdiere, la conservará». <<

[19] Cita literal, invirtiendo su sentido, de *Hebreos*, 12, 6: «Porque el Señor, a quien ama, lo castiga». Véase también, en la cuarta parte, *El despertar* [«*Él lleva nuestra carga, él tomó figura de siervo, él es paciente de corazón y no dice nunca no; y quien ama a su Dios, lo castiga*» (N. del E. D.)]. <<



[20] Reminiscencia del *Evangelio de Mateo*, 13, 13: «Por esto les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender». <<



[21] Sobre el concepto de «cultura» puede verse, en la segunda parte, *Del país de la cultura*. <<

[22] El «último» hombre significa sobre todo el «último» en la escala humana. En *Ecce homo* (edición citada, p. 139) dice Nietzsche: «En este sentido Zaratustra llama a los buenos unas veces "los últimos hombres" y otras el "comienzo del final"; sobre todo, los considera como *la especie más nociva del hombre*, porque imponen su existencia tanto a costa de la *verdad* como a costa del *futuro*». <<



[23] Paráfrasis, modificando su sentido, del *Evangelio de Juan*, 10, 16: «Habrá un solo rebaño y un solo pastor». <<

[24] Mediante el juego de palabras en alemán entre *erste Rede* (primer discurso) y *Vorrede* (prólogo o, también, discurso preliminar), Nietzsche quiere indicar que en realidad éste su primer hablar o discursear (*reden*) a los hombres no ha sido más que un hablar preliminar, pero que su verdadero hablar va a comenzar ahora. Por eso la verdadera primera parte de esta obra se titulará precisamente «Los discursos (*Reden*) de Zaratustra». <<

[25] Eco de la escena evangélica (*Evangelio de Lucas*, 23, 17) en que la muchedumbre rechaza a Jesús y reclama a Barrabás: «Pero ellos vociferaron a una: ¡Fuera ése!, ¡suéltanos a Barrabás!». <<

[26] Un desarrollo de esta idea puede verse en esta primera parte, *De los despreciadores del cuerpo*, y, en la tercera parte, *El convaleciente*, § 2: «Las almas son tan mortales como los cuerpos». <<

[27] La expresión «pescador de hombres» es evangélica. Véase el *Evangelio de Mateo*, 4, 19, «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres» (Jesús a Pedro y a Andrés). Véase también, en la cuarta parte, *La ofrenda de la miel*. <<

[28] Cita ligeramente modificada de *Proverbios*, 4, 19: «Oscuros son los caminos del ateo» (traducción de Lutero). Lutero emplea el término *gottlos* (literalmente: sin-dios) , expresión que luego va a ser epíteto constante de Zaratustra. Pero son los «buenos y justos» los que se lo aplican; véase, en la tercera parte, *De la virtud empequeñecedora* [«*Y cuando yo clamo: "Maldecid a todos los demonios cobardes que hay en vosotros, a los que les gustaría gimotear y juntar las manos y adorar": entonces ellos claman: "Zaratustra es ateo"*» (N. del E. D.)]. Pero luego Zaratustra se apropiará con orgullo de esa calificación. Los buenos y justos son también los que llaman a Zaratustra «el aniquilador de la moral»; véase, más adelante, *De la picadura de la víbora* [*Los buenos y justos me llaman el aniquilador de la moral: mi historia es inmoral* (N. del E. D.)]. <<

[29] La pareja verbal «los buenos y justos», que aquí aparece por primera vez, se repetirá numerosísimas veces en toda esta obra. Probablemente es imitación de otra pareja verbal, «los hipócritas y fariseos», que también aparece con mucha frecuencia en los Evangelios, y tiene el mismo significado que ella. Véase, por ejemplo, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 26: «¡Oh hermanos míos! ¿En quiénes reside el mayor peligro para todo futuro de los hombres? ¿No es en los buenos y justos?, que dicen y sienten en su corazón: “nosotros sabemos ya lo que es bueno y justo, y hasta lo tenemos”». <<

[30] Cita del *Salmo* 146, 5-7: «Bienaventurado aquel… que da de comer a los hambrientos». <<

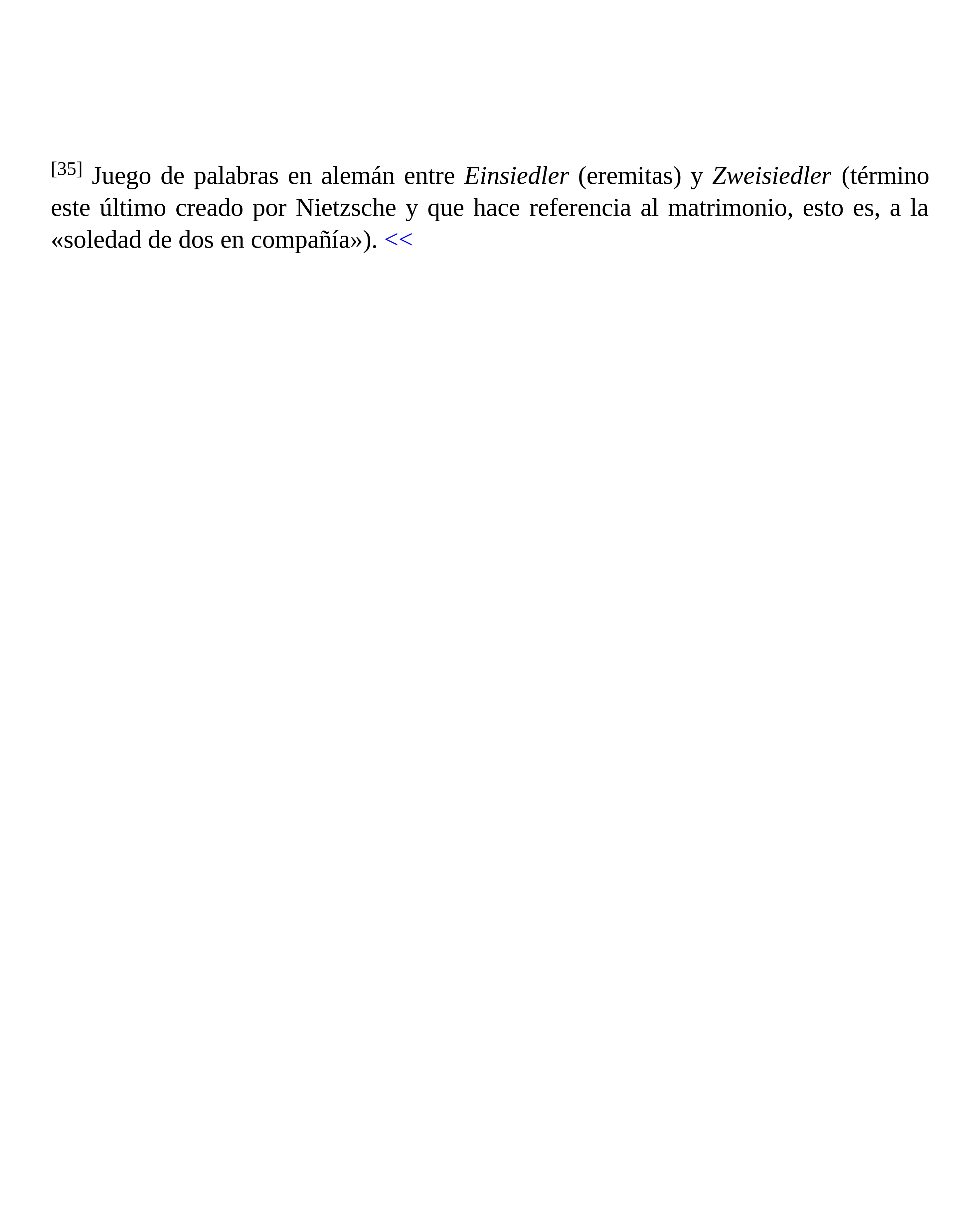
[31] Sobre esta costumbre de Zaratustra de «mirar a la cara a todas las cosas que duermen» véase también, en esta misma parte, *Del amigo* [«*¿Has visto ya dormir a tu amigo para conocer cuál es su aspecto?*» (N. del E. D.)]; y en la cuarta parte, *La sombra* [«*A los errantes como tú, incluso una cárcel acaba pareciéndoles la bienaventuranza. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales encarcelados? Duermen tranquilamente, disfrutan su nueva seguridad*» (N. del E. D.)]. <<

[32] En la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 1, Zaratustra recordará esta «verdad nueva» [«*Mas a la mañana siguiente llegó a mí una nueva verdad: entonces aprendí a decir "¡Qué me importan el mercado y la plebe y el ruido de la plebe y las largas orejas de la plebe!"*» (…) «*Vosotros hombres superiores, —así dice la plebe parpadeando— no existen hombres superiores, todos somos iguales, el hombre no es más que hombre, ¡ante Dios – todos somos iguales! ¡Ante Dios! – Mas ahora ese Dios ha muerto. Y ante la plebe nosotros no queremos ser iguales. ¡Vosotros hombres superiores, marchaos del mercado!*» (N. del E. D.)]. <<

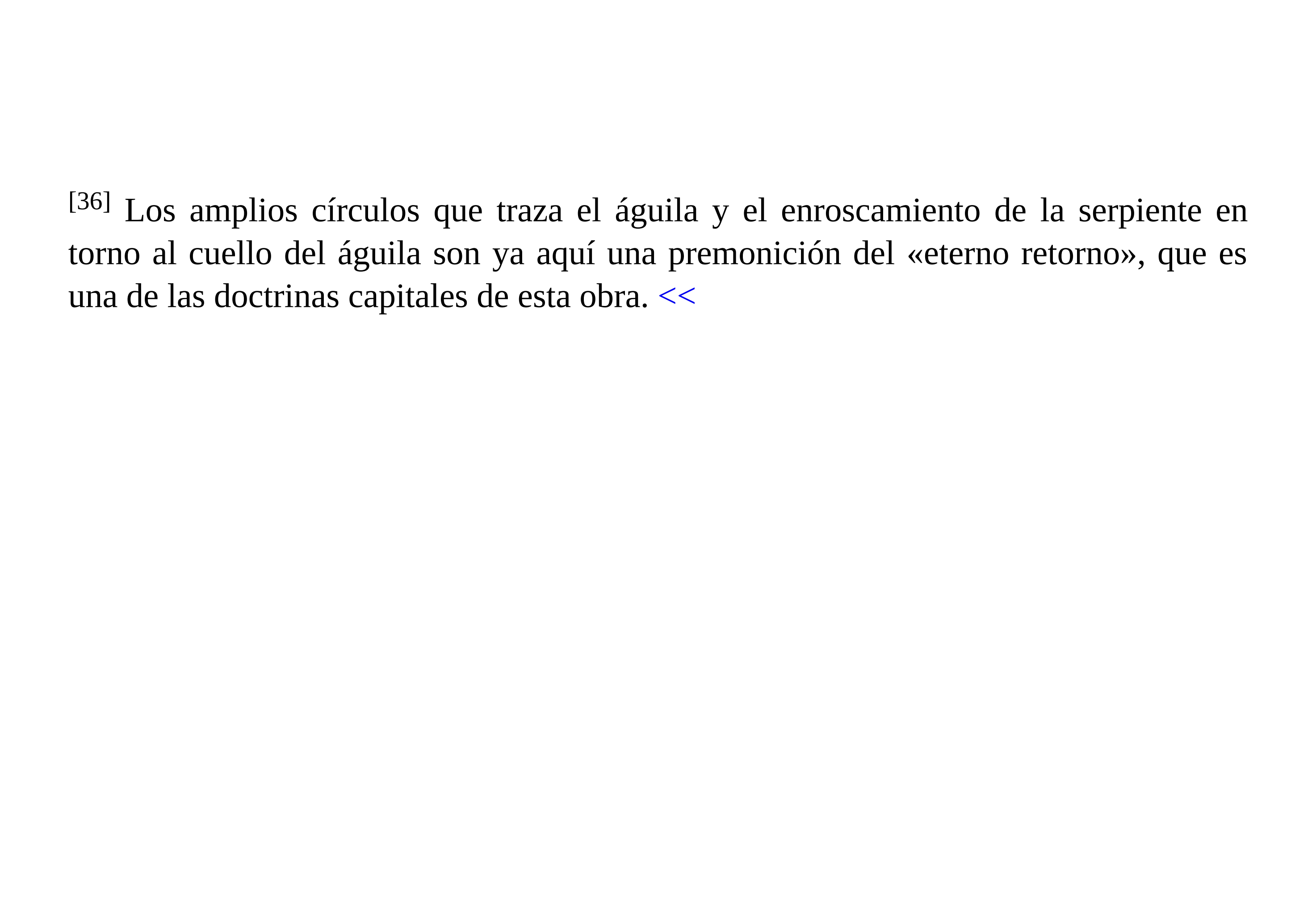
[33] Juego de palabras en alemán entre *Brecher* (destructor, rompedor, quebrantador) y *Verbrecher* (infractor, criminal). También Moisés rompe las tablas; véase *Éxodo*, 32, 19: «Al acercarse al campamento y ver el becerro y las danzas, Moisés, enfurecido, tiró las tablas y las rompió al pie del monte». En esta obra Zaratustra utiliza numerosas veces esta contraposición. <<



[34] Reminiscencia del *Evangelio de Mateo*, 9, 37: «La mies es abundante y los braceros, pocos». <<



[35] Juego de palabras en alemán entre *Einsiedler* (eremitas) y *Zweisiedler* (término este último creado por Nietzsche y que hace referencia al matrimonio, esto es, a la «soledad de dos en compañía»). <<



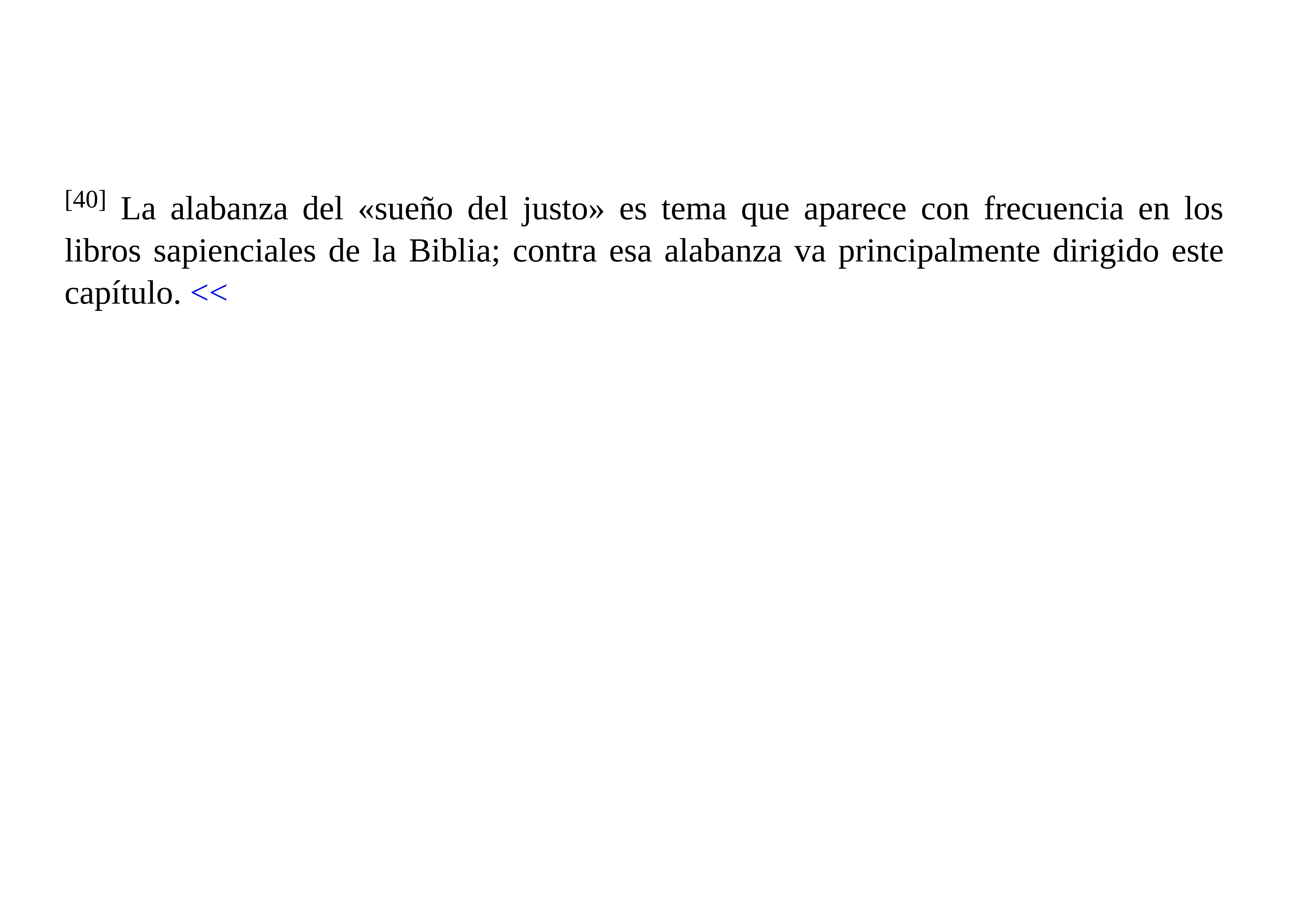
[36] Los amplios círculos que traza el águila y el enroscamiento de la serpiente en torno al cuello del águila son ya aquí una premonición del «eterno retorno», que es una de las doctrinas capitales de esta obra. <<



[37] Reminiscencia, modificando su sentido, del *Evangelio de Mateo*, 4, 1. En el evangelio es el Tentador el que sube a la montaña para inducir a Jesús a pecar. <<

[38] Véase el *Evangelio de Mateo*, 5, 44: «Amad a vuestros enemigos». <<

[39] La expresión «La Vaca Multicolor» (*die bunte Kuh*) es traducción literal del nombre de la ciudad Kalmasadalmyra (en pali: Kammasuddaman), visitada por Buda en sus peregrinaciones. <<



[40] La alabanza del «sueño del justo» es tema que aparece con frecuencia en los libros sapienciales de la Biblia; contra esa alabanza va principalmente dirigido este capítulo. <<

[41] Véase *Éxodo*, 20, 16: «No dirás falso testimonio»; *Éxodo*, 20, 14: «No cometerás adulterio»; *Éxodo*, 20, 17: «No desearás… la sierva de tu prójimo». Zaratustra cita textualmente estos tres preceptos bíblicos. <<



[42] En los libros sapienciales de la Biblia la «paz con Dios» figura entre los requisitos del «sueño del justo». <<



[43] Sobre la obediencia a la autoridad véase *Romanos*, 13, 1: «Todos debéis estar sometidos a la autoridad». <<



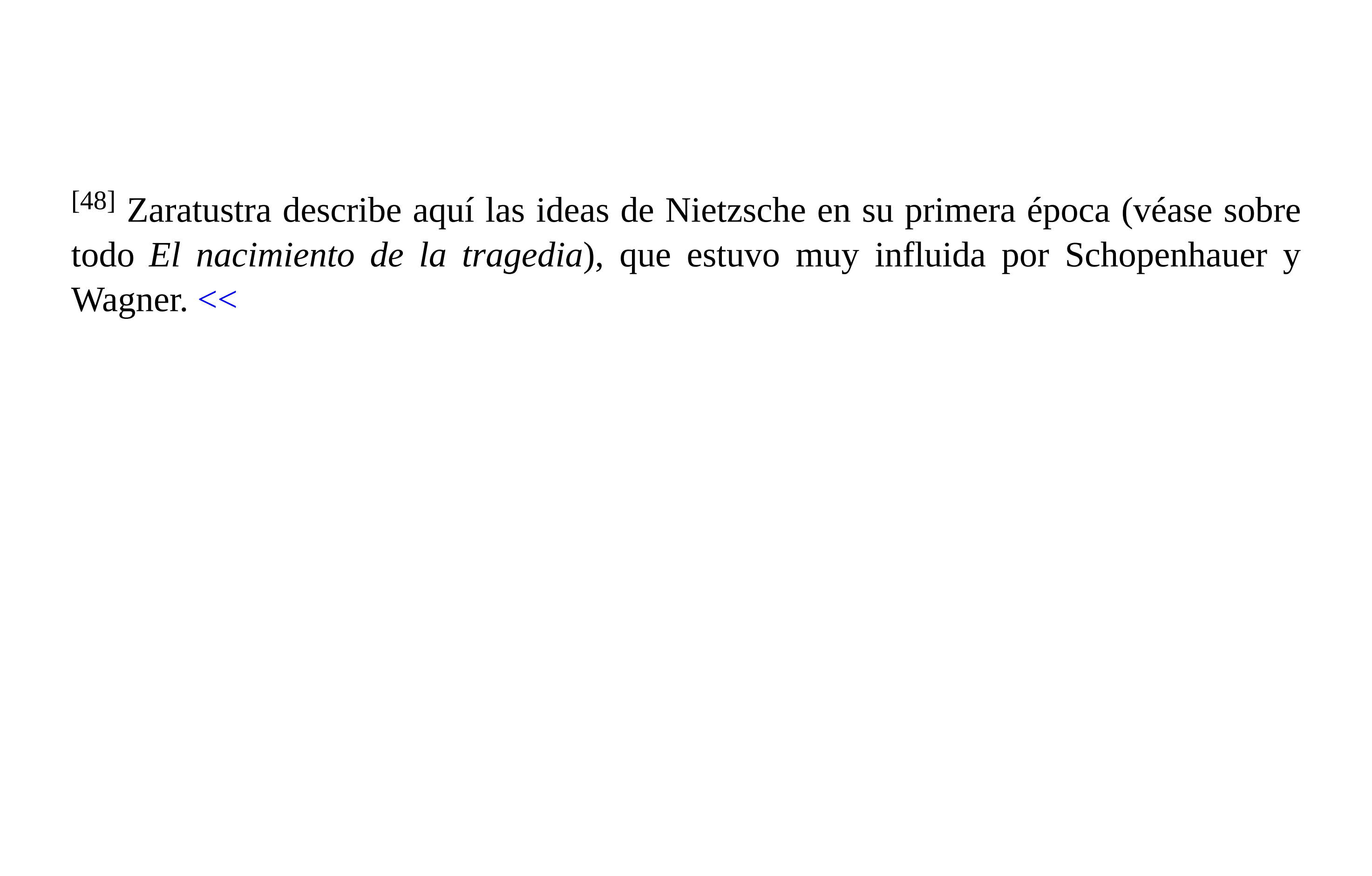
[44] Cita del *Salmo* 23, 1-2: «Mi pastor… me pone en verdes pastos y me lleva a frescas aguas». <<



[45] Parodia del *Evangelio de Mateo*, 5, 3: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». <<

[46] Alusión a *Proverbios*, 3, 24: «Te acostarás y dormirás dulce sueño. No tendrás temor de repentinos temores…». También de Buda se dice que «dormía sin soñar, como un niño o un gran sabio». <<

[47] *Hinterweltler*. Término forjado por Nietzsche y que ya había empleado una vez en *Humano, demasiado humano*, II, «Opiniones y sentencias varias», § 17. Aquí se traduce literalmente por «trasmundanos», pues parecen innecesarias y artificiales las traducciones que ordinariamente se han dado: «De los creyentes en ultramundos», «De los alucinados de un mundo pretérito», «De los visionarios del más allá», etc. Nietzsche formó esta palabra por analogía con *Hinterwäldler*, de uso corriente, que significa: el que habita en el *Hinterwald* (la parte de detrás del bosque), pero también: «troglodita», «provinciano», «hombre inculto». El «trasmundano» es, evidentemente, el «metafísico». <<



[48] Zaratustra describe aquí las ideas de Nietzsche en su primera época (véase sobre todo *El nacimiento de la tragedia*), que estuvo muy influida por Schopenhauer y Wagner. <<

[49] Véase antes el *Prólogo de Zaratustra*, § 2 [«*Entonces llevabas tu ceniza a la montaña*» (N. del E. D.)]; y la nota 8 [«*La ceniza es símbolo de la cremación y el rechazo de los falsos ideales juveniles*» (N. del E. D.)]. <<

[50] *Mit dem Kopf durch die Wand* (*gehen*) es una frase hecha alemana que significa literalmente «(querer atravesar) la pared con la cabeza», pero que alude a las personas muy tercas, «cabezotas» (tanto, que se empeñan en algo imposible, a saber: «atravesar la pared con la cabeza»). Al variar ligeramente la frase, mediante la adición del adjetivo *letzte* («últimas» paredes, es decir, los límites de este mundo), Nietzsche ironiza sobre los trasmundanos. <<

[51] La «sangre redentora» es expresión bíblica. Véase 1 *Pedro*, 1, 19. En *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 131) Nietzsche reprocha a Wagner el que se dejase seducir por la «sangre redentora». Véase la nota 72 del traductor a *La genealogía de la moral*. <<



[52] Alusión al cáliz y a la Última Cena. Véase el *Evangelio de Mateo*, 26, 27: «Bebed de él todos, que ésta es mi sangre». <<

[53] La «cosa en sí» es término procedente de Kant y contra él polemiza Nietzsche en numerosas ocasiones. De él se deriva la expresión propia del idealismo alemán «en sí y para sí» (*an sich und für sich*). Más adelante, en la cuarta parte, *La ofrenda de la miel*, Zaratustra se burlará de esta última expresión, hablando de «en mí y para mí». <<

[54] El poeta griego Simónides dice en uno de sus «trenos» (el 542 en la numeración de D. L. Page): «Es difícil llegar a ser un hombre excelente, cuadrado de manos, de pies, de inteligencia, terminado sin reproche…». Tanto Platón en el *Protágoras* (339 b) como Aristóteles en su *Retórica* (1411 b 26) citan esta metáfora de Simónides. De cualquiera de ellos pudo tomar Nietzsche esta imagen, que también repite más tarde; véase, en esta primera parte, *Del hijo y del matrimonio* [«*Por encima de ti debes construir. Pero antes tienes que estar construido tú mismo, cuadrado de cuerpo y de alma*» (N. del E. D.)], y en la cuarta parte, *El saludo* [«*¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Es a* otros *a quienes aguardo yo aquí en estas montañas, y mi pie no se moverá de aquí sin ellos, a otros más altos, más fuertes, más victoriosos, más alegres, cuadrados de cuerpo y de alma:* ¡leones rientes *tienen que venir!*» (N. del E. D.)]. <<



[55] Véase la nota 23 [«*Paráfrasis, modificando su sentido, del* Evangelio de Juan, *10, 16: “Habrá un solo rebaño y un solo pastor”*» (N. del E. D.)]. <<

[56] *Selbst*. Se traduce aquí, no por *yo*, como a veces se hace, sino por *sí-mismo*. Nietzsche contrapone *Ich* (yo) y *Selbst* (sí-mismo), como puede verse en el párrafo siguiente y, en general, en todo este capítulo. <<

[57] Véase *Más allá del bien y del mal* (edición citada, § 78, p. 101):«Quien a sí mismo se desprecia continúa apreciándose, sin embargo, a sí mismo en cuanto despreciador». <<

[58] *Von den Freudenschaften und Leidenschaften*. Por analogía con *Leidenschaft* (pasión), Nietzsche crea aquí la palabra *Freudenschaft*, derivándola de *Freude* (alegría). Con ello subraya el elemento *Leiden* (sufrimiento) del término *Leidenschaft*. «Pasión» implica aquí, pues, simultáneamente dos significados: pasión (como movimiento afectivo) y *padecimiento*. <<

[59] Sobre los «pretiles junto a la corriente» puede verse luego, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 8 [«*Cuando el agua tiene maderos para atravesarla, cuando puentecillos y pretiles saltan sobre la corriente: en verdad, allí no se cree a nadie que diga: “Todo fluye”*» (N. del E. D.)], y la nota 375 [«*Frase de Heráclito. En este § 8 hace Nietzsche un uso muy peculiar de la contraposición entre Heráclito y Parménides, según los viejos textos griegos. Por otra parte, todo el decorado figurativo se apoya en dos frases populares alemanas que aparecen aquí textualmente:* das Wasser hat keine Balken *(literal: «el agua no tiene maderos», pero que corresponde aproximadamente a la expresión castellana «el mar es muy traidor»), e* ins Wasser fallen *(literal: “caer al agua”, pero en el sentido de “irse al agua”, “malograrse algo”)*» (N. del E. D.)]. <<

[60] Véase el *Evangelio de Juan*, 4, 24: «Dios es espíritu». En la cuarta parte, *La fiesta del asno*, § 1, el papa jubilado criticará la frase «Dios es espíritu» [«*Aquél que dijo “Dios es espíritu” fue el que dio hasta ahora en la tierra el paso y el salto más grandes hacia la incredulidad: ¡no es fácil reparar el mal que esa frase ha hecho en la tierra!*» (N. del E. D.)]. <<



[61] Los tres párrafos que van desde «Vosotros miráis…» hasta aquí fueron colocados por Nietzsche como *motto* al frente de la tercera parte de esta obra. <<

[62] El tercer tratado de *La genealogía de la moral* lleva a su frente, como *motto*, esta frase. Nietzsche dice en el prólogo que ese tercer tratado, titulado «¿Qué significan los ideales ascéticos?», es todo él «un comentario» del citado párrafo (véase pp. 30-31 de *La genealogía de la moral*). <<

[63] Reminiscencia irónica del *Evangelio de Mateo*, 21, 5: «Y los discípulos… trajeron la borrica y el pollino» (preparativos para la entrada de Jesús en Jerusalén). <<

[64] Juego de palabras, en alemán, entre vivir (*leben*) y amar (*lieben*). <<

[65] Paráfrasis de *Hamlet*, acto II, escena 2: «Ocurrencias felices que suele tener la demencia, y que ni la más sana razón y lucidez podrían soltar con tanta fortuna» (palabras de Polonio a Hamlet). <<

[66] Véase, en la tercera parte, *De la visión y del enigma*, así como *Del espíritu de la pesadez*, donde Nietzsche desarrolla con detalle el significado del «espíritu de la pesadez». <<

[67] En la cuarta parte, *La fiesta del asno*, el más feo de los hombres recordará a Zaratustra esta enseñanza [«*Pero yo sé una cosa, de ti mismo la aprendí en otro tiempo, oh Zaratustra: quien más a fondo quiere matar*, ríe. *“No con la cólera, sino con la risa se mata” así dijiste tú en otro tiempo*» (N. del E. D.)]. <<

[68] Éste es uno de los capítulos de mayor impregnación evangélica en su ambientación. Recuerda sobre todo la conversación de Jesús con el joven rico (véase el *Evangelio de Mateo*, 19, 16 y ss.), pero también el hecho de que Jesús encontrase a algunos de sus primeros discípulos debajo de un árbol; véase el *Evangelio de Juan*, 1, 48: «Contestó Jesús, y le dijo: Antes de que Felipe te llamase, te vi cuando estabas debajo de la higuera. Natanael le contestó: Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Contestó Jesús y le dijo: ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver». <<



[69] Reminiscencia del *Evangelio de Juan*, 3, 8: «El viento sopla donde quiere; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adonde va». <<

[70] Véase, en la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 6, donde vuelve a aludirse a lo aquí indicado [«… *sólo así crece el hombre hasta* aquella *altura en que el rayo cae sobre él y lo hace pedazos: ¡suficientemente alto para el rayo!*» (N. del E. D.)]. <<

[71] Como en varias otras ocasiones, Nietzsche utiliza aquí la expresión evangélica con que se caracteriza el llanto de Pedro tras negar a Jesús; véase el *Evangelio de Mateo*, 26, 75: «Y enseguida cantó un gallo. Pedro se acordó de las palabras de Jesús: “Antes que cante el gallo me negarás tres veces”. Y saliendo fuera, lloró amargamente». <<

[72] Véase antes, *De las alegrías y de las pasiones* [«*En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras*» (N. del E. D.)], y más tarde, sobre todo, *Del hijo y del matrimonio*, donde se desarrolla este mismo pensamiento. <<



[73] Un amplio desarrollo de las ideas que aparecen en este capítulo puede verse en *La genealogía de la moral* (edición citada, pp. 150-153). <<

[74] *Dahinfahren*. Nietzsche utiliza aquí el término empleado por Lutero en su traducción de la Biblia para indicar el «tránsito» (a la otra vida). Recuérdese lo dicho en la *Introducción* acerca de la utilización de vocablos luteranos en esta obra [«*Conocidos por Nietzsche con detalle desde los primeros años de su vida el vocabulario y la construcción sintáctica de Lutero, éstos afloran ahora por todas partes en su lenguaje, llegando hasta la selección de términos y locuciones y al modo de combinar las frases*» (N. del E. D.)]. <<

[75] Alusión a Pascal: «El hombre es una caña que piensa». <<

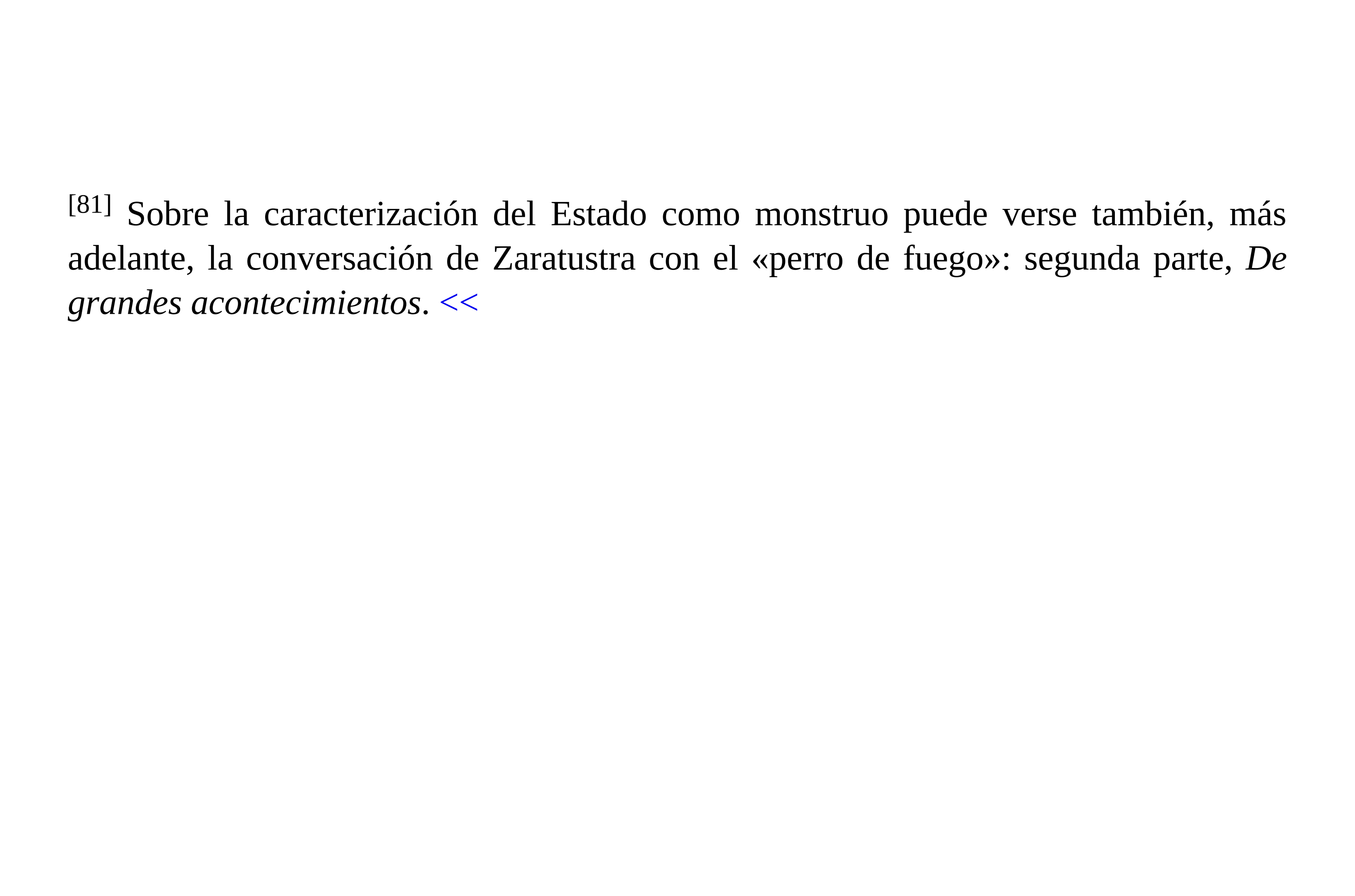
[76] Más adelante, *De la muerte libre*, puede verse un amplio desarrollo de esta idea. <<

[77] En la cuarta parte, *Coloquio con los reyes*, los reyes recordarán a Zaratustra estas palabras [«*Tenemos que* oírle *a él, a él que enseña “¡debéis amar la paz como medio para nuevas guerras, y la paz corta más que la larga!”*» (N. del E. D.)]. <<

[78] En el mismo capítulo citado en la nota anterior, los reyes dicen a Zaratustra: «Nadie ha dicho hasta ahora palabras tan belicosas como: “¿Qué es bueno? Ser valiente es bueno. La buena guerra es la que santifica toda causa”. Oh, Zaratustra, la sangre de nuestros padres se agitaba en nuestro cuerpo al oír tales palabras». <<

[79] El propio Zaratustra cita más adelante esta enseñanza suya; véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 21 [«*Debéis tener sólo enemigos que haya que odiar, pero no enemigos que haya que despreciar: es necesario que estéis orgullosos de vuestro enemigo: así lo he enseñado ya una vez*» (N. del E. D.)]. <<

[80] La contraposición entre «tú debes» y «yo quiero» ha sido desarrollada antes en esta misma parte, *De las tres transformaciones*. Zaratustra volverá a mencionarla en la parte tercera, *De tablas viejas y nuevas*, § 9. <<



[81] Sobre la caracterización del Estado como monstruo puede verse también, más adelante, la conversación de Zaratustra con el «perro de fuego»: segunda parte, *De grandes acontecimientos*. <<

[82] «Esta señal os doy» es frase bíblica que aparece en *Isaías*, 7, 14: «Pues bien, el Señor mismo os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá y parirá un hijo». También los Evangelios utilizan repetidas veces la expresión «dar una señal». <<



[83] Cita del *Evangelio de Mateo*, 4, 9: «Todo esto te daré si, postrándote ante mí, me adoras» (palabras del Tentador a Jesús). <<

[84] Sobre la caracterización del «periódico» véase también, en la tercera parte, *Del pasar de largo* [«*¿No ves pender las almas como pingajos desmadejados y sucios? ¡Y hacen hasta periódicos de esos pingajos!*» (N. del E. D.)]. <<

[85] Sobre la «pequeña pobreza» puede verse, en la cuarta parte, *La Cena*, donde el adivino «cita» esta frase de Zaratustra y le da una explicación irónica [«*¡Qué raro! ¿Se han escuchado alguna vez tales cosas inteligentes de boca de un sabio? Y, en verdad, lo más raro en un sabio es que, además, hable con inteligencia y no sea un asno*» (N. del E. D.)]. <<

[86] Sobre la sangre como argumento de la verdad puede verse, en la segunda parte, *De los sacerdotes* [«*Ahí hay sacerdotes: y aunque son mis enemigos, ¡pasad a su lado en silencio y con la espada dormida! También entre ellos hay héroes; muchos de ellos han sufrido demasiado: por esto quieren hacer sufrir a otros. Son enemigos malvados: nada es más vengativo que su humildad. Y fácilmente se ensucia quien los ataca. Pero mi sangre está emparentada con la suya; y yo quiero que mi sangre sea honrada incluso en la de ellos*» (N. del E. D.)]; Nietzsche desarrolla esta idea también en el § 53 de *El Anticristo* (edición citada, pp. 101-103). <<



[87] Véase *Más allá del bien y del mal* (edición citada, § 170, p. 119): «En el elogio hay más entrometimiento que en la censura». <<

[88] Alusión al *Evangelio de Mateo*, 8, 28-32: «Llegó él a la orilla de enfrente, a la región de los gadarenos. Desde el cementerio salieron a su encuentro dos endemoniados; eran tan peligrosos que nadie se atrevía a transitar por aquel camino. De pronto empezaron a gritar: "¿Quién te mete a ti en esto, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?". Una gran piara de cerdos estaba hozando a distancia. Los demonios le dijeron: "Si nos echas, mándanos a la piara". Jesús les dijo: "Id". Salieron y se fueron a los cerdos. De pronto la piara se abalanzó al lago, acantilado abajo, y murió ahogada». <<



[89] Paráfrasis de *1 Corintios*, 7, 1-2: «Bueno es al hombre no tocar mujer: mas, por evitar la fornicación, tenga cada uno su mujer y cada una tenga su marido». <<

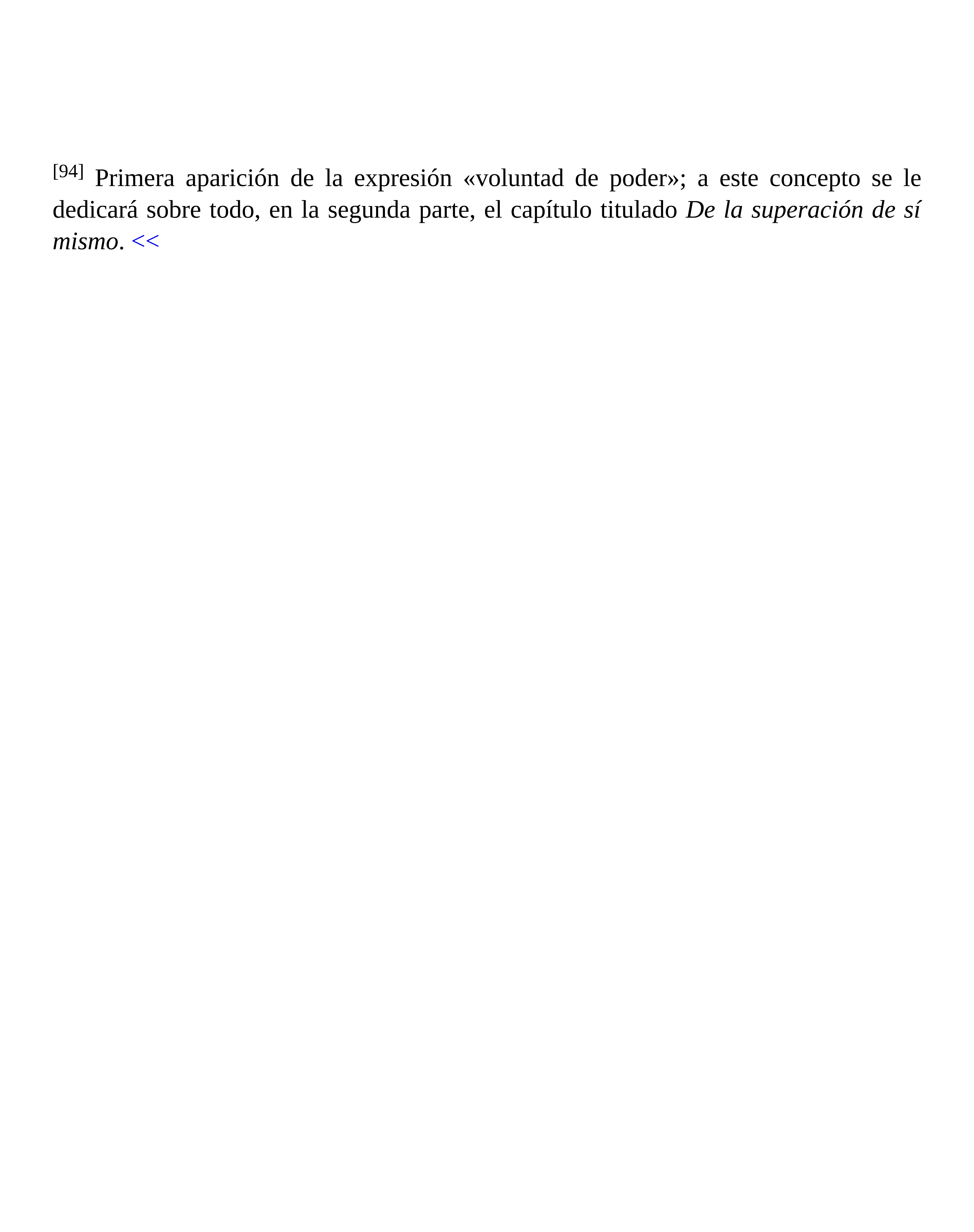


[90] Reminiscencia de la frase de Séneca (carta 31): *Deus nudus est* (Dios está desnudo). <<

[91] Véase la nota 31 [«*Sobre esta costumbre de Zaratustra de “mirar a la cara a todas las cosas que duermen” véase también el* Prólogo de Zaratustra *(A continuación Zaratustra volvió a caminar durante dos horas, confiando en el camino y en la luz de las estrellas: pues estaba habituado a andar por la noche y le gustaba mirar a la cara a todas las cosas que duermen); y en la cuarta parte,* La sombra *(A los errantes como tú, incluso una cárcel acaba pareciéndoles la bienaventuranza. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales encarcelados? Duermen tranquilamente, disfrutan su nueva seguridad)*» (N. del E. D.)]. <<

[92] Zaratustra condensa en este párrafo la doctrina griega sobre la amistad expuesta por Platón en *La república* (576 a) y por Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* (1161 a 30 - b 10). <<

[93] Suele traducirse este título por: «De las mil y una metas». Como se verá por el desarrollo de todo el capítulo y sobre todo por los párrafos finales, Nietzsche no se ha querido dejar llevar por la expresión popular en todos los idiomas: «las mil y una», sino que, como él mismo dice: «Mil metas ha habido hasta ahora, pues mil pueblos ha habido. Sólo falta la cadena de las mil cervices, falta *la única meta*». La versión aquí dada, «De las mil metas y de la única meta», se apoya en el hecho de haber escrito Nietzsche: *Von tausend und Einem Ziele*, en lugar de: *Von tausend und einem Ziele*, como habría escrito si hubiera querido decir: «De las mil y una metas». <<



[94] Primera aparición de la expresión «voluntad de poder»; a este concepto se le dedicará sobre todo, en la segunda parte, el capítulo titulado *De la superación de sí mismo*. <<

[95] Esta divisa del honor de la sociedad aristocrática griega tiene su expresión clásica en el verso 208 del libro VI de *La Ilíada*: «Siempre ser el mejor y estar por encima de los demás». Idénticas palabras se repiten en el verso 784 del libro XI, donde aparecen como consejo del anciano Peleo a su hijo Aquiles. <<

[96] El pueblo persa. Véase también *Ecce homo* (edición citada, p. 137): «Decir la verdad y disparar bien con flechas, ésa es la virtud persa». <<



[97] El pueblo judío. Véase *Éxodo*, 20, 12: «Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años en la tierra que Yahvé, tu Dios, va a darte». <<

[98] El pueblo alemán. <<

[99] Nietzsche basa esta afirmación suya en su creencia de que la palabra alemana *Mensch* (hombre) viene del latín *mensuratio* (medida). Esta misma opinión la aduce también en *La genealogía de la moral* (véase edición citada, p. 45). <<

[100] *Nächste, Fernste*. La circunstancia de que *der Nächste* (el prójimo) sea en alemán un superlativo (*nahe*, cerca: *Nachbar*, vecino; *Nächste*, prójimo, o, si se quiere, el «más próximo de todos») permite a Nietzsche ampliar verbalmente la distancia entre los dos extremos y decir: *der Fernste* (el más lejano de todos), en lugar de *der Ferne* (el lejano), que sería, en castellano, lo contrario del prójimo (próximo). El «amor al prójimo» es un precepto bíblico: *Levítico*, 19, 18; *Evangelio de Mateo*, 22, 39; *Evangelio de Marcos*, 12, 31: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». <<

[101] Véase la nota anterior. <<

[102] Véase *Amós*, 5, 21: «Yo odio y aborrezco vuestras fiestas» (palabras de Yahvé a los hebreos). <<

[103] Véase antes *De las tres transformaciones*, la descripción del niño: «Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí». <<

[104] Un desarrollo de esta idea puede verse en *La genealogía de la moral*, tratado tercero, «¿Qué significan los ideales ascéticos?» (véase, edición citada, p. 127). También aquí se alude más adelante a esto mismo: véase, en la cuarta parte, *La sombra*. <<

[105] Véase, en la segunda parte, *De los doctos* [«*Mas, a pesar de todo, con mis pensamientos camino* por encima *de sus cabezas; y aun cuando yo quisiera caminar sobre mis propios errores, continuaría estando por encima de ellos y de sus cabezas*» (N. del E. D.)]. <<

[106] *O sancta simplicitas* es frase que se dice pronunciada por Juan Hus (1369-1415) cuando, encontrándose sobre la hoguera a que se le había condenado por hereje, vio cómo una viejecilla, movida por su celo religioso, arrojaba más leña a las llamas en que aquél ardía. <<



[107] Una paráfrasis y ampliación de las ideas sobre la mujer expuestas aquí por Zaratustra pueden verse en *Ecce homo*, pp. 71-72. <<

[108] Paráfrasis irónica del *Evangelio de Lucas*, 1, 37: «Para Dios nada es imposible». Son palabras del ángel Gabriel a María al anunciarle que su pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez. <<

[109] En la tercera parte, *La otra canción del baile*, Zaratustra usará este látigo para hacer que la vida —«una mujer»— baile [«*¡Al compás de mi látigo debes bailar y gritar para mí!*» (N. del E. D.)]. <<

[110] Posible reminiscencia de *Hamlet*, I, 5. La Sombra (el alma del padre de Hamlet) le cuenta a éste: «Ha corrido la voz de que, estando yo dormido en mi jardín, me picó una serpiente…». <<

[111] Véase la nota 28 [«*Cita ligeramente modificada de* Proverbios*, 4, 19: “Oscuros son los caminos del ateo” (traducción de Lutero). Lutero emplea el término* gottlos *(literalmente: sin-dios), expresión que luego va a ser epíteto constante de Zaratustra. Pero son los “buenos y justos” los que se lo aplican (…) Luego Zaratustra se apropiará con orgullo de esa calificación. Los buenos y justos son también los que llaman a Zaratustra “el aniquilador de la moral”*» (N. del E. D.)]. <<



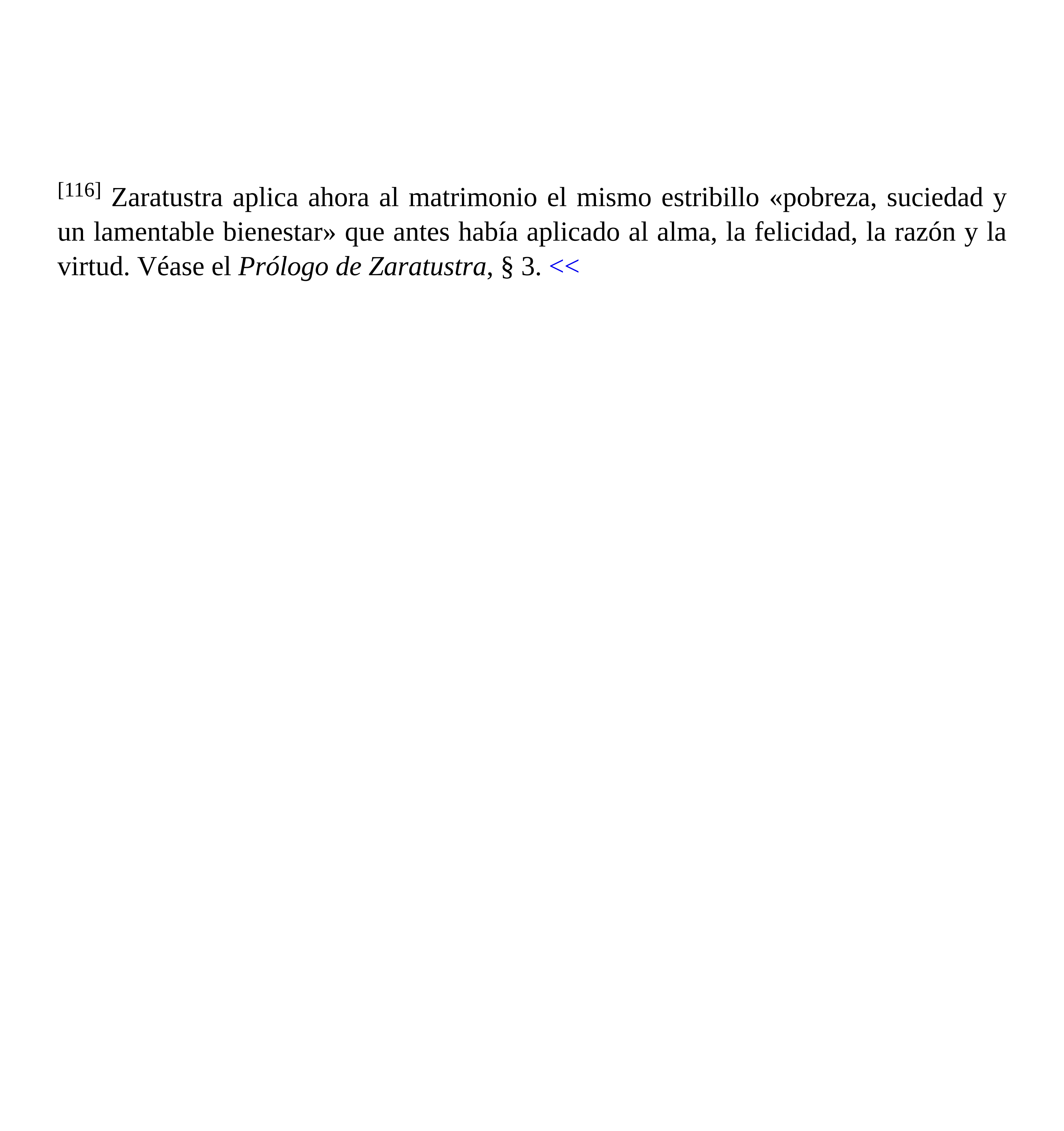
[112] Antítesis de lo que dice el *Evangelio de Mateo*, 5, 44: «Bendecid a quienes os maldicen». <<

[113] Véase antes, *Del pálido delincuente*. <<

[114] Véase la nota 54 [«*El poeta griego Simónides dice en uno de sus "trenos" (el 542 en la numeración de D. L. Page): "Es difícil llegar a ser un hombre excelente, cuadrado de manos, de pies, de inteligencia, terminado sin reproche…". Tanto Platón en el* Protágoras *(339 b) como Aristóteles en su* Retórica *(1411 b 26) citan esta metáfora de Simónides. De cualquiera de ellos pudo tomar Nietzsche esta imagen*» (N. del E. D.)]. <<



[115] En la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 24, repetirá Zaratustra este consejo con las mismas palabras. <<



[116] Zaratustra aplica ahora al matrimonio el mismo estribillo «pobreza, suciedad y un lamentable bienestar» que antes había aplicado al alma, la felicidad, la razón y la virtud. Véase el *Prólogo de Zaratustra*, § 3. <<

[117] Antítesis de lo que dice el *Evangelio de Mateo*, 19, 6: «… lo que Dios ha unido». El «dios cojo» es una alusión al dios griego Hefesto, que, como se dice en el párrafo anterior, «traba en una red celestial» a su esposa Afrodita y a Ares, al sorprenderlos en adulterio. <<

[118] Cita irónica de una conocida frase de Goethe al final de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*: «Saúl, hijo de Quis, salió a buscar las pollinas de su padre y encontró un reino». La frase de Goethe es una síntesis de lo narrado en la Biblia, capítulos 9 y 10 de *1 Samuel*. <<

[119] Algunos comentaristas han querido ver en estas cuatro sarcásticas viñetas otras tantas alusiones a cuatro matrimonios amigos de Nietzsche. La identificación es peligrosa e insegura. Es posible que las «vivencias» de Nietzsche al contemplar ciertos matrimonios se expresasen en esos mismos enunciados. Mas, como ocurre en toda esta obra, Nietzsche transpone sus vivencias a un plano general. Véase antes, *Introducción del traductor* [«*En cambio, nos parece que las "alusiones" directas a personas y acontecimientos de su vida, aunque estuvieran suficientemente documentadas por otras fuentes (cartas o declaraciones del propio Nietzsche), cosa que resulta difícil lograr, no merecen apenas atención. Estaba Nietzsche demasiado absorto en la "visión del enigma" como para que tales pequeñeces le mereciesen relieve*» (N. del E. D.)]. <<

[120] «Beber el cáliz» es expresión bíblica. Véase el *Evangelio de Mateo*, 26, 27-29. <<

[121] «El aguijón de la muerte» es expresión bíblica. Véase *1 Corintios*, 15, 55: «Muerte, ¿dónde está tu aguijón?». Por contraposición a él, Zaratustra hablará en la tercera parte del «aguijón de la libertad»; véase *De tablas viejas y nuevas* [«… *hacia allí donde todo tiempo me pareció una bienaventurada burla de los instantes, donde la necesidad era la libertad misma, que jugaba bienaventuradamente con el aguijón de la libertad*» (N. del E. D.)]. <<

[122] Véase la nota 11 [«*Alusión a* 1 Tesalonicenses, *5, 2: “Pues sabéis perfectamente que el día del Señor llegará como un ladrón de noche”*» (N. del E. D.)]. <<



[123] La alusión a «el hebreo Jesús» como un personaje ya fallecido y, por lo tanto, anterior a Zaratustra es un anacronismo voluntario. No es el único en esta obra. <<

[124] Alusión a lo que se dice en el *Evangelio de Lucas*, 6, 25: «¡Ay de los que ahora reís, porque vais a lamentaros y llorar!». En la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 16, vuelve Zaratustra a tratar este tema. <<



[125] La «pelota de oro» es aquí símbolo de la doctrina de Zaratustra. Zaratustra la lanza a sus discípulos para que éstos la recojan y continúen. <<

[126] Nietzsche presenta aquí a Zaratustra seguido por sus discípulos en una situación parecida a la que los Evangelios narran de Jesús. Véase, por ejemplo, el *Evangelio de Lucas*, 8, 1: «Jesús iba recorriendo una tras otra las ciudades y aldeas, predicando y anunciando la buena nueva del reino de Dios; y con él iban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malos y enfermedades». <<

[127] Este bastón, con su simbolismo de la serpiente, alude al cetro de Esculapio, dios de la medicina en la Antigüedad griega. Zaratustra es el médico de las enfermedades de este mundo. Todo este § 1 es un comentario del símbolo del bastón, como puede verse en el párrafo final: «Poder es esa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, un alma inteligente: un sol de oro y, en torno a él, la serpiente del conocimiento». La «serpiente del conocimiento» es concepto que deriva de la Biblia. Véase *Génesis*, 3, 5. <<

[128] En la tercera parte, *De los tres males*, § 2, se alude directamente a esta enseñanza [«*Y entonces ocurrió también, —¡y, en verdad, ocurrió por vez primera!— que su palabra llamó bienaventurado al* egoísmo, *al egoísmo saludable, sano, que brota de un alma poderosa*» (N. del E. D.)]. <<

[129] La palabra alemana *Notwendigkeit* (necesidad) está compuesta de *Not* (necesidad, en el sentido de menesterosidad, «necesidades») y *Wende* (viraje). Nietzsche separa estos dos componentes y realiza un juego de palabras muy difícil de verter al castellano. Se trata, sin embargo, de un concepto central de Nietzsche. El texto alemán dice así: *Wenn Ihr Eines Willens Wollende seid, und diese Wende aller Not euch Notwendigkeit heisst*. Como acaba de decirse, la palabra *Not* significa: necesidad, menesterosidad; y *Wende*, viraje, en el sentido de dar la vuelta, volver una cosa hacia atrás, rechazarla y apartarla haciéndola girar. De aquí que a aquello que (*ab*)*wendet* (aparta) una *Not* (necesidad) se lo empezase a llamar en alemán, en el siglo XVI, *notwendig* (necesario). Se da, pues, la paradoja de que se llama necesario (*notwendig*) a lo que aleja de nosotros (*wenden*) la necesidad (*Not*). Seguramente ahora podrá comprenderse mejor la frase de Nietzsche. Zaratustra dice: vuestra «necesidad» (*Notwendigkeit*) debe consistir en que vuestra voluntad (*Wille*), siendo *una sola* voluntad, constituya el viraje (Wende) de la necesidad, de la menesterosidad (Not). Lo que el hombre necesita es rechazar la necesidad, lo cual se realiza teniendo una sola voluntad. Lutero no conoce aún la palabra *Notwendigkeit*, cuya historia en el idioma alemán es bastante complicada. <<

[130] Cita del *Evangelio de Lucas*, 4, 23: «Seguro que me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo» (palabras de Jesús a sus interlocutores en la sinagoga de Cafarnaum). <<

[131] «Pueblo elegido»: concepto bíblico para designar a Israel. Véase el *Salmo* 105, 43. Zaratustra establece aquí una antítesis entre «los que se han elegido a sí mismos» y «los elegidos por Dios». <<

[132] Paráfrasis, invirtiendo el sentido, del *Evangelio de Mateo*, 5, 43-44. «Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos». <<

[133] Alusión a la fábula narrada por Aristóteles en su *Poética* (1452 s. 7-10): «También lo fortuito nos maravilla más cuando parece hecho de intento, por ejemplo cuando la estatua de Mitis, en Argos, mató al culpable de la muerte de Mitis, cayendo sobre él mientras asistía a un espectáculo». <<



[134] Paráfrasis, invirtiendo el sentido, del *Evangelio de Mateo,* 10, 33: «A todo el que me negase delante de los hombres yo le negaré también delante de mi Padre». <<

[135] En *Ecce homo* (edición citada, pp. 20-21), cita Nietzsche el pasaje que va desde «Ahora yo me voy solo…» hasta aquí para indicar que Zaratustra no es un «sabio», ni un «santo», ni un «redentor del mundo» a la manera usual. <<



[136] Estos dos últimos párrafos, desde «y solo…» hasta aquí, fueron colocados por Nietzsche como *motto* al frente de la segunda parte de esta obra. <<

[137] «El gran mediodía»: primera aparición de este importante concepto en esta obra. Zaratustra lo describe a grandes rasgos en el párrafo siguiente. Véase también, en la tercera parte, *De la virtud empequeñecedora*, § 3 [«*¡Oh hora bendita del rayo! ¡Oh misterio antes del mediodía! En fuegos que se propagan voy a convertirlos todavía alguna vez, y en mensajeros con lenguas de fuego: ellos deben anunciar alguna vez con lenguas de fuego: ¡Llega, está próximo* el gran mediodía*!*» (N. del E. D.)], *Del pasar de largo* [«*Pues tales columnas de fuego deben preceder al gran mediodía*» (N. del E. D.)], *De los tres males*, § 2 [«*Mas para todos ellos llega ahora el día, la transformación, la espada del juicio,* el gran mediodía*: ¡entonces se pondrán de manifiesto muchas cosas!*» (N. del E. D.)], *De tablas viejas y nuevas*, § 3 [«*… la palabra de Zaratustra acerca del gran mediodía, y todo lo demás que yo he suspendido sobre los hombres, como segundas auroras purpúreas*» (N. del E. D.)] y § 30 [«*Que yo esté preparado y maduro alguna vez en el gran mediodía: preparado y maduro como bronce ardiente, como nube grávida de rayos y como ubre hinchada de leche*» (N. del E. D.)]; y en la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 2 [«*Sólo desde que él yace en la tumba habéis vuelto vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía, sólo ahora se convierte el hombre superior, ¡en señor!*» (N. del E. D.)], y *El signo* [«*¡Bien! El león ha llegado, mis hijos están cerca, Zaratustra está ya maduro, mi hora ha llegado: Ésta es* mi *mañana*, mi *día comienza:* ¡asciende, pues, asciende tú, gran mediodía!» (N. del E. D.)]. <<

[138] En la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 2, se repite esta frase. <<



[139] En los borradores Nietzsche había previsto para este capítulo el título de *La segunda aurora*. <<

[140] «El sembrador» es imagen evangélica. Véase *Evangelio de Mateo*, 13, 3 ss. <<



[141] Nietzsche desarrolla con detalle esta idea en esta misma segunda parte, *La canción de la noche*. <<

[142] Sobre la cizaña y el trigo véase el *Evangelio de Mateo*, 13, 24 y ss. (parábola de la cizaña). También aquí son los «enemigos» del sembrador los que plantan cizaña entre el trigo. <<



[143] La imagen de «salir en busca de los perdidos» es asimismo reminiscencia evangélica. Véase *Evangelio de Lucas*, 15, 4 y ss. (parábola de la oveja perdida). <<

[144] Esta frase es, incluso por su estructura verbal (*verwundet bin ich von meinem Glücke*), reminiscencia de las muy conocidas, entre wagnerianos, palabras de Brunilda en el tercer acto del *Sigfrido*: «Herido me ha quien me despertó» (*verwundet hat mich der mich erweckt*). Nietzsche cuenta que, cuando fue a visitar por vez primera a Wagner en Tribschen, estuvo «largo tiempo en silencio ante la casa y escuchaba un acorde doloroso, continuamente repetido». Ese acorde correspondía al tema del «despertar de Brunilda». <<

[145] Expresión bíblica. Véase el *Salmo* 50, 1: «Desde el poniente hasta el levante…». <<

[146] Anticipación del título del apartado siguiente. Véase la nota 149. <<

[147] Expresión bíblica para designar al demonio. <<

[148] El tema de la «sabiduría salvaje» tiene gran importancia como caracterización del saber propio de Zaratustra. Véase, en el párrafo siguiente, «leona Sabiduría». Véase también, en esta misma segunda parte, *De los sabios famosos*, donde Zaratustra contrapone esta sabiduría suya al saber de los «sabios famosos» que aparecen como «animales de carga». Véase asimismo, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 2 [«*Así gritaba y se reía en mí mi sabio anhelo, el cual ha nacido en las montañas y es, ¡en verdad!, una sabiduría salvaje – mi gran anhelo de ruidoso vuelo*» (N. del E. D.)]. <<

[149] En los borradores Nietzsche había previsto para este capítulo el título *De los dioses*. A pesar de la designación de «afortunadas», Nietzsche no se refiere ciertamente a las islas Canarias ni a unas «islas afortunadas» concretas. Si acaso, Nietzsche las situaba junto a Nápoles y aludiría a Ischia y Capri, muy conocidas y amadas por él desde su estancia en Sorrento. En una carta a Peter Gast (12 de agosto de 1883) dice Nietzsche lo siguiente: «Esta isla (Ischia) me obsesiona; cuando usted haya leído *Así habló Zaratustra II* hasta el final comprenderá con claridad dónde he situado yo mis "islas afortunadas"». <<



[150] Palabras citadas por Nietzsche en *Ecce homo* (p. 20) para subrayar lo que él llama el *tempo* delicadamente lento de estos discursos. <<

[151] El verbo alemán *ziehen*, que significa «sacar» (una conclusión, por ejemplo), «extraer», «arrastrar», permite a Nietzsche este juego de palabras, que, desarrollado, diría lo siguiente: Es cierto que yo he «sacado» la conclusión de la inexistencia de Dios; pero a la vez esa inexistencia de Dios me «saca», como conclusión suya, a mí. O lo que es lo mismo: Yo sólo existo en cuanto conclusión de la inexistencia de Dios. <<

[152] Inversión de la frase de Goethe, que dice exactamente lo contrario: «Todo lo perecedero no es más que un símbolo» (*Fausto*, final, verso 12104). Véase, en esta misma parte, *De los poetas*, así como la nota 223 [Dicho capítulo (*De los poetas*) es una parodia constante a los últimos versos del *Fausto* de Goethe. En dicha nota se reproducirá íntegramente el pasaje llamado *Chorus mysticus* que consta de los últimos ocho versos de la obra (N. del E. D.)]. <<

[153] En *La gaya ciencia*, aforismo 84, al final, dice Nietzsche: «¡Para una verdad es más peligroso que un poeta esté de acuerdo con ella que no que la contradiga! Pues como dice Homero: “Mucho mienten los poetas”». Aristóteles, que cita esta misma frase, afirma que se trata de un «proverbio» (*Metafísica*, 983 a 3). Véase Solón, fragmento 26 (Hiller). Véase también, en esta misma parte, *De los poetas*, donde, en diálogo con uno de sus discípulos, Zaratustra desarrolla este «proverbio». <<

[154] Esta misma frase se repite y amplifica en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 16 [«*El querer hace libres: pues querer es crear: así enseño yo. ¡Y* sólo *para crear debéis aprender!*» (N. del E. D.)]. Es antitética de la frase evangélica: «La verdad os hará libres» (*Evangelio de Juan*, 8, 32). <<



[155] A esta sombra, llamada más tarde «la sombra de Zaratustra», le estará dedicado en la parte cuarta, todo un capítulo. <<

[156] Cita de la bienaventuranza de Jesús (*Evangelio de Mateo*, 5, 7): «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». <<



[157] Véase, en la cuarta parte, *El más feo de los hombres*, cómo el propio Zaratustra practica esta doctrina al encontrarse con el más feo de los hombres. <<

[158] En la cuarta parte, *La Cena*, el mendigo voluntario recordará a Zaratustra esta frase [«*Ahora entiendo, ciertamente, lo que él nos enseñó en otro tiempo: ¡Alabada sea la pequeña pobreza! Y por qué quiere suprimir a los mendigos*» (N. del E. D.)]. <<

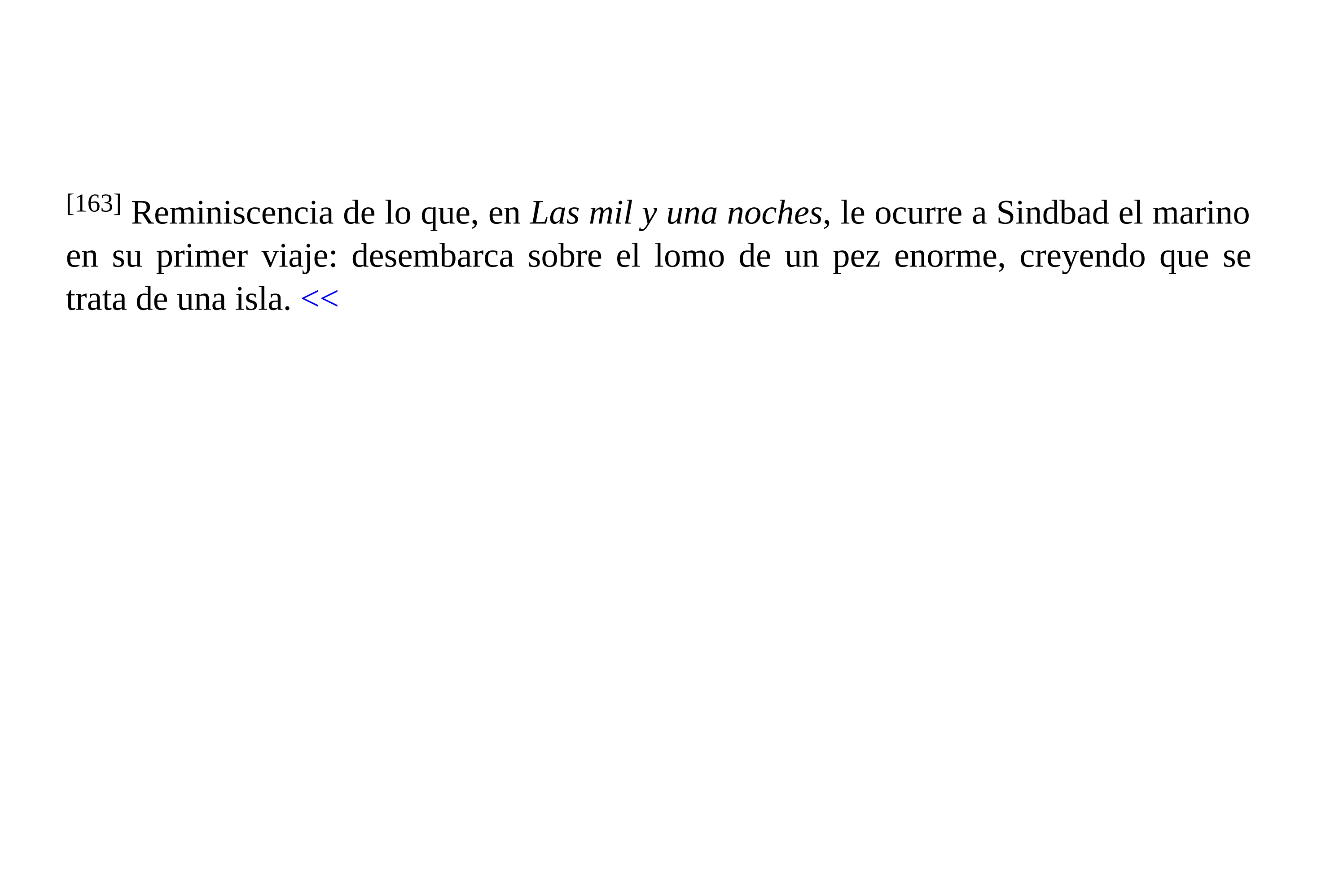
[159] Véase, en esta segunda parte, *De la redención*, donde Zaratustra aplica irónicamente esta doctrina a sí mismo [«*Es difícil vivir con hombres, porque callar es muy difícil. Sobre todo para un charlatán*» (N. del E. D.)]. <<

[160] Los cuatro párrafos que van desde «Ay, ¿en qué lugar?…» hasta aquí fueron colocados por Nietzsche como *motto* al frente de la cuarta parte de esta obra. En el capítulo de esa misma parte titulado *Jubilado*, Zaratustra pregunta con curiosidad al viejo papa si es cierto que Dios murió de esa manera: «de compasión» [«*Tú le has servido hasta el final, preguntó Zaratustra pensativo, después de un profundo silencio, ¿sabes* cómo *murió? ¿Es verdad, como se dice, que fue la compasión la que lo estranguló, que vio cómo* el hombre *pendía de la cruz, y no soportó que el amor al hombre se convirtiese en su infierno y finalmente en su muerte?*» (N. del E. D.)]. <<

[161] «La espada dormida» es imagen que Nietzsche vuelve a usar en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 21 [«*Ver, golpear —esto es aquí una sola cosa: ¡por ello, marchad a los bosques y dejad dormir vuestra espada!*» (N. del E. D.)]. <<



[162] Alusión irónica al último verso de la ópera *Parsifal*: «*Erlösung dem Erlöser*» (redención para el Redentor). <<



[163] Reminiscencia de lo que, en *Las mil y una noches*, le ocurre a Sindbad el marino en su primer viaje: desembarca sobre el lomo de un pez enorme, creyendo que se trata de una isla. <<

[164] Estos tres últimos párrafos transparentan la vivencia nietzscheana de las iglesias católicas de Italia y, en general, de todo templo. Nietzsche había visto en Roma cómo los peregrinos subían de rodillas la *Santa Scala*; véase carta escrita desde Roma, en mayo de 1883, a F. Overbeck, donde cuenta esto. A este «subir de rodillas» contrapone Zaratustra el «subir volando». <<

[165] Véase, en la tercera parte, *Los siete sellos*, § 2, donde Zaratustra repite esta misma descripción [«*… pues yo amo incluso las iglesias y los sepulcros de dioses, a condición de que el cielo mire con su ojo puro a través de sus derruidos techos; me gusta sentarme, como hierba y roja amapola, sobre derruidas iglesias*» (N. del E. D.)]. <<

[166] «Tribulación embozada» es calificación que Zaratustra volverá a aplicar al sacerdote en la cuarta parte, *Jubilado* [«*Ay, dijo a su corazón, allí está sentada la tribulación embozada*» (N. del E. D.)]. <<



[167] Sobre el sacerdote como pastor véase la explicación de Nietzsche en *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 162). <<



[168] Sobre la sangre como demostración de la verdad puede verse el § 53 de *El Anticristo* (edición citada, p. 101). <<



[169] *La reja del arado* es el título que Nietzsche pensó dar en un principio a su obra *Aurora*. <<

[170] En esta misma segunda parte, *De los doctos*, repetirá Zaratustra esta irónica metáfora de los relojes, aplicándola allí a los «doctos» [«*Son buenos relojes: ¡con tal de que se tenga cuidado de darles cuerda a tiempo! Entonces señalan la hora sin fallo y, al hacerlo, producen un discreto ruido*» (N. del E. D.)]. <<

[171] Nietzsche puede afirmar que, en alemán, «yo soy justo» suena igual que «yo soy vengado», valiéndose de la semejanza fonética existente en aquella lengua entre ambas expresiones: *ich bin gerecht* (yo soy justo), *ich bin gerächt* (yo estoy vengado). <<

[172] Paráfrasis del *Evangelio de Mateo*, 23, 12: «Pues el que se ensalce será humillado; y el que se humille será ensalzado». <<

[173] En *Más allá del bien y del mal* (edición citada, aforismo 275, p. 257) hace Nietzsche la siguiente variación sobre este pensamiento: «Quien no *quiere ver* lo elevado de un hombre fija su vista de un modo tanto más penetrante en aquello que en él es bajo y superficial —traicionándose a sí mismo con ello». La variación fundamental está en el paso de «no *ser capaz* de ver» (aquí) a «*no querer* ver» (allí). <<

[174] Véase, en la parte tercera, *De tablas viejas y nuevas*, § 2, donde Zaratustra volverá a reprobar la vieja presunción de los hombres de saber ya hace mucho tiempo qué es el bien y el mal para ellos [«*Cuando fui a los hombres los encontré sentados sobre una vieja presunción: todos presumían saber desde hacía ya mucho tiempo qué es lo bueno y lo malvado para el hombre. Una cosa vieja y cansada les parecía a ellos todo hablar acerca de la virtud; y quien quería dormir bien hablaba todavía, antes de irse a dormir, acerca del «bien» y del «mal». Esta somnolencia la sobresalté yo cuando enseñé: lo que es bueno y lo que es malvado,* eso no lo sabe todavía nadie*: ¡excepto el creador!*» (N. del E. D.)]. <<

[175] Reminiscencia de *1 Reyes*, 17, 6: «Los cuervos le llevaban [a Elias] pan por la mañana y carne por la tarde». Aquí son águilas las que llevan la comida a los solitarios. <<

[176] En *Ecce homo* (edición citada, pp. 38-39) cita Nietzsche un largo fragmento de este capítulo (desde «¿Pero qué me ha sucedido?»… hasta aquí) como ejemplo de la manera de hablar Zaratustra sobre «la redención de la náusea». <<

[177] Este apartado es un ejemplo más de la «atmósfera italiana» de esta segunda parte de *Así habló Zaratustra*. De ese modo se entiende igualmente la alusión final a la «tarantela». <<



[178] Véase, en esta segunda parte, *De los doctos* [«*Pues los hombres* no *son iguales: así habla la justicia*» (N. del E. D.)]. <<

[179] Variación sobre el fragmento 51 (Diels-Kranz) de Heráclito: «No entienden cómo, al diverger, se converge consigo mismo: armonía propia del tender en direcciones opuestas, como la del arco y la de la lira». <<

[180] Reminiscencia clásica: también Ulises pide a sus compañeros que lo aten al mástil de la nave para no ser arrastrado por los cantos de las sirenas. Véase *Odisea*, canto XII. <<

[181] La traducción castellana manifiesta sólo uno de los dos sentidos que tiene simultáneamente la expresión alemana *Tarantel-Tänzer*: el que baila la tarantela y el que gira bailando por haber sido picado por una tarántula. A la picadura de la tarántula se le atribuían antiguamente extraños efectos nerviosos; y también a la danza llamada «tarantela» se le atribuían poderes curativos contra esa picadura. <<



[182] Alusión a la conocida frase *vox populi, vox Dei* (la voz del pueblo es la voz de Dios). <<

[183] El «concienzudo del espíritu» dirá más tarde a Zaratustra, en la conversación que mantendrá con él, que fue precisamente esa enseñanza la que lo indujo a seguirlo. Véase, en la cuarta parte, *La sanguijuela* [«*El que en otro tiempo* tú *dijeras, oh Zaratustra: “Espíritu es la vida que se saja a sí misma en vivo”, eso fue lo que me llevó a tu doctrina y me indujo a seguirla. Y, en verdad, ¡con mi propia sangre he aumentado mi propio saber!*» (N. del E. D.)]. Véase también, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 7 [«*La osadía temeraria, la larga desconfianza, el cruel no, el fastidio, el sajar en vivo, ¡qué raras veces se reúne esto! Pero de tal semilla es de la que, ¡se engendra verdad!*» (N. del E. D.)]. <<

[184] «Trasladar montañas» es expresión bíblica. Véase el *Evangelio de Mateo*, 17, 20: «Tenéis poca fe. Os aseguro que si tuvierais fe como un grano de mostaza le diríais a aquella montaña de allí que viniera y vendría». <<



[185] Alusión a la frase del *Apocalipsis*, 3, 15-16: «¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas como eres tibio, y ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca». <<

[186] Títulos anteriores previstos por Nietzsche para este apartado fueron: *Luz soy yo* y *La canción de la soledad*. El propio Nietzsche hace en *Ecce homo* interesantes consideraciones sobre este poema. Le llama «el inmortal lamento de estar condenado, por la sobreabundancia de luz y poder, por la propia naturaleza *solar*, a no amar». Y después de trascribirlo íntegramente añade: «Nada igual se ha compuesto nunca, ni sentido nunca, ni *sufrido* nunca, así sufre un dios, un Dioniso. La respuesta a este ditirambo del aislamiento solar en la luz sería Ariadna… ¡Quien sabe, excepto yo, qué es Ariadna!»… Véase *Ecce homo*, edición citada, pp. 113-115. <<

[187] La alusión a los «surtidores» es, una vez más, reminiscencia italiana, y se refiere a la fontana del Tritone, obra de Bernini, que adorna la *piazza Barberini* en Roma. Es Nietzsche mismo el que dice esto: «En una *loggia* situada sobre la mencionada *piazza* [*Barberini*], desde la cual se domina Roma con la vista y se oye, allá abajo en el fondo, murmurar la fontana, fue compuesta aquella canción, la más solitaria que jamás se ha compuesto, *La canción de la noche*». Véase *Ecce homo*, edición citada, p. 109. <<

[188] En *Hechos de los Apóstoles*, 20, 35, dice Pablo a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso: «Hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en tomar». Esta frase atribuida a Jesús por Pablo no la han conservado los Evangelios. Nietzsche invierte la sentencia: la infelicidad, dice, la otorga el dar; es mejor tomar; y aún mejor, robar y arrebatar. Véase, en la tercera parte, *El retorno a casa* [«*… hasta que por fin fuiste tú el único que allí se hallaba sediento entre borrachos, y por las noches te lamentabas "¿tomar no es una cosa más dichosa que dar? ¿Y robar, una cosa más dichosa que tomar?"* ¡aquello *era abandono!*» (N. del E. D.)], y, en la cuarta parte, *El mendigo voluntario* [«*Entonces aprendiste, interrumpió Zaratustra al que hablaba, que es más difícil dar bien que tomar bien, y que regalar bien es un* arte *y la última y más refinada maestría de la bondad*» (N. del E. D.)]. <<

[189] Véase, en la tercera parte, *El convaleciente* [«*Entre las cosas más semejantes es precisamente donde la ilusión miente del modo más hermoso; pues el abismo más pequeño es el más difícil de salvar*» (N. del E. D.)]. <<

[190] Una variación de esta idea puede verse en *Más allá del bien y del mal* (edición citada, § 91, p. 104): «¡Es tan frío, tan gélido, que al tocarlo nos quemamos los dedos! ¡Toda mano que lo agarra se espanta! - Y justo por ello no son pocos los que lo tienen por ardiente». <<

[191] Así llama el *Evangelio de Juan*, 12, 31, al demonio (palabras de Jesús a Andrés y Felipe, anunciando su glorificación por la muerte): «Ahora comienza un juicio contra el orden presente, y ahora el señor de este mundo será arrojado fuera. Pero yo, cuando me levanten de la tierra, tiraré de todos hacia mí». <<



[192] Con estas mismas palabras comenzará también *La otra canción del baile*, en la tercera parte de esta obra. <<

[193] Otro título previsto por Nietzsche para este apartado en sus manuscritos era *La fiesta de los muertos*. Ciertos comentaristas han querido ver en *La canción de los sepulcros* una sumaria enumeración de las diversas desilusiones y afrentas, reales o imaginarias, sufridas por Nietzsche en su vida. El propio título es sin duda una reminiscencia de la isla de San Michele, cementerio de Venecia, llamada también «isla de los muertos», y que ciertamente Nietzsche veía desde su ventana cuando en Venecia residía en Fundamenta Nuove. El «búho monstruoso y repugnante» representaría al filólogo (Wilamowitz von Möllendorff) que se atravesó en su carrera de catedrático universitario. El «cantor más amado», que, sin embargo, le entona una «horrenda y pesada melodía», sería Wagner, que le había insultado en su artículo *Público y popularidad*, publicado en los *Bayreuther Blätter* (Hojas de Bayreuth); y así sucesivamente. <<

[194] Sobre las «manzanas de rosa» véase luego la nota 416. <<

[195] La primera edición de *La gaya ciencia* llevaba como *motto* esta cita de Emerson: «El poeta y el sabio consideran amigas y sagradas todas las cosas, útiles todas las vivencias, santos todos los días, divinos todos los hombres». En la segunda edición sustituyó esta cita por los cuatro versos siguientes:

> Yo habito en mi propia casa,
>
> jamás he imitado a nadie en nada,
>
> y siempre me he reído además de todo maestro
>
> que no se haya reído de sí mismo
>
> sobre la puerta de mi casa.

No es ésta la única cita, literal o variada, que Nietzsche hace de Emerson en esta obra. <<

[196] Nietzsche remeda aquí unas palabras de Isolda en el acto segundo, escena segunda, de *Tristán e Isolda*. Dice Isolda:

Wie ertrug ich's nur?

Wie ertrag ich's noch?

¿Cómo soporté aquello?

¿Cómo continúo soportándolo? <<

[197] Al revés de Aquiles, vulnerable únicamente en su talón. <<

[198] En sus manuscritos Nietzsche había previsto para este capítulo también el título: *Del bien y del mal*. En él desarrolla ampliamente Nietzsche el tema de la «voluntad de poder», ya aparecido antes; véase, en *Los discursos de Zaratustra*, el titulado *De las mil metas y de la «única» meta* [«*Una tabla de valores está suspendida sobre cada pueblo. Mira, es la tabla de sus superaciones; mira, es la voz de su voluntad de poder*» (N. del E. D.)]; y la nota 94. <<



[199] Posible alusión irónica a *La nave de los locos*, el poema alegórico y satírico de Sebastian Brant. <<

[200] Recuérdese lo dicho en la nota 198 sobre el primitivo título de este apartado. <<

[201] La expresión «voluntad de existir» es de Schopenhauer. <<

[202] En *Ecce homo*, «¿Por qué soy un destino?», § 2 (p. 136), cita Nietzsche esta frase, con una significativa variación: donde aquí dice: «tiene que» (*muss*), allí dice: «quiere» (*will*). <<

[203] El «penitente del espíritu» alude irónicamente, entre otros, a Wagner. Es un concepto importante en esta obra, que aquí aparece por vez primera. Se lo vuelve a citar más adelante, en *De los poetas*, y alcanza su pleno desarrollo en la cuarta parte, *El mago*. <<

[204] Véase *Humano, demasiado humano*, II, «Opiniones y sentencias mezcladas», el § 170, titulado «Los alemanes en el teatro», al final: «¡Bienaventurados los que tienen un gusto, aunque sea un mal gusto! – y no sólo bienaventurado, sino también sabio es cosa que sólo se puede llegar a ser en virtud de esa cualidad: por eso los griegos, que en tales cuestiones eran muy finos, designaron al sabio con una palabra que significa el *hombre de gusto*, y llamaron a la sabiduría, tanto artística como cognoscitiva, “gusto” (*Sophia*)». <<

[205] Véase la nota 9 [«*La pureza de los ojos y la ausencia de asco en la boca son atributos de Zaratustra a los que se hace referencia en numerosas ocasiones*» (N. del E. D.)]. <<



[206] Otro título previsto por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado era: *De los hombres del presente*. <<

[207] Expresión bíblica; véase el *Salmo* 7, 10: «Dios, justo, escrutador del corazón y de los riñones». Aquí es una parábola del «psicólogo», entendido en el sentido de Nietzsche. Véase *Ecce homo* (edición citada, pp. 70 y 72). <<

[208] Nietzsche se burla aquí del «historicismo», tal como lo había atacado ya en la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, titulada *Sobre la utilidad y la desventaja de la ciencia histórica para la vida*. <<

[209] Paráfrasis de las palabras de Aquiles a Ulises en la *Odisea*, canto XI, versos 489-491: «No intentes consolarme de la muerte, ilustre Ulises; preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera pocos caudales para mantenerse, a reinar sobre los muertos, que ya no son nada». <<

[210] Palabras de Mefistófeles en el *Fausto*, versos 1339-1340. Véase, en esta segunda parte, *De la redención* [«*Y ahora se ha acumulado nube tras nube sobre el espíritu: hasta que por fin la demencia predicó: “¡Todo perece, por ello todo es digno de perecer!”*» (N. del E. D.)], y la nota 259 [«*También Mefistófeles dice en el* Fausto *(versos 1338-1340): “¡Yo soy el espíritu que siempre niega! Y con razón: pues todo lo que nace es digno de perecer”*» (N. del E. D.)]. <<

[211] Alusión a *Génesis*, 2, 21: «Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas… y con ella formó una mujer». <<

[212] *Vaterland*, *Mutterland*: «patria» y «matria» sería también otra traducción posible de esas dos palabras alemanas. Mas este intento de lograr en castellano el mismo juego verbal que en alemán queda roto por el *Kinderland* que aparece a continuación. De ahí la traducción: «país de los padres», «país de las madres» y «país de los hijos». <<

[213] Véase la nota anterior. Al «país de los hijos» vuelve Nietzsche a aludir en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 12 [«*El* país de vuestros hijos *es el que debéis amar: sea ese amor vuestra nueva nobleza*, *¡el país no descubierto, situado en el mar más remoto! ¡A vuestras velas ordeno que partan una y otra vez en su busca!*» (N. del E. D.)], y § 28 [«*¡Qué importa el país de los padres! ¡Nuestro timón quiere* dirigirse *hacia donde está el* país de nuestros hijos*! ¡Hacia allá lánzase tempestuoso, más tempestuoso que el propio mar, nuestro gran anhelo!*» (N. del E. D.)]. En *La pedagogía social como programa político* Ortega alude a esta idea (véase *Obras Completas*, 1, p. 506): «Hay, empero, otra noción de patria. No la tierra de los padres, decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Patria no es el pasado y el presente… Es algo que todavía no existe…». <<

[214] El título alemán, *Von der unbefleckten Erkenntnis*, es, por su semejanza fonética, una parodia de *Von der unbefleckten Empfängnis* (De la Inmaculada Concepción). Otro título pensado por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado decía: *A los contemplativos*. <<

[215] Juego de palabras en alemán, basado en que en este idioma *Mond* (luna) es de género masculino. Por otro lado, la creencia de que «hay un hombre en la luna», cuyo rostro puede percibirse en ella, es leyenda popular e infantil común a varios pueblos. <<



[216] Un amplio desarrollo del «conocimiento objetivo» como espejo puede verse en el § 207 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 155-157). <<



[217] Paráfrasis del *Evangelio de Mateo*, 12, 34: «De lo que rebosa el corazón habla la boca». <<



[218] Alusión al *Evangelio de Lucas*, 16, 21 (parábola del hombre rico y el mendigo Lázaro): «Lázaro deseaba hartarse de lo que caía debajo de la mesa del rico». <<

[219] Ésta diatriba contra los doctos es, sin duda, transposición de las vivencias tenidas por Nietzsche durante sus años de catedrático universitario. En la «oveja que pace de la corona de hiedra» de la cabeza de Zaratustra se ha querido ver a Wilamowitz von Möllendorff y a los otros profesores que, tras la aparición de *El nacimiento de la tragedia*, decretaron que Nietzsche «no era un docto». La «corona de hiedra» con la que se adorna Zaratustra y con la que se adornaban también Dioniso y sus acompañantes es antítesis de la «corona de laurel» que suelen llevar en su cabeza los «doctos». <<

[220] Véase antes *De los virtuosos* [«*En verdad, con éstos me divierto: cuando yo encuentre tales relojes les daré cuerda con mi mofa; ¡y ellos deberán encima ronronear!*» (N. del E. D.)]. <<

[221] Véase *Ecce homo* (p. 17): «La desproporción entre la grandeza de mi tarea y la pequeñez de mis contemporáneos se ha puesto de manifiesto en el hecho de que ni me han oído ni tampoco me han visto siquiera… Me basta hablar con cualquier “persona culta” de las que en verano vienen a la Alta Engadina para convencerme de que yo no vivo…». <<

[222] Véase, en esta segunda parte, *De las tarántulas*, donde ya aparece esta frase [«*Con estos predicadores de la igualdad no quiero ser yo mezclado ni confundido. Pues* a mí *la justicia me dice así: “los hombres no son iguales”*» (N. del E. D.)]. <<

[223] Parodia de la conocida frase del final del *Fausto* de Goethe (versos 12104-12105). Dado que este capítulo *De los poetas* es una parodia constante de ese pasaje, se lo reproduce a continuación en su integridad. Se trata de las palabras del *Chorus mysticus*, que constituyen los ocho versos finales del *Fausto*:

Alies Vergängliche Ist nur ein Gleichnis,

Das Unzulängliche,

Hier wird's Ereignis;

Das Unbeschreibliche,

Hier ist's getan

Das Ewig-Weibliche

Zieht uns hinan.

Todo lo perecedero

Es sólo un símbolo.

Lo insuficiente

Se hace aquí acontecimiento;

Lo indescriptible

Se ha hecho aquí;

Lo eterno-femenino

Nos arrastra hacia lo alto. <<

[224] Véase antes *En las islas afortunadas* [«*¡Todo lo imperecedero no es más que un símbolo! Y los poetas mienten demasiado.*» (N. del E. D.)], y la nota 153 [«*En* La gaya ciencia*, aforismo 84, al final, dice Nietzsche: “¡Para una verdad es más peligroso que un poeta esté de acuerdo con ella que no que la contradiga! Pues como dice Homero: ‘Mucho mienten los poetas’”. Aristóteles, que cita esta misma frase, afirma que se trata de un “proverbio” (*Metafísica, *983 a 3). Véase Solón, fragmento 26 (Hiller)*» (N. del E. D.)]. <<

[225] Hay aquí un eco de la paradoja lógica llamada de Epiménides. Zaratustra dice que los poetas mienten; mas también Zaratustra es un poeta; luego miente al decir que los poetas mienten, etc. <<

[226] Cita, invirtiendo el sentido, del *Evangelio de Marcos*, 16, 16: «El que crea… será bienaventurado» (palabras de Jesús a sus discípulos poco antes de su ascensión al cielo). El texto alemán (*selig machen*), con su posibilidad de significar también «embobar», encierra un matiz irónico. Véase, en la tercera parte, *De los apóstatas*, § 2 [«*¡Sí! ¡Sí! La fe le hace bienaventurado, la fe en él. ¡Tal es el modo de ser de los viejos! ¡Así nos va también a nosotros!*» (N. del E. D.)]. <<

[227] Véase la nota 223. Continúa la parodia del texto de Goethe. <<

[228] Véase la nota 223. <<

[229] Reminiscencia de Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena 5, palabras de Hamlet a Horacio: «Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, que lo que ha soñado tu filosofía». <<

[230] Nietzsche juega aquí en alemán con las palabras de sonido muy similar *Gleichnis* (símbolo) y *Erschleichnis* (amaño); esta última es invención suya, derivada del verbo *erschleichen* (obtener algo capciosamente). Nietzsche había empleado ya este mismo juego verbal en la poesía «A Goethe», de las *Canciones del Príncipe Vogelfrei* (apéndice de *La gaya ciencia*):

Das Unvergängliche

Ist nur dein Gleichnis!

Gott, der Verfängliche,

Ist Dichter-Erschleichnis…

¡Lo imperecedero

no es más que símbolo tuyo!

Dios, el capcioso,

es amaño de poetas… <<

[231] Véase la nota 223. <<

[232] Véase la nota 223. Aquí termina la parodia del *Chorus mysticus* del *Fausto*. Como se ve, Nietzsche ha citado en su integridad los ocho versos del *Fausto*. <<

[233] Cita y a la vez antítesis de *Job*, 8, 9: «Nosotros somos de ayer, no sabemos nada; pues nuestros días son una sombra sobre el suelo». Zaratustra reivindica para sí el ser también del mañana y del futuro. <<



[234] Reminiscencia del *Evangelio de Mateo*, 7, 9: «¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le da una piedra?». <<

[235] Véase, en la cuarta parte, *El mago*, § 2, donde Zaratustra vuelve a emplear la misma imagen para referirse al mar [«*Tú pavo real de los pavos reales, tú mar de vanidad*, ¿qué papel *has representado delante de mí, mago perverso, en quién debía yo creer cuando te lamentabas de aquella manera?*» (N. del E. D.)]. <<



[236] Véase la nota 203 [«*El “penitente del espíritu” alude irónicamente, entre otros, a Wagner. Es un concepto importante en esta obra*» (N. del E. D.)]. <<



[237] Un primer título pensado por Nietzsche para este capítulo era *Del perro de fuego*. El título definitivo, *De grandes acontecimientos*, encierra un matiz irónico. <<

[238] Nietzsche recogió sin duda del folclore italiano estas ideas, las cuales se remontan probablemente a la Antigüedad. En sus viajes había visto el Vesubio, durante su estancia en Sorrento, y también el Etna, cuando estuvo en Mesina (1882). En Sicilia se llama al Etna «casa del diavolo». <<

[239] En la descripción de este extraño «vuelo» de Zaratustra, el narrador utiliza como marco la descripción de un suceso parecido que Nietzsche había leído en su juventud. El texto leído por Nietzsche fue publicado en 1833 en los *Blätter von Prevorst*, de Justinus Kerner, y se basaba en el diario de a bordo de un navio inglés durante su singladura por el Mediterráneo en 1686. Sobre este aparente plagio llamó ya la atención en 1902 el psicólogo C. G. Jung, que lo calificó de «criptomnesia». Es posible que también sean ejemplos de criptomnesia las reminiscencias de *Las mil y una noches* que aparecen en esta obra; véanse las notas 281, 285 y 486. <<

[240] Nietzsche hace realizar aquí a Zaratustra una acción parecida a la que Jesús realizó alguna vez en los Evangelios: apartarse de sus discípulos y dejarlos solos. Véase, por ejemplo, el *Evangelio de Juan*, 6, 15: «Jesús… se retiró otra vez al monte, él solo». <<

[241] Reminiscencia evangélica. También los discípulos se alegran cuando Jesús se les aparece después de muerto. Véase el *Evangelio de Juan*, 20, 20: «Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor». Todo este capítulo describe una especie de «bajada de Zaratustra a los infiernos» y su posterior «resurrección». <<

[242] El «perro de fuego», además de aludir al can Cerbero, vigilante del Hades, es símbolo de la plebe; y las explosiones y erupciones de ese perro, símbolo de las revoluciones sociales. <<

[243] En *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 40), Nietzsche, hablando de Buckle, se expresa en forma similar: «El plebeyismo del espíritu moderno, que es de procedencia inglesa, explotó aquí una vez más en su suelo natal con la violencia de un volcán enlodado y con la elocuencia demasiado salada, chillona, vulgar, con que han hablado hasta ahora todos los volcanes». <<

[244] «Cita» de una frase ya aparecida antes. Véase, en la primera parte, *De las moscas del mercado* [«*En torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo: gira de modo invisible*» (N. del E. D.)]. <<

[245] Quizás alusiones a Pompeya, la ciudad convertida en «momia» por la erupción del Vesubio el año 79 después de Cristo, y a la columna Vendôme, derribada durante la Comuna de París, el 16 de mayo de 1871. <<

[246] *El caminante y su sombra* es el título de una obra de Nietzsche, añadida posteriormente al segundo volumen de *Humano, demasiado humano*. «El caminante y su sombra» desempeña un papel importante en la cuarta parte de esta obra; véase allí *La sombra*. <<



[247] Nietzsche remeda aquí la expresión con que en el *Apocalipsis* se inician las diferentes divisiones: «Y vi…». <<

[248] Estas palabras, que son variación de la sentencia del *Eclesiastés*, 1, 2: «¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!», aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra. Véase, en la tercera parte, *De los tres males*, § 2 [«*Él desprecia también toda sabiduría llorosa: pues, en verdad, existe también una sabiduría que florece en lo oscuro, una sabiduría de las sombras nocturnas: la cual suspira siempre: "¡Todo es vanidad!"*» (N. del E. D.)], *De tablas viejas y nuevas*, § 13 [«*¿Para qué vivir? ¡Todo es vanidad!*» (N. del E. D.)], y § 16 [«*Y esto es lo que les ocurre siempre a los hombres débiles: se pierden a sí mismos en sus caminos. Y al final, todavía su cansancio pregunta: «¡para qué hemos recorrido caminos! ¡Todo es igual!*» (N. del E. D.)], *El convaleciente*, § 2 [«*El gran hastío del hombre,* él *era el que me estrangulaba y el que se me había deslizado en la garganta: y lo que el adivino había profetizado: "Todo es igual, nada merece la pena, el saber estrangula"*» (N. del E. D.)]; y en la cuarta parte, *El grito de socorro* [«*Todo es idéntico, nada vale la pena, el mundo carece de sentido, el saber estrangula*» (N. del E. D.)], y *El saludo* [«*¿Vive aún Zaratustra? Ya no merece la pena vivir, todo es idéntico, todo es en vano*» (N. del E. D.)]. <<

[249] Los comentaristas suelen identificar a este «adivino» con Schopenhauer, profeta del pesimismo. Pero esta figura alude no sólo a él, sino también, sobre todo, a Dühring. <<



[250] «De aquí a poco»: remedo de la expresión empleada por Jesús en el *Evangelio de Juan*, 14, 19: «De aquí a poco el mundo no me verá más…». <<

[251] Este extraño sueño fue soñado por Nietzsche en el verano de 1877, según el testimonio de Reinhart von Seydlitz. La enigmática palabra *Alpa* carece aún de explicación satisfactoria. Se la suele relacionar con el primer verso, también enigmático, del Canto VII del Infierno, en la *Divina Comedia* de Dante. Este primer verso dice así, en el original italiano:

Papè Satàn, papè Satàn, aleppe!

No son palabras pertenecientes a ninguna lengua, sino que quieren dar una idea del lenguaje de los demonios. Leídas del modo como están escritas se parecen, por el sonido, a una expresión griega. Véase *Obras Completas* de Dante, B. A. C., Madrid, 1956, p. 62. *Alpa* podría estar también relacionado con la palabra alemana *Alp*: el fantasma nocturno que, según la leyenda popular, se posa sobre el pecho del durmiente y produce en él sueños de angustia. De ahí *Alpdruck* (literalmente, presión del *Alp*) y *Alptraum* (sueño de *Alp*), traducido de ordinario por «pesadilla». <<

[252] Expresión evangélica para designar a Juan, discípulo predilecto de Jesús. Véase el *Evangelio de Juan*, 13, 23: «Uno de los discípulos, aquel al que él más amaba, estaba reclinado a su derecha». <<

[253] Nietzsche juega con la expresión «volver en sí» (recobrar la consciencia, despertarse); también ellos, quiere decirse, deben «volver a (en) ti», es decir, recobrar su consciencia, despertarse, viniendo a ti. <<

[254] En la cuarta parte, *El grito de socorro*, Zaratustra recordará esta comida a que aquí invita al adivino [«*Bienvenido seas, dijo Zaratustra, tú adivino de la gran fatiga, no debe ser en vano el que en otro tiempo fueras mi comensal y mi huésped*» (N. del E. D.)]. <<

[255] Todo este capítulo es un remedo del *Evangelio de Mateo*, 15, 29-31, donde se describe una escena similar: «Y marchándose de allí Jesús, vino a la ribera del mar de Galilea, y subiendo a la montaña, se sentó allí. Y vinieron a él grandes muchedumbres llevando consigo cojos, ciegos, lisiados, sordomudos y otros muchos enfermos. Y él los curaba. De suerte que los mudos hablaban, los lisiados se curaban, los cojos andaban y los ciegos veían; y alababan al Dios de Israel». <<

[256] Remedo de las preguntas de Jesús a sus discípulos (*Evangelio de Mateo*, 16, 13-15), cuando les interroga sobre «quién dicen las gentes que es el Hijo del Hombre». <<

[257] *All mein Dichten und Trachten*: Nietzsche toma esta expresión de la traducción luterana de *Génesis*, 8, 21. <<

[258] En *Ecce homo* (edición mencionada, p. 116) cita Nietzsche estas palabras y afirma que con ellas «define su tarea con tal rigor que no es posible equivocarse sobre el sentido: *dice sí* hasta llegar a la justificación, hasta llegar incluso a la redención de todo lo pasado». <<

[259] También Mefistófeles dice en el *Fausto* (versos 1338-1340): «¡Yo soy el espíritu que siempre niega! Y con razón: pues todo lo que nace es digno de perecer». Nietzsche ha citado estas últimas palabras ya antes, en el capítulo *Del país de la cultura* [«*Puertas entreabiertas sois vosotros, junto a las cuales aguardan sepultureros. Y ésta es* vuestra *realidad: “Todo es digno de perecer”*» (N. del E. D.)]. <<

[260] Reminiscencia de la Antigüedad clásica: el tiempo (Cronos) devora a sus hijos. El principio de la frase contiene una alusión al fragmento de Anaximandro: «De donde las cosas tienen su origen, hacia allí tiene lugar también su perecer, según la necesidad: pues dan justicia y pago unas a otras de la injusticia según el orden del tiempo». <<

[261] Véase luego, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 16 [«*El querer hace libres: pues querer es crear: así enseño yo. ¡Y* sólo *para crear debéis aprender!*» (N. del E. D.)]. Las «canciones de fábula» son sin duda las doctrinas expuestas por Schopenhauer en el libro cuarto de su obra *El mundo como voluntad y representación*. <<



[262] Véase, en esta segunda parte, *De los compasivos* [«*Es difícil vivir con hombres, porque callar es muy difícil*» (N. del E. D.)]. <<

[263] La frase alemana aquí empleada por Nietzsche, *aus der Schule schwätzen,* significa en realidad: no poder callar la boca, divulgar un secreto. El jorobado acusa a Zaratustra de no manifestar a sus discípulos sus efectivos pensamientos. <<

[264] Reminiscencia clásica: para no escapar hacia el superhombre, la voluntad de Zaratustra se aferra al hombre, como Ulises se ata al mástil de la nave para no sucumbir a los cantos de las sirenas. <<

[265] Zaratustra aludirá a esta «primera cordura respecto a los hombres» en la cuarta parte, *El mago*, § 2 [«*Es posible que hayas engañado a otros más sutiles que yo, dijo Zaratustra con dureza. Yo no estoy en guardia contra los engañadores, yo* tengo que *estar sin cautela: así lo quiere mi suerte*» (N. del E. D.)]. <<

[266] Zaratustra repite este reproche en varias otras ocasiones. Véase, por ejemplo, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 2 [«*En verdad, semejante a los predicadores penitenciales y a los necios grité yo pidiendo cólera y justicia sobre todas sus cosas grandes y pequeñas, ¡es tan pequeño incluso lo mejor de ellos!, ¡es tan pequeño incluso lo peor de ellos!, así me reía*» (N. del E. D.)], *El convaleciente*, § 2 [«*¡Ay, qué pequeñas son incluso sus peores cosas! ¡Ay, qué pequeñas son incluso sus mejores cosas!*» (N. del E. D.)]; y en la cuarta parte, *Del hombre superior*, § 5 [«*"El hombre tiene que mejorar y que empeorar"; esto es lo que yo enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre*» (N. del E. D.)]. <<

[267] Nietzsche cita estas palabras en *Ecce homo* (p. 140) y añade: «De este pasaje, y no de otro, hay que partir para comprender lo que Zaratustra *quiere*: esa especie de hombre que él concibe, concibe la realidad *tal como ella es*: es suficientemente fuerte para hacerlo, no es una especie de hombre extrañada, alejada de la realidad, es la *realidad misma*, encierra todavía en sí todo lo terrible y problemático de ésta, *sólo así puede el hombre tener grandeza*». <<

[268] Véase antes, *De los sacerdotes* [«*Nunca ha habido todavía un superhombre. Desnudos he visto yo a ambos, al hombre más grande y al más pequeño*» (N. del E. D.)], y, en la tercera parte, *El convaleciente*, § 2 [«*Desnudos había visto yo en otro tiempo a ambos, al hombre más grande y al hombre más pequeño: demasiado semejantes entre sí, ¡demasiado humano incluso el más grande!*» (N. del E. D.)]. <<

[269] «Endurecer el corazón contra alguien» es expresión bíblica. Como tantas otras veces, Nietzsche usa en alemán la traducción de Lutero. Véase *Deuteronomio*, 15, 7: «No endurezcas el corazón ni cierres la mano a tu hermano pobre». <<

[270] Lo que viene a continuación es un remedo de la conversación entre Dios y Moisés narrada en *Éxodo*, 4, 10 y ss. En ella Moisés recurre a diversos pretextos para negarse a ejecutar el mandato de Yahvé; también aquí Zaratustra se niega a «decir la palabra» del eterno retorno. <<

[271] Paráfrasis de las palabras de Juan el Bautista en el *Evangelio de Mateo*, 3, 11: «El que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no merezco ni quitarle las sandalias». <<



[272] Véase la nota 184 [«*Alusión a la conocida frase* vox populi, vox Dei *(la voz del pueblo es la voz de Dios)*» (N. del E. D.)]. <<

[273] Sarcasmo de Zaratustra contra sí mismo, remedando las palabras del *Prólogo* del *Evangelio de Juan*, 1, 11: «La Palabra vino a su casa, y los suyos no la recibieron». <<



[274] Párrafo citado por Nietzsche en *Ecce homo* (pp. 19-20), como ejemplo del «sonido alciónico» que sale de la boca de Zaratustra. <<



[275] Paráfrasis del *Evangelio de Juan*, 16, 12: «Todavía muchas cosas tengo que deciros, pero ahora no podríais con ellas» (palabras de Jesús en la Cena). <<

[276] Véase la nota 240 [«*Nietzsche hace realizar aquí a Zaratustra una acción parecida a la que Jesús realizó alguna vez en los Evangelios: apartarse de sus discípulos y dejarlos solos*» (N. del E. D.)]. <<

[277] Véase *Más allá del bien y del mal*, aforismo 70 (edición citada, p. 99): «Si uno tiene carácter, tiene también una vivencia típica y propia, que retorna siempre». <<

[278] Cita de *Éxodo*, 3, 8, donde de la Tierra Prometida se dice que en ella «corren leche y miel». <<

[279] Véase la nota 71 [«*Como en varias otras ocasiones, Nietzsche utiliza aquí la expresión evangélica con que se caracteriza el llanto de Pedro tras negar a Jesús*» (N. del E. D.)]. <<



[280] Otro título para este apartado, anotado por Nietzsche en sus manuscritos, fue *La visión del más solitario de los hombres*. Es la primera exposición de la idea del eterno retorno. <<

[281] La descripción del ascenso de Zaratustra por el sendero pedregoso, llevando sobre sus hombros «el espíritu de la pesadez», guarda un extraordinario parecido con lo que, según *Las mil y una noches*, le ocurrió a Sindbad el marino en el quinto de sus viajes: también Sindbad carga sobre sus hombros a un anciano que luego se niega a bajar de allí y martiriza a su portador. Sindbad se libera de él emborrachándolo. <<

[282] Reminiscencia de *Hamlet*, I, 5 (palabras de la Sombra a Hamlet): «Durmiendo, pues, en mi jardín según mi costumbre, después del mediodía, en esa hora de quietud, entró tu tío furtivamente con un pomo de maldito veneno en las manos y lo vertió en mi oído». <<

[283] En la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*; § 1, «el más feo de los hombres» repetirá esta frase. Ortega puso estas palabras como *motto* al frente del apartado VII (titulado «Las valoraciones de la vida») de su obra *El tema de nuestro tiempo* (*Obras Completas*, volumen III, p. 179). <<

[284] Una vivencia profundamente grabada en Nietzsche fue la del traslado de su familia, tras la muerte de su padre, desde Röcken, donde Nietzsche había nacido, a Naumburgo. El traslado se hizo un día de abril de 1850, mucho antes del amanecer. Mientras los carros cargados esperaban en el patio, un perro empezó a ladrar tristemente a la luna. Véase la descripción de esta escena en los escritos autobiográficos recogidos por K. Schlechta en el tomo III de su edición de las *Obras* de Nietzsche, pp. 17, 93-94, 109. <<

[285] Una escena similar aparece en *Las mil y una noches* en el séptimo viaje de Sindbad el marino. En *Las mil y una noches* es la serpiente la que «llevaba en la boca a un hombre, al que se había tragado hasta el ombligo». Sindbad golpea la cabeza de la serpiente con su vara de oro y la serpiente vomita al hombre. <<

[286] Recuérdese lo dicho en la nota 280 sobre el proyectado título de este capítulo [«*Otro título para este apartado, anotado por Nietzsche en sus manuscritos, fue* La visión del más solitario de los hombres. *Es la primera exposición de la idea del eterno retorno*» (N. del E. D.)]. <<

[287] «El que ha de venir», «el que viene detrás de mí» es expresión evangélica aplicada por Juan el Bautista a Jesús; véase *Evangelio de Mateo*, 3, 11: «El que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y yo no merezco ni quitarle las sandalias». <<

[288] Véase, en esta tercera parte, *El convaleciente,* § 2 [«*¡Y cómo aquel monstruo se deslizó en mi garganta y me estranguló! Pero yo le mordí la cabeza y la escupí lejos de mí*» (N. del E. D.)]. <<



[289] Otro título previsto por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado era *Hacia alta mar*. <<



[290] Véase, en la primera parte, *Del árbol de la montaña* y *De la virtud que hace regalos*. <<

[291] Primera alusión a los que Zaratustra llama «sus hijos» y que serán el objeto de su gran anhelo en la cuarta parte. Véase *El saludo* [*«Oh, huéspedes míos, vosotros hombres extraños, ¿no habéis oído nada aún de mis hijos?*» (N. del E. D.)]. <<



[292] En el *Prólogo de Zaratustra*, § 9, aparecen idénticas calificaciones aplicadas a los hombres deseados por Zaratustra como compañeros. <<

[293] Esta expresión ya ha aparecido en la segunda parte, *De grandes acontecimientos* [«*Hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente estuvieron reunidos de nuevo, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre, y que una voz decía con claridad: "¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!"*» (N. del E. D.)], y volverá a aparecer en la cuarta parte, *El grito de socorro* [«*Y apenas habían sido dichas estas palabras retumbó de nuevo el grito, más largo y angustioso que antes, también mucho más cercano ya. "¿Oyes? ¿Oyes, Zaratustra?, exclamó el adivino, ese grito es para ti, a ti es a quien llama: ¡ven, ven, ven, es tiempo, ya ha llegado la hora!"*» (N. del E. D.)], y *A mediodía* [«*¡Arriba!, se dijo a sí mismo, ¡tú dormilón!, ¡tú dormilón en pleno mediodía! ¡Vamos, arriba, viejas piernas! Es tiempo y más que tiempo, aún os queda una buena parte del camino*» (N. del E. D.)]. <<

[294] Respecto a este capítulo quizá tenga interés citar el siguiente texto de Freud: «No puede hacérseme responsable de la monotonía de las soluciones psicoanalíticas si ahora afirmo que el sol no es, nuevamente, más que un símbolo sublimado del padre. El simbolismo se sobrepone aquí al género gramatical, por lo menos en alemán, pues en la mayoría de los demás idiomas el sol es de género masculino. Su compañera en este reflejo de la pareja parental es la generalmente llamada “madre tierra”. En la solución psicoanalítica de las fantasías patógenas de sujetos neuróticos hallamos constantemente comprobada esta interpretación. Sólo una observación dedicaremos a su relación con los mitos cósmicos. Uno de mis pacientes, que había perdido tempranamente a su padre e intentaba volver a encontrarlo en todos los elementos grandes y sublimes de la naturaleza, me hizo vislumbrar que el himno de Nietzsche *Antes de la salida del sol* daba expresión a igual nostalgia». Y Freud añade en nota: «Tampoco Nietzsche conoció de niño a su padre». Véase Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) autobiográficamente descrito», en *Obras Completas* (Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, II, p. 772). <<

[295] La traducción «la tristura y la pavura y la hondura» pretende reflejar de alguna manera la aliteración existente en el original alemán: *Gram und Grauen und Grund*.
<<

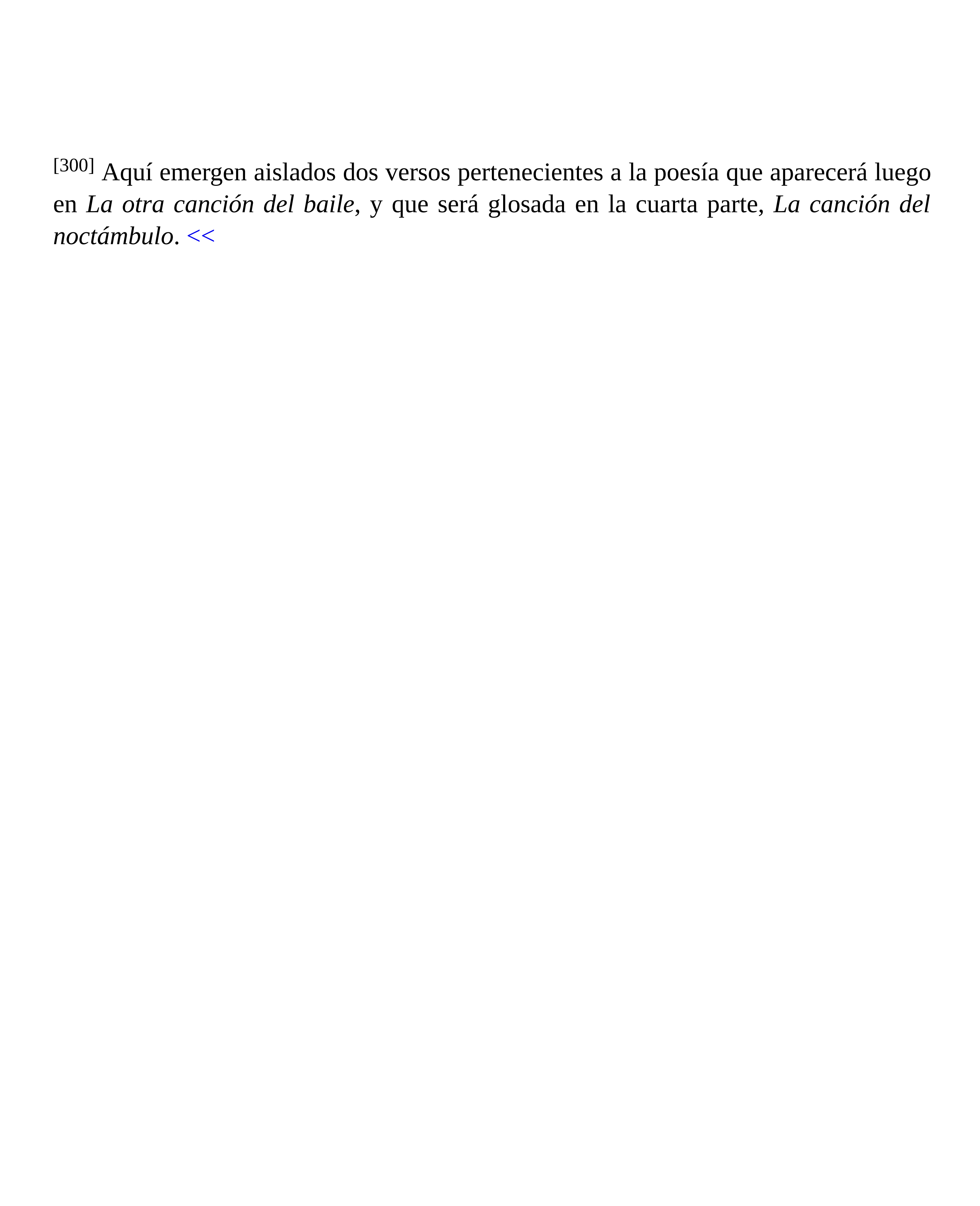


[296] Véase el aforismo 181 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, § 181, p. 121): «Es inhumano bendecir cuando se nos ha maldecido». <<

[297] De casualidad: *Von Ohngefähr*, en alemán. La partícula *von*, significativa de ascendencia aristocrática cuando precede al apellido, permite a Nietzsche decir que ésta (la casualidad, el azar) es la más vieja aristocracia del mundo. <<

[298] El tema de la levadura es de procedencia evangélica. Véase el *Evangelio de Mateo*, 13, 33 (parábola de la levadura): «Semejante es el reino de Dios a la levadura que metió una mujer en medio quintal de harina; todo acabó por fermentar». <<

[299] Aquí es el cielo la mesa sobre la que Zaratustra juega a los dados con los dioses; más adelante lo será la tierra; véase, en esta tercera parte, *Los siete sellos,* § 3 [«*Si alguna vez jugué a los dados con los dioses sobre la divina mesa de la tierra, de tal manera que la tierra tembló y se resquebrajó y arrojó resoplando ríos de fuego*» (N. del E. D.)]. <<



[300] Aquí emergen aislados dos versos pertenecientes a la poesía que aparecerá luego en *La otra canción del baile*, y que será glosada en la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*. <<

[301] Otro título anotado por Nietzsche para este apartado era *Del empequeñecimiento de sí mismo*. <<

[302] Alusión a la escena evangélica en que las madres acercan a Jesús unos niños para que les imponga las manos y rece por ellos; véase *Evangelio de Mateo*, 19, 13. Aquí, por el contrario, los apartan de Zaratustra a fin de que éste no les cause daño. <<



[303] Imagen bíblica de la mujer de Lot al huir del incendio de Sodoma; véase *Génesis*, 19, 26. <<

[304] La expresión «son queridos» (*werden gewollt*) no significa «son amados», sino: «son conducidos por una voluntad ajena a la suya». Es decir: no son sujeto de una voluntad propia, sino objeto de una voluntad ajena. Zaratustra repite este mismo pensamiento más tarde, en *De tablas viejas y nuevas*, § 16 [«*Conocer: ¡esto es placer para el hombre de voluntad leonina! Pero quien se ha cansado, ése sólo es "querido", con él juegan todas las olas*» (N. del E. D.)]. <<



[305] Alusión a la conocida frase de Federico II de Prusia: «Un príncipe es el primer servidor y el primer magistrado del Estado». <<



[306] «Yo no he venido a…» es frase empleada por Jesús y repetida numerosas veces en los Evangelios. <<

[307] Véase, en esta tercera parte, *De los apóstatas*, § 2 [«*Lo sabes bien: el demonio cobarde que hay dentro de ti, a quien le gustaría juntar las manos y cruzarse de brazos y sentirse más cómodo: ese demonio cobarde te dice:* “¡Existe *Dios!”*» (N. del E. D.)]. <<

[308] Véase la nota 28 [«*Lutero emplea el término* gottlos *(literalmente: sin-dios), expresión que luego va a ser epíteto constante de Zaratustra*» (N. del E. D.)]. <<

[309] En la cuarta parte, *Jubilado,* Zaratustra discutirá con el papa jubilado sobre cuál de ellos dos es más ateo [«*“Yo soy Zaratustra el ateo, que dice: ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?”. Así habló Zaratustra, y con sus miradas perforaba los pensamientos y las más recónditas intenciones del viejo papa. Por fin éste comenzó a decir: “Quien lo amó y lo poseyó más que ningún otro, ése lo ha perdido también más que ningún otro: mira, ¿no soy yo ahora, de nosotros dos, el más ateo? ¡Mas quién podría alegrarse de eso!”*» (N. del E. D.)]. <<

[310] Paráfrasis, con inversión del sentido, del *Evangelio de Mateo*, 12, 50: «Pues todo el que cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre». <<

[311] Paráfrasis de *Evangelio de Mateo*, 22, 39: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Según la Biblia, éste es el «segundo» mandamiento. Y el «primero» es: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo corazón, con toda tu alma y con toda su mente». Zaratustra, conservando el «segundo» mandamiento, invierte el «primero», que para él dice: «Te amarás a ti mismo». <<



[312] Reminiscencia bíblica: véase *Isaías*, 5, 24: «Por eso, como la lengua de fuego devora un rastrojo, y la hierba seca inflamada se desploma…». <<

[313] Véase la nota 137 [En dicha nota se menciona que «el gran mediodía» es un importante concepto en esta obra, mismo que aparece por primera vez en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, § 3: «*Y todavía una vez debéis llegar a ser para mí amigos e hijos de* una sola *esperanza: entonces quiero estar con vosotros por tercera vez, para celebrar con vosotros el gran mediodía. Y el gran mediodía es la hora en que el hombre se encuentra a mitad de su camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer como su más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana*» (N. del E. D.)]. <<

[314] Otro título anotado por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado era *La canción del invierno*. El «monte de los olivos» es ciertamente expresión evangélica (*Evangelio de Mateo*, 26, 30). Mas aquí no aparece la angustia de Jesús en la noche anterior a su pasión. Por el contrario, su monte de los olivos le ofrece a Zaratustra un «rincón soleado» donde se ríe del invierno. La escena evangélica del monte de los olivos tiene propiamente su correspondencia en el capítulo titulado *La más silenciosa de todas las horas*. <<

[315] Remedo del *Evangelio de Mateo*, 19, 14: «Dejad que los niños vengan a mí». <<

[316] Remedo del *Evangelio de Mateo*, 10, 14-15: «Si alguno no os recibe o no os escucha, al salir de su casa o del pueblo sacudios el polvo de los pies. Os aseguro que el día del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra que a aquel pueblo». <<

[317] Véase, en la primera parte, *Del nuevo ídolo*, donde Zaratustra emplea una expresión similar para referirse a los periódicos [«*¡Ved, pues, a esos superfluos! Enfermos están siempre, vomitan su bilis y lo llaman periódico*» (N. del E. D.)]. <<

[318] Expresión de origen bíblico. Véase el *Salmo* 103, 21: «Bendecid al Señor, ejércitos suyos, servidores que cumplís sus deseos». <<

[319] Un desarrollo de estas ideas puede verse en el § 199 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 139-140). «Arriba» significa aquí el soberano, pero también el cielo; y el «pecho sin estrellas» es aquél en el que no lucen todavía las condecoraciones. <<

[320] El «necio» repite aquí lo mismo que Zaratustra ha dicho ya poco antes en *De la virtud empequeñecedora*, § 2 [«*“Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos”, así reza aquí también la hipocresía de los que dominan, ¡y ay cuando el primer señor es* tan sólo *el primer servidor!*» (N. del E. D.)]. <<

[321] En el *Evangelio de Lucas*, 19, 41, aparece una escena parecida, en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén sobre un pollino: «Así que Jesús estuvo cerca de Jerusalén, al ver la ciudad, lloró sobre ella y dijo: ¡Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz! Pero no, no tienes ojos para verlo». <<

[322] Cita de *Apocalipsis*, 18, 16: «¡Ay, ay de la gran ciudad!». <<

[323] Las «columnas de fuego» son imagen bíblica; véase *Éxodo*, 13, 21: «Iba Yahvé delante de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos, de noche en una columna de fuego, para alumbrarlos». <<



[324] En la cuarta parte, *El despertar*, § 2, y *La fiesta del asno*, § 2, se repiten como un estribillo estas palabras: «Hemos vuelto a hacernos piadosos». <<

[325] Si alguna vivencia personal de Nietzsche se transparenta aquí, sin duda estas palabras aluden al menos a dos episodios de su vida: la conversión al catolicismo de su amigo Romundt, que en otro tiempo convivió con él en Basilea; y el «arrodillarse» de Wagner ante la cruz, con su *Parsifal*. Sobre esto último, véase *Ecce homo* (edición citada, pp. 127 y ss.), y sobre todo *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 130; véase también allí la nota 72 del traductor). Véase aquí la nota 51 [«*La “sangre redentora” es expresión bíblica. Véase 1 Pedro, 1, 19*» (N. del E. D.)]. <<

[326] Reminiscencia del episodio bíblico de Jonás, al que tragó una ballena. Véase *Jonás*, 2, 1. En la parte cuarta, *Entre hijas del desierto*, § 2, aparece otra alusión al mismo episodio bíblico [«*¡Gloria, gloria a aquella ballena si a su huésped / Tan bien trató! ¿entendéis / Mi docta alusión?*» (N. del E. D.)]. Véase la nota 549 [«*La "docta alusión" se refiere, evidentemente, al episodio bíblico de Jonás, tragado por una ballena*» (N. del E. D.)]. <<

[327] Véase el *Prólogo de Zaratustra*, § 6, donde los dos primeros compañeros de Zaratustra son el volatinero que cae de la cuerda y al que Zaratustra entierra, y el bufón que hace caer al primero. <<

[328] Alusión al *Evangelio de Mateo*, 18, 3: «Si no os hicierais como niños no entraréis en el reino de los cielos». <<



[329] El vocablo alemán *Kreuzspinne* (araña con una cruz) subraya todavía con más fuerza esta irónica designación de los sacerdotes. <<

[330] Hay aquí una sarcástica alusión al espiritismo, tan de moda en Europa por la época en que Nietzsche escribió esta obra. El propio Nietzsche asistió a una sesión de espiritismo en Leipzig. Véase su carta de octubre de 1882 a P. Gast, en la que le habla de ella. <<

[331] Véase la nota 226 [«*Cita, invirtiendo el sentido, del* Evangelio de Marcos*, 16, 16: “El que crea… será bienaventurado” (palabras de Jesús a sus discípulos poco antes de su ascensión al cielo). El texto alemán (*selig machen*), con su posibilidad de significar también “embobar”, encierra un matiz irónico*» (N. del E. D.)]. <<



[332] Sarcástica alusión a la ópera de Wagner *Crepúsculo de los dioses*, título que luego el mismo Nietzsche remediaría con su obra *Crepúsculo de los ídolos*. <<

[333] Cita de las palabras de Yahvé en *Éxodo*, 20, 3-4: «No tendrás otro Dios que a mí. No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni lo que hay abajo sobre la tierra, ni lo que hay en las aguas debajo de la tierra». <<

[334] En esta tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 11, se repite esta misma frase. <<

[335] Un primer título pensado por Nietzsche para este capítulo era *De la soledad*. <<



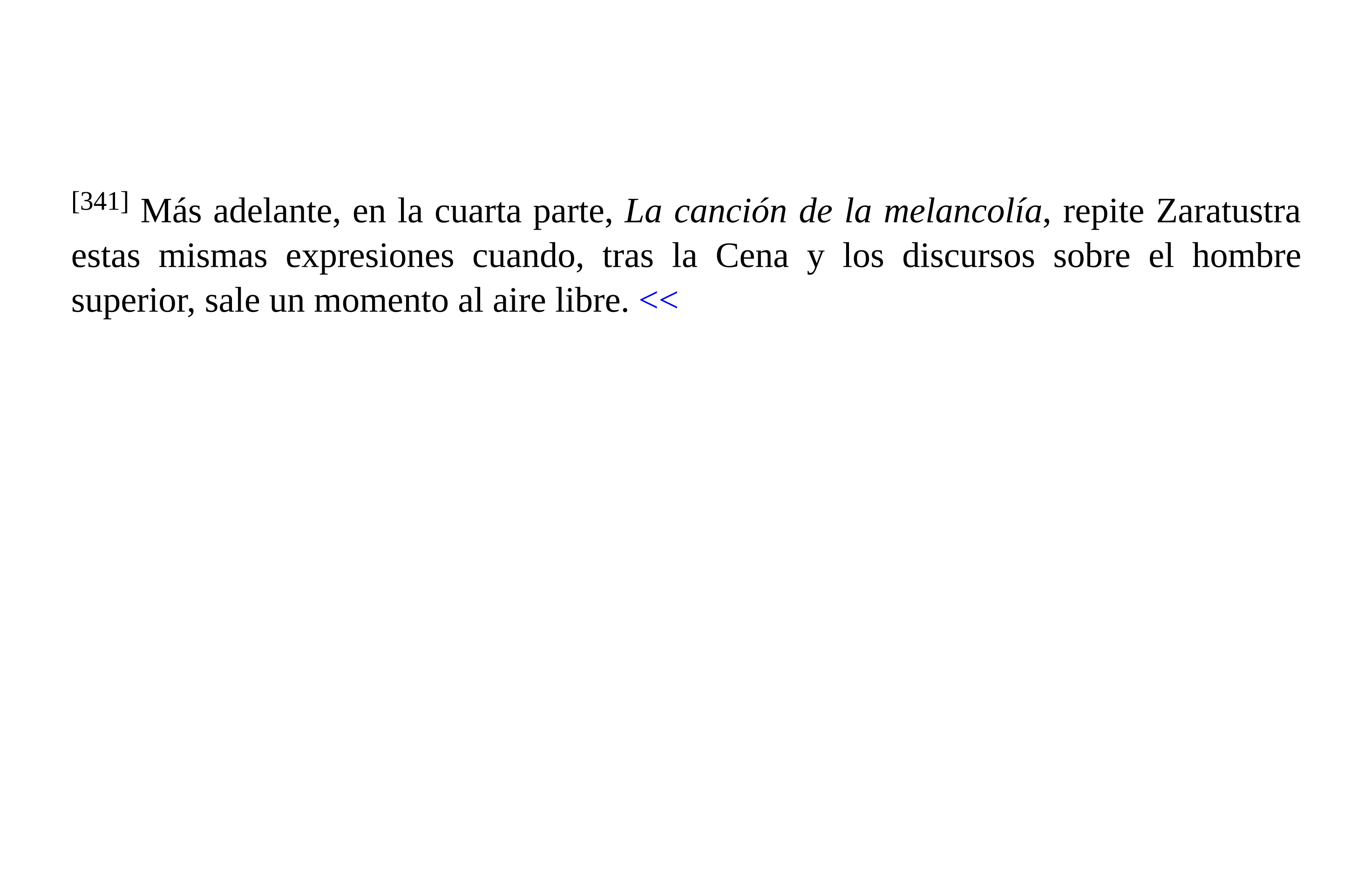
[336] En *Ecce homo* (edición mencionada, p. 108) Nietzsche cita este párrafo dentro de su famosa descripción de la «inspiración». <<

[337] Véase el *Prólogo de Zaratustra*, § 10 [«*He encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales, peligrosos son los caminos que recorre Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!*» (N. del E. D.)]. <<

[338] Véase, en la segunda parte, *La canción de la noche* [«*No conozco la felicidad del que toma; y a menudo he soñado que robar tiene que ser aún más dichoso que tomar*» (N. del E. D.)], así como la nota 188 [«*En* Hechos de los Apóstoles, *20, 35, dice Pablo a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso: "Hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en tomar". Esta frase atribuida a Jesús por Pablo no la han conservado los Evangelios. Nietzsche invierte la sentencia: la infelicidad, dice, la otorga el dar; es mejor tomar; y aún mejor, robar y arrebatar*» (N. del E. D.)]. <<

[339] Véase, en la segunda parte, *La más silenciosa de todas las horas* [«*Entonces algo me habló de nuevo sin voz: “¡Qué importas tú, Zaratustra! ¡Di tu palabra y hazte pedazos!”*» (N. del E. D.)]. <<

[340] Juego de palabras, en alemán, entre *begreifen* (comprender) y *angreifen* (atacar).
<<



[341] Más adelante, en la cuarta parte, *La canción de la melancolía*, repite Zaratustra estas mismas expresiones cuando, tras la Cena y los discursos sobre el hombre superior, sale un momento al aire libre. <<

[342] Véase, en esta tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 11 [«*Ésta es mi compasión por todo lo pasado, el ver: que ha sido abandonado, ¡abandonado a la gracia, al espíritu, a la demencia de cada generación que llega y reinterpreta como puente hacia ella todo lo que fue! Un gran déspota podría venir, un diablo listo que con su benevolencia y su malevolencia forzase y violentase todo lo pasado: hasta que esto se convirtiese en puente para él y en presagio y heraldo y canto del gallo. Y éste es el otro peligro y mi otra compasión: la memoria de quien es de la plebe no se remonta más que hasta el abuelo, y con el abuelo acaba el tiempo*» (N. del E. D.)]; y en la cuarta parte, *El grito de socorro* [«*“Tú, perverso adivino, dijo finalmente Zaratustra, eso es un grito de socorro y un grito de hombre, y sin duda viene de un negro mar. ¡Mas qué me importan las necesidades de los hombres! Mi último pecado, que me ha sido reservado para el final, ¿sabes tú acaso cómo se llama?”. “¡*Compasión*!, respondió el adivino con el corazón rebosante, y alzó las dos manos ¡oh Zaratustra, yo vengo para seducirte a cometer tu último pecado!”*» (N. del E. D.)], *El más feo de los hombres* [«*¿Se ha dado nunca una respuesta más cortés a un presuntuoso? Pero tú, oh Zaratustra, lo dejaste de lado al pasar y dijiste: “¡No! ¡No! ¡Tres veces no!”. Tú pusiste en guardia contra la compasión, no a todos, no a nadie, sino a ti y a los de tu especie. Tú te avergüenzas de la vergüenza del que sufre mucho; y en verdad, cuando dices “de la compasión procede una gran nube, ¡atención, hombres!”; cuando enseñas “todos los creadores son duros, todo gran amor está por encima de su propia compasión”: ¡oh Zaratustra, qué bien me pareces entender de signos meteorológicos!*» (N. del E. D.)], y *El signo* [«*“¿A mi último pecado?, exclamó Zaratustra, y furioso se rió de sus últimas palabras: ¿*qué* se me había reservado como mi último pecado?”. Y una vez más Zaratustra se abismó dentro de sí y volvió a sentarse sobre la gran piedra y reflexionó. De repente se levantó de un salto: “¡*Compasión*! ¡*La compasión por el hombre superior*!, gritó, y su rostro se endureció como el bronce. ¡Bien! ¡*Eso *tuvo su tiempo!”*» (N. del E. D.)]. <<

[343] Véase antes, *En el monte de los olivos*: «Si alguna vez mentí, fue por amor». <<

[344] Véase luego, *De tablas viejas y nuevas*, § 26 [«*A los buenos y justos mismos no les fue lícito entenderle: su espíritu está prisionero de su buena conciencia. La estupidez de los buenos es insondablemente inteligente*» (N. del E. D.)]. <<



[345] Estas tres preguntas aluden, respectivamente, a los «tres males» citados: voluptuosidad, ambición de dominio, egoísmo. <<



[346] Alusión al concepto cristiano de «mundo», considerado como uno de los tres enemigos del hombre: mundo, demonio y carne. <<

[347] «Sepulcros blanqueados» es expresión evangélica; véase el *Evangelio de San Mateo*, 232, 27: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos muertos y de podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis honrados, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crímenes». <<

[348] Nietzsche ha venido usando la palabra compuesta alemana *Herrschsucht* (ambición de dominio), que ahora separa, para comentar su significado. El componente *Sucht* tiene también los significados de «codicia» y «enfermedad». Para entender bien esta frase será preciso tener en cuenta estos otros sentidos de *Sucht*. <<

[349] Véase, en la primera parte, el capítulo titulado *De la virtud que hace regalos*. <<

[350] Véase, en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, § 1 [«*En verdad, semejante amor que hace regalos tiene que convertirse en ladrón de todos los valores; pero yo llamo sano y sagrado a ese egoísmo*» (N. del E. D.)]. <<

[351] Véase la nota 248 [«*Estas palabras, que son variación de la sentencia del* Eclesiastés*, 1, 2: “¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!”, aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra*» (N. del E. D.)]. <<

[352] Véase el *Evangelio de Lucas*, 2, 34-35: «Y Simeón le dijo a María, su madre: "… y a ti una espada te traspasará el corazón, para que quede de manifiesto lo que todos piensan"». <<

[353] Juego de palabras en alemán con dos términos de sonido parecido: *Tinten-Fische* (peces de tinta, calamares); acaso, en castellano, «chupatintas» (para seguir el juego verbal), y *Feder-Füchse* (zorros de pluma). La palabra alemana usual para decir «plumífero», «escritorzuelo», es *Federfuchser*; por semejanza de sonido Nietzsche la transforma en *Feder-Fuchs* (plural, *Feder-Füchse*). <<

[354] En la cuarta parte, *La Cena* y *La canción de la melancolía*, § 2, volverá a aludirse al gusto del estómago de Zaratustra por la carne de cordero. <<

[355] «Cambiar de sitio los mojones» es frase clásica y muy antigua. Ya Solón dice (fragmento 24) que «en una ocasión yo removí los mojones de la negra Tierra, fijos en muchas partes; antes ella era esclava, mas ahora es libre». Teniendo en cuenta la inmediata alusión de Zaratustra a la tierra, es posible que Nietzsche recordara aquí el citado fragmento de Solón. <<

[356] Paráfrasis del *Evangelio de Mateo*, 19, 14: «Dejad que los niños vengan a mí». Sin embargo, según Nietzsche, esto lo hacemos para impedir que se amen a sí mismos. Véase también antes, *De la virtud empequeñecedora*, § 2 [«*Y hace poco una mujer atrajo a sí violentamente a su hijo, que quería venir a mí: "¡Llevaos los niños!", gritó; "esos ojos chamuscan las almas infantiles"*» (N. del E. D.)], y la nota 302 [«*Alusión a la escena evangélica en que las madres acercan a Jesús unos niños para que les imponga las manos y rece por ellos; véase Evangelio de Mateo, 19, 13. Aquí, por el contrario, los apartan de Zaratustra a fin de que éste no les cause daño*» (N. del E. D.)]. <<

[357] Véase, en la primera parte, *De las tres transformaciones* [«*Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu de carga: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto*» (N. del E. D.)]. <<

[358] «El mejor de los mundos»: alusión a Leibniz. <<

[359] El rebuzno se expresa gráficamente en alemán con las letras I-A, que también significan «sí» (*Ja*). De ahí la frase de Nietzsche. En la cuarta parte, *El despertar*, se hará amplio uso de esta posibilidad lingüística alemana. <<

[360] Véase la nota 347 [«*“Sepulcros blanqueados” es expresión evangélica; véase el* Evangelio de San Mateo*, 232, 27: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos muertos y de podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis honrados, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crímenes”*» (N. del E. D.)]. <<



[361] Más adelante, *De tablas viejas y nuevas*, § 19, volverá Zaratustra a la figura del «parásito». <<



[362] Alusión a la frase de Pedro cuando en el Tabor quiere «levantar tres tiendas»; véase *Evangelio de Mateo*, 17, 4. <<

[363] Todo este largo capítulo alude antitéticamente a las «tablas de la ley» del Antiguo Testamento. Véase *Éxodo*, 24. El propio Moisés rompe las tablas más tarde: *Éxodo*, 32, 19. En *Ecce homo* (edición citada, p. 109) dice Nietzsche: «Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Nizza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables: aquel pasaje decisivo que lleva el título “De tablas viejas y nuevas” fue compuesto durante una fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza —la agilidad muscular era siempre máxima en mí cuando la fuerza creadora fluía de manera más abundante». <<

[364] En la cuarta parte, *El signo*, llegarán hasta Zaratustra la bandada de palomas y el león riente. <<

[365] En *Ecce homo* (edición citada, p. 23) Nietzsche emplea casi idéntica expresión: «Y así me cuento mi vida a mí mismo». <<

[366] Véase, en la primera parte, *De las cátedras de la virtud*. <<



[367] Reminiscencia del *Evangelio de Mateo*, 24, 28: «Donde quiera esté el cadáver, allá se juntarán los buitres». <<

[368] Véase antes, en la segunda parte, *De la cordura respecto a los hombres* [«*Hacia futuros más remotos, hacia sures más meridionales que los que artista alguno haya soñado jamás: ¡hacia allí donde los dioses se avergüenzan de todos los vestidos!*» (N. del E. D.)], y la nota 76 [«*Más adelante*, De la muerte libre, *puede verse un amplio desarrollo de esta idea*» (N. del E. D.)]. Esta imagen aparece por vez primera en el capítulo *Del amigo*, de la primera parte [«*El que no se recata provoca indignación: ¡tanta razón tenéis para temer la desnudez! ¡Sí, si fueseis dioses, entonces os sería lícito avergonzaros de vuestros vestidos!*» (N. del E. D.)]. <<

[369] Véase la nota 121 [«*“El aguijón de la muerte” es expresión bíblica. Véase* 1 Corintios*, 15, 55: “Muerte, ¿dónde está tu aguijón?”. Por contraposición a él, Zaratustra hablará en la tercera parte del “aguijón de la libertad”*» (N. del E. D.)]. <<

[370] Véase la nota 14 [«*Sobre el "superhombre", expresión que ha dado lugar a tantos malentendidos, dice el propio Nietzsche en* Ecce homo*: "La palabra* 'superhombre'*, que designa un tipo de óptima constitución, en contraste con los hombres 'modernos', con los hombres 'buenos', con los cristianos y demás nihilistas, una palabra que, en boca de Zaratustra, el* aniquilador *de la moral, se convierte en una palabra muy digna de reflexión, ha sido entendida, casi en todas partes, con total inocencia, en el sentido de aquellos valores cuya antítesis se ha manifestado en la figura de Zaratustra, es decir, ha sido entendida como tipo 'idealista' de una especie superior de hombre, mitad 'santo', mitad 'genio'"*» (N. del E. D.)]. <<

[371] «Corazones de carne» es expresión bíblica que aparece en *Ezequiel*, 11, 19-20: «Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis leyes y pongan por obra mis mandatos». También aparece en *2 Corintios*, 3, 3: «Vosotros sois mi carta, escrita en vuestros corazones, carta abierta y leída por todo el mundo. Se os nota que sois carta de Cristo y que yo fui el amanuense; no está escrita con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones de carne». Aquí Zaratustra rememora probablemente el segundo de los pasajes citados. <<



[372] Negación de lo que se dice en el *Apocalipsis*, 22, 17: «Quien tenga sed, que se acerque; el que quiera, que tome de balde el agua de la vida». <<

[373] El sacrificio de las primicias es de origen bíblico. Véase *Éxodo*, 23, 19: «Llevarás a la casa del Señor, tu Dios, las primicias de tus frutos». <<



[374] Juego de palabras, en alemán, entre los verbos *gehorchen* (obedecer) —en el que aparece *horchen* (oír, escuchar)— y *hören* (oír). <<

[375] Frase de Heráclito. En este § 8 hace Nietzsche un uso muy peculiar de la contraposición entre Heráclito y Parménides, según los viejos textos griegos. Por otra parte, todo el decorado figurativo se apoya en dos frases populares alemanas que aparecen aquí textualmente: *das Wasser hat keine Balken* (literal: «el agua no tiene maderos», pero que corresponde aproximadamente a la expresión castellana «el mar es muy traidor»), e *ins Wasser fallen* (literal: «caer al agua», pero en el sentido de «irse al agua», «malograrse algo»). <<



[376] Remedo de *Jeremías*, 16, 6: «El Señor me dijo: Predica estas palabras en los pueblos de Judá y en las callejas de Jerusalén». <<

[377] Cita de *Éxodo*, 20. Estas dos prohibiciones aparecen en las «tablas» viejas. <<

[378] Véase antes, *De los apóstatas*, § 2 [«*Y todos los dioses rieron entonces, se bambolearon en sus asientos y gritaron: “¿No consiste la divinidad precisamente en que existan dioses, pero no dios?”*» (N. del E. D.)]. <<



[379] En la cuarta parte, *Coloquio con los reyes*, el oír cómo uno de los reyes repite esta frase suya hará salir a Zaratustra de su escondite. <<

[380] «Flamencos»: este mordaz calificativo que Zaratustra da aquí a los cortesanos lo aplicará a los reyes en la cuarta parte, *Coloquio con los reyes* [«*No había pasado aún una hora desde que Zaratustra andaba caminando por sus montañas y bosques cuando vio* de pronto *un extraño cortejo. Justo por el camino por el que él iba bajando venían dos reyes a pie*, *adornados con coronas y con cinturones de púrpura, tan multicolores como dos flamencos*» (N. del E. D.)]. <<

[381] Alusión a la «tierra prometida» de los hebreos. Véase la nota 278 [«*Cita de* Éxodo*, 3, 8, donde de la Tierra Prometida se dice que en ella “corren leche y miel”*» (N. del E. D.)]. <<

[382] Alusión a las cruzadas. <<

[383] Véase, en la segunda parte, *Del país de la cultura* [«*En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres: ¡y en todo futuro* este *presente!*» (N. del E. D.)], y la nota 218 [«*Alusión al* Evangelio de Lucas*, 16, 21 (parábola del hombre rico y el mendigo Lázaro): "Lázaro deseaba hartarse de lo que caía debajo de la mesa del rico"*» (N. del E. D.)]. La frase siguiente es perífrasis, con cambio de sentido, de *Éxodo*, 20, 5: «Yo Yahvé… castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta en la tercera y la cuarta generación». <<

[384] Véase la nota 248 [«*Estas palabras, que son variación de la sentencia del* Eclesiastés*, 1, 2: “¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!”, aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra*» (N. del E. D.)]. <<



[385] *Stroh dreschen* («trillar paja») tiene un significado obvio: trabajar y no sacar nada. En alemán tiene además el significado de «decir trivialidades». Así se entiende mejor la referencia a los «parloteos». <<

[386] *Das Maul verbinden* (amordazar el hocico, poner el bozal) es frase empleada por Lutero, en su traducción de la Biblia; véase *Deuteronomio*, 25, 4: «No le pondrás bozal al buey que trilla». <<



[387] Cita literal de *Tito*, 1, 15: «Para el puro todo es puro; en cambio, para el sucio y falto de fe no hay nada puro: hasta la mente y la conciencia las tiene sucias». <<



[388] Con esta misma frase comienza también el capítulo de la segunda parte titulado *De la chusma*. <<

[389] Véase la nota 304 [«*La expresión “son queridos” (*werden gewollt*) no significa “son amados”, sino: “son conducidos por una voluntad ajena a la suya”. Es decir: no son sujeto de una voluntad propia, sino objeto de una voluntad ajena*» (N. del E. D.)]. <<



[390] «La barca de la muerte» es expresión que viene de la Antigüedad clásica: Caronte llevaba en su barca los muertos al Hades. <<



[391] Remedo del *Evangelio de Lucas*, 16, 21: «Hasta los perros venían y lamían sus úlceras» (aplicado al mendigo Lázaro). <<

[392] Paráfrasis irónica de lo narrado en el Antiguo Testamento, *Ezequiel*, 8, 3: «Y Yahvé alargó una a manera de mano y me cogió por los cabellos y el espíritu me elevó entre la tierra y el cielo y me condujo a Jerusalén en éxtasis». <<

[393] Véase, en esta tercera parte, *Del espíritu de la pesadez* [«*Pero aún más repugnantes me resultan todos los que lamen servilmente los salivazos; y el más repugnante bicho humano que he encontrado lo bauticé con el nombre de parásito*» (N. del E. D.)]. <<

[394] En *Ecce homo* (edición mencionada, pp. 112-113) cita Nietzsche el párrafo que va desde «el alma, en efecto, que posee la escala más alta…» hasta aquí, y añade: «pero esto es el concepto mismo de Dioniso». <<

[395] Cita del *Evangelio de Juan*, 13, 14: «Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros los pies unos a otros. Porque yo os he dado ejemplo vosotros obréis según mi ejemplo». <<

[396] Véase, en la primera parte, *De la guerra y el pueblo guerrero* [«*Sólo os es lícito tener enemigos que haya que odiar, pero no enemigos para despreciar. Es necesario que estéis orgullosos de vuestro enemigo: entonces los éxitos de él son también vuestros éxitos*» (N. del E. D.)]. <<



[397] Los dos vocablos empleados por Nietzsche (*dreinschaun*, *drein-haun*) explican mejor, con su sonido similar, la afirmación de que «es una sola cosa». <<

[398] «Ya no es tiempo de reyes»: cita de Hölderlin, *La muerte de Empédocles*. <<

[399] Para entender mejor los dos párrafos anteriores es necesario conocer los varios juegos de palabras a que en ellos se entrega Nietzsche. Está en primer lugar el verbo *schliessen*, que puede tener al menos tres significados, empleados sucesivamente por Nietzsche: (*Ehe*)*schliessen*: casarse, *enlace* matrimonial; *schliessen*: sacar una *conclusión*; schliessen: *soldar*.

Por eso dice Nietzsche: tened cuidado de que vuestro *schliessen* (enlace) matrimonial no sea un mal *schliessen* (conclusión precipitada), pues si vuestro *schliessen* (soldar) ha sido muy rápido, puede romperse (*brechen*). Aquí entra el segundo juego de palabras, ya que (*Ehe*) *brechen* significa: cometer adulterio. En síntesis: aquel casamiento que, por ser una conclusión precipitada, está mal soldado, se romperá con el adulterio.

El juego de palabras continúa. Dice Nietzsche: es mejor *brechen* (romper) el matrimonio con el adulterio que no *biegen* (torcerlo). En este momento Nietzsche introduce dos palabras inventadas por él, por analogía con *Ehe-brechen*, en las que se da además una aliteración: *Ehe-biegen* (convertir el matrimonio en algo torcido) y *Ehe-lügen* (convertir el matrimonio en una mentira). Y por fin, el último juego verbal. Dice una mujer: yo he adulterado ([*Ehe*]*brechen*), pero antes el matrimonio me había roto (*brechen*) a mí. Aquí habría que añadir otro matiz, cuando Nietzsche dice que de un mal *schliessen* (sacar una conclusión, derivar, seguirse una conclusión) se sigue (*folgt*) una ruptura de esa conclusión. <<

[400] Nuevo juego de palabras: el verbo *versprechen* significa «prometer» y también «equivocarse (al hablar)»; Nietzsche lo enlaza con *versehen*, de formación similar, que significa «equivocarse (al mirar)». Es decir: ¿es que nuestra equivocación al hablar (o también nuestro prometer) es ya también una equivocación al mirar? <<

[401] Véase la nota 250 [«*“De aquí a poco”: remedo de la expresión empleada por Jesús en el* Evangelio de Juan*, 14, 19: “De aquí a poco el mundo no me verá más…”*» (N. del E. D.)]. <<

[402] Alusión a la teoría del «contrato social» de Rousseau. <<



[403] Este «uno» aludido por Zaratustra es evidentemente Jesús, lo que se corrobora con la posterior referencia a la crucifixión. <<

[404] Véase la nota 29 [«*La pareja verbal “los buenos y justos” se repetirá numerosísimas veces en toda esta obra. Probablemente es imitación de otra pareja verbal, “los hipócritas y fariseos”, que también aparece con mucha frecuencia en los Evangelios, y tiene el mismo significado que ella*» (N. del E. D.)]. <<



[405] Este «segundo» descubridor del fariseísmo de los buenos y justos es Zaratustra-Nietzsche. <<

[406] Véase la nota 33 [«*Juego de palabras en alemán entre* Brecher *(destructor, rompedor, quebrantador) y* Verbrecher *(infractor, criminal). También Moisés rompe las tablas; véase* Éxodo*, 32, 19: "Al acercarse al campamento y ver el becerro y las danzas, Moisés, enfurecido, tiró las tablas y las rompió al pie del monte"*. *En esta obra Zaratustra utiliza numerosas veces esta contraposición*» (N. del E. D.)]. <<

[407] Véase el *Prólogo de Zaratustra,* § 5, y la nota 22 [«*El “último” hombre significa sobre todo el “último” en la escala humana. En* Ecce homo *(edición citada, p. 139) dice Nietzsche: “En este sentido Zaratustra llama a los buenos unas veces ‘los últimos hombres’ y otras el ‘comienzo del final’; sobre todo, los considera como* la especie más nociva del hombre*, porque imponen su existencia tanto a costa de la* verdad *como a costa del* futuro*”*» (N. del E. D.)]. <<



[408] «Nacer en la mentira» (en el pecado) es expresión bíblica. Véase el *Salmo* 51, 7: «Mira, en culpa nací y en pecado me engendró mi madre». <<



[409] El texto de este § 29 es reproducido por Nietzsche al final de su obra *Crepúsculo de los ídolos*, como epílogo de ella, con el título de «Habla el martillo». <<

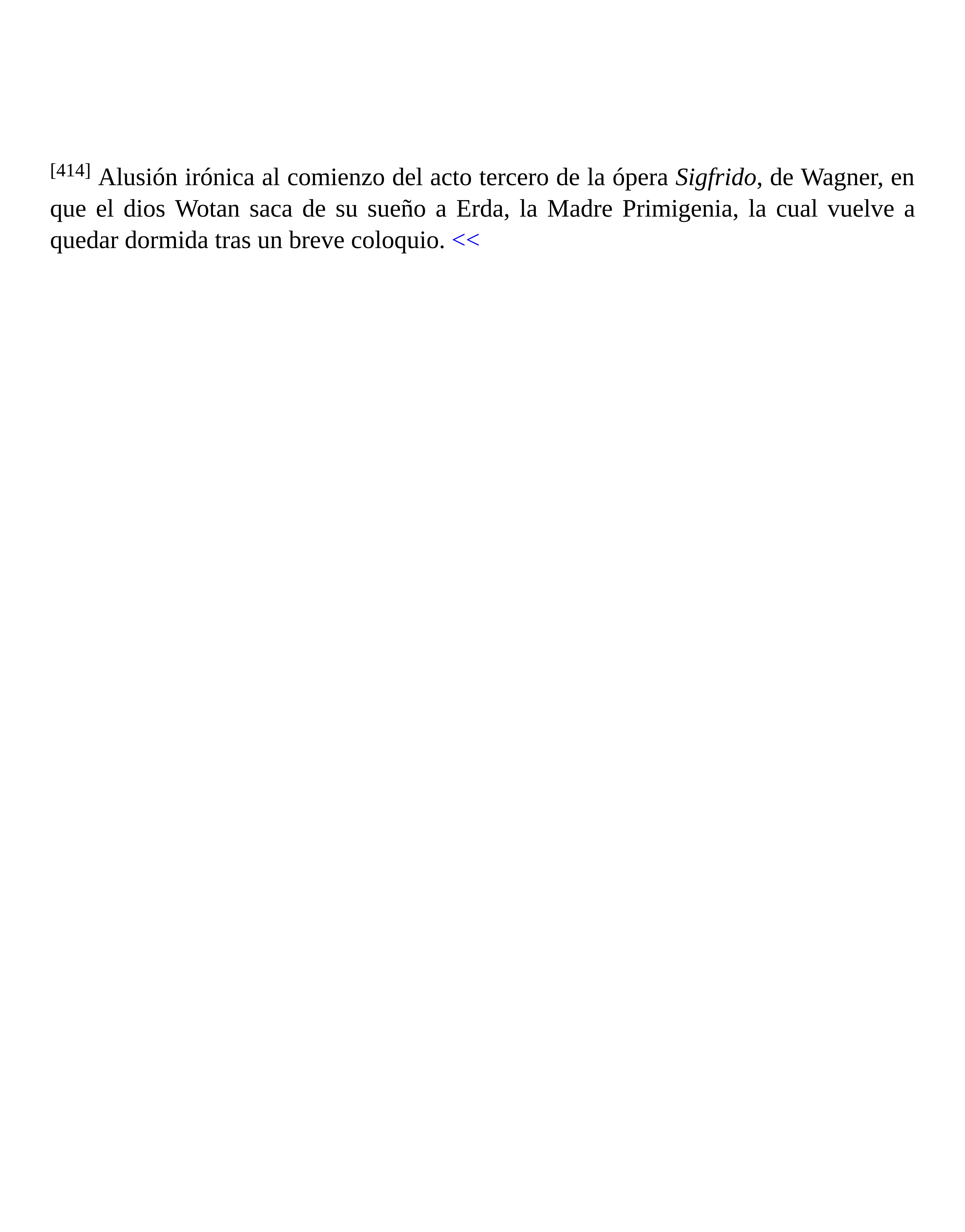
[410] Nietzsche comenta este precepto en *Ecce homo* (edición citada, p. 117) con las siguientes palabras: «El imperativo "¡*endureceos*!", la más honda certeza de que *todos los creadores son duros*, es el auténtico indicio de una naturaleza dionisiaca». <<

[411] Véase la nota 129 [«*La palabra alemana* Notwendigkeit *(necesidad) está compuesta de* Not *(necesidad, en el sentido de menesterosidad, “necesidades”) y* Wende *(viraje). Nietzsche separa estos dos componentes y realiza un juego de palabras muy difícil de verter al castellano. Se trata, sin embargo, de un concepto central de Nietzsche. (…) Lo que el hombre necesita es rechazar la necesidad, lo cual se realiza teniendo una sola voluntad. Lutero no conoce aún la palabra* Notwendigkeit*, cuya historia en el idioma alemán es bastante complicada*» (N. del E. D.)]. <<



[412] Juego de palabras, en alemán, entre *Schickung* (providencia) y *Schicksal* (destino), de idéntica raíz. <<

[413] Otro título pensado por Nietzsche para este capítulo fue *La evocación*. El presente apartado desarrolla la idea del «eterno retorno de lo idéntico», ya aparecida en *De la visión y enigma*. <<



[414] Alusión irónica al comienzo del acto tercero de la ópera *Sigfrido*, de Wagner, en que el dios Wotan saca de su sueño a Erda, la Madre Primigenia, la cual vuelve a quedar dormida tras un breve coloquio. <<



[415] La más completa autodefinición de Zaratustra y uno de los textos capitales de esta obra. <<

[416] La «manzana de rosa» es fruto que aparece varias veces en *Así habló Zaratustra*. Quizá sea un símbolo del mundo. Esto puede quedar corroborado por el paralelismo entre la frase que viene poco después: «Zaratustra… tomó en la mano una manzana de rosa, la olió y encontró agradable su olor», y la frase del *Génesis*, 1, 31: «Entonces vio Dios todo cuanto había hecho, y encontró que estaba bien». <<

[417] Estos dos corderos son los que más tarde serán sacrificados para que Zaratustra y los «hombres superiores» que han acudido a su caverna celebren la Cena. Véase, en la cuarta parte, *La Cena* [«*¿Pan?, replicó Zaratustra y se rió. Justamente pan es lo que no tienen los eremitas. Pero el hombre no vive sólo de pan, sino también de la carne de buenos corderos, y yo tengo dos*» (N. del E. D.)]. <<

[418] Véase, en la segunda parte, *La canción de la noche* [«*Ellos toman de mí: ¿pero toco yo siquiera su alma? Un abismo hay entre tomar y dar; el abismo más pequeño es el más difícil de salvar*» (N. del E. D.)]. <<

[419] Véase, en la tercera parte, *De la visión y enigma*, § 2. <<

[420] Véase la nota 248 [«*Estas palabras, que son variación de la sentencia del* Eclesiastés*, 1, 2: “¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!”, aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra*» (N. del E. D.)]. <<

[421] Véase, en la segunda parte, *De los sacerdotes* [«*Nunca ha habido todavía un superhombre. Desnudos he visto yo a ambos, al hombre más grande y al más pequeño: Demasiado semejantes son todavía entre sí. En verdad, también al más grande lo he encontrado ¡demasiado humano!*» (N. del E. D.)]. <<

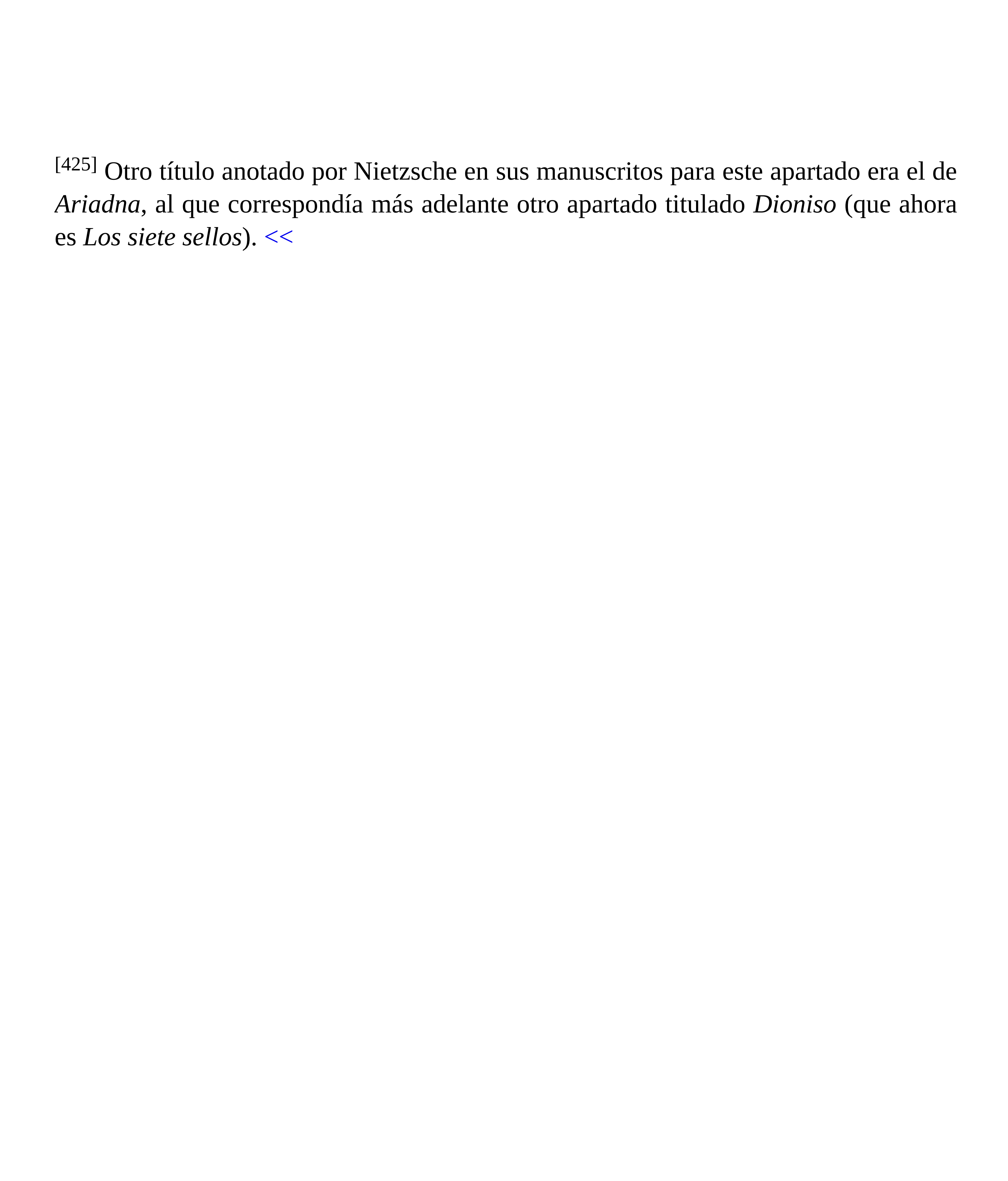


[422] Remedo de la confesión de Pedro a Jesús: «Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente»; véase el *Evangelio de Mateo*, 16, 16. <<

[423] Véase lo que Zaratustra dice al volatinero al comienzo de la obra, *Prólogo de Zaratustra*, § 6 [«*Por mi honor, amigo, respondió Zaratustra, todo eso de que hablas no existe: no hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aún más pronto que tu cuerpo*» (N. del E. D.)], y la nota 26 [«*Un desarrollo de esta idea puede verse en esta primera parte,* De los despreciadores del cuerpo *(…): “Las almas son tan mortales como los cuerpos”*» (N. del E. D.)]. <<



[424] Véase la nota 6 [En aquella nota se menciona que en este párrafo termina el *ocaso* de Zaratustra (N. del E. D.)]. <<



[425] Otro título anotado por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado era el de *Ariadna*, al que correspondía más adelante otro apartado titulado *Dioniso* (que ahora es *Los siete sellos*). <<



[426] «Oh alma mía» es invocación bíblica que aparece en los salmos. Véase, por ejemplo, el *Salmo* 103, 1. <<

[427] Sobre «viraje de la necesidad» véase la nota 129 [«*La palabra alemana* Notwendigkeit *(necesidad) está compuesta de* Not *(necesidad, en el sentido de menesterosidad, «necesidades») y* Wende *(viraje). Nietzsche separa estos dos componentes y realiza un juego de palabras muy difícil de verter al castellano. Se trata, sin embargo, de un concepto central de Nietzsche. (…) Lo que el hombre necesita es rechazar la necesidad, lo cual se realiza teniendo una sola voluntad. Lutero no conoce aún la palabra Notwendigkeit, cuya historia en el idioma alemán es bastante complicada*»(N. del E. D.)]. <<

[428] De manera encubierta hay en estas palabras una alusión a Dioniso. Éste, en efecto, es representado en ocasiones como un viñador que viene en barco con una podadera en la mano para podar sus vides (así está representado en la copa de Exekias, del siglo VI, que se conserva en Munich). La vid, cargada de racimos, que anhela la llegada del viñador, es Ariadna (alma de Zaratustra). El viñador con la podadera es imagen que aparece también en el *Apocalipsis*. Véase *Apocalipsis*, 14, 18: «¡Echa tu afilada podadera y vendimia los racimos de la viña de la tierra, pues llegaron a sazón sus uvas!». Es posible que en el ánimo de Nietzsche se fundiesen ambas evocaciones. <<

[429] Con estas mismas palabras comienza *La canción del baile*. <<

[430] Aquí reaparece el «látigo» al que se alude en la primera parte, al final del capítulo *De viejecillas y jovencillas* [«*¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!*»(N. del E. D.)]. <<



[431] Esta campana de medianoche reaparecerá en la cuarta parte, *La canción del noctámbulo* [Del § 3 en adelante (N. del E. D.)]. <<

[432] Dos de los versos de esta poesía (el quinto y el sexto) han aparecido ya con anterioridad, aisladamente, en *Antes de la salida del sol*. En la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*, Zaratustra ofrecerá un amplio glosario, verso por verso, de esta poesía y al final invitará a su acompañante a cantarla con él. Allí la califica de «canto de ronda», le da el título de *Otra vez* y dice que su sentido es «¡Por toda la eternidad!». <<



[433] Tanto «Los siete sellos» como «Sí y amén» son expresiones tomadas del *Apocalipsis*. Véase. *Apocalipsis*, 5, 1, y 1, 7, respectivamente. <<

[434] Las cuatro líneas anteriores son paráfrasis de *Apocalipsis*, 10, 1-2: «Y vi otro ángel fuerte, que bajaba del cielo, envuelto en una nube, y el arco iris por encima de su cabeza, y su semblante como el sol, y sus piernas como columnas de fuego, y tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra, y clamó con voz potente, como cuando ruge el león». Estas cuatro líneas se repetirán luego en *La canción del noctámbulo*, § 2. <<

[435] Véase, en la segunda parte, *De los sacerdotes* [«*Y sólo cuando el cielo puro vuelva a mirar a través de techos derruidos y llegue hasta la hierba y la roja amapola crecidas junto a muros derruidos*»(N. del E. D.)]. <<



[436] Expresión del *Apocalipsis*, 1, 8: «Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el que es y era y ha de venir, el soberano de todo». <<

[437] Esta piedra situada junto a la salida de la caverna de Zaratustra volverá a ser mencionada en el último capítulo de esta parte, *El signo* [«*¿Qué me ocurre?», pensó Zaratustra en su asombrado corazón, y lentamente dejose caer sobre la gran piedra que se hallaba junto a la salida de su caverna*» (N. del E. D.)]. Allí la llama la «gran piedra». Quizás encierre una maliciosa alusión a la «piedra» sobre la que está asentada la Iglesia. Véase antes, *La ofrenda de la miel* [«*… sobre un fundamento eterno, sobre una dura roca primitiva*» (N. del E. D.)], y la nota 445 [«*Sigue la contraposición implícita entre el "reino del hombre" y el "reino de Dios". También la Iglesia está "edificada sobre una piedra" (véase* Evangelio de Mateo, *16, 18)*» (N. del E. D.)]. <<

[438] Zaratustra repetirá estas mismas palabras al final de esta obra. Véase *El signo* [«*Mi sufrimiento y mi compasión, ¡qué importan! ¿Aspiro yo acaso a la felicidad? ¡Yo aspiro a mi obra!*» (N. del E. D.)]. <<



[439] La palabra alemana *Pech* empleada por Zaratustra tiene el doble sentido de «pez» y de «mala suerte». <<

[440] Véase la nota 27 [«*La expresión “pescador de hombres” es evangélica. Véase el* Evangelio de Mateo*, 4, 19, “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres” (Jesús a Pedro y a Andrés)*» (N. del E. D.)]. <<



[441] «Llega a ser el que eres» es frase de Píndaro (*Píticas*, II, 72). Nietzsche la utilizó como subtítulo de *Ecce homo*: «Cómo se llega a ser lo que se es». <<

[442] Los signos que Zaratustra aguarda son la bandada de palomas y el león riente. Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 1 [«*Esto es lo que ahora aguardo: antes tienen que llegarme, en efecto, los signos de que es* mi *hora*, *a saber, el león riente con la bandada de palomas*» (N. del E. D.)], y la nota 364 [«*En la cuarta parte*, El signo, *llegarán hasta Zaratustra la bandada de palomas y el león riente*» (N. del E. D.)]. <<

[443] En *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 123) describe Nietzsche a «ése que ha de venir» con las siguientes palabras: «Ese hombre del futuro, que nos liberará del ideal existente hasta ahora y asimismo de *lo que tuvo que nacer de ese ideal*, de la gran náusea, de la voluntad de la nada, del nihilismo, ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión, que de nuevo libera la voluntad, que devuelve a la tierra su meta y al hombre su esperanza, ese anticristo y antinihilista, ese vencedor de Dios y de la nada —*alguna vez tiene que llegar*». <<

[444] «Hazar» significa período de mil años. Al usar la expresión bíblica de «reino de los mil años» (*Apocalipsis*, 20) Zaratustra contrapone implícitamente el «reino del hombre» al «reino de Dios», como en otra ocasión opuso el «reino de la tierra» al «reino de los cielos». <<

[445] Sigue la contraposición implícita entre el «reino del hombre» y el «reino de Dios». También la Iglesia está «edificada sobre una piedra» (véase *Evangelio de Mateo*, 16, 18). <<

[446] Véase la nota 53 [«*La “cosa en sí” es término procedente de Kant y contra él polemiza Nietzsche en numerosas ocasiones. De él se deriva la expresión propia del idealismo alemán “en sí y para sí” (*an sich und für sich*). Más adelante, en la cuarta parte,* La ofrenda de la miel*, Zaratustra se burlará de esta última expresión, hablando de “en mí y para mí”*» (N. del E. D.)]. <<

[447] Sobre este «grito de auxilio» dice Nietzsche en *Ecce homo* (edición citada, p. 32): «Permanecer aquí dueño de la situación, lograr aquí que la *altura* de la tarea propia permanezca limpia de los impulsos mucho más bajos y mucho más miopes que actúan en las llamadas acciones desinteresadas, ésta es la prueba, acaso la última prueba que un Zaratustra tiene que rendir —su auténtica *demostración* de fuerza». <<

[448] Véase, en la segunda parte, *El adivino* [«*Mas el adivino debe comer y beber a mi lado: ¡y en verdad, quiero mostrarle todavía un mar en que puede ahogarse!*» (N. del E. D.)]. <<

[449] Véase la nota 248 [«*Estas palabras, que son variación de la sentencia del* Eclesiastés*, 1, 2: “¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!”, aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra*» (N. del E. D.)]. <<

[450] La expresión alemana *im Trocknen sitzen* tiene un doble sentido; uno, literal: «estar (una barca) fuera del agua (en seco)», y otro, figurado: «no tener alguien nada de dinero». Esto le permite a Zaratustra dar su irónica respuesta, pues quiere decir: ¿Es que yo soy un insolvente, sin nada de dinero? <<

[451] Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 11; y en esta cuarta parte, *El más feo de los hombres*, y *El signo* [En los capítulos mencionados se desarrolla la idea de la «compasión» como el «último pecado» de Zaratustra (N. del E. D.)]. <<

[452] Véase, en la segunda parte, *De grandes acontecimientos* [«*Hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente estuvieron reunidos de nuevo, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre, y que una voz decía con claridad: "¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!"*» (N. del E. D.)]; en la tercera parte, *De la bienaventuranza no querida* [«*Y en verdad era llegado el tiempo de irme; y la sombra del caminante y el instante más largo y la hora más silenciosa todos me decían: "¡Ya ha llegado la hora!"*» (N. del E. D.)], y, en esta cuarta parte, *A mediodía* [«*¡Arriba!, se dijo a sí mismo, ¡tú dormilón!, ¡tú dormilón en pleno mediodía! ¡Vamos, arriba, viejas piernas! Es tiempo y más que tiempo, aún os queda una buena parte del camino*» (N. del E. D.)]. <<



[453] Posible réplica de Nietzsche a Goethe, quien, a la muerte del príncipe de Ligne, escribió un requiem «por el hombre más alegre de este siglo». <<

[454] «¡No! ¡No! ¡Tres veces no!». Zaratustra repetirá varias veces en lo sucesivo esta misma exclamación; véase *El más feo de los hombres* [«*¿Se ha dado nunca una respuesta más cortés a un presuntuoso? Pero tú, oh Zaratustra, lo dejaste de lado al pasar y dijiste: "¡No! ¡No! ¡Tres veces no!"*» (N. del E. D.)], *El saludo* [«*¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Es a* otros *a quienes aguardo yo aquí en estas montañas, y mi pie no se moverá de aquí sin ellos*» (N. del E. D.)], y *Del hombre superior*, § 6 [«*¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Deben perecer cada vez más, cada vez mejores de vuestra especie, pues vosotros debéis tener una vida siempre peor y más dura*» (N. del E. D.)]. <<

[455] Esta afirmación de Zaratustra de que éstos son «sus dominios» será contradicha más tarde por «el concienzudo del espíritu». Véase *La sanguijuela* [«*El que sangraba rió, aunque todavía estaba encolerizado. “¡Qué te importa!, dijo, y quiso marcharse. Aquí estoy en mi casa y en mis dominios. Pregúnteme quien quiera: a un majadero difícilmente le responderé”*» (N. del E. D.)]. <<

[456] Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 12. Allí Zaratustra aplica este calificativo a los cortesanos [«*No el que vuestra estirpe se haya hecho cortesana en las cortes, y vosotros hayáis aprendido a estar de pie, vestidos con ropajes multicolores, como un flamenco*» (N. del E. D.)]. <<



[457] Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 12 [«*En verdad, no el que hayáis servido a un príncipe, ¡qué importan ya los príncipes!*» (N. del E. D.)]. <<

[458] Expresión bíblica, tomada del *Evangelio de Lucas*, 18, 13: «El publicano… se daba golpes de pecho, diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!». <<



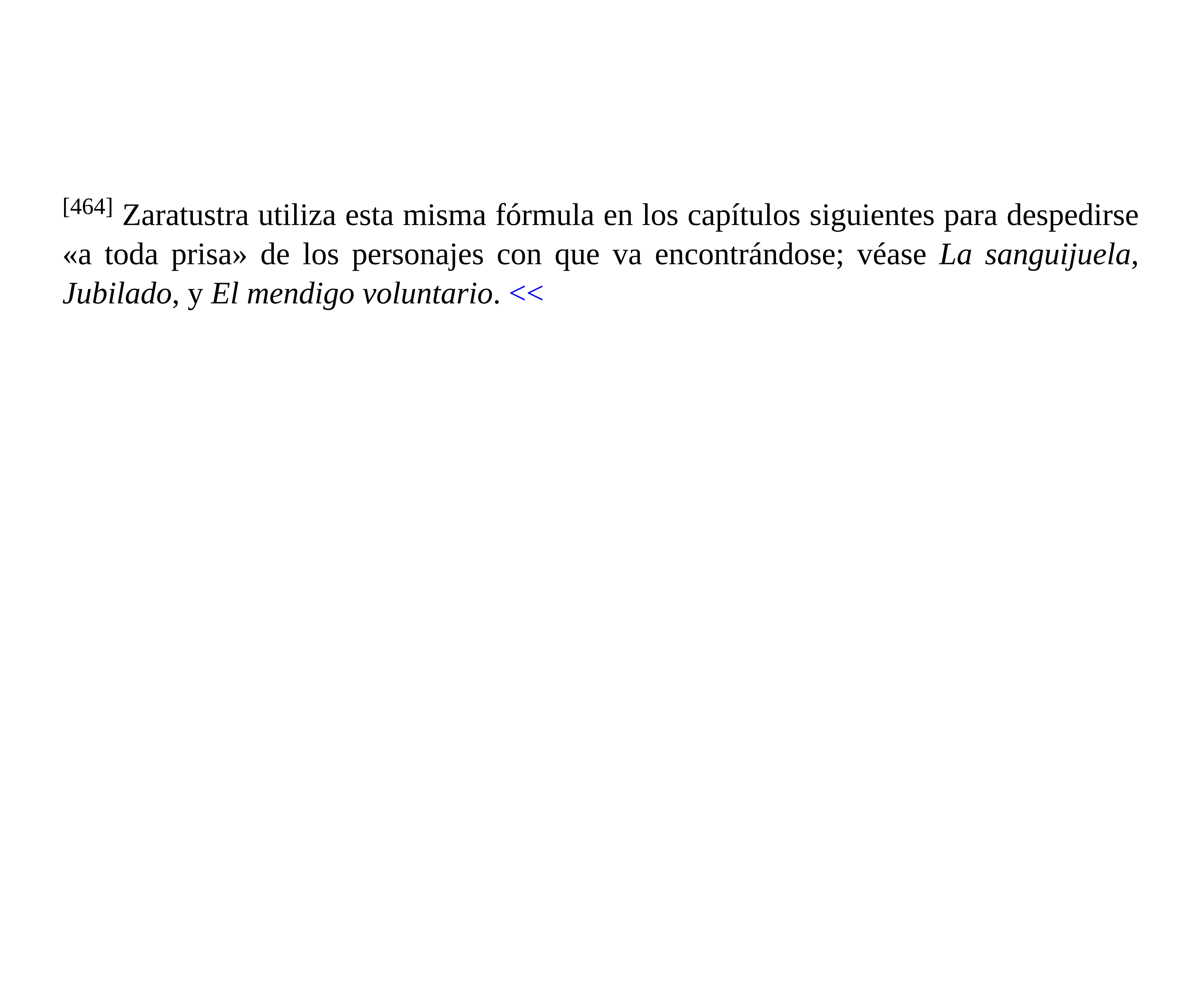
[459] Alusión a la entrada del «señor supremo» en Jerusalén, montado en un asno, entre cantos de júbilo. Véase el *Evangelio de Mateo*, 21. <<

[460] Véase la nota 359 [«*El rebuzno se expresa gráficamente en alemán con las letras I-A, que también significan «sí» (*Ja*). De ahí la frase de Nietzsche*» (N. del E. D.)]. <<

[461] En *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 131) afirma Nietzsche: «No sin sutileza se ha dicho: *il est indigne des grands coeurs de répandre le trouble qu'ils ressentent*: sólo hay que añadir que puede ser asimismo grandeza de alma el no tener miedo de *las cosas más indignas*. Una mujer que ama sacrifica su honor; un hombre del conocimiento que "ama" sacrifica acaso su humanidad; un Dios que amaba se hizo judío». <<

[462] Véase, en la segunda parte, *El niño del espejo* [«*Una mañana se despertó antes de la aurora, estuvo meditando largo tiempo en su lecho y dijo por fin a su corazón: "¿De qué me he asustado tanto en mis sueños, que me he despertado? ¿No se acercó a mí un niño que llevaba un espejo? 'Oh Zaratustra –me dijo el niño–, ¡mírate en el espejo!'. Y al mirar yo al espejo lancé un grito, y mi corazón quedó aterrado: pues no era a mí a quien veía en él, sino la mueca y la risa burlona de un demonio"*» (N. del E. D.)]. <<

[463] Véase, en la primera parte, *De la guerra y el pueblo guerrero* [«*¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: la buena guerra es la que santifica toda causa*» (N. del E. D.)]. <<



[464] Zaratustra utiliza esta misma fórmula en los capítulos siguientes para despedirse «a toda prisa» de los personajes con que va encontrándose; véase *La sanguijuela*, *Jubilado*, y *El mendigo voluntario*. <<



[465] Otro título anotado por Nietzsche para este capítulo era *El concienzudo del espíritu*. <<

[466] Véase antes, *El grito de socorro* [«*Está en* mis *dominios: ¡en ellos no debe sufrir ningún daño! Y, en verdad, hay muchos animales malvados en mi casa*» (N. del E. D.)], y la nota 455 [«*Esta afirmación de Zaratustra de que éstos son "sus dominios" será contradicha más tarde por "el concienzudo del espíritu"*» (N. del E. D.)]. <<

[467] Véase, en la segunda parte, *De los sabios famosos* [«*Espíritu es la vida que se saja a sí misma en vivo: con el propio tormento aumenta su propio saber, ¿sabíais ya esto?*» (N. del E. D.)]. <<



[468] Más adelante, *La fiesta del asno*, § 1, el «concienzudo del espíritu» empleará esta misma fórmula para ironizar sobre Zaratustra. <<

[469] Otro título anotado por Nietzsche para este apartado era *El penitente del espíritu*. <<

[470] El largo «lamento» del mago que viene a continuación fue compuesto por Nietzsche en el otoño de 1884 y llevaba entonces el título de *El poeta.- El tormento del creador*. En otra copia manuscrita le puso estos dos títulos: *De la séptima soledad*, luego borrado, y *El pensamiento*. De hecho este poema no se hallaba destinado originalmente a *Así habló Zaratustra*, pero Nietzsche lo insertó en él al componer la cuarta parte. De la importancia que este poema tenía para Nietzsche da idea el hecho de que más tarde lo incorporase a los *Ditirambos de Dioniso*, bajo el título de *Lamento de Ariadna*. Allí lleva al final una «respuesta» de Dioniso, quien, tras un rayo, «se hace visible con una belleza de esmeralda». La citada respuesta dice así:

¡Sé inteligente, Ariadna!…

Tienes oídos pequeños, tienes mis oídos:

¡Introduce en ellos una palabra inteligente! –

¿No tenemos que odiarnos primero a nosotros mismos cuando

debemos amarnos a nosotros mismos?…

Yo soy tu laberinto… <<

[471] Ya en su juventud (en el otoño de 1864) había compuesto Nietzsche una poesía con el título *Al dios desconocido*. El «dios desconocido» alude al Dios encontrado por Pablo en el Areópago de Atenas (véase *Hechos de los Apóstoles*, 17, 23). <<

[472] Véase, en la segunda parte, *De los sublimes* [«*Hoy he visto un sublime, un solemne, un penitente del espíritu: ¡oh, cómo se rió mi alma de su fealdad!*» (N. del E. D.)]. <<

[473] Véase, en la segunda parte, *De la cordura respecto a los hombres* [«*Ésta es mi primera cordura respecto a los hombres, el dejarme engañar, a fin de no tener que mantenerme en guardia frente a los engañadores*» (N. del E. D.)]. <<



[474] Nietzsche juega en alemán con las palabras *versuchen* (tentar) y *suchen* (buscar), de idéntica raíz. <<

[475] Alusión a la conocida fábula narrada por Fedro. <<

[476] Véase, en la segunda parte, *De los sacerdotes* [«*Desnudos quisiera verlos: pues únicamente la belleza debiera predicar penitencia. ¡Mas a quién persuade esa tribulación embozada!*» (N. del E. D.)]. <<

[477] El papa jubilado viene en busca del eremita con el que Zaratustra se encontró al bajar por vez primera de las montañas. Véase *Prólogo de Zaratustra*, § 2 [«*Zaratustra bajó solo de las montañas sin encontrar a nadie. Pero cuando llegó a los bosques surgió de pronto ante él un anciano que había abandonado su santa choza para buscar raíces en el bosque*» (N. del E. D.)], y la nota 7 [«*Hacia el final de la obra el papa jubilado vendrá en busca de este anciano eremita y encontrará que ha muerto*» (N. del E. D.)]. <<

[478] Frase evangélica, empleada por Jesús en su respuesta a Pilato. Véase el *Evangelio de Marcos*, 15, 2: «Pilato lo interrogó: ¿Tú eres el rey de los judíos? Jesús le contestó: Tú lo has dicho». <<

[479] Véase, en la tercera parte, *De la virtud empequeñecedora*, § 3 [«*¡Bien! Éste es mi sermón para sus oídos: yo soy Zaratustra el ateo, el que dice “¿quién es más ateo que yo, para disfrutar de su enseñanza?”*» (N. del E. D.)]. <<



[480] Un poco más tarde, en *La fiesta del asno*, el papa jubilado volverá a replicarle a Zaratustra que, en asuntos de Dios, él es «más ilustrado». <<



[481] El «Dios escondido» es expresión bíblica; véase *Isaías*, 45, 15: «Es verdad, Tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador». <<



[482] Una ampliación de esta afirmación puede verse en *El Anticristo* (edición citada, § 34, pp. 71-72). <<



[483] Un desarrollo de esta idea puede verse en el § 269 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 251-254). <<

[484] *Töpfe und Geschöpfe*. Nietzsche aprovecha aquí una expresiva aliteración en alemán para aludir al hecho narrado por la Biblia de que Dios hizo al hombre de barro, como un alfarero. Véase *Génesis*, 2, 7: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo». <<

[485] En *El despertar*, § 1, Zaratustra comprobará que este día que comenzó de modo tan malo y difícil «va a acabar bien» [«*Este día es una victoria: ¡ya cede, ya huye* el espíritu de la pesadez, *mi viejo archienemigo! ¡Qué bien quiere acabar este día que de modo tan malo y difícil comenzó!*» (N. del E. D.)]. <<

[486] En *Las mil y una noches* Sindbad el marino describe con palabras muy parecidas un valle que contempló desde una colina durante su segundo viaje: también aquel valle está lleno de serpientes gordas. <<

[487] Zaratustra mencionará otras dos veces este «gorgoteo» que produce el más feo de los hombres cuando quiere comenzar a hablar, como si fuera tartamudo; véase *El despertar* [«*Y justo en aquel momento el más feo de los hombres comenzaba a gorgotear y a resoplar, como si de él quisiera salir algo inexpresable*» (N. del E. D.)], y *La canción del sonámbulo*, § 1 [«*Mas entonces ocurrió la cosa más asombrosa de aquel asombroso y largo día: el más feo de los hombres comenzó de nuevo, y por última vez, a gorgotear y a resoplar*» (N. del E. D.)]. <<

[488] Alusión al *Evangelio de Mateo*, 5, 10: «Bienaventurados los perseguidos por razón de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Nietzsche juega aquí además con las palabras alemanas, de idéntica raíz, *Erfolg* (éxito), *verfolgen* (perseguir) y *folgen* (seguir). El «éxito» aludido es la bienaventuranza. <<

[489] Véase, en la segunda parte, *De los compasivos*. <<

[490] Véase el *Evangelio de Juan*, 14, 6: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». <<

[491] Alusión al subtítulo de esta obra: *Un libro para todos y para nadie*. <<

[492] Véase, en la segunda parte, *De los compasivos* [«*Mas recordad también esta frase: todo gran amor está por encima incluso de toda su compasión: pues él quiere además, ¡crear lo amado!*» (N. del E. D.)]. <<



[493] Véase el § 16 de *El Anticristo* (edición citada, p. 46): «Ese Dios penetra a rastras en la caverna de toda virtud privada». <<

[494] En *Ecce homo* (edición citada, p. 111) Nietzsche describe un hecho similar, que le ocurrió a él mismo: «Hallándome en un estado semejante, yo advertí en una ocasión la proximidad de un rebaño de vacas, antes de haberlo visto, por el retomo de pensamientos más suaves, más humanitarios: *aquello* tenía en sí calor…». <<

[495] Alusión a Jesús, quien predicó el «sermón de la montaña». <<



[496] Cita irónica del *Evangelio de Mateo*, 18, 3: «En verdad os digo, si no os convirtierais e hicierais como niños no entraréis en el reino de los cielos». <<

[497] Paráfrasis de *Evangelio de Mateo*, 16, 26: «Si el hombre conquistase el mundo entero, pero malograse su alma, ¿de qué le serviría?». Sobre el significado del «rumiar» en Nietzsche puede verse *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 31). <<

[498] Véase la nota 188 [«*En* Hechos de los Apóstoles*, 20, 35, dice Pablo a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso: "Hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en tomar". Esta frase atribuida a Jesús por Pablo no la han conservado los Evangelios. Nietzsche invierte la sentencia: la infelicidad, dice, la otorga el dar; es mejor tomar; y aún mejor, robar y arrebatar*» (N. del E. D.)]. Véase también, en la segunda parte, *La canción de la noche* [«*No conozco la felicidad del que toma; y a menudo he soñado que robar tiene que ser aún más dichoso que tomar*» (N. del E. D.)], y en la tercera parte, *El retomo a casa* [«*… hasta que por fin fuiste tú el único que allí se hallaba sediento entre borrachos, y por las noches te lamentabas "¿tomar no es una cosa más dichosa que dar? ¿Y robar, una cosa más dichosa que tomar?"*» (N. del E. D.)]. <<



[499] Paráfrasis del *Evangelio de Lucas*, 6, 20: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios». <<

[500] Véase antes *La sanguijuela* [«*También me gustaría reparar en tu cuerpo el que Zaratustra te haya pisado: sobre eso reflexiono. Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a alejarme de ti a toda prisa*» (N. del E. D.)], y *Jubilado* [«*Con gusto, en verdad, te acompañaría yo mismo hasta allí, venerable, pues amo a todos los hombres piadosos. Pero ahora me llama un grito de socorro que me obliga a separarme de ti a toda prisa*» (N. del E. D.)]. <<

[501] La «sombra» de Zaratustra ha aparecido ya en la segunda parte, *De grandes acontecimientos* [«*Por el tiempo en que Zaratustra habitaba en las islas afortunadas ocurrió que un barco echó el ancla junto a la isla en que se encuentra la montaña humeante; y su tripulación bajó a tierra para cazar conejos. Hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente estuvieron reunidos de nuevo, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre, y que una voz decía con claridad: “¡Ya es tiempo! ¡Ya ha llegado la hora!”. Y cuando más cerca de ellos estuvo la figura —pasó volando a su lado igual que una sombra, en dirección a la montaña de fuego— reconocieron, con gran consternación, que era Zaratustra; pues todos ellos lo habían visto ya, excepto el capitán, y lo amaban a la manera como el pueblo ama, es decir: con un sentimiento en que amor y temor están mezclados a partes iguales*» (N. del E. D.)]. <<

[502] Cita del *Evangelio de Juan*, 18, 36: «Mi reino no es de este mundo». <<

[503] «Contigo he aspirado a todo lo prohibido»: la «sombra» de Zaratustra se aplica a sí misma la fórmula de *Ovidio* (*3 Amores*, 4, 17): *nitimur ni vetitum*, que Nietzsche utiliza también en *Más allá del bien y del mal* y en *La genealogía de la moral*. En *Ecce homo* (edición citada, p. 19) dice de ella: «Bajo este signo vencerá un día mi filosofía, pues hasta ahora lo único que se ha prohibido siempre, por principio, ha sido la verdad». <<

[504] Véase la nota 104 [«*Un desarrollo de esta idea puede verse en* La genealogía de la moral*, tratado tercero, “¿Qué significan los ideales ascéticos?” (véase, edición citada, p. 127)*» (N. del E. D.)]. <<



[505] Véase el § 180 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 121): «Hay una inocencia en la mentira que es señal de que se cree con buena fe en una cosa». <<



[506] Nietzsche juega en alemán con las palabreas *suchen* (buscar), *Heim* (hogar) y *Heimsuchung* (aflicción). <<

[507] Reminiscencia del *Evangelio de Lucas*, 10, 42: «Sólo una cosa es necesaria». <<



[508] En la primera parte, *De viejecillas y jovencillas*, dice Zaratustra que la mujer piensa así «cuando obedece desde la plenitud del amor». <<



[509] Alusión a *Génesis*, 2, 2-3, donde se dice que Dios descansó de la creación el séptimo día. <<

[510] A que el alma de Zaratustra debe «cantar» se ha aludido ya antes en varias ocasiones; véase, en la tercera parte, *El convaleciente*, § 2 [«*El tener que cantar de nuevo,* ése *fue el consuelo que me inventé, y* ésa *mi curación: ¿queréis acaso vosotros hacer en seguida de ello una canción de organillo?*» (N. del E. D.)], *Del gran anhelo* [«*Pero tú no quieres llorar, no quieres desahogar en lágrimas tu purpúrea melancolía, ¡por eso tienes que* cantar, *oh alma mía!*» (N. del E. D.)], y *Los siete sellos*, § 7 [«*… y así es como habla la sabiduría de pájaro: “¡Mira, no hay ni arriba ni abajo! ¡Lánzate de acá para allá, hacia adelante, hacia atrás, tú ligero! ¡Canta!, ¡no sigas hablando!”*» (N. del E. D.)]. <<

[511] Véase la nota 248 [«*Estas palabras, que son variación de la sentencia del* Eclesiastés*, 1, 2: “¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades, todo es vanidad!”, aparecen literalmente, o con modificaciones, en varios pasajes de esta obra*» (N. del E. D.)]. <<

[512] Nietzsche alude aquí al episodio evangélico según el cual, tras la muerte de Jesús, veíanse por todas partes resucitados. Véase el *Evangelio de Mateo*, 27, 50-53: «Jesús dio otro fuerte grito y exhaló el espíritu. Entonces la cortina del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo, la tierra tembló, las piedras se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron; después que él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos». <<

[513] *Deutsch und deutlich*: frase hecha alemana similar a la española «al pan pan, y al vino vino». Se basa en que *deutsch* y *deutlich* tienen la misma raíz, *diot*, «pueblo». El rey de la izquierda replicará inmediatamente a Zaratustra que *deutsch* estaría mejor emparentado con *derb*, «tosco». *Deutsch und derb*, la expresión usada por el rey, podría traducirse por «a lo bestia». <<

[514] Véase la nota 54 [«*El poeta griego Simónides dice en uno de sus "trenos" (el 542 en la numeración de D. L. Page): "Es difícil llegar a ser un hombre excelente, cuadrado de manos, de pies, de inteligencia, terminado sin reproche…". Tanto Platón en el* Protágoras *(339 b) como Aristóteles en su* Retórica *(1411 b 26) citan esta metáfora de Simónides. De cualquiera de ellos pudo tomar Nietzsche esta imagen*» (N. del E. D.)]. <<

[515] Véase luego, *El signo* [«“El signo llega*”, dijo Zaratustra, y su corazón se transformó. Y, en verdad, cuando se hizo claridad delante de él vio que a sus pies yacía un amarillo y poderoso animal, el cual estrechaba su cabeza entre sus rodillas y no quería apartarse de él a causa de su amor, y actuaba igual que un perro que vuelve a encontrar a su viejo dueño. Mas las palomas no eran menos vehementes en su amor que el león; y cada vez que una paloma se deslizaba sobre la nariz del león éste sacudía la cabeza y se maravillaba y reía de ello*» (N. del E. D.)]. <<



[516] Véase luego, *El signo* [«*A todos ellos Zaratustra les dijo tan sólo* una única *frase:* “mis hijos están cerca, mis hijos*”*» (N. del E. D.)]. <<

[517] Véase, en la segunda parte, *De la redención*, donde también Zaratustra interrumpe de repente el discurso que está pronunciando [«*En este momento de su discurso ocurrió que Zaratustra se detuvo de repente, y semejaba del todo alguien que estuviese aterrorizado al máximo. Con ojos horrorizados miró a sus discípulos; sus ojos perforaban como con flechas los pensamientos de éstos e incluso los trasfondos de tales pensamientos*» (N. del E. D.)]. <<

[518] El título de este apartado es una clara referencia a la «Última Cena» de Jesús, narrada por los Evangelios. La palabra alemana empleada, *Abendmahl*, subraya aún más que la castellana la citada alusión. <<

[519] Véase antes, *A mediodía* [«*Esto hizo Zaratustra; y tan pronto como estuvo tendido en el suelo, en medio del silencio y de los secretos de la hierba multicolor, olvidó su pequeña sed y se durmió. Pues, como dice el proverbio de Zaratustra: una cosa es más necesaria que la otra*» (N. del E. D.)], y la nota 507 [«*Reminiscencia del* Evangelio de Lucas, *10, 42: "Sólo una cosa es necesaria"*» (N. del E. D.)]. <<



[520] Esta alusión al «pan» y al «vino» vuelve a subrayar lo indicado en la nota 518, es decir, el intencionado paralelismo entre esta Cena y la narrada en los Evangelios. <<



[521] Cita paródica del *Evangelio de Mateo*, 4, 4: «El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». <<

[522] Sobre la procedencia de estos dos corderos véase, en la tercera parte, *El convaleciente*, § 2 [«*Y a sus pies estaban extendidos dos corderos que el águila había arrebatado con gran esfuerzo a sus pastores*» (N. del E. D.)]. <<



[523] Si se tiene en cuenta que Jesús es llamado también «el Cordero», se verá que el antagonismo entre esta Cena y la evangélica alcanza aquí su cumbre. <<

[524] Véase, en la primera parte, *Del nuevo ídolo* [«*Aún hay una vida libre a disposición de las almas grandes. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído: ¡alabada sea la pequeña pobreza!*» (N. del E. D.)]. <<

[525] Véase, en la primera parte, *De los compasivos* [«*¡Mas a los mendigos se los debería suprimir totalmente! En verdad, molesta el darles y molesta el no darles*» (N. del E. D.)]. <<

[526] Nueva referencia al subtítulo de esta obra: *Un libro para todos y para nadie*. <<

[527] Véase, en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, § 3 [«*Sólo desde que él yace en la tumba habéis vuelto vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía, sólo ahora se convierte el hombre superior, ¡en señor!*» (N. del E. D.)]. <<



[528] También en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, § 3, aparece esta misma frase. <<

[529] «El hombre tiene que mejorar y que empeorar» es enseñanza repetida a lo largo de toda esta obra; véase, en la segunda parte, *De la cordura respecto a los hombres* [«*Es cierto que así como vuestros sapientísimos no me parecen tan sabios, así también encontré que la maldad de los hombres está por debajo de su fama*» (N. del E. D.)], y en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 2 [«*En verdad, semejante a los predicadores penitenciales y a los necios grité yo pidiendo cólera y justicia sobre todas sus cosas grandes y pequeñas, ¡es tan pequeño incluso lo mejor de ellos!, ¡es tan pequeño incluso lo peor de ellos!, así me reía*» (N. del E. D.)], y *El convaleciente* [«*¡Ay, qué pequeñas son incluso sus peores cosas! ¡Ay, qué pequeñas son incluso sus mejores cosas!*» (N. del E. D.)]. <<

[530] Alusión a Jesús. Véase el *Evangelio de Mateo*, 8, 17: «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades». <<



[531] Paráfrasis del *Evangelio de Mateo*, 19, 30: «Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros». <<

[532] Más tarde el concienzudo del espíritu aludirá a este «animal interior» mencionado aquí por Zaratustra. Véase *De la ciencia* [«*El miedo, en efecto, a los animales salvajes fue lo que durante más largo tiempo se inculcó al hombre*, *y asimismo al animal que el hombre oculta y teme dentro de sí mismo: Zaratustra llama a éste “el animal interior”*» (N. del E. D.)]. Nietzsche utiliza el mismo término, *inwendig*, empleado por Lutero en su traducción de *Romanos*, 7, 22. En ese pasaje Pablo alude a «el hombre interior» (*der inwendige Mensch*). Este «animal interior» (*das inwendige Gethier*) es, pues, clara antítesis del hombre paulino. <<

[533] Irónica alusión realista a que san Antonio Abad, padre de los eremitas y protector de los animales, suele ser representado en compañía de un cerdo. El «cerdo» actúa aquí como metáfora de la «suciedad» en todos los sentidos. <<



[534] Cita del *Evangelio de Lucas*, 6, 25: «¡Ay de los que reís ahora, porque vais a lamentaros y a llorar!». <<



[535] Véase el *Evangelio de Mateo*, 8, 12: «Los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes». <<



[536] Véase, en la tercera parte, *Del espíritu de la pesadez,* donde Zaratustra rebautiza a la tierra con el nombre de «La Ligera». <<

[537] Cita del prefacio de la misa: *Sursum corda* (levantad los corazones). <<

[538] Esta corona de rosas aparece como antítesis de la «corona de espinas» de que hablan los Evangelios. Véase el *Evangelio de Mateo*, 27, 27-29: «Los soldados… trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza». <<

[539] *Wahrsager, Wahrlacher. Wahrsager* significa, por su composición, el que dice (*sagen*) verdad (*Wahr*), y asimismo el adivino; *Wahrlacher* es palabra creada por Nietzsche por analogía con la anterior. El significado de este juego de palabras sería, pues: Zaratustra es el que vaticina (o dice verdad) tanto con sus palabras como con sus risas. <<



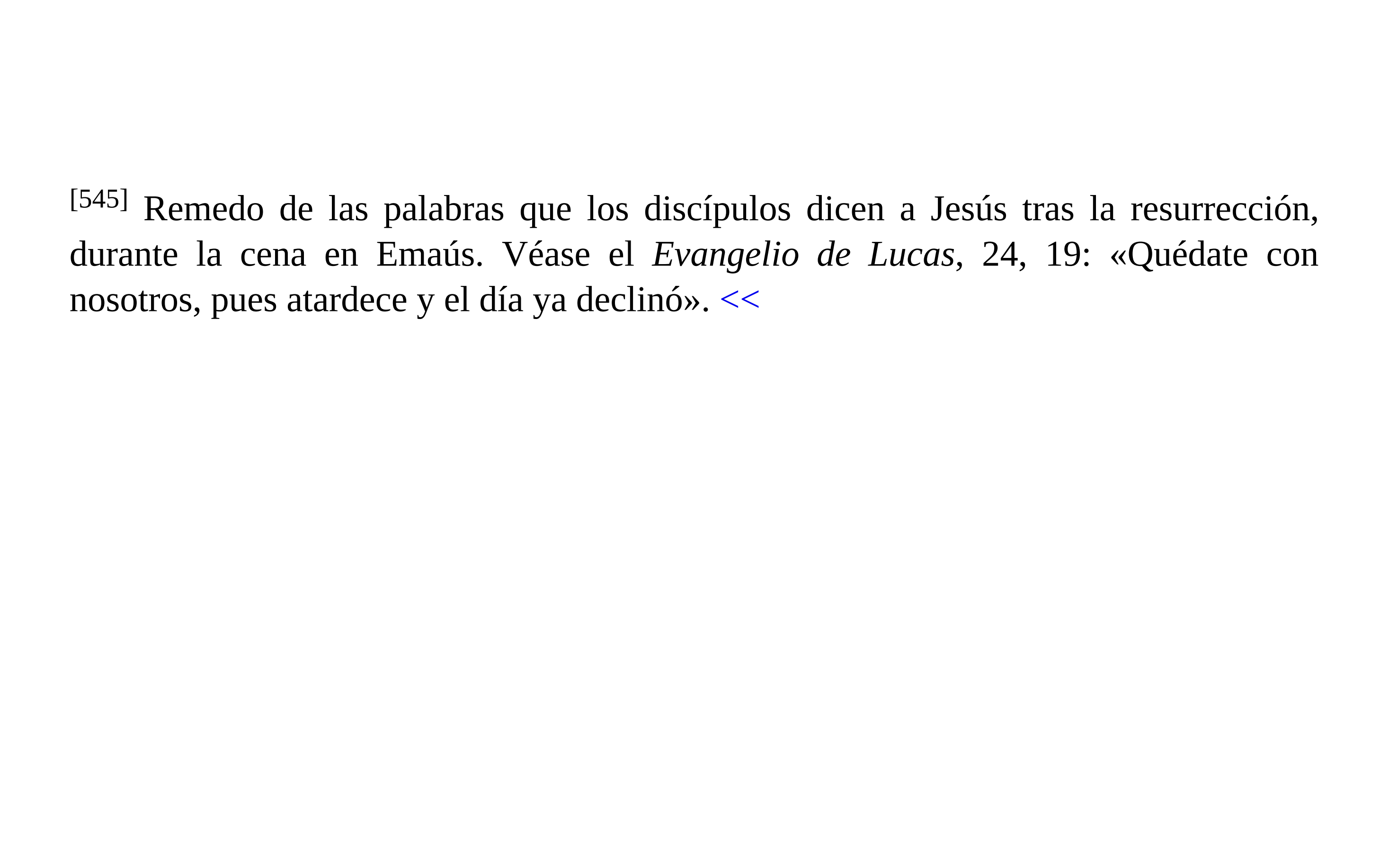
[540] La palabra alemana utilizada aquí por Nietzsche (*Widersacher*) es el término empleado en la traducción de la Biblia de Lutero para designar al demonio. <<

[541] Alusión al portal de Belén; véase el *Evangelio de Lucas*, 2, 12: «El ángel les dijo: "… os doy esta señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre"». <<

[542] Al igual que ocurre con la canción anterior (véase la nota 470) [«*El largo “lamento” del mago que viene a continuación fue compuesto por Nietzsche en el otoño de 1884 y llevaba entonces el título de* El poeta.- El tormento del creador. *En otra copia manuscrita le puso estos dos títulos:* De la séptima soledad, *luego borrado, y* El pensamiento. *De hecho este poema no se hallaba destinado originalmente a* Así habló Zaratustra, *pero Nietzsche lo insertó en él al componer la cuarta parte. De la importancia que este poema tenía para Nietzsche da idea el hecho de que más tarde lo incorporase a los* Ditirambos de Dioniso, *bajo el título de* Lamento de Ariadna» (N. del E. D.)], también este poema fue compuesto por Nietzsche en el otoño de 1884 y no estaba destinado originariamente a *Así habló Zaratustra*. Con algunas variantes, Nietzsche lo insertó entre los *Ditirambos de Dioniso* con el título de *¡Sólo necio! ¡Sólo poeta!* <<

[543] Véase antes, *Del hombre superior*, § 13 [«*En la soledad crece lo que uno ha llevado a ella, también el animal interior. Por ello resulta desaconsejable para muchos la soledad*.» (N. del E. D.)], y la nota 532 [«… *Nietzsche utiliza el mismo término,* inwendig*, empleado por Lutero en su traducción de* Romanos*, 7, 22. En ese pasaje Pablo alude a "el hombre interior" (*der inwendige Mensch*). Este "animal interior" (*das inwendige Gethier*) es, pues, clara antítesis del hombre paulino*» (N. del E. D.)]. <<

[544] Véase el *Evangelio de Mateo*, 5, 44: «Amad a vuestros enemigos». <<

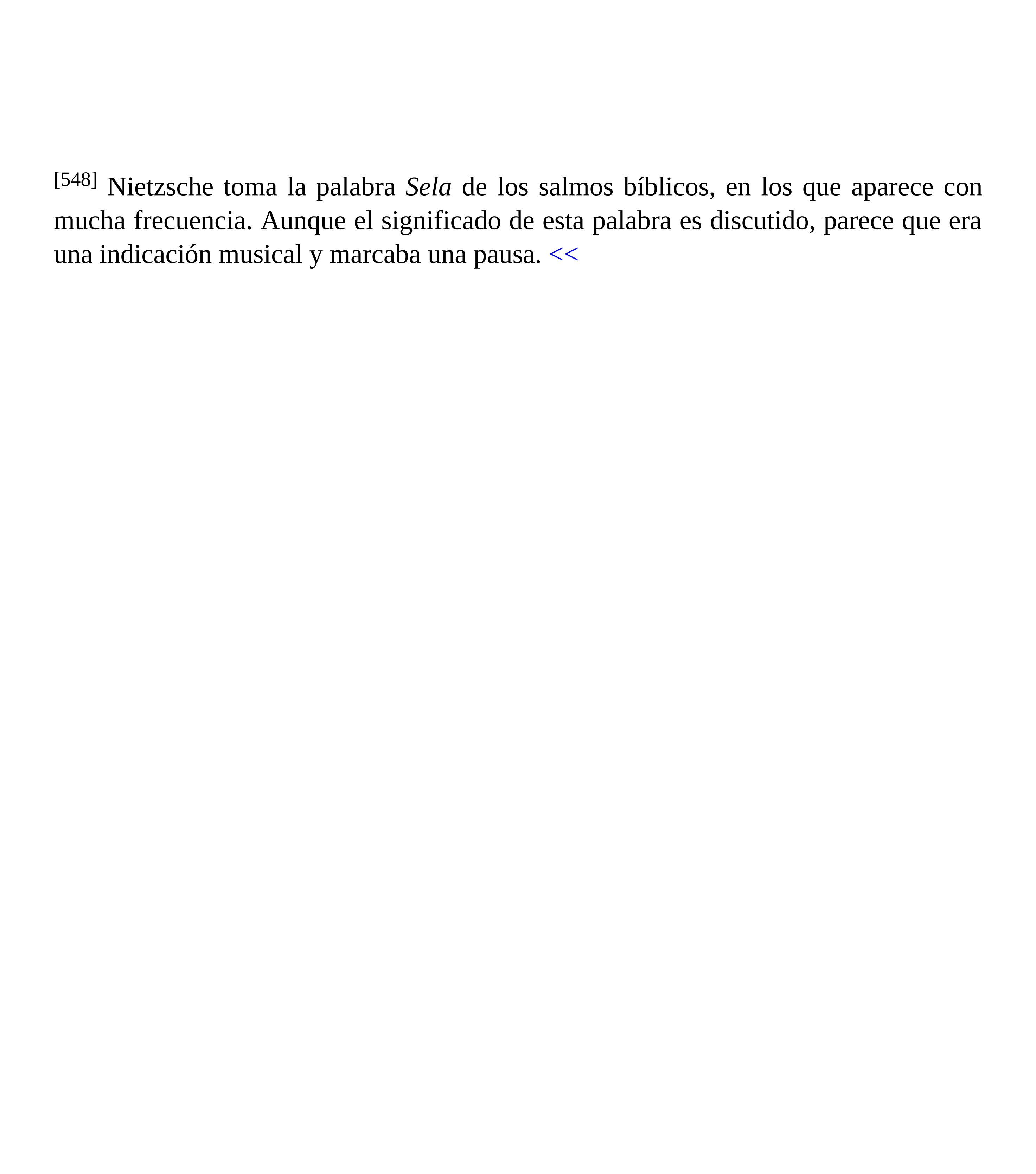


[545] Remedo de las palabras que los discípulos dicen a Jesús tras la resurrección, durante la cena en Emaús. Véase el *Evangelio de Lucas*, 24, 19: «Quédate con nosotros, pues atardece y el día ya declinó». <<



[546] Más adelante, en *El despertar*, § 1, repetirá Zaratustra que sus alimentos son «para hombres». <<

[547] También este poema, compuesto en el otoño de 1884, se halla recogido en los *Ditirambos de Dioniso* con el título de *Entre hijas del desierto*. En realidad Nietzsche inserta en los *Ditirambos* todo este capítulo, incluida la parte inicial en prosa; en el poema introduce algunos ligeros cambios y, sobre todo, le añade unos versos finales. <<



[548] Nietzsche toma la palabra *Sela* de los salmos bíblicos, en los que aparece con mucha frecuencia. Aunque el significado de esta palabra es discutido, parece que era una indicación musical y marcaba una pausa. <<



[549] La «docta alusión» se refiere, evidentemente, al episodio bíblico de Jonás, tragado por una ballena. Véase *Jonás*, 2, 1. <<



[550] Estos dos nombres los tomó Nietzsche, sin duda, el primero del canto sexto del *Don Juan* de Byron, y el segundo del *Diván oriental-occidental*, de Goethe. <<



[551] Se traduce aquí literalmente esta palabra inventada por Nietzsche: *umsphinxt*, es decir, «rodeado de esfinges». <<

[552] Expresión bíblica. Véase *1 Reyes*, 2, 2 (palabras de David, al morir, a su hijo Salomón): «Yo me voy por el camino de todos; esfuérzate, pues, y *sé hombre*». <<

[553] Expresión muy difundida en Alemania y que se atribuye a Lutero, quien la habría pronunciado el 18 de abril de 1521 en la Dieta de Worms. Con ella parece haber acabado su respuesta a la pregunta de si quería retractarse. Nietzsche la emplea varias veces; por ejemplo, en *La genealogía de la moral*, tratado tercero, «¿Qué significan los ideales ascéticos?», § 22 (véase edición citada, p. 185). <<

[554] Véase antes, *Del hombre superior*, § 15 [«*¡Tened valor, qué importa! ¡Cuántas cosas son aún posibles! ¡Aprended a reíros de vosotros mismos como hay que reír!*» (N. del E. D.)], y § 20 [«*¡Cuántas cosas son posibles aún!* ¡Aprended, *pues, a reíros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír! Esta corona del que ríe, esta corona de rosas: ¡a vosotros, hermanos míos, os arrojo esta corona! Yo he santificado el reír; vosotros hombres superiores,* aprendedme *¡a reír!*» (N. del E. D.)]. <<

[555] Estos «gritos y risas» de los hombres superiores le parecen a Zaratustra una buena señal, al contrario que los «gritos y bailes» del pueblo, que enfurecen a Moisés hasta el punto de llevarlo a romper las tablas de la ley (véase *Éxodo*, 32, 15-20). <<

[556] Véase antes, *Entre hijas del desierto*, § 1 [«*Tú nos has alimentado con fuertes alimentos para hombres y con sentencias vigorosas: ¡no permitas que, para postre, nos acometan de nuevo los espíritus blandos y femeninos!*» (N. del E. D.)]. <<



[557] Véase antes, *La canción de la melancolía*, § 1, donde los animales de Zaratustra adoptan la misma actitud que aquí. <<



[558] Aunque «la fiesta del asno» es el título del capítulo que sigue a éste, la citada fiesta comienza propiamente ahora. <<



[559] Todo este párrafo es cita literal, según la traducción de Lutero, de *Apocalipsis*, 7, 12. <<



[560] Véase la nota 359 [«*El rebuzno se expresa gráficamente en alemán con las letras I-A, que también significan «sí» (*Ja*)*» (N. del E. D.)]. <<

[561] Zaratustra acumula en esta sola frase hasta cuatro citas literales de la Biblia, a saber: *Salmo* 68, 20: «Dios lleva nuestra carga»; *Filipenses*, 2, 7: «Dios tomó figura de siervo»; *Números*, 14, 18: «Dios es paciente y misericordioso»; y (cambiando el sentido) *Hebreos*, 12, 5: «El Señor, a quien ama, lo castiga». Por otra parte, como el rebuzno del asno es siempre I-A (que en alemán significa también «sí»; véase la nota 359), «el más feo de los hombres» puede afirmar que el Señor (=asno) no dice nunca no. <<

[562] Paráfrasis de *Génesis*, 1, 31: «Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno». <<



[563] *Leibfarbe*: literalmente, «color del cuerpo»; pero también, en el uso ordinario, «color favorito». El color «favorito» de los asnos suele ser el gris. <<

[564] Véase *Génesis*, 1, 26: «Dios creó el hombre a su imagen y semejanza». <<



[565] Véase el *Evangelio de Mateo*, 19, 14: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; pues de ellos es el reino de los cielos». <<

[566] Véase *Proverbios*, 1, 10: «Hijo mío, si intentan engañarte los pervertidos, no cedas». Nietzsche utiliza la traducción luterana, que aquí dice *böse Buben* («muchachos malvados»), <<

[567] Un título anterior para este apartado era *La vieja y la nueva fe*. Éste es el título de la obra de D. F. Strauss contra la cual publicó Nietzsche en 1873 la primera de sus *Consideraciones Intempestivas*. Como se ha señalado antes en la nota 558, «la fiesta del asno» se relata propiamente en el apartado anterior. <<

[568] Véase la nota anterior. <<

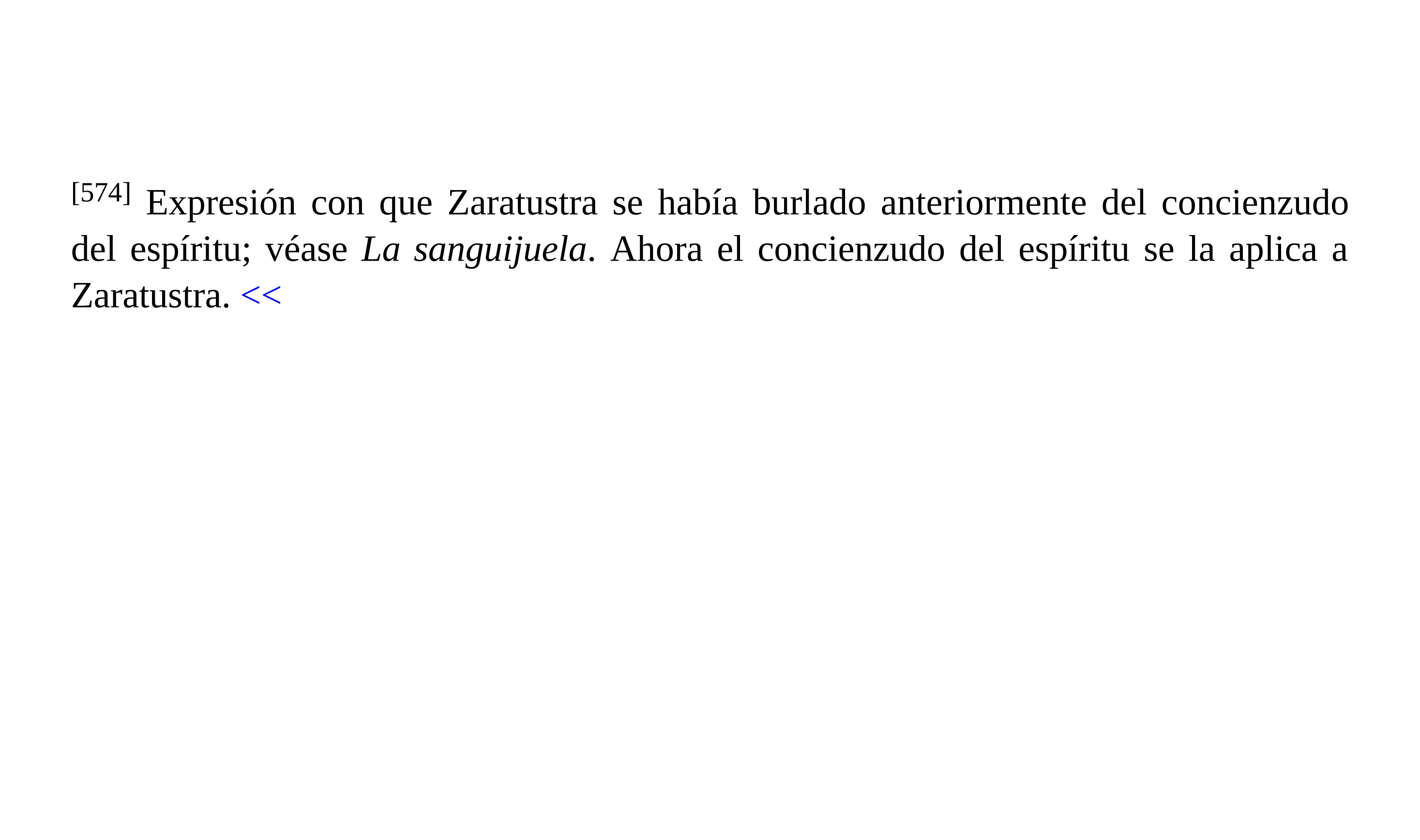
[569] Véase antes, *Jubilado* [«*“Yo soy Zaratustra el ateo, que dice: ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?”. Así habló Zaratustra, y con sus miradas perforaba los pensamientos y las más recónditas intenciones del viejo papa. Por fin éste comenzó a decir: “Quien lo amó y lo poseyó más que ningún otro, ése lo ha perdido también más que ningún otro: mira, ¿no soy yo ahora, de nosotros dos, el más ateo? ¡Mas quién podría alegrarse de eso!”*» (N. del E. D.)]. <<

[570] Véase la nota 60 [«*Véase el* Evangelio de Juan, *4, 24: “Dios es espíritu”*» (N. del E. D.)]. <<

[571] Es decir, creyente de la nueva fe. <<

[572] En alemán, frase para indicar un gesto pensativo y de atención. <<

[573] Afirmación constantemente repetida en la Biblia. Véase, por ejemplo, *Éxodo*, 15, 18. Y *Salmo* 43, 2: «Tú eres eterno». <<



[574] Expresión con que Zaratustra se había burlado anteriormente del concienzudo del espíritu; véase *La sanguijuela*. Ahora el concienzudo del espíritu se la aplica a Zaratustra. <<



[575] Véase, en la primera parte, *Del leer y el escribir* [«*No con la cólera, sino con la risa se mata. ¡Adelante, matemos el espíritu de la pesadez!*» (N. del E. D.)]. <<

[576] Cita literal del *Evangelio de Mateo*, 18, 3. <<

[577] Véase antes, *El despertar*, § 1 [«Esto *lo considero como el mejor de los signos: el que se vuelvan agradecidos. Dentro de poco inventarán fiestas y levantarán monumentos en recuerdo de sus viejas alegrías*» (N. del E. D.)]. <<

[578] Remedo de *1 Corintios*, 11, 24: «El Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo, cogió un pan, dio gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en memoria mía". Después de cenar, hizo igual con la copa, diciendo: "Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre; cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía"». <<

[579] En todas las ediciones de *Así habló Zaratustra* posteriores a la realizada por Nietzsche mismo, este apartado ha llevado el título de *La canción ebria*. Tal cambio se basaba en que, en su ejemplar personal impreso, Nietzsche había escrito ese otro título sobre el título *La canción del noctámbulo*. Aquí se restituye el título original; es posible que Nietzsche hubiera modificado el título si él mismo hubiera hecho ulteriores ediciones. Pero eso no llegó a ocurrir. <<

[580] Véase antes, *El más feo de los hombres* [«*Zaratustra se sumergió en un negro recuerdo, pues le parecía que él había estado ya una vez en aquel valle. Y muchas cosas pesadas oprimieron su ánimo: de modo que comenzó a caminar cada vez más lentamente, hasta que por fin se detuvo. Entonces, al abrir los ojos, vio algo que se hallaba sentado junto al camino, algo que tenía una figura como de hombre, pero que apenas lo parecía, algo inexpresable. Y* de golpe *se apoderó de Zaratustra una gran vergüenza por haber visto con sus ojos algo así: enrojeciendo hasta la raíz de sus blancos cabellos apartó la vista y levantó el pie para abandonar aquel triste lugar. En ese instante aquel muerto desierto produjo un ruido: del suelo, en efecto, salía un gorgoteo y un resuello*» (N. del E. D.)], y la nota 487 [«*Zaratustra mencionará otras dos veces este "gorgoteo" que produce el más feo de los hombres cuando quiere comenzar a hablar, como si fuera tartamudo*» (N. del E. D.)]. <<

[581] Véase, en la tercera parte, *De la visión y enigma* [«*Pero el valor es el mejor matador, el valor que ataca: éste mata la muerte misma, pues dice: "¿Era* esto *la vida? ¡Bien!* ¡Otra *vez!"*» (N. del E. D.)]. <<

[582] Expresión bíblica (traducción luterana) tomada de *Hechos*, 2, 13: «Otros, burlándose, decían: Están llenos de dulce vino» (palabras de los gentiles al contemplar los efectos de Pentecostés sobre los apóstoles). <<

[583] Las palabras entre comillas están tomadas del capítulo de la tercera parte titulado *Los siete sellos*, § 1. Zaratustra añade aquí la expresión «como está escrito», usada habitualmente en los evangelios para referirse a las profecías. <<

[584] Véase la nota 432 [«*En la cuarta parte,* La canción del noctámbulo*, Zaratustra ofrecerá un amplio glosario, verso por verso, de esta poesía y al final invitará a su acompañante a cantarla con él. Allí la califica de “canto de ronda”, le da el título de* Otra vez *y dice que su sentido es “¡Por toda la eternidad!”*» (N. del E. D.)]. <<

[585] Véase, en la tercera parte, *De la visión y enigma*, § 2 [«*¿Había oído yo alguna vez aullar así a un perro? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en remota infancia*» (N. del E. D.)], y la nota 284 [«*Una vivencia profundamente grabada en Nietzsche fue la del traslado de su familia, tras la muerte de su padre, desde Röcken, donde Nietzsche había nacido, a Naumburgo. El traslado se hizo un día de abril de 1850, mucho antes del amanecer. Mientras los carros cargados esperaban en el patio, un perro empezó a ladrar tristemente a la luna. Véase la descripción de esta escena en los escritos autobiográficos recogidos por K. Schlechta en el tomo III de su edición de las* Obras *de Nietzsche, pp. 17, 93-94, 109*» (N. del E. D.)]. <<

[586] «No me toques». Palabras dichas por Jesús a María Magdalena tras la resurrección. Nietzsche emplea exactamente la traducción luterana de *Evangelio de Juan*, 20, 17: *Rühre mich nicht an*. <<

[587] Véase, en la tercera parte, *Del gran anhelo* [«… *hacia el áureo prodigio, hacia la barca voluntaria y su dueño: pero éste es el vendimiador, que aguarda con una podadera de diamante*» (N. del E. D.)], y la nota 428 [«*De manera encubierta hay en estas palabras una alusión a Dioniso. Éste, en efecto, es representado en ocasiones como un viñador que viene en barco con una podadera en la mano para podar sus vides (así está representado en la copa de Exekias, del siglo* VI*, que se conserva en Munich). La vid, cargada de racimos, que anhela la llegada del viñador, es Ariadna (alma de Zaratustra). El viñador con la podadera es imagen que aparece también en el* Apocalipsis*. Véase* Apocalipsis*, 14, 18: "¡Echa tu afilada podadera y vendimia los racimos de la viña de la tierra, pues llegaron a sazón sus uvas!". Es posible que en el ánimo de Nietzsche se fundiesen ambas evocaciones*» (N. del E. D.)]. <<



[588] Variación de la frase de Fausto en la obra homónima de Goethe: «Y le diré al instante: ¡Detente, eres tan bello!». <<

[589] «Ceñirse los riñones» es expresión bíblica. Véase *1 Reyes*, 18, 46: «Fue sobre Elias la mano de Yahvé, que ciñó sus riñones, y vino corriendo a Jezrael delante de Ajab». <<



[590] Zaratustra reproduce aquí la misma invocación al sol que pronunció al comienzo de la obra; véase el *Prólogo de Zaratustra*, § 1. <<



[591] Como los discípulos de Jesús en el monte de los Olivos; véase el *Evangelio de Mateo*, 26, 40: «Se acercó a sus discípulos y los encontró dormidos». <<

[592] Zaratustra reclama aquí para sí «el oído obediente» (*das gehorchende Ohr*). Antes, sin embargo, ha dicho, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 7, que «quien obedece, no se oye a sí mismo» (*wer gehorcht, der hört sich selbst nicht*). <<

[593] Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § 1 [«*Esto es lo que ahora aguardo: antes tienen que llegarme, en efecto, los signos de que es* mi *hora, a saber, el león riente con la bandada de palomas*» (N. del E. D.)], y en esta cuarta parte, *El saludo*. <<

[594] Véase la nota 315 [«*Remedo del* Evangelio de Mateo, *19, 14: “Dejad que los niños vengan a mí”*» (N. del E. D.)]. <<

[595] Véase la nota 451 [En dicha nota se hace referencia de varios capítulos en donde se desarrolla la idea de la «compasión» como el «último pecado» de Zaratustra (N. del E. D.)]. <<

[596] Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, § p. 332; y en esta cuarta parte, *El grito de socorro* [«¡Compasión*!, respondió el adivino con el corazón rebosante, y alzó las dos manos, ¡oh Zaratustra, yo vengo para seducirte a cometer tu último pecado!*» (N. del E. D.)], y *El más feo de los hombres*. <<

[597] Son palabras que ya han aparecido en *La ofrenda de la miel* [«*¡Qué importa la felicidad!, respondió él, hace ya mucho tiempo que yo no aspiro a la felicidad, aspiro a mi obra*» (N. del E. D.)]. <<